LAS OBRAS

DE

MISERICORDIA

(ENSAYOS LITERARIOS)

CUADROS DE COSTUMBRES

POR

LOLA LARROSA

BUENOS AIRES
Imprenta "Ostwald", calle de Súipacha núm. 170
1882

Abril 2—Buenos Aires 1882.

Señorita Lola Larrosa

Señorita:

Si no tiene Vd. tanta indulgencia como talento, estoy perdido. No atino á disculparme de haber dejado pasar el tiempo sin contestar á la preciosa carta con que me envió Vd. sus «Obras de Misericordia.»—Este título me salva, teniendo por seguro que la que escribió tal libro, está llena de bondad y dulzura.

Como atenuacion á mi silencio, diré á Vd. que hace mas de tres meses sufro en mi salud, á punto de haber estado en una completa postracion. Aplazando de un dia á otro el hablar con Vd. de su obra y de la inestimable distincion que ha hecho Vd. de mí, remitiéndomela, me he dejado sorprender por la agradable visita de su padre y mi amigo, sin haber cumplido hasta ahora aquel deseo, sugerido por el agradecimiento á la fineza de Vd., sin decir nada de lo que se debe á la urbanidad y cortesía.

Al presentarme, rodilla en tierra, solicitando la absolucion de la belleza, el ingenio, y la gracia, espero ser bastante feliz para obtenerla.—Respecto de su novela, solo diré á Vd. que durante mi dolencia, me ha dado algunas horas de solaz. Se ensaya Vd. en un terreno fértil, donde podrá Vd. encontrar nuevas flores que agregar á su fresca guirnalda. Está Vd. en la aurora, y comprendiendo todas las armonias de la naturaleza, no es estraño tengan en su corazon generoso, éco simpático, que llegará á ser profundo con la esperiencia de la vida. Se halla Vd. en el templo donde se llevan ofrendas al génio, y, su incensario es de oro. Los perfumes que esparce, impregnan tambien su velo y su corona virginal. Yo los aspiro desde lejos y sueño todavia con la perdida juventud.

Ofrezco á Vd. mi sincero homenaje.

CÁRLOS GUIDO Y SPANO.

DEDICATORIA

A MIS PADRES

Para vosotros es, padres amados, este ramillete de incoloras flores, brotadas en el inculto jardin de mi mente.

Mi humilde libro os pertenece.

¿A quién, con mas méritos podria ofrecerlo, siendo vosotros los que habeis formado mi corazon, con vuestros contínuos afanes, haciendo germinar en él los sentimientos que tanto anhelabais?

El amor á las virtudes que son la aureola brillante de la mujer, me ha inspirado estas pájinas: vosotros habeis labrado el campo que ha producido las pálidas flores que hoy os ofrece mi ternura.

Esta ofrenda os será grata porque vereis en ella una débil prueba de mi intenso amor; las lágrimas de cariño que virtais al recibirla, será la mayor recompensa que aspire á recibir, vuestra amantísima hija.

LOLA LARROSA.

Buenos Aires—1882

DOS PALABRAS A MIS LECTORAS

Solo á vosotras me dirijo, bellas y bondadosas hijas del suelo argentino, y á vosotras tambien, caras compatriotas, nacidas á orillas del poético Uruguay.

Sois mis amigas.. .sed pues indulgentes con estos ensayos, pobres páginas sin brillo ni pretensiones que echo á volar como mariposas de lánguidos y tristes colores!

Vuestra acojida cariñosa será el éco simpático que responda al tierno afecto de vuestra amiga.

La autora.

LIBRO PRIMERO

ENSEÑAR AL QUE NO SABE

ENSEÑAR AL QUE NO SABE

Es la mision mas noble que puede imaginarse
Que abnegacion reclama, y gran solicitud
La que comprende breve la máxima divina
«Enseña al que no sabe,» practica la virtud
Adela Castell.

CAPITULO I.

Infortunio

—

"Alúmbrate con la antorcha de la esperanza hasta en las sombras misma de tu muerte, seguro de que la Providencia no tiende lazo alguno á tus pasos; cada aurora la justifica; el universo entero se fia de ella; sólo al hombre ha ofrecido dudas; pero su venganza paternal confundirá la duda infiel en el abismo de su bondad."—Esto escribe Alfonso de Lamartine en sus inimitables y sublimes *Meditaciones.*

La esperanza cual faro salvador, sosteniendo la fé del espiritu, ilumina el alma con la luz celeste que disipa las sombras tenebrosas de la duda.

Los pesares del corazon disipados por la mano de la esperanza, dan paso á la dulce conformidad del espíritu que adquiere la tranquilidad del cielo, la sublime resignacion de la fé.

Escucha lectora: voy á referiros una historia sencilla y sin aspiraciones; es una flor silvestre la que os ofrezco,

despojada de bellas galas, pero que vos, buena y dulce, sabreis amarla como os la presento, sin los perfumes de la belleza!

Rosa era feliz, como madre y como esposa. La pobreza de su hogar no era una sómbra para su dicha, mantenida siempre al calor de los sentimientos mas puros.

Dos niños animaban aquel cielo doméstico.

Llamábanse Maria y Alberto. Contaba este siete años y nueve aquella.

Rosa, la feliz madre, vivia en la mirada de sus hijos, de aquellos delicados ángeles, esencia de su alma, pedazos de su sér.

El fuego de la juventud brillaba aun en los ojos de Rosa; tenia treinta años y conservaba todavía su plácida belleza.

Su estatura mediana estaba revestida de gracia, su tez pálida, sus facciones delicadas y su mirada tranquila revelaban la existencia de una alma sencilla y noble.

Rosa amaba su hogar, y anhelaba el trabajo que debia disminuir las necesidades que le rodeaban, originadas por su estrema pobreza. Mas el esposo de Rosa, siempre amante y cuidadoso, apartaba de esta todo esfuerzo y fatiga, exclamando:

—Guárdate para nuestros hijos! quizá pronto les falte su padre!

El escelente esposo parecia presentir el próximo fin de sus dias, pues dejó de existir al poco tiempo.

El golpe era rudo, la prueba fuerte.

La jóven madre elevó al cielo sus ojos bañados en lágrimas buscando consuelo para su alma herida.

La miseria torva y descarnada ofrecíase á la mirada de la infeliz viuda, amenazando su existencia y la de sus hijos.

Volvió los ojos en torno y pensó en el trabajo, único sosten para contrarestar las vicisitudes de la vida material.

Hija Rosa, de padres humildes, su educacion habia sido escasa y limitada. En la desgracia que la rodeaba solo el trabajo de la costura quedábale como único recurso.

Asióse á este, como el náufrago á la tabla salvadora.

La infeliz madre enjugó las lágrimas de sus ojos, no pudiendo sin embargo reprimir las que brotaban de su herido corazon....

La resignacion y la esperanza iluminaban su espíritu con

suave luz. Vivía para sus hijos, y con la fé en Dios, trabajaba con ahinco sin desmayar un instante.

Sin embargo, sus esfuerzos eran débiles para rechazar los ataques del infortunio que cada día en aumento, iban estrechando con círculo de hierro el indefenso hogar.

La pobre madre pasaba por esas horas sin cuento que cada minuto es una lágrima, y cada segundo un dolor. Horas de la desgracia, eternas y amargas, que tienen la pesadez del pecado que parecen ¡ah, interminables!

Horas tristísimas, sin auroras! Negro crespon que cual sudario de muerte, empaña el brillo del sol velando la belleza y frescura de la flor!

La desgracia tiene este poder. Bajo su influencia los ojos del alma ven todo de color plomizo y ni el alba celajes de oro, ni la natura galas sublimes.

Todo es triste y sin encantos hasta el canto de las avecillas parecen écos estraños que resuenan en el corazon dolorido bañado en lágrimas....

Ah! la desgracia es planta que solo produce espinas.... espinas que hieren mortalmente!....

Sin embargo, el horizonte encapotado tiene claros luminosos.... estos son la esperanza del cristiano!

....

CAPITULO II

Pobreza, fé y caridad.

Corria el año 18.... en el pueblo de Nueva Palmira, pequeña villa de la R. O.

Era una mañana de primavera serena y templada. La naturaleza riente de bellezas y de perfumes, ostentaba ufana las galas de su mágica córte.

La fértil vegetacion del suelo oriental, exhuberante de riquezas inagotables, ofrecian por do quier panoramas de lozana vida, de naturales y bellos encantos,

Sobre una elevacion de terreno se halla situado parte del pequeño pueblo de Palmíra.

Desde esa altura la mirada absorta contempla las floridas costas argentinas y las azuladas ondas del hermoso *Uruguay* que baña las arenosas playas orientales, meciendo las ligeras embarcaciones que como palomas blancas, ora se deslizan con rapidez, ora vogan blandamente ó ya permanecen aquietadas como dormidas sobre lecho de finísimas espumas.

Todas estas magnificencias, nuestros ojos las han contemplado con el amor que siempre inspiran los objetos de la madre patria, adornada para nosotros de todas las bellezas ideales soñadas por la imaginacion ardiente del poeta.

Entre la parte alta y baja de la poblacion, en un paraje apartado, se veia una humilde vivienda, especie de choza, la que apesar de su pobreza ofrecia un aspecto risueño que hablaba muy en favor de los dueños que la habitaban.

Notábase un estremado aseo, un órden admirable que formaban una atmósfera de grata tranquilidad, de dulce paz que ensanchaba el espíritu y hacia latir el corazon con inesplicable sensacion.

Nada más pobre que el interior de aquella morada compuesta de una sola habitacion.

Dos lechos humildísimos, algunas sillas, una mesa y una gran caja de madera constituian todo el mobiliario.

En medio de aquella pobreza, respirábase el aroma de la virtud.

Los sentimientos puros, son como las flores que esparcen sus perfumes levantando el espíritu que los aspira.

En aquella habitacion tan desprovista de adornos materiales, brillaba sin embargo la poesía del corazon, sentimiento delicado que embellece la existencia.

Frescas flores, colocadas en grandes jarros de loza alegraban el ánimo con su aroma y vistosos colores. Veíanse tambien flores en la ventana, enredaderas de jazmines y madre-selvas que formaban un cortinado de encantadora frescura.

Diríase que el perfume de las flores buscaba el de los espíritus para entremezclar sus puras esencias.

«La poesía en la mujer es hermana del sentimiento, es la blanca y perfumada flor que brota del corazon: cuando el huracan del dolor ha agotado todas las demas flores del alma, la de la poesía desplega su corola mas hermosa que nunca.

«Las lágrimas son su rocío; la resignacion es el sol benéfico que la calienta con sus tibios resplandores.

«La poesía es la compañera inseparable de la mujer buena y la que embellece el hogar doméstico. ¡Desgraciada la mujer que la desconoce y desgraciado tambien el hombre que busca, para compañera suya, una mujer prosáica y materialista! Si busca una alma fria, se encontrará con una alma dura, si busca un corazon destituido de ilusiones, será fácil que halle un corazon vacío y desgarrado.

«La poesía está en el mundo bajo diversas formas, y vive entre nosotros sin que nos apercibamos de su presencia.»

....

En el humildísimo hogar que hemos descrito, vivia Rosa, la jóven madre y sus dos hijos, Maria y Alberto.

Al presentárosla, lectora, Rosa cose una pieza de ropa blanca, ayudada por su hija Maria, mientras que Alberto el pequeño rubio, contemplaba á su madre y á su hermana en silencio.

—Maria, hija mia—exclamó Rosa—suspende tu tarea... me da pena verte trabajar tanto!

—Oh! mamá, trabajo con gusto!—repuso la tierna Maria.

La buena madre envolvió á sus hijos con una mirada de ternura exhalando un hondo suspiro.

—Dios siempre justo—murmuró Rosa,—acudirá en nuestro auxilio....

Ah!—exclamó Maria dejando su costura y poniéndose de pié—olvidaba las flores!

Y saliendo rapidamente de la habitacion volvió á poco con su vestido recojido y lleno de flores.

—Mi ofrenda!—murmuró la niña depositando aquellas al pié de una imágen sagrada.

Rosa seguia con la mirada los movimientos de su hija.

La tierna Maria iba colocando las flores una por una y depositando en ellas respetuosos y amorosos besos.

¡Divina ofrenda de la inocencia, cuánto vales tú!

Terminada su piadosa y bella ocupacion, la hermosa niña volvió á ocupar su asiento cerca de su madre.

—Poco nos falta para concluir ¿no mamá?

—Sí hija mia, felizmente doy las últimas puntadas. Es necesario entregar hoy mismo estas costuras.

— Alberto quitará los hilvanes—exclamó Maria entregando la costura ya terminada á su hermanito, que se apresuró á desempeñar su cometido.

Hubo un momento de silencio. Todos trabajaban.

Alberto fué el primero en hablar.

—Mamà,—exclamó de pronto,—me comprarás un vestido con el dinero que te den por las costuras?

—Valiente dinero! 20 vintenes! (1)—dijo Maria con sentida entonacion.

—Veinte vintenes!—murmuró Alberto con desaliento, reclinando su rubia cabeza en el hombro de su madre.

—¿Y para ganar tan poco trabajais noche y dia?—preguntó el niño con insistencia.

—Que quieres hijo!—murmuró Rosa—el trabajo es el recurso del pobre, á el tiene que ceñirse para proporcionarse el pan que coma en su mesa... pan de honradez que Dios bendice!

—Ah, mamá!—dijo Alberto rodeando con sus brazos el cuello de Rosa—,cuánto deseo ser grande para que tú y Maria no trabajeis tanto! entonces no seriamos pobres porque yo ganaria dinero trabajando, y tú, mamita querida, descansarias y tendrias todo lo que te gustase!

—Escelente niño!—esclamó Rosa conmovida devolviendo las caricias de su hijo—, Dios colmará tus esperanzas hijo de mi alma!...Ah! no me canso de rogarle siempre por vuestra ventura!

—Dios nos oirá mamá—dijo Maria con su dulce vocesita—, tú nos has enseñado que Dios es el padre de los desgraciados y que no les abandona cuando sufren sin perder la fé y alimentan siempre esperanzas...

—Si mi Maria, confiad siempre en *El* y llevad vuestros pesares con angélica mansedumbre.

La desgracia lectora, anticipa en los niños las ideas

(1) Moneda de cobre de la República Oriental,

sérias y juiciosas propias de la edad y la esperiencia. Sus almas juveniles no aciertan á esplicarse ciertos hechos de la vida real, péro sufren al ver sufrir y el sol de la infantil alegria se apaga y empaña en sus delicados espíritus. Son preciosas flores, que languidecen de tristeza. Para corroborar este aserto, bastará que fijeis vuestra atencion, comparando el niño feliz que goza en su hogar de todas las comodidades apetecibles, con el niño desheredado de la fortuna que vive siempre en medio de la tristeza de un hogar sin sol. . .

Aquel es vivo, aturdido, expresivo, bullicioso, y ostenta los colores de la vida y la alegria,—el segundo es tímido, de caracter apagado y hasta en sus juegos es triste, retraido y silencioso, su color es pálido, enfermiso y en su rostro parece dibujarse un anhelo misterioso...

La escuela de la desgracia es bien amarga!

El hijo de Rosa, acariciando siempre á su madre esclamó de nuevo:

—Para trabajar es necesario saber algo, ahora que soy niño aprenderé ¿no es verdad mamá?

—Ay, hijo mio! ese es mi afan!... más yo nada sé... ah! cuando pienso que si me hubiera faltado el recurso de la costura, hoy no podriamos trabajar! Pero Dios es grande!... esperemos, Alberto mio!

—Di mamá ¿y esa Señora que tiene una escuela tan linda, que enseña tantas cosas, no podria darnos lecciones?

—Ah!... esa señora, no quiere recibiros. . .

—Nó quiere...¿porqué mamá?

—Porqué... no enseña gratis, así me lo ha manifeestao. Tiene en su escuela los niños de las familias más acomodadas y todos le pagan con generosidad... Yo imploré á esa Señora, diciéndole que lo que ella me pedía por la enseñanza, era mucho más de lo que ganaba al cabo de una semana... pero todo ha sido inútil!

—Pero...

—Díjome tambien, que su escuela era solo para niños ricos, y que, si recibiera pobres se disgustarian con razon las madres de sus educandas. . .

—Pues qué!...— esclamó Alberto irguieno su pequeña talla con infantil enerjía—el ser pobre es una falta?

—En el mundo lo es casi siempre, hijo mio; tu no comprendes aun las vanidades que él encierra, no sabes que la virtud suele ser perseguida y el bueno calumniado y ultrajado!... Acuérdate de que Jesucristo, siendo el Dios del Universo, el divino justo, fué mártir sintiendo los efectos de los más hondos dolores!

Las palabras de la buena Rosa fueron interrumpidas por la presencia de un nuevo personaje.

—Abuelita Feliza!—esclamaron los niños á una voz, corriendo á recibir á la recien venida.

Era esta, una pobre anciana llamada en el pueblo por el nombre de *abuelita Feliza*. No se le conocía familia y se ignoraba que edad tenia, pero lo que sí se sabia era que ántes habia disfrutado de buena posicion, que tenia bastante educacion, y modales distinguidos, y que á la sazon vivia de la caridad de las buenas almas. Su edad era muy avanzada, aunque no se sabia á cuanto alcanzaba, sin embargo, su tez marchita, sus cabellos blancos, su voz cascada, y lo agobiado de su cuerpo acusaban una senectud bien marcada.

Se comprendía que aquella pobre anciana, habia sufrido mucho, muchísimo, mas de una vez sorprendiéronse en sus rugosas mejillas, silenciosas lágrimas...

Desgraciada! en el ocaso de su existencia, veíase sola en el mundo, comiendo el pan de la caridad, y durmiendo bajo techos hospitalarios!

Todos tenian compasion de la *abuelita Feliza*, y hasta los mas pobres gozaban en compartir con ella sus míseros alimentos.

La anciana amaba á los niños con locura, y divertíalos contándoles historias y cuentos que le atraían un auditorio numeroso de infantiles cabezas.

Por esto, la alegria de los hijos de Rosa, cuando vieron á la anciana.

La abuelita Feliza fué rodeada, y agazajada.

—Ayer la esperé abuelita!—dijo Maria tomando una de las manos de la anciana y besándola con respeto.

—No pude llegar hasta aquí, hija mia, me sentí muy mal.

Rosa se aproximó con solicitud, esclamando:

—Quiere algun remedio, señora. Se lo haré en el momento!

—Gracias, mi buena Rosa, hoy me siento bien.

—Quiere Vd. esta rosquita, abuelita Feliza?—preguntó Alberto, ofreciéndole una.

—No hijo, te agradezco, ¡ya he comido, gracias á tu mamá!

—A mí mamá?—dijeron los niños á una voz.

—Si, esta mañana ella misma fué á llevarme una canasta con provisiones... Dios te bendiga Rosa!

—Oh! Señora, de lo poco nuestro, Vd. debe participar siempre; la queremos tanto! y sin esto, los pobres todos somos hermanos...

La abuelita Feliza nada dijo pero sus mejillas se bañaron de lágrimas, respuesta harto elocuente!

Los niños fueron los primeros en romper el silencio una vez que vieron á la anciana algo mas serena. . .

—Tendremos cuentos hoy, abuelita Feliza?

—Si hijos mios, uno y muy bueno.

Los niños batieron palmas de alegria y se dispusieron á oir, mientras que Rosa, apróximando su silla, seguía su costura, disponiéndose tambien á formar parte del auditorio.

La anciana meditó un breve rato, y luego dió comienzo á su historieta en los siguientes términos:

—Da. Cármen y D. Enrique tenían dos hijos excelentes, de vuestra misma edad; llamábanse: la niña, Enriqueta y el varon, Ricardo. Estos niños perfectamente educados, dóciles, buenos y cariñosos, hacían la felicidad de sus padres.

Da. Cármen y su esposo D. Enrique, deseando educar á sus hijos lejos del contacto y malas costumbres que ofrece el mundo bajo dorado manto; determinaron establecerse en el campo, en una hermosísima estancia de su propiedad.

Como poseían una gran fortuna, alhajaron la casa con gusto y sencillez, cuidando de que faltase lo supérfluo ántes que lo útil, que en todo debe ser lo primero.

Llevaron un maestro para los niños, y se proveyeron de libros y útiles de enseñanza, pues deseaban dar á sus

hijos una educacion moral y material tan completa como acabada.

Da. Cármen cuidó de llevar tambien á su estancia gran variedad de juguetes, para premiar la laboriosidad de los niños.

Enriqueta y Ricardo correspondian los desvelos y atenciones de sus padres, con estremado cariño y una grande obediencia y docilidad.

Da Cármen, lo mismo que su esposo, jamás fueron aflijidos por sus hijos, pues estos se esforzaban en no disgustarlos en lo mas mínimo, acatando con respeto y cariño todos sus mandatos.

Eran unos niños ejemplares.

CAPITULO III.

El paseo

Despues de haber dado sus lecciones, una tarde Enriqueta pidió permiso á su mamá para salir con su hermanita á dar un paseo por el campo en compañia de su maestro, que era un señor de 55 años de edad, llamado D. Santiago Gonzalez—Da. Cármen accedió gustosa, encomendando á D. Santiago el cuidado de los niños.

La tarde estaba hermosísima; serena y templada, respirábase una atmósfera deliciosa impregnada con el aroma de las flores silvestres.

Los niños gozosos, unidos de la mano, corrian de acá para allá, cantando y riendo con bulliciosa alegría.

Don Santiago contemplaba con sonrisa bondadosa la infantil satisfaccion que iluminaba los semblantes de sus jóvenes educandos.

Enriqueta formaba un ramillete de frescas flores para obsequiar á su mamá á la vuelta del paseo.

Ricardo, haciendo rodar un arco sobre la yerba del

campo, ora se alejaba de los paseantes, ora se internaba entre las selvas.

Una de estas veces, tardó algo en volver; Don Santiago y Enriqueta se disponian á ir en su busca cuando apareció, llevando en sus manos un precioso nidito y un pajarillo que pugnaba por recobrar su libertad.

El rostro del niño resplandecia alegría y enseñaba aquellos objetos como trofeos de gloria.

Ricardo quizo obsequiar con ellos á su hermanita creyendo proporcionarle una grande alegría.

Enriqueta con el semblante entristecido recibió el pobre pajarillo, pero no bien lo tuvo en su mano se apresuró á darle libertad, contemplando con alegria como el pajarillo se elevaba por los aires lanzando al parecer gritos de regocijo, y aleteando al verse en feliz libertad.

Ricardo absorto, miró á su hermana y luego al pajarillo que se alzaba, sin acertar á desplegar los labios.. .

—Ahora,—dijo Enriqueta á su hermano, enséñame el sitio de donde arrancaste este nido.

—¿Que piensas hacer? preguntó Ricardo adivinando la accion de la excelente niña.

—Voy á colocar este nidito en el lugar en que estaba; ¿has olvidado lo que siempre nos dice mamá de que no debemos hacer ningun daño á esas pobres avecillas que, como nosotros tienen padres y hermanos, y como nosotros tambien, sienten y lloran la pérdida de los suyos? de seguro,—prosiguió la generosa niña, con acento de afliccion—que ahora estará lamentando alguna infeliz avecilla la pérdida del nidito que la cobijaba de los frios, brindándole un asilo al abrigo de las tempestades!

Ricardo impresionado tomó de la mano á su hermanita diciéndole:

—Ven, coloquemos el nido en su sitio.

—Si, vamos; la avecilla que di libertad no tardará en volver; qué alegria tendrá cuando encuentre intacto su querido nidito!

Don Santiago conmovido escuchaba esta escena tierna y sencilla, que trasparentaba la belleza pura é inocente del alma de Enriqueta.

El buen anciano aprovechó esta circunstancia para exhortar á los niños, y elogiar las bellas cualidades de las almas generosas y tiernas.

Enriqueta poseía un corazon de oro, una alma sensible y educada por una madre ejemplar, sus bellas dotes aumentaban cada dia.

Un hecho, parecido al de la avecilla y el nido, habia tenido lugar pocos dias ántes, en la estancia de los padres de Enriqueta y Ricardo, hecho que tambien habia demostrado la belleza del corazon de Enriqueta.

Doña Cármen, que no perdía la ocasion de inculcar en los corazones de sus hijos ideas sanas y nobles, que más tarde habían de dar ópimos frutos, pintaba á Enriqueta con vivos colores, la crueldad de algunos seres que se gozan en martirizar á los inofensivos pajarillos, privandoles de libertad y dando muerte á su padres, hermanos y amigos.

Presentaba á la imaginacion impresionable de la niña los cuadros de dolor que ofrecian semejantes actos; la afliccion de la madre que era separada de la hija, las angustias que esperimentaría su corazon al ver desaparecer el nido que abrigaba á los hijuelos de su cariño; pintábale las torturas y tristezas del ave que prisionera en lejanas tierras suspiraba por sus padres, hermanos ó hijos, sin más consuelo que los cantos de otras aves que llegaban hasta su estrecha cárcel, causándole mayor pena, pues esos acentos traían á su memoria el éco querido de los seres que lloraba.

Enriqueta escuchaba, y á travez de la ventana seguía con la mirada velada por las lágrimas, el vuelo rápido de los pajarillos que cruzaban el espacio.

No bien Enriqueta se vió sola, una idea repentina cruzó por su mente; recordó que su mamá tenia en una rica jaula un precioso y pulido canario, que todas las mañanas llenaba los aires con los trinos de su armonioso canto; no vacila, ligera como el pensamiento corre á la jaula donde la prisionera avecilla entona dulces acentos, y con el corazon palpitante, dá franca salida al pajarillo que gozoso de tanta dicha levanta el vuelo y se alza, parándose sobre la copa de un gigantezco árbol.

Enriqueta lo contempla con alegría y batiendo palmas vá á contar á su mamá lo que acaba de hacer.

Doña Cármen abraza á su hija satisfecha del resultado de sus lecciones, aunque interiormente lamenta la pér-

dida del lindo canario que por tantos años le habia hecho compañia, pero nada dice á su hija, dejándole la satisfaccion de su obra generosa.

La jaula había quedado abierta y solitaria.

Por la tarde, Enriqueta cree escuchar muy cerca el armonioso canto del canario, corre hácia la ventana donde habia quedado la jaula abandonada, y cual no seria su sorpresa al ver dentro de ella al precioso canario que saltando de palito en palito, cantaba alegremente.

Sorprendida, va presurosa á contar á su mamá lo sucedido, y esta acude prodigando á la avecilla las más dulces caricias.

—Enriqueta, nuestro canario no nos quiere abandonar, y vuelve á ocupar la jaula que por tantos años ha sido su vivienda.

—Ah! mamá, será acaso que no tenga padres ni amigos, y vea en nosotros esos seres que ha perdido?

—Si hija,—dijo Da. Cármen besando á Enriqueta en la frente—por eso no nos quiere dejar.

—Ah! entónces yo cuidaré todos los dias de él y le prodigaré todas mis caricias!

Da. Cármen vuelve á estrechar contra su pecho á la buena niña y con placer encomienda á su cuidado el pulido canario.

Desde aquel dia Enriqueta y el canario son dos buenos amigos; ella le cuida y por las mañanas abre la jaula para que la linda avecilla vaya á dar un paseo matinal, permiso que aprovecha con regocijo no tardando en volver á ocupar su dorada jaula.

Volvamos al encuentro de los niños que siguen su paseo en compañia de D. Santiago.

Este, vencido por los ruegos de Enriqueta y Ricardo, ha permitido hacer aquella tarde un paseo más largo que el que suelen hacer de costumbre.

Recorridos los parajes conocidos, no tardan en llegar á uno que nunca han visto, y que los llena de agradable sorpresa por la belleza lozana de su vegetacion.

CAPITULO IV.

El mísero rancho y sus más míseros habitantes

Habian atravesado los paseantes un sendero algo escabroso, lleno de malezas, y al finalizarlo se hallaron en un claro donde se levantaba un miserable rancho, casi en ruinas.

A la puerta de aquella humildísima vivienda se hallaba una muchacha como de diez á once años, sentada sobre una enorme piedra. Era un tipo estraño.

Sus vestidos de un color indefinible, estaban desgarrados, dejando ver en muchas partes sus carnes flacas y amarillentas.

Era de rostro ovál, tez morena, y sin brillo; sus ojos pardos, de mirada huraña, y apagada; sus cabellos enmarañados, parecía que jamás hubieran sido peinados; en cuanto á su cara y manos, el agua hacia mucho tiempo que no las habia refrescado.

La muchacha al ver á los niños y á D Santiago hizo un movimiento brusco, y penetrando al mismo rancho, cerró la puerta con precipitacion.

Enriqueta miró con asombro á D. Santiago esclamando:

—¡Pobre muchacha, tan sola...y parece que sufre!

—Con quién vivirá?—dijo á su vez Ricardo.

—Pronto lo sabremos,—respondió D. Santiago dirijiéndose al rancho y llamando á la puerta con suavidad.

Nadie contestó.

Repitió al llamamiento, obteniendo igual resultado.

Dispusieron retirarse, con gran descontento por parte de Enriqueta, que sin saber porqué, se habia interesado por la infeliz muchacha.

Por el camino el tema de la conversacion fué la solitaria habitante del rancho.

Enriqueta manifestó deseos de volver al siguiente dia

por la tarde; quizá, decia, podramos hacer alguna buena obra de esas que mamá siempre nos enseña.

Al siguiente dia, doña Cármen accedió á los deseos de los niños y en compañia de D. Santiago, Enriqueta y Ricardo emprendieron la marcha, en direccion al rancho de la víspera.

Encontraron á la muchacha en la misma actitud, pero esta vez se contentó con mirar á los niños sin dar muestras de retirarse.

Alentados, nuestros paseantes se aproximaron, saludando á la muchacha con un afectuoso —*buenas tardes,* que quedó sin contestacion.

Enriqueta, contemplando con un interés mezclado de lástima á la muchacha, le preguntó como se llamaba.

Esta miró á la niña, luego á sus vestidos quedando al parecer absorta ante el sencillo atavío de Enriqueta.

La niña repitió su pregunta sin amedrentarse por la huraña espresion de la muchacha.

Al fin esta, con acento ronco y destemplado dijo:

—*Lúcia.*

—Lucía, dijo Enriqueta enmendando la acentuacion— que lindo nombre! te llamas Lucía, y tienes padres?

Tardó algo en contestar la muchacha, hasta que al fin repuso:

—Tengo padre.

—Y donde está? preguntó D. Santiago.

—Por ahí,—dijo la muchacha encojiéndose de hombros, con una indiferencia brutal.

—Como se llama?

—José.

—Y no tienes miedo de estar aquí sola?

La muchacha volvió á encojer los hombros sin responder.

—No sabes leer, ni coser?

—Leer... coser ..—repitió la muchacha como una máquina.

—No sabes?..y rezar?

—Rezar... que es eso?..—preguntó Lucia mirando los vestidos de Enriqueta que eran los que llevaban todas sus miradas.

Enriqueta juntó las manos esclamando:

—No sabe lo que es rezar!...infeliz!

Una idea súbita la animó y lanzando una mirada al interior del rancho dijo á Lucía, observando sus miradas.

—Te gustan mis vestidos?

Lucía inclinó la cabeza en señal afirmativa y estendiendo su mano tocó los vestidos de la niña con el dedo índice.

—Yo te puedo dar unos iguales ó mas lindos, si tu quieres.

Por los ojos de Lucía cruzó un relámpago de alegría estraña, pero esto fué rápido volviendo luego á su estado de indiferencia.

Don Santiago llamó aparte á Enriqueta diciéndole:

—Por hoy basta, querida niña, ya no es tan huraña, prométele que mañana volveremos.

Enriqueta se aproximó á Lucía diciéndole:

—Adios, hasta mañana.

—Va á traerme vestido?—dijo Lucía elevando su apagada mirada hasta la niña.

—Si, pero tendrás que hacer lo que yo te diga, de lo contrario no te traeré nada.

La muchacha guardó silencio, murmurando luego:

—No, mi padre me pegará.

—Qué ha de pegarte! al contrario, le gustará verte limpia y bien vestida.

La muchacha sacudió la cabeza.

—Bien, mañana vendremos y te traeremos muchas cosas.

Lucía guardó silencio siguiendo con la vista á los niños y á D. Santiago que se alejaban despues de haber contestado con un apagado *adios* á la cordial despedida de sus visitantes.

CAPITULO V.

Una bienhechora invalorable

—

Llegó el siguiente dia y nuestros amiguitos ansiosos de proporcionar á Lucía una sorpresa agradable, y de hacer al propio tiempo una buena obra, anticiparon la hora de paseo.

Antes de llegar al rancho, descubrieron á Lucía que de pié parecia esperarlos sobre una eminencia de terreno, cubierta por malezas incultas.

Sus ojos devoraban los envoltorios que Enriqueta y Ricardo y hasta D. Santiago llevaban con gran cuidado.

—Aqui nos tienes, Lucía,—dijo Enriqueta, depositando su carga á igual de los demas, sobre la yerba.

Don Santiago y Ricardo se sentaron sobre una roca, mientras que Enriqueta decia á la muchacha.

—Tienes que hacer lo que yo te diga, que todo será para tu bien, has oído?

—Si,—dijo Lucía—haré lo que Vd. quiera.

Enriqueta tomó uno de los bultos que habia llevado diciendo á Lucía:—Ven, sigueme.

Ambas se internaron entre las selvas.

Enriqueta de mas estatura que Lucía, apesar de tener un año menos, educada con sentimiento y solidamente instruida poseía un aplomo admirable, y todas las previsiones que puede tener una muger, la elocuencia y la sencillez que distinguen las naturalezas nobles y abnegadas.

Enriqueta empezó por despojar á Lucía de sus harapos.

Cerca de ellas corria mansamente un arroyuelo; la niña hizo bañar en sus cristalinas aguas á la muchacha, que al principio opuso alguna resistencia, aunque débil, pues ya estaba subyugada por Enriqueta.

Dado aquel baño higiénico de que tanto necesitaba Lucía, Enriqueta comenzó á vestir á la muchacha, primero con fina ropa blanca luego con un vestido color de rosa, medias muy blancas y zapatitos negros de cuero, coquetamente hechos y sujetos con lazos de cinta.

Concluido este atavío faltaba el del cabello.

Las tijeras hicieron su oficio; habilmente manejadas, quitaron de la cabeza de Lucía los *enredos* que el tiempo y la desidia habian hecho en ella; una vez libres y limpios fueron graciosamente peinados, y sujetos con una cinta del mismo color del vestido.

Completamente transformada, Enriqueta contempló á Lucía que no sabía lo que le pasaba.

La amarillenta tez de la piel habia desaparecido, ahora se veia el brillo de una tez suavemente morena, fina y fresca.

Los cabellos relucientes, adornaban una frente elevada y graciosa; los ojos de Lucía mas animados parecian despedir rayos de lejana luz, que no tardaría en iluminar aquella mente embrutecida.

Enriqueta habia llevado de exprofeso un pequeño espejo y él sirvió para que Lucía contemplara su propia imágen.

En un principio quedó muda de sorpresa, luego mirando á Enriqueta dijo, con sencillo y cándido asombro.

—Soy yo!

—Si, tú! que te parece?

—Que lindo!...ah! gracias!—y sin poder evitarlo Enriqueta, Lucía se arrodilló á sus pies, besando sus manos.

—¡Haga Vd. lo que quiera de mi!

—Haré tu felicidad y la de tu padre, con ayuda de mamá; alza, y vamos á hacer en tu habitacion lo que he hecho en tu persona,

Enriqueta y Lucía transformada volvieron al rancho.

Al verlas D. Santiago y Ricardo lanzaron una esclamacion de sorpresa: Lucía estaba desconocida.

Ricardo abrazó á su hermana diciendo:

—Dios te premiará tan buena obra!

—Si,—dijo D. Santiago pasando su mano sobre la cabeza de Enriqueta—siga Vd. siempre con tan buen corazon prodigando bienes, que será feliz.

Enriqueta penetró en el interior del rancho, emocionada y satisfecha.

El cuadro que ofrecía aquella habitacion no podia ser mas miserable.

Componian el ajuar, una mesa, dos sillas cojas, y una cama construida de troncos de árbol, todo en un estado de desaseo y abandono terrible.

En la mesa cubierta de polvo, veíanse pedazos de pan duro, cábos de vela, latas viejas y otras cosas que parecia habian ido amontonando allí como si fuera ello un recipiente de basuras.

Las telarañas caian del techo como espesos cortinajes; en todo veíase impreso el sello del abandono y del desaseo.

Las débiles fuerzas de Enriqueta no bastaban para transformar todo aquello.

D. Santiago y Ricardo la ayudaron.

Las telarañas desaparecieron, la mesa fué desembarazada de las inmundicias que la cubrian, el piso fué barrido, el polvo quitado, y á las sillas cojas se le improvisaron nuevos cimientos; la cama de troncos de árbol fué arrojada al campo, aquella misma tarde un criado de la estancia debia llevar al rancho dos lindas camas con sus correspondientes útiles.

Tenía el rancho una ventana que daba al medio dia, jamás habia sido abierta por sus infelices moradores, Enriqueta la abrió y un alegre rayo de sol inundó la habitacion, poco antes lóbrega y súcia, ahora alegre y limpia.

La mesa habia sido cubierta con una carpeta verde, sobre la cual la previsora Enriqueta habia puesto un jarro de porcelana lleno de frescas flores, que inundaban de aroma la humilde habitacion, llenando de alegria el espíritu.

No tardó en llegar el criado de la estancia cargado con nuevas cosas, entre ellas venian las camas, que fueron mullidas por Enriqueta y Ricardo y cubiertas con alegres y vistosas colchas.

Un tocador de madera, dos sillas más, una gran cesta llena de provisiones y un baul atestado de ropa, contribuyeron á cambiar por completo el cuadro.

Sobrecojida en un rincon de la habitacion, Lucia mi-

raba todo aquello, casi asustada siguiendo con los ojos los movimientos de Enriqueta que iba y venía órdenándolo todo.

Concluido el atavío del rancho, la bondadosa niña, apartó las flores, y estendió sobre la mesa un blanco mantel, disponiéndo una apetitosa cena, con las provisiones que su buena madre le habia enviado.

Luego tomando de la mano á Lucia le dijo:

— No te parece mucho mejor tu rancho.?

—Oh! si, gracias!.. gracias!....

—Cuando venga tu padre encontrará la cena preparada; todo lo dejo listo; él hallará en ese baul ropa para vestirse; mañana volveré con mamá.

—Se vá Vd.!- dijo Lucía con tristeza.

—Si, dijo sonriendo Enriqueta, y cambiando con D. Santiago y Ricardo una mirada de inteligencia,—me voy, y volveré siempre si tu sigues haciendo todo cuanto yo te indique.

—Oh! si señorita!

— Bien, pero ántes de irme tengo que hacer algo más, una cosa de grande importancia; ven!

Enriqueta fué al baul y tomó de él algo que habia envuelto entre papeles, y llevándolo consigo salió del rancho llevando de la mano á Lucía.

Enriqueta dirijió en torno suyo una mirada y conduciendo siempre de una mano á Lucía y de la otra el bulto sacado del baul, se internó entre los árboles, yendo á situarse bajo un frondoso sauce, á cuyo pié se deslizaba el arroyuelo cristalino.

Enriqueta y Lucía sentadas en el tronco del árbol guardaron silencio por algunos instantes, hasta que aquella lo interrumpió diciendo:

—Vas á oir algo nuevo para tí, y tan importante que es necesario que fijes toda tu atencion.

Enriqueta se detuvo, y Lucía esclamó:

—Escucho...

La buena niña entónces, reuniendo todas las facultades de su clara inteligencia, y pidiendo á Dios auxilio para su grande obra, comenzó á desarrollar ante los ojos de Lucía, con un lenguaje dulce y sencillo, las grandezas del Creador, su infinita sabiduría y su omnipotente poder,

Era de ver el sagrado entusiasmo con que describía sus mas bellas obras, como hacia resaltar la providencia celestial, y la infinita clemencia del Rey de la creacion.

Como pintaba los cuadros de la naturaleza, donde resaltaba admirablemente la mano bendecida de Dios; desde la existencia del reptil hasta la del hombre; desarrollando á la vista de Lucía un mundo desconocido de grandezas, y descorriendo el velo que hasta entónces habia cubierto su alma, le revelaba la existencia de ese gran Dios de bondad, de amor y de clemencia.

Lucía absorta, con la vista fija en su bienhechora, y la respiracion agitada, escuchaba la palabra dulce y persuasiva de Enriqueta, sintiendo latir su corazon de una manera estraña y esperimentando conmociones hasta entónces desconocidas.

Cuando Enriqueta empezó á describir con vivos colores el sublime martirio del Gólgota, narrando con trémula voz los inauditos horrores y crueldades de que habia sido víctima el Divino Redentor, relato conmovedor, que habia escuchado de los lábios de su madre, grabándolo en su corazon y que ahora, ella á su vez, pintábalo, tratando de dar á conocer á Lucía lo que hasta entónces habia ignorado; cuando describía, repetimos, el sublíme martirio de Jesús, el dolor de sú divina Madre y sus angustias de muerte, Lucía palpitante, bañada su faz en llanto, cayó de hinojos y elevando al cielo su mirada iluminada por una luz interna balbuceó entre sollozos:

—Dios mio!...

Enriqueta conmovida, elevó al cielo sus manos en accion de gracias murmurando con leve acento:

—Gracias, Dios mio! tú me has ayudado, he podido cumplir la mision que máma me encomendó acerca de esta desgraciada!

Y la buena niña, volviéndose, tomó los envoltorios que habia llevado, y descubriendo un hermoso crucifijo lo enseñó á Lucía diciendo:

—Hé áquí la imágen sagrada del que adoramos, y aquí, dijo, volviéndose y tomando un busto de la dolorosa—la imágen de Maria, la madre santísima de Dios!

Lucía tomó de manos de Enriqueta las sagradas imágenes besándolas con amoroso respeto.

—Todas las mañanas, y todas las tardes, Lucía, mamá nos enseña á elevar nuestras preces al Eterno, en accion de gracias y de amor por los beneficios que de él recibimos. Todo cuanto somos, y cuanto tenemos, se lo debemos á Dios que vela por sus hijos desde lo alto, derramando sus bienes sobre la tierra; así pues, debemos esforzarnos por ser agradables á sus divinos ojos, y para esto no tenemos mas que ser buenos, compasivos y cumplir siempre con los deberes que nos impone la conciencia.

Enriqueta al decir esto se arrodilló sobre la yerba, siendo imitada por Lucía, empezando aquella á orar en alta voz y repitiendo esta, todo cuanto decia su jóven bienhechora.

Concluido el rezo, Enriqueta tomó de la mano á Lucía diciéndole:

—Yo te enseñaré á rezar, y serás feliz; nada te faltará, y si alguna vez sufres, lo harás con paciencia; dice mamá que Dios manda los sufrimientos para probar el temple de nuestras almas y para que nos acordemos de él, porque en medio de la felicidad olvidarnos á veces los deberes que tenemos para con Dios, llegando nuestra ingratitud hasta olvidar de darle gracias por los beneficios que recibimos.

Si doña Cármen y D. Enrique hubieran escuchado los bellos discursos de su hija ¡qué satisfaccion no hubieran esperimentado!

Aquella niña de corta edad precozmente desarrollada tenía la sensatez y el raciocinio de los años, y al oirla espresarse, mas que una niña parecia escucharse á una muger de juicio y de despejada intelijencia.

Enriqueta, D. Santiago y Ricardo se despidieron de Lucía prometiendo aquella volver al siguiente dia en compañia de su mamá.

CAPITULO VI

Lecciones

Llegó el siguiente dia por desgracia frio y lluvioso, imposibilitando á nuestros amigos de poder salir.

Don Santiago ocupó el dia en dar lecciones á los niños sobre diferentes materias.

Concluiadas las lecciones, Ricardo comenzó á hacer preguntas á D. Santiago, el que se apresuraba á satifacerlos, stilurando con ellas la mente de sus jóvenes discípulos.

—Señor, yo no recuerdo bien como se hace el té, quiere Vd. tener la bondad de decirmelo otra vez—dijo Ricardo á Don Santiago.

—Si hijo mio, el *arbol del té* (1), es un arbustillo de 3 ó 4 metros de altura, de la misma familia que el camelia, pero con flores mas hormosas y aromáticas. Las hojas de este arbusto, convenientemente preparadas, son las que dan el té, una de las mayores riquezas comerciales de la China y Japon.

Las hojas se recojen en la primavera y en el verano, se elijen las buenas, se apartan las malas, se bañan luego en agua caliente, durante algunos segundos, y despues de haberlas enjuágado, se colocan en planchas de hierro colado ealiente y se las menea. Luego se les deja enfriar en esteras y se las enrosca con la palma de la palma.

Los chinos y los japoneses no nos suelen enviar más que el té de inferior calidad. Se pretende que el té reservado para el emperador del Japon es objeto de cuidados muy minuciosos. El terreno donde se cultiva este té tan precioso, está rodeado de un ancho foso para que nadie entre en él, como no sean los guardianes.

El té puede emplearse como medicamento ó como bebida agradable. En el primer caso, se administra como tónico, como di-

(1) Cos. Ats. Yerbas.

«gestivo y como sudorífico. Conviene perfectamente á las cons«tituciones linfáticas y débiles y á los habitantes de los climas «frios y humedos, tales como Holanda, Inglaterra. Como be«bida agradable es un excelente difusible y digestivo, empleán«dose muchas veces en vez de café.

«Existen en el comercio dos variedades de té, el verde y el «negro; el primero tiene una facultad excitante muy superior al se«gundo; ordinariamente se les mezcla.

«Los ingleses, americanos y rusos consumen enormes cantida«des de té. En Inglaterra llega á 22 millones de kilógramos al «año. En muchos Estados de la Union americana es casi la única «bebida que usan todas las clases de la sociedad,

«La introduccion del té en Europa se debe á los holandeses y «data de 1610.

—Gracias D. Santiago por su bondad—esclamó Ricardo, agregando en seguida:

—Tendria la bondad de hablarnos ahora sobre los grandes inventos?

—Ah! si Señor,—dijo á su vez Enriqueta—así conoceremos tambien los nombres de los inventores.

—Con mucho gusto, mis queridos niños. Oid con atencion.

—Grandes son los adelantos que han llenado el mundo de asombro, con inventos verdaderamente prodigiosos. Ahí teneis á Juan Gutenberg, hijo de la Alemania que ha legado á las posteridades el más precioso invento, la *imprenta*, esa diosa, cien veces inmortal que á través de los siglos viene trasmitiendo de una á otra generacion la esencia del saber, la luz de las glorias presentes y pasadas, formando un lazo indestructible que ligará los sucesos grandiosos del mundo, inmortalizándolos en páginas eternas, indelebles.

Roberto Fúlton, inventor del vapor, hijo de Estados Unidos, enriqueció las ciencias dotando á la navegacion de álas para cruzar los mares y desafiar los peligros, acortando las distancias y uniendo las naciones.

Benjamin Franklin, célebre sábio, hijo de los Estados Unidos, inventor del para-rayo, y descubridor de la electricidad, que como dijo un hombre de talento, «arrebató el rayo del seno de las nubes», legando al mundo preciosos descubrimientos que inmortalizaron su nombre, enriqueciendo el gran libro de oro de las ciencias.

Ahí teneis el precioso invento de lo litografía debido á un abogado y autor dramático de Munich, llamado Senefelder.

Y tantos otros que han difundido por el mundo los reflejos de la poderosa luz con que Dios ha iluminado sus espíritus superiores.

—Aquí llegó la abuelita Feliza en su narracion, deteniéndose fatigada,

—¡Ah qué linda historieta!—esclamaron á un tiempo Maria y Alberto—¿falta mucho abuelita Feliza, para que termine?

—Bastante, hijos mios.

—Ah! qué gusto! yo estoy deseando saber que fué de Lucía y de los dos buenos niños Ricardo y Enriqueta!

—Mañana continuará la abuelita—dijo Rosa—,ahora está fatigada—y tomando las manos de la anciana, esclamó conmovida:

—Señora! cómo le agradezco el relato de su preciosa historieta! ignoraba que Vd. supiera tanto!

La abuelita Feliza sonrió de la sencillez de Rosa y repuso:

—Bien poco es, querida Rosa, pero todo se lo trasmitiré á tus hijos.

—Gracias!—repuso Rosa conmovida y alborozada—podré ver realizado en parte mis más vivos deseos.

—Si Rosa en mi juventud tuve maestros y mis padres se esforzaron en proporcionarme una buena educacion; esta quedó por desgracia incompleta, pues, á la muerte de mis padres todo quedó trastornado en mi hogar.

Los recuerdos de aquel tiempo, hicieron asomar lágrimas á los ojos de la abuelita Feliza.

Serenada un tanto, prosiguió:

—Daré á tus hijos lecciones de lo que yo aprendí entónces, que, aunque poco, de algo les servirá.

—Ah! gracias señora, mis hijos sabran aprovechar esas lecciones!

La abuelita Feliza despues de conversar largamente con Rosa y sus hijos, se despidió de ellos prometiendo volver el dia siguiente.

CAPITULO VII.

Continúa la historieta de la abuelita Feliza.

Amaneció el siguiente dia, y la abuelita Feliza fiel á su promesa llegó al rancho de Rosa muy dispuesta á seguir su narracion.

Los niños la rodearon, y Rosa formó parte del pequeña auditorio, disponiéndose á escuchar á la bondadosa anciana Feliza.

—Dejamos ayer á Don Santiago dando lecciones á Enriqueta y á Ricardo sobre algunas materias interesantes—bien, continuemos.

La abuelita Feliza meditó un buen rato y reanudó su relato como sigue:

Enriqueta y Ricardo satisfechos de la leccion; y aprovechando la bondadosa condescendencia de Don Santiago, se dispusieron á seguir preguntando, deseosos de instruirse y de adquirir conocimientos útiles.

—Querria Vd. decirnos Don Santiago, algo del café, á mi que tanto me gusta esa bebida? dijo Enriqueta.

—«El *café* [1] hija mia, es un arbusto originario de la Arabia y Etiopia. Su tallo se eleva á 4 ó 6 metros; sus flores, de un aroma suave, producen unos frutos rojos que ennegrecen madurando. Dos granos pegados entre sí y encerrados en lo interior del fruto, es lo que se conoce en el comercio con el nombre de café. El mas estimado es de la Arabia feliz.

«El café se ha trasportado á América y sobre todo á las An«tillas, donde ha tomado su cultura un inmenso desarrollo, así »como en la Martinica, y en casi toda la América meridional.

«Esta preciosa bebida no se introdujo en Europa sino á media«dos del siglo XVII. Es un tónico precioso que estimula la di«gestion y el movimiento circulatorio, pero tambien un poderoso

(1). Boutet de Monvel.

«excitante que no conviene á las personas muy sanguíneas ni á «los que tienen un temperamento nervioso muy irritante».

—Y la canela, Don Santiago?

— «El *canelo* ó arbol de la canela, hijos mios, es una especie de «laurel cuya corteza, secada al sol, se encoge y toma la forma «de rollitos. La canela es muy aromática, de un sabor agra«dable, algo excitante, y se emplea en muchos manjares y dulces «y á veces en medicina. La mejor canela es la de Ceylon.

—Tendria vd. la bondad de esplicarnos algo sobre el *alabastro,* la *porcelana*, el *vidrio,* el *cristal* y la fabricacion del papel?

—Con el mayor placer; siempre me tendreis dispuesto para satisfaceros en todo aquello que redunde en provecho vuestro.

«El alabastro calcáreo (1) que es infinitamente más hermoso «y mucho más caro, no debe confundirse con el alabastro «yesoso.

«El alabastro se forma, como el otro por la infiltracion y lue«go por la evaporacion de las aguas cargadas de cáliza, produ«ciéndose, entónces en ciertas cavernas, hermosas varitas ó «palillos cónicos, que penden de la bóveda, semejantes á los «carámbanos de hielo que penden de los tejados durante el «invierno: esto es lo que se llama *estalagmitas*. Las gotas que «caen al suelo, forman igualmente un depósito, llamado *estalac«titas*, el cual se eleva de modo que alcanza la estalactita «pendiente, y cuando ámbas se juntan, forman una columna. «Existen muchas grutas que ofrecen así una magnífica decora«cion interior; su aspecto es mágico cuando se alumbra las «paredes con antorchas. Una de las más hermosas, es la gruta «de Antíparos, en Grecia, y las de Arcy, en Francia.

«En los terrenos yesosos, las aguas subterráneas contienen, «en disolucion, proporciones bastantes considerables de yeso «que las vuelve *crudas*, esto es, impropias para cocer las le«gumbres, para disolver el jabon y difíciles de dijerir. Es el «efecto de la mayor parte de los pozos. Al filtrar al traves de «las tierras, gotean estas aguas en las bóvedas y paredes de las «cavernas, donde dejan al evaporarse, un depósito duro y crista«lino. Bajo esta forma, toma el yeso el nombre de *alabastro* «*yesoso*; es una materia de hermosa blancura, matizada á veces «de amarillo, y bastante frágil; se hace, con ella vasos y

(1) Boutet de Monvel

«zócalos de relojes de sobremesa. Se saca muy buen alabas-«tro de Toscana, Cerdeña y aun de Francia. En Toscana, sobre «todo, se recojen las aguas yesosas en moldes, donde se depone «el alabastro, tomando inmediatamente la forma que se le «quiera dar.

«La *porcelana* es un vidriado fino, hecho con una especie de «arcilla muy blanca, el *kaolin*, procedente de la, descomposicion «de una especie de mineral llamado *feldespato*. Se mezcla el «caolin con una pequeña proporcion de feldespato al cual se «añade muchos en un cedazo y añadiendo un poco de agua, «se forma una pasta que se deja podrir durante seis meses ó «un año.

«Para emplear esta pasta se la muele y bate para expulsar las «burbujas de aire y luego se le dá una forma en el torno hori-«zontal del alfarero. Despues de haber puesto á secar las piezas «al sol, se las somete á un primer cocimiento en un horno ca-«lentado ordinariamente con leña. Así se obtiene la primera «masa ó porcelana porosa.

«Para hacer impermeable la porcelana, se la cubre con una «capa de feldespato desleido en agua y se la vuelve á meter en «el horno. El kaolin no es fusible, pero el feldespato se funde «como el vidrio y forma entónces un varnis vidrioso en la super-«ficie de la porcelana.

«Se conocen dos especies de porcelana: la que acabamos de «describir, llamada *porcelana dura*, porque aguanta muy bien el «fuego, y la *porcelana tierna*, cuya composición se acerea más á «la del vidrio y no resiste á la accion del calor.

«En China y en Japon, se conoce la porcelana desde tiempo «inmemorial, pero en Europa no empezó á fabricarse hasta fines «del siglo XVII, siendo en Francia é Inglaterra donde se fabricó «primero la porcelana tierna, y en Sajonia, la dura, hácia 1710. «La manufactura de Sevres ha seguido su ejemplo, en 1765, «gracias al descubrimiento de los kaolins de Limoges.

«La fabricacion de los vidriados comunes, no difiere mucho «de la porcelana. Las materias empleadas son ménos puras, pero «los procederes son los mismos.

«El *vidrio* se hace con arena, potasa ó sosa y sal. Estas ma-«terias, más ó ménos puras, segun el grado de transparencia «que se quiera dar al vidrio, se ponen en un crisol y se someten á «un fuego violento durante treinta horas. Si se les añade *minio*

«se obtiene el *cristal* que todos conocemos, con el cual se hacen «mil objetos de lujo y utilidad,

«El vidrio comun de los vasos, vidrieras, botellas, frasqui- «llos, etc,. se hace principalmente con la sosa. La fabricacion «del vidrio es muy curiosa. Para hacer el de vidrieras, toma el «operario una cantidad de materia fundida en el extremo de un «largo canuto de hierro, sopla, hace salir una gran bola del mismo «modo que se hace salir una burbuja de jabon con una paja; «mete luego la bola en el crisol para tomar más materia, y lo «sopla por el canuto repetidas veces. Cuando la bola ha adqui- «rido el volúmen que se desea, se dá vueltas al canuto como «si fuera una honda, y luego se le imprime un movimiento de «rotacion, entre las manos, ó se arrolla la bola encima de una «mesa de hierro, para darla una forma larga. Corta luego las «dos extremidades de esta masa para hacer un cilindro que hien- «de en toda su longitud.

«Cuando la masa de vidrio está candente, se corta muy fácil- «mente con un cuchillo mojado en agua fria: y cuando se ex- «pone el cilindro, cortado así, á la accion del fuego, el vidrio se «desarrolla y extiende en lámina cuadrada. Pasando entónces «un rodillo sobre la lámina, se logra allanarla completa- «mente.

«Para hacer botellas comunes se emplean arenas más ó ménos «ferruginosos, arcilla, sal de sosa y aun sosa en bruto. La «presencia del hierro dá á este vidrio un color oscuro.

«El operario sopla una bola con un canuto de hierro; mete «esta bola en un molde del mismo metal que determina el vo- «lúmen de la parte mas ancha y el hueco del fondo: el cuello «de la botella resulta del peso mismo de la masa que empuja «hácia abajo, la materia aun líquida. El operario no debe tomar «á la vez, en el crisol, más que la cantidad necesaria para que «el vidrio tenga el mismo espesor é igual volúmen en todas lás «botellas.

«Para la fabricacion de los frascos, vasos, botellas para agua, «frascos con relieve, etc., se sopla en un molde la gota de vidrio «fundida. Otros muchos objetos, como los saleros, rodelos, «etc,, se funden sencillamente en un molde.

«En cuanto se acaba de fabricar estos objetos, se meten en «un horno de reconocimiento con compartimientos de diferentes «grados, de modo que se vaya enfriando lentamente, sin lo cual «el vidrio estaria expuesto á quebrarse al menor choque. Mu-

chas piezas se rompen por sí solas, por no tener un reconoci-
«miento conveniente,

«Los vasos con caras se cortan en la muela y se pulen «con esmeril.

«La fabricacion del vidrio data de la más remota antigüedad.

«Veamos ahora la fabricacion del papel.

«El papel se hace con trapos de hilo, algodon ó con pa- «peles viejos. Los trapos se escogen y separan en varias «categorías, segun su naturaleza, finura, buena conservacion «y limpieza.

«Se les deja podrir durante algun tiempo, y despues se «les corta en cubos por medio de cilindros armados de «hojas cortantes y animados por un movimiento de rota- «cion muy rápido.

«De este modo se obtiene una pasta de color gris que se «blanquea por medio del cloro: con esta pasta se fabrica el «papel.

«Durante mucho tiempo se ha empleado exclusivamente «el proceder de fabricacion llamado *de forma*. El papel se «molia entónces en una especie de cuadros ó *formas* he- «chas de alambres; la hoja de pasta que quedaba encima de «la forma, despues de haberse escurrido, se prensaba en- «tre dos tiras de franela y se la ponía á secar al calor de «la estufa. Hoy dia se emplean mecánicas muy complica- «das que fabrican el papel bajo la forma de una larga «tira ó venda, de pasta, soportada por otra venda más an- «cha de franela; esta venda pasa sobre cilindros calentados «interiormente, se seca allí y cuando llega al extremo de la «máquina, se enrosca alrededor de un gran rodillo.

«El papel para escribir tiene siempre una capa de cola «que le impide calar, esto es, extenderse la tinta más allá «de los límites del rasgo formado por la pluma.

«La encoladura, en el papel de forma, se hace metiendo «las hojas, aun húmedas, en un baño tibio formado por «una disolucion espesa de alumbre y gelatina: esta esco- «ladura es enteramente superficial.

«El papel de mecánica se encola de antemano la pasta «con almidon al que se le añade cierta cantidad de resina.

«Los papeles hechos con trapos de lino ó de cáñamo, «resisten mucho más que los que se fabrican con algodon.

«La lana, la seda, y en general todos las materias ani

«males, son impropias para la fabricaciou del papel. Sin «embargo, se puede, sin inconveniente, mezclar una peque«ña cantidad en la pasta.

« La pasta de papel vasto, llamado de *estraza*, que sirve «para hacer cucuruchos y envolver paquetes, contienen gran «cantidad de hilachas y paja picada, la cual le da mucha «solidez. Este papel no tiene cola generalmente.

«El papel para calcáreo *papel vegetal*, se hace con hilachas «verdes de lino ó cáñamo.

«El carton se fabrica con papeles viejos reducidos otra «vez á pasta y que se amolda despues en hojas más es«pesas; se pegan luego esas hojas unas á otras y se las po«ne en prensa.»

—¡Que lindo es saber todas esas cosas!—esclamó Enriqueta.

—¡Si, hija mia, todo eso es útil y provechoso, por esto no debeis ignorarlo.

Las lecciones tocaron á su fin por aquel dia.

Los niños se recojieron pensando en Lucía, y Enriqueta soñó que habitaba un palacio de alabastro y que Lucía trasformada en princesa habia adquirido riquezas fabulosas.

CAPITULO VIII.

Continuan las lecciones

El nuevo dia amaneció igual al anterior; lluvioso y encapotado.

Enriqueta y Ricardo entristecidos contemplaban los oscuros nubarrones que llenaban el espacio velando la claridad del dia y pensaban con pena en la pobre Lucía.

D. Santiago consoló á sus discípulos diciéndoles.

—Mañana creo que tendremos buen tiempo.

—Lo cree Vd. asi, D. Santiago?—esclamó Enriqueta con alegría.

—Si hija mia, pero no podremos salir hasta dentro de dos ó tres dias.....

—Ah! que dolor!

---Como nos estrañará Lucia!---agregó Ricardo.

—Hijos mios, imposible será recorrer el campo en el estado que se halla, tendremos que esperar que el sol y el aire sequen la tierra, ó por lo ménos que la haga transitable; Lucía esperará esto mismo.

Los niños que eran dóciles y buenos no insistieron.

—Hoy os enseñaré algo de Geografía; así transcurrirá el tiempo más agradablemente, aunque es el dia señalado para la Aritmética, la Astronomía, Música y Dibujo; sin embargo haremos una escepcion, por ser el dia lluvioso, trataremos solo de Geografía.,.

—Gracias Don Santiago,—esclamó Enriqueta—Vd. hace eso porque sabe la pasion que tengo por la Geografía...

—Hija mia, las lecciones de Geografia que tan de tu gusto son, contribuiran á que pases el dia gratamente esperando con paciencia el asiento del tiempo que nos permitirá visitar á Lucía.

—Oh! sí: lo deseo tanto!

—Bien, daremos principio; Ricardo presta mucha atencion tú que te hallas algo atrasado en Geografía.

—Escucho con la mayor atencion, oh! á mi tambien me gusta la Geografía, es muy bueno eso de conocer todos los paises, y de saber cuales son sus producciones y riquezas.

—Si, hijo mio, el estudio de la Geografía es tan útil como provechoso, pero es necesario retener en la memoria los hechos más importantes, y todo aquello que la Geografía nos enseña.

—Ah! ahí está lo malo,—esclamó Ricardo con pesar—yo pongo toda mi atencion, estudio y estudio, pero nada; me acuerdo; dos, tres dias, pero despues, como si nada hubiera estudiado!

—Trataremos de correjir esa mala memoria amigo Ricardo; por ahora concretaos á escuchar con atencion,

Justo es que demos nuestra preferencia empezando por nuestro suelo; vamos á ver Enriqueta, habladme de la República del Uruguay.

--Sí, señor, podré deciros que es un Estado independiente que tiene por límites al S, el Rio de la Plata, al N. y E. el Océá-

no Atlántico y el Brasil: al O. el rio Uruguay.»

—Bien, ahora Ricardo me dirá qué estension mide.

—«Al momento, tiene una superficie de..,de...de 15,000 leguas cuadradas...poco más ó ménos...

—Vamos, la memoria no va siendo tan ingrata aunque se resiste un tanto.

—Véamos ahora Enriqueta, ¿cuál es la capital de la República del Uruguay?

—«Montevideo, situada sobre una hermosa bahía cerca de la embocadura del Rio de la Plata.»

—Ricardo me dirá ahora quién fué el primero que descubrió este país.

—Lo descubrió D. Juan Diaz de Solis en..., espere vd. un poco, ya me viene...en...en 1516.

—Mucha atencion Ricardo, mucha atencion; señalaré yo algunos de sus pueblos de más importancia: la Colonia, á orillas del Rio de la Plata, fundada por unos portugueses en 1681, con el nombre de Sacramento. Hay otros varios pueblos importantes, entre los cuales pueden citarse San José, Mercedes, Florida, Paysandú, Salto, Fray Bentos, Maldonado, etc.

—Ahora, Enriqueta me dirá como se divide la República.

—Con el mayor placer; está dividida en once Departamentos que son: Montevideo, Maldonado, Canelones, San José, Colonia, Soriano, Paysandú, Florida, Durazno, Tacuarembó, Cerro Largo.

—Bien Enriqueta; la República Oriental del Uruguay cuenta entre sus ventajas la de un suelo precioso por su fertilidad, un clima muy sano, gran número de puertos cómodos, posée, en fin, todos los elementos que reunidos hacen de él un país hermoso, próspero y lleno de porvenir.

—Véamos, Ricardo, si recuerda su leccion de hace dos dias, respecto á los hechos históricos más notables de los primeros años de la República del Uruguay.

—Sí, señor, esa leccion la tengo bien presente con puntos y comas, empiezo: «A principios del siglo XVIII fué establecida en Montevideo una colonia de 120 familias de las islas Canarias. El país se conocia entónces con el nombre de *Banda Oriental.*—En 1822 el Emperador del Brasil se apoderó de Montevideo, lo que dió lugar á una guerra obstinada entre este país y Buenos Aires. Púsose fin á esa guerra mediando la Gran Bretaña, fué

firmado un tratado de paz el 27 de Agosto de 1828, quedando la Banda Oriental como Estado independiente.

El General Oribe quiso usurpar el gobierno movido por la ambicion de ser á toda costa presidente de la República, sitió diez años á Montevideo, hasta que fué derrotado, y el país restablecido á la paz, por el General Urquiza en 1852.»

—Bien, esa leccion merece un premio, está perfectamente estudiada.

Ahora nos ocuparemos de la República Argentina. Enriqueta me dirá cuáles son sus confines.

—Sí, señor; al N. Paraguay, el Chaco y Bolivia; al O. los Andes, que la separa de la República de Chile; al S. Patagonia, y al E. el Atlántico, el Uruguay, el Brasil y Paraguay.

—Bien Enriqueta, la República Argentina tiene catorce provincias y un gobierno democrático republicano, con un presidente elegido por electores nombrados por el pueblo; no es así?

—Sí, señor, dijeron á una voz los dos niños.

—Bueno, Ricardo, me dirá cuál es la extension de la República.

—«Tiene una superficie aproximada de 130,000 leguas cuadradas.»

—Enriqueta, cuál es el aspecto y clima del país?

—Diré á vd., una cadena de los Andes toma todo el lado occidental; la parte oriental se compone de inmensas llanuras que se les dá el nombre de *Pampas*. En cuanto al clima es cálido en los llanos y rejiones bajas, frio en las rejiones altas, templado en la embocadura del Rio de la Plata, y en general sano, aunque muy variable.

—Perfectamente, Enriqueta, recuerda bien sus lecciones de geografía, y no diré menos de Ricardo, aunque nuestro amiguito tiene la desgracia de estar algo reñido con su memoria; trataremos de que ambos lleguen á ser buenos amigos, pues sin la ayuda de esta buena compañera, nada se puede hacer.

—Ricardo, vamos á ver, cuáles son las principales producciones vegetales de la República Argentina?

—«En el Norte, azúcar, café, arroz; en el Oeste, vino, seda, algodon, y en el Este maderas abundantes.»

—Bien, en cuanto á las producciones animales, es uno de los

ramos más importantes de la industria del país, la cria del gana-vacuno, caballar y lanar.

—El país posee tambien minas de oro, plata y cobre.

—Ricardo dirá cuáles son sus artículos de exportacion.

—«Los principales son cueros, pieles, lanas, carnes saladas y secas, sebo, cerda, cobre y plata.

—Y los de importacion?

—«Los diversos artefactos europeos y los de los Estados Unidos; café, azúcar y tabaco del Brasil y yerba del Paraguay.»

—Perfectamente; véamos ahora, entre el número de volcanes que existe en América, nombradme Ricardo, los que miden mayor elevacion entre ellos.

—«Al momento: el *Aconcagua*, en Chile; el de *Arequipa*, en el Perú; el *Antisana* y *Cotopaxi*, en el Ecuador; el *Popocatepelt* y *Orizaba*, en Mégico; el *San Elías*, en el territorio de Alaska; el *San Vicente*, en la isla del mismo nombre; el de *Solfatara*, en la isla de Guadalupe; el de Nápoles...

—Amiguito! amiguito! me vá vd. á citar el Vesuvio de Nápoles?

—Ah!...perdonad...distraido, olvidé que hablabamos de América, y...

—Tened cuidado de no distraeros porque así estareis espuesto á decir lo que no es.

—Enriqueta, habladme de los golfos y bahías de América.

—«Sí, señor; os citaré los tres grandes golfos, el de *San Lorenzo*, formado por el Atlántico; el de *Méjico*, formado por el Mar de las Antillas; y el de *California* llamado *Mar Bermejo*, formado por el Océano Pacífico.

Entre los pequeños golfos citaré la bahía de *Chespeak*, al E. de los Estados Unidos; la de *Campiche*, en el fondo del golfo de Méjico; el golfo de *Honduras*, en el mar de las Antillas; el de *Maracaibo*, al N. de Colombia; la bahía de *Guayaquil*, al O, del Ecuador y el golfo de *Panamá*, al Oeste de Colombia.»

—Perfectamente; para no fatigaros variaremos de tema; hablaremos algo sobre Astronomía.

—Ah! en esto soy mas fuerte!---esclamó Ricardo.

—Sí?....repuso don Santiago---pues bien, por vos empezaré.

—Qué son *nebulosas*?

—Nebulosas. . .nebulosas, esperad; nebulosas. . .si lo tengo en la punta de la lengua!

—Pues en ella se pegaron, amigo Ricardo; encargaremos á Enriqueta para que se encargue de despejar las *nebulosas* de tu lengua!

—Nó! nó, ya recuerdo! qué memoria. . .nebulosas se llama al grupo de estrellas que en número inmenso forman ráfagas pálidamente luminosas, siendo la más conocida con el nombre de *Via lactea* ó *camino de Santiago*.

—Bien, aunque cuesta para venir, sales airoso; veamos Enriqueta: qué son *cometas?*

—«Unos cuerpos de estraño aspecto que se aparecen de tiempo en tiempo y describen al rededor del Sol curvas muy prolongadas. La ráfaga luminosa que los acampaña se llama *cabellera* ó *cola*.»

—Bien, dirá ahora Ricardo, qué es *horizonte?*

—«Es la circunferencia natural que limita en todos sentidos la vista del observador, separando la parte visible de nuestro globo, de la invisible.»

—Y cuáles son los *puntos* del horizonte llamados *cardinales?*

—El Norte, el Sur, el Este y el Oeste.

—Bien; debo señalaros para mañana lecciones de Astronomía, es necesario adelantar más, estamos muy al principio.

—Enriqueta, qué es *atmósfera?*

—«El conjunto de gases y vapores que rodean nuestro globo hasta una altura de 50 kilómetros.»

—Ricardo, qué elementos constituyen la atmósfera?

—«Principalmente el *aire*, en el cual están disueltos los vapores que se desprenden de la superficie terrestre.»

—Díme, hijo mio, en qué página es tu leccion?

—En la página 113 señor.

—Veamos; qué son *vientos*, Ricardo?

—«Las oscilaciones ó movimientos de la atmósfera, que toma diferentes nombres segun su direccion, duracion y velocidad.»

—Y qué son *nubes* y *nieblas?*

—Las. . . .

—No, á tí no, á Enriqueta pregunto.

—«Las masas de vapor de agua, condensadas en la atmósfera en pequeñísimas gotas,»—contestó Enriqueta.

—Y el *rocío?*

—El rocío...

—A tí no, Ricardo!

—Qué lástima, y á mí que me gusta tanto el rocío!

—Bueno, vamos á complacerle, diga vd., repuso D. Santiago.

—El rocío...es agua...

—Sí? pues yo creía que era leche,—repuso riendo Enriqueta.

—Prosiga—,dijo D. Santiago sonriendo por las palabras de la niña.

—Es que..,esta memoria!—esclamó Ricardo dándose una palmada en la frente.

—Vamos, á pesar de gustarle tanto el rocío nò sabe como se forma .

—«Sí, ya recuerdo, el rocío es la condensacion del vapor de agua sobre las plantas y otros cuerpos durante la noche. Si llega á conjelarse por un frio escesivo, se llama *escarcha*.»

—Y qué es la *lluvia*, Ricardo,

—«Las nubes y nieblas que por un descenso de temperatura llegan á liquidarse.»

—Y el *granizo*?

—«La congelacion de las gotas de agua.»

—Qué es *crepúsculo*, Enriqueta?

—«La luz que precede á la salida del Sol y sigue á su ocaso.

—Bien; pero, Ricardo... aquí en éste libro falta una hoja...

—Si señor, pero esta más adelante, en la página 147.

—Debe haber mas órden en esto, amiguito....

—Perdonad; esta mañana el gato de mamá echó á rodar todos nuestros libros, así que las hojas sueltas quedaron fuera de su lugar, yo iba á compajinarlas, pero en ese momento me llamaron y luego.., me olvidé.

—Esa memoria.... bueno; qué es el *arco iris*?

—«*El arco iris*—contestó Enriqueta—, es la descomposicion de la luz en las gotas de agua de una nube opuesta al Sol, produciendo arcos teñidos por los siete colores, rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, añil y violado.»

—Que es el *rayo*, Ricardo?

—«Oh! es la descarga eléctrica entre dos nubes ó entre una nube y la tierra. Llámase *relámpago* la luz vivísima producida por la chispa eléctrica, y *trueno* el ruido que sucede al relámpago.»

—Enriqueta... que son estrellas *fugaces ó volantes*?

—Fragmentos de algun planeta, que se inflamaron al en-

rar en la atmósfera terrestre, apareciendo y desapareciendo repentinamente. Si llegan á caer en la tierra se llaman aerolitos.

—Bien, pasemos ahora á otra cosa.

—«Todo lo que existe en nuestro globo puede dividirse en tres grandes grupos llamados los *tres reinos de la naturaleza*: reino *mineral,* reino *vegetal* y reino *animal.*

«Las condiciones que los distinguen son: los *minerales* crecen, los *vegetales* crecen y viven, y los *animales* crecen, viven, y sienten.

«Los *séres orgánicos* tienen *vida,* es decir, nacen, crecen, se reproducen y mueren, y los *inorgánicos* carecen de vida, formándose por la reunion de partes ó moléculas análogas entre sí.»

—Decidme, Enriqueta, qué son *animales*?

—«Seres orgánicos que tienen la facultad de sentir y de ejecutar movimientos voluntarios, se dividen así:

«*Vertebrados,* como los maníferos, aves, reptiles y peces.

«*Articulados,* como los insectos, cangrejos y gusanos.

«*Moluscos*; como las ostras, almejas y caracoles de mar.

«*Zoófitos,* como los pólipos, infusorios etc.»

—Que son *vejetales,* Ricardo?

—«Seres inorgánicos que no tienen movimientos voluntarios, y se dividen, segun su tamaño en *árboles, arbusto, y hierbas*; y segun sus productos, en *cereales, legumbres, hortalizas, frutales, medicinales* etc.»

—Que son *minerales,* Enriqueta?

—Seres ó cuerpos inorgánicos, sólidos ,líquidos ó gaseosos, que se encuentran en la superficie ó en el interior de la tierra.

—«Bien, en la *zona tórrida* á uno y otro lado del Ecuador viven los animales más hermosos é inteligentes, y tambien los más fuertes y feroces, el reino vejetal se desarrolla en todo su esplendor, y abundan las piedras y metales preciosos.

«En las *zonas* ó climas *templados* se encuentran los animales mas útiles al hombre, abundan los árboles frutales y toda clase de cereales; como tambien los minerales de más inmediata aplicacion á los usos de la vida.

«Y en las *zonas* ó climas *frios,* los países ofrecen muy escasa produccion animal, si se esceptúan los peces; el reino

vejetal es tambien pobre, teniendo solo importancia en el mineral las ricas minas de Siberia.»

—Por hoy—continuó diciendo D. Santiago,—suspenderemos las lecciones, estoy satisfecho de vuestra aplicacion.

—Ah! señor,—esclamó Enriqueta— cuánto desearia saber algo respecto á los *cantárida, la cochinilla y el carmin,* de que el otro dia os oí hablar!

— Con mucho gusto hija mia, el saber no está demas y me place el satisfaceros en vuestro pedido.

—Gracias. D. Santiago—replicó Enriqueta muy contenta—yo siempre oigo hablar del carmin, de las cochinillas de las cantáridas, y no sé más que sus nombres pero no sus condiciones.

—Oid, y tú tambien Ricardo—dijo D. Santiago.

—«Las *cantáridas* (1), son unos insectos muy comunes en «las regiones meridionales de Francia, España é Italia, donde «cubren á enjambres los fresnos lentiscos y lilas; tienen sus «alas, llamadas *elitros* de un hermoso color verde dorado y «exhalan un olor penetrante. Cuando están amontonadas en «un mismo árbol, se apercibe su olor á una gran distancia «lo cual no deja de ser dañoso para las personas que tienen «el sistema nervioso impresionable. Muchas personas que «han dormido debajo de los árboles llenos de cantáridas, han «experimentado una fiebre muy violenta y otros graves ac«cidentes.

«Las cantáridas secas y molidas, se emplean en pequeñas «cantidades, en ciertos medicamentos muy exitantes. En los «vejigatorios se ponen tambien polvos de cantáridas para de«terminar en la piel la irritacion necesaria para producir una «ámpolla y su correspondiente supuracion.

«La *cochinilla* es un pequeño insecto que pertenece al mis«mo género de la cóccinela, llamado vulgarmente *coquito de «San Anton ó mariquita.* Se la encuentra principalmente en «Méjico, en una planta llamada *nopal*, que se cultiva expre«samente para alimento de este insecto. La cochinilla es del «tamaño de una lenteja, de color moreno muy oscuro.

«Los nopales se plantan en hileras, y su cultura es su«mamente sencilla, pues se reduce á quitar las malas yerbas «con una bina. En Octubre se prepara con estopa una es-

---

(1) Boutel de Monvel.

«pecie de nido que se coloca en una hoja, y se ponen allí
«algunas hembras de cochinillas. Los huevos se abren fácil-
«mente y dan á luz unas pequeñas larvas, que se transforman
«despues en insectos perfectos; y como cada hembra produ-
«ce un gran número de huevos, se ven pronto los nopales
«cubiertos de millares de cochinillas. Se hacen hasta tres
«cosechas al año. Para arrancar los insectos, basta raspar
«con un cuchillo las espesas hojas del nopal: las cochinillas
«caen al suelo, se las recoge, se las mata y se hacen luego
«secar en un horno, de donde salen encogidas y transfor-
«madas en granitos negros, bajo cuyo aspecto nadie adivi-
«naria la primera forma del animal.

«Con la cochinilla seca se hace el hermoso color de *carmin*
«y los colores de púrpura y escarlata que se emplean en la
«tintura.

«La importacion de la cochinilla en Europa data de los pri-
«meros años del siglo XVI.»

—Tantas gracias, D. Santiago,—dijo Enriqueta, viendo que
este habia concluido sus esplicaciones.

—Si no estuviera vd. muy fatigado, D. Santiago,—escla-
mó Ricardo,—desearia que nos dijera algo sobre los cueros.

—Porqué no, hijo mio.

—«El cuero (1) es el pellejo del buey, vaca, ternero, caba-
«llo etc., preparado para el curtido. Las pieles que se quieren
«curtir, en cuanto se han arrancado de los animales, se dejan
«secar con cuidado ó se las sala para preservarlas de la corrup-
«cion. Así es como se transportan á Europa las pieles que se
«importan de América.

«En su estado natural, la piel de los animales absorve la hu-
«medad y se pudre prontamente; pero no sucede así cuando la
«piel está combinada con una materia vejetal particular, llama-
«da *tanino*, contenida en la corteza de la encina, sauce, alisio,
«abedul y otras varias plantas, que dá á las pieles una astrin-
«gencia muy caracterizada. En esta operacion, las pieles se
«ponen primero en contacto con la cal, y luego se las pela y
«quita la parte carnosa. En seguida el curtidor mete en pozos
«profundos las pieles mezcladas con tanino ó simplemente con
«corteza de encina, y las deja allí un año ó año y medio.

«Terminado el curtido, sacan las pieles de los hoyos y se

---

(1) Boutet de Monvel

«las somete á un vareo ó baqueteo que les da mas dureza; así «es como se preparan los cueros fuertes.

«Las pieles de ternero, al salir de las tinas del curtidor, pasan «inmediatamente á manos del surrador que acaba de prepa-«rarlas y las suaviza, mojándolas en cuerpo craso.

«Lo mismo se practica con el pellejo del caballo, que es muy «lustroso, y sirve para hacer cañas de botas. El zurrador «prepara tambien los cueros para coches y arneses.

«Las pieles de carnero son delgadas y exijen ménos trabajo; «no se las curte con casca sino con una infusion de zumaque ó «con una simple disolucion de alumbre.

«El *marroquí* es una piel de cabra ó macho cabrio, trabajada, «curtida con zumaque y despues teñida. Se le ha dado este «nombre por ser las pieles de Marruecos las que más fama «tienen. Hoy dia se fabrica el marroquin en varias partes de «Europa.

«La *badana* es una piel de carnero preparada solamente con «casca.

«La *película* de buey, llamada en frances *baudruche*, es una «piel sumamente delgada, transparente y flexible, que se hace «con la membrana que tapiza interiormente los intestinos del «buey.

«Los desechos de las pieles sirven para hacer la cola.

«El cuero se funde por la accion del calor y cuando ha hervi-«do, puede colarse en planchas ó láminas flexibles; entónces se «hace con él sombreros, instrumentos de cirujía, tabaqueras...

Una esclamacion de Enriqueta interrumpió á D. Santiago, aquella era motivada por la entrada de un rayo de sol, que atravesando los cristales de la ventana vino á iluminar la frente de la niña.

—Sol! sol! D. Santiago—,dijo alborozada la niña.

—El tiempo se compone,— repuso D. Santiago observando el cielo.

—¡ Qué suerte—dijo á su vez Ricardo, mañana quizá ya podremos visitar á Lucía.

Enriqueta se habia aproximado á la ventana cuando de repente dió un grito de alegria que atrajo á D. Santiago y Ricardo.

Enriqueta con semblante iluminado por una viva alegría se volvió esclamando:

—Venid! venid!

Don Santiago y Ricardo, llenos de curiosidad se aproximaron á la ventana.

A bastante distancia aún de la casa, se veía avanzar por el camino que conduce al monte, á Lucía, que llena de barro y al parecer fatigada, caminaba en direccion á la casa de sus bienhechores.

Enriqueta hizo un movimiento como para salir á su alcance.

—No os movais dijo D. Santiago deteniendo á la niña,—veámos desde acá, sin ser vistos qué hace Lucía.

La niña obedeció y todos en silencio observaron á la muchacha.

Esta seguía avanzando y mirando con insistencia á la casa; de pronto se detuvo y pareció vacilar en si avanzaba ó no.

Se había detenido á la entrada del jardin, su vacilacion fué breve, cortó unas hojas de un arbusto y con ellas quitóse el barro que cubría sus piés; hecha esta operacion avanzó unos pasos más y volvió á detenerse como esperando ver á alguien de la casa.

Enriqueta á duras penas podía contenerse; su corazon palpitaba y hubiera deseado volar al encuentro de Lucía.

Con placer fijaba su vista en el atavío de la muchaeha, esta habia sabido imitar y seguir las instrucciones de Enriqueta con precision; cuidadosamente peinada y vestida habíase cubierto con un delantal de los que Enriqueta habíale dado; sus zapatos sujetos á la garganta del pié por una cinta de seda negra dejaban ver una media rosada, limpia y sin la más lijera arruga.

Lucía mostraba en todo su atavío el deseo de agradar á su jóven bienhechora.

La muchacha traía en una de sus manos algo cubierto con un papel y en la otra una pequeña cesta.

Poco tuvo que esperar Lucía; un peon de la estancia acudió á enterarse de lo que quería la muchacha.

Enriqueta, D. Santiago y Ricardo, vieron como Lucía hablaba, demostrando una gran timidez.

El peon no tardó en aparecer en el aposento donde se encontraban nuestros amigos.

—Una muchacha busca á la niña Enriqueta, y pregunta con mucha insistencia si se halla enferma.

[illegible] ¡oh! [illegible] D. Santiago—esclamó Enriqueta dirijiendo al anciano una mirada suplicante.

—Vamos, hija, vamos,—dijo D. Santiago tomando de la mano á los niños.

—Avisa á mamá—esclamó Enriqueta dirijiéndose al peon; este desapareció á ejecutar la órden de la niña.

No bien Enriqueta apareció en el jardin, Lucía corrió hácia ella y tomando sus manos las besó con ternura y respeto, ántes que Enriqueta pudiera evitarla.

Lucia saludó tímidamente á Don Santiago y á Ricardo y con calmante voz esclamó dirigiéndose á Enriqueta:

—Señorita, querida bienhechora, perdonadme . . . pero no he podido permanecer más tiempo sin veros, creí que estuvieseis enferma . . .

—No Lucía, no he estado enferma, pero ha sido imposible ir á verte; la lluvia nos ha impedido á salir.

La muchacha miró el campo y luego á su bienhechora, sin acertar á hablar, su embarazo iba en aumento. . .

Enriqueta rodeó con su brazo el cuello de Lucía, y abrazándola depositó un beso en la frente de la buena muchacha.

Un rayo de alegría iluminó el semblante de Lucía y más animada se atrevió á desembarazarse de su carga, quitó el papel que ocultaba lo que traía y ofreció á Enriqueta un ramo de frescas flores silvestres, entre cuyas hojas brillante aun el cristalino rocío de la mañana.

Enriqueta loca de alegría apretó el ramillete contra su pecho, depositándo un nuevo beso en la frente de Lucía, en recompensa de la delicadeza de su regalo.

La muchacha satisfecha y animáda descolgó la pequeña cestita del brazo y la presentó á Ricardo.

El niño tenía su parte tambien, la cesta venia llena de manzanas, otras sabrosas frutas que encantaban la vista por su lozanía y frescura.

—Gracias, Lucia,—dijo el niño con gratitud—de donde has sacado tan hermosas frutas?

—Del monte—murmuró Lucía sonriendo.

La presencia de Doña Cármen interrumpió la escena.

Enriqueta corrió hácia su mamá y abrazándola la condujo cerca de Lucía, que avergonzada no levantó la vista del suelo.

—Vamos á ver, querida niña—dijo Doña Cármen pasando

una de sus manos sobre la cabeza de Lucía—,como te has animado á cruzar el campo en el estado que esta?

Lucía elevó sus ojos hasta Enriqueta y volviendo á inclinarlos murmuró con insegura voz:

—Deseaba tanto ver á la Señorita!

—Y porqué deseabas verla?—repuso Da. Cármen.

—Porque...... porque la quiero mucho...... es tan buena!

Enriqueta tenia el rostro bañado en llanto, Doña Cármen miró á su hija y abrazándola esclamó:

—Tu obra, mi querida Enriqueta, quedará concluida.

Y haciendo una seña á su hija, ésta tomó de la mano á Lucía y todos penetraron en la casa.

La muchacha pasó todo el dia en casa de su jóven bienhechora retirándose por la tarde cargada de obsequios que Enriqueta y Ricardo habian querido hacerle á toda costa, apesar de la resistencia que oponía Lucía avergonzada de tantas demostraciones.

Lucía ofreció á los niños volver al dia siguiente.

—Parece imposible—decía Enriqueta á su mamá—, que Lucía tan huraña y al parecer tan indiferente haya cambiado tanto en unos dias!

—La gratitud, hija mia, es una joya de un mérito invalorable; Lucía siente en su alma ese sentimiento hácia tí aunque ella no puede esplicárselo; la pobre niña ha resucitado, por decirlo así, á una nueva vida, gracias á tu buena obra; debes continuar, Enriqueta querida, por esa senda tan hermosa, que te proporcionará inefables placeres. Pero tu obra aún no esta concluida.

—Ah! mamá, tu me ayudarás!

—Si, hija mia, confía en mi.

CAPITULO IX.

Donde termina el cuento de la abuelita Feliza.

A la mañana siguiente Enriqueta y Ricardo muy temprano ya estaban de pié.

El dia había amanecido hermoso, iluminado por un sol explendente.

Los campos teñidos de dorados tintes ofrecían el aspecto más delicioso, los pájaros dejaban oir sus alegres cantos y todo respiraba vida y frescura.

Enriqueta asomada á un balcon inspeccionaba el estado del camino.

Algo descubrió, porque separándose bruscamente de él, corrió al interior de la casa en busca de su mamá saliendo luego en compañia de esta, yendo á situarse ámbas á la entrada del jardin.

No tardó en aparecer Lucía, pero no venía sola, acompañaba á la muchacha un hombre de regular estatura, de rostro quemado por los rayos del sol, de facciones rudas y vestido descuidadamente aunque muy limpio.

Lucía se adelantó con timidez é indicando al hombre que la acompañaba esclamó:

—Mi padre desea dar á Vds. las gracias....

Aquel hombre era efectivamente el padre de Lucía: situado á una distancia no se animaba á aproximarse, y con embarazo daba vuelta en sus manos una gorra de piel, que se habia quitado respetuosamente, á la vista de los dueños de casa.

—Acercaos buen hombre—dijo Da. Cármen adelantando hácia el padre de Lucía.

Este se aproximó y fijando sus ojos en Enriqueta se arrojó á los piés de la niña besando con respeto el estremo de su vestido.

Enriqueta confusa miró á su mamá que sonriendo contemplaba la escena.

—Señorita! señora!...—murmuró el padre de Lucía con la voz embargada por la emocion.

—Alzese Vd.! — esclámó Doña Cármen con bondadoso acento.

—No señora! es así como debo de dar á Vds. las gracias por los beneficios recibidos....

Lucía imitando á su padre habíase tambien arrodillado y con las manos cruzadas sobre el pecho miraba á Enriqueta con los ojos velados por las lágrimas.

—¡Qué hubiera sido de nosotros sin la piedad de esta bondadosa niña!—prosiguió el padre de Lucía, con sentida ento-

nacion—ah! señora la providencia ha penetrado en nuestro pobre rancho desde que este ángel llegó á él!

Doña Cármen sorprendida del lenguage de aquel hombre tosco y rudo, pensó admirada lo que puede la gratitud, y lo que alcanza su influjo poderoso.

—Oh! si,— esclámó Lucía besando las manos de Enriqueta—desde que Vd. llegó á nuestro rancho, nuestra vida es otra; hoy sabemos que tenemos que adorar un Dios de bondad y vivir eternamente gratos á nuestra bienhechora!

—Si eternamente!—agregó su padre—porque á ella deberemos lo que en adelante seamos, ah! señorita disponga Vd. como quiera de nuestras vidas, que seremos sus esclavos!

Doña Cármen y Enriqueta lloraban de enternecimiento.

—Vamos, basta ya,—esclamó Doña Cármen logrando serenarse,—si vuestra gratitud es grande, nuestra satisfaccion es mayor por haberos proporcionado algun bien, estar, pero nuestra obra, buen hombre, aun no está terminada.....

Las palabras de Doña Cármen fueron interrumpidas por Don Enrique, que oculto tras unos arbustos habla presenciado toda la escena.

—Aun no está terminada si,—repitió Don Enrique aproximándose,—yo tambien quiero tener parte en esta hermosa obra que llevais entre manos; Lucía bajo la dependencia de Enriqueta, vivirá en esta casa siendo cuidada y educada como nuestros hijos, y vos,—dijo dirijiéndose al padre de Lucía,—trabajareis en mi estancia como mayordomo, nada os faltará y tendreis la satisfaccion de ver crecer á vuestra hija, á nuestro lado, siendo una señorita buena y honrada que hará la felicidad de su padre, y la suya propia.

Doña Cármen y Enriqueta dirijieron á Don Enrique una mirada de gratitud; aquella estrechó la mano de su esposo, y Enriqueta abrazándolo murmuró á su oido una tiernísima espresion de cariño.

Don Enrique correspondió las caricias de su esposa é hija, mientras que Lucía y su padre, formando otro grupo interesante llorando de felicidad sin acertar á proferir pa-

labra, tal era su aturdimiento, creyendo todo aquello como un sueño demasiado bello.

Don Santiago y Ricardo habían acudido y enterados de lo que pasaba se unieron al regocijo general.

Desde aquel dia, Lucía y su padre se instalaron en la estancia de Don Enrique, y como este habia anunciado, Lucía creció á la par de Enriqueta, llena de perfecciones morales, y adquiriendo una sólida instruccion.

A la edad de 16 años, Lucía casó con un dependiente de la casa de Don Enrique, jóven honrado y laborioso.

Don Enrique, que fué el padrino de la boda, regaló á sus ahijados unas tierras próximas á la estancia de su propiedad; Doña Cármen á su vez, donó á los jóvenes esposos una regular cantidad de animales que proporcionó al esposo de Lucía el medio de trabajar por su cuenta con provechosos resultados.

Así establecidos, vivieron felices en compañía de su padre que siempre continuaba siendo mayordomo de la estancia de Don Enrique.

Enriqueta y Ricardo, poseedores siempre de excelentes corazones fueron felices; disfrutaron de una dicha completa, porque Dios premia siempre las bellas obras que ponen de manifiesto las bondades del alma.

Enriqueta, buena hija, fué excelente esposa, madre ejemplar, su hogar, bendecido por Dios, cobijó una existencia, que feliz se deslizaba entre el cariño y respeto de sus hijos y el amor de su esposo y de sus padres.

Esta dicha, la única positiva en el mundo, fué el premio que Enriqueta obtuvo por sus virtudes.

Enriqueta que siempre había prodigado las bondades de su alma á cuantos por dicha se habian acercado á ella, recojia ahora el fruto de sus obras; el amor de sus hijos que se disputaban el placer de obedecerla y amarla, y la estimacion y acendrado cariño del compañero de su existencia, que constituían toda su ventura.

Había alcanzado el soñado ideal que perseguimos en el mundo con tanto afan!»

CAPITULO X.

Dios en la conciencia de todos

La abuelita Feliza dió fin á su historieta con gran sentimiento de los niños de Rosa.

—Que historia tan linda!—esclamó María—que buena era Enriqueta!

—Y qué feliz Lucía y su padre!—dijo á su vez Alberto.

—Y D. Enrique? y Da. Cármen? ¡Que felices eran con unos hijos tan buenos!—agregó Rosa.

—Ah! mamá, nosotros tambien te queremos y te respetamos, no es verdad?—dijo Maria echando sus brazos al cuello de su madre.

—Sí hijos mios, en medio de mi pobreza Dios me envía la satisfaccion de tener unos hijos tan buenos.

—Ah! mamá, ya veras tú cuando yo sea grande—dijo Alberto uniendo sus caricias á las de su hermana,—entónces sabré yo trabajar, y tú y Maria seran felices, y tambien la abuelita Feliza que entónces se vendrá á vivir con nosotros.

—Gracias bondadoso niño!—esclamó la anciana conmovida,—pero cuando tu seas grande yo ya no existiré!

—Ah! y quien sabe mi Alberto, si entónces podrás trabajar!... desgraciada de mí que no tengo esperanzas de proporcionar á mis hijos un porvenir seguro!

—Rosa! Rosa! no hables así—esclamó la abuelita Feliza,—Dios hasta hoy no os ha abandonado, confiad en él hija mía, que es todo bondad y misericordia!

—Es verdad señora!—repuso Rosa enjugando sus lágrimas,—Dios es grande...

—Mañana es el dia de la Concepcion!—dijo Maria interrumpiendo á su madre.

—Mañana, si!—esclamó Rosa con cierta alegría,—ire-

mos, hijos míos á orar al pié del altar, Dios y su bendita Madre nos enviaran sus consuelos.

¡Cuan agenos estaban estos pobres seres de que muy pronto había de cambiar su suerte!

La bondad de Dios que es inagotable, como recta su divina justicia, no desoye los ruegos de los buenos; que inploran su clemencia.

Pero no adelantemos los sucesos.

CAPITULO XI

Mirada retrospectiva.

A seis leguas de Nueva Palmira al S. se halla situada una hermosa estancia dominada con el nombre de la *Calera de la Huerfanas* que perteneció á nuestro abuelo materno el General D. Julian Laguna siendo hoy propiedad de sus herederos.

La Calera de las Huerfanas posee una hermosa iglesia de bóveda, cuyo monumento es obra de los Jesuitas. Las imágenes del templo, á la usanza antígua, se ven pintadas al óleo en las paredes á escepcion de la patrona de iglesia, Nuestra Señora de Belen, protectora de las huerfanas, hermosísima imágen de tamaño natural.

Admírase como una obra de arte notabilísima el pulpito de la iglesia, construido de una sola pieza, primorosamente esculpido, representando escenas sagradas—Como un objeto notable, este púlpito se ostenta hoy en el Museo de Montevideo.

El hermoso templo de la *Calera* se halla actualmente derruído en parte; la gran sacristia completamente destruida, no tanto por su antigüedad como por los sucesos políticos que se desarrollaron en aquellos parajes dejando impresa su huella desvastadora.

Cuéntanos nuestra madre el aspecto delicioso que en aquel entónces ofrecía la Calera de las Huerfanas.

—El hermoso templo dejaba oir el tañido dulce y tranquilo de sus campanas, llamando á los fieles á cumplir las sagradas obligaciones de cristiano.

De las cercanías acudían presurosos los habitantes de aquellas comarcas; respondiendo al llamado de la casa de Dios, donde oficiaba el Capellan, enviando luego su bendicion de paz y de amor.

Hasta la naturaleza parecía asociarse á aquella inalterable alegria: el canto de los pájaros se confundía, armonizando con el de los sencillos y felices habitantes de aquellos parajes.

Los campos de la Calera, ofrecían un cuadro lleno de sorprendentes bellezas.

Veíanse, tendiendo la vista hácia un lado y otro, tupidos montes de olivos, de nogales y almendros en una larga proyeccion de leguas; más aca admirábanse otros montes de perales, manzanos y duraznos, de diversas clases, ostentando todos una lozanía que atestiguaba la rica fertilidad del país.

La superficie de aquellos campos, llenos de grabados y de pintorezcas eminencias, ofrecía á la vista un panorama seductor; una alfombra de verdes yerbas se estendía por doquier, esmaltada por azucenas, margaritas y meachines de mil vistosos colores; el ambiente perfumado por sus aromas y por las esencias fraganciosas del arrayan, y de los campos de violetas, próximos á la estancia, en donde Dios parecía haber derramado sus gracias, y todos los encantos de la naturaleza.

Mil hilos de plata escapados de los arroyuelos que fertelizan aquel suelo, discurrian por entre aquella alfombra esmaltada, salpicando de diáfana lluvia las mil vistosas florecillas que poblaban los campos de la Calera.

Tantas bellezas, tantos encantos que hablaban directamente al alma, predisponían á la meditacion, á esa meditacion misteriosa, en que nuestra alma suspendida entre el cielo y la tierra fluctúa, y adormecida por decirlo asi, en brazos de la imaginacion, apártase de lo real para gozar con lo infinito....

¿Cómo no soñar, rodeada de todas aquellas bellezas crea-

das por Dios, y comprendidas por nuestra alma en todo su inmensa grandeza? ¿Cómo no gozar ante esos cuadros de mística belleza?

¿Cómo no sentirse alejada de la tierra al contemplar aquella quietad dulce y tranquila, al percibir sobre las copas de los árboles los reflejos de la luna que vá elevándose con magestuosa calma, al escuchar entre el murmullo leve de la brísa, el susurro de un lago cercano, y los ecos perdidos de una música dulce y triste que llega hasta nosotros ya clara y melancólica, ya confusa é impregnada de todas las modulaciones del dolor!...

Pero. . . continuemos.

Tantas bellezas, tan dulce tranquilidad fué entorpecida por los hechos políticos que entre *blancos y colorados* se suscitó en 1838—en la guerra civil sostenida por largos años.

Fué una época de sufrimientos para las familias, principalmente de los pueblos de campaña.

En una de aquellas ocasiones las familias del Carmelo recibieron órden de abandonar el pueblo, y todas se pusieron en camino, yendo á buscar hospitalidad en la estancia la *Calera de Huerfanas* donde fueron acojidas y atendidas en un todo.

La estancia ofrecía el aspecto de un campamento.

Hasta la iglesia fué ocupada; en ella se hicieron divisiones con trozos de maderas y cortinajes para alojar innumerables familias.

La *Calera* se había constituido en un pueblo, á cuyos habitantes el pánico y la intranquilidad no les abandonaba un instante.

Todos los dias se carneaban, por cuenta esclusiva de los propietarios de la *Calera*, gran número de animales de la estancia, para abastecer de carne á toda aquella poblacion.

Nuestra madre era entónces muy niña, estaba aun en la edad infantil, sus recuerdos al respecto son vagos é inseguros; el relato de aquellos hechos lo debemos en parte á nuestros abuelos y á los que en aquel tiempo pudieron apreciar el valor de los sucesos.

Solían llegar hasta la estancia gruesas partidas de gente

armada, vascos en su mayor parte, al mando de cabecilas.

Una de esas ocasiones saquearon por completo la estancia, llevando todo cuanto pudieron; hasta las medias de vestir, sirvieron para guardar jabon, velas, etc., etc.

Grandes carretas fueron cargadas con todo lo que hallaron á mano; llevándose tambien todo el ganado vacuno, lanar y caballar, y hasta el carruaje del servicio particular de la familia; en una palabra, arrasaron todo, como una formidable manga de langostas.

Los vascos en pelotones asomábanse á las puertas del templo, esclamando:

—Familias, familias, no más!

Efectivamente, así era: los hombres con tiempo habian emigrado, avisados del peligro que les amenazaba.

Los asaltantes se retiraban, quedando un oficial al mando de otra partida, para cuidar las familias y hacerlas abandonar aquel asilo trasladándolas al Carmelo.

En aquella época, en los pueblos de campo, se cometían toda clase de atropellos y abusos; las familias eran llevadas de Herodes á Pilatos, ya por los blancos para sustraerlos del dominio de los colorados, ya por estos, para por este medio atraer aquellos.

Hubo ocasiones que las familias desalojaban un pueblo y atravesaban los campos á la par de los animales que como ellas, eran arriadas por igual.

Lasemigrantes de la Calera fueron tratadas, sin embargo, con consideracion, en obsequio á la familia de Laguna: este nombre era respetado tanto por unos como por otros, de los bandos políticos.

Al ser trasladadas al Carmelo, las familias principales se disputaban la satisfaccion de hospedar á la de Laguna,—la recompensa fué inmediata y semejante al beneficio recibido.

¡Qué de peripecias y cuántos tragos amargos!

Hoy en un punto, mañana en otro, espuestos á mil desastres y trastornos!

Pero debemos poner punto final á estos tristes episodios que nunca concluiríamos de narrar, y que nos desviaria del hilo de nuestro relato.

CAPITULO XII.

Nuevos personajes

Próxima á la estancia de la Calera, hallábase situada otra, perteneciente á D. Jorge de la Peña.

Era, este señor, un hombre como de cuarenta á cincuenta años, de regular estatura, bien repartido, de facciones nobles y correctas, y de modales finos y graves.

Don Jorge era de una moral intachable.

Su corazon abierto para prodigar el bien, nunca permanecía insensible á las desgracias de la humanidad.

De carácter franco y bondadoso, conquistábase bien pronto la simpatía de todos, granjeándose la estimacion de las personas honradas por su probidad, rectitud y su conducta irreprensible.

Tan bellas prendas hacían de él un tipo digno del aprecio y consideracion de las gentes.

Don Jorge habitaba la estancia en compañía de sus dos hijos, Juan Cárlos y Florángel, de diez años de edad aquel, y de seis esta.

Seis meses llevaban de residencia en la estancia, época en que por desgracia había perdido D. Jorge á su ejemplar esposa, la que era llorada siempre por los seres queridos que habia dejado.

Don Jorge, deseando distraer á sus tiernos hijos de tan desconsoladora como irreparable pérdida, había determinado llevar á los niños á la estancia; hé aquí porque se hallaban en ella en los momentos que los presentamos al lector.

Desde la muerte de su esposa, D Jorge no se había separado un instante de sus hijos, pero asuntos de gran urgencia reclamaron su presencia en Nueva Palmira, y esto lo determinó á ausentarse por breves dias, aunque con gran sentimiento.

Era imposible llevar consigo á los niños; felizmente estos

se hallaban muy bien en compañía de una criada vieja, nacida en la casa, la cual quería á los hijos de D. Jorge con entrañable cariño.

La mulata Feliza era toda una matrona; los niños confiados á su cuidado estaban bien guardados y atendidos.

Esta seguridad permitió á D. Jorge partir sin temor, prometiéndose en su interior, acelerar sus asuntos y estar de vuelta lo más breve posible.

D. Jorge llegó á Nueva Palmira, y en tres dias sus negocios quedaron terminados.

Disponíase á regresar, cuando un suceso imprevisto retardó su partida.

Veremos cual fué el motivo que originó esta determinacion.

CAPITULO XIII.

En la casa de Dios

Era dia Domingo.

Las campanas del pequeño templo de Nueva Palmira, llamaban á los fieles al oficio divino.

Veíanse cruzar por la plaza alguno que otro devoto que en direccion á la iglesia caminaba apresuradamente.

El intenso frio que se dejaba sentir en las primeras horas de la mañana, eran causa de que los fieles acobardados no se atrevieran á salir de sus casas, esperando para cumplir con sus obligaciones de cristianos á que el benéfico sol templára más lo atmósfera, que en aquella hora se hacía sentir.

Don Jorge era uno de los católicos madrugadores.

Con las manos en los bolsillos del sobretodo, el cuello de este levantado á guisa de corbatin, y el sombrero casi sobre los ojos, caminaba á buen paso, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Al desembocar la calle General Laguna llamóle la atencion un grupo compuesto de tres personas, que á distancia de un cuarto de cuadra caminaba lentamente en direccion tambien á la iglesia.

Eran, al parecer, una madre con sus hijos.

Ella era una mujer jóven aún, aunque en su rostro veíanse impresas las huellas del dolor.

Los niños que á su lado caminaban, eran de corta edad; la mujercita contaria á lo sumo nueve años, y el varon siete escasos.

Apesar dèl intenso frio que hacia, aquellos infelices no llevaban abrigo alguno; sus cuerpos temblorosos se hallaban cubiertos por telas delgadas, gastadas y descoloridas.

La mujer por intérvalos se detenía, y elevando al cielo una mirada como para pedir alientos, atraía junto á sí la cabeza de sus dos hijitos, queriendo trasmitir á sus cuerpos ateridos por el frio, el calor que abrigaba su seno de madre.

Los niños temblando miraban á su madre, y con valor admirable guardaban silencio, sin proferir una queja que atestiguase su sufrimiento, mas ay! demasiado lo comprendía aquella desventurada, porque al contemplar los semblantes de sus hijos, donde se retrataba el sufrimiento, no era dueña de contener las lágrimas que corrían por sus mejillas hasta ir á esconderse entre los cabellos de sus hijos.

Don Jorge por la acera opuesta, á regular distancia no perdía de vista la pobre madre y sus dos hijos.

Llegaron á la iglesia.

Don Jorge sin ser notado fué á situarse tras un pilar desde donde podia oir la misa y observar á la mujer de los dos niños.

Esta con sus dos hijos fué derechamente á un ángulo del templo en donde medio envuelta por la oscuridad, se arrodilló con los niños, rodeando con sus brazos las cabezas infantiles de estos.

Don Jorge venía á quedar casi á un lado.

El oficio empezó.

El templo estaba casi solitario; veíase una que otra anciana arrebozada en su manto, con los anteojos calados y el libro de misa, por lo general de un tamaño más que regular, abierto ante sus ojos.

La mujer de los niños oraba con voz queda, murmurando de vez en cuando, algunas palabras al oido de sus hijos.

Don Jorge tambien oraba, pero sus ojos vagaban del altar al interesante grupo, que por instantes le inspiraba mayores simpatías, sintiendo enternecerse su corazon ante aquel cuadro que denotaba el mayor infortunio.

Más de una vez D. Jorge hizo esfuerzos por contener sus lágrimas al observar la afliccion que se pintaba en el semblante de aquella madre, y el sufrimiento de aquellos niños, que por su edad le recordaban á sus hijos.

Creyó Don Jorge ver en el rostro del divino Redentor que se veneraba en el altar, un algo que le hizo volver los ojos hácia la mujer de los niños; desde ese momento don Jorge, como inspirado por una voluntad superior, pareció ser el instrumento de que Díos se valiera para premiar una alma justa.

Con la vista fija en la santa imágen de Jesús, parecía rogar que le iluminara, dispuesto á obrar lo que le dictase su conciencia, seguro de llenar la voluntad del que todo lo puede.

La misa terminó, y los fieles abandonaron el templo, quedando solo D. Jorge y la mujer de los niños.

Esta miró en torno suyo, creyéndose sola, inclinóse sobre sus hijos, y juntando sus manos murmuró:

—Hijos mios, rogad, rogad á Dios que nos envíe su proteccion!

Los niños de rodillas con las manos elevadas hácia el altar siguiendo las palabras de su madre, esclamaron:

—Dios mio! Dios de bondad y de misericordia! compadeceos de estos desgraciados que hoy no tienen pan!... envíales tu santa gracia...y haz que soporten sus dolores con la resignacion del cristiano!

Calló la madre, y los niños la imitaron, pero el silencio del templo fué interrumpido por una vocesita de ángel, era el niño de cabellos rubios que, elevando sus bracitos al cielo, esclamó con el rostro bañado en lágrimas.

—Padre mio!...mamá dice siempre, que vos escuchais los rezos y las súplicas de los niños...atiéndeme señor!.... yo quiero ser grande para hacer feliz á mamá y á mi hermanita María!

La madre ahogada por los sollozos atrajo contra su pecho

la rubia cabeza de su hijo, que deshaciéndose de aquel lazo de amor, volvió á esclamar con su vocesita suave y entrecortada:

—Señor!...Señor! no nos desampares!...yo quiero ser útil á mamá!....¿cómo he de ayudarle, cómo he de trabajar oh! si nada sé!....

La niña llamada Maria., lloraba y oraba en silencio con su cabeza apoyada en el seno materno.

El niño habíase puesto de pié y abrazaba á su madre convulsivamente.

Trascurrió un breve rato, al cabo del cual la desventurada mujer y sus hijos abandonaron el templo, llevando la esperanza de la fé en el alma.

Don Jorge oculto tras un pilar había observado las escena anterior.. abohando sus lágrimas y oprimiendo su corazon.

Aquel infortunio llenaba su alma de dolor; pensaba en sus hijos y en su nombre disponíase á llevar á cabo una obra digna de un corazon tan noble cual era el suyo.

Don Jorge tratando de ocultarse, siguió á la desgraciada madre que con los niños de la mano caminaba lentamente.

Cruzaron algunas calles hasta llegar á una pequeña vivienda, en donde penetraron seguidos por las miradas de don Jorge.

Aquella desdichada era Rosa y sus dos hijos María y Alberto ...

Algunos dias hacía que la desgracia gravitaba el en mismo hogar de Rosa con peso inusitado.

Las costuras habían faltado y con ellas el alimento que sostenía á aquellos tres infelices seres.

En vano Rosa imploró en nombre de sus hijos.

Todo fué inútil ...existen momentos en que todo enmudece en torno nuestro!

Ah! en tan triste estado, solo las oraciones que elevaban hasta Dios eran el único consuelo para sus almas atribuladas!

Por todas partes donde volvían sus ojos, solo hablaban rostros indiferentes, y mudos!

Solo en el santo amor de Dios encontraban consuelo, adquiriendo fuerzas morales por medio de la oracion que

hacía descender sobre ellos el divino consuelo de la fé.

¡Cuánta verdad encierran las palabras de Enrique Zschokke, donde dice:—¡Cuán grande y hermoso es el poder de la oracion! ¡Cuánta santidad se siente con solo pensar en Dios! cuando por todos nos vemos abandonados, cuando los hombres cierran su pecho á nuestros sufrimientos, cuando destruye la tormenta de la vida todas nuestras esperanzas, cuando nos encontramos solos con nuestras penas en medio de la vasta oracion, entónces sentimos alivio con solo mirar á Aquel que comprende nuestro dolor. El fué quien nos trajo á este mundo: y en él solo puede encontrar refujio nuestra alma dolorida!

CAPITULO XIV.

El heroísmo de la caridad

Don Jorge tomó informes respecto á los habitantes del modesto ranchito.

Quedó satisfecho de sns indagaciones y resuelto á dar principio á su hermosa obra.

Eran las seis de la tarde de aquel mismo dia en que Rosa y sus hijos fueron al templo.

La pobre madre se hallaba reunida con sus hijos en su humilde habitacion.

Todos estaban silenciosos, los niños no se atrevían ni á mudar de posicion.

Rosa con la frente inclinada parecia orar, así lo atestiguaba el movimiento de sus lábios.

De cuando en cuando una lágrima rodaba por sus adelgazadas mejillas, cayendo en sus manos, que cruzadas sobre el pecho parecían querer contener los latidos de aquel corazon dolorido.

De pronto, Rosa alzando la frente pareció escuchar atentamente.

Había sido sacada de su ensimismamiento por algunas voces que se dejaban oir muy próximas á la entrada de su vivienda, habiéndole parecido escuchar su nombre y el de sus hijos.

Una voz de muger decía en aquel momento.

—Podeis llamar, Señor, Rosa está en su casa.

Estas palabras llegaron distintamente á los oidos de Rosa por lo que poniéndose de pié dió unos pasos hácia la puerta.

En aquel instante Don Jorge apareció á la entrada de la habitacion deteniéndose cortado á la vista de Rosa, que al parecer le interrogaba con la mirada.

—¿Doña Rosa....? murmuró Don Jorge.

Rosa llena de sorpresa respondió á Don Jorge con un encojimiento embarazoso, y sin alcanzar á comprender que objeto traía á su casa á aquel caballero para ella desconocido.

Don Jorge penetró en la habitacion siguiendo á Rosa que turbada fué á sentarse en una silla próxima á la que ocupaban sus hijos.

Don Jorge dirigió en torno suyo una rápida mírada, que le bastó para verlo todo.

Los niños atónitos no desplegaban los lábios.

Don Jorge se apróximó lentamente á Alberto y tomándolo de la mano sentóse en un pequeño banquillo.

El niño alentado por el aspecto noble y bondadoso de Don Jorge, no opuso resistencia alguna.

—Amiguito mio —dijo Don Jorge pasando sus manos por los rubios cabellos del niño—sabes tú que Dios ama mucho la virtud, y nada niega á los niños buenos?

Rosa que empezaba á estrañarle aquella escena, y que sin embargo no se atrevia á interrogar al desconocido, al escuchar las palabras de este sintió que su corazon latía con fuerza.

Don Jorge sin esperar la respuesta del niño, prosiguió dirigiéndose á Rosa:

—Señora, Dios que es tan justo como grande ha oido vuestras súplicas de esta mañana ... ha escuchado los rezos de estos ángeles y ...

—Qué decis señor? . . .—esclamó Rosa poniéndose vivamente de pié.

—Digo señora, que por fortuna, soy yo el elegido para serviros de providencia. . .

Rosa abrió los ojos desmesuradamente, por efecto del asombro, y no acertó á proferir palabra.

—Permitidme—prosiguió Don Jorge,—que de hoy en adelante vele por vuestra felicidad y por la de vuestros amados hijos.

—Señor! señor! quien sois vos?—esclamó Rosa inquieta y fuertemente emocionada.

Don Jorge tardó en responder.

Pero su respuesta ya estaba dada.

Rosa vió correr las lágrimas por el rostro varonil de Don Jorge y ya no dudó.

—Señora— murmuró Don Jorge con voz ahogada,—soy un padre que ama con locura á sus hijos, y que no puede ver indiferente el dolor de una madre que llora por la desdicha de los suyos!

Rosa lloraba, los niños tambien y Don Jorge en vano trataba de contener sus lágrimas.

—Soy viudo—prosiguió diciendo—y tengo dos hijos idolatrados; en nombre de estos quiero hacer una obra que llenará mi vida de entera satisfaccion. Desde hoy, con vuestro consentimiento señora, mis hijos tendrán dos amiguitos que á la par de ellos vivirán y se educarán, y vos señora prestareis un invalorable servicio consolando con vuestros cuidados y cariños á dos niños infelices que hace pocos meses perdieron á una madre ejemplar, cuya ausencia llenará eternamente de luto mi corazon.

Rosa miró en torno suyo, refregóse los ojos y pasando las manos por su frente esclamó:

—Dios mio . . . será esto un sueño?

—Mamá! mamá!—gritó Alberto, precipitándose en los brazos de su madre—, no es un sueño!... Dios ha oido nuestras súplicas... tu serás feliz y nosotros, oh! nosotros cuando seamos grandes podremos trabajar para tí!

Rosa, delirante, miró á su hijo y tomando á este y á María de la mano se precipitó con ellos á los piés de D. Jorge esclamando entre sollozos:

—Señor! señor!... os deberé la felicidad de mis tiernos hijitos... oh! es posible tanta ventura?...

Los niños regaban con sus lágrimas las manos de D. Jorge, este con sus palabras hacía esfuerzos para contener aquellas conmovedoras demostraciones de gratitud, pero ah! era imposible detener el desborde de los sentimientos de aquellos corazones por tanto tiempo martirizados!

—Hijos de mi alma!—esclamaba Rosa abrazando á sus hijos y empapando sus cabellos con las lágrimas que vertía—, ved aquí á vuestro protector, bendecidlo de rodillas... así, apretad sus manos contra vuestros inocentes pechos... oh! señor, dejadlos, dejadlos, que os demuestren su gratitud... en cuanto á mi... ved mis lágrimas... mis palabras no aciertan á espresar mis sentimientos, soy madre... la felicidad que quereis proporcionar á mis hijos me enajena, me trastorna de contento... gracias! gracias señor!..

D. Jorje levantó con suavidad á Rosa y á sus hijos, y esclamó:

—Por Dios! basta ya... me abrumais, creedlo! Es al Todopoderoso á quien debeis agradecer y no á mi, que no merezco tantas gratitudes, apesar de que vuestras demostraciones me hacen sufrir y gozar á la vez!

—Oh! señor, sois muy bueno!—esclamaron Alberto y María enjugando sus lágrimas.

—Si muy bueno!.. en vano quereis quitar á vuestra obra el mérito que tiene... Dios es grande y justo, por eso habeis sido vos el elejido para salvar á estas infelices criaturas!

—¿Consentis, señora, en veniros vos y vuestros hijos á mi casa de campo donde habito con los mios? Allí sereis respetada; sereis mi hermana, estareis como en vuestra casa, nada os faltará, y á la par de vuestros hijos cuidareis los mios, que revivirán con vuestros consuelos... oh! no rehuseis, que yo velaré por el porvenir de vuestros hijos, y serán felices, no lo dudeis, sirviéndoos de apoyo en vuestra honrada vejez!

Al empezar á hablar, D. Jorge, las anteriores palabras, había aparecido á la puerta de la habitacion, la abuela Feliza. La anciana inmóvil, permaneció sin avanzar.

Al escuchar las palabras con que Rosa, conmovida y vertiendo lágrimas, respondió á D. Jorge:

—Señor, dispuesta estoy á seguir á Vd. con mis hijos, y dichosa de mi si con mis cuidados puedo consolar á vuestros

queridos hijos, todos los instantes de mi existencia serán cortos para demostraros mi gratitud!

La abuela Feliza apoyóse contra el márco de la puerta y cerrándo los ojos, rodaron por sus rugosas mejillas gruesas lágrimas.

—Abuelita Feliza!—esclamaron los niños corriendo hácia ella—, ya somos felices, ved á nuestro protector, oh! que gratos estamos!

Rosa corrió tambien hácia la anciana esclamando:

—Que teneis? ¡oh Dios mio! estais pálida como una muerta...

—Os vais!—murmuró la anciana con voz ahogada, y abrazando las cabezas de los niños que cubrió de besos.

Rosa estrechó en silencio la mano de la anciana, y ambas mujeres se abrazaron llorando.

—Señora,—esclamó D. Jorje dirijiéndose á la abuelita Feliza,—quereis mucho á Rosa y sus hijos?

—Ah, señor! no podeis imaginaros de que manera!—repuso la anciana.—Permitidme que yo tambien os dé las gracias por la felicidad que vais á proporcionarles, pero dispensadme si no puedo reprimir mis sentimientos... amo tanto á Rosa y á sus hijos!

—Y bien, vuestras lágrimas solo deben ser de alegría...

—Tambien de dolor!... soy vieja y quizá no vuelva á ver mas á quienes queria como hijos... perdonadme!..

—Abuelita!—esclamó Alberto abrazando á la anciana,—para qué nos hemos de separar...

—Razon tiene Alberto,—dijo D. Jorje interrumpiendo al niño--, vos señora tambien vendreis con nosotros, por esto os decía que vuestras lágrimas solo debían ser de alegría...

—Que decís señor!—esclamó la anciana levantándose de su asiento con los niños abrazados—, me llevareis á mi tambien? de que os servirá esta vieja inútil, próxima á desaparecer del mundo...

—No prosigais, nadie es inútil en el mundo... allá señora tendreis dos hijos mas... los mios os amarán y respetarán como mereceis!

La abuela Feliza ahogada por las lágrimas hacía tales demostraciones de alegria y gratitud que parecía que iba á perder el juicio.

Abrazaba á Rosa, á los niños esclamando:

—No me separaré de vosotros!... la abuela Feliza morirá

feliz á vuestro lado... gracias Dios mio, gracias!.., Señor,— esclamaba dirijiéndose á D. Jorje—, bendito seais, y colmado por Dios de todas sus gracias!... permitidme que os bese las manos, las lágrimas de esta pobre vieja es lo único que puede demostraros lo que mi pobre lengua no acierta á espresaros!...

D. Jorje dejaba obrar á la pobre vieja, como para darle un desahogo conveniente.

Todas aquellas manifestaciones le llegaban al alma y en su interior daba gracias á Dios que le habia permitido disfrutar con la ejecucion de aquella magnánima obra de caridad, satisfaciendo las mas nobles aspiraciones de su espíritu generoso.

Todo aquel dia fué de alegria en la humilde morada de Rosa.

D. Jorje se habia retirado á preparar todo lo conveniente para el viaje.

Con el corazon satisfecho y el alma radiante parecia haber adquirido una doble existencia, desde el momento que habia proporcionado tanta felicidad á aquellos cuatro seres tan dignos de proteccion,

Las almas buenas son felices cuando proporcionan el bien, y pueden labrar la dicha de los demas.

Alberto no cabía en sí de gozo. Abrazaba á su hermana y esclamaba

—Qué felicidad María! ahora podemos estudiar y cuando séamos grandes trabajaremos para mamá! qué bueno es don Jorge !Dios lo bendiga!

—Sí, Dios lo bendiga!—repitió María,—hasta ahora nada sabiamos; si así hubieramos seguido qué hubiera sido de nosotros!

—Y ya el hambre y el frio nos hacia sufrir—esclamaba el niño, y ahora tendremos vestidos abrigados y alimentos sanos!

—Qué felidad que abuelita viene con nosotros! nos contará cuentos y siempre la tendremos con nosotros!

—Gracias á ella hoy sabemos algo, debido á sus lecciones.

—Sí, de donde ménos lo esperábamos.....con ser pobre, vieja y viviendo como vive sin que nadie haga caso de ella, ha sabido hacer con nosotros lo que otros podian y no querian....

—Es cierto, no ves esa maestra que enseña cosas tan buenas y que no nos quiso dar lecciones porque eramos pobres.

—Ella no sabrá, ó no habrá oido decir como hemos oido nosotros al señor cura, que Dios manda *enseñar al que no sabe.*

—Si lo ha de saber Alberto, pero dice mamá que en el mundo hay gente mala que no hacen un bien sino tienen asegurada la recompensa. . .

—María dice tambien que esa gente ignora, sin duda, que Dios recompensa las buenas obras, y no hay recompensa como esta!

Por eso abuelita Feliza será premiada por Dios; tan buena que es!

—Es una santa!

—Mira, cuánto vamos á querer á los niños de D. Jorge!

—Como los queremos¡—repitió María juntando la manos sobre el pecho, debemos darles el gusto en todo; al quererlos y vivir muy unidos, como buenos niños amigos.

—Si, D. Jorge verá que agradecemos lo que por nosotros ha hecho.

—Nuestra gratitud, dice mamá, debe ser tan grande como el beneficio que hemos recibido, que no puede ser mayor.

—Todas las noche rogaremos á Dios que haga muy dichosos á D. Jorge y á sus hijos, no es verdad!

—Si rezaremos y Dios nos oirá, el Todopoderoso atiende las súplicas de los niños buenos, y nosotros trataremos de ser muy buenos para agradar á Dios, á nuestra madre y á nuestros bienhechores.

La conversacion de Alberto y María terminó con la llegada de D. Jorge que llenó á los niños de caricias.

Todo estaba dispuesto para el viaje.

Este tuvo lugar á la mañana siguiente.

Una nueva existencia, pura tranquila y risueña, compensacion de resignados dolores, sonreiria desde aquel instante á nuestros amigos.

La virtud nunca queda sin recompensa.

CAPITULO XV.

Dolores y esperanzas.

Han trascurrido 15 años.

Nos hallamos en el campo. Era una hermosísima tarde de primavera, en que la naturaleza ofrecía un aspeeto magnífico.

La mirada contemplaba estasiada aquel cuadro de bellezas seductoras: perfume, brisas, susurros, luces inciertas, vaguedad de la tarde, murmullos de las selvas, todo se confundía, formando una armonía en la que palpitaba la poesía como palpitan en el pecho de vírgen las armonías de sus cantos ensueños.

Situada en un paraje delicioso, se elevaba una hermosa y elegante casa de campo.

Penetremos en su interior y reconoceremos en sus habitadores antíguos amigos.

En una de las espaciosas habitaciones de la casa se hallan reunidos dos jóvenes hermosas y simpáticas, María llámase una, cuenta de veinte y cuatro años y tiene sobre su falda un precioso niño como de año y medio.

La otra es rubia, lleva el nombre Florángel y cuenta veintiun año.

Florángel es de mediana estatura, delgada pero de formas redondas y suaves; su rostro es un conjunto de modesta belleza; hay fuerza y amor en la mirada de sus ojos azules; en sus lábios, frescos y rosados, vaga de contínuo una dulce sonrisa, su frente elevada y de gracioso corte, lleva el sello de la candidez, y de la belleza de su alma.

María, de estatura más elevada, ostenta tambien más desarrollo en sus formas, pero de una belleza casta y encantadora; su tez lijeramente trigueña, tiene una suave palidez; sus ojos negros miran con abierta franqueza y espresion acariciadora; su boca, precioso detalle de su rotro, adorna-

da de hermosisimos dientes, semejandose á una doble hilera de perlas, estan casi de continuo descubiertos, por una rica franca, bulliciosa, casi infantíl.

En cuanto al niño que descanza en las faldas de Maria, es del mas fiel parecido á su feliz madre; pues sabrás lectorá que ese niño es de Maria, esposa venturosa de Juan Cárlos el hijo mayor de D. Jorge de la Peña.

Antes de pasar mas adelante, daremos algunos datos indispensables, que nos revelaran la situacion actual de nuestros antiguos conocidos.

Nada diremos de la bella esixtencia de Rosa y sus hijos, despues de la incomparable accíon del digno D. Jorge.

Aquella se deslizó tranquila y feliz, como la superficie de un lágo en una serena mañana.

Diez años llevaba Rosa de vivir con sus hijos en campaña de sus bienhechores, amada de estos con verdadero é intenso cariño.

D. Jorge satisfecho contemplaba aquel bienestar y en su semblante advertíase una secreta alegria al notar la inteligencia de cariño que mediaba entre sus hijos Juan Cárlos y Florángel y los hijos de Rosa, Maria y Alberto.

—Si yo los dejára unidos—pensaba el buen padre,—bajaria al sepulcro tranquilo y feliz.

Alberto, el generoso hijo de Rosa, dotado de una inteligencia sobresaliente, crecia lleno de méritos, que prometian un porvenir hermoso.

D. Jorge contemplaba con ternura el afan que Alberto ponia en todo, para satisfacer y corresponder á los beneficios recibidos.

Nunca dirijía sus miradas á D. Jorge sin que por ellas cruzara un relámpago, mal comprimido de gratitud y ternura, y mas de una vez aquel sorprendió en los ojos de su protejído secretas lágrimas de vivo y mudo reconocimiento.

Nada diremos de Rosa y Maria; sus almas sensibles no cesaban de manifestar sus sentimientos, y de consagrar todos sus instantes á bendecir á Dios y á agradecer sus bondades, que recibian por intermedio de D Jorge.

Así las cosas, D. Jorge conoció que su fin se acercaba; la dicha de los que entónces constituian su familia, debia consolidarla por medio de su última determinacion.

Su corazon de padre habia comprendido con infinita ale-

gria, que sus hijos y sus protejidos completarian su felicidad permaneciendo siempre unidos.

D. Jorge hizo su testamento, repartiendo su fortuna por partes iguales entre sus hijos y sus protejidos, manifestando el deseo de verlos unidos por los lazos indisolubles del himeneo, determinacion que estaba seguro cumplida con íntimo placer.

Dios otorgó al generoso D. Jorge, la felicidad de ver realizado en parte, antes de abandonar este mundo, lo que tanto ansiaba su corazon.

Juan Cárlos y Maria quedaron unidos; D. Jorge vió en aquel matrimonio la recompensa de sus desvelos paternos.

Espiró dichoso, esclamando al estrechar la diestra de Rosa.

—Vela por tus hijos—dijo, señalando á los cuatro jóvenes,— yo te cedo los mios; se tú la santa madre que les guie por la senda de la vida....

Dijo, y espiró, dejándo en el corazon de los que le amaban el mas profundo desconsuelo y el mas hondo vacio.

Rosa cumplió como buena madre; todos la adoraban y se disputaban la dicha de recompensarla con sus cariños y cuidados.

Alberto pidió y obtuvo el consentimiento de hacer construir á D. Jorge un hermoso sepulcro; queria tener la satisfaccion de poder rendir á su bienhechor aquel último tributo de cariño y gratitud.

El agradecido jóven hizo colocar, con letras de oro la siguiente inscripcion en el sepulcro de su bienhechor:

Al mas noble y generoso de los hombres.

Mucho tardó en descender la calma á los espíritus de nuestros amigos, despues de la sentida muerte de D. Jorge.

Su recuerdo era eterno en los corazones de los que lo lloraban.

La abuelita Feliza tampoco se contaba en el mundo de los vivos.

Poco tiempo despues de vivir en casa de D. Jorge, entregó su alma á Dios, bendiciendo á los que tanto bien le habian hecho en sus últimos dias.

La nube de tristeza que habia oscurecido la felicidad de aquellos corazones, con el trascurso del tiempo fué mitigándose; Dios envió á sus almas el bálsamo de la resignacion,

que troca los más acerbos dolores, en una dulce melancolía.

La conformidad que se hace tan necesaria para los espíritus aflijidos, descendió sobre ellos.

Algunos años despues de la pérdida de D. Jorge, Florángel y Alberto unieron sus destinos al pié del altar.

La voluntad de aquel estaba cumplida, y satisfechos los deseos de todos.

Volvamos ahora á la estancia donde dejamos á Florángel, María y su niño.

CAPITULO XVI

El gaucho.

—¡Cuánto tarda Juan Cárlos!—esclamó María, consultando un reloj de sobre mesa.

—No te inquietes por ello, querida—contestó Florángel, —ya sabes que mi hermano es conocedor excelente de los parajes que hoy ha debido recorrer.

—Sin embargo,—objetó María—me dijo que al caer la tarde estaría de vuelta....

—Entónces no tardará.

El rumor de pasos, al parecer de más de una persona que se acercaban, interrumpió á las jóvenes.

—Será él!—esclamó Maria poniéndose de pié, y dirijiéndose á la puerta del aposento con su hijo en los brazos.

Pero, en vez de Juan Cárlos, penetraron en la habitacion Rosa y Alberto, el esposo de Florángel.

—Mamá y Alberto!—esclamaron las jóvenes.

—Ya estamos de vuelta,—esclamó Alberto abrazando á su esposa y á María.

Rosa y Alberto habían permanecido dos dias en Nueva

Palmira, con objeto de hacer algunas compras para la familia y regresaban recien en aquel momento.

Rosa, la feliz madre, se hallaba algo cambiada.

Sus negros cabellos ostentaban ya hebras de plata: en sus facciones distinguidas y simpáticas, resplandecian sin embargo los rayos de su belleza, siempre dulce y atrayente.

Alberto era un jóven de arrogante figura, hermoso y elegante: su rostro varonil revelaba una alma bella y fuerte; sus cabellos castaño claro tenían reflejos dorados; su tez era pálida y sus ojos de matiz verdes; su mirada hablaba, de una manera tan dulce, decidida y espresiva, que constítuía un poderoso atractivo, conquistando los corazones.

Florángel llamábala mimada niña, como su esposo la abrumaba á preguntas á Alberto respecto á su viaje.

Por toda respuesta Alberto acariciaba los dorados rizos de su esposa diciendo:

—¿Qué quieres, mi mimada niña, que te cuente? partí pensando en tí, llegué á Palmira lo mismo; y vuelvo con mi pensamiento fijo en el mismo objeto!

Todos salieron de la habitacion con objeto de inspeccionar el camino esperando la vuelta del esposo de María pues esta inquieta y disgustada, no sabía á que atribuir su tardanza.

No tardaron en ver á Juan Cárlos que, ginete en un hermoso caballo, se aproximaba á la casa, rápidamente.

María alzó sobre su cabeza, con ambas manos, al niño para que viera á su padre.

Juan Cárlos llegó hasta donde le esperaba su familia, y dejando el caballo á la puerta de entrada, se reunió con aquella, imprimiendo un cariñoso beso en la frente de su esposa y cogiendo entre sus brazos al pequeñuelo que palmoteaba de alegría al ver á su padre.

—¡Cuánto has tardado, Juan Cárlos!—esclamó María.

—Qué quieres, querida !—contestó este,—algo imprevisto me detuvo.

—Y qué es ello?—preguntó Florángel.

—Ah! ya tenemos en campaña á doña curiosidad—contestó Juan Cárlos mirando á su hermana con alegre sonrisa.

—Ave-Maria! esclamó Florángel haciendo un mohin,—es algun secreto que no puede saberse?

—No, pero es un misterio.

—Un misterio!—digeron las tres mugeres á la vez.

—Si, me ha ocurrido algo original que os contaré.

—Ah! qué gusto!—esclamó Florángel—á mi que me gustan tanto los cuentos! siquiera tú traes algo; Alberto vino como fué....

Estas últimas palabras fueron pronunciadas entrando ya todos al aposento donde habia quedado Alberto, el que en aquel momento fumaba un habano, casi tendido en un sillon.

Alberto sonriendo dejó el sillon para aproximarse á Florángel y tomándole suavemente de la oreja lo condujo hasta donde él habia estado, esclamando:

—Venga Vd. acá, niña mimada; qué mejor cuento quiere Vd. que el que le he contado?

—Ah! embustero! con que era cuento eso de que al partir y al regresar pensabas en mí?

—Mírame!—esclamó Alberto tomando las dos manos de Florángel.

La jóven miró á su esposo, y los ojos de este revelarian verdad cuando ella esclamó vivamente.

—Bien, te perdono. . . .y cuéntame siempre esos *cuentos*, pero con la condicion de que han de ser verídicos, de lo contrario no te miraré mas!

Mientras Florángel y Alberto se entretenian en dulces coloquios, en que la candidez infantil de aquella y el cariño y condescendencia de este, formaban bellos y pueriles diálogos; Rosa, Maria y Juan Cárlos con su hijo, siempre en brazos, se disponia despues de acariciar al niño á referir el misterio de que ya habia hecho mencion.

—Habeis de saber que he tenido en el monte un estraño encuentro....un gaucho de aspecto salvaje y de estado idem.

—Dios mio!—esclamó María mirando angustiada á su esposo,—Juan Cárlos tén cuidado, ese hombre quien sabe qué intenciones tendrá; es una temeridad aventurarse por esos campos, sin armas, desprevenido....

—Cálla tonta—contestó Juan Cárlos imprimiéndo en la frente de su esposa un cariñoso beso, y depositando en sus faldas al niño que comenzaba á dormirse.

—Aquel gaucho demuestra ser un infeliz.

—Quién sabe, Juan Cárlos,—esclamó Rosa—bueno, es por si acaso, no fiarse mucho de él.

Alberto y Florángel se habian aproximado para escuchar,

—Venía,—continuó Juan Cárlos,—por el camino de los Olivos, en direccion al puesto de S. Juan, cuando no sé porqué, se me ocurrió internarme en el monte; era tan bella la tarde y ofrecian aquellos campos tan hermosos cuadros, que insensiblemente caminé en mi caballo, más de una legua quizá; de pronto, cuando mas estasiado contemplaba tantas bellezas, observé admirado, en un claro del monte, hácia la derecha, á un hombre que, recostado contra el añoso tronco de un corpulento árbol, me miraba con hosco aspecto.

Nada más estraño y particular que su atavío.

Sujeta á su cintura se veía una espesa piel de carnero, que le cubría hasta las rodillas; lo demás de su cuerpo estaba desnudo.

Aquel hombre es sin duda un gaucho salvaje, sin el más pequeño asomo, quizá, de civilizacion, aunque en su mirada parece verse un rayo de velada inteligencia.

Sus formas son de atleta, sin embargo de bella constructura; se nota enerjía y fiereza en aquel rostro jóven, bronceado por los rayos del sol.

Tiene el cabello largo, le llega hasta los hombros; quizá para que no le incomode lo lleva sujeto por la frente, hácia atrás, con una varilla flexible de algun arbusto; su frente es elevada, el perfil recto, y un lijero bozo sombrea su labio superior.

Al verme hizo un movimiento de enojo, y bruscamente se internó en el monte.

—Dios mio! Juan Cárlos, no vuelvas por allí!—esclamó María llena de terror.

—Hijo mio,—agregó Rosa—puede ocurrirte alguna desgracia!

—No, madre, ese pobre gaucho es un infeliz

—Como lo sabes? preguntó Florángel.

—Así me ha parecido por algo que he notado en su semblante; continuó; al volver del puesto...

—Volviste por allí?—preguntó María estrechando á su niño entre sus brazos con un movimiento de terror.

—Si hija, pero descuida, pierde todo temor. Al volver, repito, no quise hacerlo por el camino que todos llevan, volví á internarme en el monte con el propósito de ver nuevamente á mi salvaje gaucho.

Mi hombre estaba sentado sobre una alta roca, con los

codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada sobre sus manos.

No me habia visto ni sentido, pero así que notó mi presencia descendió de la roca apresuradamente, internándose de nuevo en el interior del monte. Quedé largo rato pensativo, y viendo que no volvía, seguí mi camino con el propósito de volver mañana...

—Ah nó!—esclamó María rodeando con su brazo el cuello de su marido—no quiero que vayas!

—No seas tonta!—repuso Florángel—nada le sucederá; á mas lo acompañará Alberto.

—Si hermano, yo te acompañaré.

—No, no, dejadme á mi solo; tengo una idea; mi María, desecha tus miedos, mañana por complacerte iré bien armado.

La familia conversó unos momentos más, y como los viajeros estaban rendidos, todos se retiraron á sus respectivas habitaciones con objeto de descansar, proyectando Juan Cárlos la escursion para el dia siguiente.

CAPITULO XVII.

Tentativa fustrada

Al siguiente dia, despues de haber almorzado toda la familia, Juan Cárlos se dispuso á emprender la marcha en busca del solitario gaucho del monte.

A todas las preguntas que se le hacían respecto á lo que pensaba hacer en cuanto al gaucho, el jóven sonreía y contestaba:

—Pronto lo sabrán!

Toda la familia acompañó á Juan Cárlos hasta corta distancia de la casa.

El jóven montaba un hermoso caballo blanco.

Haremos á la lijera un pequeño retrato de lo que era Juan Cárlos físicamente, pues sus cualidades morales sabemos que eran escelentes y altamente recomendables.

Contaría Juan Cárlos veinte y cinco años de edad: era de hermosa figura; su rostro varonil ostentaba una belleza simpática; su tez algo quemada por el aire libre del campo, el perfil de su rostro de líneas suaves y perfectas, la noble altivez de su elevada frente, el mirar de sus ojos pardos, dulce y melancólico unas veces, enérjico y altivo otras; el delicado bozo que sombreaba su lábio superior, adornando una boca de lábios algo gruesos, que sonreían á menudo, pero de una manera contenida, y por último, un porte elegante, airoso, suficientemente desenvuelto; tal era físicamente Juan Cárlos de la Peña, esposo de la simpática y virtuosa María.

Sigamos ahora al jóven, que despues de despedirse cariñosamente de los suyos, emprendió la marcha hácia el monte, distante algunas leguas de allí.

Pronto llegó al término designado de su viage.

No tardó en descubrir á nuestro gaucho, sentado sobre una piedra, bajo la sombra de un sauce.

Juan Cárlos lo observó, sin ser visto por aquel.

El gaucho con distraccion é indiferencia, comía pausadamente un pedazo de carnero enteramente crudo, alternando esta particular comida con algunas frutas que se veían á su lado.

Conocíase que aquel infeliz no tenía mas hogar que el monte, en el que parecía haberse deslizado su existencia, ni más techo que la celeste esfera, ni otra familia que su propio ser.

¡Desgracaido paria!

¡Errante átomo entregado á merced del destino, como navío sin brújula lanzado al capricho de las olas!

. . . .

Nuestro ilustrado compatriota, el valiente escritor é inspirado poeta oriental Alejandro Magariños Cervantes, retrata al gaucho de nuestra campaña, en estos términos:

«Un Gaucho, dice, es un hombre que se ha criado vagando de estancia en estancia, que vive y tiene todos los hábitos, inclinaciones é idéas de la vida nómade y salvaje, amalgamadas con las de la civilizacion. Espíritu indómito, audaz, lleno de ignorantes preocupaciones, pero valiente hasta el heroismo; carácter escéntrico y original que no conoce más leyes que

su capricho; ni anhela más felicidad que su independencia: desprecia al hombre de las ciudades y cifra su ventura en los azares, en los peligros, en las violentas emociones de su existencia errante y vagabunda. Eslabon que une al hombe civilizado con el salvaje, sin ser una cosa ni otra.»

(1). «El idioma, los hábitos y las peculiaridades del gaucho, no pueden comprenderse, sino por los que han visto de cerca ese tipo original de esta parte de América, y que no tiene semejante, ni siquiera en el árabe, con quien le han querido hallar algunos mucha similitud en sus costumbres.

«El gaucho argentino es más civilizado que el hijo de la Arabia, es más astuto, más ingenioso, y posee una imaginacion que á aquel le falta.

«El uso constante de figuras en la exposicion de sus ideas, no depende de la pobreza de su lengua, sinó de su imaginacion y de una tendencia, innata en su espíritu, á revelar su pensamiento con el menor número de voces que le es posible.»

Nuestro gaucho no tenía familia, suponíase que alguna madre desnaturalizada habíalo abandonado, criándose por un milagro en medio de aquellos montes, sin amparo ni más recurso que la divina Providencia.

Su voluntad, la adversion instintiva que desde un principio le inspiró, el trato de los hombres, lo alejó mas y más de estos, viviendo ignorante de todo en medio de una existencia que más tenía de animal que de humana.

Su sustento eran en un principio las frutas del monte, mas luego aquel se estendió hasta la carne de carnero, la cual se la procuraba de noche, sustrayendo de las estancias algunos carneros, que mataba con maña, arrastrándolos hasta donde habia fijado su guarida.

Tal era la triste existencia que llevaba el solitario gaucho que habia despertado la curiosidad é interes de Juan Cárlos.

Volvamos á este.

El jóven se aproximó al gaucho y ántes de darle tiempo á que se retirara, le dijo saludándolo:

—Buen dia, amigo!

Este se irguió rápidamente y sin dignarse á contestar, como

(I) J. Mármol

el dia anterior se internó en el monte, apretando el paso para alejarse más pronto.

Juan Cárlos no quiso seguirlo; temió irritarlo.

—Seguiré el plan que me he formado—se dijo,—ese infeliz me interesa; Dios me ayudará en mi empresa—y pensando en el gaucho prosiguió,—él se acostumbrará insensiblemente á mi presencia.

CAPITULO XVIII.

Juan Cárlos insiste.

Más de un mes, sin faltar un solo dia, Juan Cárlos continuó yendo al monte, teniendo por resultado idénticas escenas: el gaucho huía siempre ante la presencia del jóven.

Sin embargo, la constancia de Juan Cárlos venció la resistencia huraña del gaucho.

Dos tardes consecutivas, Juan Cárlos halló á aquel sentado sobre la elevada roca, en que lo vió por primera vez.

El jóven notó con alegría, que el gaucho no daba muestras de huir, por el contrario, observó que le miraba á hurtadillas pero siempre con la espresion huraña que era su estado habitual.

Aquello le alentó y aproximándose le dirigió la palabra con voz dulce y cariñosa:

—Cómo está, amigo!—le dijo..

El gaucho levantó la cabeza y mirando al jóven rápidamente volvió el rostro, como si nada hubiera oido.

Juan Cárlos insistió, pero con igual resultado: mutismo completo.

—Será sordo-mudo—pensó, pero se desengañó de lo primero, viéndole volver la cabeza rápidamente al escuchar el ruido que hizo el vuelo de un pato marino.

Juan Cárlos bajó de su caballo, yendo á sentarse en una pequeña roca distante algun trecho de donde estaba el solitario habitante del campo.

Allí permaneció cerca de media hora; habia encendido su cigarro, y fumaba tranquilamente observando al gaucho con disimulo.

Este con la cabeza siempre apoyada entre sus manos, parecia sumido en estrañas reflexiones, si es que podia reflexionar aquella mente casi embrutecida.

Juan Cárlos se dispuso á retirarse, no sin ántes acercarse al gaucho, diciéndole:

—Adios amigo!

Este no se movió ni respondió.

Juan Cárlos le contempló por breves instantes con lastima y cariño.

Aquel hombre jóven, pues parecía contar veinte años á lo sumo, su abandono, su estado insensible, su aspecto huraño, fiero, pero hermoso, de una hermosura enérgica, varonil, con ciertos caractéres fuertemente acentuados, que descubrían el fuego de sus sentimientos encontrados y la intemperancia de su naturaleza; todo esto, hacía despertar en el alma de Juan Cárlos un vivo deseo; el de ejucutar una obra hermosa.

El jóven despues de dirigir al gaucho una intensa mirada, partió al galope en direccion á su estancia.

Si Juan Cárlos hubiera vuelto la cabeza, al alejarse, habria podido ver como aquel le seguia con la mirada, hasta que lo vió perderse de vista...

CAPITULO XIX.

Influencia de la música

Al dia siguiente á la hora acostumbrada Juan Cárlos se presentó de nuevo.

El gaucho estaba en su sitio....

El jóven le saludó sin obtener respuesta, como siempre.

Juan Cárlos no venia solo, traia consigo una guitarra.

Comenzó á templarla, á los primeros acordes el gaucho levantó la cabeza y miró con atencion.

Juan Cárlos haciéndose el desentendido, sin mirarle y al parecer enteramente absorto en lo que tocaba, seguía arrancando á su guitarra sentidos acordes, melodías dulcísimas.

El jóven gaucho habia apoyado su barba en la palma de la mano, y escuchaba atentamente sin pestañar.

Juan Cárlos acompañado de su guitarra empezó á cantar.

Su voz suave, armoniosa y llena de sentimiento pareció impresionar aun más al jóven gaucho; sin embargo, á no ser un cambio de postura nada más se advirtió en el que pudiera autorizar para creerlo así.

Juan Cárlos siguió cantando y tocando la guitarra cada vez más inspirado.

Con intencion eligió para sus cantos temas llenos de sentimiento y ternura.

La atencion del gaucho crecia, parecia una estátua de piedra, por su inmovilidad; aquel canto, aquella dulcísima música parecia ir cayendo sobre su corazon, como las gotas de rocío en el cáliz de la abatida flor.

La música y el canto terminó.

Juan Cárlos se puso de pié dispuesto á retirarse. Para ir en busca de su caballo tenía que cruzar por delante del gaucho.

Juan Cárlos con su guitarra al hombro se dirijió hácia su caballo.

Llevaba la intencion de no dirijir la palabra al gaucho, mas este, al verle cerca dijo con voz que trató de hacer dulce:

—Adios!

Juan Cárlos se detuvo, y la alegría encendió su rostro, pero reflexionó rápidamente y para mejor éxito de sus cálculos creyó conveniente contestar tan solo:

—Adios!—con acento cariñoso y lleno de interes.

—No es mudo, ni sordo,—pensó el jóven, alejándose y montando en su caballo.

El gaucho le seguía con la vista, y Juan Cárlos que sentía sobre sí aquella intensa mirada, decía para si:

—Avanzamos terreno, Dios me ayudará en mi empresa!

El jóven se perdió de vista, y el gaucho desviando la

mirada de donde aquel había desaparecido, exhaló un ruidoso suspiro.

¡Era el primer signo de que en aquel pecho de roca había un corazon humano! ¡El primer éco del sentimiento!

. . . .

CAPITULO XX.

—

Dios!

—

Dos dias transcurrieron sin que Juan Cárlos volviera al monte.

El jóven gaucho sentado sobre la roca, el primero de aquellos dias, dirijia sus miradas á cada instante, hácia el punto en que siempre aparecía Juan Cárlos.

El segundo dia no se sentó, comó de costumbre, parecía que algo le fastidiaba, tan pronto descendía de la roca, como volvía á ella, y de pié observaba el campo; pero sus miradas solo se dirijian hácia donde podia aparecer Juan Cárlos.

Hubiérase afirmado que le echaba de ménos...

Y Juan Cárlos no parecía.

La desazon del jóven gaucho crecía.

La nóche tendió su óscuro mánto, sin que Juan Cárlos se presentara, y sin que el gaucho se determinara á abandonar la roca; pero al fin lo hizo, descendió lentamente, deteniéndose á cada instante al menor rumor que sentía en el bosque, y asi fué internándose en él hasta que desapareció.

. . . .

Llegó la tarde del tercero dia.

Juan Cárlos se presentó en el monte acompañado siempre de su guitarra.

El jóven gaucho estaba en el lugar de costumbre, y al ver aparecer aquel, hizo un marcado movimiento que nos atreveriamos á designar con el nombre de alegría.

Juan Cárlos descendió de su caballo, yendo á sentarse muy cerca de la roca.

—Buenas tardes, amigo!—esclamó Juan Cárlos dirijiéndose al gaucho con la más viva espresion.

—Buenas,—contestó este lacónicamente, pero sin ceño, y hasta casi podría decirse con afecto.

—Hermosa tarde—, prosiguió Juan Cárlos—, precioso espectáculo el que ofrece el campo!

El gaucho siguió la direccion que tomaban las miradas del jóven, y vió que este contemplaba arrobado las bellezas que la naturaleza ofrecía en aquella deliciosa tarde.

La guitarra dejó oir sus acordes, tristes y melodiosos.

—Cómo te llámas?—preguntó Juan Cárlos con estudiada indiferencia, atento, al parecer, solo á su guitarra.

El gaucho se encojió de hombros, sin apartar su mirada del instrumento.

—Cómo! no lo sabes?—volvió á insistir Juan Cárlos.

—No tengo, no sé— dijo el gaucho con lenguage tan vago y torpe como el vibrar de las cuerdas olvidadas, cuyos acordes roncos y desabridos, parecen protestar contra la crueldad de su abandono.

—Vámos—esclamó Juan Cárlos—, si no tienes nombre yo te lo daré, te llamarás Julio.

—Julio...—repitió el gaucho moviendo la cabeza afirmativamente.

—Díme Julio, te gusta la música?—prosiguió Juan Cárlos, señalando su guitarra.

Una leve sonrisa, se dibujó en los lábios del jóven gaucho, y murmuró con naturalidad y hasta con espresion.

—Si... me gusta...

—No lo estraño—prosiguió diciendo Juan Cárlos,—la música es una de las más grandes bellezas del mundo.

Míra, que linda es aquella flor pálida con reflejos azules, como se mece al aire de la tarde; parece que en secreto canta su felicidad; en aquella flor hay poesía; míra, quiero enseñarte lo que es poesía. Poesía es todo aquello que nos conmueve, que nos gusta, porque es bello, porque es puro, porque es tierno; poesía es la música, por eso á tí

te gusta y llena tu alma de desconocido bienestar; la naturaleza es una poesia Divina, su autor es Dios: míra qué bello es ese cielo, que azul tan puro y hermoso, y allá á lo lejos que reflejos dorados tan resplandecientes!—ya el sol se ha ocultado; una vaga claridad se vé esparcida por los campos; que aire tan puro y perfumado!—Qué dulce es el gorjeo del guilguerillo! míralo como cruza rápido; sabes donde vá?—Vá en busca de su nido, lleva en su pico el alimento que piensa regalar á sus hijuelos, ya me parece verlos! qué alegría! qué arrullos de amor! pobrecillos! si algun inhumano cazador los matara con su certero tiro!—pero el nido está muy escondido en el ramaje, el celo previsor del pajarillo lo ha ocultado de la mirada audáz del hombre...

Escucha, no percibes ese rumor? es el lamento de las aguas del arroyuelo, sus ondas corren tranquilas una en pos de la otra, el amor las une y las confunde en una sola... eso es poesía; poesía purísima como la del nido, como la de la flor, como la de la música .. el aire blando, perfumado, besa con amor la supeficie cristalina del lago; los juncos y azucenas que bordan su orilla se inclinan suavemente para recibir las gotas de agua que el lago deposita en sus senos.,. cuánta poesia!

Pero ya los objetos no se distinguen; es de noche; qué hermosa noche!... míra, Julio, míra como platea en el horizonte la argentada luz de la luna... luz blanca, pálida, casta como el cendal de la vírgen!... su hermosa claridad se refleja en las aguas del lago... una lluvia de perlas cristalinas, diáfanas, brillantes, parece haber caido sobre el lago; míra los reflejos de la luna sobre él, hacen el efecto de un manto de plata tejido por manos de ángeles... eso tambien es poesia, Julio!

Ah! tu casi no comprenderas mis palabras pero sentirás sus efectos... en tus ojos veo un rayo de inteligencia... una luz que brilla á medias...

Míra el cielo, Julio, míralo sembrado de brillantes estrellas, qué hermosas son! parecen las encantadoras hijas de la luna! cómo brillan con su luz centellante! tan preciosos diamantes bordan el más regio de los mantos!

Qué bellas son esas luces de la noche!—al contemplar-

las fijas y radiantes, paréceme ver en ellas los ojos hermosos de los divinos ángeles que pueblan los cielos!

Torna tus ojos á la tierra...

Qué quietud, Julio! escucha... el rumor del lago, el susurro de la brisa, el movimiento confuso de las hojas... todo vago, todo incierto... y hermoso! ah! y en todo, la bella y sublime poesía!

Escucha: de aquí algunas leguas ven los ojos de mi alma otra divina poesia...—Escucha Julio... en un hogar bendecido mora una mujer; es bella como los ángeles, pura como el aura... la acompaña un niño... celeste querube! un niño que ha nacido de ella, como nace de la gallarda planta el purísimo pimpollo que iguala á la hermosa flor... y ambos son mios! si mios, ella y el niño! Dios me los dió, Dios me los bendijo!... son mi amor, mi dicha, mi ventura... mi poesía!

Juan Cárlos desde que habia empezado á hablar se habia ido aproximando á Julio, y este como atraido por el iman de sus palabras como escuchando una música lejana, arrobadora, no bien comprendida, iba á su vez apróximándose tambien al jóven, con la boca entreabierta, la mirada absorta y el temblor de la emocion en todo su sér...

El jóven gaucho sin comprender aquellas armonías las iba recogiendo en su alma; aquel lenguage desconocido lo conquistaba. Dios despejaba su inteligencia... Juan Cárlos inspirado y oprimiendo con dulzura la diestra de Julio prosiguió:

—Julio... toda aquella poesia es obra de un Sér poderoso... todo cuanto somos y gozamos se lo debemos á *El*!

Tan sublime y divino es EL, como divina y sublime es su augusta morada.

El vive allá desde allí vela y cuida de nosotros, porque somos sus hijos, de él recibimos el sér, y dispone de nuestro destino como Rey, Padre, y Señor!—Tu tienes vida porque él te la dá... él te dió la existencia y en su mano está, el quitartela, porqué están grande en su poder, como en su bondad!

Oh! Julio. amigo mio, por esto nos afanamos en servirle, por esto nos posternamos ante su imágen, por esto le adoramos y seguimos ansiosos sus sábias y divinas doctrinas!... Ah! tú no las conoces: pero yo te las enseñaré para que

¿comprendas para qué y porqué vives! todos los malos, los impíos se apartan de EL, porque vencidos por le espíritu del mal, desconocen la divinidad del Poderoso Señor.

Oh! Señor, cómo no adorarte, cómo no seguir la huella que marcaste al hombre,infinito en tu bondad; cómo no bendecirte, y consagrar todos nuestros sentimientos á tu servicio, cómo no posternarse ante el Creador de las sublimes maravillas, cómo, Dios mio, olvidarte despues de haber bebido en las divinas fuentes de tu amor purísimo, de tu amor sacrosanto, de ese sublime amor que vertió toda su sangre en obsequio de la humanidad?...

¡Oh, Dios mio! tú, el más grande de los hombres, tú el más justo, el más santo, el padre más amoroso, más tierno y abnegado, tú que no vacilaste en decender á la tierra para salvarnos del pecado, vertiendo tu preciosísima sangre cien veces adorada: tu que sufriste los más acerbos y crueles dolores por libertarnos del yugo del demonio; tu que lleno de gloria, subiste á los cielos legándonos el generoso perdon de nuestros pecados, lavados con la sangre vertida, de tu sagrado cuerpo... Dios mio! Dios mio! perdónanos si seguimos ofendiéndote, y no observamos tus doctrinas...perdon por tanta ingratitud para con el Padre más amoroso, perdon, Dios mio, si ciegos no te obedecemos y no correspondemos los solícitos cuidados y dones que derramas sobre nuestras cabezas!

Juan Cárlos había caido de rodillas sobre la roca, elevando al cielo ámbas manos.

Un ronco y ahogado sollozo mezclóse con las últimas frases de Juan Cárlos.

Julio lloraba... un rayo de inteligencia brillaba en su frente...

Juan Cárlos conmovido, elevó al cielo sus ojos arrasados en lágrimas.

—Gracias Dios mio!—murmuró.

Julio de rodillas junto á Juan Cárlos, con el rostro oculto entre las manos, murmuraba trémulo, balbuciente:

—Dios!...Dios!... bendito! bendito!..!

—Sí! bendito,—esclamó Juan Cárlos,—bendícelo Julio, porque EL es tu Padre; el Padre de la humanidad; EL es la esencia de la divina poesía, el autor de todo lo creado, el Señor del Universo!

—Perdon!..—murmuró Julio, siempre posternado.

—Sí, perdon!—repitió Juan Cárlos,—pídele perdon Julio, y luz para tu espíritu, que ha menester de bautismo divino para que penetre en la senda por Dios marcada!

Hasta hoy has vivido Julio, á igual de esos seres sin voluntad, fieros é irracionales que pueblan los montes, mas desde hoy, tu alma regenerada, tu espíritu sacudido por el soplo de un poder superior, penetrará en una nueva senda, que borrará los agravios pasados.

Sé bueno, sé honrado, marcha por el camino de los hijos predilectos de Dios, abandona la errante y salvaje vida que hasta hoy has arrastrado, y los dones del Creador descenderán sobre tu cabeza.

Juan Cárlos se detuvo, y falzándo de la dura roca á Julio lo estrechó entre sus brazos por largo rato, mientras que este ahogado por las lágrimas correspondía á aquel lazo de cariño, con viva espresion, difícil de describrir.

Juan Cárlos sentía su rostro bañado por tiernas lágrimas El jóven no cesaba de elevar al cielo sus ojos en señal de gratitud.

Dios le habia ayudado!

La redencion de una alma, debió de llenar de armonías el cielo, que presenció aquella escena en medio del silencio de los campos y de la solemnidad de la noche.

Julio abrió sus ojos á la luz, su espíritu sumido en las tinieblas quedó deslumbrado ante la esplendorosa luz de las divinas bellezas.

Instante precioso!

La callada noche, la argentada luna, el céfiro perfumado; la onda rumorosa, el ave, desde el misterio del verde follaje, eran los silenciosos testigos del sublime desposorio del alma de Julio con el espíritu de la luz divina!

....

CAPITULO XXI.

Dos años mas tarde

Han transcurrido dos años.

La estancia de nuestros amigos, ofrece siempre idénticos cuadros de felicidad doméstica.

Julio reside en la casa de su salvador.

Es su secretario, el encargado inmediato de sus negocios.

Una sólida instruccion, una enseñanza completa, ha pulimentado la tosca piedra; el árbol cultivado ha dado los frutos esperados.

Sus semillas serán fructificadoras del bien, porque llevan en su seno la esencia de la virtud.

La gloria de la jornada es para Juan Cárlos.

El premio está en la felicidad de todos, en la prosperidad del hogar, en la paz y tranquilidad de los corazones.

La bendicion de Dios posa sobre sus cabezas.

Concluiremos diciendo como Antonio de Trueba. «Dios bendice á los que gastan su tiempo y su dinero en obras santas... y ¡ quién sabe si tambien, á los que cuentan novelas honradas!»

Fin del libro I.

LIBRO SEGUNDO

DAR BUEN CONSEJO AL QUE LO HA DE MENESTER

DAR BUEN CONSEJO AL QUE LO HA DE MENESTER

¡Familia, caridad, perdon! divino sello grabado profundamente en el alma por la mano de Dios.

Frases sublimes que forman la ley que envuelve al hombre en indisoluble lazo.

(*Mercedes Lopez*).

—

La palabra suave quebranta la ira, y domina los corazones: la palabra aspera exita el furor, y precipita al hombre en el abismo del mal.

CAPITULO I.

—

La enlutada—Una visita á la mansion de los muertos.

—

La luz, que es la alegría de los espacios, porque ilumina el gran templo de la Naturaleza, ha desaparecido ya en la tarde que empieza nuestra narracion, sostituyéndole la claridad dudosa del crepúsculo vespertino, que presta á los campos esa especie de vaga melancolía, que imprime á todos los objetos, un sello de suave y lánguida tristeza.

Las escenas que vamos á narrar, dan principio en el cementerio de un pueblo de campo bastante distante de la Capital de Buenos Aires, el cual por razones especiales designaremos con un nombre supuesto.

Permítasenos esta reserva; motivos especiales y muy poderosos, nos impiden dar á conocer el verdadero nombre del pueblo en cual se han desarrollado los hechos que pasamos á referir.

Decíamos pues, que los últimos rayos de sol habían desaparecido en el horizonte bañando los campos de una melancólica tristeza.

Nos hallamos en el cementerio del mencionado pueblo que denominaremos *San Ramon.*

Todo es silencio, y callada quietud, aumentando lo tétrico de aquella soledad, el aspecto de abandono de aquel último y santo asilo de la humanidad.

El descuido en que yace el sagrado recinto es por demas deplorable, oprimiendo el corazon y aflijiendo el espíritu de un modo horrible y amargo!

No exajeramos el aspecto que ofrece, acusa un olvido y abandono altamente censurable.

No exijímos verjas de hierro, estátuas de mármol, monumentos régios, ni riquísimas obras de arte que proclamen la soberbia y la vanidad de los hombres, ó el lujo fugaz de las pompas mundanales; pero sí, que haya devocion, respecto, y una veneracion santa para los que duermen en paz el sueño eterno de la muerte.

Aquella inercia, aquel descuido criminal es digno de la mas enérjica censura; la tierra sagrada, removida en algunas partes, presenta cuadros terribles de profanacion, do quier se dirija la vista. En toda la estencion de aquel recinto, solo se vé la falta de aseo y limpieza que está demostrando la incuria y desidia de las autoridades encargadas de velar por su conservacion.

Las cruces, que la mano devota de los cristianos que alli tienen sus deudos, señala el lugar donde yacen, se hallan, en su mayor parte cubiertas por los malezales y crecidas yerbas... en aquella solitaria y triste mansion no se vé ni un árbol siquiera, solo un inmenso pastizal...

Quitad sus cúpulas á una catedral, borrad los prismas de los arcos góticos por donde la claridad penetra á hurtadillas, y habreis suprimido su mayor encanto á la magnificencia de nuestros templos cristianos.»

Apartad de un cementerio sus cipreses oscuros, y con ellos la armoniosa combinacion de sus simbólicos ramajes; las esbeltas palmas, los sauces *llorones*, que tanto predisponen á la meditacion, y os será casi imposible abismar

vuestra alma en esa piélago misterioso de las plegarias, del silencio y del recogimiento.

. . . .

En direccion al cementerio de San Ramon, caminaba por un estrecho sendero, una jóven, con paso lento y fatigoso.

Su figura triste y melancólica, así como su enlutado traje, nos indica que vá á visitar algun sér querido, que mora en aquella mansion de la muerte.

La jóven enlutada, penetra en el cementerio con actitud dolorosa y reflexiva, camina máquinalmente y de sus ojos se ven desprender abundantes lágrimas.

De pronto, detiénese ante una tosca cruz, en la cual se ven gravadas dos iniciales, y cayendo de hinojos, prorrumpe en ahogados sollozos, cubriéndose el rostro con ámbas manos.

—Padre mio! perdon!...—esclamó la jóven enlutada en medio de sus lágrimas; é inclinando su cabeza sobre el pecho, oró por largo rato.

Un cuarto de hora permaneció la jóven sin cambiar de actitud y sin cesar de llorar y orar; por fin levantóse con dificultad, y vertiendo de nuevo abundantes lágrimas, esparció sobre la sepultura algunas flores que llevaba ocultas bajo el manto que la cubria.

Dispúsose la jóven á abandonar aquel lugar, pero una fuerza estraña parecía retenerla. Arrodillóse nuevamente y murmurando algunas palabras intelijibles, cruzó despues el cementerio con paso precipitado.

Adonde iba?

Quién era aquella jóven misteriosa, que tanto parecía sufrir?

Al cruzar un sendero, no pudo contener un grito, que turbó el silencio de las tumbas.

A corta distancia de ella, apoyada en un ángulo de la pieza que sirve de depósito ó capilla, una persona la contemplaba con insistencia.

Era un hombre de edad ya avanzada, que desde luego llamaba la atencion por su porte noble y distinguido.

La jóven al verlo habia lanzado un grito, y mirando en torno suyo con medroso anhelo, cayó sin sentido sobre

la abundante y crecida yerba que se estendía por todo aquel recinto.

. . . .

CAPITULO II.

Confidencias.—Las dos amigas

Es la media noche.

Tres personas se encuentran reunidas en el aposento de una modesta casa del pueblo San Ramon, una de ellas se halla tendida en un lecho, y las otras dos, la contemplan con interes, inclinándose á cada instante sobre ella, como para observarla mejor.

Oigamos lo que hablan:

—Dios mio! cuánto dura el desmayo de...

—Silencio! no la nombres!

—Pero papá!...

—Cálla, Flora; la existencia de esa niña en esta casa debe ser ignorada de todo el mundo, hasta que ella lo crea conveniente.

—Pobre amiga mia!... temo mucho por su vida, este desmayo dura ya demasiado!

—Si, hija mia, más de lo regular; esto me inquieta.

Este diálogo tenia lugar, como se vé, entre padre é hija.

Era aquel un señor como de 65 años, de aspecto noble, dulce y enérgico á la vez; de elevada estatura y de gallarda figura, todo en él era simpático y distinguido.

Parecía tener grande interés en prodigar á la jóven desmayada los cuidados más esquisitos para hacerla volver

en si, pero comenzaba á alarmarle seriamente el estado de la enferma.

Flora, pues ya sabemos su nombre, por haberlo oido pronunciar á su padre, era una lindísima jóven de diez y siete primaveras, á quién aquel adoraba entrañablemente, pues era hija única, y por desgracia huérfana de madre desde muy tierna edad.

Flora era rúbia, su blonda cabellera, magnífica, sedosa y naturalmente rizada; su cutis blanco, teñido de lijeros tintes de rosa, de una frescura y pureza admirable; sus ojos azules, límpidos y serenos, bañados de una espresion de suave ternura, hacían de aquella niña un sér encantador, revestido de dobles atractivos por las bellezas morales que adornaban su alma virginal.

El padre de Flora, llamábase Don Cárlos Rodriguez, y era antiguo vecino del partido de San Ramon, querido y respetado de todos por sus cualidades caballerezcas y nobles, que hacían de él un bello tipo.

Fáltanos conocer á la jóven desmayada; por ahora no nos es posible satisfacer la curiosidad del lector, sino en parte, solo diremos, ántes de bosquejar los razgos de su fisonomía, lo que quizá haya sospechado ya: la jóven desmayada era la solitaria visitante de la mansion de los muertos, aquella misma que al encontrarse con Don Cárlos Rodriguez á su salida del cementerio, había perdido el conocimiento.

La misteriosa jóven era de una belleza estraordinaria; su cutis, lijeramente moreno, de un pálido delicioso, era igual y suave como la seda; sus cabellos negros, ondulados y abundantes, estaban repartidos en dos trenzas hermosísimas, por su largura y grosor; sus ojos igualmente negros eran dos luceros, que absorvian la atencion del que los miraba, sin poder apartar de ellos la vista; tan bellos eran! su nariz, su boca, y todos los demás detalles de su rostro eran de una delineacion correcta, de un dibujo suave y delicioso; aquel simpático semblante, tan perfectamente bello, estaba bañado de una profunda tristeza, que hacía resaltar aun más su extraordinaria hermosura.

La estatura de la jóven enferma era mediana; su figura elegante y distinguida, y habia un *no sé qué* en sus belle-

zas armoniosas, que bastaba verla una sola vez, para quedar prendado de tan simpatica y hermosa creatura.

La edad de la jóven no alcanzaba á los veint y dos años.

—Mira, Flora, parece que se reanima...—dijo Don Cárlos con voz queda, y examinando el rostro de la enferma.

—Oh! si, gracias á Dios! -esclamó con alegria Flora.

Don Cárlos derramó algunas gotas de esencia en la palma de la mano, y frotó las sienes de la inanimada jóven.

Flora hizo aspirar aquella misma agua á la enferma, y ansiosa examinó el semblante de su amiga.

Transcurrió un breve instante, al cabo del cual la enferma exhaló un leve suspiro, y luego entreabrió dulcemente los ojos, en seguida volviendo á cerrarlos, como si hubieran sido heridos por un rayo penetrante de luz: el semblante de Don Cárlos Rodriguez inclinado sobre la enferma, y con la mirada fija en ella, fué la causa de aquella impresion producida en el ánimo de la jóven desconocida.

—Hija mia, como te sientes?—preguntó con dulzura Don Cárlos.

Estremecióse la jóven, y exhalando un fuerte suspiro, que más parecia un doloroso jemido, rompió á llorar de un modo desconsolador.

—Magdalena,—murmuró Don Cárlos, bajando la voz —llora, pero no desesperes; cálmate, es necesario cuidarte porque te encuentras algo delicada....

—Ah! Señor!—interrumpió, Magdalena, entre sollozos —soy muy desgraciada; si V. supiera lo que he sufrido!...

—Algo sé, pero no todo, mi pobre Magdalena! nosotros te llorábamos ya muerta...

—¡Dios ha no querido aun llamarme á su seno!

—Desecha, Magdalena, ideas que te puedan dañar; yo me retiro, para que tu puedas descansar hasta mañana; pero te dejo una compañera—y diciendo esto Don Cárlos buscó con la vista á Flora, que retirada en un ángulo de la habitacion, lloraba en silencio.

—Flora, ven hija mia—dijo el anciano con voz conmovida.

—Flora!...—esclamó con esplosion de cariño la en-

ferma, incorporándose en el lecho—Flora! querida mia! donde estás?

Flora se adelantó, precipitándose al lecho; estrecháronse con fuerza las dos jóvenes, bañadas en lágrimas y guardando por el momento un olocuente y conmovedor silencio.

Don Cárlos se retiró con precaucion, dejando á las dos amigas en completa libertad.

—Cuanto tiempo sin verte, Flora mia!—esclamó Magdalena, separándose de su amiga, para contemplarla mejor

—Oh! si, Magdalena querida! tres años sin saber de tí! tres años de penas y amarguras para tu pobre amiga!

—Tú has sufrido, Flora mia, tambien ay! pero quizá no tanto como tu amiga!

—Conozco á medias, tus penas, amiga amada contestó Flora, abrazando de nuevo á Magdalena—pero, tu eres más digna de compasion y por eso quizá te amo más!.

—Oh! mi Flora amada!—esclamó Magdalena enjugando las lágrimas que rodaban por sus mejillas—si tu supieras lo desgraciada que he sido durante ese trayecto en que no nos hemos visto!

—¡Pobre amiga mia! cuánto habrás sufrido!...no me atrevo á preguntarte por él...

Magdalena inclinó su cabeza, y los recuerdos de su existencia le hicieron verter un torrente de lágrimas.

—Esto te afecta mucho, Magdalena mia, no hablemos mas de ello, hasta que no te sientas bien; descansa y mañana, si lo deseas, me confiaras tus penas...

—Oh! si, mi alma lo desea, mi dulce Flora, necesito de tu cariño, de tus consuelos para refrescar mi corazon abrazado por el dolor mas cruel! he sufrido muchísimo Flora, mi vida ha sido un contínuo martirio, una cadena no interrumpida de dolores!...

—Magdalena, no evoques recuerdos, eso te afecta, y tu dolor me aflije!

—Bien, no hablemos ahora de mi, mañana te lo contaré todo, todo, pero yo quiero que tu me refieras los motivos que has tenido para sufrir.....

¿Mañana, Magdalena mia, te confiaré cuánto me ha pasado: ahora no quisiera hacerlo porque tu necesitas descanso, y el reposo te seria muy benéfico...

—No lo creas, Flora amada, el reposo nada me haría, pues la sola idea de que has sufrido y no lo he sabido yo, me quitaría el sueño...tu sabes, Flora querida, el cariño que siempre te he profesado, ámbas nos hemos querido como unas hermanas, más que como simples amigas!

—Si, Magdalena, nuestro cariño ha sido siempre intenso por eso yo, en medio de mis dolores; te echaba de ménos, y sufria más con tu ausencia, pues si hubieras estado á mi lado, mis penas habrian sido endulzadas con los consuelos de tu tierna amistad!

—Oh! yo tambien, no creas que te olvidaba, pero, mi destino me alejó de aquí bien á mi pesar!...y culpa ha sido de mi ceguedad la mayor parte de mis dolores!

—Como!—esclamó Flora, aproximándose más á su amigo.

—Mañana lo sabrás!—dijo esta besando á Flora—ahora te suplico me hables de ti, consentirás en ello?

—Bien, te complaceré, corto será mi relato.

Flora acercó una silla la lecho de su amiga, y con sus manos entrelazadas á las de Magdalena, dijo:

—Recordarás que estaba próxima á contraer matrimonio con Ricardo; la dicha me sonreía porqué amaba al futuro compañero de mi existencia con toda la fuerza del primer amor del alma.

Ricardo me profesaba igual cariño, y se sentía feliz con la posesion de mi amor.

Tu conociste á Ricardo; era un completo caballero, nadie tenía que decir nada de él, á no ser para ensalsarlo y prodigarle toda clase de elogios; fino, atento, amante, y firme, Ricardo tenía todas los las cualidades de un hombre digno de ser amado.

Dos meses faltaban para nuestra union, nada parecía que pudiera estorbar aquella alianza tan anhelada por ámbos; pero, una sombra negra vino á atravesarse en mi camino, desbaratando mi dicha!

—Acaso Ricardo...—esclamó Magdalena con pena.

—No, Magdalena, Ricardo me amaba, no fué él la causa de mi desventura, sino Alberto...

—Alberto!.. aquel jóven que cuando tu tenías quince años, te cortejaba?

—Él mismo; cuando yo tenía esa edad, recordarás qué nos amabámos, ó creíamos amarnos, porque aquello no fué más que una ilusion de niños; yo no he amado más que Ricardo, ese ha sido y será mi último amor!...

Flora se detuvo y ocultó el rostro entre sus manos, bañado en lágrimas.

—Valor!—esclamó Magdalena atrayendo junto á ella la rubia cabeza de su amiga—quién sábe, mi Flora, si é no te ama aun! confia en Dios que te devolverá la perl dida calma!

—Oh! si, yo confío, y la esperanza me alimenta porque...pero no quiero anticipar las cosas; sigo contándote mi desventura.

Como decía, cuando tenía quince años creí amar á Alberto, pero despues me convencí que aquello no era más que una ilusion.

Sin embargo, todos, como yo, se engañaban, y hasta mi padre creía que era un verdadero cariño la afeccion que mediaba entre Alberto y yo.

Tu eras mi confidente, Magdalena amada, nada te ocultaba á tí, y tu conoces todas las circunstancias de aquel capricho de niños.

Criada desde mi más tierna edad por mi padre, pues, como sabes, haíba tenido la desgracia de perder á mamá cuando era muy pequeña, el autor de mis dias habia educado mi alma para el bien, y sembrado en mi corazon las fructificadoras semillas de la virtud; pero, apesar de esto, el cuidado y solicitud cariñosa de mi querido padre no podía suplir á la prevision de una madre, que, como guardiana natural de la familia, adivina los pensamientos de sus hijos y es la mejor consejera para guiar sus primeros pasos; mi padre, como hombre, no podia estar en todos esos pequeños detalles que forman la existencia dorada de una niña de quince años, y por lo tanto, yo, aunque guiada siempre por los rectos principios que mi padre había inculcado en mi alma, no vacilaba en escribir á Alberto, manifestándole continuamente la sinceridad de mi cariño; tu veías aquellas cartas tan sencillas é inocentes, que ningun mal creíamos pudieran hacerme; pero yo era muy niña y tu tambien, y por lo tanto sin experiencia de las maldades del mundo, ni malicia de sus infernales maquinaciones. Así las cosas, Alberto consiguió de mi

complacencia un rizo de mis cabellos que, unido á mis cartas, más tarde habían de ser la arma mortífera que arrebatára mi dicha.

Pasó un año de esto, mi padre demostraba gran contento por estos amores y deseaba mi union con Alberto, pues te diré en honor á la verdad, que ni él ni yo sabiamos lo que era este:—no tardamos sin embargo en conocerlo, Alberto se mostró á nuestra vista tal cual era, es decir un hombre vicioso, entregado al juego y á las pasiones mas ruines.

Mi padre creyó que aquel descubrimiento iba á aflijirme y quizá á serme fatal, pero no fué así; no amaba á Alberto, aunque creía amarle y fué entónces que me convencí de mi error.

Mi padre se regocijó de mi indiferencia, y prohibió á Alberto que volviera á poner los piés en nuestra casa.

Alberto se retiró furioso, amenazando vengarse; yo lo compadecí sin dar valor á aquella amenaza por que nada temía; mi conciencia no me acusaba.

Sin embargo, Alberto era capaz de todo; una parienta suya me enteró de la vida borrascosa de aquel, y me aseguraba que no retrocedía jamás para hacer el mal; agregando que una tia de él, la que le servia de madre, no omitía sacrificios por tal de traer á la senda del bien á aquel jóven más desgraciado que despreciable; pero, que todos los esfuerzos eran vanos, porque Alberto seguía en su fatal carrera, sin que mano alguna pudiera detenerlo.

Yo seguí viviendo tranquila; creí que la maldad de Alberto no podía llegar hasta mí.

Así las cosas, ví á Ricardo un dia, y mi corazon latió de un modo dulce y nunca conocido.

Ricardo se hizo presentar en casa; y desde entónces una existencia feliz meció mi corazon en ondas de luz y amor.

Ricardo me amó con intensidad, y entónces comprendí que aquel era mi primer ámor, pues las impresiones que sentía me hacían tan feliz como nunca lo habia sido.

Al cabo de seis meses, Ricardo convencido de mi cariño, y amándome con toda su alma, obró como todo caballeró que lleva fines nobles; pidió mi mano á mi padre, y la boda quedó designada para de alli á dos meses.

Esta noticia debió llegar á oidos de Alberto, y creyó sin duda llegada la hora de obrar.

Una tarde que fuí á visitar una amiga, me encontré con él en casa de ella; lo saludé con serenidad porque todo lo que habia mediado entre ambos estaba borrado de mi memoria.

En mi corazon solo la imágen de Ricardo moraba.

En casa de aquella amiga, habia otras personas reunidas, y Alberto, aprovechando un momento oportuno, se acercó á mi tratando de que su semblante no demostrase á los demás lo que en voz baja me dijo:

—Flora, sé que Vd. se casa, pero yo tengo en mis manos el medio de estorbar ese casamiento...

—Vd!—le contesté, mirándolo con indignacion y sorpresa —¿Y qué derecho tiene Vd. para estorbar mi casamiento? qué medios son esos de que Vd. habla?

—Oh! sus rizos y sus cartas!—dijo con una sonrisa infame.

—Mis cartas, mi rizo!—repetí yo tranquilamente—puede Vd. mostrarlos á todo el mundo, ningun mal me hacen; mis cartas solo demostrarán la cándida sencillez de un corazon de quince años! cuando mediaron aquellas cartas creí amar á Vd. pero luego me convencí que estaba en un error...

—No prosiga Vd.,—me dijo Alberto con una espresion estraña—conozco su inocencia, y nadie mejor que yo, ha podido apreciar su virtud acrisolada, y la pureza de sus actos y candidez de sus palabras, pero, yo la amo á Vd. Flora, y estoy dispuesto á atropellar por todo para conseguir mi objeto, que es el que Vd. no se case con Ricardo.

Hice un movimiento como para dar fin á aquella conversacion enojosa, pero me contuvo con estas palabras:

—Las cartas que de su puño y letra poseo en mi poder, pueden hacerla muchísimo daño; Vd. con su inesperiencia ha puesto en mis manos una arma que puede acabar con su dicha presente y futura; si, esas cartas impremeditadas en las que el descuido y la falta de experiencia de su edad, han puesto frases que, tomadas en mal sentido, pueden considerarse como una prueba de relaciones demasiado sérias entre Vd. y yo...

—Oh!—esclamé yo con terror—pero Vd. sabe Alberto, cual han sido nuestras relaciones; Vd. no hará mal uso de unas cartas escritas por la inesperta mano de una mujer tan niña, que ni sabía lo que decia...

—De Vd. depende que haga ó no uso de esas cartas Flora! yo sé lo que Vd, vale; yo la amo, yo deseo hacerla mi esposa; renuncie Vd. al amor de Ricardo...

—Nunca! nunca!—esclamé con indignacion—Ricardo será mi esposo, porque me ama, y no dará oidos á la calumnia con que Vd. pretende infamarme!

El semblante de Alberto tornóso lívido, y conteniéndose me dijo con voz sorda:

—Vd. lo quiere, sea! Ricardo verá mañana mismo esas cartas, y apesar de todo el amor que le profesa, y de la confianza que tiene en Vd., al fin es hombre, y... ya verá Vd.!

—Oh!—esclamé con voz ahogada—Vd. no será tan malo Alberto; si Vd. me ama como dice, no debe ser esa su conducta, porque es indigna de un hombre de honor!

—Cree Vd. acaso Flora, que pretendo ser un hombre de honor? no, no lo soy; yo sé que un hombre honrado, si por casualidad conserva cartas de esta especie, de una mujer, que en su primer ensayo de amor, jóven é inexperta, ha escrito lo que no sentía, engañada por una ilusion, sin comprender lo que escribía, cuando esa mujer se casa con otro, quema aquellas cartas y cabellos, para evitar que por malevolencia pudieran hacerse un infame uso de tales pruebas aparentes, pues el materialismo de las ideas modernas, dá á las cartas inocentes del primer amor de la mujer, dictadas generalmente bajo la influencia de ilusiones seductoras, cierto sabor que, probado por un marido ó futuro, puede serle muy amargo, hasta el punto de desbaratar por completo su dicha; todo esto lo sé, pero yo no soy un hombre de honor, sino un infame, si Vd. lo quiere, dispuesto á todo por tal de evitar su union con ese hombre... mas Vd. puede detener los males, con solo decir una palabra, puede conjurar la tormenta; ámeme Vd. y...

—Nunca! nunca!—esclamé con vehemencia,—y apartándome de aquel hombre que me causaba horror, me reuní con mis amigas, tratando de disimular mis dolorosas impresiones.

Al dia siguiente por la tarde esperaba á Ricardo; mi corazon latía con fuerza, como anunciándome una desgracia; me hallaba al estremo del jardin, y oculta entre los arbustos, investigaba el camino con anhelosa mirada; á poco ví venir á Ricardo con semblante risueño, caminaba apresuradamente como deseando llegar cuanto ántes á mi casa, faltábale solo media cuadra, pero en aquel momento fué detenido por Al-

berto, que con modales atentos pareció pedirle que lo escuchara.

Yo palpitante, temblorosa, tuve que apoyarme junto á un árbol, temía caer al suelo; sin embargo, dominé la emocion que me embargaba, y traté de no perder de vista el semblante de Ricardo el cual distinguía perfectamente.

Alberto entregó á Ricardo un paquetito, y conduciéndole bajo un árbol, pareció le pedia, que se enterase del contenido de aquel paquete ántes de continuar su camino.

Ricardo tomó el paquete con estrañeza y mientras lo abria, Ricardo desapareció.

Oh! no podré nunca olvidar aquella escena que contemplé con el corazon destrozado desde mi jardin!

Ricardo leyó todas las cartas mias, que contenía el paquete que Alberto le había entregado, y en una de sus manos, ví un rizo de mis cabellos; mis ojos no se apartaban de aquel rostro tan querido para mi corazon; Ricardo terminó la lectura y... ocultando su rostro entre las manos, lloró... si, lloró, é hincando una rodilla en tierra dirijió una mirada intensa hácia nuestra casa, como dándole un adios tierno y desesperado, luego se levantó, y recogiendo todas las cartas, incluso el rizo, se alejó rapidamente no sin dirijir una última y desconsoladora mirada hácia mi casa.

Oh! Magdalena, al ver que se alejaba aquel sér á quien yo tanto amaba, sentí un dolor horrible en el corazon como si me lo arrancáran de raiz; quise llamarlo, correr háeia él, pero me sentí embargada por el dolor, y al verlo alejarse cada vez más, comprendí que con él se alejaba mi felicidad y lo que más amaba, y dando un grito sofocado, caí sin sentido sobre las flores del jardin!

Tres meses estuve entre la vida y la muerte, postrada en el lecho; al fin pude levantarme, pero completamente desconocida.

Ricardo había desaparecido del pueblo, y nadie sabia dar razon de él; el miserable Alberto, autor de mi desdicha, tambien había huido.

Al contemplar mi desventura, comprendí hasta que estremo puede conducir la impremeditacion de una niña inocente; jamás había faltado á mis deberes, pero la inexperiencia de mi poca edad, había servido no obstante, para armar á un amigo en contra mia.

Pedí fuerzas á Dios, y El no me abandonó; mis fuerzas se restablecieron, pero una tristeza profunda bañaba mi corazon, no dándole lugar para disfrutar un momento de tranquila paz, ni de bien estar.

Yo seguia amando á Ricardo, rezaba por él todos los dias, y pedía á Dios en mis oraciones que lo restituyera á mi corazon, amante y tierno como ántes. Alentada por la esperanza de verlo algun dia, de volver á gozar de su cariño, mis dias corrían esperando y anhelando siempre.

A los cuantos meses de estos acontecimientos algunas circunstancias estrañas hiciéronme esperimentar fuertes impresiones; varias veces al volver por la noche á casa, apoyada en el brazo de mi padre, me parecía ver una sombra que se deslizaba á lo largo del jardin; mi corazon latía con fuerza, y seguía con la vista aquella sombra que turbaba de tal modo mi espíritu; otras veces, al atravesar una calle de árboles, creía percibir trás los árboles, leves pisadas que me indicaban que no estaba sola; y por último comenzó á aparecer en mi ventana, todas las mañanas ramos de violetas, cuyo perfume me hacía recordar épocas muy dichosas. Toco aquello me preocupaba, y y el nombre de Ricardo acudía á mis labios á cada instante.

Ricardo amaba las violetas, y cuando estabamos de novios, todas las mañanas me enviaba un precioso ramo; así pues la vista de aquellas flores que comenzaron á aparecer todas las mañanas en mi ventana me hacían esperimentar dulcísimas impresiones.

Indagué, pregunté si alguien habia visto en el pueblo á Ricardo, pero me contestaron negativamente.

La tristeza seguía minando mi existencia, y la idea de que podiá no ser Ricardo el que depositaba aquellas flores en su ventana, llevó á mi alma un desconsuelo terrible.

Muchas veces, sentada en un banco del jardin entregada á mis tristes reflexiones, dejaba correr mis lágrimas murmurando el nombre de Ricardo, cien veces amado para mi alma; no sé si fué una ilusion de mis sentidos, pero, más de una vez creí percibir cerca un leve suspiro, que llegaba hasta mi de un modo vago, envuelto en las perfumadas emanaciones del jardin; entónces sentía miedo; á nadie veia cerca de mi; corría á refugiarme en mi aposento, y

al acercarme á la ventana, creía percibir otro suspiro que llenaba mi alma de confusion.

—Ah!—pensaba muchas veces—si *él* me ama volverá; si, volverá, el corazon me lo dice; Dios iluminará su alma, y le hará ver que su Flora es digna de él.

Hasta hoy no ha vuelto—sin embargo, los ramos de violetas aparecen todas las mañanas en mi ventana, y en mis paseos, las sombras continúan deslizándose en el jardin, suspiros ténues llegan hasta mi, conmoviendo todas las fibras del alma!....

Flora se detuvo aquí, enjugando sus lágrimas, y estrechando con fuerza la mano de Magdalena, esclamó:

—Ya vés, Magdalena, si yo tambien he sufrido!

—Oh! sí, mi pobre amiga, has sufrido mucho, pero s no me engaño la dicha pronto te sonreirá....

—En que te fundas, Magdalena? acaso por los ramos....

—No solamente por eso, algo te diré que alegrará tu corazon; esperaba que concluyeras tu relato para comunicártelo....

—Oh! dime, por ventura...lo has visto?..

—Sí...y no...

—Cómo! esplícate por Dios, Magdalena!....

—Escucha: ayer de mañana, antes de penetrar en el pueblo, distinguí á un hermoso jóven apoyado en un árbol, —apesar de estar de espalda me pareció ser...

—Quién?...

—Ricardo!

—Ricardo!...oh! continúa!—Flora se había puesto de pié y parecía que su sentencia de vida ó muerte pendía de los labios de su amiga.

—Sí, me pareció Ricardo; al sentir mis pisadas se volvió con sorpresa, y al reconocerme, se ocultó tras los árboles,...

—Y tú, qué hiciste?

—Yo...nada, continué mi camino, porque no estaba del todo segura si era Ricardo, si efectivamente fuera él, está bastante desfigurado; delgado, pero siempre hermoso, y de elegante figura.

Flora con la vista fija en el rostro de su amiga, parecía estar soñando.

—Ricardo!—murmuró—él aquí! y porque me huye, porqué se oculta? ah! no me ama!....

—Vamos, tonta, no te aflijas así! quién dice que no te quiera? porqué, en vez de creer esto, no supones que teme presentarse ante tí?

—Qué teme! porqué? no sabe, acaso, que yo le amo?

—Oh! quizá crea que te hallas ofendida por su brusca desaparicion; sin haberte oido antes, sin pedir una esplicacion...

—Si alguna culpa ha tenido en esa conducta, ya la he perdonado; su vuelta y su amor puede rezarcir el mal que me ocasionó aquella precipitada resolucion...

—No lo dudes, él teme, pero impulsado por su amor, no podrá resistir, y vendrá hasta tí!

—Dios te oiga!—murmuró Flora con su hermoso semblante animado,—no puedes imaginarte lo distinta que me siento desde que me has revelado que él está aquí!

—Bien le comprendo—lo amas, y te sientes feliz con que respira esta misma atmósfera...feliz tú!...

—Oh! perdóname, Magdalena amada, he sido egoista, abstraida con mis sentimientos, he olvidado por un momento los tuyos; cuánto anhelo el dia de mañana para conocer tus penas y poder consolarte! pero...una sola pregunta ahora, Magdalena mia, mañana me revelarás lo demás—díme: tu esposo vive?

—Oh! Flora, vive, si, pero lejos, quien sabe si nos volveremos á ver!...

—Qué dices!...

—Flora...soy muy desgraciada!

Las dos amigas abrazadas, derramaron abundantes lágrimas,y guardaron silencio por algunos momentos.

—Magdalena,—dijo Flora separándose blandamente de su amiga—tu salud requiere descanso; reposa el resto que nos queda de noche, y así recuperarás las fuerzas, de lo contrario quién sabe si mañana podrias revelarme tus secretos.

Magdalena inclinó su hermosa cabeza sobre los almohadones del lecho, dispuesto á complacer á su amiga, pero, antes dijo:

—Tú tambien descansarás, Flora; de lo contrario no podria yo entregarme al sueño reparador que deseas.

—¡Oh, no! yo velaré junto á tu lecho, apoyaré mi cabeza

en tu misma almohada aunque sea imposible entregarme al sueño por esta noche, despues de saber que Ricardo está aquí!...

Flora al decir estas palabras estrechó de nuevo entre sus brazos á su amiga, y sentándose á la cabecera de su lecho, apoyó su rubia cabeza junto á la de Magdalena, y así se dispuso á velar el sueño de su amiga, como el ángel tierno del consuelo.

CAPITULO III.

Continuacion del anterior

A la mañana siguiente, Flora y Magdalena, apoyada esta en el brazo de aquella, se dirijían ambas al jardin de la casa, con paso lento y melancólico.

Magdalena iba á referir á su amiga las dolorosas aventuras de su vida durante aquellos tres años que habia faltado del pueblo. Su corazon oprimido, hacíale vertir lágrimas silenciosas, al traer á su memoria aquellos recuerdos que tanto la hacían sufrir.

Flora profundamente afectada, al ver el estado de su amiga, no acertaba á dirijirle la palabra, temerosa de agravar aquellos dolores, con penosos recuerdos; por esto ambas caminaban mudas y tristes, abismadas en sus reflexíones.

Al llegar á una calle de árboles de acacias, detúvose Magdalena junto á una tupida enredadera de madre-selvas y jazmines, que formaban con sus ramas un pabellon delicioso por su perfume y frescura.

Tomaron asiento, las dos amigas, en un banco de madera rústica, que habia bajo aquella cortina de flores.

Magdalena paseó la vista en torno suyo, y luego, dando un suspiro doloroso esclamó:

—Delicioso sitio! cuántas veces he recorrido, en tu compañía, amada Flora, este jardin, pero en qué épocas tan distintas!...

—Tánto has sufrido, mi pobre amiga?—preguntó con cariño, Flora.

—Oh! si, mucho, pero tu juzgarás mejor por lo que voy á referirte.

Magdalena guardó silencio por algunos instantes, como si quisiera reunir en su mente todos los hechos que iba á comunicar á su amiga.

—Recordarás, Flora mia,—dijo Magdalena, empezando su relato—que ántes de estos tres años en que hemos estado separados, estaba de novia con Luis A... que despues fué mi esposo.

Mi padre se oponía á nuestro enlace, conociendo el carácter de Luis, y no cesaba de decírme que sería desgraciada en su compañia; pero yo amaba á Luis con todo el entusiasmo del primer amor, y creía que solo en su union podria ser feliz.

Don Leandro, tu buen tio...

—Mi tio!—interrumpió Flora—dime, Magdalena, y perdona que te interrumpa; ¿qué es de mi tio? hace un año que no se sabe de él.

—Ese mismo tiempo hace que yo dejé de verlo... ignoro que es de él...

—Continua, amiga mia!

—Decía que tu tio, Don Leandro, me aconsejaba diese al olvido el funesto amor de Luis; diciendo que este haría mi desdicha, agregaba que Luis era un jóven de conducta desarreglada, de caracter voluble y sin enerjía moral, que era uno de esos séres que caminan por el sendero de la vida, sin cuidarse de la direccion que llevan.

Don Leandro unía sus esfuerzos á los de mi padre, y se empeñaban ambos en apartarme del abísmo; pero, fatalmente ciega, no atendía sus razonables consejos; amaba á Luis, y sola veía en él sus buenas cualidades, negándome á reconocer los defectos y vicios que se le atribuían.

Ofuscada por mi amor, dí un paso atrevido y resuelto, abandoné el hogar de mi padre y entregué mi mano á Luis A...

Yo me decía si los vicios existen, mi amor los hará de-

saparecer. En tan inmenso amor que profesaba á mi esposo, habíame vuelto sorda á cuanto pudiera serle desfavorable.

Oh! qué fatal ofuscacion!

Mi padre, mi pobre y anciano padre, cayó enfermo de dolor, desesperado por aquel golpe inhumano que le diera esta hija á quien él había amado tanto!

Oh! fuí una mala hija porque desobedecí á mi padre, pero núnca dejé de amarle y respetarle, y al dar aquel paso no debí estar en mi juicio, no!...

Don Leandro, tu buen tio, ántes de mi matrimonio habia hecho cuánto era posible por separarme de la senda que yo me trazára; no lo había conseguido, y aflijíale el porvenir que me esperaba.

Era muy jóven aún para comprender toda la gravedad de aquellos temores.

Quince dias despues de nuestro casamiento, Luis pretestando un negocio urgente se ausentó para la ciudad, prometiendo volver, cinco dias despues...

Aquella inesperada partida llenó mi alma de sombras, me había figurado que Luis, una vez casado, dejaría de viajar con la frecuencia de soltero, ó que si lo hacia me llevaria en su compañia; pero no fué así; no tuvo la suficiente paciencia para esperar mucho tiempo, á los quince dias de casado se ausentó solo para la ciudad...

Durante la ausencia de Luis no cesaba de llorar; el corazon me anuciaba que los desengaños iban á empezar.

Transcurrieron al fin aquellos cinco dias fatales, que para mi fueron cinco siglos, y...Luis no volvía! esperé el sexto, nada! ni siquiera una línea para consolarme de aquella estraña ausencia!

Mi corazon gemía de dolor, y mi espíritu aflijido no daba treguas á su amargura!

Al cabo ds ocho dias mortales, recibí recien cuatro líneas de Luis.

En aquella cruel carta. mi esposo me decía, que negocios urgentes lo retenían en Buenos Aires, á su pesar, que probablemente no terminarian en quince dias más, y que por lo tanto, no lo esperase hasta entónces; aconsejábame que tratára de divertirme, pasear y distraerme, á fin de pasar lo más gratamente posible aquellos dias de espera.

Al terminar la lectura de esta carta tan cruel, que vino á descubrir el cuadro de mi desventura, perdí el sentido. No sé cuánto tiempo permanecí así pero al volver del desfallecimiento me hallé tendida en mi lecho y distinguí á la cabecera de él á tu anciano tio que me contemplaba dolorosamente conmovido.

—Don Leandro!—articulé entre sollozos—soy muy desgraciada!...

—Hija mia,—dijo el anciano con voz balbuciente por la emocion—tu tienes la culpa, no quisiste oir mis consejos, ni los de tu pobre padre!...

—Dios mio! perdon...perdon, padre mio!—esclamé aterrada por aquellas palabras que revelaban la conducta ínfame de mi esposo, y el castigo de mi desobediencia.

—Magdalena,—me dijo Don Leandro—procura tranquilizar tu espíritu, porque en la agitacion en que te hallas, no puedes pensar, ni discurrir nada; vuelve, hija mia, al seno de tu hogar, pide perdon á tu padre de tu desobedencia, procura con tu cariño y cuidados, endulzar los últimos dias de su existencia; y espera allí, rogando á Dios y resignada la vuelta de tu esposo; tu ejemplo quizás influya mucho en su ánimo, y logres de ese modo atraerlo de nuevo á tí.

—Oh! no, Don Leandro,—esclamé dominada siempre por mi amor—no puedo esperar; iré á Buenos Aires, y veré cual es la causa que lo detiene allí; en cuanto á volver á casa de mi padre, jamás lo haré; la vergüenza me mataría, prefiero alejarme de aquí y buscar un rincon apartado donde devorar sola mi dolor y desventura!...

—Magdalena... tu deliras!—dijo Don Leandro con espanto—tu imaginacion exaltada y febriciente no está en disposicion de atender mis reflexiones, pero debo hacértelas; muchos como tú, creen desgraciadamente, que porque han dado el primer paso en la senda que há de conducirlos á un abismo de desventuras, ya no deben volver sobre sus pasos, y avanzando, se precipitan y caen, pudiendo haberse salvado: te dejo Magdalena, hasta mañana: medita mis palabras y tén en cuenta que lo que te aconsejo es tu felicidad, mientras que el camino que pretendes seguir, es el de la desgracia; adios! y que *El* te ilumine!

Retírose Don Leandro, dejándome sumida en mis reflexiones, á cual más amarga y desconsoladora.

Por desgracia, tú, mi Flora, te hallabas ausente de San Ramon; habias ido á pasar una temporada en un establecimiento de campo, distante de aquí.

Me faltaban tambien tus consuelos, y esto aumentaba mi dolor y desesperacion.

—¿Porqué, entónces, no me llamaste?—dijo Flora estrechando las manos de su amiga—ah! si yo hubiera sabido lo que pasaba, habría volado junto á ti!

—Lo sé, querida Flora, por eso mismo quise que todo lo ignoráras, habrias sufrido junto conmigo.

Continúo...

A la caida de aquella tarde, hallándome sentada en un banco de mi jardin, me entregaron una carta con sello de Buenos Aires; al principio creí fuera de mi esposo, pero luego, bien pronto me desengañé cruelmente: era un anónimo...

Aquel anónimo me hizo el efecto de un rayo...

Aunque las dudas me atormentaban respecto á la conducta de Luis, el amor que le profesaba dejaba en mi corazon un resto de esperanza; quizá me equivóque decía, en mis reflexiones, quizá las apariencias le condenen; pero, aquel anónimo vino á hundir hasta lo último el puñal, cuya punta tenia clavada en mi pecho.

Decíanme que Luis me era infiel; y que para convencerme de ello fuera á Buenos Aires, y que allí veria confirmada esta denuncia; indicábaseme calle y número, y se me reiteraba con instancia que partiera en el acto para asegurarme de la verdad, y conocer la vida culpable y bochornosa que llevaba mi esposo...

Aquel golpe terrible acabó de anonadarme, mas apesar de todo, en el fondo de mi alma, disculpaba á Luis, y me esforzaba por no verlo tan culpable como se quería que lo viese; la mujer siempre es noble y generosa con aquel á quien ama; y yo, apesar de todo, creía á Luis incapaz de cometer tanta infamia, como aquella delatora carta demostraba.

En aquel instante apareció Don Leandro: sorprendióme su presencia porque había quedado en volver al siguiente dia.

—Magdalena,—me dijo—cruzando por ahí, junto á la verga del jardin, he visto que te han entregado una carta, y he notado la fuerte y dolorosa impresion que ella parece haberte causado: me permitirás, con el derecho que me dá el

cariño paternal que te profeso, interrogarte sobre las causas de esta nueva agitacion, en que te encuentras?

Alarguéle en silencio el anónimo.

Don Leandro lo leyó con desagrado, y luego estrujando el papel entre sus manos esclamó con íra:

—Miserables! gozarse en hacer mal á una infeliz criatura!...

Calló luego, y al cabo de un breve instante me dijo:

—¿Qué piensas hacer, hija mia? ¿crees tú lo que esta carta dice?

—No sé, Señor, creo y dudo al mismo tiempo, estoy en una alternativa horrible, durísima, he resuelto salir de dudas á todo trance.

—Cómo? insístes en ir á Buenos Aires?

—Ay! de mi, veo que es mi único recurso—dije abatida y derramando lágrimas.

—No tal, tu deber es otro; tu felicidad, Magdalena, está aquí, porque aqui ha de volver él, tarde ó temprano; allá está tu desdicha! sigue mis consejos y no te dejes guiar por los primeros impulsos de tu corazon afligído.

—Perdóneme, Don Leandro—le dije,—estoy decididamente resuelta á hacer ese viaje, aunque para ello tuviera que vencer las barreras mas formidables!

—Magdalena, por Dios! por el amor de tu mismo esposo, míra que camínas á tu perdicion; al emprender ese viaje provocas el enojo de Luis, pues lo haces sin su consentimiento; en vez de conseguir algo, lo perderás todo!

Ah! nada quería escuchar! los celos me enceguecían.

Una vez, aunque sin comprenderlos bien, leí estos sublimes consejos:

«Deplorable es que los celos debiliten el ánimo y quiten la «facultad de reflexionar, porque á no ser así, las desdichadas «mugeres heridas por esa pasion podrían conjurar el mal en «vez de acrecentarlo, entregándose á los extremos de un vio«lento dolor.

«Oid, las que sufrais ese tormento, decia, el consejo de «una amiga vuestra; no os quejeis demasiado, no hagais del «llanto vuestra ocupacion contínua, no deis al mundo el «espectáculo de vuestra pena, ocultad, porque si os es posible, «vuestros lamentos, vuestras lágrimas, vuestro dolor, no es «probable que os ganen de nuevo el corazon que hayais «perdido.

«No intenteis tampoco vengaros, aconsejadas de vuestro «despecho, pagando desvío con desvío é infidelidad con infi«delidad: entónces perderíais tambien lo único que puede ser«viros de consuelo; perderíais la paz de la conciencia y el «derecho de levantar la frente límpia de toda mancha.

«Una suave y digna resignacion, una conducta irreprensible «y decorosa, una firmeza noble é igual en los modales y una «prudente reserva en la vida íntima, quizá os devuelvan el «sitio que es vuestro en los corazones que hayais perdido,

«Nada de quejas, nada de lágrimas, nada de súplicas; no «seamos ni víctimas ni verdugos, porque es tan degradante «y tan odioso lo uno como lo otro.

«El hombre ha nacido libre, y libre debe vivir. Conquistad «el corazon de vuestros esposos, no con la virtud ceñída, sino «con la virtud dulce, con la bondad, la tolerancia.

«Para impedir sus estrávios no teneis mas medio lícito que «imperar en su corazon.

«Y si os ofende, sed templadas y generosas.

«No rechaceis con dureza al que os ofendió cuando cs dé «alguna muestra de arrepentimiento, por lijera que sea no os «vergonzeis de él cuando la sociedad ló arroje lleno de amargu«ras y decepciones.

«No pidais al hombre mas de lo que puede concederos; no que«rais violentar sus gustos, sus sentimientos sus inclinaciones·

«Respetadle al mismo tiempo que le amais; pero sabed haceros «precisas á su bienestar, á su dicha, á su vida doméstica, que «es la sola ciencia y el gran talento que débe ostentar la muger.»

Ah! yo no quise servirme de tan bellos consejos aunque siempre los retuve en la memoria!

Don Leandro tratando de hacerme desistir, me dijo:

—Tú quieres ir á Buenos Aires ¿y qué harás allí sola. en aquella gran ciudad sin conocer á nadie? La inocencia no sabe prevenirse contra los ataques de la perversidad. Jóven, inesperta y hermosa, correrás grandes peligros y te verás á cada instante rodeada de dificultades. Sufre con paciencia Magdalena, y no abandones estos lugares que sabrán guardarte siempre buena y siempre pura.

«Quién busca felicidad completa en el mundo, busca una vana quimera. La mujer particularmente, no ha venido aquí á gozar, sino á participar de la cruz de Jesucristo, á llevarla como él resignadamente hasta el Calvario, para imitarle tam-

bien en su resurreccion triunfante y gloriosa. Jesucristo que no quiso defenderse de sus enemigos con la espada, que sufrió con paciencia los sarcasmos de sus verdugos, que espiró en un suplicio ominoso, venció sin embargo, y por vencedor le proclama el éco de muchos siglos. Veneró por amor, venció por la abnegacion, venció por la caridad y por las lágrimas. Pues bien: hé ahí la victoria á la cual debe aspirar la mujer; hé ahí cuales son las únicas armas que le es dado esgrimir y el seguro triunfo reservado á sus afanes.

« No apartes nunca tus ojos del santo crucifijo, y él te dará valor para luchar en la desigual batalla de la vida. Tu marido te desprecia: muéstrale que tienes una alma noble y digna; muéstrale por tus acciones cuán acredora eres á su respeto y á su consideracion. Por más que se diga, el diamante siempre es un diamante. Puede el vulgo admirar el vidrio primorosamente tallado y esculpido por un hábil artífice; pero el vidrio se quiebra pronto, y el diamante no perece nunca. Las olas de la mar se arremolinan en perpetuo giro, y arrastran en pos de sí las piedras y las hojas, para sepultarlas en su abismo; pero retroceden ante la fuerte roca y acaban por besarla humildemente. » (1)

Tu presencia en Buenos Aires, solo conseguiría irritar á Luis; permenece en tu hogar, que tarde ó temprano tu ejemplo de mansedumbre y dulce resignacion atraerán á tu esposo.

Dedícate á practicar con santa diligencia todos tus deberes y aguarda confiada el dia de la justicia.

—¡ Oh no, señor! —esclamé llorando con amargura,— siento en el pecho un fuego que me abraza...fuego que se comunica á mi cerebro, que arde con el calor de la fiebre...oh!—proseguí exasperada, debo aproximarme á Luis para enrostrarle su criminal conducta, y si no consigo atraerlo de nuevo á mi lado...no sé...no sé lo que haré !...

—Magdalena ! Magdalena! qué pretendes ?—dijo D. Leandro con espanto.

—Señor...nada !— contesté confusa por haber dejado traslucir mis ideas.

Don Leandro me miró con fijeza, y luego dijo:

—Ya que persistes en ir á Buenos Aires, permite que yo

(1) Angela Grassi

te acompañe, y pueda servirte de escudo en los peligros que te rodearán...

—Oh! nó,— esclamé, derramando nuevas lágrimas, iré sola; le ruego D. Leandro que nó se separe de mi anciano padre, él necesita de sus cuidados, y con sus consuelos podrá hacerle más llevadera la dolorosa existencia que su ingrata hija le ha pre parado en su fatal ceguedad!.,..

Los sollozos me ahogaban, y no pudiendo continuar guardé silencio.

Don Leandro me contempló con dolor, y enjugando dos gruesas lágrimas que rodaban por sus rugosas mejillas, me dijo con voz apagada:

—Bien; Magdalena, he cumplido con mi deber, ya que no puedo dominar con mis consejos tu estraviada razon, me retiro, y te dejo en plena libertad. Puedes hacer lo que quieras; yo cuidaré de tu padre..,.y que Dios vele por tí!

El buen anciano estrechóme las manos en silencio, y con paso triste y lento salió del jardin y luego de la cása...

CAPITULO IV.

—

Luchas—El pecador arrepentido

—

A la mañana siguiente emprendí mi viaje, llegando á Buenos Aires por la noche.

Me alojé en un Hotel. Llevaba algun dinero como para subsistir un corto tiempo en aquella ciudad.

No pude esperar hasta el siguiente dia. Aquella misma noche indagué el paradero de mi esposo, pues lo ignoraba. Formé ía idea de ocultarle mi llegada, esperando el momento oportuno.

Desde aquel instante empezó para mí una vida de martirio no interrumpidos; fuí testigo ocular de muchas faltas de mi esposo

que hasta entónces había creído imajinarias; presencié aquella vida libertina y borrascosa, y mi corazon, hecho pedazos, lloró lágrimas de sangre; un consuelo me quedaba sin embargo; aun no estaba convencida de la infidelidad de Luis; su pasion más fuerte parecía ser el juego, al que se entregaba de la manera más vergonzosa.

Aflijida, pensaba; será posible que por el juego me haya olvidado? oh! siquiera me cabe la satisfaccion de que no ama á otra mujer!

El juego. . . vicio detestable y repugnante, orígen de tantos males. . . ah! si yo pudiera apartarlo de esa senda!. . .

Presentéme un dia de improviso á mi esposo, con la idea de llevar á cabo un plan perfectamente concebido y preparado, segun mi opinion.

Creía dominado á Luis únicamente por la pasion del juego y sus vicios inherentes, pensé que mi aparicion inesperada obraría un milagro en el ánimo de mi esposo, creí que me recibiria con cariño, y que en los trasportes de nuestro amor, podría aprovechar la ocasion para hacerlec onocer lo ruin y vergonzoso de ese vicio denigrante, podría apartarlo de la senda tenebrosa.

Pero, oh dolor!. . . Luis me recibió friamente, y hasta se negó á escucharme. Mis quejas y recriminaciones le irritaron, y despechado de que hubiera descubierto sus faltas, no me guardó el respeto ya debido, á que había sido acreedora hasta entónces, segun el, por mi conducta resignada, y haciendo pedazos todas las vallas de la delicadeza, del honor y de la dignidad, declaróme que me era infiel, y que no me ocupára más de él.

Temblé de dolor, y sentí que una nube oscurecía mi frente y que mi corazon estallaba de dolor. . .

Salí de aquella casa maquinalmente, andaba sin direccion, cuando sorprendida me hallé frente á frente con Don Leandro, quien al verme, fuera de sí, esclamó estrechando mis manos:

—Magdalena, aquí estoy yo, vén conmigo, no es este tu lugar, vuelve al pueblo;—allá te espera un padre que te ama te perdona!. . .

—Oh! nó, déjeme Vd.—esclamé trastornada por el dolor—quiero morir junto á él!. . .

—Pero Magdalena, es posible eso? qué camino piensas seguir?

—El que mi fiero destino me ha trazado!—contesté, con sordo dolor.

Y separándome de Don Leandro con brusco ademán, alejéme precipitadamente.

Rogaba á Dios y oraba tratando de calmar la agitacion de mi espíritu; pero la paz no tornaba á mi corazon!

Apesar de verme despreciada por mi esposo, no cruzó por mi mente el pensamiento de serle infiel. Jamás faltaré á mi deber; seré desgraciada pero no culpable, mi frente conservará siempre la pureza de la virtud. Si algun dia Luis vuelve hácia mí, hallará la misma Magdalena que amó. Las faltas del esposo no autorizan jamas á la muger para delinquir.

«Es cierto que los hombres emplean mil seducciones para triunfar de la muger pero es cierto tambien que Dios, la naturaleza y la sociedad la han provisto de armas para que pueda defenderse. Dios, revelándola su sublime decálogo; la sociedad, enseñándole desde la cuna cual es su deber, y mostrándole la virtud por único norte; la naturaleza colocando en su alma el pudor, sentimiento tan instintívo y tan fuerte, tan peculiar suyo, que es necesario emplear mucha violencia para vencerlo.

«Para vencer al pudor, es precíso un acto de voluntad, y la voluntad es libre, y las leyes castigan al que elije el mal pudiendo elegir el bien.

«Las costumbres establecidas deben ser para la muger una segunda religion, porque es la depositaria del honor de la familia, y sabe que el honor es frágil joya que se quiebra con el más leve empuje.» (1)

Estas ideas se hallaban fuertemente grabadas en mi alma, y supe mantener mi dignidad y conservar mi pureza no obstante las mil asechanzas y doradas tentaciones de que, como dijo Don Leandro me ví asediada.

No ofendí á Dios, á cuyos ojos nada hay más bello que la castidad y la pureza

Al poco tiempo de la entrevista que tuve con mi esposo, este se ausentó para Montevideo.

---

(1) A. Grassi.

Bien pronto tomé una resolucion; vendí las pocas alhajas que me quedaban, y con el producto de ellas me embarque tambien para Montevideo, siguiendo las huellas de mi esposo.

Traté todo el tiempo que pude de ocultarme de Luis más llegó por fin á descubrir mi presencia y desapareció de Montevideo, embarcándose con destino á un punto lejano, desconocido para mi...

Ah! mi esposo me huia!..Loca, desalentada me dirijí el mismo dia de su partida, hacía el mar, y arrodillándome á orillas,oré por corto tiempo, disponiéndome á sepultarme en el seno.

—Magdalena!...—esclamó Flora, tomando con sus dos manos la cabeza de su amiga y atrayéndola á sí—estabas en tí?

—Oh! nó, Flora, debí estar loca, pues de lo contrario no hubiera atentado contra mi vida, exitando el justo enojo de Dios!

Cuando ya iba á lanzarme al abismo, una mano vigoroza me detuvo con fuerza.

—Insensata!...qué haces!?...—gritó D. Leandro con dolor.

Di vuelta el rostro con terror, y al ver el severo semblante de D. Leandro; de mi buen protector, de mi generoso salvador, prorrumpí en amargo llanto, arrojándome en sus brazos.

El buen anciano me estrechó en ellos, y apoyando luego mi brazo en el suyo me condujo al Hotel donde paraba.

—Hija mia,—murmuró D. Leandro estrechando mis manos con paternal ternura—el camino de la vida esta herizado de espinas y necesario es caminar por él con el valor de la virtud. Para vencer es necesario combatir. Cuando se quiere retener un corazon que se escapa, solo se deben poner en juego los sentimientos nobles y elevados.

La salvacion ó la ruina pende de un solo instante, y aquel instante decide de la suerte futura de la vida de un modo irrevocable.

«Se debe obrar con tan esquisita delicadeza, que el ingrato esposo, al travez de las sombras que oscurecen su razon, se vea obligado á sonrojarse de su vileza, y á reconocer y admirar las virtudes de su noble compañera, porque si se consigue atraerle de nuevo, ya el imperio de la esposa sobre él será sólido y eterno, y si no se consigue, tendrá el inefable consuelo, el santo orgullo de haberse mostrado digna en medio de la desventura.

« La dignídad es la primera de las virtudes que debe ostentar una criatura formada á imágen y semejanza de Dios: sin ella no hay nada noble, nada elevado ni verdaderamente grande. (1)»

Yo escuchaba las palabras de D. Leandro, y sentia como si una luz fuera por grados iluminándome.

Don Leandro conocia todos mis sufrimientos, todas mis luchas, ah! y tambien conocia las asechanzas de que me rodeaba un hombre jóven, hermoso y distinguido!

Si, era perseguida tenazmente por un hombre. En todas partes lo veía y á todas me seguia.

Su aspecto era noble, su figura hermosa; y en sus ojos retratábase la pasion que fatalmente le habia inspirado.

Ah! aquel hombre siempre solícito, siempre presente á mis ojos, como el mas bello tipo del amor y de la nobleza de los sentimientos grandes y elevados, se habia atravezado en mi camino como el ángel tenador!

Síempre seré pura, me decia, si mi corazon latiera por otro afecto seria bastante fuerte para sacrificar mi amor en aras del deber!

« Ah! es cien veces horrible encontrarse perdida en el aprecio general, perdida en el testimonio de nuestra conciencia, no tener en medio del naufrajio mas que una tabla salvadora á la cual asirse, y ver desquiciarse esta tabla y hundirse en el abismo...

« Esta hora suprema nunca deja de sonar para la mujer culpable, como anuncio de la cólera divina en las relaciones criminales!»

D. Leandro comprendia mis luchas, sabía mis sufrimientos porque hacía las veces de mi ángel guardian.

Al siguiente dia de aquel en que atenté contra mi vida, recibí una abultada carta.

Me apresuré á abrirla y leí sorprendida el nombre de don Leandro, mientras qué cinco billetes de banco caían sobre mi falda.

Don Leandro me escribia y me enviaba dinero; ¿porqué no venia á verme?

Recorrí la carta de mi protector con creciente interés.

Me decia que en la neeesidad de ausentarse inmediatamente,

---

(1) Grassi,

no tenía tiempo para verme antes de partir, que no sabía cuándo podría regresar aunque esperaba que fuera pronto, y agregaba,— la vida, hija mía, no nos pertenece, solo Dios puede disponer de ella, no cometas un segundo atentado; consérvate para tu anciano padre; para tu descarriado esposo, y para tu propia felicidad futura, que pronto llegará. No desesperes Magdalena, me ocupo de tu bien. Admite ese dinero y con él vuelve al hogar de tu padre que no cesa de suspirar por tí.

Terminé de leer la carta de D. Leandro y me sentí enferma. Tantas luchas, tantos sufrimientos en tan corto tiempo!

Tuve que permanecer en Montevideo algunos dias, molestada por una intensa fiebre.

Al cabo de una semana recien me hallé en estado de poder hacer mi viaje á Buenos Aires.

Pero, ah! queria sustraerme de la persecucion de aquel que se habia constituido en mi sombra! de aquel hombre jóven y hermoso que veía en mis paseos solitarios, en la iglesia y en todas partes! Donde quiera que volvía los ojos había de verlo triste y silencioso, mirándome con secreta ternura, con intenso cariño! En su rostro se reflejaba el fuego interior de su alma sensible y noble! Ay! y mi esposo me abandonaba en medio del peligro!

Mi alma ávida de amor y de afectos, tenía que replegarse dentro de mi sér; tenía que permanecer huérfana y sola!... Debía conservarme buena y pura, no por Dios, no por la sociedad, no por la santidad del juramento; sino por la paz de mi alma!

Adúltera! terrible frase que sepulta á la mujer en un abismo infernal!

« Un paso solo en falso, un solo instante de error, y la mujer digna y de ideas rectas y elevadas se ve convertida en el más abyecto de los séres!

« El amor para la mujer casada, es un libro de novela que hay que arrojar lejos de sí antes de leer el primer capítulo; es una copa emponzoñada, que hay que apartar de los lábios sin probar ni una sola gota del líquido que contiene; es un árbol que hay que estirpar de raiz ántes que nos seduzca con sus preciosas flores...

« ¿Qué mujer casada, si es buena, habrá dado el primer paso, sin ser impelida y guiada por los móviles mas puros? Pero de aquel primer, si se quiere, inocente paso; depende el porve-

nir de su alma, porque pone el pié sobre la pendiente que la arrastra á pesar suyo hasta el abísmo. (1)»

Esperando el momento de no ser notada por aquel que se había atravesado en mi camino como una sombra funesta, partí de incógnito á Buenos Aires, siguiendo en parte los consejos de D. Leandro.

Pero ah! la vergüenza y el dolor de haber abandonado á mi padre, me enclavaron en Buenos Aires, sin atreverme á volver á mi pueblo natal.

Luchando con estos sentimientos, permanecí algunos meses oculta en la ciudad, sin tener noticias de los seres que eran tan caros para mi corazon.

Pero mi indecision debia tener término, Dominando mis temores y obligada por el recuerdo de mi padre, púseme en camíno llegando aquí recien ayer de mañana.

Ah! cuán tarde seguí los consejos de mi escelente protector don Leandro! . .

Mi padre habia bajado al sepúlcro bendiciéndome!...

Oh! padre de mi alma! tú que ves desde allá el arrepentimiento de tu Magdalena, envíale tu perdon y tu cariño!...

Las lágrimas impidieron continuar á la desventurada Magdalena.

Apoyó su frente en el seno de Flora y lloró convulsivamente.

La tierna Flora, derramando lágrimas ante aquel intenso dolor, guardó un elocuente silencio, y estrechando á Magdalena contra su pecho.

Ofrecian así, las dos amigas, un grupo dulce y conmovedor.

La enlutada y hermosa figura de Magdalena se destacaba, triste y majestuosa; sus negras y largas trenzas caían una hácia adelante, descansando cerca de la tierra.

La desdichada Magdalena enjugó sus lágrimas y alzó la frente bañada de tristeza y de dolor, disponiéndose á hablar de nuevo.

Pero en aquel mísmo instante, como movida por un resorte eléctrico, alzóse de su asiento y abriendo extremadamente sus hermosos ojos, estendió los brazos, esclamando por medio de un grito penetrante:

---

(1) Grassi.

—Luis!!... D. Leandro!...—y cayó en tierra sin sentido.

Flora sorprendida, miró á su amiga; sin acertar á dar un paso, y volviendo rapidamente la cabeza nada vió, pero sintió voces que se aproximaban pasos precipitados.

Flora estendió los brazos para recibir el cuerpo de su amiga que caia en tierra, al mismo tiempo que exhalaba una esclamacion de gozo al reconocer las personas que se acercaban.

Eran D. Leandro su tio, y Luis, el esposo de la infortunada Magdalena!

Luis y el anciano corrieron hácia la inanimada jóven y con auxilio de Flora trasladáronla á la casa.

D. Cárlos, el padre de Flora, que entraba de la calle en aquellos momentos, se detuvo sorprendido ante el cuadro que se ofrecía á mi vista.

Luis y Flora ocupábanse en hacer volver en si, á Magdalena, y Don Leandro á algunos pasos de distancia los contemplaba con enternecimiento.

—¡Leandro, hermano mio!—esclamó Don Cárlos abrazando á Don Leandro—tu por aquí? y tú tambien Luis? pero que ha pasado en mi casa durante mi breve ausencia?

—Nada, Cárlos; no he traído á ell un pecador arrepen tido!—dijo Don Leandro, estrechando á su hermano.

En aquellosinstantes, Magdalena entre abrió los ojos, miró con estrañeza en torno suyo, y luego como recordando lo ocurrido, buscó avidamente con la mirada á Luis; este se habia apartado del lecho en busca de agua para humedecer las sienes de su esposa, más al volver y ver los hermosos ojos de Magdalena fijos en los suyos, el frasco de esencia que traia eu sus manos se escapó de ellas cayendo al suelo hecho pedazos.

Luis se detuvo con temor, pero al ver que Magdalena le tendía los brazos, precipitóse en ellos, formando un lazo de amor al rededor del cuello de su esposa.

¡Sublime cuadro!

Luís y Magdalena unidos de aquel modo derramaban abundantes lágrimas, y todos los que presenciaban esta escena conmovedora, se sentian igualmente enternecidos.

Parecia que el verdadero desposorio de aquellos dos ejóvnes desgraciados, se hubiera hecho en aquellos mo-

mentos, pues la bendicion de Dios debió descender sobre sus cabezas!

Magdalena, apartó suavemente á Luis, y dirijiendo una mirada al ángulo opuesto de la habitacion, hizo una seña á Don Leandro para que se acercára.

Adelantóse este hasta el lecho, con los ojos humedecidos por el llanto y tratando de contener su emocion.

—Magdalena amada!—esclamó Luis, señalando á Don Leandro—ahi tienes á nuestro salvador! á el debes la recuperacion del completo cariño de tu esposo, que vuelve á tu seno profundamente arrepentido!

—Oh!—interrumpió Magdalena, con sentida espresion, y estrechando las manos de Don Leandro—cómo retribuir esto, Señor! soy acaso digna de tanta dicha!

—Oh! mereces mucho mas, mi Magdalena querida! —dijo Luis con ardor—soy yo el que no merezco esta felicidad! he sido un miserable, indigno de poseer un tesoro tan valioso como tú...ah! esposa amada, me perdonas los males que te he causado!

—Sí! te perdono con toda el alma, porque te amo como para no poder odiarte jamás! con esa intensidad con que se ama todo aquello que se ha conquistado por medio de las lágrimas y los sufrimientos!

— Bendita seas Magdalena!—murmuró Luis con efusion. bañando con sus lágrimas el rostro de su esposa—bendita una y mil veces, generosa criatura! y vos,—dijo dirijiéndose á Don Leandro y estrechándole contra su pecho—que habeis hecho las veces de un padre, gracias! gracias por la gran felicidad que me habeis devuelto! haciéndome conocer el inestimable tesoro que me habia deparado la providencia y que no supe valorar!...

Don Leandro, Luis y Magdalena, formaban en aquel acto, un solo grupo tiernísimo que hacia conmover todas las fibras del alma.

Despues de aquellas manifestaciones recíprocas de tierna alegría y felicidad, los ánimos comenzaron á serenarse.

Magdalena hizo acercar á su lecho, á Flora, que lloraba aun, sin poder contener su emocion.

Ambas amigas quedaron unidas por un fuerte abrazo.

—Para que la alegría de mi corazon sea completa, solo

falta ahora que tu seas feliz!—murmuró Magdalena al oido de Flora.

—El corazon me dice que lo seré!—contestó Flora sin cesar de vertir lágrimas.

La buena niña se retiró discretamente á un estremo de la habitacion, para ceder el lugar preferente á Luis.

—Mi regeneracion—dijo Luis, estrechando las manos de su esposa—débola, Magdalena mía, á Don Leandro. Caminaba por una pendiente fatal, que tarde ó temprano había de llevarme á un fin desastroso.

Don Leandro aparecíaseme, cada vez que corría algun peligro, y cual ángel salvador, dejaba oir su voz sensata y digna, conteniéndome con una fuerza misteriosa, al borde mismo de los abísmos: por espacio de un año consecutivo, siguió mis pasos con anhelosa constancia, dándome siempre consejos tan sanos, que desde un princípio habrían hecho mi felicidad, si no hubiera sido mi terca obstinacion en seguir por un camino que me conducia rectamente á la perdicion, mas la constancia de mi generoso y digno protector, logró transformar poco á poco, mi corazon. Cuando al cabo de largo tiempo, sus palabras lograron arrancar de mi corazon la capa de plomo que le cubría, sentí un bienestar inesplicable, mi alma pareció salir del mundo de la oscuridad, para ostentarse de lleno en medio de raudales de luz; volvía á tomar su primitiva forma!

Un mundo nuevo se ofrecía á mi vista, mundo lleno de los perfumes divinos de los sentimientos grandes y elevados del alma; dominado por tanta dicha, por pensamientos tan bellos, me entregué á la voluntad de mi digno y noble mentor; y este, conduciéndome por el camino recto de la verdad y de la honradez, me encaminó al seno de la más positiva dicha, el hogar querido, en el cual me esperaba la más casta y amada de las esposas!...

Al decír estas últimas palabras, Luis volvió á estrechar contra su pecho á su cara Magdalena, á su fiel y adorada esposa.

Las sombras del dolor, que ántes oscurecian sus existencias, se habían disipado, dando paso á los brillantes resplandores de una dicha consolidada por la virtud y por el amor casto de dos almas, que se sentían unidas por esta sublime afeccion.

CAPITULO V.

Compensaciones

A la mañana siguiente, Flora dejó el lecho más temprano que de costumbre.

Una animacion extraordinaria notábase en su bello semblante; sus ojos brillaban y un ténue rayo de alegría irradiaba en ellos; sus mejillas sonrosadas parecían más frescas y bellas; su seno, á impulsos de una emocion estraña, se ajitaba, y mecía suavemente el encaje que lo cubría, á semejanza de las espumosas ondas del puro y límpido lago, mecidas por la brisa de la mañana.

Flora vistióse con un precioso baton de clarin blanco, con viso de raso color rosa, orlado de finísimos encajes este baton abierto modestamente sobre el pecho, y lijeramente holgado, dibujaba delicadamente los bellos contornos de sus formas, descendiendo en amplios y graciosos pliegues.

Flora acabó su toilette matutino, recojiendo su magnífica cabellera con una peineta de nácar; la hermosa jóven acostumbraba á vestirse de ordinario con elegancia y sencillez, pero aquella mañana, sin ella misma advertir, ocupó más tiempo del regular en su tocado.

Flora, así vestida, estaba encantadora, y un poeta de imaginacion ardiente, la hubiera tomado por un ideal, imágen perfecta de una creacion divina.

La primera accion de Flora, una vez vestida, fué correr á la ventana, de la cual, cada mañana recojía el misterioso ramo de violetas. Su corazon palpitaba, y un temblor general agitaba todo su sér.

Abrió la ventana lentamente; el ramo estaba ya...

La jóven lo recojió anhelosa, un papel cuidadosamente. plegado, desprendido del ramo fué á caer á sus piés.

La jóven lanzó un pequeño grito, y llevó ámbas manos al corazon.

Poco duró su vacilacion, recojió el papel, y sin cuidarse de cerrar la ventana, ni de retirarse de ella, leyó el contenido del billete, que decia asi:

«Flora! os amo siempre! ni un solo instante ha dejado «de ocupar mi corazon vuestra adorada imágen... pero, «¡ay de mi! temo que vos no me ameis ya, y que os ne«gueis á perdonarme por lo que os he hecho sufrir, con «una conducta que creí justa...Ah! perdonadme! he sido un «insensato... estoy dispuesto á daros todas las satisfac«ciones que de mi exijais, y á pedir...de rodillas el amor «que ántes era mi felicidad y que hoy espero como mi «mayor y única ventura!

Ricardo.

Flora cayó de rodillas junto á la ventana, y besando y bañando con sus lágrimas aquellas líneas trazadas por una mano tan querida, esclamó, elevando al cielo sus hermosos ojos:

—Oh! te amo Ricardo y te perdono!...gracias Dios mio, por tanta ventura!...

—Flora! bendita seas!...—dijo una voz junto á la enamorada niña.

Flora sorprendida volvió el rostro, y vió junto á sí, tras la reja...á Ricardo, que la contemplaba con tierna y arrobadora adoracion.

—Ricardo!...

—Flora!...

Aquellos dos nombres fueron pronunciados con los acentos purísimos del mas intenso amor.

Flora radiante de dicha, se aproximó á la reja, y Ricardo, cojiendo una de sus manos la estrechó con respetuosa ternura, diciendo conmovido:

—He oido tus palabras, Flora amada! cuán noble eres! ah! me amas y me perdonas, bendita seas, una y mil veces!...

—Ricardo,—contestó Flora, fijando en su amado una dulce mirada—mi amor nunca te ha faltado; mi corazon

ño ha cesado un instante de consagrarte todos sus latidos!...

—Flora!...que feliz me hacen tus palabras!...no soy sin embargo, digno de tanta dicha, has sufrido tanto por mi...

—Oh!—esclamó Flora interrumpiéndole—olvídalo todo Ricardo! somos felices con nuestro mútuo amor; no recordemos los sufrimientos pasados, yo perdono de corazon al que me hizo tanto mal, apartándote de mi lado, y sumiéndome en un profundo dolor, sí, le perdono, y pediré á Dios que tambien le conceda su clemencia...

—¡Que buena eres, Flora amada! Dios ha premiado tu bella alma, no permitiendo que el culpable abandone este mundo sin ántes revelar su infamia...

—Qué dices!...acaso Alberto...

—Murió, Flora pero de una manera bien triste. Tu conocías la conducta estraviada que llevaba, entregado á toda clase de desórdenes; jamás quiso escuchar los consejos de su familia ni de sus amigos; por desgracia no se le aconsejaba con suaves y persuasivas palabras; exasperándole pretendian hacerle penetrar por la senda del bien; Alberto, lejos de enmendarse, se precipitaba con más fuerza en aquella carrera desenfrenada y fatal.

Yo ignoraba esto, y consideraba á Alberto como un cumplido caballero, más tarde me desengañé, y más aun, cuando supe el motivo de su prision...

—Cómo!...— esclamó Flora atónita.

—Si, fué preso; se entregó al juego y á la bebida, y puesto sus piés en esos degradantes vicios, no era de estrañar lo que sucedió; llegó hasta robar, y luego... fué asesino!

—Horror!... esclamó Flora, cubriéndose el rostro.

—Fué asesino,—continuó Ricardo—y la justicia cayó sobre él y lo sentenció á muerte... desgraciado! ese debia ser su fin!... Una vez preso, y al conocer la sentencia que pesaba sobre su cabeza, me hizo llamar, y entónces me confesó la infamia que habia cometido al hacer uso de tus inocentes cartas, para ejercer una venganza, despechado porque no le amabas. Comprenderás, amada Flora, la terrible impresion que me hizo aquella revelacion... había sido injusto y cruel contigo; pero te amaba tanto que desde aquel dia fatal había pensado desterrarme del mundo de los vivos, pero una esperanza me alentaba, y

esperaba la hora de tu revindicacion.., ella llegó, porque Dios así lo dispuso, para premiar tu inocencia, y castigó, al mismo tiempo al que osó calumniarte!...

Ricardo guardó silencio, estrechando de nuevo las manos de su amada.

Los dos amantes se separaron de la reja, y Ricardo penetró en la casa, mientras Flora corría hácia el aposento de su padre á comunicarle la feliz nueva.

Al llegar la jóven cerca de su padre, halló con éste á Magdalena y á Luis. Magdalena al ver á su amiga corrió á su encuentro y abrazándola, murmuró:

—Adivino que traes felices nuevas!

—Porqué?—esclamó Flora sonriendo al mismo tiempo que correspondía á sus caricias.

—No se necesita mucha ciencia para ello, tu semblante lo indica...

Oh! si, querida amiga, soy feliz, pero vén, quel él espera!

—El!—dijo Magdalena entre sorprendida y gozosa.

—Si Ricardo ha vuelto! y me ama como siempre.

Las dos amigas, unidas de la mano en compañía de Don Cárlos, y seguidas de Luis y de Don Leandro, se adelantaron á recibir á Ricardo.

El jóven confuso, al ver toda la familia reunida, se detuvo. Abrigaba el temor de que los demás no participarían de los generosos sentimientos de Flora; pero su rostro se animó con un rayo de alegría al notar la satisfaccion de Flora, y lanzó una esclamacion de gozo, cuando Don Cárlos abriendo sus brazos díjole:

—Hijo mio, bien venido seas!

Ricardo derramando lágrimas se precipitó entre aquellos brazos que le brindaban tan dulce lazo.

Todos los presentes contemplaron hondamente conmovidos aquel interesante grupo: Flora lloraba de felicidad.

La tristeza, que por tanto tiempo había apagado la alegría de aquella casa, huyó desde aquel instante cediendo el lugar que ocupaba á una dulce y grata satisfaccion, á una alegría que llenaba el espíritu de la más pura é inalterable felicidad.

Ricardo y Flora vieron colmados sus deseos, uniéndose por los lazos del matrimonio, y formando un hogar ven-

turoso, recinto de esencias puras, y tabernáculo de flores de incomparable belleza.

CAPITULO VI

La felicidad de los buenos

Han pasado dos años.

Luis y Magdalena viven felices, y tranquilos en compañía de su segundo padre el anciano Don Leandro; nada altera la dicha doméstica de aquellos esposos, que para su felicidad escucharon á tiempo los consejos de la razon, á los cuales debían su actual ventura.

Dios premia siempre á los que escuchan su voz, y arrepentidos vuelven sobre sus pasos.

Flora y Ricardo, ofrecen otro cuadro de ventura, bendecido por la augusta mano del Todopoderoso.

Don Cárlos contempla la felicidad de sus hijos, y se inclina agradecido ante el Soberano Autor de aquella dicha.

Cuando Luis y Magdalena se ven tan felices al lado de todos los que aman, no pueden ménos que prorrumpir en esclamaciones de agradecimiento hácia el bondadoso anciano, providencia de aquel hogar.

Don Leandro sonrie, y esclama:

—Hijos mios, no es á mí á quien debeis dar las gracias, sinó á Dios, pues él con su sabiduría infinita y divina bondad, dijo: «dad buen consejo al que lo haya de menester,» yo he seguido la huella marcada por El; y me considero feliz con haber llenado tan dulce deber, y sobradamente recompensado con la felicidad que disfrutais.

Ah!—esclamó Luis—feliz del que encuentra en su camino, séres que saben llenar tan noblemente los deberes de su con ciencia! feliz del que escucha los consejos sanos que han de conducirlo al bien, y desgraciado del que desoyéndolos, ciego, se precipita en el abismo del mal, arrastrando en su terrible caída á todos los que fatalmente le siguen!...

Fin del Libro II.

LIBRO TERCERO

CORREJIR AL QUE YERRA

una mano prolija y hacendosa ha embellecido aquel hogar, á la sazon abandonado por su dueña, pues, siguiendo las leyes de Dios, se había apartado del hogar paterno, para edificar el nido conyugal.

Ante todo, hagamos conocer del lector, los dos habítadores de aquella agradable mansion: son padre é hijo.

Llámase el primero Don Jacinto Nardall; es ya un señor de edad avanzada, pues cuenta 78 años; Octavio, su hijo, tendrá aproximadamente 22 años.

Don Jacinto Nardall, es un hombre excelente, de rectos principios y de intachables cualidades; aunque con la edad su energia ha desaparecido, conservando sin embargo intactas sus nobles y elevadas ideas.

El jóven Octavio es hermoso, pero su belleza es solo física, su alma se halla oscurecida por defectos lamentables; de carácter voluntarioso y voluble, se inclina siempre al mal, sobresaliendo en él un defecto odioso; es irrespetuoso para cón su anciano y digno padre; y apesar de que muchas veces, en medio de sus errores de jóven, deja vislumbrar, que su corazon no está del todo depravado, sin embargo, no se puede ménos que desconocer en él toda buena cualidad á la vista de ciertos procederes indignos de un hombre de nobles principios y sanas intenciones.

Bajo estos antecedentes, presentamos á nuestras lectoras al señor Nardall, y á su hijo, en el momento en que este se disponía á salir.

El siguiente breve diálogo entre padre é hijo, nos demostrará el carácter de ámbos, así como la oposicion de sus ideas

—Es inútil, padre, que Vd. insista:—díce Octavio— sería vergonzoso y humillante para mi; pues estaría bueno que yo, Octavio Nardall, fuera á dar uua cumplida satisfaccion á Don Rafael Móntero!.. Y porqué? ¿Porqué he de ir á humillarme? No es él, el que me ha ofendido? No es él, el que con cumplidas frases me ha prohibido que vuelva á visitar su casa?

—Tu deber es vindicarte y si son falsas las aseveraciones que ese señor hace de tu conducta, no debes dejar pasar los dias sin rehabilitarte ante sus ojos...

—Comprendo que ese es mi deber,—ínterrumpió Octavio —pero, jamás me prestaré á ese acto de humillacion, aunque... Vd. me lo mande...

—Octavio!...

—No Señor, no lo haré!—repitió el mal hijo, sin ocultar la rabia de que se hallaba poseido su corazon, al tener que sostener aquel diálogo enojoso.

Don Jacinto Nardall calló y dos gruesas lágrimas rodaron por sus rugosas mejillas; aquellas escenas le afectaban sobremanera, abatiendo su espíritu de un modo doloroso.

El noble anciano, se sentia sin fuerzas para luchar y correjir el carácter de su hijo; su edad y su abatimiento físico y moral, no le permitian como antes, ser enérgico con Octavio, y este, abusando del estado de su padre, no vacilaba en imponerle su voluntad.

Despues del breve diálogo, en que queda trasparentado en parte, el carácter de Octavio, salió este á la calle y se encaminó hácia una casa de modesta apariencia, distante una cuadra de la suya.

Habitaba allí un amigo de Octavio á quien profesaba íntimo afecto.

Llamábase Horacio, y era el reverso de su amigo Octavio.

Recto en sus juicios, de gran valor moral, era imparcial, justo y severo en sus apreciaciones, al mismo tiempo que franco, leal y cariñoso.

Horacio era un bello tipo; vivía en compañia de su anciana madre, que adoraba á su hijo, y que se hallaba enteramente consagrada á su cuidado; feliz y sentiéndose orgullosa por el digno y noble hijo que tenia.

Apesar de la oposicion de carácteres de los dos amigos, Octavio amaba á Horacio, como á un hermano, y buscaba su sociedad con suma complacencia, pues lo queria y respetaba, reconociendo en él un hombre superior por todos conceptos; sin embargo de esto, mas de una vez hubo de reñir con él, pues Horacio estaba siempre por la rectitud y la justicia, base su carácter; y Octavio se dejaba llevar generalmente de sus malas inclinaciones.

Horacio queria mucho á su amigo, y lamentaba de continuo, el mal camino que este seguia; no desperdiciando la ocasion de hacer oír á Octavio, su palabra sensata y suave, aconsejándole con cariñoso interés.

Poseia Horacio una alma bellisima y la nobleza de ella veíase retratada en los razgos de su hermosa y varonil fisonomia; de una figura elegante y distinguida, de modales

suaves y templados, no dejaba nada que desear, y fisica y moralmente, era casi una perfeccion.

Volvamos á Octavio. Decíamos que este se había dirijido á casa de su amigo.

Aquel dia, Horacio recibió, como de costumbre á su amigo Octavio, con bondadosa cordialidad.

—Horacio,—dijo Octavio al entrar—vengo furioso: mi padre pretende que debo vindicarme á los ojos de Don Rafael Montero, qne es lo mismo que si fuera á pedir su perdon!

—Y debes hacerlo, querido Octavio, replicó Horacio con serenidad—ese es tu deber, y él estaba en el suyo, cuando te dirijió aquella carta tenia derecho para hacerlo; estabas comprometido con su hija María...

—Y bien?—interrumpió con despecho Octavio—?tengo necesidad de apresurarme á cumplir como caballero, cuando ella se ha portado de una manera tan indigna conmigo?

—Cómo asi? -preguntó Horacio admirado.

—Escucha—dijo Octavio,—al recibir la carta de Don Rafael ahora quince dias, quedé verdaderamente sorprendido y disgustado; me prohibía en ella volver á visitar su casa, y me devolvía la palabra empeñada para contraer matrimonio con María; todo cuánto decia Don Rafael, respecto á mi conducta era cierto, no lo niego, pero me estraña que María que habia demostrado profesarme tanto amor hasta hace pocos dias, no diera entónces muestras de su cariño.

Amo á Maria, y su conducta me lastima, no la veo desde el momento en que recibí la carta de Don Rafael; como tu sabes, ellos residen en su quinta situada fuera del pueblo; ahora bien, hace algunos dias recibí una carta de ella, en la que decía que estrañaba me hubiera retirado de su amistad, sin dar una esplicacion que justificára mi conducta, como debe hacerlo todo caballero que se estime en algo... Comprenderas Horacio, la sorpresa, que me causó la lectura de esa carta, me impresionó fuertemente la indiferencia con que ella se espresaba y me confundió aquel reproche pues parecía ignorar que mi retirada habia sido obligada por su padre.

—Y le has contestado ya?—preguntó Horacio.

—Si, pero bajo la creencia de que ignora el motivo que me ha obligado á abandonar su casa, he contestado que ella era la culpuble de mi retiro, pues que no me amaba lo suficiente para ser mi esposa...

—Qué locura!..—esclamó Horacio—no has pensado que ella no tardará en saber el verdadero motivo? has cometido una verdadera niñada!

—Sea lo que sea, yo tambien he tratado de demostrarle una indiferencia que á la verdad no siento, pues la amo apesar de que tiene algunos defectos...

—Oh! y quién no los tiene en el mundo, Octavio? En la amistad, lo mismo que en el amor, es necesario ser tolerante, y cada uno debe disimular los defectos de los demas, para que á su vez le disimulen los suyos propios; muchas veces, Octavio, se ven reunidas en una misma persona grandes virtudes y grandes defectos; acontece generalmente que las virtudes, como los diamantes, permanecen veladas, mientras que los defectos, aparecen á nuestra vista más de relieve, quizá porque. es lo que ménos nos gusta pero, como ha dicho una gran muger: «es preciso buscar el grano de oro á traves de la tosca «tierra, pues el oro, aunque sea entre escombros, siempre es «oro.»

—Continúo,—dijo Octavio, como molestado por las verdades de su amigo—yo creí que al leer mi carta, María, obraría de otra manera; pero me engañé y con grande asombro recibí de ella una segunda carta, en que decía, que, puesto que ya no mediaba ninguna amistad entre ambos, le devolviera todas sus cartas...

—Lo harías?

—No tal, ni le he contestado!—esclamó Octavio con estraña entonacion.

—Con esa acccion, le das motivo á que ella diga, que te has portado á la altura de tus antecedentes...

—Horacio!

—No hay porqué enfadarse, has obrado mal; la conducta estraña que has observado con ella es... infame!

—Horacio! míra lo que dices!

—No retracto mis palabras, ya me conoces; dime si no tengo razon.

Octavio inclinó la vista, su amigo tenia razon, si,—era un miserable.

—Reconozco que he obrado mal.—dijo Octavio haciendo un esfuerzo, pero la cosa ya no tiene remedio.

—Sí, que la tiene en parte.

—Cuál es?

—Devolviendo, esas cartas á María.

—No, eso no es posible, yo quiero conservarlas como un recuerdo suyo...

—Haciendo de ellas un uso indigno?—preguntó Horacio.

—No... no lo haré...

—Tú debes de devolverle esas cartas, y así cumplirás con tu deber, y dejarás á cubierto de alguna tacha tu honorabililidad y honradez, aunque núnca podrás dejarla del todo límpia por tu conducta estraviada.

—Horacio!...no me agrada que me hables con ese lenguaje!

—Octavio,—replicó con serenidad aquel—siempre te he hablado con la franqueza propia de mi carácter, y con el interés de un amigo que te quiere, y que por lo mismo desea correjirte; cuento cuatro años más que tú, y por lo tanto mis palabras no carecen de la verdad de la esperiencia, si quieres seguir siendo mi amigo, siempre oirás de mis lábios palabras idénticas, mientras no cambies de conducta.

Octavio guardó silencio, y despues dijo:

—Pero, al obrar asi con Maria, lo hago mas por despecho que por maldad, yo la amo...

—No comprendo ese amor, Octavio; el hombre que ama verdaderamente, respeta al objeto de ese culto, y tu has tratado de ridiculizarla... Tu has dicho que ella te amaba y que nunca habias sentido por ella otro afecto que el de la amistad, y esto es una gran mentira!

—Es cierto, más la he amado yo á ella, que ella á mi! núnca podré olvidarla, porque me ha hecho sentir sensaciones dulcísimas, de íntima ternura, pero no le perdono la indiferencia que me ha demostrado, probándome... quizá que núnca ha sentido cariño por mi!

—Estás en un error, ella debe amarte, porque es una jóven constante y sensible; pero es muy digna, y comprende la actitud que debe asumir en este asunto en el cual eres tú el culpable, oh! se comprende que apesar de su cariño, ella te ha estudiado mucho, y te conoce lo bastante para no fiarse de tí!

Octavío hizo un movimiento de disgusto, guardó silencio

y luego cambió de conversacion, despidiéndose poco despues de Horacio, pero llevando en su corazon un secreto resentimiento para con su amigo.

CAPITULO II.

María

Hagamos, lectora amiga, conocimiento con Don Rafael Montero y su hija María.

Era aquel un señor de regular edad, de cincuenta años más ó menos; hombre bueno, de excelente corazon, y que adoraba á su hija con toda el alma, la dulce compañía de su vejez, pues siendo muy niña aquella, Don Rafael perdió á su esposa.

María contaba diez y nueve años, era rubia, de ojos azules, no bella, pero tampoco fea; sus facciones regulares, llenas de espresion y de sensibilidad; en toda ella se notaba un sello de distincion, y de gran dignidad que la hacían doblemente simpática.

María tenía un gran corazon; muy vehemente, sensible y generoso, apesar de su aparente debilidad y docilidad moral, era de alma fuerte, y sabía sobrellevar y dominar sus dolores con valiente energía; al ver aquella niña, tan delicada, tan suave, que parecía que hasta carecía de voluntad propia, nadie se hubiera imaginado, que era fuerte para el dolor, y que alentada en la fé y la religion, solo inclinaba su cabeza por un momento, no tardando en recobrar sus fuerzas; y elevando al cielo una mirada, se le veía sonreir en medio de las mayores amarguras...

Tal era María.

Cuando acaeció lo que nuestros lectores ya tienen conoci-

miento, María dió una prueba mas de su valor moral y de la santa resignacion de su alma

Al princípio sorprendida por la ausencia de Octavio, nó supo á qué atribuir esta, y despues de vacilar por muchos dias, se decidió por fin á escribir al jóven aquella carta de que Octavio habló á Horacio.

No tardó María en conocer su desventura ; al concluir de leer la carta con que Octavio contestó la suya, tembló ligeramente, pero aquel temblor conmovió su alma entera!

La jóven con la vista fija en aquellas pérfidas líneas, pareció por largo tiempo la estátua del dolor.

—Oh!—murmuró—esto no es mas que una escusa, él quizá no me amó, y dice que soy yo la que no lo quiere. . . no me esforzaré en un empeño vano; á el corazon no se manda y si él ha dejado de amarme, mi palabra no podrá operar un cambio imposible...

Si verdaderamente me ama, sabía cómo ha de proceder, mientras tanto, dadme fuerzas, mi Dios, que yo obraré con la dignidad que mi amor me aconseja! Ah! será mi primero y último amor,. . . fatal destino!

La jóven inclinó su cabeza y lloró el primer desengaño de su amor.

Algun tanto serena dirijió una segunda carta á Octavio reclamando sus cartas, aquellas cartas que ella había escríto, considerando al jóven como su futuro esposo, dado el sério compromiso que mediaba.

Octavio no contestó.

Maria, creyó que su padre no habria notado nada de lo que pasaba pero el lector sabe, que nó era así; la ausencia de Octavio, de la casa de Montero, reconocía por causa la severa carta de Don Rafael.

No se escapó de los lábios de María ni una palabra, ni una queja respecto á Octavio, su dolor fué mudo, grande reconcentrado; guardaba en lo íntimo del alma su honda pena.

Don Rafael, padre amante y cariñoso, veía aquel sufrimiento disimulado; había observado la digna conducta de su hija y al ver que esta esperaba en vano, el buen señor murmuraba por lo bajo.

—Oh! ella espera, pobre hija mia! no sabe que ese hombre no tiene corazon ni delicadeza puesto que no se apresura á

levantar los cargos que se le hacen, lo que demuestra lo poco ó nada en que estima su honor... oh! cuánto me alegro de haberlo apartado del camino de mi pobre hija! ella ignora, prefiero que así sea; Dios le dé valor; yo distraeré su corazon de tan peligroso amor; porque habria sido su desgracia ese hombre, felizmente creo que he llegado á comprenderlo á tiempo; Dios es justo, y la maldad núnca queda oculta! Octavio si no se corige tendra su castigo de lo alto! me lo díce una voz secreta!

. . . .

Así las cosas, pasaron muchos meses.

María completamente serena, no parecia abrigar en su pecho dolor alguno...

¿Se estinguió de golpe la afeccion que María profesaba á Octavio? No nos atrēveremos á asegurarlo....

Es indudable que María batallaría consigo mísma: no vence fácilmente una alma como la suya, los recuerdos de un primer amor; pero no hay pasion que se resista en el corazon de la mujer, cuando se le oponen las leyes de la dignidad, ni hay mujer que merezca el renombre de buena, si antes no ha luchado y vencido.»

Pero, lo hemos dicho y lo repetimos, nó podrémos asegurar si aquel amor se había estinguido en el alma de María; el pecho de la mujer es un santuario....y muchas veces ni el mas hábil conocedor del corazon humano puede revelar esos misterios impenetrables, que no alcanza á conocer; así no es de estrañar que nosotros nos declaremos impotentes para penetrar en los arcanos de aquel corazon...

Mas tarde volveremos á encontrar á D. Rafael Montero y á su hija María.

En otro capítulo daremos á conocer nuevos personajes.

CAPITULO III.

Los tiros de la envidia

Octavio Nardall tenía en aquel mismo pueblo dos parientas que nos proponemos presentar al lector, sobre todo la más jóven, por ser ella la fiel imágen de tipos muy comunes en la sociedad.

La de más edad llamábase Doña Sofía, y la mas jóven Justa aquella era tía de esta, y ambas vivían juntas, pues la jóven, que contaría de 22 á 23 años, tenía sus padres en Buenos Aires, y por acompañar á su tía vivia con esta á quien amaba con estremo.

Doña Sofía era una señora como de cuarenta y tantos años, de cútis ajado, de un moreno amarillento, pero de facciones un tanto agradables, á no ser cierta dureza en algunos de los razgos de su fisonomía así como la mirada de sus ojos, que era insensible y sin brillo; y por último, era de muy baja estatura, y de formas regulares y algo secas.

Justa un poco más alta que su tía, era bastante delgada; su cútis ni blanco ni moreno, pero de una palidez enfermíza; sus facciones eran algo desencajadas, pero no feas, á no ser por su nariz un poco grande, habria podido decírse que Justa era bastante regular; tenía el cabello oscuro pero lácio, esto en cuanto á su físico.

Justa, creada, puede decírse sin educacion, era de modales vulgares, así como toda su persona; no se notaba en ella ninguna distincion ni cultura, y en lo único que tenía habilidad era para murmurar á diestro y siniestro.

Por costumbre, se veía muy amenudo en la puerta de calle, ó tras la entornada ventana desde donde avistaba todo cuanto pasaba en la vecindad.

La murmuracion era su ocupacion constante y favorita.

Justa estaba al cabo de todo cuanto pasaba en frente, al lado, mas allá, á la vuelta, y muchas veces, lo que ocurría á muchas cuadras de distancia. . .

Las personas sensatas huían ó se escusaban de su amistad; nada mas repulsivo que esta clase de mujeres, que como gacetas vivientes, conocen la vida y milagros de todo el mundo, y cuyas conversaciones no respetan ni dignidades, ni condiciones, y con irónicas é hirientes frases, calumnian á todo ser humano que por desgracia se ponga á su alcance.

En la imágen de Justa, algunos de la misma especie, se verán retratados aquí con perfecta fidelidad, lo que no sera estraño, porque el retrato ha sido tomado del natural y estudiado en todos sus detalles, aunque debilmente bosquejado por nuestra inesperta pluma.

Continuemos.

Justa, que se ocupaba de todo el mundo, cómo habria dejado de ocuparse tambien de María, la prometida de Octavio,

Octavio frecuentaba la casa de sus parientas, y pasaba horas enteras escuchando, pasmado de admiracion la interesante y amena conversacion de Justita.

Juzgando por aquella atencion, redoblaba los encantos de su charla, sin maliciar la mala impresion que aquella charla homicida, operaba en el ánimo de su pariente

No hay cosa que mas disguste y desagrade á un hombre, que esas conversaciones. en las cuales se hace girones la honra agena; sin embargo, hay hombres que adolecen del mismo modo defecto, pero Octavio no pertenecia á ese número.

En honor á la verdad, diremos que Justa, profesaba á su pariente una profunda afeccion, que el jóven llegó á maliciar que no era una simple amistad, ni menos un afecto desinteresado de pariente á pariente.

Hombre al fin, no desdeñó, aquella conquísta que le salía al paso, y cortejó á la jóven por vía de distraccion, ocupacion muy comun en los jóvenes de su carácter.

Pero, dado los antecedentes de Justa, no es de estrañar que conociendo el amor que Octavio profesaba á María, tratára de hacer todo el mal posible á la inofensiva prometida de su pariente.

Justa no era noble, su alma pequeña y ruin aborrecía todo lo que fuera bello y bueno.

No era amor lo que ella sentía por Octavio; lo que verdaderamente esperimentaba era un vivo deseo de separar á su pariente de María, por el solo placer de que no fueran estos felices; en una palabra, tenía envidía de aquella dicha; tenía envídia de María, porque esta era mucho más digna, mas noble que ella.

Octavio presenció esta guerra encubierta y tenáz, por parte de Justa para dañar á María pero lejos de indignarle semejante proceder, se complacía, porque suponía que Justa obraba por amor, sin comprender en su fatuidad, que la envídia y no el amor era lo que impulsaba á obrar así á la pérfida Justa.

María del Pilar Sinués de Marco, la sublime autora de «El Angel del Hogar», dice lo siguíente al hablar de los celos y de la envídia:

«En los celos hay cierta nobleza y cierta abnegacion; en «la envídia todo es pequeño y miserable:

«La envídia nace de la pequeñez del alma, los celos de «la gran sensibilidad del corazon.

«Suele vituperarse á una persona que tíene celos, pero se «la compadece síempre.

«Una persona envidiosa solamente inspíra desprecio y todo «lo que en su favor alcanza es una lástima desdeñosa.

«Los celos engendran el ódio, pero en cuanto el celoso es «feliz compadece á la persona sobre la cual ha triunfado.

«La envídia no conoce la compasion; el envidioso quisie-«ra que el mundo entero fuera desgraciado, para reunir él «todas las riquezas y todas las prosperidades.

«Los celos se sienten únicamente cuando un amor grande, inmenso, llena el corazon.

«Si causa dolor el que la persona que los impira sea be-«lla, rica y esté dotada de relevantes cualidades, es tan só-«lo porque estas ventajas conquistan el amor que el infeliz «que los siente quisíera para sí.

«Los celos ambicionan amor.

«De todo lo demas ni quisíera se acuerdan.»

Hasta aquí, la simpática escritora.

Lo que sentía, Justa, era envídia, y no omitió medio de dañar á María, y arrebatarla el cariño de Octavio.

No tardó en llegar hasta María, los rumores amenezadores de aquella guerra que la envídia de Justa le declaraba;

María se mantuvo siempre digna, y despreció á su ruin antagonista, sín dignar ocuparse de tan despreciable enemiga Octavio comprendió aquella noble conducta, y núnca más pronunció en presencia de Maria el nombre de Justa.

Viendo esta que los tiros dirijidos á María no surtian el efecto deseado pues eran nubes de verano que empañaban el cielo de su dicha tan solo por reves instantes, determinó la envidiosa jóven sitíar la plaza por la parte de su pariente, el cual segun sus cálculos no resistiría, porque su norte era la inconstancia, y su mayor placer relatar á sus amigos los centenares de novias que conquistaba cual invencible romano!

Estaban en este estado la cosas, cuando Don Rafael Montero, guiado por su amoroso celo de buen padre, rompió los lazos de amor que unían su hija á Octavio.

Dejemos por algun tiempo á Justa y á la familia de Montero y pasemos á bosquezar nuevos actores en la escena de esta mal cooirdinada pero verídica historia.

CAPITULO IV

El bienestar de la honradez.

A orillas del pueblo, en una bonita casa, rodeada de un jardin pintorezco, vivía un anciano, llamado don José Pinto, en compañía de su esposa Doña Clara, tambien anciana; cuatro nietos, huérfanos de padre y madre, alegraban la ancianidad de aquellos

Aquella casíta era propiedad de D. José, asi como unos terrenos valdios, próximos á su morada.

Don José Pinto vivía con su esposa y sus nietos, observando la mayor sencillez y economía en sus costumbres; D. José adoraba á sus nietecitos, y cifraba su mayor placer y felicidad, en asegurarles un porvenir libre de todo evento ruínoso.

Son las ocho de la noche, la hora en que los presentamos al lector.

Don José su esposa Doña Clara se hallaban reunidos en el comedor de su casa.

Era este una pieza de regulares dimensiones, modestamente amueblada una gran mesa de pino en el centro, á un costado un aparador en el cual se vé relucir pór su limpieza, la loza blanca y los trasparentes cristales: seis sillas de guindo, dos sillones de mimbre, un reloj de campana, dos perchas, y una gruesa estera que cubre el pavimento, es todo el mueblaje de la modesta habitacion.

En la mesa del centro, se vé una lámpara de cristal verde, y á la luz de ella, Don José lée un libro con auxilio de sus lentes; Doña Clara, á su lado, escucha la lectura con religiosa atencion.

Los dos ancianos se hallan solos, los pequeños nietos duermen, siguiendo la costumbre antígua que á las ocho de la noche los niños, ya casi habían hechado el primer sueño.

Oigamos, el anciano lée:

«Díos nos impuso el trabajo como castigo y como ley. «mas dió tambien en él un inmenso beneficio, á la manera «que un padre pone en un rincon del encierro donde ha confinado á su hijo travieso, un alimento sano y nutritivo que sostenga sus fuerzas.

«Las diversiones que el mundo ofrece, son impotentes para «calmar los grandes dolores, para consolar las penas del «corazon; el que es verdadera y profundamente desgraciado, «se halla solo con su desconsuelo en medio de la multitud: «sólo ve tinieblas en su interior y en derredor suyo; la ale«gria de los demas le fatíga y le parece un iusulto; en el «egoísmo de su dolor quisiera que la naturaleza entera es«tuviese de luto, y se cree con derecho para exigirlo: su «amargura es terrible, inagotable, desolada; mas si llega á «recurrir al trabajo, si halla valor para vencer su pena du«rante algun tiempo y busca á aquel fiel amigo, está salvado.

«Verdad es que las primeras horas le costarán un esfuer«zo supremo; verdad es que durante algun tiempo desmayará «y el desaliento invadirá de nuevo su espíritu como la ola «negra; mas poco á poco el trabajo le irá calmando y se «irá insinuando como un amigo dulce y firme á la vez, que «le infundira ánimo y confianza.

«El trabajo hace las veces de la familia de que se carece, «del amor que se perdió en el vacío del cansancio ó en la «amargura de los desengaños; de los hijos que duermen en «el sepulcro; de la fortuna que ha naufragado; de todos «los bienes de la vida: llena no sólo el tiempo, sino el pen«samiento, y la horas vuelan rápidas cuando el dolor las hacía «eternas.» (1)

Ah! lectora debemos alabar á Dios que nos ha revelado con el trabajo el secreto de nuestra felicidad!

A propósito de él, nuestra inteligentísima y virtuosa prima Mercedes Lopez díce en unos de sus preciosos escritos: «¡ El trabajo! es decír, la fuerza que pone en accion todas nuestras facultades, que ennoblece y moraliza el hombre, que realiza las concepciones del pensamiento, que nos proporciona el sustento y que rodea nuestra vida de goces y comodidades»,

Nuestra amada Mercedes concluye agregando:

«Sin las leyes del trabajo y el progreso; la vida del hombre se arrastraría monotona y perezosa; sus facultades intelectuales se embotarían, se enervaría su vigor, dando por resultado la atonia, la vida vegetativa.»

Verdad innegable!

Don José había interrumpido su lectura esclamando:

—Oh! bendito sea el trabajo!

—Si, bendito sea!—agregó Doña Clara—él es el sosten del hombre honrado, él es el que presta al corazon de éste, fé y esperanza para el porvenir; á él, debes tú José la dulce paz que hoy disfrutas en nuestra compañía; y á él deben nuestros pequeños y adorados nietos, el que su porvenir esté asegurado!

—Dices bien Clara, muchos años de un trabajo honrado me ha proporcionado la dicha de asegurar el porvenir de nuestros queridos nietos; pobrecillos! qué sería de ellos si hoy no contáramos con esto?

—Dios núnca falta á sus criaturas José, y debemos de darle gracias de contínuo por su divina bondad.

—Si, tíenes razon; Dios es el padre comun de la humanidad, y él vela por sus hijos...

Un golpesito dado á la puerta del comedor interrumpió la conversacion de los dignos esposos.

---

(1) M. del P. Sinnés de Marco.

—Adelante!—esclamó Don José, poniendo la mano sobre sus ojos á guisa de pantalla, para distinguir mejor al que entraba.

—Buenas noches, Don José, y Doña Clara.—dijo el recíen venido.

El que entraba era un fornido muchachon, como de diez y nueve años de edad; iba vestido pobremente; nada notable ofrecía aquel ser, de aspecto huraño y de maneras vulgares. Los rasgos de su fisonomía eran como sus modales, tambien vulgares, y con una marcada espresion de dureza y de maldad.

Se llamaba Mariano.

—Buenas noches hijo,—dijo Don José con suave voz.

—Qué háces por aquí, á estas horas?—preguntó Doña Clara á Mariano, al mismo tiempo que este tomaba asiento al otro lado de la mesa, junto á la cual estaban los esposos.

—Paseando, Doña Clara;—contestó éste—y con un encargo que me dieron para lo de Don Rafael Montero y como esta casa está cerca; me dije, vamos á visitar á Don José y á Doña Clara.

— Y tu hermana Angela, cómo está? — preguntó la anciana.

—Qué sé yo...hay anda...

—Cómo! no está ya con Doña Elena?

—Siempre está, no he dicho que no..—contestó Mariano con brusco acento.

—No has dicho eso, pero has contestado de un modo....

—Oh! ayer le dí dos buenos golpes en la cabeza que la hicieron caer al suelo...es una pícara!...

Don José irguió su cuerpo, y lanzando á Mariano una severa mirada esclamó:

—Eres un cobarde!...

—Yo!...—Mariano hizo un movimiento brusco, como tratando de contener su enojo por aquel insulto.

—Sí, tú,—dijo el anciano con enérjica entonacion—eres un infame porque has maltratado á una débil mujer; el hombre que hace alarde de su fuerza golpeando á una muger... es un cobarde, un hombre indigno!

—Ella tiene la culpa!—dijo Mariano agobiado por la verdad de aquellas palabras, y tratando de defenderse, acriminaba á su hermana.

—Ella? y porqué?

—Porque solo piensa en divertirse, sin cuidarse de nada... así hablan de ella... y con razon, es justo lo que dícen de su conducta...

—Ah! con que por eso, no?—dijo el anciano fijando su severa mirada en Mariano,—porqué es de génio alegre, natural en sus diez y seis años, porque no es mogigata, ni hipócrita, y obra en todo con turbulenta alegria y la ingenuidad, propia de su alma, pura y sencilla; por eso la gente habla, y tu te crees autorizado á maltratarla?

—No es solo eso,—contestó Mariano con desagradable acento—ella no se dá el lugar de una muchacha honrada... pasé ayer á la tarde por su casa, y la ví en la puerta con Antonio, conversando con tanta naturalidad como si fueran dos buenos amígos...

—Y lo son,—interrumpió el anciano, con mas severidad—eso me consta á mi, Antonio, el pobre jorobado quiere á Angela como á una hermana, y ayer cuando tu los vistes hablando, Antonio estaba encargado por mi de dar un recado á tu hermana; ya vés si eres injusto, no solo tú sinó todos los que hablan mal de Angela y la calumnian; una generosa y abnegada amistad media entre tu hermana y Antonio, el infeliz jorobado, pero, ni la deformidad de este, lo salva de las murmuraciones calumniosas... ah! la pobre Angela tiene que reprimir su alegria, tiene que medir sus acciones y las espansiones naturales de su edad, para que la calumnia no la destroze; su modo de ser le hace mal, porque en el mundo además de ser buena, hay que parecerlo. La condicion humana es tan miserable, que juzga generalmente por las apariencias, y á veces la amistad síncera, pero ireflexiva es causa de torpes sospechas que manchan las reputaciones mas acrisoladas.

Don José calló, y Mariano no osó decír ni una palabra, confundido por la severa actitud del anciano.

Doña Clara escuchaba en silencio, pero al concluir de hablar su esposo, esclamó:

—Angela es buena y honrada; y la casa donde está es un escudo para ella, Doña Elena es una señora digna y ejemplar y sabe cuidar y dirijír bíen á tu hermana.

Mariano siguió guardando sílencio, y como se sentía humillado y confuso ante los dos ancianos, no tardó en despedirse de

ellos, no sin que antes de ausentarse, Don José le exhortára á ser mas bueno con su hermana.

CAPITULO V.

Tentacion del ángel malo.

—Yo no sé, porque Horacio, se entremete en lo que no le importa,—decía Octavio, en su habitacion—de hoy en adelante me guardaré bien de que se entere de los pasos que doy, y así me veré libre de sus réplicas; lo quiero como amigo, pero no me gusta que ponga trabas á mis caprichos y deseos.

Con estos propósitos, Octavio llamó al sirviente, y dió órden de que lo negase, cuando Horacio fuera á visitarlo.

Serían las diez de la noche, dos dias despues, cuando, Horacio, se dirijía á su casa á buen paso.

Al cruzar ante la de Octavio, creyó aquel ver cerca ella un grupo de dos personas.

Un secreto presentimiento hízo detener al jóven, y ocultándose en un hueco muy próximo á donde estaban los dos que habían llamano su atencion, pudo oir entónces el siguiente dialogo:

—Te digo que lo haré—decia Octavio.

—Que lo dudo,—respondió el que le acompañaba — una vez en compañía de Horacio, olvidarás tus propósitos.

—Hola!—murmuró por lo bájo Horacio, en su escondite — se trata de mi, escuchemos pues.

—No lo creas,—volvió á repetir Octavio—es verdad que aprecio á Horacio, pero no estoy dispuesto á que él se constituya en tutor mio.

—Bien dicho, bravo!—esclamó el otro—haz como yo, nadie pone trabas á mis deseos y caprichos; además, en lo que proyecto, y que espero me ayudarás nada tiene que ver tu oficioso amigo.

—Es claro,—repuso Octavio—díme que es ello, nadie nos puede escuchar, la calle está solitaria, y á estas horas todos los vecinos del pueblo duermen.

—Se trata—contestó el otro—de un asunto que promete; tu me dijiste ayer que necesitabas dinero, pues habías perdido en el juego una cantidad respetable, pues bien el negocio de que te hablo no solo te lo proporcionará á tí sino á mi tambien; no es mucho, pero no se debe de desperdiciar.

—Eplícate.—dijo Octavio.

—Voy á ello; se trata de despojar á D. José Pinto, de la casita en que vive y de dos propiedades más que le pertecen; que diablo! el viejo no se morirá por eso pues segun dicen por ahí, tiene mucho dinero guardado; tengo seguro los medios de ganar la demanda, alegaré que aquellas propiedades me pertenecen, y presentaré documentos será un golpe maestro, pero yo solo haré con tu ayuda.

Octavio guardó silencio.

Horacio con el corazon palpitante, esperó la contestacion que su amigo íba á dar á aquel bandido que con tanta sangre fría, proyectaba cometer una infamia.

Por su parte, el interlocutor de Octavio, el ver que el jóven guardaba silencio esclamó:

—Vacilas? no lo creo, porque entónces serías un cobarde se trata de salvarte de la ruina que te amenaza; tu serás mi cómplice, y me ayudarás á dar el golpe, de mi cuenta corre, asegurarlo antes de darlo.

—Bien, me presto á ello; tengo necesidad de dinero y te ayudaré, pero...será cierto que ese pobre viejo se quedará con que vivir?

Este pensamiento en Octavio, demostraba que el jóven no estaba del todo perdido; una mano vigoroza podria aun salvarlo.

—Oh! eso no te preocupe,—contestó el otro—que tenga ó no tenga poco nos dá.

Octavio guardó silencio como no apoyando aquella idea.

—Si vacilas, no me convienes, los hombres deben ser resueltos—dijo el infame compañero de Octavio—á más, ya te he dicho, que por ahí aseguran que tiene dinero guardado, esto te lo vuelvo á repetir para que dejes á un lado tus ridiculos escrúpulos.

—Cuenta conmigo,—contestó Octavio, despues de un momento de vacilacion—pero hay que guardar secreto respecto á Horacio, no diciéndole nada, no habrá cuidado; es precíso que él no vislumbre esto, porque es capaz de todo para evitarlo;—no me preocupo en cuanto á mi padre, si llega á saberlo poco me dá...

—Del silencio por mi parte yo respondo;—interrumpió el interlocutor de Octavio—el negocio será brillante, pues las escrituras y documentos que atestíguan la autenticidad de aquellas propiedades, yo sé el modo seguro de hacerlas venir á mi poder.

—De qué modo?—preguntó Octavio.

—Fácilmente; deslizándome á altas horas de la noche, en interior de la morada de Pinto, y cazando la presa, ó sea los documentos; sé donde los guarda.

—Miserable!—murmuró Horacio en su escondite.

—Un robo!—dijo Octavio con cierto repugnancia.

—Já! já! y no es un robo lo que proyectamos, de que te asustas pues?

—Si, pero es un robo más...

—Aristocrático nó? Y otro es propio de ladrones vulgares, pero es necesario hacerlo!

Octavio nada objetó, y guardó silencio.

—Hasta mañana Octavio,—dijo el compañero del jóven despidiéndose de este—mañana nos pondremos manos á la obra.

—Adios, Rodolfo,—contestó Octavio—hasta mañana.

La calle quedó á poco solitaria.

Horacio salió con precaucion de su escondite, y con paso precipitado se dirijió á su casa murmurando:

—Oh! no lograreis lo que os proponeis, Rodolfo Soriano! porque aquí estoy yo para evitarlo, impidiendo la ejecucion de tan infame plan; Octavio no es del todo malo, el bandído de Rodolfo lo ha seducido, y lo quiere arrastrar con él al abísmo del mal; yo me constituiré en protector de Octavio, y aunque me huya, tendrá que oir mi palabra.

CAPITULO VI.

Confusion de la culpa

A la mañana siguiente, Horacio se levantó muy temprano, y dirijióse á observar la casa de su amigo Octavio, para verlo salir, y cruzarse á su paso, afectando un encuentro casual, pudiendo entónces tener la ocasion y la seguridad de hablarle.

Sabía que si preguntaba por él en su casa, se haría negar, como ya lo había hecho el dia anterior, así que decidió valerse de esta estratagema.

Transcurrió media hora, y al cabo de ella, Octavio apareció á la puerta de su casa; Horacio comenzó á andar despacio, y cuando aquel dió algunos pasos fuera de su casa, encontróse frente á frente con su amigo.

Horacio procuró ocultar su disgusto, por la conversacion que había escuchado la noche anterior, y tendiendo la mano á Octavio, le dijo:

—Hola! Octavio, para donde es el paseo?

Octavio turbado, pues su consciencia no estaba tranquila, le contestó:

—Sin punto fijo; he salido con la idea de aspirar un poco de aire libre...

—Entónces, si no llevas direccion iremos juntos.

—Como gustes—dijo Octavio contrariado.

Ambos amigos se encaminaron hácia el campo, guardando silencio por algunos momentos, hasta que Horacio lo interrumpió diciendo:

—No has leido en los diarios de ..... la relacion de un hecho recientemente ocurrido, el cual demuestra hasta donde llega la infamia de los hombres?

—No, ya sabes que poco me ocupo de leer periódicos,—contestó Octavio con distraccion y aparente indiferencia.

—Pues escucha, que es digno de oirlo: refieren aquellos

periódicos, que un jóven de buena familia, pero de alma estraviada, había concebido el diabólico proyecto de despojar por medios nada dignos ni honorables por cierto, á un pobre anciano, de algunas propiedades que constituían su única fortuna...

—Cómo!—interrumpió, palideciendo Octavio y mirando con fijeza á su amigo.

—Te admira?—repuso este con serena tranquilidad,—lo creo, porque el caso no es para menos; proyectaba aquel... bandido, un robo, pues el anciano tenía en su poder los documentos que atestiguaban sus derechos y...

—Espera...—dijó, Octavio, con voz precipitada, y cada vez mas pálido—ahora recuerdo un compromiso que tenía para esta misma hora, perdona que te deje, otro dia seguirás tu historia y tendré el placer de escucharte.

Horacio se sonrió; habían llegado en aquel momento á las puertas del cementerio, y allí se habian detenido.

—Bien,—dijo Horacio—pero la historia toca á su fin, y puedo terminarla ahora mismo; es interesante y desearía que la escuchases de mis lábios hasta el fin.

—Hoy nó, mañana será,— repuso Octavio cada vez más agitado.

—Sea, hasta mañana!—dijo Horacio, y dándose las manos, los dos amigos se separaron.

Horacio se dirijió á su casa murmurando:

—Ahora, al otro!

¿Que se proponia Horacio para salvar á Octavio?

CAPITULO VII.

El crímen se consuma

Rodolfo Soriano, se llamába el jóven que en la noche anterior habia tenido con Octavio la conversacion que ya conoce

el lector, en la que quedó concertado un plan indigno, de ataque hácia las propiedades de D.ª José Pinto.

Rodolfo era un jóven disipado de alma negra; un hombre, en fin dispuesto siempre para el mal, jamás para el bien.

No podía ser, para Octavio, un amigo más peligroso; y dadas las condiciones de aquel, no era difícil que se pervirtiera por completo, con tan funesta compañía.

Rodolfo Soriano, había sido en un tiempo amigo de Horacio, pero á la sazon, aquel esquivaba de encontrarse con el noble jóven, porque le temía y le imponía el aspecto digno y severo de Horacio.

Sin embargo, de que Horacio hacía mucho que no lo trataba, aquel dia se dispuso á ír á su propia casa.

Llegó á ella, en momentos en que Rodolfo se preparaba para salir.

—¿A qué debo, querido Horacio, el honor de esta visita? —dijo Rodolfo, despues de cambiar los saludos de estilo, y algo intranquilo por aquella visita inesperada.

—Se trata, de un asunto de grave y delicada importancia, —contestó Horacio con alguna sequedad, decididamente resuelto á abordar de frente la cuestion.

—Hola! un asunto,—dijo Rodolfo, tratando de tranquilizarse en vano—acaso vienes á proponerme algun tesoro?

—Rodolfo, hablemos con franqueza, no te hagas el inocente, ya sabes que te conozco á fondo, así pues, prepárate á escucharme con atencion.

—Hablad, que ya os escucho,—dijo Rodolfo mudando de entonacion y de color.

—Pues bien, has de saber que anoche, á las diez, pasando casualmente por casa de Octavio, oí toda la conversacion que tú y él sostenian: proyectaban un crímen...

—Horacio...

—Oh! no te alarmes, ya sabes cual es mi carácter, ninguna actitud me intimida, siento que mis consejos hayan sido oidos con tanta indiferencia. Ahora bien, espero que no llevareis á cabo el plan concebido, trata de que Octavio desista del infame proyecto, en cuanto á tí ya sabes, que tengo en mí poder pruebas y documentos que pueden perderte para toda la vida, si no te corrijes; yo haré que la justicia cumpla su deber, y ella se encargará de tu correccion.

—Oh! calla!—dijo con terror Rodolfo—yo no haré ningun mal, ni daré paso alguno reprochable, trataré de correjirme, pero...yo no respondo de Octavio...si él insiste, yo me lavo las manos...

Rodolfo temia á Horacio, porque podía perderlo, pero la ejecucion del mal era un placer para él, y en aquel momento concibió el proyecto de seguir adelante con su idea, haciendo responsable de todo á Octavio.

—Rodolfo, tú sabes lo que te conviene; como amigo he hecho todo lo posible por conducirte por la senda del bien; ahora elije, entre tu perdicion y tu salvacion. Adios, y que *él* te ilumine.

Horacio abandonó, así, bruscamente, la casa de Rodolfo.

No bien aquel había caminado una cuadra, cuando Rodolfo salió precipitadamente en direccion á la casa de Octavio, con el objeto de ponerse de acuerdo para dar el golpe proyectado, teniendo buen cuidado de ocultarle la entrevista tenida con Horacio, por temor de que Octavio desistiera del plan.

Como se vé, ningun resultado habían tenido los esfuerzos laudables de Horacio para contener á Rodolfo en la senda criminal á que se había lanzado.

Oh! que golpe inesperado, íba á correr sobre la feliz y tranquila morada del anciano José Pinto!

La maldad de ciertos hombres nada respeta, y envuelve en las redes del dolor á las almas de los buenos, que tranquilos no preveen el mal y por lo tanto no pueden precaverse de él.

Rodolfo hizo lo que había prometido á Octavio.

El robo de los documentos tuvo lugar; Dios así lo permitió para castigar luego al criminal con todo el peso de su ley justiciera.

En la mañana del dia siguíente, se entabló la demanda ejecutiva, que vino á sorprender y á llenar de dolor al mísero anciano y á su pobre familia, por aquel asalto inusitado á su propiedad.

El pobre anciano se preparó á la defensa, y buscó sus documentos, pero...estos habían desaparecido!...

Un grito de agonía se escapó de sus lábios.

—Robados!...esclamó entre sollozos...

Doña Clara, junto á él, como una estátua contemplaba todo aquello como petrificada por el dolor.

—Nuestros nietecitos!...pobrecitos, qué será de ellos!...

Esclamaban los dos ancianos derramando lágrimas, preveían los daños que semejante cuestion podría atraerles y que quizás ocasionaria su desgracia y perdicion.

Aquel dolor era tan grande, que si Rodolfo lo hubiera presenciado en aquel momento, se habría sentido conmovido.

Los dos ancianos, pidieron fuerzan á Dios, y alentados por la fé esperaron el desenlace de aquel drama terrible.

CAPITULO VIII.

Redencion de una alma.

El mismo dia que se entabló el juicio, al caer la tarde, Horacio, conduciendo del brazo á Octavio, se dirijían ambos, á paso lento hácia la silenciosa mansion de los muertos.

Cuando llegaron á ella era la oracion; una atmósfera tíbia, perfumada con el aroma de las flores silvestres, contribuía á realzar la belleza melancólica de aquel parage solitario.

Los dos jóvenes encontraron la puerta del cementerio abierta; Horacio separándose, algunos pasos de su amigo encaminose á un pequeño rancho muy próximo, y al llamado que hizo con las palmas de la mano se presentó un hombre alto, seco de estraña figura, pero de rostro bondadoso y simpático; Horacio le diarijió algunas palabras, á las cuales el hombre contestó con una inclinacion de cabeza, y murmurando algunas frases pareció consentir gustoso á lo que el jóven pedía.

Aquel hombre era el guarda del cementerio.

—Podemos permanecer en este recinto el tiempo que gustemos.

Los dos amigos penetraron en la mansion de los muertos.

La ligera brisa mecía con suavidad los tallos de las flores que adornaban las tumbas, rodeándolas de poética tris-

teza; inclinadas hácia la tierra con misteriosa languidez, parecían agobiadas por una pena profunda, y al mecerse, á impulsos de la brisa, imaginábase oír jemidos y murmullos tristísimos, los cuales brotando de sus cálices perfumados, se confundían entre esos mil rumores misteriosos, producidos siempre al caer la tarde y cuando la Naturaleza se dispone acompañada de su brillante séquito á acallar sus acentos en el silencio del sueño, y en el misterio de las sombras...

Horacio y Octavio, impresionados por la solemnidad del paraje y de la hora, caminaban silenciosos por una calle de árboles corpulentos y sombrios cipres doblaron hácia la izquierda y ámbos se detuvieron ante un modesto pero bello sepulcro de mármol blanco, en el cual se leían grabados en letras doradas estos caractéres:

ALINA R. DE NARDALL

¡GLORIA A SU ALMA PURA!

—Madre mia!— esclamó su hijo Octavio con acento tembloroso por la emocion.

Al pronunciar estas palabras, cayó el jóven de hinojos ante aquella tumba venerada que encerraba restos tan queridos.

La soledad del sagrado recinto, la solemnidad de la hora y la presencia de aquella tumba, para Octavio tan querida, imponían al ánimo del jóven de la manera más profunda, parecíale ver á su madre levantarse del helado lecho donde yacía, para reconvenirle severamente por su mal proceder.

Octavio con la cabeza inclinada y el rostro entre sus manos, dejaba correr las lágrimas sin pensar en contenerlas, ellas parecían redimirlo, alentando su espíritu para el bien.

Horacio, que tambien había doblado la rodilla, se irguió con calma, y acercándose á su amigo inclinóse sobre él, y tomando una de sus manos con suavidad le dijo:

—Octavio, síentate en esta grada, tengo que hablarte en presencia de tu madre, por eso te he conducido á este sitio.

La voz de Horacio era solemne, dulce pero imponente. —Octavio le escuchaba con temor y respeto.

—Octavio, dijo Horacio con tono magestuoso y pausado, tus estraviadas acciones te han conducido al borde de un abismo, no han bastado para contenerte en esa senda fatal, ni mis consejos, ni mis súplicas, te has empeñado en seguir un camino afrentoso, y te has unido para ejercer el mal, á un miserable hombre que nada respeta y que holla con su profana planta todos los sentimientos mas sagrados, te has unido á él para perder una pobre familia, arrebatándoles el único sosten con que cuentan para el porvenir de sus infelices nietos! ¿Porqué Octavio has desoido mi voz, mis consejos de amigo, de hermano, y marchas por una senda tan estraviada? Ah! Octavio, tú has sido la causa de la honda desesperacion en que gimen esos pobres ancianos, á los cuales quereis arrancarles sus bienes! tú has hecho sufrir al padre de María con tu conducta, y este se ha visto en la dura necesidad de apartarte del trato de su hija, temeroso de que los envolvieras en una red de interminables dolores, y tú, lejos de desvanecer la pena de ese padre, te gozaste en ella, haciendo mofa de aquel sagrado dolor, no has dado un paso para tu bien, y tu sino fatal hace sufrir á todos los que tu corazon ama, á esa niña que solo sabe amarte y sentir, oh! todo cuanto á tí llega se torna en sombrio y fatídico! Aun es tiempo de que te arrepientas, de que te corrijas, Octavio, vuelve sobre tus pasos, ve que aceleras y precipitas la muerte de tu anciano padre, y abres la sepultura de ese pobre viejo infeliz, llenando de amargura y disgustos mortales sus últimos dias!...Octavio! Octavio! deten tus pasos, escucha mis palabras como dictadas por el alma de tu madre...corríjete, Octavio, pero haz ese propósito aquí, ante la tumba sagrada de la santa mujer que te dió el sér!...

Horacio calló, y Octavio preso de una terrible agitacion no podía hablar, tenía embargada la voz por el llanto, al fin dominando un tanto su agitacion y derramando aun abundantes lágrimas, cayó de hinojos y abrazando las rodillas de su amigo, esclamó:

—Horacio!..,por piedad, calla, calla amigo mío!...tus palabras despedazan mi corazon, porque ellas me revelan la maldad de que he hecho vergonzoso alarde...oh! Dios, perdon!... perdon, padre y madre mía! perdon!...

La voz de Octavio se estinguió ahogada por las lágrimas, que á torrentes subían del corazon á los ojos...

Horacio con el rostro cubierto con su pañuelo, lloraba tambien.

Conmovedora escena!

La redencion de una alma había tenido lugar en aquel momento solemne.

El espíritu de Alina, debió recoger en su seno las lágrimas del arrepentimiento de su desdichado hijo.

La voz de Octavio se dejó oir de nuevo:

—He sido un miserable, Horacio—dijo el jóven con síncera espresion—pero, juro ante las cenizas sagradas de mi madre, volver sobre mis pasos y marchar siempre con rectitud, por la senda del bien!

—Octavio,—dijo Horacio con solemnidad, estendiendo su brazo sobre la tumba de la madre de su amígo—que *ella* recoja tu juramento, y si faltas á él que su maldicion descienda sobre tu cabeza...

Octavio estendió de nuevo su mano, y con voz segura repitió el juramento, sobre la tumba de su madre.

Horacio contempló á su amigo por un momento, con cariñoso interés, y luego poniéndose de pié dijo con grave é imponente acento:

—Alina de Nardall, que tu bendicion descienda sobre la cabeza del hijo arrepentido! . . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

A la caida de la tarde del dia siguiente, Rodolfo Soriano, se encaminó á la casa de Octavio, y penetrando á ella, como acostumbraba hacerlo, sin llamar, llegó sin tropiezo alguno hasta la habitacion de Octavio.

La puerta estaba entornada, empujóla y entró.

Octavio estaba vuelto de espaldas á la puerta, volvióse bruscamente al ruido que hizo esta al girar sobre sus gonzes y á la vista de Rodolfo palideció.

—Salud!—dijo Rodolfo con desenfado.

—Buenos dias—contestó Octavio balbuciente.

—Vengo,—dijo Rodolfo, sin fijarse en la impresion desagradable que su presencia había producido en Octavio—á decirte que es necesario un nuevo golpe para completar el primero y espero me ayudarás.

—Te equivocas,—repuso Octavio con presteza—estoy decididamente resuelto á desistir de ese criminal proyecto que en tu compañía he llevado á cabo, renuncio á él, avergonzado de haber descendido á la baja esfera del mal, y te aconsejo por tu bien, hagas lo mismo que yo: vale más la tranquilidad de la consciencia que todos los tesoros del mundo.

—Bravo!—esclamó Rodolfo con irónica sonrisa, y tratando de disimular su rabia—Veo que Horacio te gobierna á su antojo—já! já! eres un chiquillo! pero la culpa es mia que me fié de tí, no recordé que te faltaba la enerjía de un hombre de temple, pero que tenías en cambio la debilidad de una mujer...

—Desdeño tus burlas, y tus groseras palabras; júzgame como quieras y te prevengo, que hemos concluido Rodolfo.

Octavio se puso de pié, y con digno ademan señaló la puerta á Rodolfo.

Mordióse los lábios este, hasta hacerse brotar sangre, y lanzando á Octavio una mirada terrible, preñada de amenazas, salió del aposento con paso precipitado, murmurando algunas palabras ininteligibles.

CAPITULO IX.

El castigo.

Aquella misma noche ocurrió un hecho horrible.

A eso de las doce y media, se vió envuelta entre

llamas la casa del desventurado anciano, Don José Pinto; el espanto y la confusion se apoderó de toda aquella familia; oíanse por do quier gritos de dolor, esclamaciones de espanto y llantos desgarradores.

El autor del incendio había sido descubierto y llevado preso.

Era Rodolfo Soriano...

Levantóse un sumario, y púsose incomunicado al presunto criminal.

El pueblo estaba indignado.

El incendio consumió todo el edificio, pero por fortuna Don Jose Pinto logró salvarse de las llamas, con toda su familia.

Dios que núnca deja sin castigo á los malvados, había dispuesto que al robar Rodolfo los documentos de D. José, dejára aquel sin ver otros de más importancia. que salvaban al anciano de la usurpacion que Rodolfo tendía hacer de sus bienes.

Don José Pinto, en un principio había creido todo perdido, pero al hallar aquellos otros documentos en el rincon de un armario casi abandonado, el pobre anciano vió su salvacion en tan preciosos papeles.

Sabido esto por Rodolfo, desesperado por aquel terrible fracaso, que ponía en peligro su individualidad, avezado ya en la senda del mal, no retrocedió ante un nuevo crímen, é incendió la casa de Pinto con el ánimo de que en él pereciera toda aquella familia, que por su desgracia había encontrado en su camino un hombre tan funesto.

El lector recordará que Rodolfo, había ido á proponer á Octavio una segunda perfidia, un nuevo crímen, mas Octavio regenerado, y vuelto á la senda del bien, no solo rechazó la proposicion de Rodolfo, sinó que rompió la amistad que á él le unía.

Rodolfo, no se desanimó, y avanzando siempre guiado por el espíritu del mal, cometió el nuevo atentado de que acabamos de ocuparnos.

Al cabo de algun tiempo, sustanciada la causa, la justicia condenó á Ricardo á prision perpétua, pues á más de aquel último crímen, se encontraron en los archivos otros antecedentes no ménos dignos de un severo castigo.

Ricardo jamás había querido escuchar la voz de la razon

y he ahí porqué caía sobre él todo el peso de la justicia.

Ese es el fin natural de todo malvado; de todos aquellos que, desoyendo la voz de su conciencia, se precipítan en la senda del mal, sin preveer que caminan al borde de un abismo, dentro del cual sucumben precedidos de la excecracion de los hombres honrados.

CAPITULO X.

Desenlace feliz.

Ha trascurrido bastante tiempo despues de las escenas narradas.

Todos los personages de nuestra historieta se hallan hoy en N...

Don Rafael Montero, Don Jacinto Nardall, María y Octavio habitan una bonita casa de la calle de...

María y Octavio son dos amantes esposos; regenerado éste, Montero consintió en dar á su hija por esposa á Octavio.

Horacio, en compañía de su madre, se halla instalado tambien en la ciudad.

Justa Nardall, hoy casada tambien, no se ha correjido de los defectos terribles de su carácter; así pues, continúa siempre atisbando cuanto pasa en la vecindad, para así tener tema para sus conversaciones.

Octavio se contempla dichoso en compañía de la virtuosa María; al disfrutar de un bienestar moral tan envidiable, rejenerado desde aquel dia memorable en que juró sobre la tumba de su madre, caminar recto por la senda del bien; desde entónces sintióse otro; su corazon se ensanchó, su alma indiferente ántes, amó despues, á todo cuanto le rodeaba, viendo hasta en el menor detalle de las cosas, la divina mano de Dios.

Al contemplar su dicha, no cesa de dar gracias á su amigo Horacio, lo mismo D. Jacinto Nardall, orgulloso de las bellas cualidades que ahora se revelaban en su hijo, despues de haber desaparecido de este, las sombras que antes velaban su alma.

—No hay mérito en mi conducta—contesta Horacio conmovido—cumplí con un deber que me dictaba la conciencia al mismo tiempo el cariño de hermano que profeso á Octavio. Feliz me considero por el resultado obtenido!

CAPITULO XI.

Dos palabras más

Don José Pinto vió sonreír de nuevo, en el seno de su hogar, la dicha que la maldad de un hombre intentó arrebatarle; y conocedor de todas las escenas que hemos narrado, no cesaba de ofrecer estos ejemplos á sus nietos, exhortándolos á cumplir siempre con los deberes que Dios impone, y concluía diciéndoles:

—Si alguna vez, hijos míos, alguno de vosotros, por desgracia se viera arrastrado por una pendiente tan fatal, invocad el nombre de Dios, y dad oidos á los qne intentáren correjiros; siguiendo siempre los consejos que os guíen hácia el bien, apartándoos y despreciando los que quieran conduciros al mal, tened presente siempre los ejemplos que os he ofrecido, y ellos os servirán de saludable apoyo, pues: «no hay felicidad «posible, si la conciencia no está pura y el alma limpia co«mo la magestad del grande y poderoso Dios que la ha for«mado.»

Fin del Libro III.

LIBRO CUARTO

PERDONAR LAS INJURIAS

PERDONAR LAS INJURIAS

> El perdon de las ofensas es la más noble de las venganzas.
>
> (Jesucristo.)

CAPITULO I.

La huérfana

En un pintorezco pueblo de la R. Oriental, cuyo nombre no hace al caso, es donde principia nuestra historia.

En una de sus principales y alegres calles tenía su casa habitacion Doña Ana S. de Soldevilla, donde vivía con su hija única, Marcelina, lindísima jóven de diez y nueve primaveras.

Tres años ántes de la fecha en que se hace este relato, Da. Ana había quedado viuda de un acaudalado comerciante, muerto en lo mejor de su edad.

Era Da. Ana una señora de regular estatura, de rostro antipático, sin ser feo, quizá porque la dureza de su corazon parecía reflejarse en sus facciones rígidas y duras. Su mirada fría y altanera, solo se animaba cuando la cólera vestía de púrpura su tez morena, sucediendo esto con frecuencia, pues

Da. Ana no solo tenía un caracter terrible, sino tambien un corazon muy malo.

Sucede que muchas veces, se cree que una persona de mal carácter, de génio aspero y gruñon, posée mal corazon; pero, por regla general no sucede así; tras un carácter aspero suele ocultarse un corazon de oro; todo lo contrario ocurre con alguna frecuencia por desgracia, en personas de carácter blando y callado, de génio manso, en la apariencia, las cuales ocultan un corazon de hiena, siendo lobos con piel de cordero.

Otras hay, que son lo que aparecen, y francamente, optamos por estas; si son malas, nos place verlas desnudos de toda hipocresía; si buenas, nos alegramos de que en su carácter se reflejen las bellezas de sus almas nobles.

Doña Ana era la personificacion del primero de estos últimos típos que acabamos de diseñar; era mala y no lo ocultaba, porque su carácter se oponía á ello, pero lo peor del caso era que ella no reconocía en si esa maldad; creíase un dechado de perfecciones morales; así pues no es de estrañar que no tratára de ocultar los arranques nada bellos de su carácter.

Marcelina, su hija, aunque muy linda, como dijímos, su belleza era solo física, siendo moralmente una fiel edicion de su madre.

El carácter de la jóven, era más retraido que el de Da. Ana, aunque con poca diferencia; Marcelina era caprichosa, envidiosa, voluntariosa, y se irritaba terriblemente á la más lijera contradiccion que se le hiciera; pretendía siempre tener razon en todo cuanto se discutía, sin confesarse vencida jámas aún cuando verdaderamente lo estuviera. Se gozaba en martirizar á todos cuantos por desgracia estuvieran próximos á ella, y constantemente el sarcásmo y hasta la injuria estaba en sus lábios. Demasiado orgullosa por su hermosura y por la fortuna cuantiosa que su padre al morir le había dejado, Marcelina era lo mas insoportáble en su trato.

No obstante estos defectos, atraidos por su hermosura física, y sobre todo por su fortuna, vagaban de continuo cerca de la jóven ocho ó diez prentendientes, á cual de ellos más ávidos por atrapar la fortuna que Da. Ana guardaba con cautela en el fondo de sus arcas.

Marcelina era alta, de formas redondas y bellas; su cutiz blanco y fino; sus cabellos de un castaño muy claro, tenía

reflejos dorados, sus ojos eran azules, y bien razgados; de un mirar vivo y penetrante, veíase en ellos sin embargo transparentada la espresion de la dureza de su alma.

Marcelina era bella, pero no, perfectamente, pues para serlo le faltaba en su rostro de mujer, esa ternura y suavidad cariñosa y espresiva en la mirada, sin la cual la mujer, no puede llegar á la perfeccion de la belleza, apesar de la hermosura de sus contornos, y de la bella delineacion de su rostro.

Los ojos, dígase lo que se quiera, son los espejos del alma.

Cuando esta es bella, la mirada adquiere una espresion tal, que ilumina el rostro de una manera especial.

Es tan bella una mirada dulce, cariñosa, en la que se refleja un mundo de sentimientos grandes y elevados!

En la misma casa de Doña Ana, vivía en compañía de esta, una sobrina huérfana, hija de una hermana de aquella.

Doña Ana haciendo alarde de un sentimiento de caridad que á la verdad no poseía, recojió á su sobrina, que á la muerte de su madre había quedado en el mayor abandono. Proponíase la viuda, utilizar los servicios de la huérfana.

—Tendremos en ella,—había dicho Doña Ana á su hija —una servidora gratuita; despidiré á la mucama, y ella la reemplazara; además nos ayudará en todo, porque mi sistema es la economía; quiero que el dia que te cases, lleves un buen dote; así pues, Angélica nos servirá, y yo ahorraré mi dinero.

Angélica se llamaba la sobrina, como se vé, no era la caridad la que le había movido á recojer á la hija de su hermana, sino su conveniencia particular, pues pensaba hacer pagar caro á su sobrina el hospedaje que le brindaban.

Angelica no era tan bella como Marcelina, pero si infinitamente más simpática que esta; tenía dos años ménos que su prima; sin embargo la igualaba en estatura; más delgada que Marcelina, era esbelta sin exageracion, muy blanca, pero de una blancura sonrosada, animada, con espresion; sus cabellos perfectamente negros, su boca y nariz regular, su frente espaciosa aunque no en demasía, y por último unos bellisimos ojos negros, grandes y razgados, guarnecídos de tupidas y larguísimas pestañas.

Aquellos ojos húmedos, adormecidos, ora tristes, ora languidos, siempre espresivos, llenos de vida y enchidos de

cariñosa dulzura, revelaban un mundo de ternura y de sensibilidad.

En los ojos de Angélica se trasparentaba su alma virginal, su corazon bondadoso, ajeno á todo rencor, incapaz de abrigar un mal pensamiento.

Marcelina vió en aquella pobre niña de 17 años, una nueva víctima; desde el primer dia de su residencia en aquella casa, Angélica comenzó á sufrir todos los efectos del invidioso y malvado corazon de su prima.

Doña Ana, no dió el más ligero descanso á su sobrina. Segun sus cálculos, despidió á la mucama, y encargó á Angélica no solo de las ocupaciones de aquella, sinó de todos los quehaceres que la pobre jóven podía desempeñar aunque con grandes fatigas.

Angélica planchaba y cosía toda la ropa de la casa; arreglaba las habitaciones, y servía á Doña Ana y á su hija ni más ni ménos que una criada, á y pesar de que la pobre jóven jamás profería una queja, ni murmuraba palabra alguna de enojo, Marcelina y su madre no cesaban de ultrajarla y martirizarla, burlándose hasta de sus menores movimientos y más insignificantes palabras.

Angélica era la primera que se levantaba, siendo la última que se recojía, y era este el momento anhelado por ella, la única hora en que disfrutaba de descanso y quietud, y en que podía entregarse líbremente á sus tristes pensamientos.

La habitacion de Angélica era la última de la casa, y mientras en las otras se ostentaba un lujo deslumbrador, en el humilde aposento de la huérfana todo era sencillo y hasta miserable.

Las habitaciones son el reflejo de sus habitadoras, en cuanto á el alhajamiento de ellas. El aposento de Angélica era bello por su sencillez, y poético por la gracia y elegancia que se notaba hasta en los menores detalles.

La pequeña habitacion de Angélica tenía una ventana que daba al jardin de una casa vecina; esta circunstancia había proporcionado á la huérfana un precioso consuelo en medio de sus dolores. Más adelante nos ocuparemos de él.

CAPITULO II.

Marcelina—Reflecciones.

Hallábase Marcelina comprometida para su casamiento con su primo Enrique Peña, aun cuando no se había fijado el dia de las bodas. En honor á la verdad diremos que ni Enrique ni Marcelina tenían gran empeño en apresurar aquel enlace. Sucedía todo lo contrario respecto á Doña Ana, cuyas miras interesadas veían en Enrique un futuro inmejorable. El jóven era rico, y tenía la buena cualidad, entre muchas malas, de ser desinteresado; este convenía á Doña Ana, y no veía la hora de que se efectuáse aquella union, aunque, como dejamos dicho los jóvenes no se apresuraban, por la sencillísima razon de que no se profesaban gran cariño.

Marcelina había consentido en dar su palabra de casamiento á su primo, porque veía en aquel casamiento la libertad que ambicionaba. Entónces, se decía ella, nadie tendrá derecho á pedirme cuenta de mis acciones.

Marcelina se equivocaba. Al salir de la tutela de su madre, su deber de esposa honrada, le imponía tanto ó más sérios deberes que cumplir; no sería dueña de sus acciones más que para obrar bien y debería sumision y amor al esposo que Dios le daba.

Pero Marcelina educada por una madre que olvidaba ó desconocía sus deberes, pensaba formar un hogar igual á aquel en que ella se había criado.

En cuanto á Enrique, seducido por la belleza de su prima, creía amarla, y por esto la había pedido en matrimonio; por lo demás, cuando presenciaba los arrebátos de cólera de su prima, cuando veía algun acto que demostraba claramente el mal corazon de Marcelina, se decía: « no hay cuidado, cuando

sea mi esposa, yo le impondré mi voluntad, y á la fuerza ó por el rigor, tendrá que obedecerme.»

Enrique se proponía ser uno de esos maridos que se asemejan á los niños mal criados y pésimamente educados, que envalentonados, voluntariosos y tercos, pretenden gobernar sin saber y dirijir las cosas sin comprenderlas.

Enrique ignoraba que una esposa no es una esclava, sino una compañera, una amiga que Dios pone en el camino del hombre, para endulzar sus penas, para alentar y dar vida á su hogar; Enrique no sabía cual era el lugar digno y elevado que debía dar á su esposa, á la que sería madre de sus hijos, no lo sabía, porque nadie se había cuidado de enseñárselo; así pues, creyendo que iba á recibir una sierva y no una esposa, se disponía desde ya á mandar y exijir obediencia absoluta, momento muy anhelado por esta clase de niños grandes, que, puede decirse, salen del seno materno, para gozar á su manera con el manejo de un *gobierno* brutal y despótico.

Desgraciada la mujer que le toque un marido semejante! desdichada si no tiene prudencia, mansedumbre, y sobre todo muchísimo amor hácia su esposo, para poder sostener las luchas domésticas que el marido *niño* y voluntarioso, empeñase para su propio mal!

¡Cuán necesaria es la intervencion de las madres, sus consejos sanos y rectos, en la infantil edad, para formar corazones nobles y generosos!

Si una madre ejemplar, hubiera dirijido las primeras impresiones de Enrique, inculcando en su alma sentimientos generosos y nobles, otras serían indudablemente las ideas que hubieran tenido asiento en su mente y formado con sólidos cimientos su corazon pero desgraciadamente, Enrique careció de ese precioso apoyo en su primera edad, y adoptando ideas creadas por imaginaciones estraviadas, confesaba resueltamente, que se consideraba un hombre superior y fuerte . . . con estas cualidades, poseía, segun él, lo principal para educar á su esposa. . .

Error!

Segun este principio, si una mujer al dar su mano de esposa, adoleciera de los defectos que tenía Marcelina, debía correjírsele con la fuerza brutal y el despotismo?

Semejante maestro acabaría de pervertir la discípula. El medio más noble y digno de que debe valerse el esposo, no

es el de la tiranía, la violencia ni el rigor, sino el de la dignidad y la dulzura, la tolerancia generosa unida á la fortaleza moral de una alma sensible y de un corazon amante

Un marido déspota y duro, jamás es estimado en la sociedad, por el contrario, se le tiene adversion y antipatía y más cuando por las desigualdades de su carácter desapacible, no puede reprimir ni en sociedad sus arrebatos de cólera, llegando hasta perder el cariño de su esposa.

Refiriendo la escritora Sinués de Marco, respecto á esta clase de hombres, una escena que ella misma presenció, dice así:

«He visto, no hace muchos dias, á una mujer jóven, bella y virtuosísima, ultrajada por su marido ante un gran número de personas, y digo ultrajada, porque sin motivo alguno la desmintió con una insolente é irritante grosería.

La pobre jóven, al oirle, se quedó pálida como la muerte» un instante despues un encarnado ardiente vistió desde su frente hasta su cuello: su seno palpitó con violencia: sus ojos lanzaron un relámpago deslumbrador... ¡qué terrible lucha tenía lugar en su corazon! Todos los ojos estaban fijos en ella... y todos se miraron con asombro cuando ella, pasando una mano por sus ojos, como para no ver, dijo con acento dulce y sumiso á su brutal marido:

—Perdona, amigo mío... me habré equivocado.

¡Qué gran victoria consiguió aquella mujer sobre sí misma! ¡Cómo se leía la admiracion de los presentes en sus semblantes! ¡Y qué triste papel el del marido déspota y grosero!»

No creais, lectoras mías, que la señora Sinués de Marco se refiera á personas de la clase ordinaria de la sociedad, nó, habla ella de las que se titulan personas decentes, de alta clase. No es de estrañar la escena referida; las personas mal educadas, de ruines y bajas ideas, se revelan á cada instante ultrajando á todos los que les rodean, especialmente á los de su familia: la educacion, la cortesía y la moralidad son más necesarios en el seno de la familia que en ninguna otra parte, porque esas cualidades son las que más contribuyen á mantener la paz y la felicidad en el seno del hogar.

Pero nos hemos desviado de nuestra historia, llevadas por nuestras ideas moralistas.

Continuémosla.

CAPITULO III.

Las dos amigas

Eran las ocho de la noche de un dia de primavera.

En el comedor de doña Ana de Soldevilla se halla esta, Marcelina y Angélica; doña Ana lee, su sobrina cose, y Marcelina juega distraidamente con un diminuto ramo de jazmines.

De cuando en cuando doña Ana levanta la vista del libro, dirijiendo una mirada al reloj que se halla al frente sobre la chimenéa de mármol, y luego mira á Angélica con ceño, como contrariada de no tener ocasion de reprenderla: Angélica trabaja activamente sin levantar la vista.

—Cuánto tarda Enrique!—esclama doña Ana, despues de haber consultado el reloj por vijésima vez.

—Me dá lo mismo que venga, como que nó!—repuso Marcelina, encojiéndose de hombros con indiferencia.

—Marcelina!—esclama doña Ana con mal disimulado enojo, —Enrique debe ser en breve tu esposo, y por lo tanto no puede serte indiferente...

—Mamá, bien sabes tú que no le quiero, si me caso con él, no es por amor...

—Y porqué?—preguntó la viuda, ya no pudiendo contenerse.

—Porqué...tú lo quieres, y...en fin, porque lo mismo se me hace casarme con él que con cualquiera otro!

Doña Ana se mordió los lábios, pálida de enojo, é iba á replicar, cuando Marcelina esclamó con irónico tono, dirijiéndose á su prima Angélica, que durante este corto diálogo había permanecido en silencio:

—¿Qué opinas tú, mosquita muerta; no te parece que Enrique no es hombre como para inspirar un grande amor á nadie?

Angélica levantó la vista de su costura, y sus ojos se en-

contraron con los de Doña Ana que despedian rayos de enojo, dispuesta al parecer, á saltar sobre su sobrina si esta osaba á contrariar su voluntad.

Sonrió la jóven tristemente y con voz dulce y suave contestó á su prima:

—Creo, Marcelina, que Enrique es un digno caballero, y sobre todo que te ama mucho...

—Cálla! no hablas sino para decir disparates! ¡dijo Marcelina irritada.

—Pedíste mi parecer prima, y te lo he dado...— contestó Angélica inclinándose de nuevo sobre su costura.

—Enrique te quiere cada dia más,—dijo Da. Ana abogando de nuevo en favor del jóven.

—Y yo cada dia le tengo más adversion—contestó Marcelina de mal humor.

—Pues es claro!—dijo Doña Ana estallando, y arrojando sobre la mesa el libro que leía—ya te ha cautivado ese millónario vanidoso y fátuo de Cárlos Albadeoro; pero yo pondré remedio á todo esto!

Al oir el nombre de Cárlos Albadeoro, Marcelina se irguió en su asiento, y Angélica, inclinándose más sobre su costura, fué presa de una estraña agitacion hasta el punto de hincarse con la aguja; un subido carmin vistió su bello semblante, pero nadie felizmente notó esta turbacion.

—Y bien?—esclamó Marcelina, fijando una intensa mirada en su madre—es cierto, no amo á Enrique, y... siento una grande inclinacion hácia Cárlos Albadeoro, y permíteme, mamá, que te diga que solo á él entregaría mi mano gustosa...

—Oh! eso no sucederá, porque yo no lo quiero! además, dices que amas á ese jóven—pero quién te ha dicho á tí que él te corresponda?

—Cómo mamá!—esclamó Marcelina admirada—supongo que no créerás que los paseos que hace por nuestra calle, y las miradas que aquí dirije, vayan dedicadas á *esa*!

Marcelina acentuó esta última frase con desprecio, indicando al mismo tiempo con el gesto á su silenciosa prima.

—No digo eso,—esclamó Doña Ana con el mismo tono, de humillante desprecio que había usado su hija—quién va ocuparse de ella apesar de sus ridículas pretensiones?

Dos lágrimas silenciosas rodaron por las mejillas de Angé-

lica, arrancadas por las duras frases de su tía, que rectas habían ido á herirla en medio del corazon.

—Llóras?—preguntó Doña Ana con burla—qué sensible es la duquesa!

—Lágrimas de cocodrilo mamá, por finjirse víctima, para que Enrique la vea, si llega á entrar, y hacerse luego la muy entristecida por ver si él se toma la molestia de consolarla?

Marcelina lanzó una carcajada esclamando:

—Has errado la vocacion, hija, naciste para las tablas!

Angélica no murmuró ni una frase de queja, pero sus lágrimas siguieron corriendo silenciosas, aunque hacía esfuerzos por contenerlas.

—Vamos! basta de llorisqueos! vete á tu cuarto; no tenemos necesidad de presenciar comedias, ea! vete!—Doña Ana al decir estas palabras, obligó de un modo brusco á la infeliz Angélica, que salió de la habitacion con el corazon destrozado y vertíendo raudales de llanto,

La jóven se dirijió á su aposento con vacilante paso, penetró en él y cerrando con llave la puerta, cayó de rodillas ante una imágen de Jesus, esclamándo, con las manos juntas-

—Señor! Señor! dadme fortaleza, humildad y resignacion para sufrir!... madre mia! vela por tu desventurada hija, y guíala por la senda del bien!....Dios mio!...protéjeme!...

Dos golpesitos dados á la ventana que caía al jardin vecino, interrumpió la plegaria de la hermosa huérfana.

La jóven se levantó vivamente, apagó la luz, corrío á la ventana y la abrió con precausion.

La plácida y argentada luz de la luna bañaba el jardin; junto á la ventana, se destacaba la gentil figura de una mujer jóven y hermosa.

—Angélica!...

—Clara!...

Dos besos resonaron en los ámbitos de la pequeña habitacion.

Por la conversacion que entablaron las jóvenes, la lectora saldrá de su curiosidad, y conocerá á Clara.

—Lloras, mi Angélica! que te pasa?—preguntó con dulce acento la jóven del jardin, llamada Clara, y pasando su brazo al rededor del talle de la huérfana.

—Sí, lloro, oh! Clara adorada, soy desgraciada, pero más

lo sería, si no tuviera el consuelo de tu amistad, para mí tan preciosa!

—Pobre amiga!—esclamó Clara, con voz alterada por las lágrimas—cuanto sufres, rodeada de personas que no te comprenden, de gentes ordinarias, que te ultrajan, y se mofan hasta de tus más nobles pensamientos! yo Angélica mia, me considero dichosa de poder aliviar, aunque en muy poco, tus pesares! gozo en acariciarte, y en prodigarte las demostraciones de mi cariñosa amistad!

—Clara! tu eres muy buena! muy noble! y gracias á tu cariño mi corazon se mantiene fuerte para sufrir...ah qué hubiera sido de mí, sin tu amistad, Clara? habría muerto de pena!

—Dios y tu madre velan por ti Angélica, tienes una prueba de ello en el principio de nuestra amistad, que empezó de una manera tan casual como inesperada...

Ah! si,—esclamó Angélica estrechando con fuerza las manos de su amiga.—recuerdo que era un dia hermosísimo y que anhelando ver entrar en mi cuartito un rayo de sol, abrí esta ventana, tomando la precausion de cerrar la puerta, pues mi tía y mi prima me habian prohibido terminantemente que jamás abriera aquella...

—Si,—dijo Clara interrumpido á su amiga—ellas no pueden ni vernos, tal es el odio que nos tienen, ya conoces la causa, entre mi familia y tu tía media un pleito hace algunos años, y el origen de la discordia es esta ventana; mi padre ha exijido que se condene porqué dá á su propiedad y tu tía se ha negado siempre á ello, no porque la ventana le haga falta alguna, sino por el placer de incomodar, pór el gozo que esperimenta riñendo con todo el mundo...oh! la conoces muy bien!...pero ahora bendigo las circunstancias que han mediado, pues debido á ellas puedo disfrutar hoy la dicha de tenerte de amiga!

Los rostros de las jóvenes se unieron, y un ósculo de fraternal cariño dejóse oír de nuevo.

—Continúo,—dijo Angélica en voz baja y dulce,—al abrir la ventana un dorado rayo de sol inundó de luz mi humilde aposento, gozosa por esto, quedéme extasiada contemplando la belleza de tu jardin y aspirando con delicia el perfume de las flores, que una brisa fresca y suave hacía llegar hasta mí; en esta contemplacion estaba cuando te distinguí entre los árboles del jardin, y como ibas aproximándote, temí fueras á disgustar-

te por mi curiosidad; entorné las hojas de la ventana, no tardando tú en alcanzarme á ver, fijando en mí tus bellos y espresivos ojos; no sé lo que sentí, pero al verte, me figuré que te conocía; tu lindo rostro me era familiar, porque la simpatía se despertó en mí á tu primera mirada, sin acertar á dar un paso, quedé como clavada junto á la ventana.

Mientras tanto, tú seguías avanzando, llegando muy próxima al sitio dónde yo estaba.

Sin darme cuenta de ello te envié un saludo acompañado de una sonrisa; tu semblante demostró sorpresa y curiosidad, y al mismo tiempo una marcada espresion de tierna bondad; llevabas oh! no lo olvido, en la mano una rosa recien arrancada de su tallo, y con una sonrisa y espresion que siempre conservaré en mi memoria me la presentaste diciéndome:

—Acepte Vd. esta flor señorita; ella hará un efecto bellísimo colocada entre sus hermosos cabellos.

Te dí las gracias balbuciente y sorprendida.

Tú me preguntaste entónces, si yo era parienta de doña Ana Soldevilla y al escuchar mi respuesta me miraste con cariño pero con pena; me compadecías mi Clara, pero yo entónces no lo comprendí inmediatamente.

Conversamos algunos instantes, cada momento con más franqueza, impelidas por la simpatía mútua que ambas habíamos esperimentado; al fin nos separamos, no sin que antes tú me pidieras que guardase silencio sobre aquella escena; te obedecí, nada dije, y esta reserva, me permitió la dicha de verte todos los dias; los lazos de una dulce amistad unió nuestros corazones bien pronto, y hoy Clara y Angélica más que amigas, son dos hermanas!

—Oh! sí, mi Angélica querida, dos hermanas que se aman con ese dulce afecto fraternal! solo la simpatía puede unir dos corazones tan estrechamente; la simpatía, preludio del amor del alma, de la amistad tierna, que brota en las almas sensibles, rápido como el paso de la centella en el espacio, como la carrera de una estrella en el firmamento!

¡Qué amistad tan bella lectora, la de aquellas dos amigas!

Permitidnos lectora amada; dedicar en estas páginas un recuerdo de tierno cariño á una amiga querida.

Al trazar nuestra pluma las bellísimas frases de amistad y simpatía, imposible nos sería proseguir sin antes consignar en

estas páginas un nombre tan dulce como querido para nuestro corazon.

Adela Castell! este es su nombre! así se llama la dulce y tiernísima poetisa, la hermana adorada de nuestra alma la virtuosa querida amiga que el destino quizo depararnos en compesacion de las amarguras y dolores que por ley natural afligen el corazon humano formando la cadena de la vida. Adela! nombre cien veces amado, y cien veces grabado en el fondo de nuestra alma! Afecto purísimo é inquebrantable que ni la muerte logrará borrar, porque es obra de Dios!

Las afecciones del alma son siempre grandes é inmortales como esta.

La simpatía la dulce simpatía hízonos conocer á Adela y la amamos como se ama lo más íntimo lo que más querido.

La distancia nos separa, pero las comunicaciones de nuestra cariñosa amistad, nunca son serán interrumpidas.

Amistad escepcional en esta época materialista, amistad pura, firme é ingenua, dispuesta al sacrificio si ese sacrificio ha de tener por resultado la felicidad ambicionada para el ser que amamos.

Perdona lectora, estas espansiones: son desahogos del corazon, confidencias del alma, que nos atrevemos á confiaro seguras de vuestra bondadosa benevolencia. En nada pueden dañaros nuestras palabras, ni tampoco causaros enojo, por el contrario, al contemplar la felicidad que nuestra alma esperimenta con la amistad de una amiga llena de perfecciones morales, quizá os sintais dispuestas é inclinadas á buscar una amiga que os pueda brindar una amistad como aquella, que sale de la esfera de la vulgaridad, porque el sér que la inspira está lleno de méritos, porque es inteligente, bueno, solicito, cariñoso y consecuente.

Quiera Dios que si no poseis una amiga como aquella, la hallais presto, para complemento de vuestra dicha; entónces reconocereis la sincera verdad de nuestra palabras.

La amistad íntima é ingenua es un bien del cielo!

Oid lectora, lo que la escritora Sinués de Marco escribe acerca de la amistad: «Nunca se deben confiar á otra persona ni pensamientos ni sentimientos, hasta estar bien segura de que los pueden comprender, ni jamás debe darse el dulce titulo de amiga una mujer, más que á la que ha dado mues-

tras de merecerlo; hay penas y alegrias que no deben dividirse con ningun sér indiferente, con ninguna persona de cuyo afecto no estamos completamente seguros. Mas si debe procederse con mesura ántes de dar nuestra amistad, una vez concedida, no se debe huir ante ninguno de los sacrificios que esta amistad impone.

Se deben disimular á una amiga todos aquellos defectos que, no naciendo del corazon, no pueden lastimar el nuestro; porque la indulgencia y la moderacion son las principales cualidades de una mujer distinguida y que se estima á si misma. He notado mil veces que la amistad más acendrada ha nacido de los mas extraños contrastes; y todos los dias estamos viendo amigos unidos por el más tierno afecto, que son diferentes en carácteres y costumbres.

Pero en nuestro sexo, entre las mujeres, la amistad es mas difícil, y casi pudiera decirse que es imposible; porque la emulacion quebranta el afecto apenas este ha nacido, ó la irreflexion hace ofrecer un cariño que en breve se conoce que es imposible dar, ya por incompatibilidad de caracteres, ya por convencernos de que las bellas prendas que suponiamos no existian más que en nuestra imaginacion entusiasta.

Es pues, mil veces preferible á sufrir un desengañó el reflexionar ántes de ofrecer nuestra amistad, y estar seguras de que la persona que á primera vista nos parece simpática, es—á lo ménos por las cualidades del corazon—digna de ella; porque no hay nada más ridículo que esos lazos, tan pronto formados como llegados á su más íntima estrechez, y que se rompen en breve, con un estrépito que hace formar mala idea del carácter y del corazon de la mujer.

La amistad á nada se puede comparar cuando está basada en profunda y verdadera estimacion.

La historia guarda en sus páginas la memoria de dos mugeres, que toda su vida estuvieron unidas por la amistad más tierna y más pura: Isabel Wolf y Agata Decken, fundadoras de la novela en Holanda; cultivaron juntas las letras, juntas escribieron, y vivieron juntas desde que la viudez de la primera la dejó sola en el mundo: esta union fué tanto más admirable, cuanto que, á las rivalidades femeniles podrían unirse las literarias y la emulacion que estas llevan siempre consigo; pero léjos de ser así, vivieron siempre unidas con la más cariñosa amistad, y la vida arreglada, piadosa, ejem-

plar que llevaban, les conquistó el afecto universal, á la vez que una admiracion verdadera por las obras de su ingenio.

El día 5 de Noviembre de 1804 murió Isabel, y Agata no pudo sobrevivirla, pues habia perdido á su esposo y á sus hijos; Agata miró lá muerte como el último de los beneficios que Dios podia enviarle, y dió, muriendo, á su amiga la postrera y tierna prueba del dulce y profundo afecto que las habia unido, tan raro entre dos mujeres, y quizá único entre dos mugeres escritoras.

Algun tiempo despues, la sociedad de Ciencias y Artes de Amsterdam, queriendo tributar un homenage público á sus virtudes y talentos, honró la memoria de las dos amigas, celebrando unos magníficos funerales, á los cuales asistieron cuantas personas distinguidas en todo género residian en aquella gran ciudad.

Es de suponer que entre estas dos señoras habría algunas desigualdades de carácter, algunas disidencias de gustos é inclinaciones; pero es de suponer tambien que una ú otra se dispensarían, tolerándose mútuamente, sus defectos en gracia de sus buenas cualidades.»

Hasta aquí la simpática María del Pilar.

Pero, no divaguemos más, sigamos nuestra historia; porque si continuáramos hablando de la amistad, llegaríamos á decir tanto que por fuerza nuestras lectoras habrían de fastidiarse.

Volvamos á las dos amigas Angélica y Clara, esos dos ángeles de la tierra que se comunicaban con el perfume de sus almas.

—Ten valor Angélica,—decia Clara,—para sufrir los malos tratamientos de Doña Ana y de su hija; no en vano has confiado y esperado en Dios; Cárlos Albadeoro. . .

—Oh! cálla! esclamó Angélica con temor, dirigiendo los ojos en torno suyo, temerosa de que alguien oyera las palabras de su amiga.

—No temas, nadie nos escucha; Cárlos hará tu felicidad, Angélica, porque es muy bueno, muy noble y caballero; lo conozco á fondo, pues, como sabes, se ha criado á la par mia y de mis hermanos, uniéndonos ahora un fraternal afecto; me gozo en oirle hablar de tí, con todo el entusiasmo de su corazon ardiente y apasionado...

—Ah! Clara, y tu sabes lo que lo amo, pues eres tu la

que en mi nombre se lo está diciendo hace cuatro meses, así como eres tú tambien la que me trae el perfume de su palabra cariñosa y pura...

—Si,—dijo Clara sonriendo—yo soy el hilo telegráfico que transmite partes llenos de poesía y ternura; él te adora Angélica, y se considera feliz en contemplarte, aunque sea á lo lejos, no pudiendo de cerca porque tu se lo has prohibido por mi conducto... solo cuatro veces ha podido hablarte!

—Sí Clara, ese es mi deber; él me ama y yo tambien, pe o no puedo ni debo permitir que se acerque á mí; en la situacion en que me hallo en esta casa, si tarde ó temprano se llegase á saber que le habia concedido entrevistas, qué sería de mí? nó, prefiero la muerte á que se quiera empañar, aunque lijeramente, la pureza de mis actos y de mis intenciones.

—Bien! así me gusta verte! Oh! Angélica, aunque Cárlos es un caballero y no te faltaria, sin embargo, la calumnia nada respeta y bien ha dicho un escritor, (1) «la calumnia es la única cosa que se hace en este mundo gratis y sin interés. Hay en el corazon humano un instinto maligno y dañino que nos inclina á creer con mas facilidad lo malo que lo bueno:» Esta es la verdad, Angélica, y apruebo tu conducta.

—Una pena me aflije; hace pocos momentos, mi prima Marcelina demostró con palabras harto claras que amaba á Cárlos; aun mas, cree que sus miradas se dirijen á ella y...

—Díme,—dijo Clara interrumpiendo á su amiga—¿doña Ana y Marcelina no tienen conocimiento de tu amor?

—No, no me he atrevido á decirles nada, y ménos ahora que Marcelina ha demostrado que le ama...oh! Clara, sentiría hacer sufrir á mi prima, pues si ella le ama verdaderamente...

—No, no creas,—esclamó Clara apretando la mano de su amiga para que bajara la voz—Marcelina no es capaz de amar; es una jóven muy frívola, muy preciada de su hermosura; creo que á nadie ama, á escepcion del oro y su belleza.

—Quizá tengas razon, eso me tranquiliza porque no quiero ser la causa del dolor de nadie.

—Eres muy buena y generosa Angélica, devolviendo bien por mal; Marcelina solo amará en Cárlos su hermosa presencia y su gran fortuna, esto sobre todo y en su vanidad creé ver en Cárlos, un afecto hácia ella que no existe; pero pronto se desengañará...

(1) Eugenio Scribe.

—Cómo?

—Oh! es un secreto, que aun no me han dado permiso para revelarlo!

El corazon de Angélica latió apresuradamente, pero nada dijeron sus lábios.

Clara contempló con cariño á su amiga,—y estrechando con ternura sus manos esclamó:

—Sí, me han impuesto silencio, pero no puedo guardarlo, cuando sé que esta revelacion te hará feliz...

—Habla!—esclamó Angélica, sin saber lo que decía.

—Cárlos dentro de quince dias pedirá tu mano, para unirse á tí al pié de los altares ántes de un mes...

Dos lágrimas brotadas de los ojos de Angélica fueron á humedecer las manos de Clara; la suprema dicha que esperimentó al oír las palabras de su amiga, enmudecieron su voz, pero en ciertas ocasiones el silencio es más elocuente que las más sentidas frases.

— Tus palabras, Clara, son el bálsamo de mis heridas! —dijo al fin Angélica, con la voz trémula por la emocion.

—Lo creo, amiga querida, yo tambien amo y debo contraer matrimonio, como tú sabes, dentro de dos meses; por esto mismo comprendo tu felicidad, y le doy el valor real que tiene; no puedes imaginarte Angélica, la alegría que esperimento al considerar que pronto serás feliz, y que Dios premiará tu virtud, dándote un compañero digno, adornado de cualidades bellísimas!

—Tú eres muy buena amiga, Clara, por eso gozas con mi dicha, como yo con la tuya; pero escucha: una lucha de delicadeza tiene lugar á veces en mi pecho; Cárlos es rico y yo nada poseo...

—No prosigas, ese solo pensamiento ofende á Cárlos; tu eres pobre de fortuna pero rica de nobles sentimientos; el compañero que Dios te ha deparado, tiene lo suficiente para tí y para él; él te elije por esposa, porque eres la mujer que ama su corazon, nada le importa que seas pobre ó rica, no le hagas pues la ofensa de juzgarlo así: sobre este particular, no es de esa clase de hombres que se venden por un puñado de oro, y que anteponen la ambicion ruin á un amor noble del alma, y que por lograr aquel suelen contraer matrimonio con mujeres gastadas, sin ilusiones y que yo solo pueden ofrecerles despojos de amores marchitos!

—Nō creas, Clara,—replico Angélica—que he juzgado mal á Cárlos, no tengo motivo para ello, es un hombre digno y de elevadas ideas; las vacilaciones que he tenido han sido solo por mi, pero ya que no soy rica podré ofrecerle como único tesoro el inmenso caudal de mi amor y la virginidad de mi alma!

—Que para él vale un mundo,—esclamó Clara.

—Quién viene allí?—preguntó Angélica mirando hácia una calle de árboles iluminada por la luna, por donde se apróximaba un hombre.

—Es papá,—dijo Clara—ya viene en mi busca, quizá hemos conversado más tiempo del señalado.

El padre de Clara llegó hasta la reja, y en voz baja esclamó dirijiéndose á Angélica.

—Como está mi querida niña?

—Perfectamente Don Luis, al lado de Clara me siento siempre feliz.

—Cuánto siento venir á interrumpirlas! pero no es prudente que las conversaciones se prolonguen mucho; ya sabes, Angélica, la enamistad ó mejor dicho el odio que por desgracia nos profesa tu tia, así pues hijas mias, si no quereis ver vuestros tiernos cóloquios interrumpidos, es necesario ser más prudentes.

—Tengamos paciencia,—dijo Clara—pronto concluiran estos misterios, y ocultamientos, y podremos vernos más á menudo y más libremente.

Don Luis se sonrió, indudablemente sabia á lo que su hija se referia.

Las dos amigas se despidieron cariñosamente, hasta la noche siguiente.

La ventana se cerró silenciosamente, quedando Angélica rodeada de una densa oscuridad; la jóven no quizo encender la luz, podía verse esta por la parte de afuera, y causar estrañeza, porque nunca se veía á aquella hora.

A tientas Angélica llegó hasta su lecho, y cayó junto á el de rodillas, murmurando una plegaria llena de celeste amor y tiernisima gratitud; Angélica daba gracias, derramando dulces lágrimas, por la felicidad que Dios le habia hecho entrever en medio de sus desdichas y sufrimientos.

CAPITULO IV.

Las dos rivales

A las cinco de la mañana del dia siguiente, Angélica se hallaba ya en pié como tenia por costumbre, aunque dicho sea con verdad, esta costumbre le habia sido impuesta por su tia, y la pobre jóven, obedeciendo á aquella órden se levantaba del lecho á la madrugada, lo mismo en verano que en invierno.

Despues de haber orado con fervor al pié de un crucifijo, Angélica arregló su cuartito con presteza; daba gusto verla de un lado á otro del modesto aposento, lijera como un pájaro, imprimiendo á cuanto objeto tocaba el sello de la elegancia y de la gracia que suele notarse en las viviendas donde mora la mujer poética, hacendosa, y amante del arreglo de su hogar, sello de distincion y de gracia, que se advierte no solo en el gusto con que los muebles están colocados, sino hasta en los más insignificantes detalles que se hallan al alcance de nuestra vista; con estas cualidades, lectora, la vivienda más humilde es agradable y nos seduce por su aspecto fresco, ordenado y lleno de gracia.

El arreglo de su cuartito, lo hacía Angélica precipitadamente, lo mismo que el de su persona; era una falta imperdonable para las dueñas de la casa, que la jóven huerfana pudiera dedicar ni un cuarto de hora á su persona.

El traje de Angélica era sencillísimo, de muselina blanca, completamente liso; pero con esta misma sencillez la jóven estaba más hermosa que nunca, quizá la felicidad que sentía por su proxima dicha la hacía respirar otra atmósfera más pura y perfumada, prestando esta circunstancia á toda su persona una animacion hermosa y sonriente.

Angélica pasó á las habitaciones de su tia y de su prima á desempeñar los quehaceres que le estaban encomendados.

Marcelina aun permanecía en el lecho. Al ver á su prima esclamó:

—Ya tan temprano emperifollada?

—Acostumbro á arreglarme temprano, eso ya lo sabes, prima, é ignoro á qué llamas perifollos,—dijo Angélica con su acostumbrada dulzura.

—A ese peinado lleno de vueltas y á la coqueteria que parece notarse en toda tu persona—dijo con ironía Marcelina.

Angélica sonrió con tristeza; su peinado no podía ser más sencillo; al rededor de una peineta de carei enroscaba una gruesa trenza, de los cabellos mas negros y hermosos del mundo; la coquetería que Marcelina decía notar en el atavío de la huérfana, era la gracía y elegancia natural en Angélica, gracia y distincion que Marcelína envidiaba siempre.

La rencorosa jóven no podia soportar que nadie valiera más que ella.

Comenzó á vestirse, mientras que decía á su prima:

—No olvides Angélica, que dentro de dos dias estoy invitada á un gran baile; para esa fecha quiero tener concluido mi vestido de gaza azul, y planchada y lista toda la ropa blanca que deba ponerme esa noche.

—Haré lo posible, prima, por satisfacer tus deseos—contestó Angélica, dando un suspiro, al mismo tiempo que se desponia á penetrar en el aposento de doña Ana.

—Cómo! lo posible dices?

—El vestido de gaza azul—replicó Angélica con su acostumbrada bondad—tú quieres que lo borde con hilo de plata, y para esto se necesita tiempo, querida prima; ya sabes que ni cortado..está, pues ayer recien compraste la tela.

—Poco se me dá; he dicho que lo quiero, y el vestido tendrá que estar, lo entiendes?—Marcelina terminó sus palabras enojada, dando fuertemente en el suelo con el pié.

Angélica inclinó su cabeza en señal de haber comprendido perfectamente.

—Es necesario que en el acto te pongas á trabajar en el vestido, dijo doña Ana á su sobrina,—y si es preciso, estarás hasta las dos de la madrugada bordándolo, que para algo te tenemos, no todo ha de ser holganza.

Angélica abandonó la estancia con lágrimas en los ojos,

no era el trabajo que le imponían la causa de ella, sino el cruel tratamiento de sus parientas.

La habitacion destinada para hacer labores, tenía una ventana á la calle, velados sus cristales por cortinas de muselina.

Allí penetró Angélica, y dirijiéndose á un ropero de nogal preciosamente tallado, sacó de él una pieza de tela finísima de seda azul; era la gaza para el vestido de baile de Marcelina.

Angélica púsose manos á la obra y trabajó por espacio de una hora, sin descanso.

Marcelina acudió á inspeccionar el trabajo que hacía su prima, esclamando al verlo:

—Será necesario, Angélica, poner un centinela de vista para que te haga trabajar? pues es adelanto el que has hecho en una hora! no te apresuras, porque no quieres que luzca, eres una envidiosa!

—Advierte Marcelina,—dijo Angélica impresionada dolorosamente por las palabras de su prima — todo lo que he hecho, y díme despues sino está adelantada la obra; en cuanto á lo que dices que no me apresuro porque tengo envidia, oh! Marcelina, no lo dirías si pudieras ver mi corazon, ajeno á toda idea ruin, á todo pensamiento bajo é innoble¡

Angélica enjugó con su pañuelo las lágrimas que corrían por sus mejillas.

--Es inútil que llores; no comprendo ese lenguaje de lágrimas, seas ó no envidiosa, poco me importa; quiero á todo trance, el vestido y si necesario fuera coser sin dormir para concluirlo, no se se come ni duerme.

Marcelina avanzó hasta la ventana, arrastró un sillon y se sentó en una postura indolente, teniendo ántes el cuidado de apartar la cortina que impedía ver la calle.

Reinó un instante de silencio.

Marcelina miraba la calle á traves de los cristales de la ventana.

Angélica inclinada sobre su labor, había comprimido su dolor, por no ofrecer el espectáculo de su pena á los transeuntes que indiferentes cruzaban la calle, dirijiendo algunos de ellos curiosas miradas al interior del aposento.

El silencio fué interrumpido por una esclamacion de satisfaccion por parte de Marcelina, que en aquel instante miraba hácia la calle con más atencion é interes que ántes.

Angélica al oír la esclamacion de su prima habia alzado maquinalmente la vista, y sin saber porqué sintió que su corazon latía apresuradamente.

En aquel momento pasó por la ventana el autor de aquellas diversas impresiones — Cárlos Albadeoro.

El jóven miró con marcadísimo interés á traves de los cristales de la ventana, y al distinguir á Angélica, una dulce sonrisa se dibujó en sus lábios, y quitándose el sombrero hizo á la jóven un saludo respetuoso pero espresivamente cariñoso.

Marcelina se volvió sorprendida á mirar á su prima.

Angélica encendida como la grana, confusa y trémula por la tormenta que la esperaba, se hallaba inclinada sobre su costura, sin acertar á dar una puntada, tal era su agitacion.

Marcelina se puso de pié y con acento tembloroso, por una sorda y tremenda irritacion dijo á su prima:

—Conoces...á ese jóven?

—Sí. . .no. . .es decir, de vista solo. . .—balbuceó la jóven sin saber que decir.

Marcelina estrujó el pañuelo de rabia entre sus manos; la turbacion de Angélica le demostraba que esta conocía al jóven algo más que de vista.

—Como se llama?—preguntó Marcelina con voz sorda, y como deseando convencerse, pues ella bien sabía el nombre del jóven.

—Creo. . .que Cárlos Albadeoro,—dijo Angélica, tratando de serenarse.

—Sí, efectivamente, así se llama; pero, como es que te saluda sín conocerte?

—Será porque me confunde contigo,—díjo Angélica haciendo un esfuerzo superior, pues la pobre jóven sufría doble viendose obligada á mentir.

—Sí,—dijo Marcelina con sequedad—seguramente te ha confundido conmigo así pues, te prohibo que vuelvas á saludarle; vete á trabajar al comedor.

Angélica aprovechó este permiso para salir de la habitacion y respirar el aire, pues sentía que este le iba faltando.

Marcelina quedó pensativa por luego rato, y largo esclamó en voz baja.

—Oh! ella mi rival!. . .imposible!. . .sin embargo, formaré mi plan, y buscaré el medio de humillarla á los ojos de

él, y hasta lograré que la desprecie... Cárlos debe amarme, y haré que de otro modo no suceda.

CAPITULO V

Cárlos Albadeoro.

Han transcurrido quince dias de las escenas que hemos narrado.

Durante ese corto espacio, Angélica ha sido una verdadera mártir; no se le ha permitido ni un momento de descanso; injuriada y humillada á cada instante la pobre niña siente quebrantarse su físico; una delgadez cada vez más estremada ha marcado en su rostro pálido, una espresion melancólica, tristísima.

Marcelina es la causa principal de estos males; la cruel prima se goza en martirizar á la infeliz Angélica, y al ver los estragos que en su fisico produce aquel mal tratamiento, una sonrisa de triunfo ilumina su rostro.

Marcelina posee una alma perversa, un corazon despojado de toda idea noble, solo tiene en su abono la hermosura de su rostro pero, de que sirve esta si no existe la belleza del alma? El tiempo destruye la hermosura física, solo los encantos del alma son inmortales!

Doña Ana, no hacía ménos que su hija para mortificar á la infeliz huérfana que ya no tenía fuerzas para llevar sobre si todo el peso de aquellos martirios.

Parece imposible que haya en el mundo seres tan malos, que gocen con el sufrimiento de los inocentes!

Había sido encargada Angélica del cuidado de toda la casa y este aumento de que haceres iba agotando las debiles fuerzas de la pobre niña que ya no podían resistir, ménos siendo humillada é insultada á cada instante.

Eran las nueve de la noche.

Angélica servía en el comedor de la casa el té para su tía y Marcelina, que en aquel momento se hallaban en las piezas interiores.

A poco entró doña Ana, seguida de Marcelina y del prometido de esta, el jóven Enrique.

—Pon una taza más,—dijo Doña Ana secamente á su sobrina.

La jóven obedeció en silencio.

Enrique contempló á Angélica en silencio pero con interés; la pobre niña parecía más alta por lo delgado que se hallaba; su tez pálida como la hoja de la azucena, daba á su rostro mayor realze, sus bellos ojos llenos de melancolía, y arrazados casi de continuo de secretas lágrimas, eran doblemente seductores y atraían por su misma tristeza; con la vista baja como temerosa de que se transparentasen sus hondos pesares velaban aquellos ojos la tupida red finísima sede que guarnecían sus parpados.

Sus negros cabellos, se hallaban peinados en dos gruesas y apretadas trenzas, que tendidas sobre la espalda descendían hasta mas abajo de la mitad de la pollera; su vestido era de lustrina negra, muy sencillo, cerrado hasta el cuello, en el cual se veia una finísima puntilla; la severidad de aquel traje, de larga falda, realzaba de un modo admirable la simpática belleza de Angélica.

Enrique seguía con la vista á aquella figura casta y hermosa, y su insistente mirada hubo de ser al fin notada por Marcelina; esta no necesitaba mucho para estallar, pero tuvo la habilidad de sobreponerse y disimular los efectos que le causaba el marcado interés que su prometido demostraba por Angélica.

Las ideas de Marcelina fueron interrumpidas, por la presencia de un criado presentando á Doña Ana una tarjeta que anunciaba una visita.

—Cárlos Albadeoro!—esclamó Da. Ana sorprendida, leyendo la tarjeta.

—Albadeoro!—dijo á su vez Marcelina encendida como la grana y poniéndose rápidamente de pié.

—Es estraño,—dijo Da. Ana—ese jóven jamás ha visitado nuestra casa. ¿Que objeto le traerá?

—Recibámosle y lo sabremos mamá;—esclamó Marcelina

agitada, sin darse cuenta del mal estar que esperimentaba apesar de las simpatías que sentía por Albadeoro.

—Angélica! que tiene Vd.?—dijo Enrique en aquel instante corriendo hacia la pobre huérfana, que parecía próxima á desmayarse, y hacía esfuerzos por tenerse en pié.

Doña Ana y Marcelina miraron á Angélica con atencion en los ojos de aquella brilló un rayo de odio y de amenazas;

—El jóven espera...—dijo el criado que había entregado la tarjeta á Doña Ana.

—Hazlo pasar á la sala, y díle que al momento iremos.

El criado se retiró.

En el mismo instante, el cuerpo de Angélica hubiera caido en tierra á no ser Enrique que la sostuvo en sus brazos.

La infeliz jóven se había desmayado.

—Enrique,—dijo Marcelina sin alterarse al parecer por aquella escena— agradeceré que te retires; ese jóven que espera quizá viene por algun asunto, mamá lo vá á recibir y yo tengo que acompañarla así pues, primo, hasta mañana...

—Pero,—dijo Enrique sorprendido—no vés el estado de tu prima? la dejarás sola en poder del portero?

—Y á tí, que te importa?—dijo Doña Ana, disponiéndose á salir—ní yo ni mi hija hacemos caso de las comedias de esa farsante.

—No merece la pena, de ocuparse de ello—dijo Marcelina, agregando en seguida:—que *desmayo* tan casual... já! já! no seré yo la que crea en estas comedias ridículas, de melodrama.

Enrique había depositado á Angélica sobre un sofa; la jóven permanecía desmayada, pálida como un lirio.

—Y si vamos á averiguar, cual es la causa de ese desmayo... aparente?—prosiguió Marcelina con burlona espresion.

—Los nervios...—dijo Doña Ana riendo.

—Oh!—murmuró Marcelina—y sabe lo que hace! pues no se ha atrevido á amar á quien de ella no se acuerda!...

Marcelina no sentía lo que decía; una viva sospecha había invadido á veces su imaginacion, y hasta llegó á pensar si Albadeoro tendría por su prima una viva inclinacion, pero aunque había desechado aquellos pensamientos, por absurdos, suponía que siendo hermoso, rico y lleno de bellas cualidades, no sería su prima la agraciada con su amor, sin

embargo, el desmayo de Angélica exitó su atencion, pero pudo no obstante disimular.

Enrique se retiró, saludando á su tía y á su prima con bastante sequedad.

Doña Ana llamó al portero, que era un buen anciano é indicándole con un gesto á Angélica, salió de la habitacion seguida de su hija.

Penetremos ántes que ellas, en el salon donde espera el jóven Cárlos Albadeoro.

Era este un bello tipo, contaría como 24 año; de regular estatura más bien alto que bajo, sus maneras distinguidas y elegantes, su rostro de una belleza varonil perfecta, su cutiz lijeramente morena; su perfil del más puro dibujo, su frente alta y regularmente espaciosa, sus ojos grandes, negros, de espresivo y franco mirar, sus cabellos castaño oscuro, lijeramente ondeados, y por último, un gracioso bozo que sombreaba su lábio superior, completaban los detalles de aquel rostro viril y seductor.

Nos place decir, que el alma de Cárlos Albadeoro era tan bella como su rostro y como toda su persona.

Creado entre la mejor sociedad, sus modales eran distinguidos, su trato dulce y afable; de ideas elevadas, estaba dotado de una gran energía y valor moral; la cultura de su lenguaje, y la rectitud de sus actos, todo hacía de él un sér noble, de una moral y físico inestimable.

Tal era, el que por dicha amaba á Angélica, y que se hallaba en aquel instante en casa de Da. Ana de Soldevilla.

Da. Ana y su hija penetraron en el salon.

Albadeoro púsose de pié, é inclinándose lijeramente ante las dos señoras, les hizo un saludo digno y respetuoso.

Doña Ana ocupó el asiento de preferencia en el sofá, Marcelina uno de los sillones de los costados y Albadeoro el otro que se hallaba al frente de esta.

En aquel instante Marcelina se hallaba más hermosa que núnca: su vestido celeste pálido, guarnecidos de encajes blancos, su garganta de hermosísima forma, se ofrecía á la vista desnuda de todo adorno; las blondas que cubrían su alto seno se confundían por su blancura con el color de su tez de azucena; sus torneados brazos de una redondez admirable, estaban descubiertos hasta el codo, una pulsera de oro ceñía su brazo izquierdo, sus manos pequeñísimas y de un dibujo

precioso descansaban entrelazadas sobre su falda, ostentando en sus pulidos dedos anillos de gran valor; llevaba el cabello levantado hácia arriba y al descuido, sujeto con una peineta de oro, algunos rizos dejados sueltos con intencion, jugueteaban ora sobre su espalda, ora sobre su nacarado seno; Marcelina sabía que era bella, y al realzar sus encantos, lo hacía con la coquetería intencionada de la mujer voluble, alegre y despreocupada de las leyes del pudor; no ignoraba esto, y por eso impregnaba su sonrisa de voluptuosas esencias, su boca húmeda, coralina y sonriente, se entreabría con languida suavidad, dejando ver á través de ella sus dientes pequeños, blancos y nacarados como una doble hilera de perlas.

Todos estos provocativos encantos, no impresionaron á Albadeoro, dirijió á la jóven algunas galantes palabras, pero llenas de fría indiferencia, y hasta casi con despreciativo desdén.

—Señora,—dijo Cárlos, dirijiéndose á Da. Ana, despues de los cumplimientos de estilo, indispensables entre personas de buena sociedad—estrañará Vd. mi visita como es natural, pero ella tiene un óbjeto para mi de la mayor importancia, pues de él depende mi felicidad futura.

Albadeoro se detuvo.

Da. Ana se inclinó sin saber que decir.

Marcelina palpitante, parecía esperar con ánsia las palabras del jóven.

—Señora,—prosiguió este—tiene Vd. una sobrina á la cual amo con intensidad; me sedujó en ella á primera vista su belleza, pura y modesta, luego la noble hermosura de su alma angelical, de su corazon vírgen, cualidades de valor inestimable, que unidas á su belleza hacen de ella, el sér que yo me forjé en mi imaginacion, y la que mi corazon elije por compañera; ahora bien señora, el objeto de mi visita es el de pedir á Vd. la mano de su sobrina, la señorita Angélica.

Calló el jóven esperando la respuesta.

Desde sus primeras palabras, Marcelina había palidecido, su seno se ajitaba á impulsos de los desordenados latidos de su corazon, y sus lábios, hasta entónces entreabiertos por una tentadora sonrisa, temblaron lijeramente como ajitados por la tempestad que se había levantado en el fondo de su cruel y vengativo corazon.

Sus sospéchas no le habian engañado.

En cuanto á Doña Ana, sorprendida, al principio no supo qué contestar pero serenada luego, dijo al jóven con acento tembloroso por una sorda irritacion y gran despecho.

—Ah! es á mi sobrina á quién V. ama? oh! no le alabo el gusto!

—Señora!—dijo Albadeoro indignado.

—Oh! caballero,—prosiguió la viuda—Angélica no merece tal distincion, es una muchacha que no tiene cualidades para ser querida, á más es pobre, muy pobre, pues sus padres la dejaron en la miseria, y yo tuve...

—Sé que Angélica es pobre,—dijo Albadeoro interrumpiendo á Doña Ana con altivo acento—pero yo poseo una gran fortuna, y esta será toda de ella; amo las cualidades morales de Angélica, ó nada me supone que sea pobre ó rica.

—Acaso la ha tratado Vd. para conocerla?—preguntó con ceño adusto la viuda.—Señora, permitame que le diga, que al dar este paso es porque sé lo que vale su sobrina de Vd.—dijo el jóven con dignidad.

—No lo sabe Vd.—insistió la viuda—y la prueba de ello es que la pide por esposa; sí la conociera huiría, de ella porque es una envidiosa, una holgazana de ruines pensamientos, y de maneras vulgares é incultas...

Cárlos se puso de pié con el rostro encendido de indignacion y esclamó reprimiéndose.

—Repito á Vd. que al solicitar la mano de Angélica, sé perfectamente la compañera que elijo para compartir con ella mi existencia; me niega Vd. Señora la mano de su sobrina?

—No caballero,—dijo Doña Ana, haciendo tambien un esfuerzo por contenerse su despecho—no lo niego á Vd. la mano de Angélica, todo lo contrario, le doy á Vd. las gracias porque me libra de ella!

Marcelina que había permanecido en silencio, y como petrificada; al escuchar á su madre aquellas palabras, la miró con marcadas muestras de irritacion y enojo: Doña Ana leyó su pensamiento, y comprendió que Marcelina condenaba la aprobacion que acababa de dar; pero, ya era tarde para volver atrás.

—Gracias, Señora,—dijo Cárlos, inclinándose lijeramente, dentro de quince dias Angélica será mi esposa.

Se despidió con frialdad de Doña Ana y de su hija, y con digno continente abandonó la sala.

CAPITULO V.

La paloma y el gavilan.

Doña Ana y Marcelina se miraron en silencio.

—Mamá, tu no has debido concederle á Albadeoro la mano de Angélica—dijo Marcelina con autoridad.

—Tienes razon,—contestó Dóña Ana sin llamarle la atencion el tono de su hija—pero, por un lado nos hace un bien con librarnos de la presencia de esa muñeca.

—Oh! es que yo no quiero que se case!—dijo Marcelina con los ojos chispeantes de enojo—nó, nó se casará, porque sabré evitarlo; yo quiero por esposo á Cárlos y no puedo permitir que Angélica se una á él.

Doña Ana, que no sabía manejar á su hija ni corregirla, se encojió de hombros y dijo:

—Haz lo que quieras, verdaderamente que esa muchacha, tiene suerte, quién es ella para merecer un hombre como Albadeoro, tan hermoso como rico?

—Oh! no se casarán!—murmuró Marcelina dirijiéndose seguida de su madre al aposento donde había quedado desmayada Angélica.

La hermosa huérfana, había ya vuelto en sí, gracias á los cuidados del anciano portero y de la mujer de este, que vivía contigo á la casa de Doña Ana, y que había acudido al llamado de su marido.

—Angélica,—dijo Marcelina con duro acento—retírate á tu cuarto, y no vuelvas á ponerte ante nuestra presencia has-

ta que así se te ordene; Cárlos Albadeoro acaba de pedir mi mano, para acercarse á mi te enamoraba á tí; el chasco ha sido grande!

Ahora que vá á ser mi esposo, yo sabré que he de hacer de tí; vete á tu cuarto, y cuidado con salir de él!

Angélica desde que empezó á hablar, Marcelina, habia abierto desmesuradamente los ojos y luego, al escuchar al últimas palabras de su prima, llevó una mano á su corazon y exhalando un jemido desgarrador, cayó nuevamente desmayada.

Una sonrisa de triunfo se dibujó en los lábios de la cruel y pérfida Marcelina.

Doña Ana, habia contemplado todo aquello, verdaderamen- sorprendida, sin darse cuenta del propósito de su hija; pero nada dijo, y ni siquiera se conmovió ante el dolor inmenso que se retrató en el rostro de la infeliz Angélica.

El portero y su mujer condujeron á la huérfana á su cuartito y depositándola en el lecho, le hicieron aspirar algunas esencias, consiguiendo hacerla volver en si en pocos momentos.

Angélica se incorporó en el lecho, y pidió que la dejaran sola.

Cuando la jóven se vió libre, corrió á la puerta y la. cerró por dentro, y luego cayendo de rodillas prorrumpiendo en hondos y desgarradores sollozos.

Angélica amaba á Cárlos con el amor purísimo é inmenso del alma, doblemente intenso por ser el primero;—la pobre niña sensible y tierna, había cifrado toda su ventura en que el afecto. Pura é ingenua, en sus oraciones pedíale á Dios por la felicidad de Cárlos, y así mismo porque no le faltase nunca ese dulce cariño que la hacía gozar en medio de tantos dolores; al oir de los lòbios de su prima las crueles frases que la hirieron en lo íntimo del alma, Angélica sintió un dolor terrible en el corazon, como sí este se lo arrancasen de raiz, la vida parecio escaparsele, un estremecimiento poderosísimo agitó todo su ser, y en el gemido que exhaló, parecieron huir todas sus ilusiones, toda su ventura...

Al desahogar su corazon, vertiendo raudales de lágrimas, las reflexiones acudieron á la mente de la pobre huérfana, y junto con ellas renació la esperanza; era imposible que Cárlos la hubiera engañado, era incapaz de una accion tan in-

digna, Clara su dulce amiga, le había asegurado una y mil veces, la belleza de sentimientos que adornaban el alma da aquel jóven; Angélica amaba á Cárlos, y por felicidad se resitió á creer lo que habia oido; Marcelina quizá, pensaba la jóven, ha obrado impulsada por algun mal pensamiento, no vacilando en calumniar á Cárlos y hacerla sufrir á ella de la manera más horrible.

En medio de estas ideas, Angélica deseaba ver á su amiga Clara, su corazon aflijido anhelaba desahogarse en ella, en Clara que era su confidenta, su hermana más que amiga.

Angélica se levantó y caminando de puntillas, se acercó á la ventana y abriéndola silenciosamente, miró al jardin de Clara, pero en el mismo instante, ahogó un grito que se iba á escapar de su pecho, no tan á tiempo como quizo, pues fué notado por las personas que estaba en el jardin, las cuales habian sido causa de la sorpresa de Angélica.

Razon tenía la jóven en sorprenderse, y natural era la agitacion que se apoderó de ella.

En el jardin se hallaba Clara, su padre, y . . . Cárlos Albadeoro!

Clara al ver á su amiga corrió hácia la ventana, pero Cárlos se adelantó llegando primero que ella.

Angélica confusa, temblorosa iba á cerrar la ventana, cuando Cárlos esclamó:

—Un momento, Angélica, permíteme un solo instante!

Al escuchar aquella voz tan querida, Angélica sintió que las fuerzas le faltaban, quizo hablar y no pudo, y sin poderse sostener, cayó de rodillas junto á la reja, y cubriéndose el rostro con las manos prorumpió en sollozos.

—¡Angélica! ¡Angélica!—dijo Albadeoro con absorta y conmovida voz—Oh! dí porqué lloras?. . .

Clara se acercó á su amiga, y esclamó á su vez:

—Mi amada amiga, qué te pasa? aquí está tu hermana, la compañera de tus penas y alegrías!

Angélica pasó sus brazos por la reja, y atrasó así á Clara, y sin cesar de vertir lágrimas murmuró al oido de su amiga algunas palabras.

—Cómo!—esclamó Clara, con el rostro encendido por la indignacion, eso te han dicho? Oh! qué infamia!

—Angélica, por Dios!—dijo Cárlos con triste acento—¿porqué me niegas la mirada de tus ojos? no soy digno de tu mor?. . .

—Oh! Cárlos,—esclamó Angélica, con un acento indescriptible—perdóname el que haya dudado de tu cariño!

—Dudar! qué dices, Angélica?...preguntó Albadeoro cojiendo una mano de la jóven y entrechándola con amor.

—Cárlos,—dijó Clara—tu debes sacar cuanto antes, de esta casa á Angélica!

—Oh! sí, dentro de quince dias será nuestro enlace, se lo dije así á su tia...

—Lo oyes?—murmuró Clara al oido de su amiga.

—Sí, lo oigo, pero nunca pude imaginarme que Marcelina fuera tan mala!

—Acaso...repuso Cárlos.

—Por mortificar á Angélica,—interrumpió Clara sin dejar concluir su pensamiento á Cárlos—Marcelina le ha dicho que habías ido á pedir su mano, y que tú, todo este tiempo habias estado engañando á Angélica, con el fin de acercarte quizá á Marcelina.

—Qué maldad! El objeto de mi visita, ha tenido por causa, Angélica amada, el de pedir tu mano á tu tia; ésta, despues de mil pretestos indignos, me ha otorgado su consentimiento, y dentro de quince dias más serás mi esposa, ante Dios y los hombres, pero...¿porqué has dudado de mí?...

Una mútua mirada de puro é inmeso amor trasmitió de uno á otro el perfume de aquellas dos almas, tan grandes y nobles.

Clara sonrióse con alegría, al ver ya disipada las sombras del dolor del rostro encantador de Angélica, y con discrecion apártose de la ventana, con pretesto de hablar dos palabras á su padre, que á una distancia esperaba á la jóven.

Cuán ajenas estarían Doña Ana y la cruel Marcelina, de que en aquel momento Angélica era la mujer mas feliz del mundo!

El divino Dios no había permitido que el dolor se ensañara en el puro y hermoso corazon de Angélica, y en recompensa de los momentos de amargura pasados, la jóven disfrutaba ahora una dicha que bañaba su espíritu de perfumes y de armonías.

CAPITULO VI.

La calumnia.

Al dia siguiente, Doña Ana y su hija no permitieron que Angélica saliera de su habitacion, ordenándole que permaneciera en ella hasta nueva determinacion.

Marcelina estrañó sobremanera la tranquilidad y hasta alegría que se advertía en el semblante de Angélica, y desconfiando determinó vigilar á la jóven sin dar muestras de ello.

En aquellos dias Da. Ana habia tomado una criada á su servicio. Querian evitar la presencia de Angélica que les era del todo molesta.

Angélica se felicitaba de no tener que salir de su habitacion; así podría hablar todo cuanto quisiera con su amiga Clara. Cárlos no volvería al jardin porque así se lo había pedido Angélica y el jóven, por evitar nuevos disgustos había prometido obedecer, aunque pensando en su interior pedir permiso á Doña Ana para visitar en su casa hasta el dia fijado para el enlace.

Habiendo pasado Angélica parte de la noche anterior en dulce plática con su amiga Clara, al dia siguiente despues de haber almorzado en su habitacion, sintióse rendida por el sueño quedándose dormida en un sillon.

Transcurrieron breves instantes... La puerta de la habitacion de Angélica se abrió cautelosamente apareciendo en ella la figura de Marcelina...

Esta avanzó, y aproximándose á su prima se inclinó sobre ella, llamándola por su nombre.

Angélica no respondió. Su sueño era profundo.

Marcelina vacilo... Temía ser descubierta... Era necesario sin embargo, aprovechar los momentos.

Introdujo en el bolsillo del vestido de su prima un objeto que habia traido oculto, y luego de puntillas salió de la ha-

bitacion sin que Angélica despertára de su sueño...

Al salir Marcelina, sorprendió junto á la puerta del aposento á la criada que parecia observar.

La jóven se estremeció, lanzando una mirada amenazadora á la doméstica. Esta inclinó la cabeza y se alejó lentamente...

....

Llegó la noche de aquel dia.

Era la hora más deseada por Angélica. De dia fácil sería que descubriesen la amistad que mediaba entre ella y Clara.

Aquella noche fatalmente, Angélica olvidó de cerrar por dentro la puerta de su cuarto.

La habitacion estaba á oscuras, y Angélica se hallaba en la ventana conversando con Clara. Hacían dorados proyectos para el porvenir, revistiéndolos con los sonrosados tintes de sus ilusiones y poéticos sentimientos.

Media hora proximamente haria que las dos jóvenes se hallaban tan dulcemente entretenidas, cuando Angélica creyó percibir un lijero ruido en la puerta de su cuarto... Prestó el oido volviendo á escuchar el mismo sonido; la jóven se estremeció é inclinándose hácia su amiga Clara comunicóle sus temores, en el mismo instante en que aparecía en el jardin el padre de ésta..

Clara se dispuso á retirarse, pero ántes un mútuo y cariñoso beso de despedida resonó levemente en la habitacion. Al mismo tiempo que esto sucedía, y que Angélica se disponía á cerrar la ventana, la puerta se abrió bruscamente apareciendo Marcelina, Doña Ana, Enrique y una amiga de aquella.

La criada los seguia con una lámpara en la mano, cuya luz iluminó todo el aposento.

El terror que sobrecojió á Angélica no le permitio moverse, y quedó como clavada en actitud de cerrar la ventana; Marcelina corrió á esta, la abrió, y llamando á su madre á Enrique y á la amiga, testigos tambien de aquella escena, esclamó:

—Venid! venid!... véd! el orígen de la alegría de esta bribona!

La claridad de la luna iluminaba de lleno el jardin, y al estremo de una calle Marcelina percibió la figura de un hombre que se retiraba.

Era el padre de Clara que seguia á su hija. Bastó ver la

figura de un hombre en el jardin para que Marcelina completara en el acto el plan que se habia formado.

—Nos han sentido!. . . —dijo Marcelina señalando con la mano estendida, la sombra que se alejaba.

—Con qué tienes citas en la reja de tu cuarto, con tu amante?—preguntó Doña Ana furiosa, á la infeliz Angélica que habia caido de rodillas.

—No señora!... dijo la huérfana entre sollozos—juro á Vd. que no es un amante, es una mujer...

—Já! já!—Marcelina soltó una carcajada esclamando—una mujer!... Nos creerá tontos?... Al penetrar en este aposento he oido distintamente un ruido que no se confunde con otro... producido por el rozamiento de dos lábios...

—Un beso!—repuso Da. Ana escandalizada.

—Un beso, si—dijo Angélica con enerjía y poniéndose de pié—pero juro que era dado á una mujer, á una amiga!...

—A una amiga... y quién es esa amiga, señorita?—preguntó Da. Ana con el entrecejo contraido.

Angélica guardó silencio... Recordó que su amiga habíale pedido que jamás dijera nada respectó á la amistad que las unía.

—Guardas silencio!... luego es cierto lo que yo digo. Es un amante y no una amiga? yo he visto la sombra de un hombre!—dijo Marcelina cerrando la ventana con estrépito.

—Oh! y eres tu la virtuosa, y honrada señorita mogigata? —dijo Da. Ana acercándose amenazadora á la infelíz Angélica—No te he prohibido siempre terminantemente que jamás abrieses esa ventana?... Era por aquí que veías y hablabas á Albadeoro?

—Oh! tia! por piedad! no me hagais acusaciones tan calumniosas!... Os diré con quién hablaba... Mi amiga me lo perdonará... descubro el secreto para defender mi reputacion... Oh! sabed que era Clara la hija de nuestro vecino la que conversa conmigo por esa reja...

—Yo he visto la sombra de un hombre!

—Era su padre... esclamó Angélica angustiada.

—Mentís!...—dijo Marcelina—era vuestro amante... Sois la muger más indigna!

—Si, indigna, una miserable—dijo Da. Ana acercándose á su sobrina,—que no debe permanecer más en esta casa por-

que la mancharia con su persona; ahora mismo saldreis de esta casa!

—Tia! compasion!—esclamó Angélica aterrada y vertiendo lágrimas de dolor y desesperacion—soy inocente, lo juro!

—Mentís! Mentís!—gritó Da. Ana, poniendo sus manos sobre Angélica—salid de mi casa, miserable reptil... tu vista me repugna!

—Ved como no la acusaba en vano!—esclamó Marcelina.

Enrique y la amiga de Marcelina habian presenciado aquella escena en el mayor silencio; estaban sin embargo de parte de los dueños de casa, y dirijían á la pobre Angélica miradas de burla y de desprecio.

La huerfana quizo implorar de nuevo la clemencia de sus crueles parientes, pero todo fué inútil.

Con paso vacilante se dirijió á su lecho y recogiendo un pañuelo caido junto á él se cubrió, disponiéndose á salir no sin antes dirijir una mirada bañada en lágrimas al crucifijo que se veía á la cabecera.

Marcelina corrió hácia Angélica y arrancándole el pañuelo de los hombros le dijo:

—Saldreis de casa con lo puesto, nada teneis aquí que sea vuestro!

—Con lo puesto la recojí!—agregó Da. Ana con hiriente espresion.

—Tia!—esclamó Angélica con acento desesperado—porqué tanto ultraje? que mal os he hecho?...

—Bien lo sabeis, no debeis pedir esplicaciones! Salíd de aquí...

—Esperad! esperad!—esclamó Marcelina—es necesario registrarla ántes que abandone esta casa!

—Registrarme!—dijo Angélica dando un paso atrás con indignacion.

—Si, sois capaz de todo!...

Marcelina echó mano al bolsillo de la huerfana mientras esta sin oponer resistencia lloraba hasta desfallecer.

La perversa Marcelina dió un grito de aparente sorpresa.

Todos fijaron en ella sus ojos.

Del bolsillo de Angélica habia sustraido una pequeña cartera que llevaba las iniciales de Marcelina.

—Mi cartera!—murmuró esta—no os decía!

Y abriendo la cartera sacó de ella tres monedas de oro.

—Ladrona! salid de esta casa—esclamó Doña Ana ciega de ira.

—Salid!.. salid!..—dijeron todos con los rostros alterados.

Angélica abrió desmesuradamente los ojos y contempló á todos con espanto. Miró la cartera que se veía en manos de Marcelina y murmuró trémula:

—Ladrona... yo ladrona... oh! madre mia!...

La desventurada huerfana se apoyó contra la pared para no caer al suelo, y llevándose las manos á la frente esclama agitada:

—Dios mio!... estaré loca!.. será cierto!...

Aquel intenso dolor no conmovió aquellos malvados corazones.

—Qué esperais?... esclamó Da. Ana—salid!... id futura millonaria en busca de quien os quiera brindar su apoyo!... No quiero teneros en mi casa ni un minuto más! idos!... idos!..

—Si,—dijo Marcelina á su vez—salid pronto..., y agradeced que no os enviemos á la cárcel!...

Angélica lanzó un gemido, y loca de dolor, desalentada se lanzó fuera de la habitacion encontrándose luego en la calle.

Eran las once de la noche, la calle estaba solitaria, Angélica dirijió en torno una mirada angustiosa, y ahogada por las lágrimas elevó al cielo sus ojos exclamando:

—Madre!...madre! vé lo que hacen con tu inocente hija!... Dios santo.......dame fortaleza y escúdame con tu amor de los peligros que me rodean!...

Angélica tuvo que apoyarse contra la pared, porque sentía que las fuerzas le faltaban.

En aquel momento dos sombras doblaron la esquina de la calle y aproximándose rapidamente á Angélica,—una de ellas esclamó abrazando á la abandonada huérfana:

—Angélica!...Angélica!...ven con nosotros, nuestra casa será la tuya todo lo hemos oído por la ventana....Ven hermana mia!...

—Clara!...murmuró Angélica apoyando su cabeza sobre el seno de su amiga, y dando un paso, quiso seguirla, pero perdió el conocimiento y cayó pesadamente en los brazos de aquella y de D. Luis, que era el que acompañaba á la jóven.

Padre é hija trasladaron á su casa como mejor pudieron á la inanimada Angélica, prodigándole los cuidados más esquisitos.

Mientras tanto, Marcelina en su casa se decía:

—Está dado el golpe; por la vigilancia que he ejercido las noches anteriores á esta; sé que Angélica con quién conversaba era con Clara la hija del vecino. Las apariencias sin embargo la condenan...Oh! y el robo aparente de la cartera!... Mi idea ha sido feliz!...nadie lo sabrá...fácil ha sido acriminarla; nuestra reputacion y buen nombre nos dictaba obrar como lo hemos hecho, no podíamos tener en nuestra casa una mujer indigna que nos desacreditase; perféctamente, toda va bien, he cuidado de tener testigos; estos se encargaran de divulgar lo ocurrido, Cárlos Albadeoro despreciará á Angélica considerándola como una mujer criminal que á mas de robar á sus parientes se permite tener citas por la reja con sus amantes.

La pérfida Marcelina ignoraba que Albadeoro era íntimo amigo de la casa de Clara, y que sabía perfectamente con quien hablaba Angélica por la ventana de su aposento.

Sin embargo, Angélica era arrojada de la casa de sus parientes envuelta en las redes de una acusacion infamante.

¿Qué sucedería?

La opinion pública no tardaría en señalarla como una criminal....

Aquella niña, toda pureza y virtud sería una presa indefensa que la calumnia se encargaría de destrozar!...

El mundo culpa y no analiza.

Reprocha y no educa.

Oh! lectora querida, que terrible es la calumnia!...

Creo mas preferible una y mil veces la muerte á los efectos mortíferos de la calumnia negra y miserable.

¿Qué mayor dolor y más terrible golpe para una virgen pura, para una niña honrada, virtuosa y angélical que la calumnia la manche con su baba inmunda haciéndola aparecer como una mujer criminal, siendo modelo perfecto de la virtud y de la pureza?

¿Qué golpe más atroz, que dolor más desgarrador; para un padre de familia, honrado, laborioso, recto y pundonoroso, incapaz de la más leve accion de reprobacion, que se le tache de ladron, de falsario, asesino, y otras acusaciones infamantes lanzadas por la calumnia vil?

Hablando de la calumnia, mal que envenena la sociedad

con su mortífero aliento, dice un escritor francés [1] en una de sus obras:

«La calumnia es la única cosa que se hace en este mundo gratis y sin interés. Hay en el corazon humano un instinto maligno y dañiño que nos inclina á creer con más facultad lo malo que lo bueno. De ahí nace esa especie de ayuda, de apoyo, de auxilio tácito y mútuo que se dá maquinalmente á la propagacion de una mentira. Por ese medio, la calumnia está en todas partes, y el calumniador en ninguna: nunca se encuentra un traidor de melo-drama tan sándio que asegure públicamente una impostura real y positiva, que puede desvanecerse con un bofeton ó por medio de los tribunales; eso no: ni en la sociedad se dice nunca una cosa que no ha sucedido, pero se dice de otro modo como ha pasado, desfigurándola, alterándola en su esencia, ó en sus por menores, y la malignidad. De manera que, gracias á la ignorancia á la tontería y á los chismes de sociedad, la verdad más limpia y mas clara pasa inpersetíble al estado completamente mentira.

« Los verdaderos culpables no son los enemigos que nos atacan; ese es su oficio y lo hacen en conciencia; los culpables son los amigos que no nos desfienden, que callan, y nos abandonan; y ¡ estos son los amigos! ¡ Callan!... y á eso se reduce su valor! ¡ Callan cuando los demas gritan!... pues ¡ vive Dios! ¡ Cuando ruge la tempestad es cuando debe alzarse la voz! »

Perez Escrich, en su bella obra *La calumnia*, dice:

« La calumnia es un defecto ó vicio universal:

Por do quiera que imprime el hombre sus huellas, estiende la calumnia su emponzoñado aliento; y con la mayor buena fé del mundo, y con los hipócritas atavíos de la compasion, se introduce en el seno de las familias causando á veces desgracias irreparables, dramas terribles.

Por desgracia, en la sociedad, el hombre se ocupa más de la paja que mira en el ojo ajeno, que de la viga que lleva en el suyo.

La sonrisa que una mujer amable dirije á un amigo de confianza, suele ser muchas veces comentado por un tercero, que en su oficiosidad le dá una intencion torcida; y no es estraño que al contar aquella sonrisa á un amigo emplee cier-

(1) Eugenio Scribe.

tos puntos suspensivos, que éste convierte en sustancia, añadiendo algunas frases más de su cosecha, y así sucesivamente, corre de boca en boca, llega á convertirse en una historia calumniosa, que deja una mancha indeleble en la honra de aquella que ha tenido la desgracia de inspirarla.

—Fulano ya no se casa con Fulana.

¿Por qué?

—Psht! .... Es un misterio.

Este ¡psht! .... es una calumnia; es la partícula donde comienza la bola de nieve, es el punto roto de la media, es, en fin, la picadura del cinife venenoso, que se convierte en úlcera.»

. . .

CAPITULO VII.

Tres bodas. La dicha y el despecho

Sigamos ahora nuestra interrumpida historia; penetrando en casa de Clara donde se hallaba Angélica, desde que sus parientes cometieron la villanía de arrojarla de su casa teniendo conciencia de su inocencia.

Angélica había sido trasportada á casa de Clara en un estado lamentable; la fiebre la devoraba, y terribles convulsiones nerviosas la postraban cada vez más.

Clara, con una solicitud tan cariñosa como la de una hermana ó de una amorosa madre, no se apartaba ni un momento de su amiga.

D. Luis, padre de aquella, hizo llamar un médico, de los más afamados, y bajo un enérgico tratamiento estuvo Angélica luchando entre la vida y la muerte por espacio de quince dias.

Al cabo de aquel tiempo la pobre niña, comenzó su con-

valescencia, teniendo el consuelo inefable de contemplar á su lado á Cárlos Albadeoro su prometído, á Clara su mejor amiga y á D. Luis el padre de esta. Angélica vé en torno una familia que considera como suya, tal es la intensidad de sus afectos sinceros y mútuos. D. Luis es para la pobre niña un amoroso padre, Clara una dulce tierna hermana, y Cárlos, el futuro compañero de su vida, el amoroso sóstén que Dios le concede para dicha suya.

Todos se afanan por hacer olvidar sus penas á la virtuosa huérfana.

Albadeoro quiere apresurar el dia de sus bodas con Angélica para dar un mentis á las calumnias que empiezan á correr, debido á las intrigas de Marcelina y de su madre.

Se ha señalado la época del casamiento de Clara con el jóven Ricardo Prado para de allí á quince dias y trátase de efectuar al mismo tiempo el enlace de Angélica con Cárlos.

La convalescencia de Angélica es rapida, y esto favorece los deseos de todos.

Clara anhela que su amiga cambie de estado el mismo dia que ella; todos igualmente lo desean.

Albadeoro ha preparado una preciosa casa para su futura esposa, alhajada con gusto y elegancia.

Clara debe de seguir viviendo en el mismo hogar que la vió nacer, su padre anciano, necesita de su compañía, y como la casa es cómoda, los dos esposos la habitarán en compañia de D. Luis.

Los dias corrieron con increible rapidez, y llegó por fin el señalado para la celebracion de los dos casamientos que iban á efectuarse en casa de D. Luis.

Marcelina y Da. Ana, satisfechas de su ruin conducta, ignorando las causas que habían motivado la demora del casamiento de Angélica, suponían que los tiros de la calumnia lanzados por ellas de continuo, habían operado en el ánimo de Albadeoro la deseada transformacion.

Pero hiriólas mortalmente la noticia de que Angélica y Cárlos se casaban, y en la misma noche que Clara y Ricardo Prado.

El despecho fué tan grande, que Marcelina esclamó:

—Oh! no les daré el gusto de que se gocen en mi derrota, yo tambien me casaré!

Enrique fué entónces noticiado, de que Marcelina accedía á darle su mano en la siguiente semana.

Los preparativos se hicieron á vapor, y Marcelina se unió á su primo Enrique la misma noche que Clara y Angélica á sus prometidos.

Clara y Angélica se presentaron en los salones idénticamente ataviadas; vestidos de razo, blancos, de largas faldas elegantemente adornados de azahares y blondas; de sus bellas cabezas pendían mantos de tul bordados de plata, descendiendo en graciosas ondulaciones.

Ambas amigas era hermosas, pero aquella noche lo estaban doble; la dicha que les sonreía animaba sus facciones, haciéndolas doblemente encantadoras.

Haremos notar que Clara era de gran parecido á Angélica; muchas personas que no las conocian suponian fuesen hermanas; aquella estraña casualidad, parecia contribuir á que las dos amigas se amaran como verdaderas hermanas.

En medio de su dicha, una nube de profunda tristeza cubría de sombras la frente de Angélica; recordaba las crueldades é injusticias de sus parientas.

Sin embargo, la providencia divina que vela siempre por los buenos, había de revindicar á la faz de todos la inocencia de Angélica.

Aquella misma noche corrió de boca en boca un suceso ocurrido en casa de Marcelina, en la mañana de aquel dia.

Parece que la criada que habia tomado Doña Ana para librarse de la presencia de Angélica, habia hecho el propósito de hacer relaciones de importancia en perjuicio de sus amas, aunque en favor de los mas nobles sentimientos.

La criada, á quien llamaremos Matilde, buscaba el medio de hacerse de pruebas para robustecer sus acusaciones.

Puso en tortura su imaginacion hasta que creyó hallar lo que deseaba. Enteró de sus ideas á dos íntimas amigas que se prestaron gustosas á desempeñar el papel de testigo que era lo que la buena Matilde necesitaba.

Llegado el dia de las bodas de Marcelina, esta puso en revolucion toda la casa. Alterada por la noticia de que Angélica se unía á Cárlos aquella noche, reñia con todos para calmar su despecho.

Matilde que buscaba la ocasion, aprovechó el estado de

irritacion en que se hallaba Marcelina para provocar la escena por tanto tiempo deseada.

Las dos amigas de Matilde se hallaban en la habitacion de esta, esperando el momento que no tardó en llegar.

Habiendo aquel dia tanto que hacer, Matilde se llamó á sosiego permaneciendo en su cuarto. Sabido esto por Marcelina envió al portero á amonestar á la muchacha.

Matilde encojióse de hombros sin responder. Había tenido buen cuidado de hacer ocultar á sus amigas para que no fueran vistas ni por el portero ni por Marcelina.

Fueron á enterar á esta de la repuesta de Matilde.

Altamente disgustada, Marcelina acudió al aposento de la muchacha esclamando al verla:

—Qué pensais? he de servirme á mi misma?

—Como querais...—respondió Matilde tranquilamente.

—Que decis?...—esclamó Marcelina.

—Que bien podeis serviros!

—Estais loca?...No comprendeis que si me faltais de este modo puedo haceros constituir en prision?...

—A mi!... -esclamó Matilde alzando la voz—yo soy una muchacha honrada que nada tiene que ver con la cárcel... no diriais vos así!...

—Qué escucho!...os atreveis...

—A todo!—repuso Matilde—No sois vos la que habeis de intimidarme...eres tan culpable como la mas criminal...

—Callad!...os lo mando!

—Oh! no, no he de callar! Quien sois vos para amenazarme? Una mala mujer, que no ha vacilado en acusar de ladrona á la Señorita Angélica, siendo inocente...Porque yo os ví cuando introdujisteis la cartera en el bolsillo de la Señorita!...

—Callad! Callad!... miserable!...

—No callaré! Repetiré una y mil veces que vuestra prima es inocente y que vos sois una malvada...

—Oh!—esclamó Marcelina arrojándose sobre Matilde—no te he dicho que calles!...infeliz!... no tienes pruebas y mal puedes acusarme...

—Os equivocais!—dijo Matilde deshaciéndose de Marcelina que intentaba hacerla callar por la fuerza—tengo pruebas que ponen de manifiesto vuestra criminal conducta!

—Mentis! nadie habia cuando introduje la cartera en le bolsillo de Angélica...

Marcelina dió un grito cortando sus propias palabras...

Saliendo tras de un armario. aparecieron las dos amigas de Matilde.

—Vos misma os habeis vendido!—esclamó la muchacha, —Ved si tengo pruebas con estos testigos!

Marcelina pálida de muda no acertó á pronunciar una palabra.

Matilde y sus amigas dirijiendo á la jóven una despreciativa mirada salieron de la habitacion abandonando en seguida la casa.

Aquella misma noche nadie ignoraba lo ocurrido en casa de Marcelina. Solo Luis el primo de esta era el que nada sabía...

Todos los que acudían á casa de Clara y Angélica con motivo de sus bodas, felicitaban ardientemente á esta y á sus amigos.

Angélica, alma noble y generosa, apesar de verse libre de la calumnia de sus parientes, sintió la posicion en que quedaba su prima.

Volvamos lectora, á la casa de D. Luis en la noche de las bodas. Todo resplandecía de luces, flores y aroma.

Albadeoro satisfecho, con el semblante risueño por aquella dicha tan noble como grande, llevó orgulloso hasta el pié del altar, á la digna compañera que veía en aquel instante compensados todos sus dolores.

La bendicion del sacerdote unió para siempre sus destinos asi como lo estaban sus almas amantes desde el dia en que se trasmitieron sus sentimientos.

Clara y Ricardo recibieron la bendicion despues de aquellos. Noches de espera, inquietudes misteriosas, deliciosos paseos en las alegres tardes de la primavera ó del estío por los jardines cercanos; juramentos, promesas, flores marchitas, protestas, todo ese prólogo interminable de dos corazones que se adoran acababa de condensarse en el epílogo de una bendicion al pié del altar: estaban casados.

CAPITULO VIII

Justicia divina.

Han trascurrido seis años.

Era una templada mañana de primavera.

De una casa de hermosa apariencia salió una jóven vestida elegantemente, acompañada de una criada vieja.

Es Angélica, cuya hermosura ha aumentado ostentando siempre en sus divinos ojos el brillo de la juventud y la espresion bondadosa de su alma pura.

Angélica lleva un devocionario en una de sus manos; vá á misa, y se dirije á una iglesia cercana donde tiene por costumbre asistir.

Caminaba rápidamente por una calle de árboles, seguida de su criada que no era otra que la buena Matilde, cuando fué detenida por una mujer mendiga, envuelta toda en un gran pañuelo, que ya había perdido su color primitivo.

La mujer se le había aproximado y con voz triste y temblorosa, díjole:

—Señorita, una limosna; hace dos dias que no me alimento!

Angélica se detuvo, y mirando á la infeliz, esclamó condolida:

—Hermana, que Dios os asista!—y dióle una limosna.

La mendiga se estremeció al oir la voz de Angélica, yalzando el pañuelo que la cubría el rostro, dirijió á la jóven una mirada penetrante.

—Marcelina!—esclamó Angélica con dolor y asombro—¿tú, en este estado? ah! permite prima que te pida un favor! añadió la jóven, concibiendo un pensamiento con la rapidez del rayo.

—A mí!—dijo Marcelina admirada y confusa.

—Sí á tí; quiéres venir conmigo? mi casa será la tuya, prima, yo ignoraba tus males, oh! Dios mío!—prosiguió Angéli-

ca, derramando lágrimas de dolor—pobre Marcelina! es posible que te encuentres así!

—Oh! Angélica qué buena eres! qué noble, generosa y tierna es tu alma! ¿es posible que de este modo tan esplédido y generoso pagues mis perfidias y maldades? oh! permite, Angélica, que bese tus manos, permite generosa criatura que de rodillas pida tu perdon!

—Marcelina! Marcelina!—esclamó Angélica con voz ahogada por la emocion—detente, no hagas eso! no merezco tales demostraciones, sigo los impulsos de mi corazon, qué quiéres que te perdone, mi pobre prima?

—Lo mucho que te he hecho sufrir— esclamó con vehemencia Marcelina—sí, tú Angélica debieras despreciarme mucho, muchísimo, yo fuí la causa de los dolores que de contínuo te hicieron verter lágrimas, yo te he humillado, te he injuriado, y hasta llegué á arrojarte de nuestra casa envuelta en las sombras de la calumnia...oh! Angélica, piedad para mí! perdon para esta miserable criatura! perdon!...mi corazon se halla despedazado, oh!—prosiguió Marcelina con creciente exaltacion—tú jamás te quejaste, porque eres una santa, pero yo sabía que tu gran corazon sufría dolores acerbos...perdon Angélica!... perdon...

Los sollozos ahogaron la voz en la garganta de Marcelina.

Angélica lloraba en silencio, sin poder hablar por la fuerte emocion que sentía, al fin dijo con dulce voz:

—Oh! sí, Marcelina, yo te perdono el mal que me hiciste, los crueles dolores que mi corazon ha esperimentado, y las injurias y ofensas que me has inferido, y ruego á Dios Todopoderoso que derrame sobre tí su divina bendicion!...

—Angélica!.... gracias!....gracias!....qué pequeña me siento ante tí! me perdonas todo el mal que te hice, oh! qué noble y qué buena eres!...

—No solo te perdono, sino que te ruego aceptes el lugar que te brindo de corazon en mi casa á tí y á mi tia...

—Mamá murió!...—dijó Marcelina amargamente.

—Murió!...pobre tia!—murmuró Angélica enjugando sus lágrimas.

—Murió si, y yo quedé abandonada y pobre...

—Y...Enrique, tu esposo?

—Oh! Angélica,—esclamó Marcelina—Enrique ha sido el que ha ejecutado en mi el castigo merecido; al casarme con él

llevéle una gran fortuna que unida á la suya aumentaba de un modo considerable. Dos meses despues de casados, Enrique se mostró tal cual habíi sido: jugador. Este vicio llegó en él hasta la insensatez: perdimos todo. Al verse arruinado, lejos de correjirse se entregó á todos los vicios dándome una vida horrible. Se precipitó en un abismo repugnante, ningun freno bastaba para sujetarlo; voluble, sensual y habiendo perdido todo resto de honradez y moralidad, se convirtió en un ser repugnante é innoble; entregado á la bebida, y á toda clase de desórdenes y escesos vive hoy sumerjido en el fango del vicio y de la abyeccion... Ah! yo he luchado y he logrado salvarme del mal...He tenido que descender hasta pedir limosna de puerta en puerta...Ahora la nobleza de tu conducta, prima amada, la generosidad de tu alma, me brinda un refujio; cómo agradecerlo?...Ah! no me atrevo á aceptarlo...

—Marcelina! lamento en el alma todos tus males que ignoraba, pues todo este tiempo pasado hemos estado viajando, pero ahora que los conozco me brindo gustosa á servirte en todo lo que mis fuerzas y alcances lo permitan; mi esposo me ayudará en esta obra; Marcelina no veas ningun mérito en mí proceder, porque el digno de alabanza es Dios...

Ah! yo te perdono,, prima mia con toda el alma! ven á mis brazos, y sea esta la señal de amistad y alianza que una nuestros corazones!...

Marcelina se precipitó en los brazos de Angélica, rompiendo á llorar de un modo desgarrador.

A corta distancia contemplaba enternecida aquel cuadro interesante la buena Matilde, que bendecía á Angélica elevando al cielo sus ojos.

La generosa Angélica determinó oir misa más tarde y volvió á su casa en compañía de su prima y de la criada.

Angélica hizo preparar inmediatamente dos lindísimas habitaciones para Marcelina, encontrándose esta poco despues perfectamente instalada y tratada con el mayor cariño y consideracion, por Angélica, por Albadeoro, Clara y demás familia.

CAPITULO IX.

Dicha completa

Han trascurrido dos años mas.

Enrique ha muerto; y Marcelina viuda, vive siempre arrepentida en compañia de Angélica.

Esta tiene una hijita preciosa, á igual de Clara.

Albadeoro se considera enteramente feliz, y no cesa de repitir á cada instante que tiene en su esposa un envidiable tesoro de virtudes; su linda hijita ha venido á completar esta dicha.

Marcelina contempla aquella felicidad con la sonrisa en los lábios y la satisfaccion en el corazon; su alma se ha purificado, y el cambio completo que se ha operado en ella la ha convertido en una criatura digna y buena. En su corazon han germinado las benéficas semillas que la tierna y suave mano de Angélica habia esparcido. Veíase ahora esposa feliz de uno de los hermanos de Clara.

El cambio era completo.

El bienestar y tranquilidad del alma se refleja en todos los semblantes, sus conciencias tranquilas reposan con dulce calma, y sobre sus cabezas bate sus blancas alas la paz y la virtud, que hacen de aquel hogar un santuario de bellezas imponderables.

Qué dulce es perdonar al caido, olvidando sus ofensas!

El malo vuelve mal por mal, el bueno recompensa las ofensas con el perdon.

Jamás debiéramos pensar en la venganza, porque ella empequeñece el alma y corrompe el corazon.

En el seno del mal jamás podrá hallarse gozo; la venganza es siempre ruin; las almas generosas, los corazones nobles, la rechazan.

El perdon de las ofensas, ha dicho Jesucristo, es la más noble de las venganzas!

Fin del libro IV.

LIBRO QUINTO

CONSOLAR AL TRISTE

CAPITULO I.

¡Sola!

En el año de 18... vivia en Madrid, en la calle de los Desamparados, en una buhardilla, situada sobre el tejado de una hermosa casa que ocupa el número 40 de dicha calle, una bellísima jóven llamada Margarita.

La buhardilla habitada por esta era humilde y aseada, pero respirábase en ella una atmósfera de tristeza que oprimía el corazon.

Margarita era huérfana, habia perdido á su padre á los 16 años; y diez meses ántes de la época en que empieza nuestro relato, la muerte cruel le arrebató á su madre, cuando solo contaba diez y nueve primaveras.

Margarita era un prodijio de belleza.

Figuraos una jóven de mediana estatura, de formas redondas y esculturales; con un rostro de ángel, de cútis blanco como la hoja de la azucena y fino como la seda, sus mejillas sonrosadas por un suavísimo y bello tinte, prestaban doble encanto á su semblante; su boca pequeña, de un dibujo precioso, tenia el fresco color de la rosa, y al entreabrirse á impulsos de una sonrisa, dejaba admirar una doble hilera de nacarado esmalte; sus ojos eran negros, grandes, lindísimos, pero de una mirada intensamente triste y melancólica.

Margarita era tan bella de cuerpo como de alma; tenia un corazon de oro; sensible y tierna, generosa, caritativa y amable, era la personificacion física y moral de todo lo bello y grandioso.

A la muerte de su madre, Margarita se vió á tan temprana edad sola en el mundo, sin un ser amigo á quien

volver los ojos ni pedir proteccion. es verdad que tenia una tía, hermana de su madre, pero esta ne se hallaba en Madrid, y la jóven ignoraba en que parte residía, así que el desamparo y abandono de Margarita era tan completo, que la pobre jóven anonada por el dolor no sabia que partido tomar.

Sola!

Terrible y desconsoladora frase!

Sola, es decir, abandonada en el mundo, sin un apoyo protector, sin una mano amiga que la alentara, sin tener quien la amara, quien murmurase á su oído dulces frases de cariño y de consuelo!

—Oh! madre querida, porqué me abandonaste?—gemía Margarita con hondo dolor—porqué no me llevaste contigo?

¡Pobre Margarita!

Jóven, bella, y sola en el mundo, á cuántos peligros y dolores no estaria espuesta su inesperiencia?

La situacion mas terrible sin comparacion á otra alguna, es la del desgraciado huérfano, ya sea cuando la muerte le arrebata sus padres amados, en los primeros años de su exisexistencia ó ya cuando se encuentre aun en la florida edad.

¿Dónde habrá amor para el huérfano desvalido?

¿Quién con idéntica ternura le adormecerá en sus brazos, y le prodigará tan dulces caricias?

¿Dónde podrá reclinar su frente abatida? ¿Dónde hallará fuente mas dulce de consuelo y de tierno cariño?

¿A dónde dirijir los ojos para buscar ese tesoro de valor infinito, que la muerte despiadada arrancó de entre sus brazos?

Ah! en ninguna parte! Desgraciado huérfano, do quiera que dirijas tus ojos, solo descubrirás el mas horrible vacío, el mas desconsolador abandono, todo es falso y nada durable fuera del santo y puro cariño de los padres!

¡Felices, una y mil veces los que ténemos la suprema dicha de contemplar á toda hora á los adorados autores de nuestra existencia! Ah! el cielo nos los conserven siemprè!

¿Y cómo no amar lectora,y bendecir á *el que* nos proporcionaesa felicidad, única en la vida?...

Pero, volvamos á Margarita, lectora amiga.

La jóven lloró sin consuelo la irreparable pérdida, mas tuvo que hacer un esfuerzo superior, para reflexionar sobre el estado en que había quedado, y tomar un partido que la pusiera á cubierto de la miseria. Despues de considerar su triste situacion, determinó mudar de domicilio, porque allí donde todos los objetos le recordaban su horfandad y la ausencia eterna de su madre querida, no era posible vivir sin que su corazon se despedazara.

Instalóse pues, la solitaria huérfana en la buhardilla que al principio mencionamos, situada en el sexto piso de una casa de la calle de los Desamparados.

Una vez en su nuevo hogar, Margarita lloró con amargura su abandono; en aquella nueva vivienda parecióle que se hallaba más sola, más desamparada; aflijida y sin consuelo, las fuerzas la abandonaban, y un desfallecimiento mortal iba, poco á poco, minando su existencia.

Apesar de su dolor, la jóven tuvo que pensar en trabajar para vivir, hasta que Dios la llamara junto á sí á gozar de la compañía de sus amados padres; en su consecuencia, Margarita determinó buscar costuras, con cuyo producto podría subsistir muy escasamente y con ménos cabo de su salud, porque la ingratitud del trabajo, haría sufrir su cuerpo y aniquilaría sus fuerzas, sin obtener á costa de fatigas y desvelos, más que una existencia amarga, sin distracciones, sin consuelo, y sin alivio.

Sin embargo y apesar de esto, Margarita se halló más aliviada al tomar aquella resolucion, que le aseguraba un pan, ganado honradamente por medio de su trabajo.

La jóven buscó costuras, y comenzó á trabajar con ardor, entregada siempre á sus tristes recuerdos.

Al cabo de un mes de habitar su nuevo albergue, Margarita estaba completameute desconocida; el bello sonrosado de sus mejillas habia desaparecido sostituyéndole una palidez mate, habíase adelgazado de un modo estraordinario, hasta el estremo de que parecia haber salido de una grave enfermedad, sin embargo, no por eso habia desaparecido su belleza, por el contrario, esta parecía haber aumentado aunque de una manera especial; su hermosura tenía ahora algo de celestial, y al contemplarla así, ataviada severamente con el traje

de rigoroso luto, parecia el ángel de la tristeza y de la melancolía.

La débil é impresionable naturaleza de Margarita, había sufrido un violento choque con la muerte de su padre, y luego más tarde al perder á su madre, su corazon se habia sobrecojido de dolor hiriendo su alma este nuevo y agudo golpe de una manera cruel á inusitada.

Si la jóven hubiera tenido á su lado á un hermano, á algun ser querido con quien compartir su dolor, que mitigara con su cariño y su dulce presencia aquel pesar tan hondo pero, ah! por desgracia, Margarita estaba sola, desamparada, espuesta á mil peligros, como la solitaría flor que aislada, crece sobre la roca de la montaña, sin abrigo ni reparo, espuesta á los azotes del viento, y á los glaciales vientos de la noche; Margarita se asemejaba á la abandonada flor tanto, como á la avecilla que al volver al hogar lo halla vacío, helado, porque la mano del infortunio le arrebató la amorosa madre que le diera el ser!

Margarita sin amparo, presa de los rigores del destino, como las hojas que el viento arrebata, jemía en su horfandad, sin tener en qué depositar las penas que laceraban su corazon.

Terrible es tener que sufrir en silencio sin poder desahogar el pecho oprimido en un seno amigo!

Margarita sufría, y empapaba con sus lágrimas la costura que descansaba sobre sus faldas, lágrimas silenciosas é ignoradas que nadie iba á enjugar ó á recojer.

La salud de la jóven no pudo resistir á tantos embates, y empezó á sufrir del corazon; y como consecuencia de sus pesares reconcentrados, la acometieron desmayos y convulsiones nerviosas.

Semejante cuadro desgarraba el alma, y ante aquel intenso dolor, el corazon no podía resistir sin derramar copioso llanto.

CAPITULO II.

El ángel de los desgraciados

En la misma casa donde vivía Margarita, en el piso principal, habitaba una jóven señora, condesa, llamada Délia Ponce de Leon.

Era la condesa una mujer hermosa, rubia como un ángel, de ojos azules, límpidos y llenos de espresion y ternura, de regular estatura, delgada, pero de una figura elegante y distinguida.

La condesa vivía sola, aunque tenia un hijo de 20 años, pero este se hallaba en Paris, concluyendo su carrera de abogadía.

Componíase la servidumbre de la condesa Délia de cuatro sirvientes, de los cuales solo uno pertenecía al sexo femenino, era esta la doncella de la condesa, llamada María, andaluza; un cocinero francés; el ayuda de cámara del jóven Conde Jorge de Leon, y por último de un cochero, honrado gallego que hacía diez años estaba al servicio de los Condes.

La Condesa Délia, aunque hermosa y jóven, pues solo contaba, treinta y cinco años, vivía casi retirada del mundo, entregada á sus recuerdos y á sus piadosas costumbres; sensible y generosa, se complacía en enjugar las lágrimas de los desgraciados, llevando á sus corazones el saludable bálsamo del consuelo, que cual rocío benéfico vivifica las pobres flores del vergel humano, marchitas y mústias por los ardores de un sol de fuego, por los huracanes destructores de la existencia.

En una palabra, se había impuesto una mision sublime, grandiosa; *caridad.*

La Condesa Délia, vivía desahogadamente disfrutando de una regular rentía que le permitía hacer aquellos gastos ne-

cesarios para una mujer de su rango, y repartir sin perjuicio alguno, el esceso de ella, entre los necesitados.

Una deliciosa tarde de primavera, la condesa Délia se hallaba en su tocador concluyendo de vestirse; una preciosa berlina azul la esperaba á la puerta, que debía conducirla á casa de la duquesa Moncada de Olivares y Pinares, íntima amiga suya, la cual reclamaba su presencia, pues una dolencia crónica la tenía en cama, privándola el placer de verla.

Aquella tarde, como de costumbre, la condesa Délia, vestia sencillamente pero con un gusto tan esquisito como elegante y de buen tono.

Llevaba un traje de gró de Paris, color lila claro, adornado de riquísimos encajes negros, una lujosa mantilla negra tambien, cubría sus rubios y ondulados cabellos llegando en graciosos pliegues hasta más abajo de su esbelta cintura; no la adornaba ninguna alhaja; á escepcion de un anillo que llevaba en el dedo del corazon, joya de gran valor con un magnífico solitario; la condesa nunca se separaba de aquella alhaja porque era un recuerdo del más noble y digno de los esposos.

La toilett tocaba á su fin, la condesa, calzaba sus diminutas-manos con unos guantes de cabritilla lila, cuando María su doncella aproximándose, dijo con respetuosa timidez:

—Señora condesa, V. E. que es tan caritativa, y posée un corazon tan noble, quizá ignora que en esta misma casa hay una pobre jóven que necesita de sus consuelos...

—Cómo!—esclamó con dolorosa sorpresa la condesa Délia—cerca de mí hay quien sufre, sin yo saberlo, quien vierta lágrimas sin que yo las enjugue!

—Permitidme, señora condesa, os digo, que no es estraño que V. E. ignore la existencia de esa niña desgraciada, pues apesar de que hace muchos meses que habita en la buhardilla de esta casa, yo solo la he visto tres ó cuatro veces; viste de luto riguroso y creo que es huérfana porque vive sola y siempre está llorando, pobrecilla!

—Sabes cómo se llama?

—Margarita, señora; cose para afuera, y segun parece, es con lo que vive; la portera doña Claudia dice que cuando vino á esta casa estaba llena de vida, aunque sumamente

abatida; tenía unos colores como las rosas, pero hoy parece la pobrecilla una alma en pena, tan pálida, tan extenuada....

La doncella guardó silencio, cortando sus propias palabras, al ver que la Condesa había hecho un movimiento de dolor, y que dos gruesas lágrimas brotaban de sus ojos resbalando por sus mejillas hasta perderse entre los encajes de su mantilla.

—Pobre niña! esclamó la noble señora, elevando al cielo sus hermosos y humedecidos ojos, y tratando de dominar su emocion—quizá esté sola en el mundo, sin amparo ni sosten, oh! Dios, qué cuadros tan tristes se vén en la tierra!

María la doncella, á cierta distancia, contemplaba á su señora con muda satisfaccion; aquella pobre muchacha tenía un corazon digno de su ama, no podía ser por ménos,—los buenos ejemplos son como el perfume de las flores, que impregnan con su aromática esencia á cuanto objeto se halla en contacto suyo.

La Condesa se hallaba abismada en profundas reflexiones, parecía haberse olvidado de todo, hasta de que se disponía para visitar á la duquesa Moncada de Olivares y Pinares.

Así permaneció por un gran rato, hasta que pareció concebir un plan, y dirijiéndose á un *secretair* de palo de rosa con incrustaciones de nácar, sacó de él un bolsillo de seda celeste con broche de plata, entre cuyas mallas brillaban algunas monedas de oro.

La condesa detúvose otra vez indecisa, y contemplado por algunos instantes el lolsillo que tenía en sus manos, murmuró:

—Oh! nó, no es esto lo que necesitará tanto esa desdichada niña, por lo que he oido parece que es huerfana.... sola, abandonada....pobre niña! quizá carezca de un corazon amigo en quien depositar sus penas!

Calló por un breve tiempo, y luego volvió á murmurar:

—¿Con qué pretesto me presentaré ante ella?....fingiré llevarle costuras....nó, haré lo que pensé en un principio, sí, prosiguió la condesa animándose—es lo mejor, y no debo perder un solo instante.

—María,—esclamó, dirijiéndose á su doncella, que inmóvil y silenciosa contemplaba á su ama con respetuoso interés y marcado cariño—espera aquí mi vuelta que será dentro de

breves momentos; no creas que desconozco tu buen corazon, yo sabré recompensarlo.

Dichas estas palabras, la condesa Délia salió de sus habitaciones y comenzó á subir las seis escaleras que conducían á la buhardilla de Margarita.

CAPITULO III

—

Providencia divina

—

Margarita se hallaba como, siempre, entregada á sus tristes pensamientos, y regando con sus lágrimas la costura que descansaba sobre sus faldas.

En esa posicion se encontraba, cuando llamaron con suavidad á la puerta de su humilde habitacion.

La jóven se sobresaltó; en el estado en que se encontraba, todo la atemorizaba; ni el más leve ruido turbaba el silencio que de continuo la rodeaba, ni el acento de su propia voz dejábase oir en el interior de aquella triste morada; asi pues al oir llamar á su puerta, su corazon latió con fuerza un subido carmin vistió sus mejillas, tornándose en seguida tan pálidas como la muerte; quién podria buscarla? se habrian equivocado? estas y otras preguntas se hacia la jóven, sin atreverse á abrir, pero un segundo golpecito la decidióy-revistiéndose de un valor de que en verdad carecía, se ne caminó á la puerta y, sin abrirla, con tímido recelo, é insegura voz preguntó:

—Quién es?

—Tened la bondad de abrir un momento, hija mia—dijo una voz dulce y cariñosa.

La jóven sintió una estraña impresion, al escuchar aquel

acento acariciador; aquella frase «hija mia», dicha por la desconocida, hizo estremecer á la jóven, que temblorosa y emocionada franqueó la entrada á la que de un modo tan dulce hablaba, no siendo otra que la Condesa Délia.

Al ver en su humilde buhardilla á tan lujosa dama, la jóven se sorprendió y con voz balbuciante, dijo:

—Señora... os habeis equivocado... porque yo... no sé...

—No hija mia, no me he equivocado, he sabido que padeceis, que sois huérfana, que vivís sola, abandonada y... vengo á que...

La Condesa se detuvo, mirando á Margarita con lágrimas en los ojos.

—A que señora?...—dijo la jóven con voz ahogada por la emocion.

—A que derrameis en mi seno, las lágrimas de vuestro dolor!..

—Señora!..

—Venid á mis brazos, hija mia!—esclamó la Condesa con vibrante acento de cariño.

Margarita dirijió á la condesa una mirada de desvario; imaginóse tener ante sí, á la madre adorada á quien lloraba todos los dias, no pudo contener el grito que se escapó del fondo de su alma, y esclamó con desgarradora voz, ahogada por los sollozos:

—Madre de mi alma!..—y precipitándose en los brazos de la Condesa, quedó desmayada en ellos.

Esta escena fué rápida, y tuvo lugar en más breve tiempo del que ocupamos en describirla.

La Condesa Délia contempló á Margarita con amor y compasion, y cubriendo su rostro de lágrimas y de besos, depositó á la jóven sobre el lecho; sacando de su seno un frasquito de esencia, hízole aspirar, pareciendo reanimarse y volver en sí

Margarita al entreabrir los ojos, dirijió en torno suyo una triste mirada, y luego prorrumpió en sollozos.

La Condesa de pié, á su lado, inclinada sobre ella, le dirijía palabras empapadas de ternura y de cariño, prodigándole todos los consuelos de que su alma noble y grande era capaz.

Margarita escuchaba aquel acento dulce y consolador, que parecia devolverla á la vida; su corazon tanto tiempo oprimido por el dolor, parecía ensancharse al benéfico influjo de aque-

llas palabras que llegaban hasta su alma como una música celestial.

Calmada un tanto, la esplosion de sentimientos que hacía brotar raudales de lágrimas de los ojos de la jóven, esta se incorporó en el lecho y juntando sus manos, esclamó:

—Señora! ?quién soy yo para merecer tanta dicha como la que me proporcionan vuestras palabras! Ah!...cómo podré recompensaros estos dulces consuelos que derramais en mi corazon como un bálsamo benéfico? Qué he hecho para merecer vuestros cuidados, y las dulces palabras que tanto me consuelan en medio de mi desgracia?

Oh! Providencia Divina!... creí que ya no habría para mi un instante de dicha, que solo mi madre hablaba así; pero hay otros ángeles que se asemejan á ella!...

—Hija mia, no os agiteis, tranquilizaos; Dios todo misericordioso, ha oido vuestros ruegos; y os envia otra madre en lugar de la que perdisteis, la cual os amará cómo á una verdadera hija. Vamos—dijo la Condesa separando con cariño las manos de la jóven, en las cuales tenía oculto el rostro—no quiero que derrameis más lágrimas; confiad, Margarita, en el porvenir, que Dios jamás abandona á aquellos que en él depositan su confianza. Soy viuda, tengo un hijo en Paris terminando su carrera de abogado, así pues vivo sola, vuestra compañía será para mi un bien precioso. Vos sereis, hija mia, el ángel celestial, por cuyo intermedio recibirán mis pobres el socorro que de mi siempre esperan; vuestra presencia angelical en los hogares desgraciados, será un bien del cielo, y yo gozaré con las bendiciones que desciendan sobre vuestra juvenil cabeza. Determinaos á dejar esta humilde estancia, de hoy en delante mi casa será la vuestra...

Margarita profundamente agradecida y emocionada por aquella inesperada y dulce proteccion, solo pudo articular:

—Señora!...

—No me llameis así, de hoy en adelante seré vuestra madre, en vez de uno, tendré dos hijos...

—Oh!...qué buena sois, madre mía!...

La condesa y Margarita, se abrazaron nuevamente, y así, fuertemente unidas, ofrecían ámbas un cuadro digno de su autor, el Supremo Rey de los artistas: ***Dios***!

¿Qué misterioso efecto es el que ha causado la presencia

de Margarita en la condesa? ¿Porqué, cuando apenas la conoce, creé ver en ella el ángel de consuelo que Dios le envía para endulzar los últimos dias de su existencia? ¿Porqué, Margarita, desde el primer instante sintióse inclinada á amar á la condesa con tierno afecto? ¿Porqué escucha sus palabras con placer, y se siente reanimada con sus consuelos? Ah! es porque en sus pechos se anida la sensibilidad más esquisita, y como efecto de esta ha unido sus almas una íntima y tierna simpatía.

Solo un minuto ha bastado para que se amen... la simpatía de las almas sensibles, es rápida para producirse, como el paso de la centella en el espacio, como la carrera de una estrella en el firmamento.

CAPITULO IV.

El conde Jorge

I

La vida de Margarita cambió por completo.

En la condesa Délia halló una segunda madre tierna, amante y abnegada.

La condesa se empeñó en proporcionar á la jóven una educacion sólida, de que carecia; al efecto, dirijida por notables maestros, adquirió vastos conocimientos, y su génio enriquecido por el estudio y el conocimiento de las artes, sobresalió en la música y la pintura.

Bordaba primorosamente; poseía algunos idiomas, y nada faltaba á aquella inteligencia tan rica como elevada.

Ha trascurrido un año desde que Margarita entró por primera vez en casa de la condesa.

Todas las relaciones de la condesa aman y distinguen á Margarita, considerándola como si fuera su hija verdadera.

Sus modales elegantes y finos, la esquisita distincion que es

notaban hasta en sus menores actos, le conquistaron el título de condesita, y solo con este nombre la distinguían las numerosas amigas de la condesa Délia.

El conde Jorge Ponce de Leon, era esperado de un momento á otro; habiendo concluido su carrera, venía á vivir en adelante al lado de su amada madre.

El jóven Conde, solo conocía á Margarita por lo que de ella hablaba su madre en las cartas que le escribía; «tendrás una hermana, le decía, á la cual no podrás ménos que amar, pues es tan buena como hermosa; Margarita es hoy tan necesaria para mi existencia como el aire que respiro; como hija es tierna y amante, y como amiga, tan afectuosa como abnegada,» estos datos habían despertado en el conde Jorge un vivo deseo por conocer á aquella hermana que la Condesa su madre, tanto le ensalsaba.

Al fin llegó el conde.

Abrazó á su madre con transportes de cariño, y al presentarle esta á Margarita, el jóven quedó absorto de admiracion, y solo pudo decir:

—Señorita....

—Vámos, vámos,—dijo la condesa riendo con sencillez y alegría—nada de ceremonias, Jorge, esta niña es la hermana de que te he hablado, y tú Margarita considéralo como tal.

Margarita desde un principio había inclinado su vista al suelo, obligada por la ardiente mirada que el jóven conde la dirijió; sin embargo, al oir las palabras de la condesa, cobró ánimo, y sonriendo con su natural dulzura, miró al jóven, que en aquel mismo instante tendíale la mano; Margarita imitó su accion, estrecháronse ámbas diestras, pero de distinta manera; él lo hizo con dulce y viva espresion, y ella con marcado rubor y timidez.

La condesa los contemplaba sonriendo.

—No es verdad, Jorge, que es muy bella mi hija?—preguntó la condesa al mismo tiempo que atraía junto á sí, la gentil cabeza de Margarita.

—Oh! si, muy bella!- dijo el conde Jorge, fijando en la jóven una segunda mirada de ardiente admiracion.

Margarita ya repuesta, sonrió al recibir aquella lisonja, y repuso con la gracia que le era habitual, pasando su brazo al rededor del cuello de la condesa.

—El cariño que por mi siente mi querida madre, le hace ver las

cosas tras un prisma seductor, así pues conde, no afirmeis el error que ella padece...

—Permitidme Margarita que os interrumpa; lo que mi madre ha dicho es muy cierto; jamás recuerdo haber visto rostro más encantador que el vuestro...

—Conde...

—No me digais así, llamadme Jorge, no me considerais como vuestro hermano?

—Sí, Margarita, decidle Jorge—repuso la condesa—es vuestro hermano, y yo la madre feliz de ambos.

—Pues bien, Jorge,—dijo Margarita sonriendo, y sintiendo que sus mejillas se teñian de un vivo carmin—sois muy galante, pero os perdono la lisonja que me acabais de dirijir con la condicion de que no la volvais á repetir.

—Siento no poderos complacer Margarita; imposible es no tributaros un homenaje tan justo como verdadero!

Margarita inclinó sus bellos ojos, é iba á replicar cuando la condesa, comprendiendo la confusion de la jóven para contestar á tantos cumplidos, puso fin á aquella escena embarazosa, diciendo á su hijo:

—Tengo preparada una agradable sorpresa; y digo agradable porque sé que eres entusiasta por las bellas artes, y sobre todo, por la pintura.

A estas palabras, Margarita se sonrojó de nuevo, mas para disimular su turbacion, dirijióse á una mesa donde había multitud de periódicos.

El conde Jorge la siguió con la vista, al mismo tiempo que decía á su madre:

—Véamos, mamá, esa agradable sorpresa ya me tienes impaciente por conocerla.

La condesa llamó á Margarita, y seguidas del conde, penetraron en un saloncito elegantemente adornado, en el cual acostumbraba la condesa á recibir á sus amigos de confianza.

El conde dirijió en torno de sí una mirada investigadora, pero nada descubrió al pronto que le sorprendiera y le agradara como su madre se lo había dicho; siguió con la vista á la condesa que se dirijía derechamente hácia un gran cuadro que por estar cubierto con una fina tela, no había podido ver, junto á aquel veíanse unos cordones con borlas de seda punzó, probablemente destinado para fijar el cuadro en el sitio más preferente del salon.

La condesa se acercó y quitándole el paño que lo cubria se apartó á un lado, fijando en su hijo una mirada de triunfante orgullo.

Jorge dió un paso atrás, y despues miró con asombro á la condesa y luego á Margarita que encendida como una grana hojeaba un album de grabados y poesías, con aire al parecer distraido.

—Oh!—murmuró el jóven conde cruzándose de brazos—valiosa obra! hechicero conjunto!—y dando algunos pasos hácia adelante se inclinó para leer la firma del notable pintor que había producido tan magnífico cuadro.

—*Margarita*!—leyó y sus ojos llenos de admiracion se dirijieron á la que llevaba aquel bello nombre.

Margarita inclinada sobre el album finjía estar absortar contemplando uno de los grabados, pero en realidad no veía lo que sus ojos miraban; presintiendo los elojios del conde, no sabía de que manera evitarlas, y ya anticipadamente sentíase confusa y abochornada, de que su nombre fuese objeto de alabanzas y elojios que mortificaban su escesiva modestia.

El cuadro que el Conde admiraba en aquellos momentos, era verdaderamente una obra clásica, de un mérito indisputable, digna del pincel mas perfecto y delicado; las personas mas notables de la corte habian solicitado de la condesa el honor de contemplarlo, y su modesta autora se habia visto confundida de elogios y alabanzas á cuales mas vivas y calorosas.

El cuadro, pintado al oleo, no solo era notable por sus colores tan suaves naturales, sus líneas tan perfectas trazadas al parecer por un génio en el arte, sinó por la belleza y sentimiento de la escena,—las imágenes se destacaban tan vivamente que parecían hablar y moverse en el lienzo, tal era la naturalidad de la espresion.

Representaba una miserablo buhardilla, alhajada pobremente, en su centro se alzaban dos figuras, que eran el trabajo mas notable que allí se admiraba, una de ellas representaba una dama rica y elegantemente vestida; hermosa, de cabellos rubios y ojos azules, imágen idéntica á la Condesa Délia, junto á esta—de rodillas y con los ojos elevados al cielo, veiase una jóven, fiel retrato de Margarita; vestia de rigoroso luto, y en su semblante se notaba un marcado tinte de tristeza; la rica dama, y la humilde jóven, lloraban ambas mas en la trente de aquella, bri-

llaba un rayo celestial que parecía difundir un grato consuelo en el corazon de la triste y enlutada jóven.

Aquel cuadro representaba al ángel de la esperanza y de la caridad consolando al triste.

El conde parecía extasiado, sus ojos no se apartaban del hermoso lienzo.

—Que te parece?—preguntó la Condesa contemplando á su vez el cuadro, en que tanta fidelidad se veía reproducido de un modo tan altamente satisfactorio para su alma.

—Bellísimo!—esclamó el conde Jorge con entusiasmo, y dirijiéndose á Margarita dijo con síncera efusion:

—Bendigo á Dios que me dá una hermana como vos, quien ha producido esa obra maestra—dijo, señalando el cuadro—debe poseer una alma mas bella aun y una inteligencia tan rica como elevada.

—Jorge,—respondió Margarita— la belleza de ese cuadro está en la accion y escena que representa, cualquier pintor, al concebir mi misma idea, hubiera producido una obra idéntica. . .

—Margarita, imposible es que trateis de ocultar vuestros méritos—ningun pintor es capaz de igualaros. En ese cuadro hay vida, contemplándolo se aspira en él, el perfume delicioso de la virtud del sentimiento! . . .

—Oh! lo que puede notarse en ese cuadro, Jorge, es el perfume de la gratitud que, viva y ardiente, envuelve mi alma. . .

Los ojos de Margarita, fijos en su cuadro, llenáronse de lágrimas, y desviándolos de aquel punto fueron á fijarse con amor y ternura en su madre adoptiva que la contemplaba con inmenso cariño é interes.

La condesa se acercó y abrazando á Margarita, esclamó:

—Cómo no estar orgullosa de esta hija tan tierna y adorable!

El conde habíase quedado pensativo, despues de haber admirado aquel cuadro, obra de un ingénio sorprendente, y de haber presenciado aquella escena tan breve, pero que ponía de relieve la gran belleza de alma que en su seno atesoraba Margarita.

CAPITULO V

Por un puñado de oro!

Han transcurrido seis meses despues de la llegada del Conde Jorge al hogar materno.

Era una tarde deliciosa.

Margarita bordando un pañuelo de batista con las iniciales de la condesa Délia, se hallaba sentada junto al balcon, la condesa á poca distancia leía un periódico con sumo interes.

Solo interrumpía el silencio de la habitacion, los armoniosos trinos de un pulido canario que, prisionero en una dorada jaula, léjos de lamentar la pérdida de su libertad, parecía gozoso de su cautiverio.

La condesa concluyó de leer el periódico exhalando un doloroso suspiro, al mismo tiempo que de sus ojos se desprendían dos gruesas lágrimas.

Margarita al escuchar el suspiro de la condesa había levantado la vista de su bordado, y al ver las lágrimas que silenciosas rodaban por su hermoso rostro se levantó vivamente afectada y abrazándola, esclamó:

—Qué os aflije, madre mia ?

—La lectura de un escrito que acabo de leer... oh! es una cosa muy triste, pero desgraciadamente tan frecuente y cierta, que pasa todos los dias en medio de esa sociedad cuya única divisa es la ambicion!

Margarita contempló el periódico con curiosidad é impulsada por ella tomóle y buscó con la vista el escrito que tan dolorosamente habia impresionado á la condesa.

—No lo leas, Margarita, no tienes necesidad de sufrir con su lectura...

—Oh! madre amada,—dijo la jóven con espresion afectuosa—para consolar ciertos dolores, es necesario conocerlos, no me lo dijísteis así una vez?

Si, querida Margarita, pero...

La condesa fué interrumpida por la presencia de su doncella María.

—Señora, perdonad si os interrumpo, pero os traigo una triste noticia...

—Hablád!

—La señorita Berta...

—Qué?...

—Ha muerto!..

—Lo esperaba!.. desgraciada madre! infeliz jóven!...

Margarita nada dijo pero su lindo rostro se inundó de lágrimas.

La doncella, á una seña de la condesa se retiró, dejándolas solas.

—Oh! Margarira—esclamó aquella con dolor—ved si no es cierto lo que há poco os decia, la muerte de esa desgraciada niña ha tenido por orígen la misma causa que ofrece ese escrito... hay dolores que matan... nuestra presencia es necesaria en ese hogar del que acaba de desaparecer el más preciado tesoro, la más rica joya.. oh!—prosiguió la condesa con creciente exaltacion—y porqué tienen lugar esas terribles escenas? porque, forzoso es decirlo, el corazon de ciertos hombres tiene por único alimento la ambicion, y no vacilan en prostituir sus más nobles sentimientos por un vil puñado de oro!... infàmes! la pureza, la belleza, la virtud, el talento, la dignidad, todo eso es un mito para esas almas cobardes, despojadas de los nobles sentimientos y elevadas ideas que colocan al hombre que tal piensa, y que como tal procede, á nivel de los seres irracionales; no llameis solo asesino, al que quita la vida del semejante con la arma del hierro homicida! nó, designad con ese repugnante nombre al que cobarde, hiere con saña cruel el alma vírgen y el corazon enamorado de la jóven que ama con todo el fuego del sentimiento arrebatandole á la vida y al hogar, del que era la única ventura de unos padres amorosos!...

La condesa se detuvo fatigada por la emocion, y con las mejillas ardorosas y los ojos bañados en llanto.

Aquella alma noble gemia á la par de todos los que sufrían, Margarita la contemplaba con ternura, jamás la había visto tan exaltada é indignada.

—Ah! hija mia, Berta, la niña que acaba de abandonar

este mundo—dijo la condesa á Margarita—es la víctima de uno de esos tantos hombres ambiciosos!

Su casamiento con ella estaba próximo á efectuarse, pero aquel juzgó más conveniente, para sus miras ambiciosos, el contraer matrimonio con una vieja duquesa, que podía ser casi dos veces su madre, pero que en cambio poseía una buena fortuna.

Berta ha sucumbido de dolor, pero el que debió ser su esposo no tardará en sufrir las consecuencias de su mal proceder.

Con oro no se compra la felicidad, ni la tranquilidad de la conciencia, ni tampoco la dignidad ni delicadeza.

El que engañó á Berta se vendió por un puñado de oro, un hombre de esta condicion solo es digno del más profundo desprecio, pues ni por cubrir las apariencias, se detuvo en elejir una compañera que lo igualara en edad. se unió á una mujer vieja, pretensiosa, que creyó firmemente haber conquistado un corazon jóven, cuando no era ella, sino sus millones y sus pergaminos que habían operado este milagro.

No creo que aquel hombre tenga el suficiente disimulo para ocultar ála que hoy es su esposa, el objeto que le impulsó á unirse á ella pero si así sucede, no tardará ella en conocer su tonto error, y todas sus quejas y lamentos no bastarán para detener los estravíos del mal esposo.

El mundo les señala con el dedo, y acompañando las frases de risas burlonas, esclama al verlos pasar:

—Ahí va la vieja pretensiosa, con el esposo que compró con sus millones...parece su hijo, que dicha la de él!...já! já! já!

—Observad, ahí pasa el que engañó á la infeliz Berta para venderse por un puñado de oro á una mujer que puede ser su madre...

La sociedad dice esto y mucho más.

El castigo del ambisioso esta en su propia culpa.

Quizá tenga la habilidad de ocultar su desazon, y de formarse un círculo que le aclame como hombre afortunado, y de formar un cuadro digno de envidia, pero... como los rios caudalosos, ostentará la superficie serena y limpida ocultando el cieno que se arrastra en su fondo...

Y como ha dicho un gran hombre: *como el árbol herido por el rayo, que enseña la corteza brillante encantadora, ocultando el corazon carcomido.*

Pero, ha dicho ese mismo hombre; la sociedad solo vé lo que los hipócritas quieren enseñarle, y muchas veces, envidia la dicha de los *desdichados*, la fortuna de los *pobres*, y la tranquilidad de los *miserables*.

¡Pobre sociedad!

Margarita escuchaba á la Condesa con profunda atencion y sorpresa.

La Condesa Délia despues de un momento de silencio exclamó:

—Esperemos á que venga Jorge, y luego iremos á casa de los padres de Berta llevándoles no el socorro material para acallar las exijencias del cuerpo, sino el consuelo de la palabra dulce y tierna que mitiga los dolores del alma!

CAPITULO VI

Lazo de amor

Tres meses han pasado de aquellas escenas.

Era la caida de la tarde de un hermoso dia de primavera.

Margarita ataviada con un elegante y sencillo traje de raso negro, acaba de volver del cementerio en compañia de la Condesa; la jóven habia ido á rendir un homenage de ternura y cariño filial á los autores de sus dias, los cuales gracias á la bondad de la Condesa descansaban juntos, en un precioso sepulcro, proporcionando á Margarita el consuelo y la satisfaccion de poder visitar la tumba de sus padres todos los Lunes, de la semana.

Margarita se hallaba sola en el saloncito, que nuestros lecto-

tes conocen, la Condesa se había retirado á su aposento á cambiar de traje.

El Conde Jorje penetró en el saloncito, en circunstancias que Margarita formaba un ramito de violetas.

—Me alegro de encontraros sola Margarita, —dijo el Conde tomando asiento á poca distancia de la jóven—deseaba hablaros algo de mucha importancia para mi!

—Teneis que comunicarme algun secreto?—preguntó Margarita sonriendo, al mismo tiempo que hacía un esfuerzo por dominar la estraña agitacion que las palabrás del jóven Conde habian despertado en su pecho.

El corazon de la mujer, presenta ciertas revelaciones ántes de que ellas broten de los labios del que se las dirije.

—Sí,—dijo el Conde, con alguna turbacion—es un secreto, un secreto que, ha mucho tiempo, pugna por salir de mi pecho, sin que hasta ahora me haya atrevido á revelaroslo...

—Tan poca confianza os inspiró!—dijo la jóven sin levantar la vista del ramo de violetas.

—Oh! no es eso, Margarita, sino...que temo recibír un desengaño...

—Un desengaño!—esclamó Margarita involuntariamente, con fuerte espresion; luego mirando á Jorge con tímidez dijo:

—Hablad, Jorge, qué os escucho con atencion!

Jorge se detuvo, fijó en la jóven una mirada de tierna espresion, y acercando una línea más su sillon al de Margarita, dijo con voz trémula por la emocion, estas breves pero significativas frases.

—Margarita, ha tiempo qué os amo con el amor más profundo del alma! ¿podré aspirar la dicha de ser correspondido?..

El conde se detuvo con temor contemplando con anhelo, el plácido y hermoso rostro de la jóven.

Margarita se estremeció de piés á cabeza; al escuchar aquellas lacónicas palabras tan dulces para su corazon, el ramito de violetas se escapó de sus manos, y rodando fué á caer á los piés del conde; este se apresuró á recojerlo, y lo presentó á la jóven que estendió su mano, pero el Conde no le soltó, por el contrario retuvo entre las suyas aquella mano y el ramo, exclamando:

—¡Decidme, Margarita, que puedo disponer de estas dos cosas, y habreis labrado mi felicidad!

Margarita encendida y temblorosa, dijo con voz entrecortada:

—Jorge, olvidais quién sois vos... y quién soy yo?

—Margarita!—esclamó el Conde con vehemencia—vuestras palabras me ofenden, imaginais en mí intenciones cobardes?... oh! por piedad, Margarita!—prosiguió el Conde al observar el mutismo y agitacion de la jóven—hablad, dadme una esperanza siquiera!

—Jorge—repuso Margarita, clavando en el jóven una mirada velada por las lágrimas—no espereis de mis lábios una palabra que os demuestre lo que mi corazon sienta sin ántes saber lo que vuestra madre dice al conocer lo que acabais de revelarme...

Jorge iba á hablar, cuando el rumor de unos pasos le anunció que alguien se acercaba; el Conde se levantó de su asiento llevando consigo el pulido ramo de violetas, y de pié esperó al que se acercaba.

Era la Condesa; penetró en el salon con lento paso, y se detuvo á corta distancia de los jóvenes contemplándolos con sorpresa.

El Conde Jorge se adelantó hasta su madre, y doblando en tierra una rodilla, tomó una de sus manos, é inprimió en ella un cariñoso beso, esclamando al mismo tiempo:

—Madre mia, necesito haceros un pedido del cual depende mi felicidad...

—Habla Jorge!

—Quereis concederme la mano de vuestra querida hija Margarita?...

El Conde se detuvo esperando la respuesta de su madre.

La Condesa contempló á su hijo y luego á Margarita, la cual con la vista inclinada, parecía esperar su sentencia de los lábios de la Condesa.

—¡Si tu supieras Jorge—repuso la Condesa conmovida—la dicha que en estos momentos me proporcionas!

—Madre mia!..—dijo el conde abrazando á su madre con ternura.

La Condesa se desprendió de los brazos de su hijo con suavidad, y dirijiéndose á Margarita le dijo, tomando asiento á su lado:

—Y tú hija mia, ¿le amas?

Margarita alzó su rostro bañado en lágrimas, y arrojándose en los brazos de la Condesa murmuró á su oido:

—¡Le amo, si, con toda mi alma!

La Condesa estrechó contra su pecho á la jóven, y dirijiendo sus ojos á Jorge que contemplaba, estremecido de placer, aquella interesante escena, le dijo señalando á Margarita, al mismo tiempo que la apartaba de si con el cariño de una madre.

—Jorge hé aquí tu esposa, la digna compañera, que el cielo en su bondad ha querido depararte, te cedo su mano con orgullo, porque es digna de tí, ámala como merece; yo os bendigo hijos mios, y pido á Dios que jamás os haga probar el dolor y que sus bendiciones desciendan sobre vuestras cabezas!

CAPITULO VII.

—

Union venturosa.—Las protectoras de los huérfanos

—

La noticia del casamiento del Conde con Margarita cundió con rapidez por la corte, siendo el tema de todas las conversaciones en todos los círculos aristocráticos.

Las numerosas relaciones de la Condesa y sus amigos más íntimos acudian á casa de esta á espresar un contento y una complacencia que muchos de ellos estaban léjos de sentir.

Nadie ignoraba al siguiente dia que la *condesita* se casaba, y los hombres envidiaban la felicidad del Conde Jorge, y las mugeres la suerte de Margarita.

Los preparativos de la boda se hicieron con rapidez, siendo dirijidos por la Condesa Délia que se sentía feliz al considerar que su amada Margarita ya no se separaria jamás de ella,

Verificóse al fin la anhelada alianza.

Jorge y Margarita quedaron eternamente unidos.

La Condesa satisfecha y orgullosa de aquella felicidad, obra suya, confundió en un solo abrazo á los felices esposos, bañando sus rostros con lágrimas de ventura.

Hay un Dios para los buenos!

. . . .

. . . .

Un año despues, de la union de Margarita con el Conde Jorge, aquella con el beneplácito de este, fundó un Asilo de huérfanos, denominado *La maternal*, destinado á recojer todos los huerfanitos que quedaban abandonados, sin amparo de ninguna clase.

La Maternal acojia en su seno á los infelices huérfanos, y estos eran atendidos con el cariño y la solicitud mas tierna y esquisita.

Margarita gozaba con aquella obra; todos los cuidados y atenciones por ella prodigados á los huerfanitos le parecían pocos, al recordar la época tristísima de su juventud, cuando sola quedó en el mundo, sin más amparo que la divina próvidencia.

En union de la Condesa, Margarita era siempre el sosten del desvalido, y ambas se complacian en derramar á manos llenas el bálsamo del consuelo en el corazon de los afligidos.

Quizá por haberse trazado tan luminosa senda, gozaron ámbas de una dicha envidiable; la Condesa contemplando á sus hijos felices y queridos de todos en el mundo, y Margarita amando á su madre é idolatrando á su esposo, el cual á su vez gozaba con tener por esposa y por madre dos seres tan dignos como adorables.

La dicha que esperimentaban estos tres felices séres, descansaba sobre sólidas bases; ella había tenido por oríjen la mision, santa que era el objeto de sus existencias: *trocar las lágrimas del dolor por sonrisas de felicidad!*

Fin del libro V.

LIBRO SEXTO

SUFRIR CON PACIENCIA LAS ADVERSIDADES Y FLAQUEZAS DE NUESTROS PRÓJIMOS

SUFRIR CON PACIENCIA LAS ADVERSIDADES Y FLAQUEZAS DE NUESTROS PROJIMOS

"Es necesario sufrir bastante, para que la gratificacion sea pródiga en el dia de las recompensas y de los goces.

. . . .

"Confiar y esperar, son los consuelos de la humanidad, y sin esas esperanzas que hacen soñar á nuestra imaginacion enferma, con dias de venturosa calma, la existencia se trocaria en un caos de dudas y decepciones."

(Manuela Acevedo y Diaz.)

No hay noche sin mañana....
En el cielo, en la historia, donde quiera
La sombra es siempre ofímera y liviana,
La nube, por más negra, pasajera.

(Olegario V. Andrade.)

CAPITULO I.

El naufragio

En una hermosa mañana del mes de Noviembre, salía del puerto de Buenos Aires, con destino á un lejano punto de nuestro hemisferio, un vapor cuyo nombre era el «Alba, llevando gran cantidad de pasajeros para las diferentes ciudades donde debía hacer escala en su largo trayecto.

Era el «Alba» un hermoso vapor de forma esbelta y graciosa, que cuando surcaba las aguas del Plata, asemejábase á la blanca paloma que roza las ondas con sus leves alas.

En la mañana á que nos referimos el cielo estaba sereno, ni la más lejana nube enturbiaba el bruñido espejo de las aguas, en cuyas límpidas corrientes se reflejaban los rayos de oro del sol naciente.

El «Alba», velero y rápido como el pensamiento, cortaba las aguas, dejando en pos de si una brillante estola.

Todo auguraba un feliz viaje.

Abordo del «Alba» iba una familia argentina, que viajaba por recreo, á la vez que por ofrecer á sus hijos una agradable distraccion, que con el tiempo sería de provechosa utilidad.

Componíase esta familia de cinco miembros, el padre, señor como de 45 años, alto, algo grueso, de facciones regulares, revestidas estas de una agradable espresion, revelando á la vez un carácter enérgico y un marcado sello de bondad y mansedumbre.

Llamábase Juan Lares.

Su esposa doña Ana era una hermosa mujer de 38 años de edad, de carácter blando y paciente, y de sentimientos tan generosos y bellos, como bello era su corazon y los razgos de su simpático rostro.

Ambos esposos tenian tres hijos; Sara, niña de 11 años, tan buena y linda como su madre, con la diferencia de que esta era rubia y aquella trigueña. Seguia á Sara su hermana Eva, de edad de 8 años, de idéntico parecido á aquella, y de iguales condiciones morales; y por último, el niño mimado, el mas pequeño, de edad de seis años, llamado Víctor.

Los niños no cabian en si de gozo por las bellezas que el viaje les ofrecía. Era aquel el primero que hacían, y todo les sorprendía, por lo nuevo y desconocido. Sus imaginaciones infantiles encargábanse de revestír á todo cuanto les rodeaba de formas tan múltiples y variadas, como bella y atrayentes.

Por espacio de algunos dias, el cielo se mantuvo despejado, las aguas límpidas y cristalinas; el «Alba» radiente de orgullo, deslizábase dulcemente sobre aquel lecho de nacaradas y brillantes ondas.

Varios dias transcurrieron en que una fresca y grata bri-

sa impelia hácia el puerto deseado á la hermosa nave; dias de deliciosa, calma, en que los pasageros del «Alba» gozaban con el espectáculo grandioso que la naturaleza les presentaba á cada instante; ya contemplando el anchuroso mar y sus plateadas olas, ya admirando el vuelo rápido de las aves marinas, que en vertijinosos jiros, ora se elevaban á alturas prodigiosas, ora descendían hasta rozar las aguas con sus sedosas y leves alas.

Y por la noche, cuando la luna, esa sultana del estrellado firmamento, como la llaman los poetas, cruzaba el espacio radiante de esplendor y de belleza, cual una reina precedida de su augusta corte; los viajeros del «Alba», absortos, ante tanta grandeza, fijaban sus ojos ya en la boveda azul, ora en las rizadas aguas rieladas por los argentados rayos de la luna....

Sublime cuadro!

El viento seguía siendo el mismo: fijo y suave. Pero á eso de las tres de la tarde de aquel dia hermosísimo, la lijera y grata brisa que, hacía varios dias, soplaba del mismo punto, cesó al fin completamente y reinó una absoluta calma, precursora funesta de una gran tempestad.

El cielo comenzó á cubrirse de nubarrones cada vez más densos, que avanzaban rápidamente impelidos por el viento que empezó á arreciar y cuyas ráfagas agitaban desordenamente las espumosas olas del mar.

Al cabo de breves instantes, cárdenos relámpagos iluminaron el horizonte, cruzando el espacio culebras de fuego, que rasjaban la nubes con fragor, haciendo retemblar el lecho de las embravecidas aguas.

La lluvia comenzó á caer á torrentes; un huracan deshecho hacía crujir al «Alba» como una débil navecilla azotada contra la costa.

La tempestad se había desencadenado con todas sus furias.

El «Alba» habíase preparado á hacer frente á aquellos furores, pero impotente para luchar con tan formidables enemigos, era arrojada de un punto á otro, como liviana pluma, á merced de los caprichos del viento.

Una confusion espantosa, imposible de describir, se sucitó abordo: las señoras lloraban, é implorando la proteccion divina, estrechaban convulsivamente á sus hijos, como querien-

do disputar sus caras vidas, á las embravecidas olas, que amenazaban arrrebatarles aquellos pedazos de su corazon.

Terrible y conmovedor espectáculo!

La embarcacion empezó á zozobrar, y notado esto por los pasajeros su espanto creció, rayando en delirio.

La voz del Capitan no era obedecida ya; y en medio de sus gritos de mando, oiánse los lamentos desgarradores, los llantos desesperados, que á una voz, confundidos, imploraban socorro del cielo.

El señor Lares, reunido con su familla sobre cubierta, como los demas pasajeros, se esforzaba por calmar el terror de sus hijos y de su esposa.

Era tal el espanto de aquellos, sobre todo del más pequeño, que parecía iban á perder la razon.

Doña Ana doblemente aflijida al ver el terror de sus hijos, los estrechaba fuertemente contra su pecho, y con besos, lágrimas y palabras, trataba de infundirles una confianza de que ella misma carecía.

Cuando el «Alba» comenzó á sumerjirse, la señora de Lares, consideró su muerte segura, y arrodillándose sobre cubierta oró en voz alta, abrazando á sus tiernos hijitos con desesperacion.

El señor Lares contemplaba aquel cuadro, mesándose los cabellos, y dirijiéndo en torno suyo estraviadas miradas.

Iban á morir, solo Dios podía salvarlos, solo de El podian esperar socorro.

Y este llegó!

Pero, de una manera tan milagrosa, que los pasajeros confusos, inquietos temblaban por sus vidas, sin que la certeza de su salvacion pudiera volver á ellos.

La embarcacion cesó de sumerjirse. y así, casi á flor de agua, sostenida al parecer, por un estraño poder, quedó inmovil, como aferrada á una roca...

Que motivaba aquel inesperado suceso?

Los pasajeros embargados por un estremo temor sin atreverse á cambiar de sitio, interrogaban al Capitan, que no sabía que responderles, que ignoraba tanto como ellos, el motivo de aquel estraño suceso.

El viento habia calmado, la lluvia caía mas lentamente, pareciendo que la tempestad deponía sus furias.

Lares y su familia, así como todos los tripulantes y pa-

sajeros que se hallaban sobre cubierta, postrados de rodillas, oraban favorosamente, en accion de gratitud, por aquella momentánea tregua que quizá les permitiera salvarse del todo.

Hasta en los rostros de los rudos marinos, veíase retratado el sentimiento de la gratitud, y por más de un tostado cutis viéronse resbalar gruesas y abundantes lágrimas!

Sin embargo, el capitan y el piloto, desconfiando de la inmovilidad del buque, tomaban sus medidas para conocer si el «Alba» se sumerjía lentamente ó permanecía quieto en el mismo estado.

Aquella vijilancia les aseguraba la certeza de que el buque no descendía ni una línea.

Comunicado esto á los pasageros, no cesaban de dar gracias á Dios.

La lluvia que había caido, y seguia cayendo, tenia empapados á todos, pues sin poderse resguardar de ella, los pasageros veíanse obligados á soportarla y á pasar la noche así; era imposible penetrar en las cámaras, estando inundadas todas por el agua.

Los pasageros salvarían quizá, pero todo cuanto llevaban abordo se perdería.

Da. Ana, la esposa de Lares, sentada en un banco de madera, tenía en sus brazos al menor de sus hijos, que se hallaba durmiendo, pero con un sueño febriciente y exaltado.

La buena madre lo observaba con dolor, cubriendo de besos su rostro, quemante por la fiebre.

Las dos niñas mayorcitas, Sara y Eva, esta sobre las rodillas de su padre, y aquella, apoyando su cabeza en el pecho del mismo, temblaban convulsivamente, y á cada ráfaga de viento, las pobres niñas se estrechaban más y más contra su padre, que con los brazos abiertos, abarcando aquellos queridos séres, formaba en torno de ellos como una muralla resguardadora.

En aquel estado de cruel incertidumbre, los tripulantes y pasageros del «Alba» pasaron la noche hasta la madrugada, que calmó la tempestad, naciendo el nuevo dia, hermoso y sereno.

El sol con su luz esplendente iluminó todos los objetos; una lijera brisa, sumamente fresca, rizaba la superficie de las aguas, aquietadas despues de su tremenda agitacion.

Los pajarillos entonando alegres cantos cruzaban los aires en diversas direcciones, no tardando en perderse de vista.

El cuadro de la naturaleza había cambiado de faz.

Al amanecer aquel nuevo dia los pasageros del «Alba» elevaron al cielo sus ojos, murmurando frases de mística belleza, al verse aun con vida.

El Capitan del «Alba» investigaba el horizonte con su catalego, esperando de un momento á otro ver aparecer alguna embarcacion que viniera á prestarles auxilio.

Llegó el medio dia sin haber llegado á descubrirse en el horizonte ni la mas leve señal de embarcacion alguna.

Los pasageros empezaban á sentirse atormentados por las imperiosas exigencias del estómago, haciendo más penosa su situacion el vivo temor de que el «Alba» continuára de un momento á otro en su terrible descenso.

El fuerte sol de Noviembre, caía á plomo sobre los pasageros, que indefensos tenían que soportar aquel abrazador calor, así como habían sufrido toda la lluvia de la pasada noche.

Entre una y dos de la tarde, el Capitan que hacía largo tiempo que no había vuelto á tomar el catalejo, preocupado fuertemente por algunas palabras que el piloto, con el mayor sigilo, había pronunciado á su oido, investigó nuevamente el horizonte, pero esta vez lo hizo con el afan del naúfrago que vé un nuevo peligro y perdida una esperanza que ha poco abrigaba con placer.

El Capitan observando siempre, lanzó de pronto una viva esclamacion de alegría.

Los pasageros rodeándolo, le interrogaron con ansiedad.

En el horizonte se descubría una embarcacion, que por la rápidez de su marcha, bien pronto estaría cerca de los naúfragos.

Los pasageros se entregaron á los trasportes de una verdadera alegría.

Da. Ana, al oir la feliz nueva, elevó al cielo sus ojos bañados en lágrimas, y estrechó con ternura á su pequeño Victor, que dormitaba en sus brazos, preso de una fiebre cada vez más densa, que iba anonadando al niño, y llenando de dolor, al mismo tiempo, el corazon de sus amorosos padres.

El Capitan del «Alba» en un punto apartado de la cubierta, conversaba sigilosamente con algunos de sus marinos,

demostrando hallarse poseido de una secreta inquietud. Disimuladamente como temiendo ser sosprendido por los pasageros, dirijía rápidas y frecuentes miradas hácia donde se veia al Piloto, el cual le hacía misteriosas y espresivas señales.

¿Qué ocurria?

¿Qué nueva catástrofe amenazaba á los infelices pasageros del «Alba»?

Pronto lo sabremos.

Los pasageros alentados por el anuncio del Capitan no quitaban la vista del horizonte, tardando poco en descubrir, aunque confusamente por la distancia, la gallarda arboladura de una embarcacion.

Ante la perspetiva de su próxima salvacion, los pasageros del «Alba» alejaron de sí los temores de no salvar de una muerte segura, que poco ántes les habian asaltado.

El Capitan, aprovechando la distraccion de los pasageros por la alegría que los embargaba, se aproximó al Piloto diciéndole en voz baja:

—Hay novedad?

—Y mucha, mi Capitan; mis sospechas han resultado ciertas...el «Alba» ha descendido una pulgada!...

—Se sumerje!...

—Sí, y lo que es mas serio, que por momentos parece aumentar la rapidez del descenso...

—Chist!...

El Capitan impuso silencio al piloto, temeroso de que la certeza de tan funesta noticia, despertase la consternacion, produciéndose nuevas escenas de desgarradora desesperacion entre los infelices pasageros del «Alba».

Mientras tanto, en aquellos momentos supremos, desconocidos, para los pasageros, en su inmensa trascendencia, la nave salvadora íba aproximándose con rapidez.

El Capitan del «Alba», hizo subir á lo más alto del buque la señal de auxilio, agitándola para llamar la atencion de la embarcacion que se acercaba.

No tardaron estos en contestar, izando á su vez otra bandera, que demostraba haber visto la señal de socorro.

Los pasageros alborozados, se hallaban todos agrupados, mientras el piloto y el Capitan conferenciaban nuevamente con muestras de la mayor angustia.

Los momentos eran supremos.

De pronto, dejóse oír un crujido espantoso que hizo estremecer y vacilar las tablas de la cubierta...

Los pasageros, á una voz, lanzaron un grito indefinible, de terror, dey angustia...

Unos, locos, desatentados, trataban de ganar los palos más altos del buque, otros se abalanzaban desesperados á la borda, estendiéndo sus brazos y lanzando alaridos de dolor imploraban socorro, con acentos indescriptibles, y otros, de rodillas sobre cubierta, con la angustia pintada en sus rostros, y bañados en lágrimas elevaban al cielo sus manos orando y pidiendo auxilio, estos no daban un paso para salvarse; la resignacion de una certera muerte retratábase en sus semblante pálidos y desencajados por el terror.

El Capitan no abandonando su sangre fria, recurso el más poderoso en casos semejantes, dió voces de socorro con la bocina.

La embarcacion que se acercaba, comprendió el peligro que sus compañeros corrian, y en el acto botaron al agua varias lanchas, que rápidas se aproximaron á los naúfragos.

El «Alba» se hundía lentamente, y los pasageros en desordenada confusion, sentían que el frájil piso oscilaba bajo sus plantas..

Las lanchas se llenaron completamente con los pasageros del «Alba», no quedando ninguno abordo de este.

Las débiles embarcaciones cargadas con los naúfragos se alejaron rapidamente del lugar de la catástrofe.

Era hora ya...

El «Alba» parecía haber estado esperando, como retenido por una fuerza desconocida, á que los pasageros se pusieran á salvo, pues comenzó á hundirse desde ese momento con increible rápidez.

Bien pronto, los naúfragos de las lanchas, vieron con espanto desaparecer de su vista al hermoso buque...

El «Alba», la lijera y velera nave que, orgullosa y desafiando los peligros, cruzaba altiva las aguas dejando en pos de si brillante estela, y que al sentir el manso viento que resbalaba suavemente por sus costados, que parecía deslizarse sobre las ondas como perezoso cisne, sin manchar la trasparente superficie, ha desaparecido para siempre, yendo á buscar

su ignorada tumba en el fondo cabernoso y lleno de misterios, que sirve de régio lecho á las aguas del Océáno!

. . . .

CAPITULO II.

Un dolor más

El hermoso vapor que recojió los naufragos, llevaba e simpático nombre de «Esperanza».

Los pasageros del «Alba» fueron generosa y noblemente atendidos, prodigándoseles toda clase de cuidados y deferencias.

Da. Ana, su esposo y sus hijos fueron instalados en una hermosa cámara; pero aquella no se daba cuenta de la fortuna de haber salvado de una muerte tan segura.

Todas sus fuerzas morales parecían haberse reconcentrado en la mirada de sus hermosos ojos, rodeados de un círculo violado.

El lamentable estado de su pequeño Victor la trastornaba de dolor.

El señor Lares, alarmado á su vez, temíase una desgracia, pero disimulaba su dolor por no aumentar el de su esposa, á la que prodigaba frases consoladoras, que solo eran respondidas con dolorosos suspiros.

El niño sufría frecuentes desmayos, y preso de una fiebre violentísima que le quitaba el conocimiento, daba gritos sofocados, y convulso y delirante, llamaba á sus padres y hermanitos, pidiendo con acento desgarrador que no lo dejasen morir ahogado, que no lo separasen de su mamá!

El pobre niño, en medio de su delirio, creía hallarse aun espuesto á los furores de la tempestad, que tantos males había ocasionado.

Dos dias no cumplidos duró aquella violenta enfermedad; al fin, ella terminó pero de un modo fatal.....

Doña Ana y su esposo solo tenían ya dos hijos...—Victor, el pobre niño, había volado del regazo materno al seno de Dios!

Cruel dolor!

Imposible pintar la hondísima pena de aquellos padres desgraciados, á quienes el destino acababa de arrebatarles un hijo idolatrado!

Doña Ana y su esposo lloraron sobre el cadáver de su hijo, pareciendo querer trasmitir á aquel helado cuerpo el calor de la vida que le faltaba.

Pocos dolores habrá tan hondos como el que debe esperimentar una madre al perder para siempre al hijo de su sér.

Yo he presenciado ese dolor, que repercutía en mi alma, destrozada de pena. La parca destructora cebada, en infantiles cabezas, arrebató de nuestro hogar, en el transcurso de pocos años, á seis pequeños hermanitos, que eran el encanto de nuestra madre!

Hoy existimos otros seis, ocupando el lugar de aquellos, siempre llorados por nuestros corazones!

. . . .

Da. Ana y su esposo, justamente aflijidos, inclinaron sus frentes ante el misterioso fallo divino, pidiendo al cielo consuelo y resignacion para sus almas atribuladas.

El «Esperanza» iba con rumbo á Buenos Aires.

Pronto se divisó la hermosa ciudad.

Da. Ana, su esposo y sus tiernas hijas, reunidos sobre cubierta y estrechados fuertemente, vertían dolorosas lágrimas.

Volvían á ver el patrio suelo, pero en qué estado, Dios mío!

Arruinados, sin hogar y muerto el más pequeño de sus hijos!

La ruina era completa.

Lares, al embarcarse en el «Alba», llevaba consigo todo cuanto tenía; su idea era la de viajar por mucho tiempo, visitando las principales capitales de Europa; por esto había realizado en metálico toda su fortuna.

Y esta fué arrastrada por el «Alba,» sepultándola en los abismos del mar!

Lares y su esposa desembarcaron, llevando consigo los restos queridos del ángel que en medio del Océano les abandonó para tornar á su primitiva mansion!

Una nueva existencia, cadena de no interrumpidos dolores, iba á comenzar para Lares y su familia.

En la historia de su vida habría páginas escritas con lágrimas, y sangre esprimida del corazon!

CAPITULO III.

La miseria

«Hay en la vida, hasta en la más venturosa, cuando está perfectamente ordenada, es decir, cuando se comprenden y se cumplen fielmente todos los deberes, una preparacion latente á las más amargas pruebras de la adversidad, y si efectivamente llega el dia de sufrirlas, sorpréndese uno al ver que los que parecían gozar más que otros los bienes que poseían, saben resignarse á perderlos con más firmeza y serenidad que todos.

La prueba se verifica y abruma con todo su peso, pero viene sola: no la acompañan esas dos calamidades que penetran tras ella donde el mal ha precedido á la desgracia, la perturbacion y el desórden. (1)»

Lares, se instaló con su familia en dos piezas que alquiló en una casa donde habitaban varios individuos.

En un principio, las primeras necesidades fueron llenadas con la venta de las alhajas que habían salvado del naufragio, por llevarlas puestas.

Lares, abrigaba la esperanza de obtener una ocupacion ó empleo que le permitiera atender á las necesidades de su familia.

---

(1) *Mad. Augustus Craver* (Eugenia de la Terionayo.)

Pero, ay! los amigos con que él contaba, aquellos que poblaban sus salones cuando el lujo y las riquezas le rodeaban, esquivaban ahora su presencia con frases frías y desdeñosas

Lares, dirigió los ojos en torno suyo y se vió solo...es decir, abandonado de todos, ménos de los caros séres que sufrían á la par suyo! Los hijos de su alma y su esposa amada!

A excepcion de estos, todos los rostros se mostraban indiferentes, ostentando una alegría y bienestar insultante.

Y él gemía, gemía en la miseria, sin poder proporcionar á sus hijos un pan que acallara su hambre.

Era fuerte, podía trabajar, pero cómo, si todas las puertas estaban cerradas para él?

«Cuando la pobreza vive con la sonrisa de la virtud en los lábios, la honrosa aureola del trabajo en la frente, los sencillos encantos de la modestia y el aseo en el traje, tiene un perfume, un aroma que subyuga, que atrae, que llega al corazon, conmoviéndolo hasta hacerle verter lágrimas.

Pero, ay! cuando esta pobreza avanza algunos pasos más en el camino del infortunio, y dejando en pos de sí lo preciso, lo indispensable para la vida, cuando el brazo que trabaja se enerva y el cuerpo lleno de vida se enferma y se encorba, cuando la frente se arruga y la mirada se apaga, cuando el espíritu se empequeñece, se acobarda, y el modesto traje se convierte en inmundo harapo; cuando el desnudo pié desciende hasta el fondo de ese asqueroso abismo donde flota la miseria, entónces del cuerpo de este hijo del infortunio brota algo que molesta, que repugna, que rechaza las miradas de sus semejantes; y el hombre, siempre egoista, siempre avaro de sí mismo, vuelve la cara y se aleja precipitadamente de aquel sér, como si fuera un leproso; de aquel infeliz que huele mal y que agoniza abandonado y léjos de la sociedad, sobre el frio fango del último eslabon de la cadena social.

¿Quién le tiende una mano entónces? Nadie; todos temen su contacto; algunos, los más piadosos, se deciden á depositar el óbolo de la caridad en las sucias manos del mendigo; pero esto lo hacen volviendo la cabeza por no verle el rostro, y dejando caer las monedas desde muy alto,

para no sentir el contacto de su carne en los dedos.

¿Cómo llegó aquel sér á tan miserable estado?

Ni él mismo puede darse razon de ello.

La pendiente que conduce á la miseria es rápida y resbaladiza. Dado el primer paso, el hombre llega al fondo sin saber cómo. ¿Quién puede sacarle de aquel abismo donde se agita entre lodo y harapos? Solo Dios. El mendigo, hambriento, rechazado de la sociedad, sin más amigo que su dolor, sin más esperanzas que el hambre y la miseria, siente crecer el ódio en su corazon, aborrece sus semejantes, los maldice; quisiera reunir en el hueco de su mano la felicidad de la tierra para sepultarla en el fango donde se agita. Finje murmurar en voz baja una oracion, y estiende la mano con ademan suplicante, porque teme á la muerte, pero miéntras reza, sus miradas y su pensamiento se apartan del cielo y busca en la tierra un salvador que le libre de aquella miserable posicion. Entónces no es estraño que una sonrisa infernal aparezca en sus lábios sin color, y que sus dedos secos y nudosos, queriendo rasgar la carne de su pecho, devorada por la desesperacion, tropieze con el frio mango de un puñal, que lleva oculto entre sus ropas.

Entónces su ofuscada mente cree haber encontrado ese salvador apetecido: el crímen. Entónces lo olvida todo; y hostigado por un vértigo, mata, roba, y vive unos dias rodeado de esas comodidades que le atormentan en sueños. Posee por algun tiempo un traje más abrigado, una cama mas cómoda, disfruta de alimentos más nutritivos, más sanos, pero su sueño es intranquilo, agitado; de pronto, la inflexible mano de la ley cae sobre su cabeza, y torna á sepultarse en la sucia cloaca de la miseria, pero de una miseria mas horrible, más repugnante, más espantosa, porque la sufre con una argolla al cuello, esposas en las manos, grilletes en los piés, tendido sobre el inmundo y húmedo pavimento de un calabozo, y soñando siempre con la amenazadora imágen del banquillo afrentoso.

Este último es la triste esperanza que le queda.

¿Pudo la sociedad salvar este hombre?

Ay! Tal vez sí! Pero la sociedad no recuerda siempre la divina ley del mártir del Calvario!»

. . . .

Lares conservaba en su alma los rectos principios que

habían sido siempre el norte de su conducta; le alentaba la fe cristiana, que comunicaba a su sér esa mezcla de dudas y esperanzas, que esperimenta el hombre cuando le abate la desgracia, sin hacer vacilar su religion.

Su miseria no empañaria el brillo de su honra; ¿había de vacilar—? No se deshonra el que pide un pan sino el que lo roba.

La sociedad le repudiaba porque era pobre; y hasta el trabajo, ese recurso del desheredado de la fortuna, parecía huirle, negándole sus favores.

El desgraciado buscaba, suplicaba, rogaba, todo era vano Había perdido la llave de oro que abre las puertas de la sociedad!

CAPITULO IV.

El pobre Vergonzante

El desventurado Lares dirigió á sus hijos una desesperada mirada; - contempló aquellos queridos séres, demacrados, y vió pintada en sus rostros el hambre y el dolor.

Doña Ana, estrechaba contra su pecho á sus tiernas hijas, Sara y Eva, y murmuraba:

—Dios mío! Dios mío!

El buen padre cerró los ojos..

Las infelices niñas lloraban sin exhalar una queja; parecían comprender que con estas solo conseguirían ahondar la pena de sus padres sin mitigar las necesidades de todos.

—Juan: – murmuró doña Ana, dirigiendo á su esposo una tristísima mirada.

—Ana..—contestó este comprendiendo aquella mirada,—

voy á salir...volveré, sí, volveré trayéndoos lo que necitais...

El desgraciado Lares tomó su deteriorado sombrero, y dirigiendo una última mirada á su esposa y á sus hijos, se lanzó á la calle como un loco.

El infeliz vagó por las calles como un demente, sintiendo su frente abrasada por el fuego de la fiebre,

El recuerdo de sus hijos y de su esposa llenaba su corazon.

—Pediré limosna... murmuraba, ! todo por ellos y solo para ellos.!

—Dios mío, valor !—esclamaba, y oculto por la oscuridad esperaba un nuevo transeunte para implorar su caridad.

Un esfuerzo poderozo venció su repugnancia, y su mano se estendió miéntras sus trémulos lábios murmuraban:

— !Una limosna, por la piedad de Dios !

El transeunte pasó sin volver la cabeza.

Lares se apoyó contra la pared: aquellas palabras parecían haber agotado sus fuerzas; y la indiferencia desdeñosa del caballero que había pasado ante él acabó de abrumarlo destrozando su corazon.

!Dios mío!, no me abandoneis, quiero pan para mis hijos! esclamó Lares, enjugando las lágrimas y el sudor que bañaba su rostro.

Una segunda persona se acercaba; era una mujer.

Lares hizo un esfuezo; su emocion y la tremenda lucha que sostenía en su pecho, apénas le permitieron murmurar:

—Una limosna...

La mujer se detuvo, y echando mano al bolsillo dejó caer una moneda en la mano del mendigo...

Lares llevó la moneda á sus lábios, y estendiendo el brazo hácia la mujer que se alejaba, esclamó:

—La bendicion de Dios te acompañe, buena mujer!

El infeliz quiso dar un paso, pero la debilidad y la emocion habíanle quitado las fuerzas.

Recostado contra la pared, esperó en momento para poder caminar.

Mil pensamientos se agolparon á su mente; veía agoni-

zar á sus hijos, y á su esposa que desesperada abrazaba convulsivamente á estos; y su imaginacion calenturienta reproducía mas allá distintas imágenes, creyendo escuchar los acordes de la música y el bullicio del sarao, entremezclado con los ayes desgarradores que lanzaban sus hijos pidiendo pan!

Con la cabeza apoyada sobre el pecho, y el cuerpo sacudido por convulsiones y desiguales movimientos, causados por la fiebre que le devoraba; ensimismado en sus propios pensamientos, llegó por un momento á olvidarse del sitio en que se hallaba.

Ignoramos cuanto tiempo permaneciera así.

De pronto, una mano vigorosa cayó pesadamente sobre su hombro, sacándole de su embargo.

Juan Lares, al levantar la cabeza, se vió rodeado de un corro numeroso, que lo señalaba con el dedo esclamando:

—Ese, ese es el ladron!

Un sujeto de baja estatura, gordo, de rostro inflamado y mirada centellante, se inclinó al suelo y levantó una cartera cerca de los piés de Lares.

—Este pillo es el ladron!—esclamó el hombre gordo, dirigiéndose á los agentes de la autoridad que ya habían tomado del brazo á Lares.

—Yo!....yo....yo, ladron!....hijas de mi alma!—esclamó Lares, mesándose los cabellos y tambaleándose como un ebrio, por el efecto del más agudo dolor.

—Ménos aspavientos y á la cárcel!—esclamó uno de los rudos agentes de policía, dando un empellon al infeliz Lares.

—Soy inocente!—gimió el desventurado,—donde está la prueba, quién me ha visto robar? por Dios!

—Una cartera que acaban de robar á un caballero á la puerta del próximo teatro, se ha encontrado á vuestros pies; el miedo os la ha hecho arrojar!

—Oh! nó, nó, yo no he robado, tened piedad de mis hijos, en nuestra pobreza solo nos queda el honor, no me lo arrebateis con una impostura...mi esposa, mis hijas, morirán de dolor!

—Ménos palabras y en marcha; en vuestra esposa y vuestros hijos podías haber pensado al ir á robar.

—Piedad! piedad! soy inocente!....

—Anda! anda!

El infeliz fué arrastrado entre los insultos y burlas de los que presenciaban aquella escena, sin dar lugar á la compasion en sus almas pervertidas.

Por una fatalidad, todas las apariencias estaban en contra de Lares.

Y, sin embargo, era inocente; el ladron, al pasar junto á él y al sentirse perseguido, arrojó la cartera robada á los piés de Lares, sin que este la sintiera caer junto á sí por el aturdimiento en que estaba. Esto fué su perdicion. Se le creyó autor del robo y no había medios de probar lo contrario.

La desgracia perseguía al desventurado padre.

Sus lábios no exhalaron una queja más; pensó en sus hijos, en su esposa, en su honor manchado por una impostura, y lloró; lloró hasta no tener más lágrimas, sin apartar sus ojos del cielo, testigo de sus males, de su inocencia y de su inquebrantable fe religiosa. La limpidez de su conciencia prestábale alientos.

El pensamiento de sus hijos y de su esposa despedazaba su corazon; la noticia de lo ocurrido los mataría más que el hambre y las miserias que soportaban.

—¡Cuando vuelva ya no los encontraré!—gemía el pobre padre, tendido en el duro suelo de su calabozo.

—Dios mío! —esclamaba—mi honra, la joya de mis hijos, la riqueza de sus existencias, manchada por calumnia! yo ladron!...ladron...ah!

Lares sentía que su cabeza vacilaba, y apretando sus sienes murmuraba:

—Hijos míos! hijos de mi alma...vuestro padre es inocente...vuestro padre es honrado, no ha robado...no, no ha robado! Dios mío! Dios mío!...

El desventurado sentíase agonizar de dolor.

Unos cuantos días estuvo Lares detenido en la cárcel.

Una mano misteriosa, desconocida, pareció mediar, y Lares se vió en libertad sin saber á quien debérselo.

Para el desgraciado padre parecía haber trascurrido veinte años; sus cabellos, blancos en su totalidad, su rostro demacrado, sus ojos hundidos y lo encorbado de su cuerpo, todos estos estragos causados por sus intensos sufrimientos habíanle trasformado en los dias de cárcel sufridos.

Al verse libre voló á su casa, con el corazon despedazado, y la ansiedad y la angustia en el alma.

La idea de un nuevo golpe, detuvo sus pasos en los umbrales de su casa, sin atreverse á avanzar.

CAPITNLO V.

La Sociedad San Vicente de Paul

Un grito de alegría resonó en la mísera habitacion de Lares, sintiendo este que dos brazos cariñosos rodeaban su cuello, y que dos bocas de ángel dejaban en sus manos la impresion de los besos y la humedad de las lágrimas...

—Mis hijos. . .mi esposa!. . .—murmuró Lares, estrechando aquellos séres queridos contra su pecho y sintiendo que sus piernas flaqueaban, negándose á sostenerle.

Da. Ana y sus tiernas hijas condujeron á Lares hasta una silla, donde él se dejó caer como desplomado.

—Juan querido!—murmuró Da. Ana, enjugando el frío sudor que inundaba la frente de Lares.

—Valor, esposo mío, valor...—fe en Dios, piensa en El, piensa en tus hijos, en tu esposa!

—Ana. . .soy inocente!—murmuró Lares.

—Calla! bien lo sé, no necesitas decírmelo...ah! Dios castigará al culpable!

Lares volvió á abrazar á sus hijas.

—Pobres hijas mías!—esclamó con muda desesperacion.

—Desecha tus pensamientos, querido Juan, Dios no nos abandona, y la prueba está en el socorro que nos ha enviado miéntras tu sufrías una pena injusta, ignorándolo nosotros ..

—Cómo?—interrumpió Lares, – qué dices, Ana?

—Digo que Dios no nos abandona; escucha: la noche que tú saliste desesperado en busca de un pan para nuestras hijas, yo y ellas nos pusimos á orar fervorosamente, consiguiendo con la oracion fortalecer nuestros ánimos: concluido

el rezo nos sentimos mas aliviadas y conformes, seguras ya de que tú no tardarías en volver con los recursos de que tan necesitados nos hallábamos.

Pocos momentos habrían pasado cuando dos señores llamaron á la puerta de nuestra habitacion, preguntando por la familia de Lares—Satisfecha su pregunta me dijeron, que en nombre de la sociedad de *San Vicente de Paul*, de la Parroquia de S. Nicolas, adoptaban nuestra familia, desde ese momento, bajo su proteccion, en vísta de la terrible situacion en que estábamos, y al efecto me entregaron varios vales ó boletos que representaban distintas cantidades de dinero, con las cuales podíamos adquirir cuantos alimentos necesitáramos, encargándose ellos tambien de la mensualidad de nuestras dos habitaciones.

—Dios mío!—esclamó Lares—es esto un sueño, Ana?

—No, Juan, es una dulce realidad: la bondad de Dios, puesta en obra para nosotros por una de las más dignas Sociedades que existen en Buenos Aires.

—Oh! -

—Ella ha sido el brazo de Dios; nuestras bendiciones para el Todopoderoso y la digna Sociedad, en la que figuran en primer término, los Sres. Eduardo C., José A., Luis A., Juan Lorenzo y otros caballeros no ménos meritorios y dignos.

—Sí, Ana, benditos sean los que de tal modo ejercen la santa y benéfica caridad!

Y aun no he concluido, Juan,—sabrás todo lo ocurrido...

Aquella noche fué feliz en un principio, y digo esto porque tu tardanza nos llenó de inquietud y zozobra á mí y á nuestras hijas. Esperamos una hora tras otra, y la idea de una desgracia destrozaba nuestros corazones. Siempre esperando, llegó la madrugada del siguiente día sin que yo hubiera querido buscar reposo en el lecho; mis hijas se durmieron llorando con las cabezas apoyadas en mis faldas. El menor ruido me sobresaltaba, temiendo por momentos recibir la noticia de una desgracia tremenda.

A las primeras horas de la mañana los caritativos caballeros de la víspera volvieron á presentarse; el más anciano se adelantó diciéndome:

—Señora, vuestro esposo está bueno y salvo...

—Lo habeis visto!—esclamé sobresaltada—entónces por qué no viene, qué lo detiene?

—Anoche, al salir de aquí, se descompuso; quiso la casua-

lidad que nosotros pudiéramas recogerlo, y como vuestra casa estaba algo distante, lo trasladamos á la del señor..

El anciano indicó á uno de los señores que lo acompañaban, de aspecto grave y reposado.

Oh! decidme, señor, que no me engañais!..mi esposo estará gravemente enfermo, quizá.. haya muerto!—Los sollozos no me dejaron continuar.

—Señora,—calmaos: si alguna de esas dos cosas sucediera, para prepararos os hubiera dicho que estaba enfermo de cuidado, pero no es así, solo tiene una gran debilidad que no le permite moverse; os juro por mi honor que vuestro esposo vive y que pronto lo vereis..dentro de unos dias quizá.

—Dentro de unos dias!—esclamé yo—por qué tanto tiempo, señor?

—Porque, mi amigo—dijo el anciano indicando al señor grave,—desea llevar por unos dias á vuestro esposo á su quinta, con el objeto de que se retablezca y pueda devolvéroslo sano y fuerte.

—Pero, señor..se ha de ir sin despedirse de nosotros?

Y para qué, señora? él sentiría y vosotros tambien, y se pueden evitar esas emociones; ademas es cuestion de dias: creédme, vuestro esposo volverá completamente bueno, en disposicion de poder trabajar en la ocupacion que nosotros podamos proporcionarle.

Tanto dijeron que yo concluí por creerlos y convencerme.

Pero anoche. estuvieron otra vez; y entónces, despues de mil delicados rodeos me revelaron la verdad de lo que ocurría, diciéndome que desechara todo temor, que en la mañana siguiente, por hoy, te pondrían en libertad, y que tuviéramos resignacion por aquel nuevo golpe del destino, que ellos tenían la conciencia de tu honradez y de tu inociencia, porque conocían tu pundonor, tu delicadeza y recto proceder.

En fin, me dejaron consolada en parte y ansiando el momento de volver á verte!

—Pobre Ana, cuánto has sufrido!

—Y tú? oh! querido Juan! parace que han pasado veinte años por tí!

Lares contempló á su esposa y á sus hijas, y un profundo suspiro se escapó de su pecho.

El pobre padre pensaba en la injusta acusacion que pe-

saba sobre su nombre, miserable entónces, pero honrado y limpio á pesar de la mancha que pretendía empañarlo.

CAPITULO VI.

Entre dos buenas vecinas.

Entre los varios inquilinos que contaba la casa donde vivía Lares y su familia, figuraban una señora llamada Da. Lucía, su esposo D. Bernardo, una hija de trece años, de nombre Aurelia, y dos buenas mujeres de trabajo, hijas del pueblo, que ocupaban las últimas habitaciones que daban al fondo de la casa.

Una de estas se llamaba María, y Catalina la otra; aquella con ciertos ribetes de persona algo instruida y amiga de saber.

Ambas eran muy amigas, y siempre hacían sus quehaceres juntas, para luego, una vez desocupadas, poder dar gusto á la lengua conversando de todo un poco; nada ignoraban en siendo asuntos da la vecindad.

----Has visto, Catalina---dice María, dando comienzo á la *tarea,*----lo que le pasa á Da. Lucía.

—No hija, pues qué hay?----contesta Catalina, muy contenta de que haya llegado el momento tan deseado de la charla.

--Pues es nada! que no tienen que comer ni quien se lo dé!

----Pobrecillos! y qué hacen?

—Lo que Dios manda, buscar: pero, ay! hija, la gente está tan pervertida que ya parece que no hay caridad

Bernardo, el infeliz, no tiene en qué trabajar.

—No es porque no haya buscado, ya ves lo que ha caminado, pero nada! hasta Valparaiso fué!

—Lo que es el mundo. Maria! No hace mucho tanta fortuna que tenia D. Bernardo, lo mismo que el señor Lares!

—Sí, pero hay quien dice que D. Bernardo no ha sabido conservar su fortuna, porque ha sido tacaño con unos y derrochador con otros.

—Por cierto, tacaño sería con los de casa y pródigo con los de afuera; eso lo castiga Dios siempre cuando esta prodigalidad no es para hacer caridades sino simplemente por el gusto de derrochar.

—Eso me hace acordar, Catalina, á lo que leía el otro día la hija de la dueña de casa, que recibe por entregas libros tan bonitos!

—¿Y qué decía?

—Tengo buena memoria, y como me acordé de D. Bernardo, me quedó impreso con puntos y comas: decía poco más ó ménos: «Existen caractéres en la vida real que tienen mucho de inverosímiles cuando los novelistas pretenden mezclarlos en las intrigas de sus fábulas—Quién no ha tratado en su vida algunos hombres que gastan alegremente con sus amigos una onza con un desprendimiento admirable, miéntras que en su casa arman una batalla por dos reales que, segun su opinion, se gastarán supérfluamente? El mundo es una inmensa jaula de locos hipócritas. que viven engañándose los unos á los otros.»

—Pues hija, no sé qué admirar más, si tu memoria ó el sentido de esas palabras tan adecuadas á D. Bernardo. Y dime, ¿de quién son?

— De *Escriche.*

—Creo María, que no es *Escriche*, como le llamas, sino *Escrich.*

—Lo mismo da, hija, un nombre que otro.

—Ya lo creo. lo esencial ya está dicho.

—El pobre D. Bernardo merece más suerte, ha sido desgraciado por su culpa, pero los trabajos enseñan; cree que ahora es otro.

—Y la pobre Da. Lucía? pero, por qué no ven á esas tantas sociedades de caridad? así podían pasar hasta que D. Bernardo encontrara trabajo.

—Calla, hija!—esclamó María bajando la voz y acercándose á su compañera,—si han visto varias sociedades!

Y?

Y ha resultado nones...

—Cómo?

—Sí, primero vieron una, y los desahuciaron, diciéndoles que ellas solo socorrían á familias que tuvieran niños menores...

—Jesus!

—Y despues no fué una, fueron muchas las sociedades de caridad que les cerraron sus puertas porque no tenían chicos! Qué dices á esto, mujer?

—Ave María! pues qué, los grandes no saben comer?

—A la cuenta, eso se imaginarían; ó dirían, tienen buena edad, no están enfermos, que trabajen!

—Ya! como si el trabajo se hallara siempre que se buscara! ahí está D. Bernardo, que conseguía trabajo por dos días, y al tercero ya no lo tenía y había que empezar á buscar otro; no, si la desgracia lleva consigo todos los males!

—Oh! hay ciertas caridades...que no las entiendo!

—Ni yo tampoco, porque una cosa contradice la otra.

—Es claro----ya ves, cuando Dña. Lucía vió días pasados aquellas sociedades de caridad, le dijeron que fuera descuidada, que ellas pasarían por su casa.

----La visita de fórmula....

—Buena visita, Catalina, que en vez de consolar dejan á uno desconsolada!

—Pues qué, vinieron?

---Ya lo creo! Eran unas señoras, se presentaron en coche, inspeccionando todo con una mirada! Yo observaba á todas, creyendo encontrar en alguna de ellas un átomo de sensibilidad, pero nada, hija: miraban á Dña. Lucía con altivez y desden, haciéndole preguntas impertinentes, que tenian á la pobre señora toda sofocada y afligida.

----Vaya una caridad! Puro orgullo y ostentacion, nada más.

----Felizmente, mujer, no son todas así: conozco yo algunas presidentas y damas que pertenecen á sociedades de caridad, que dan ganas de comerlas á besos de puro buenas!

----Qué contraste con las otras!

----Y no es fácil equivocarlas; basta hablar con ellas, referirles desgracias, y las verás conmovidas, con los ojos ar-

rasados en lágrimas, y que sin más trámites ni averiguaciones, te socorren y te consuelan con palabras dulces; oh! estas son una bendicion! yo las serviría de rodillas! así como suena!

—¿Y por qué Doña Lucía no ha visto á estas?

—Calla, si á la pobre señora todo lo malo le persigue!

—Lo mismo que á Lares y su familia!

—Pobrecitos! Doña Ana ya le ha hablado á Doña Lucía; parece que la Sociedad de S. Vicente de Paul va á socorrer tambien á esta última.

—Dios lo quiera; parte el alma ver esos cuadros de miseria.

—Felizmente, para consuelo de los desgraciados, hay en el mundo almas tan buenas! Ahí tienes, sin ir mas léjos, la hermosa señora de acá á la vuelta, calle de Salta.

—Cual? la de N...?

—No, mujer! Da. Mercedes O. de A., la hermosa y simpática viuda del Dr. D. Manuel A., muerto en la fiebre amarilla del 71.

—Ah!

—Sí, tan hermosa, con su pálida tez, sus bellos ojos y el adorable conjunto de toda su persona, como tierna y noble es su alma generosa.

—Dicen que es muy buena.

—Excelentísima, tiene un corazon de oro, y quien dijera lo contrario mentiría descaradamente; es amable, tierna y espansiva con sus amigos; amante, sensible y generosa con los que á ella acuden en busca de proteccion; escucha las quejas del infortunio con lágrimas en los ojos, dispuesta á quitarse, en su abnegacion, si fuera menester, las ropas que la cubren para vestir con ellas á la que le demandara tal socorro—oh! es un ángel!

—Yo no la conozco, sino de nombre...

—De nombre pocos ó ninguno dicen la verdad. La envidia y la calumnia, hija, es moneda corriente en este mundo de miserias.

—Verdad amarga!

—Pero gran verdad; ten seguro que el más bueno es el más perseguido: el ejemplo lo tenemos en Lares, ya ves; honor, honradez, delicadeza y todo lo bueno que puede haber, y, sin embargo, todo le sale en contra, es una fatalidad!

—Felizmente ahora parece que la suerte le va siendo más benigna.

—Sí, la recompensa de la resignacon no deja de llegar, tarde ó temprano.

—Díme, María, conoces tú á esa señorita alta, rubia, que viene muy á menudo enfrente?

—Ah! la de vestido negro y abanido punzó?

—La misma!

—Sí, la conozco; se llama M. de E., es una buena señorita; á una familia que vive en esta misma acera le he oido decir que aquella posee muy buenos sentimientos y un bello corazon, lo mismo que su hermanita mas jóven.

Y dicen que se casa.

—Así dicen, Dios lo quiera, y le toque un buen esposo que sepa estimarla; así se verían recompensados los buenos actos que haya hecho.

—Nadie como Dios para un justo premio; El conoce el valor de las acciones y su buena ó mala intencion para dar la recompensa merecida.

—Es la verdad, Catalina, así premiará Dios á otra persona que tambien merece mucho.

—Quién es ella?

—Un señor que no conozco personalmente, pero del que he oido muchas cosas, á cual de ellas más hermosa; me refiero á D. Sebastian P. 2 ° Comandante del Batallon 7 ° de Infanteteria de línea.

—Ah! sí, ya lo creo, es un digno sujeto.

—Lo conoces tú tambien?

—De oídas, hija: lo único que te podría decir es que si yo fuera Presidente lo nombraba Brigadier.

—Bien merecido lo tendría; ese es otro de los ardientes apóstoles de la caridad! yo sé de infortunados que han acudido á él en circunstancias de tener apénas cinco pesos en el bolsillo, y no solamente ha dado esos cinco, sino que ha pedido prestado por aumentarlos; y estos actos se han repetido muchas veces, habiendo ocasiones en que ha hecho una caridad perjudicándose gravemente, pero bendiciendo siempre el momento que se le proporcionaba para obrar así.

—Oh! qué bello corazon!

—De oro, Catalina, de oro; pero así como este, existen algunos séres, cuyas hermosas acciones se ejecutan en la oscuridad del misterio, y en ella pasan desapercibidas.

—Oh! si hubiera quién las hiciera públicas!

—Pierde cuidado, Dios es grande y no deja nunca que cosas como estas queden ignoradas de todos.

—Qué alma tan noble la de D. Sebastian P...

—Sí, muy noble y digna de ser enteramente feliz.

—Que Dios premie sus elevados sentimientos!

—Es el deseo de todos los que lo conocen y saben valorar sus méritos.

—¿Dime se casó siempre la viuda Ema? Cambiaremos de tema, nos hemos ocupado de la caridad, ahora hablemos de otras cosas muy distintas de esta.

—Bueno, mujer, á qué no te imajinas con quién se casó la viuda?

—No sé...

—Con José!...

—Con José!...Ave-Maria purisima!

—Con él fué; ya sabes. ella es rica por su marido, pues por eso sin duda se casó con él; sus padres estaban muy mal, y el medio de salvar la situacion era casándose con el viejo, ella era ya madura, jamona, tenía sus cuarenta Otoños, para el viejo era jóven; pero, cata aquí que un *resfrio* se lleva al buen tio y Ema se encuentra impensadamente viuda, es decir libre, y rica...

—Pero sin juicio, María, porque dicen las malas lenguas que en vida de su esposo, ya tenía asegurado al que debia sostituir á este.

—Es claro, eso se sabe, aunque yo me lavo la manos; la muy tonta fué engañada apesar de sus años y esperiencia, creyóse amada, sin acordarse de nada mas, y olvidando la fé jurada, mancilló las canas de su esposo. Hoy no es feliz, porque su jóven marido se preocupa poco de serle fiel.

—Ejemplo para las mujeres que faltan á su deber; ella se ha unido á José que ama su oro pero no á la dueña de él, y es natural que no sea feliz.

—No, no lo es, Catalina, y la conciencia le remuerde, porque nunca falta impunemente la mujer, sin que deje de purgar sus malos pasos; y fué adúltera, y la mujer que no es honrada y se pierde por su gusto, merece el desprecio y el castigo de la sociedad.

—Hablas como un libro y Ema adora á José.

—Bueno fuera que no! ella es vieja y tiene sobre si la

desazon del desamor y de su falta, y él es jóven, buen mozo y al fin...hombre!

—Pero un pícaro! venderse como un miserable esclavo!

—Hija, hoy impera el oro; José iba á caza de aventuras, pescó una, que le salia al paso, y se dijo: ella se morirá el dia ménos pensado y me veré libre y rico.

—Odioso argumento: faltaba ahora que para castigo de su ambicion, sea ella la que lleve la *batuta* en el manejo de la bolsa.

—No lo creas, él es zorro; y ella enamorada, no habrá resistencia. Pobres gentes!

—Qué perspectivas de félicidad! que hogar tan venturoso!

—Calla, es bien merecido: la mujer que falta á sus deberes, á la fé jurada, merece todos los rigores de la desgracia; nunca tiene pretesto para delinquir, su honra es como el vidrio, ah! desgraciada de ella si este se rompe ó se empaña!: Y cuidado que hay muchas como ella... desgraciadamente!

—Y como él?

Como él tambien pero su falta es menor aunque su castigo bien merecido está en el desprecio de todos y en el yugo, que hoy lamenta, tener sobre si .

—Desgraciados! Dios ilumine á los que de tal modo se desvian de la senda de sus deberes!

—Jesus cuánto hemos charlado!

—Como gacetas!

—El puchero estará ahumado!

—Y á mi se me habrá quemado el guiso!

—Adios, María!

—Hasta luego, Catalina!

CAPITULO VII.

Dos Palabras á nuestras amables lectoras.

Hablamos con un placer inmenso, siempre que nuestra humilde pluma tiene que consignar actos de caridad, encomiando á seres dignos y nobles.

Es tan bella y tan grata la tarea de encomia y bendecir á los apóstoles de la caridad y de los grandes sentinientos que ennoblecen el espíritu!

No ha mucho hablabamos con una amiga íntima comunicándonos mútuamente nuestras amas recientes inpreciones.

Nuestra amgia conmovida narrábanos una obra de caridad llevada á cabo reciéntemente por un excelente corazon.

Tratábase de una madre que en la última miseria se veía, rodeada de siete hijos, de año y medio el menor de ellos sin poder procurarles alimentos por el estado de postracion en que se hallaba.

Pintábanos nuestra amiga aquel cuadro terrible en que las lágrimas y los lamentos de dolor hacían estremecer el alma entera!

En medio de aquel sombrío dolor apareció un rayo de sol, enviado por Díos y llevado por un ángel...

Este ángel enviado por la providencia á aquel desventurado hogar, era Anita U. de V...la hermosa y simpática esposa del Dr. Benjamin V...actual Ministro de Guerra y Marina de la República, uno de los hombres mas pundonorosos, uno de los amigos mas leales y generosos de los que hoy tan raros se conocen.

Anita es el tipo de la mujer noble y distinguida, con todas las cualidades realzantes, de la belleza físiea y moral.

Si hermoso y arrogante es su físico, unido á la dulzura cariñosa de su trato, más bello aun es su corazon y su alma sensible y generosa.

Mas de una madre le debe su ventura, y en más de un hogar, la influencia de Anita ha esparcido esplendores de dichas!

Anita y su estimado esposo son dignos uno del otro:

Dulzura y fortaleza, gracia y gravedad, bondad y nobleza, fuertemente unidos por los más bellos lazos!

Séres como Anita son el mas bello adorno de la sociedad en que viven.

Hombres como V...que proceden al compás de sus sentimientos nobles y rectos, alejando de sí los circulos viciosos que pudieran infestar la fuente de sus altas aspiraciones, son el orgullos de la sociedad, y el mas rico blason que esta puede ostentar.

No existe riqueza más grandiosa que la de la honradez y el pundonor.

Jamás nuestra pluma, lectora amiga, fué manchada con la vilantez de la adulacion y del despreciable servilismo.

La frente bien alta! la limpieza de la conciencia, no ha menester de la mendicidad de los favores, otorgados á veces á séres que se humillan y desgradan por alcanzarlos.

Prefeririamos mil veces el más estremo infortunio con todos sus amargos sufrimientos, á la más grande fortuna conquistada por humillantes adulaciones.

Nada más hermoso que la dignidad; con esta aureola, la altivez de la propia conciencia levanta la frente erguida, y el mas humilde es el más poderoso.

Hay seres mezquinos que no comprenden los grandes sentiminutos, por la sencilla razon de que nunca los han esperimentado.

Las ideas más nobles, no comprendidas por ellos, que son todo cálculo y egoismo, conviértanlas á su sabor, sazonándolas con la sátira de sus mordazes lenguas.

Hé ahí una de las frases oscuras de la sociedad...

Felizmente la pobreza del verdadero sentimiento tiene un brillo especial por el que fácilmente se le reconoce.

Los efectos son del dominio de Diós!

CAPITULO VIII.

La mano de la desgracia

Volvamos lectora, á la familia de Lares, olvidada por nosotros por breves momentos.

La generosa influencia de la caridad, había mitigado un tanto los sufrimientos de aquella escelente familia.

Doña Ana, pobre madre! observaba aflijida la tristeza de sus tiernas hijas, que como pajarillos prisioneros, echaban de ménos dias más felices.

Contemplaba tambien la melancolía y secreto pesar que en vano trataba de disimular su esposo.

Ella veía todo, y por todos sufria

Su martirio era inmenso, como madre y como esposa; su único consuelo éran las oraciones, en estas hallaba el dulce bálsamo para sus secretas penas.

Dice *María del Pilar*: « el mundo guarda oraciones para las santas, aplausos para las heroínas, admiracion para las guerreras; para las valerosas mártires del hogar doméstico no tiene ninguna recompensa, ningun triunfo; es más, ni ellas lo esperan ni lo desean. Su fuerza es Dios, su esperanza la felicidad de la familia. » Creemos que esto es una gran verdad.

Llegó el dia en que Lares tuvo noticia de que se le iba á proporcionar trabajo: alzó los ojos al cielo y su pecho se levantó á impulsos de un hondo suspiro.

El momento esperado llegó al fin.

Fué llamado á casa de un rico señor, el cual tenía su escritorio en su propia casa.

Ajustó con Lares, señalándole un buen sueldo, quedando este en volver al siguiente dia para empezar á trabajar.

Lares llegó á su casa rebozando alegría, con la feliz nueva que iba á cambiar la faz de su triste situacion.

Fué aquel un dia de regocijo para la familia, momentos de placer que hacía tanto tiempo no disfrutaban.

Los buenos esposos hacían mil proyectos, repartiendo metódicamente, con la imaginacion, lo que iban á empezar á recibir al cabo de aquel mes.

Ambos pensaban en sus hijas, y esta idea traía á la mente las más abnegadas determinaciones en la inversion de la rentita que el destino iba á poner en sus manos.

Llegó la mañana siguiente.

Lares se disponía á abandonar su casa, despues de haber acariciado á sus hijas, y de haberse despedido tiernamente de su buena esposa; cuando le entregaron una carta de parte del señor á cuya casa debia ir á trabajar.

Lares al recibir aquella carta sintió sin saber porque, un estremecimiento que agitó todo su cuerpo.

Da. Ana palideció, y pausadamente fué acercándose hasta su esposo.

El que había traido la carta habia desaparecido.

Lares rompió el sobre con mano temblorosa.

La carta decia así:

Sr. D. Juan Lares: En mi casa necesito gente de confianza; con esto comprenderá vd. que no debe volver á ella, porque yo no consentiria que vd. manchára sus umbrales.—N. N.

Lares lanzó un grito, se llevó la mano al corazon y cayó pesadamente en los brazos de su esposa que acudió á sostenerlo.

. . . .

CAPITULO IX.

—

Cambia de faz el cuadro

—

Ha trascurrido un mes.

Lares, postrado en el lecho, ha luchado entre la vida y la muerte, sin que esta lográra hacer su presa.

Da. Ana y sus hijas, Sara y Eva, han velado junto al lecho del pobre enfermo.

La crisis pasó y con ella empezó la convalescencia, penosa por el cruel recuerdo que roia el pecho noble de Lares.

Da. Ana se esforzaba en calmar y hacer olvidar á su esposo lo ocurrido.

—Ay! Ana...—esclamaba el desventurado Lares—, es demasiado esto; la sociedad me condena, la sociedad sin ms pruebas que el escándalo promovido por la desaparicion de un criminal lanza sobre mi cabeza su anatema...sin que de ningun modo pueda yo vindicarme de un delito que no he cometido!

—Cálmate Juan! no tienes esperanza en Dios?

—Oh! si, por su amor sufro resignado... pero es tan hondo mi sufrir!

—Piensa Juan, en tus hijas, en tu esposa, que dispuesta está á dar hasta la última gota de su sangre, si con ella hubieran de borrar tus pesares, que son mios tambien!

—Ana! mi buena Ana! Dios te bendiga!

La conversacion de los dos esposos siguió en voz baja y contenida por no despertar á las niñas que descansaban de las malas noches sufridas.

Cuándo cambiaría la suerte de aquellas infelices criaturas!

Tenaz insistencia de la desgracia!

«La sociedad, esa señora que tantas garantias debe tener para sus individuos, y á quien estos deben guardar tantos respetos, es siempre una madre cariñosa para los que consiguen deslumbrarla con el brillo de sus trenes y con el oro que desparraman: á esos les alhaga, pone en sus manos todos los privilegíos pueden ejercer todos los derechos porque son hijos mimados de la fortuna; pero es una madrastra cruel é impía para los que nada poseen, consiguiendo solò en pago de su trabajo, el tener que cumplir todo los deberes, solo porque son los desventurados hijos de la desgracia.»[1]

. . . .

Algunos dias más trascurrieron, sin que Lares recobrara del todo su salud.

Sinembargo un acontecimiento imprevisto vino á cambiar de color el cuadro sombrío del hogar de Lares.

Los diarios de la capital dieron cuenta de un suceso particular.

Habíanse tomado presos dos famosos ladrones, que de un tiempo á aquella parte dejábanse sentir por todas partes.

Los diarios decian: parece que al tomarse las declaraciones, uno de los ladrones, compañero inseparable del otro, no guardó la reserva acordada entre ellos, y delató á su cófrade de algunos robos de calibre.

«Enfurecido el segundo ladron por la descubierta, hizo á su vez algunas revelaciones; entre ellas de ser el primer ladron el autor del robo de la cartera, que tiempo pasado se hizo al Sr N. en la puerta de un teatro, robo que injustamente se ha-

(1) J. C.

bia atribuido al honrado Sr· Lares, por haberse halla lo muy cerca de ella cartera robada.

«Con placer hacemos público este suceso que pone á salvo la honorabilidad del Sr. Lares, y que llevará á su hogar hoy abatido por la desgracia, el inefable consuelo de su rehabitliacion.»

Esta noticia cayó sobre la familia de Lares como una lluvia fresca, y perfumada, enviada por el señor, para refrescar y reanimar sus espíritus abatidos.

Lares sintió circular la vida por sus venas, y una fortaleza rejuveneciente, acabó de arrancar el velo sombrío que por tantos meses habia pesado sobre él, como una red de acero.

Pintar la alegría de aquellos pobres y perseguidos seres, sería tarea difícil.

Permanecer en las tinieblas y ver de pronto raudales de luz, y panoramas de sonrientes felicidades, es una dicha tan grande que no se acierta á esplicar

Lares fué felicitado por todos; algunos de sus antigos conocidos los ménos malos, que lo desdeñaban por su pobreza, no vacilaron en estrechar su mano al conocer su inocencia: Dios es justo.

Aquel señor, que tan duro y cruel se habia mostrado con Lares, despidiéndole de su casa, le escribió una satisfactoria carta ofreciéndole de nuevo el puesto que entónces le negó.

La dignidad es orgullosa

Lares rehusó, pero perdonó de corazon al que tan cruelmente le ofendió.

En pos de una dicha viene siempre otra, como en las desgracias, que á unas se siguen otras, formando cadena interminable.

Un acaudalado comerciante ofreció á Lares un brillante negocio, que con constancia y actividad no tardaría en dar magníficos resultados.

Lares aceptó gozoso; con su laboriosidad conquistaría el porvenir de sus hijas.

La alegría envió sus rayos de luz al hogar ántes tan desventurado.

Los reveses del infortunio, soportados sin murmurar, reciben tarde ó temprano compensaciones imprevistas.

Lares trabajó con ahinco, alentado por la firmeza de conseguirlo todo por medio de su contraccion.

«A decir la verdad la fortuna no es tan ciega, ni tan

caprichosa como se dice, y si algunas veces cede sus favores á los que son indignos de ellos, por lo regular suele reservarlos al trabajo perseverante, á la integra lealtad, al cálculo inteligente y hábil, á la severa economía y á la exactitud rigurosa: estas virtudes y no la casualidad preceden á la fundacion de las fortunas durables y honradas, y en donde ellas faltan, no puede impedir la más consumada habilidad, que se derrumben en un dia.» (1)

Tiempo pasaría, pero la aurora de felices dias señalaría nuevas épocas de dulces compensaciones.

CAPITULO X.

Perfumes de la virtud

Con la más íntima satisfaccion vamos á trascribir en estas pájinas unos *pensamientos* inéditos, pertenecientes á nuestra compatriota y queridísima amiga Manuela Acevedo y Diaz, los cuales nos fueron dedicados por ella, conservándolos nosotros como joyas de gran valor.

Mas, ántes os diré dos palabras, lectora estimada, respecto á nuestra amiga.

La azucena encanta por su pureza; son tan bellas y suaves sus hojas blancas! es tan dulce y embriagador el aroma de su cáliz!....Manuela es una azucena!

Los poetas han asegurado que la muger y la flor son séres hermanos.

Nada más casto que la flor....la muger es su hermana en belleza y pureza; simil más perfecto no podria hallarse.

Manuela querida! admite esta ofrenda de nuestro íntimo cariño!

Tú tan buena, tan pura y tan bella, vertiras una lágrima

(1) Mad. Augustus Craven.

sobre estas pájinas. . . . y ella se unirá á la que ya mi corazon ha dedicado á tu recuerdo estimado!

Guarda en tu seno, blanca paloma del suelo oriental, la espresion pura y ardiente de esta alma amiga de la tuya!

. . . .

Lectora: lee los *pensamientos* de Manuela, en ellos aspirarás el aroma de esa *azucena*.

«No es posible, virtuosa Lola, conocer todo el encanto «que encierra esa felicidad soñada por los mortales sin ántes «haber experimentado hasta el último grado cuanto tien de «cruel el golpe terrible de la desgracia.

«No hay satisfaccion mayor, que conservar la tranquilidad «de una conciencia pura, en medio de la falsía y la virtud «de una alma incorruptible, entre la densa atmósfera de la «adulacion y *las vanas manifestaciones* del mundo.

«Nada mas espléndido, mi Lola, que el triunfo de nues- «tro espíritu cuando vacilante por haber luchado mucho «tiempo, se rehace con sus últimos alientos á ven cer y di- «sipa las sombras negras de la infausta suerte.

«Es necesario, Lola querida, sufrir bastante, para que la «gratificacion sea pródiga en el dia de las recompensas y de «los goces, para sentir cuán dulces y bellas son las horas «de la fugaz dicha y cuán interminable y sombríos son los «años del dolor.

«Si bien es verdad que Dios pone á prueba la fortaleza «de nuestras débiles almas, y estas se retuercen en la fiebre «ardiente de las penas, les concede esa bendita religion de «la celeste fé, que no les abandona hasta que el último «átomo de sus creencias se pierde en el hondo abismo de la «desesperacion inconsolable!

«Confiar y esperar, son los consuelos de la humanidad, «y sin esas esperanzas que hacen soñar á nuestra imagina- «cion enferma, con dias de venturosa calma, la existencia se «trocaría en un caos de dudas y decepciones.»

. . . .

CAPITULO XII.

—

Abnegacion

—

Han transcurrido siete años.

Tornemos al hogar de Lares.

El modesto bienestar, la santa paz, reina en el seno de aquella familia tan digna de ser feliz.

La fortuna que labra las manos de Lares, aun avanza con tárdio paso, pero su valor no desmaya, la labor es ruda,.. pero cada línea que alcanza y pasa es un triunfo; el triunfo de la virtud y de la constancia.

Las dos niñas de Lares son ya unas señoritas.

Sara, de diez y nueve años cumplidos, ofrece el mas bello tipo.

Su estatura es mediana, sus formas delicadas; su rostro de una gracia perfecta y de una delineacion admirablemente hermosa. Su tez es blanca, sus ojos pardos, y sus cabellos castaño claro, con reflejos dorados; en toda ella se nota una dulzura, una suavidad, una belleza tan ideal que arrastra tras si la mirada, sin que esta pueda librarse de aquella influencia tan dulcemente grata.

Jamás hubo hermanas tan parecidas como Eva con Sara

Contaba Eva quince años, y á escepcion de su estatura más mediana que la de Sara, y de sus formas mas indecisas que las de esta, todo en ella era un fiel reflejo de su hermana mayor.

Solo había diferencia en la espresion del semblante: el de Sara era algo reflexivo y de un tinte dulcemente melancólico; el de Eva ostentaba una alegria infantil, y una cándida espresion de inocencia y de satisfaccion.

La moral de las jóvenes se asemejaba igualmente; ambas nobles y tiernas, buenas y generosas.

Era una tarde de verano.

Doña Ana, Sara y Eva, paseaban por el jardin de su casa.

El ambiente era perfumado, y la brisa de la tarde lijera y suave.

Eva y Doña Ana se habían internado por las calles de árboles, aquella persiguiendo una mariposa, y esta á su hija.

Sara había quedado sola.

La hermosa jóven jugaba distraidamente con una rama de flores de paraiso, sentada bajo una glorieta, en un banco rústico de madera.

Sara vestía un delicado traje de muselina blanca, con pequeños pensamientos; su cuello rodeado de finos encajes, ostentaba sobre el pecho una diminuta cruzecita de oro, suspendida por una cintita negra; sus cabellos graciosamente recojidos y sujetos por una aguja de plata, prestaban á su jentil cabeza un encanto seductor.

Su falda corta, que apenas rozaba el suelo, dejaba al descubierto un primoroso pié que asomaba bajo los pliegues de la muselina, coquetamente calzado con unos preciosos zapatos de cabritilla bronceada.

La distraccion de la jóven no le permitió ver, que una persona se acercaba al sitio donde ella estaba.

Pero sacóla de su abstraccion una vóz varonil que con dulce espresion dijo:

— Sara...

Estremecióse la jóven y levantándose del banco, esclamó:

—Enrique....no te había sentido!

—Perdona, prima, si he interrumpido tus meditaciones...

El bello rostro de Sara se encendió con los colores de la rosa, contestando vivamente.

—Mamá y Eva acaban de dejarme, y....distraida había permanecido en el mismo sitio!

Diremos dos palabras sobre Enrique.

Revelaba en los razgos de su fisonomía, uno de esos caracteres apasionados y ardientes.

A un físico hermoso y atrayente, ofrecía una juventud vigorosa y llena de vida.

Frisaba Enrique en los veinte y cinco años; poseía una esquisita educacion y una sólida instruccion, siendo por todos estos dotes un bello tipo, que interesaba en su favor desde el primer instante.

Su estatura era gallarda, á igual de su figura, su rostro

pálido; sus ojos negros, y sus cabellos de igual color; un sedoso bigote adornaba el lábio superior de su boca, que era bella en la forma y dulce en la espresion.

Era Enrique primo segundo de Sara, y asíduo visitante de la casa; gozaba en la familia de grande estimacion y cariño.

Sin embargo, sus familias no se visitaban; el padre de Enrique desdeñaba á las de Lares porque adolecían del defecto de no ser ricos.

Aunque Lares poseía un modesto pasar, y vivía en una posicion decente, sin embargo, el padre de Enrique, que era una de las primeras fortunas del país, no podía transigir, ni alternar, segun su opinion, con jente que no estaban á su altura.

Enrique no era de la misma opinion, pues como se vé, amaba en alto grado á sus parientes.

Volvamos al jardin.

Enrique se adelantó y ofreciendo su brazo á Sara, ámbos jóvenes caminaron silenciosos largo trecho, por las calles del jardin.

Enrique fué el primero en romper el silencio,

—Y bien, Sara,—esclamó el jóven con acento tal de ternura que Sara se estremeció,—nada teneis que decirme?....

—Enrique.. .vais á darme una prueba de lo que ayer me dijisteis....

—Una prueba, Sara! una prueba de mi amor! dudais de el?

—Oh! no, Enrique, es que...voy á exijiros un sacrificio... quizá superior á vuestras fuerzas!

Sara volvió el rostro para ocultar una lágrima que temblaba en sus párpados.

—Un sacrificio! qué no haré por vos, Sara!

—Pues bien, Enrique...olvidadme!

—Sara! qué decis? que os olvide? no comprendeis que eso es imposible! ah! comprendo...no me podeis amar!...

—Enrique!...no, no puedo amaros!

—Sara! Sara! porque llorais, que misterio es este?

—Oh! no me lo pregunteis...no os podra responder!

Sara trató de sofocar su dolor, y desviando su mirada de la de Enrique que despedía el fuego de la pasion, esclamó:

—Si me amais Enrique, como decis, accedereis á mis súplicas!

—Ah! Sara, he llegado demasiado tarde; desgraciado de mi, vos amais á otro!...

Un estremecimiento ajitó el cuerpo de Sara, que murmuró:

—Amo sí...un imposible!

—Que decis, Sara!

—Ah! Enrique ..amad á Eva, amad á mi tierna hermana; es un ángel, y... sereis feliz!...

—Sara!—esclamó el jóven llevando sus manos á la cabeza como queriendo retener en ella la razon que pugnaba por abandonarla.

Sara se habia desprendido del brazo del jóven y había ido apoyarse contra el tronco de un árbol.

Enrique se dejó caer en un banco, á pocos pasos de ella, ocultando su rostro entre las manos.

Así permanecieron por largo rato.

Sara oprimía su pecho con ambas manos, y elevando al cielo sus ojos, murmura en voz baja:

—Dios mio, valor! todo por ella! sea feliz Eva y muera yo!

Pasados unos momentos, Enrique levantó su frente, surcada por una honda arruga; su rostro estaba pálido como la muerte y en sus mejillas veíanse huellas de recientes lágrimas.

Dirijió á Sara una mirada, profunda, intensa, indescriptible, y avanzó hasta ella con lento paso.

Sara dió uno atrás impensadamente; el aspecto del jóven la sobrecojió.

Una triste y amarga sonrisa se dibujó en los lábios de Enrique que esclamó:

—No temais...apoyaos nuevamente en mi brazo!

Sara trémula por la emocion, apoyó su mano en el brazo del jóven que temblaba como ella.

Hubo un momento de terrible y embarazoso silencio.

—Sara,—esclamó con inseguro acento y continuando el paseo interrumpido, habeis sido cruel conmigo, pero os perdono!

—Enrique!...—la pobre niña clavó en el jóven una mirada desatinada, pero reprimiéndose á tiempo, rompió á llorar.

—Sara! me partis el corazon! qué no diera por enjugar esas lágrimas tan sagradas como queridas para mí!

—Enrique, primo mío...vos sois el causante de ellas!—contestó Sara enjugando sus lágrimas.

—Yo! yo Sara, que daría mi vida por rescatar la vuestra!

—Ah! probádmelo! probádmelo amando á Eva!

—No os comprendo...exijis de mi una cosa imposible!

—Pues entónces...vereis morir de dolor á esta que tanto amais!

—Qué decis!

—Vuestro amor á Eva, ó mi muerte,... elejid!

—Oh! Dios! cómo ofreceros lo que no podría cumplir! vuestra presencia adorada sería mi solo anhelo! ah ¡ Sara!

—Bien...—contestó Sara, desprendiéndose del brazo del jóven con un movimiento convulsivo.

—Sara!— esclamó Enrique, tomando una de las manos de la jóven, y estrechándola con respeto y amor—disponed de mí!... soy vuestro esclavo; ordenad, siempre que no me alejeis de vos!

—Ya conoceis mis deseos...—murmuró Sara, oprimiéndose el pecho y conteniendo con esfuerzo heróico, el llanto que pugnaba por saltar de sus ojos,

—Si...arrancarme á pedazos el corazon! pero vos lo quereis, sea...

—Vacilais...

—Cómo no he de vacilar, Sara! no será mia la falta si no lleno vuestros crueles deseos, hay fuerzas superiores que el hombre no puede vencer!

—Enrique... os quedaré eternamente grata, ocupareis el mejor lugar en mi corazon, seré vuestra hermana ..

—Ah!...hermana...titulo bello, pero que no satisface m corazon!...vos amais á otro...

—Que no existe.. un imposible, Enrique!

Un relámpago de alegría iluminó el rostro de Enrique.

—No existe! murmuró, y quedó como arrobado.

Pero volviólo á la realidad las palabras de Sara.

—Eva os amará, y ambos sereis felices!

Enrique sacudió la cabeza negativamente y esclamó:

—Pobre niña! voy á engañarla!

—Oh! será un engaño piadoso, Enrique, porque la hareis feliz, y vos no tardareis en amarla, porque es un ángel!

—Es un ángel, porque se os parece, de lo contrario...!

—Enrique!

—Perdonad, para mi no existe en el mundo más que una mujer, Sara!

—Cambiad el nombre, será Eva, y desde hoy empezareis á amarla.

—Sara!

—Ah! quereis verme muerta?

—Pero porqué?. . . no solamente me privais que os ame sino que imponeis un suplicio que destroza mi corazon!

—Es necesario, Enrique, y no me pregunteis porque; con el tiempo, cuanda la serenidad haya vuelto á nuestro espíritu, yo misma os revelaré el misterio de mi conducta.

Enrique inclinó la cabeza sobre el pecho.

Ruido de pasos se dejo sentir á corta distancia.

Sara estrechó la mano de Enrique esclamando:

—Se acercan, mamá y Eva; os dejo Enrique para que empezeis vuestra noble obra luego me direis el resultado; no desmayais, os lo suplica vuestra hermana...ella os acompañará en vuestros sufrimientos!

Sara se alejó.

Enrique la siguió con la vista hasta perderse entre las sombras de los árboles.

Al volver la cabeza se encontró con Eva y su mamá.

La niña traía en sus manos una rosa color de fuego.

Da. Ana, fatigada de tanto dar vueltas por las calles del jardin, se sentó en uno de los bancos rusticos, situado de allí á pocos pasos.

Eva corrio hácia Enrique, y tomándole de una mano lo arrastró consigo hasta hacerlo sentar en el segundo banco que quedaba frente al que ocupaba Da. Ana.

—Mira, mamá, que cara tiene Enrique!

—Hijo, estás enfermo?—preguntó solicita Da. Ana.

—No señora, una lijera indisposicion.

—Pues mira, querido Enrique—esclamó Eva jugando con su rosa,—yo te puedo curar.

—Tú!—esclamó Enrique mirando á la niña con fijeza.

—Que sorpresa! cualquiera diria que no soy capaz de ello!

—No, prima, pero...tu desconoces mi mal!

—Si, eh? pues yo creo que todos los males son iguales.

—Todos?

—Si; yo cuando estoy triste corro por el jardin, cazo mariposas, arranco flores, y ya está.

—Curada?

—Si, no hay necesidad de más.

—Pero hay dolencias del alma, que no las curan esas pueriles, distracciones, ignoras eso Eva?

—Dolencias del alma...—repitió la niña.

—Si...como el amor!—esclamó el jóven tomando distraidamente de manos de la niña la rosa color de fuego.

El rostro de Eva se sonrojó con el color de la aurora, y su pecho se levantó á impulsos de misteriosos latidos.

El dardo impensadamente habia sido lanzado.

Enrique levantó la vista y notó la turbacion de la niña.

Se estremeció y soltó la flor que fué á caer á los pies de Eva.

La niña se inclinó y recojió la rosa, mientras una lágrima pura y cristalina como gota de rocío, rodó por sus megillas.

—Eva...que tienes?—murmuró el jóven confuso y aturdido.

—No sé...me duele el corazon!

— Amas acaso?...porque ese mal repentino, al hablarte del amor....

—Amar..no sé, no sé Enrique, lo que es amor, como nunca lo he conocido...

—Mi Eva. mi querida niña!—esclamó el jóven...conmovido al ver las lágrimas que silenciosas corrían por las frescas megillas de su prima—mereces ser feliz pobre ángel!

La rosa de las mejillas de la niña, tornóse en grana, é inclinando sus ojos esclamó:

—Creés tú que seré feliz?

—Y cómo no, si eres digna de serlo?

—Pues yo creo que no...tengo esa idea, Sara si, será feliz porque es un ángel!

La niña dijo esto con fuego, trasluciéndose en sus palabras el amor que profesaba á su hermana.

Enrique se estremeció al escuchar el nombre de Sara.

Rapida fué esta impresion porque Eva esclamó en seguida, con viveza, señalando á su mamá, y sacudiendo el brazo de Enrique.

—Mira, mira! mamá se ha dormido!

La momentánea tristeza que había eseprimentado la niña desapareció, como una ráfaga que pasa sin dejar huella alguna, sus lágrimas se secaron. Eran los rayos de la auro-

ra sorprendiéndo el rocio sobre el color de la flor recien entreabierta...

Eva se levantó caminando de puntillas, y con el dedo índice sobre los lábios para que Enrique no interrumpiera el silencio.

La hermosa niña llegó hasta donde estaba su mamá é inclinándose sobre ella la besó en la frente.

Viendo que no despertaba, la besó en la boca, recostando su fresco rostro sobre el marchito de su madre.

Dña. Ana abrió los ojos y al ver á su hija se sonrió!

—Te habías dormido, mamá!

—Si hija, estaba rendida.

—Y yo que quería ir á recojer violetas para hacer un ramo para Sara!

—Que te acompañe, Enrique.

—Quieres, Enrique?—esclamó la niña mirándo á su primo.

—Vamos!—contestó el jóven.

Eva tomó la mano de su primo, y ámbos se alejaron á lo largo de la calle de árboles.

El jóven iba pensativo.

Eva bulliciosa y alegre.

Enrique sostenía una tremenda lucha, y no se animaba á cometer lo que el llamaba un crimen, engañando á la inocente Eva.

La niña se detuvo; habian llegado.

Eva y Enrique empezaron á recoger violetas para hacer un ramo.

—Toma, este es para ti—dijo á Enrique.

—Que casualidad! -contestó ofreciéndole otro á ella.

Las miradas de los jóvenes se encontraron.

Eva se sonrojó y Enrique se estremeció.

El jóven tomó la mano de la niña, y la retuvo entre las suyas sin saber que decirle, pero una voluntad que no era la suya pareció obligarlo.

—Eva...—murmuró.

La niña inclinó su frente; como la flor besada por la brisa.

Enrique llevó la mano de Eva á su corazon; este latía con violencia.

La situacion era tirante.

Enrique no se animaba á manchar sus lábios con una mentira, sin embargo, la inocencia de Eva le abrió el camino.

—Enrique. . . qué me quieres decir!—esclamó la niña con la faz radiante y los ojos humedecidos.

—Lo que tú ya te imaginas, Eva...

La niña inclinó su cabeza apoyando la frente en el brazo de su primo, y murmuró con la dulzura de un arrullo de caricia:

—Enrique. . . no se que siento, pero. . . sufro y gozo, estraño sentimiento! no acierto á esplicar lo que pasa en mi corazon... dímelo tú!

—Eva, murmuró Enrique haciendo un esfuerzo, lo que tú sientes .. es amor!

—Amor, repitió la niña elevando hasta su primo una purísima mirada—entónces Enrique. . .

—Habla, querida niña, por qué te detienes?

—Si lo que siento es amor, á tí es á quien amo, Enrique!...

Eva inclinó su frente vestida por el rubor y ocultó su rostro entre sus manos.

Enrique paledeció, atrayendo contra el pecho la adorable cabeza de su bella prima, la estrechó con el amor del hermano, imprimiendo en la purísima frente de la niña un casto y respetuoso beso.

Eva se estremeció como la débil flor al recibir en su seno el rocío de la mañana.

—Eva, querida niña,—murmuró el jóven—yo tambien te amo!

La niña se irguió radiante, y desprendiéndose suavemente de los brazos de Enrique, con el rostro bañado en dulces lágrímas, murmuró:

—Enrique! qué bello habia sido amar. . .!

Mas lanzó de pronto un grito, al observar la espantosa palidez de su primo, que en aquel momento se apoyaba contra un árbol porque se sentía desfallecer.

—Enrique! Enrique! que tienes!

—Nada, Eva, la emocion. . . el estado de mi corazon!

Mentalmente el jóven esclamaba:

—Dios mio! el paso está dado! por un momento creí ver junto á mí á Sara .. es tal la semejanza... ah! soy un criminal... pobre niña! la esencia de su primer amor no puede penetrar en mi alma .. porque ella está ocupada por la imágen de Sara! valor, Dios mio, valor!

Eva ajena á aquella lucha, disfrutaba las impresiones de aquel sentimiento nuevo para ella.

Enrique trató de serenarse, y tomando una de las manos de la niña esclamó:

—Eva en qué piensas?

—En tí, en nuestra dicha!—dijo la niña sin ocultar su alegría y su bello amor.

—Oh!—prosiguió diciendo,—cómo se alegrarán mamá y papá cuando conozcan nuestro amor... y Sara! oh! que alegría sentirá!

Enrique se llevó una mano al corazon, y esclamó vivamente.

—Ven Eva, sigamos nuestro paseo.

La niña apoyó en el brazo de su primo su pequeña mano, y siguió con él la direccion que este quiso tomar.

—Sara será feliz con mi dicha—prosiguió la niña sin imaginar el daño que ocasionaba á su primo con sus palabras, que como penetrantes agujas se le iban clavando en el corazon.

—Anoche—continuó Eva,—como tenemos nuestro dormitorio juntas, ella y yo hablamos de tí cuando nos fuimos á recojer..

—De mí?...—esclamó el jóven volviendo el rostro para que Eva no notára su turbacion.

—Sí, de tí Enrique, Sara lee en mi corazon como en un libro abierto. Anoche despues de abrazarme tiernamente me preguntó qué sentimiento me inspirabas tú...

—Eso te preguntó, Eva?—esclamó vivamente Enrique, pero luego como arrepintiéndose dijo en seguida:

—Continúa Eva .. continúa!

—Como yo no le comprendiera, me dijo Sara: «Quieres á Enrique, Eva?»—«Si lo quiero»—contesté. Pero lo que yo te pregunto, dijo Sara, es si lo quieres con otra clase de cariño... yo te he visto entristecerte muchas veces cuando él se iba, y encenderte como una rosa cuando él volvía— «Eso no lo acierto á esplicar Sara,—le respondí «Es, Eva, que tú amas Enrique con un cariño grande, muy grande, con un cariño como el que mamá y papá se profesan, con un amor como para ser esposos.—Así amo á Enrique?— le pregunté—«Sí, así lo amas, y sentirias un agudo dolor si Enrique se muriera... ó se casara con otra!»—A estas úl-

timas palabras de Sara, yo sentí un malestar inesplicable y sin saber por qué me puse á llorar...

—Y... qué dijo Sara?

—Sara me abrazó,—«no llores, querida hermana, me dijo, porque Enriqne ni se morirá ni se casará con otra, sino contigo!

—Eso te dijo!

—Sí!

Enrique estaba ciego, no comprendió que Sara, la noble y generosa jóven lo amaba, correspondiendo su amor con toda la fuerza de su alma, peró que sacrificaba ese amor por la felicidad de su hermana, de aquella pura é inocente niña que amaba desde hacía tiempo á Enrique sin que ella misma lo supiera.

Sara ha descubierto ese purísimo amor en el pecho de su jóven hermana, y desde ese momento se propuso renunciar á su propia felicidad, destrozar su vírgen corazon, dando en cambio de estos sufrimientos la dicha que por ningun principio arrebataria á la tierna Eva.

La abnegacion era sublime, digna de su alma inmaculada!

Ella nunca sería la rival de su hermana: le cedía su amor, su vida, todo ántes que arrancar á la inocente niña sus ilusiones de oro!

Santo sacrificio!

Enrique ofuscado por la intensidad de su amor, no veia lo que pasaba y pensaba:

—Ella ama á otro!... por esto me da el amor de Eva! oh! suplicio el mas atroz... pobre niña á quien tengo que mentir un amor que no siento! mas, ella lo quiere... tendré al ménos su gratitud... me esforzaré por hacer feliz á este ángel que me consagra sus primeros latidos... mas, ¿podrá ser feliz conmigo? Mi corazon ha muerto, es un cadáver frio, yerto...: solo el calor de «ella» puede hacerlo revivir!

....

CAPITULO XIII

Sufrimiento del alma

Pasaron dias de secreta agonía para la noble Sara.

Eva, su inocente hermana, la buscaba, y agena á lo que pasaba en el alma de Sara, le comunicaba sus alegrias, sus impresiones, sus dorados sueños de niña

Sara abrazaba á Eva, inundaba su rostro de lágrimas y repetía.

—Se feliz! se feliz!

Enrique, taciturno, con el rostro velado por una sombría pena, tenia que finjir y reir cuando su corazon lloraba gotas de sangre! Era necesario, «ella» lo queria...

Sara evitaba la presencia de Enrique; siempre había para ello pretesto natural.

Enrique sufría...

Sara agonizaba...

La inocente niña nada veía.

Doña Ana era madre... una madre lee siempre en el corazon de sus hijas.

Ella conoció el drama ó la lucha que se agitaba en aquellos corazones. Adivinó los sentimientos de todos, y derramó secretas lágrimas al descubrir la accion heróica y sublime de Sara.

Sara creía ignorado de todos su secreto.

Doña Ana no reveló el haberlo descubierto.

Y la pobre jóven iba perdiendo sus colores, su cuerpo se adelgazaba y un ancho círculo morado rodeaba sus ojos arrasados de continuo de secreta lágrimas.

Solo el estrago físico de su hermana, veíalo la inocente Eva; era la única nube de su puro cielo.

La niña adoraba á su hermana, y el padecer misterioso de esta la llenaba de pena y de tristeza

Enrique veía amortiguarse la bella luz de los ojos de Sara, con desesperacion presenciaba la agonía de aquella flor

querida, que iba plegando su corola como la sensitiva al contacto de la mano humana.

Pobre madre! que tambien veía el mal sin poderlo remediar!

Y Eva hablaba de sus proyectos, de sus castos sueños, frases que repercutían en el pecho de Enrique como el toque funerario que llama á la agonía...

De pronto un golpe rudo hirió el corazon de la inocente niña haciendo cesar sus cantos, su alegría y sus risas.

El padre de Enrique tuvo conocimiento de que su hijo amaba á una de las hijas de su pariente: ignoraba á cual.

El padre del jóven era uno de esos hombres rudos, tirantes, que prefieren la muerte de sus hijos á transigir con lo que pueda alterar ó cambiar el jiro de sus creencias é ideas.

Sin darle tiempo para nada, Enrique recibió órden terminante de embarcarse en el acto.

El jóven respetaba á su padre, pero protestó contra aquella medida.

Esto irritó al austero viejo, que amenazó á su hijo con su maldicion si no obedecía sus órdenes.

Enrique, debilitado por las luchas que habia sostenido, parecia haber perdido las fuerzas. Su padre dispuso como de un niño, y cuando este acordó estaba ya muy léjos de la tierra que le vió nacer y sufrir.

El recuerdo de Sara le acompañaba...

Pensaba en Eva y murmuraba:

—Pobre niña! destino fatal el tuyo en haberme encontrado en tu camino!

Tras el hijo se fué el padre; el prisionero habia menester de vijilancia.

CAPITULO XIV

Eva

Eva, al recibir la noticia de lo ocurrido, se arroja en los brazos de su hermana Sara, derramando torrentes de lágrimas

—Mi dicha perdida!... sollozó la pobre niña.

—Eva! mi dulce Eva! llora, llora en mi seno, pero no desconsueles... él volverá!

—No, no, ya no lo veré mas!

Las dos hermanas, fuertemente estrechadas, mezclaron sus lágrimas y confundieron sus latidos.

La voz de la madre dejó oir estas palabras:

—Dios es grande! confiad en él!

La pura niña cayó enferma de tristeza.

El primer aquilon del dolor había hecho gemir á la casta flor que ántes acariciara el céfiro amante.

Sara fué su enfermera.

Igual dolor destrozaba sus almas, la curacion de ámbas no estaba en sus manos.

Solo Dios podía enviarla!

Pasaron los dias con la velocidad que marca el tiempo.

Eva tornó á la vida, recobrando el vigor de su bella juventud, pero no tan pronto la alegría, que se resistía á volver.

El dolor de Sara persistía.. tendría la duracion de su existencia!

Enrique no volvía, ni nada se sabía de él.

Eva se quejaba de aquel silencio, pero sus quejas iban siendo cada vez mas débiles.

Hay séres que no pueden vivir por mucho tiempo en las regiones del dolor.

Eva tenía quince años, era una niña: su alma un reflejo de luz, y en su puro recinto se albergaba el bullicio de la alegría infantil, la vaguedad de sentimientos castos, que como blancas mariposas no permanecian quietos...

Por fuerza tenía que desatarse aquel nudo que oprimía el pensamiento, embargando los libres latidos del corazon.

Eva volvió á correr por su jardin tras las doradas mariposas, que se alejaban de ella ocultándose entre las flores..

—El recuerdo de Enrique venía hasta ella como ráfaga perfumada de tarde primaveral.

La impresion pasaba, y con ella la dulce melancolía que aquella despertaba.

Así insensiblemente sus sueños de niña se fueron debilitando, para dar lugar á los sentimientos de mujer.

Eva llegó á los diez y ocho años abriendo su alma á nuevos afectos.

Las dulces revelaciones que ella recibió fueron el idilio del amor, el poema acabado de los primeros latidos.

Aquellos eran vagos é indefinidos, estos llenaban toda el alma, arrebatándola de la cuna de la infancia, para arrullarla con los acentos del cielo.

. . . .

Eva quedó unida al pié de los altares con el amado de su alma, que se llamaba Roberto.

La presente ventura desvaneció los sueños pasados.

La niña era ya mujer.

. . . .

CAPITULO XV

Sara

Un hombre jóven y hermoso, de rostro espresivo y mirada dulce, avanza por una de las calles de árboles del jardin de Lares.

En su rostro se perciben huellas de un sufrimiento moral que parece haber martirizado su existencia.

La duda y la esperanza se vé asomar en su mirada inquieta.

El jóven llega hasta un estremo del jardin y se detiene de súbito, un grito exhalado por una mujer jóven y hermosa que se vé á pocos pasos, lo ha dejado como clavado en el sitio en que está.

Otra mujer, de más edad, corre á sostener á la jóven esclamando:

—Sara! Sara!

Enrique, pues es él, corre hácia la jóven esclamando tambien.

—Sara!... Sara!..

Doña Ana, que es la que sostiene á su hija, clava en el jóven una dulce mirada murmurando.

—Te esperaba!

—Me esperabais!—esclamó el jóven sorprendido.

—Sí!—dijo doña Ana señalando á su hija, que lloraba apoyada en su seno,—ella te pertenece!

—Ella! ella me pertenece!—esclamó el jóven aturdido.

—Sí! su corazon siempre ha sido tuyo, hijo mio; mi noble Sara quiso sacrificarse por su hermana, y tuvo la abnegacion de renunciar á un afecto que llenaba su alma...Dios no ha querido permitirlo!

Enrique había doblado una rodilla en tierra y cubria de lágrimas y estrechaba entre las suyas la mano libre de Sara.

—Sed felices hijos míos, dijo doña Ana—Dios así lo permite, y yo os doy mi bendicion!

. . . .

Quince dias despues Sara era la esposa de Enrique.

El padre del jóven había muerto, dejando heredero á su hijo de su inmensa fortuna.

Don Juan Lares había ya alcanzado con su ahínco, laboriosidad y honradez, el aumento de la fortuna edificada con su trabajo.

Todos eran ricos y felices.

La mano de Dios había trazado aquel cuadro de perfecta felicidad.

Los sufrimientos resistidos con la fortaleza de la fé cristiana tienen siempre su compensacion en la divina gracia de Dios!

Fin del libro VI.

LIBRO SEPTIMO

ROGAR A DIOS POR LOS VIVOS Y MUERTOS

ROGAR Á DIOS POR LOS VIVOS Y LOS MUERTOS

El buen ejemplo es la mas saludable leccion que pueden dar los maestros y padres á sus discípulos é hijos: porque él es el que forma el corazon de los niños, predisponiendo sus almas para el bien y la virtud.

L.

CAPITULO I.

Angélica

En una de las más apartadas calles de la ciudad de N*** existía, no hace mucho tiempo una escuela cuya preceptora era una inteligente y modesta jóven, que dedicaba todos los instantes de su tranquila existencia á nutrir las inteligencias de sus jóvenes alumnas, con conocimientos útiles y sencillos, y con máximas morales que servían de un saludable é interesante ejemplo á las jóvenes educandas.

Llamábase la jóven y linda maestra, Angelina, y era un ángel de belleza y de dulzura, que se hacía querer, no solo por sus discípulas, sino tambien de cuantas personas la trataban.

La estatura de Angelina, algo más que mediana, era admirablemente proporcionada, flexible y llena de gracia y distincion: su tez trigueña y un tanto pálida estaba animada por dos hermosos ojos oscuros, guarnecidos de largas pestañas negras, y coronados por arqueadas cejas del mismo color.

Terminaba el gracioso óvalo de su rostro, una hermosa

frente, tranquila y pura como la de una niña, haciendo más agradable su faz simpática y seductora una boca fresca y diminuta, concluyendo de dar mayores atractivos á tanta belleza, su hechicera garganta, el leve sonrosado de sus mejillas y las espesas trenzas de sus cabellos castaño oscuro.

La simpáctica jóven vivía en compañia de su anciana madre, la que adoraba á su hija, siendo correspondida por esta con igual efusion de cariño y ternura.

Angelina idolatraba á su madre, y se sentia feliz cuando podía ofrecerle algunas comodidades y descanso con el producto de su contraccion y trabajo.

Acostumbraba Angelina referir á sus alumnas todos los Sábados, alguna historieta despues de clase, de cuya moral sacaba grandes provechos para inducir á sus niñas á seguir la recta senda que nos conduce con paso seguro á la presencia augusta del Rey de los Justo,s nuestro divino Redentor.

CAPITULO II.

Deberes de una alma buena

Eráse un Sábado.

Las clases habían terminado, y Angelina rodeada de su pequeño auditorio se disponía á narrar la historieta de costumbre.

Las infantiles alumnas miraban con religioso cariño y respeto á su jóven maestra, anhelando que diera principio á su narracion.,

Angelina paseó una mirada de investigacion, por su atento ditorio y satisfecha del órden que reinaba, dió comienzo á su historieta en los siguientes términos:

—«Hace muchos años, vivía en el Paraná, uno de los pueblos mas poéticos y bellos de la provincia de Entre-Rios, una hermosísima niña llamada Albina, hija única de sus pa-

dres amantes y cariñosos que cuidaban y mimaban á su tierna hijita con el más solícito esmero.

Los padres de Albina eran poderosamente ricos.

No vivían en el centro de la poblacion, sino algo afuera; habitaban una lindísima casa-quinta, donde se ostentaba en toda, su magnificencia la rica y poética naturaleza del suelo feraz del Paraná.

Desde la casa de los padres de Albina se contemplaba la riqueza de aquellos campos privilegiados, distinguíase con perfecta precision los miles de galanes florecillas que bordaban los campos, los vistosos dibujos de los brillantes *macachines*, de las doradas *manzanillas*.

Veíase el languido *isipo* graciosamente enlazado al corpulento y hermoso *seibo* de flores carmeíses; percibiéndose las emanaciones aromáticas del arrayan.

La vista extasiada vagaba por aquella campiña de seductoras bellezas, contemplando, ora el gigantesco *Yatay*, y los bellos y encarnados *Burucuyases*; el pecho se ensanchaba al respirar aquella atmósfera pura y revivificante, y al percibir los leves susurros de la brisa, todo era bello y poético, desde el canto armonioso de las avecillas que habitaban en el misterioso follage, hasta el murmurio lánguido de las ondas del magestuoso Paraná, y el aroma suave de las flores que oscilando en blando vaiven reflejaban su imágen en el limpido cristal de las aguas; desde los murmullos del bosque lleno de frescura y perfume hasta la penumbra de meláncolica belleza que imprime á todos los objetos los tintes vagos de la noche, todo era bello, hasta los rumores quejumbrosos del sauce y el aspecto atrayente de los campos vestidos de azucenas y margaritas, perfumados con sus aromas, animado con las armonías confundidas de la calandria y el zorzal.

En medio de esos campos deliciosos, los padres de Albina tenian su mansion rodeada de madre-selvas, jazmines y pasionarias.

Cuando conocí á Albina solo contaba diez años siendo ya un prodigio de belleza.

Aquella niña era adorada no solo por sus padres sino por sus abuelos, tios y demas parientes; todos cuantos amigos visitaban á la familia de Albina quedaban encantados de su belleza, de su candorosa inocencia y de su dulcísima ternura y sensibilidad.

Albina era la niña más feliz que hasta ahora he conocido; jamás el dolor más leve habíala hecho sufrir, ni la más lijera contrariedad había perturbado su dicha; halagada, mimada y rodeada de comodidades y dulces afectos, nada apetecía, nada le faltaba.

Albina nunca había tenido que llorar la pérdida de ningun ser amado; en los diez años que contaba, no había sufrido la separacion eterna de ninguna amiga, ni de persona de su familia, y como sus padres y abuelos cuidaban de que la tierna niña ignoraba las amarguras de la vida, vivía esta en un Eden ajeno á los sufrimientos que por ley divina esperimenta todo ser humano.

Albina ignorante de todos esos dolores, no sabía que existía una pena aguda, una muerte moral muchas veces repetida: dolor terrible, inmenso, que esperimentan nuestros corazones cuando un sér querido nos abandona para volar á la eterna mansion, dejando vacío y helado, el sitio que ántes ocupára en el hogar y al que trasmitía el calor y la animacion con su presencia amada y sonriente vida.

Albina ignoraba todo aquello, creía que todos eran tan felices como ella; su imaginacion jamás había vagado por el mundo de los muertos, no tenía á nadie en aquella triste region; cómo recordar en sus oraciones á los que allí yacían? quizá algunos olvidados por sus deudos?

En sus oraciones, Albina solo daba gracías á Dios por los bienes que de él recibia, entremezclando en sus palabras los nombres de sus padre y abuelos.

Albina solo rezaba por si y por los suyos, pero no era la culpable, sino de sus padres que no la enseñaban que en el mundo hay séres muy desgraciados que necesitan de nuestras oraciones y de nuestros ruegos al Altísimo; sin embargo, Albina habia oido decir una vez á unos de sus criados hablando con otros de su clase, que él rezaba todas las noches por el eterno descanso del alma de su madre, aquellas palabras quedaron presentes en la imaginacion de la niña, pero como ella no había perdido á sus padres, creia sin duda que nunca los perdería, y que en sus oraciones no debía de ocuparse sino de su familia.

Acertó un dia á pedir lismona en la casa de Albina, una andrajosa niña de su misma edad: la muchacha mendiga iba descalza, con las carnes descubiertas en mil partes, porque faltaban pedazos á sus vestidos, con el cabello enmarañado y

con una bolsita al hombro; mendigaba de puerta en puerta un pedazo de pan, para acallar el hambre que la devoraba.

Casualmente Albina, que se haíba escapado de la vigilancia de sus padres, jugaba con riente gozo cerca de la puerta de entrada del jardin.

Vivamente herida por el aspecto de la mendiga, pues Albina tenía un escelente corazon, se aproximó á ella y le dijo:

—Pobre muchacha! porqué estas así?

—Porque soy pobre—contestó la muchacha, mirando los ricos vestidos de la niña.

—Pobre!...—esclamó Albina pensativa, luego agregó—¿como te llamas?

—Juana—repuso la mendiga con despejo.

—Y tus padres, donde estan? son tambien pobres?—preguntó Albina con cándido interés.

—No tengo padres—contestó la muchacha con indiferencia

—Cómo! no tienes padres? y adonde se han ido?

—Dicen por ahí, que al morir fueron al cielo po[illegible] muy buenos; yo no lo sé—la muchacha hablaba [illegible] diferencia brutal.

—Muertos!...—murmuró Albina, recordando l[illegible] que había oido á sus criados—entónces tú les rezarás, nó?

La mendiga se encojió de hombros.

—Cómo! no les rezas, ni ruegas por ellos?—preguntó Albina sintiendo por primera vez que su corazon se oprimía.

—Hace tanto tiempo que murieron, que ya no me acuerdo de ellos!—dijo la muchacha con el mismo tono indiferente, que hasta entónces había usado.

—Oh!...olvidarse de sus padres...es posíble eso!—esclamó Albina enjugando la primera lágrima que el dolor le arrancaba, luego prosiguió—yo, si llegara á perder á mis padres ó abuelitos siempre lloraría y rezaría por ellos!

—Yo nó,—murmuró la mendiga—si alguna vez lloro es porque no tengo que comer, pues desde que mis padres murieron, tengo que pedir limosna para comer, si no lo hago me moriré de hambre...

Albina abrió los ojos con asombro, y mirando á la mendiga dijo:

—Pues que ¿puede alguno morirse de hambre? como yo no pido limosna, como dices tú, y tengo mucho que comer?

—Oh! es que Vd. tiene plata, es rica, y yo no la tengo y soy pobre.

Albina guardó silencio; abundantes lágrimas empezaron á correr por sus mejillas al oir hablar á la muchacha.

En aquel momento se oyeron voces en el interior de la casa llamando á Albina, la niña entónces sacó precipitadamente de sus bolsillos algunas monedas de plata y depositándolas en las manos de la mendiga esclamó.

—Tóma, y cuando te falte que comer acude á mi que te daré dinero para que compres lo mismo que yo como.

Albina se internó entre las calles de árboles que conducían al interior de la casa, mientras la mendiga se alejaba llena de alegria.

Albina no pudo olvidar en todo el dia la escena de la mendiga; sus padres la notaron triste y preocupada, interrogada por ellos, la niña les refirió lo que había pasado.

Sus padre la reconvinieron por haber tenido conversacion con una infeliz mendiga, y tratáron de hacer olvidar á su hija aquellas impresiones desagradables, pero Albina poseía una alma [illegible] y un corazon tierno é impresionable, y no pudo olvi[illegible] escena que le había revelado un mundo de do[illegible]

Apesar de su corta edad, Albina tenía un bello talento y clara inteligencia, quizá por esto consideró más todo lo que la mendiga le había revelado con su conducta.

Aquella noche, cuando A[illegible], en compañía de una de sus tias, des[illegible] la bendicion de sus padres, cayó de hinojos [illegible] sagrada imágen de Jesús y de su divina Madre, y de sus lábios se escapó una plegaria dulcisima; oró con fervor y recogimiento, rogando... por los muertos, que como los padres de Juana la mendiga, no tuvieran en el mundo hijos amantes y caritativos que rogasen por ellos, rogó así mismo por los vivos, por los que como Juana vivian en el mundo sin conocer el bien, ni practicarlo; rogó por los huérfanos que gemían en el abandono; por los naúfragos, pues por una casualidad habia sabido que estos tambien necesitaban de nuestras oraciones, oró en fin por todos los desamparados y desgraciados que carecían de consuelo y esperanza y vivian en la abyeccion é ignorancia.

Al dia siguiente, Albina se encontró cambiada, era otra, un

bienestar inesplicable y jamás sentido por ella hasta entónces, dilataba su corazon; sentíase más feliz, porque había cumplido con un deber que Dios impone á sus criaturas, pues El manda no solo pedir por sí, sino hacer estensiva aquella peticion á los necesitados y desgraciados, y á rogar por el eterno descanso de las almas que sufren por el abandono y el olvido en que los suyos los han dejado.

Albina desde aquel dia, guardaba con cuidado todo el dinero que sus padres le daban, y lejos de gastarlo como ántes en juguetes, galas y golosinas, hallaba un placer inmenso en hacer limosnas á los pobres, privándose á veces para esto, de alguna diversion; así creció en virtudes y belleza, y sus protejidos la designaban con el hermoso nombre de el *ángel de los pobres*, pues ella era la providencia de estos.»

Aquí terminó Angelina su narracion, exhortando á sus discípulas á imitar el ejemplo de Albina, ***rogando á Dios por los vivos y muertos***.

Fin del libro VII.

LIBRO OCTAVO

VISITAR LOS ENFERMOS

VISITAR LOS ENFERMOS

¡Feliz del que ama sin calma
a la pobre humanidad,
y en el altar de su alma
rinde culto á la piedad!
(*C. Prieto.*)

CAPITULO I.

Dolores

Residía en Paysandú (R. O.) hace muchos años, una corta familia, compuesta solo de tres miembros.

El gefe de ella, era un señor de edad ya algo avanzada, tipo verdaderamente simpático, de facciones nobles y correctas, y de figura distinguida.

De carácter hidalgo y generoso, su alma era elevada y su corazon, sensible ánte los dolores agenos, aunque fuerte y templado, para soportar los fieros trances, y las circunstancias dolorosas é imprevistas, que de contínuo se interponen en el camino de la vida.

Tal era, física y moralmente, Don Enrique Romero Vilar.

Su digna esposa, Doña Adelia Silva, era otro tipo lleno de perfecciones morales; contaba entónces cincuenta años; era de estatura regular. Su rostro agraciado conservaba algunos rasgos de la belleza de su pasada juventud; su tez nó había perdido su lozanía, era ligeramente trigueña, sus ojos garzos, bien rasgados, tenían una espresion marcada de dulzura; en

cuanto á su carácter moral, no podía pedirse más: tierna y noble, jamás el desgraciado se aproximaba á ella sin ser atendido en el acto; donde quiera que la desgracia y el infortunio asomaba su torva faz, Doña Adelia aparecía como el ángel bienhechor del consuelo y de la esperanza.

Este digno matrimonio, tenía una hija, único fruto de su union.

Llevaba el triste nombre de Dolores; y aunque de físico hermoso, no era así su carácter moral.

Tendría diez y ocho primaveras; y las gracias de una juventud vigorosa, revestían todo su ser de un encantador atractivo: era alta, perfectamente bien formada; su cútis, muy blanco, animado por un hermosísimo tinte sonrosado prestaba á sus mejillas los bellos colores de la aurora; su perfil, delicadamente dibujado, era de una pureza intachable, su frente espaciosa, sin ser ancha en demasía, su nariz fina, su boca, verdadero nido de amores, era uno de los más bellos detalles de su rostro; sus dientes, pequeños y unidos, parecían una doble fila de perlas nacarinas; sus ojos grandes, razgados, de un intenso y hermoso negro estaban velados por una red de tupido encaje, prestándole doble encanto, la languidez dulce y cariñosa de su mirada.

Sus cabellos negros, muy negros, eran larguísimos y ondulados como las rizadas aguas de un límpido arroyuelo.

Perfecta figura, nó?

Lástima que tantas bellezas ocultáran algun defecto lamentable.

Dolores era el reverso de su madre; siendo esta generosa y compasiva, era aquella, egoista é insensible á los dolores del prójimo: Dolores nunca se había prestado gustosa á enjugar una lágrima, ni contribuir á una buena obra, parecía que su hermosura había petrificado los más nobles sentimientos de su alma.

Descriptas á grandes rasgos las condiciones físicas y morales de los tres miembros que componen la familia de Romero Vilar penetraremos de lleno en el propósito de nuestra historia.

Los hechos que toscamente vamos á narrar aunque sencillos, tiene el mérito de la verdad, ellos nos han sido revelados por nuestra querida madre, la cual ha visto desarrollarse ante su vista, las escenas que nosotros nos propo

nemos relatar á nuestros lectores, hechos que atestiguan los benéficos resultados que dan los ejemplos de las buenas acciones y que nuestra buena madre, con ese tacto esquisito y con esa delicadeza y ternura que la hace tan adorable para el corazon de sus amantes hijos, nos refirió con vivos colores, ofreciéndonos así ejemplos saludables, que con amor y solicitud trata siempre de inculcar en nuestras almas juveniles sembrando en ellas la bendecida semilla de la virtud y de las buenas acciones, semillas que más tarde ofrecen el fruto anhelado, y brindándonos el camino de la felicidad y el de las consideraciones de los seres nobles y rectos.

CAPITULO II.

Un corazon insensible

D. Enrique Romero Vilar y su familia, habitaban una lujosa casa, alhajada con gusto y elegancia.

D. Enrique no tenía fortuna; solo contaba con el crecido sueldo del puesto que ocupaba, el cual le daba para vivir perfectamente sin necesidades ni privaciones.

Doña Adelia, poseedora, como saben nuestras lectoras, de un corazon altamente bondadoso, nunca estaba satisfecha cuando no podía socorrer á los desgraciados que imploraban su caridad; asi pues, Don Enrique generoso y noble tambien, tenía asignada á su esposa una cantidad que la permitía satisfacer las necesidades de su sensible corazon.

Visitaba los hogares en los cuales la miseria había cebado su mortífera guadaña, llevando en su bolsillo el socorro material, y en los labios el socorro espiritual, que cual bálsamo divino derramaba en aquellas almas, para cicatrizar sus heridas.

Era la caida de una tarde del mes de Agosto.

Doña Adelia, en su habitacion, sentada en un gran sillon, leía por segunda vez una carta que pocos momentos ántes

acababan de recibir; era de una íntima amiga suya, la cual le participaba que no muy distante de su casa, en una humilde choza, yacía postrada en cama, gravemente enferma, una pobre anciana.

Que esta vivía en compañía de un nietecillo de ocho años, y que, siendo su miseria tanta, no tenían ni alimentos ni remedios; agregaba, la amiga, que aquel cuadro partía el corazon, que ella misma había presenciado tanta desgracia pero que, apesar de su voluntad, en poco ó nada había podido remediarla, atendiendo su precaria situacion, y que en aquellas circunstancias se había acordado de ella y creyéndole proporcionar un placer; noticiábala de la existencia desgraciadada dc aquellos séres, que ella podía aliviar.

Doña Adelia se vistió inmediatamente, é hizo llamar en seguida á Dolores.

—Hija mía—le dijo á esta cuando acudió á su llamado —querías acompañarme á visitar una pobre enferma?

—Quién es, mamá?—preguntó Dolores, deseosa de saber á que categoría pertenecía la enferma que su madre iba á visitar.

—Un sér que necesita de nuestros cuidados.

—Alguna de nuestras distinguidas amigas?—volvió á preguntar Dolores con insistencia.

—Vamos hija, porque esa pregunta? No es amiga nuestra, es una pobre anciana que no tiene con que comer ni con que comprar los remedios que necesita para combatir su mal.

Dolores hizo un gesto de desagrado, pero como amaba y respetaba á sus padres, dijo á Doña Adelia

—Iré mamá, si tú así lo ordenas, pero tenía esta noche que concluir el encaje que estoy haciendo y...

—Dolores,—interrumpió su madre con doloroso acento,— tú siempre tienes algun pretesto para no acompañarme á practicar la caridad, oh! hija mia, no puedes imaginar el dolor que esperimento al ver tu poca sensibilidad, y el ningun deseo que tienes de hacer bien!

—Dispénsa mamá, si te he aflijido, si tu deseas te acompañaré,,,

Aquel, ***si tú deseas,*** demostraba el poco agrado de la jóven en ir á casa de la anciana enferma.

Doña Adelia, permaneció un momento silenciosa, esclamando al fin.

—Anda á vestirte; te espero.

Dolores salió de la habitacion de su madre con la cabeza inclinada, tratando de disimular la desagradable espresion que revelaba su semblante.

Poco despues madre é hija salieron de la casa.

Dolores al ver el punto á donde se dirijían; hizo otro gesto de desagrado, y trató de ocultar su rostro con la rica mantilla que cubría su cabeza.

Bien pronto llegaron á la habitacion de la enferma, presentándose ante sus ojos un cuadro de verdadera miseria.

En la mísera choza, compuesta de una sola pieza, no había mas mueble que una mesa coja, y una caja de madera casi deshecha.

La desgraciada enferma, yacía en un ángulo de la habitacion, sobre un monton de paja; junto á ella de rodillas, y llorando silenciosamente se veía un niño como de ocho años: era el nieto de la anciana.

Las sombras de la proxima noche, envolvían los objetos en una misteriosa oscuridad, no permitiendo distinguirlos, á corta distancia, con perfecta precision.

En el interior de la habitacion la oscuridad era cada vez más densa.

Doña Adelia se aproximó á la anciana enferma que la miraba sorprendida.

—Animo, buena mujer,—esclamó Doña Adelia—la caridad acude en vuestro auxilio, deseosa de cumplir su santa mision.

—Señora! Dios la bendiga, si viene en mi socorro; deseo la conservacion de mi vida, por esta infeliz criatura, que quedaría sola en el mundo si yo le faltara, ah! de lo contrario...

La enferma no pudo proseguir, la fatiga que agitaba su pecho era tan fuerte, que parecía iba ahogarla.

—Calma,—murmuró Doña Adelia—no desespere Vd, Dios vela por los desvalidos.

—De él... todo lo espero... dijo la anciana con voz entrecortada por la fatiga.

Dos nuevos personajes penetraron en la mísera vivienda.

Uno de ellos era el criado de Doña Adelia con una canasta y el otro un médico que acudía al llamado de aquella.

El facultativo examinó á la enferma, y recetando algunos medicamentos y buena alimentacion, se retiró despues de saludar á Doña Adelia y á su hija.

El criado fué enviado en busca de los remedios que el médico había recetado, mientras Doña Adelia presentaba al nieto de la anciana algunos alimentos de los que había hecho llevar en la canasta.

Doña Adelia ejecutaba aquella buena obra prodigando á la anciana toda clase de consuelos, dándole esperanzas de una pronta mejoría, y de un bienestar material que había de poner fin á sus pesares morales.

Dolores escuchaba los consuelos que su madre prodigaba á la anciana, y las demostraciones de gratitud de esta, sumida en el mayor silencio y medio oculta en un rincon por la oscuridad, pues hasta allí no llegaba la débil luz que proyectaba el crepúsculo vespertino.

De cuándo en cuándo, la jóven dirijía sus hermosos ojos hácia la puerta, deseosa, al parecer; de salir de allí.

Aquella escena, no tenía para ella nada de interesante; nada decía á su corazon aquel cuadro de dolor y de miseria; parecía que su alma no estaba allí, pues veía y parecía no oir, tal era la inmobilidad de su sér, la calma de su pecho.

Doña Adelia, sentía en lo interior de su alma un dolor agudo al ver el modo de ser de su hija, pero, sin embargo disimulaba, y no se daba en aquellos momentos por entendida, aunque su mayor felicidad hubiera sido que su hija se acercára á aquel miserable lecho y enjugára tambien las lágrimas de la desgraciada anciana.

Como buena madre, que comprende cual es su mision; sabía que el mejor medio de correjir á su hija, y despertar en su alma la sensibilidad y la ternura, era ofreciendo á su vista ejemplos nobles y grandes, que poco á poco irian operando en su corazon, el benéfico resultado que su amor de madre esperaba con tanto afan.

Mas desgraciadamente, Dolores, se mantenía como siempre, ni el más lijero cambio desmostraba que aquella alma había sentido el sacudimiento, mudanza tan deseada.

Apesar de la insensibilidad que Dolores demostraba y que parecía acusar un mal corazon, no era capaz de hacer el más pequeño mal, ni siquiera á un pajarillo; pero; *no basta no llegar á ser mala: es preciso no dejar de ser buena.*"

El criado pronto estuvo de vuelta con los medicamentos recetados por el médico; Doña Adelia, siguiendo las instrucciones dadas por este comenzó á preparar los remedios, para aplicarlos luego á la enferma.

Dolores tuvo, al parecer vergüenza de dejar sola á su madre en su piadoso quehacer, y adelantándose lentamente se le ofreció para ayudarla.

Doña Adelia sintió en su interior una grata impresion creyó llegado el instante anhelado, pero salió de su error a fijar los ojos en el rostro de su hija; comprendió entónces cual había sido el verdadero móvil que había impulsado á la jóven á ofrecer su ayuda.

Conprendiendo esto, Da. Adelia dijo á su hija:

—Puedes ayudarme, si quieres hija, aunque yo puedo hacerlo sola, desearía sin embargo con toda mi alma, que tú tambien tomáras parte en esta buena obra.

Dolores pareció alegrarse de que su madre no la necesitara; con disimulo, dió media vuelta, y acercándose al nieto de la enferma, le dió una pastilla de rosa, que al efecto había sacado de una pequeña cajita dorada, y aproximándose en seguida á la puerta del rancho quedóse contemplando el campo.

Doña Adelia dirijió á su hija una intensa mirada, y luego lanzó un profundo suspiro.

La enferma algo aliviada con los remedios que Doña Adelia le hacía y los cuidados que le prodigaba, no acertaba á espresar su gratitud, tan grande era su reconocimiento, y estrechando las manos de la madre de Dolores, vertía lágrimas silenciosas.

Doña Adelia, satisfecha de su buena obra, é interesada por la buena anciana, prometiendo volver al dia siguiente, salió de la habitacion colmada de bendiciones, bendiciones que ella hubiera anhelado descendieran sobre la cabeza de su hija.

Dolores aspiró con placer el aire puro que se disfrutaba fuera de aquel mísero hogar, y en silencio caminó en compañía de su madre hasta su casa.

Doña Adelia, de cuándo en cuándo examinaba el lindo rostro de su hija, pero aquellas facciones tan bellas, nada decían de que sus deseos se hubieran cumplido.

CAPITULO III.

Faces oscuras de la sociedad.

Al dia siguiente de aquella escena, Dolores, amaneció mal humorada, displicente y melancólica.

Preguntóle su madre cual era la causa de aqunl estado.

—No sé, mamá—contestó la jóven con turbacion,---pero quizá sea porque no he podido dormir en toda la noche.

—Porqué?---preguntó doña Adelia, alarmada—estabas acaso enferma, hija mía?

—Nó, mamá, pero. . . he tenido sueños espantosos.

—Ah! mi Dolores—esclamó doña Adelia,—cuando la conciencia no está tranquila, el espíritu tampoco lo está; tú, hija mía, quizá no has obrado bien ayer, y ese sea el motivo de tus sueños.

Al decir esto, doña Adelia, pretestando una ocupacion, se apartó de su hija, para dejarla meditar sobre las paladras que acababa de dirijirla.

A la hora del almuerzo, Dolores se presentó á la mesa, con el semblante todavia melancólico.

—Qué tiene, mi linda hija?---preguntó don Enrique, depositando un tierno beso en la frente de Dolores.

—Nada, papá, he dormido poco anoche, esta es la causa de que notes en mi semblante las huellas del insomnio,

—Malo! malo!---murmuró Don Enrique, acompañando estas palabras de una sonrisa.

—Qué quereis decir, papá?---preguntó Dolores.

—Nada, mi bella niña; perder el sueño...falta de apetito. . . estará mi hija enamorada?

—Enrique, déjate de bromas, siempre con tu carácter!—dijo. doña Adelia,—ya sabes que nuestra hija por ahora no se preocu pa de eso. . .

—Sí eh?—replicó don Enrique dando una palmadita á las suaves y frescas mejillas de su hija—supongo que no siempre hemos

de tener la dicha de gozar de su compañía, y que su corazon apetecerá otro afecto distinto al cariño de sus padres; esa es la ley de la naturaleza.

En aquel instante entregaron á la jóven una perfumada esquelita.

—De Elena! — esclamó Dolores con alegría — qué me dirá...

Rompió el sobre con precipitacion y leyó en voz baja el lacónico billete de su amiga; luego pasóselo á su madre, diciéndole:

—Elena me llama, dice que está enferma, y que desea que le acompañe; me darás tu permiso, mamá?

—Sí, hija mia por qué nó ¿ pero creí oirte decir anoche, pue deseabas concluir el encaje que estabas haciendo, y por el que casi no me aconpañaste anoche; si hoy vas á ver á Elena perderas todo el dia.

Dolores se avergonzó; aquellas palabras de su madre eran un cargo para ella; la noche anterior la obra del encaje era un obstáculo para acudir á visitar una desgraciada enferma; ahora aquella quedaba relegada al olvido para acudir al llamado de quien solo la necesitaba para un rato de distraccion.

—Mamá—dijo Dolores—concluiré ántes el encaje, poco me falta, luego iré á visitar á Elena.

—No Dolores; anda á ver á tu amiga, despues concluirás tu trabajo.

—Gracias, mamá!—Dolores imprimió un cariñoso beso en la frente de su madre, agradeciendo su bondadosa condescendencia.

Don Enrique, mientras tanto había guardado silencio durante el diálogo anterior; pues conocedor del carácter de su linda hija, y del propósito de doña Adelia en corregirla, callaba, dejando á su esposa seguir la senda que se había trazado.

Dos horas despues, Dolores elegantemente vestida, llegaba á casa de Elena.

Estaba esta en su lecho; las finísimas y blancas sábanas orladas de ricos encajes, los cortinados de damasco de rica seda que cubrían el lecho, y el lujoso aposento, demostraban bien á las claras que Elena pertenecía á la alta clase del lujo.

Poca cosa era su enfermedad, una lijera fiebre, ocasionada por un constipado, tomado á la salida de un baile.

—Mi Lola!—esclamó al ver á la hija de doña Adelia,

—Elena querida!—agregó á su vez Doloŕes—qué tienes? desde cuándo es tu enfermedad?

—Desde ayer; al salir del baile, al que ya sabes asistí, me resfrié, y á consecuencia de esto tengo un poco de fiebre, pero poca, muy poca; esta mañana, le dije á mamá: hoy no me levanto, manda llamar á Lola, así pasémos un rato, tengo necesidad de distracciones porque estoy algo triste...

—Tú triste?—preguntó Dolores con incredulidad.

—Sí, porque no puedo asistir mañana al gran paseo campestre que prepara la de R...

—Mamá—prosiguió la elegante enferma—lleva á Lola al salon, allí pasará un buen rato con las amigas que han acudido á enterarse de mi estado.

—¿Voy á dejarte sola?—preguntó Dolores.

—Luego volverás; en el salon te distraerás mucho, anda!

La madre de Elena y Dolores salieron de la habitacion de la hermosa enferma dirijiéndose al salon. En este se encontraban efectivamente muchas personas que habían acudido á visitar la enferma.

Examinemos la concurrencia de *amigos.*

Alli estaba perfectamente representada la vana y superficial sociedad de las mujeres de hoy dia que pertenecen al mundo de la ociosidad, á la aristocracia del gran lujo y que fíguran en todos los centros de las grandes ciudades

Casi todas, eran allí *amigas*, pero asemejanza de Júdas el que vendió á Cristo, se prodigaban frases llenas de dulzor para hincarse el diente y lanzarse los dárdos de la calumnia, apenas volvieran el rostro.

Ah! la atmósfera del círculo del gran lujo no es siempre pura y serena!

Hay tan raras escepciones!

Generalmente es el centro de la mentira y de la maldad, en donde se anida el vicio y el crímen, cubiertos por las doradas apariencias del lujo y de la vanidad, que tarde ó temprano arrastra á sus miembros más favorecidos á los abismos de la muerte y la deshonra.

Y no creais que aquellos que lanzan los gritos de ataque elevando su voz, son los inocentes, los dignos, no! ataca el culpable, él que no esta limpio de culpa, porque no quiere ser él solo el delincuente, pero tira la piedra y esconde la mano, porque así hieren los cobardes!

Consideraciones son estas que estan en la conciencia de todos!

Ved esas mujeres de la aristocracia del lujo, que componen las sociedades de tono del mundo á la moda. Atraviesan los salones arrastrando por las ricas alfombras, soberbios trajes de terciopelo, de raso y seda, guarnecidos de encajes que cuestan una fortuna, y que, al concluir una pieza de baile quedan destrozados. Su dueña hace ostentoso alarde de un espléndido desprendimiento.

No me direis, que en mujeres de esa naturaleza, puedan haber buenas madres. . . excelentes esposas que posean corazones generosos y tiernos.

No! á una buena madre, remordería su conciencia, el derrochar tan vanamente la fortuna de sus hijos, que por reveses de la suerte, pudieran quedar mañana en la miseria; debiendo ser ella la primera en economizar para sus hijos, y no malgastar su fortuna ostentando un lujo criminal, que no ofrece más provecho que el de alhagar su vanidad.

La buena esposa, al considerar, que la fortuna que disfruta es el producto del trabajo honrado que el compañero de su existencia le brinda, procurará mantenerla siempre floreciente, no derrochándola en joyas y trajes que causen envidia á los necios, y despierten la rivalidad que es el móvil de sus existencias.

¿Puede ser buena la mujer, sea esposa ó madre, que malgasta su fortuna en joyas y trajes, sabiendo que existen innumerables madres que jimen en el último rincon de sus hogares sin tener un pedazo de pan para acallar el hambre de sus hijos, sin el más lijero abrigo para cubrir sus miembros helados por el intenso frio?

El lujo escesivo es siempre criminal.

«Estamos atacados de una enfermedad mortal: el amor al «lujo desenfrenado; nos importa ménos ser que parecer; la va- «nidad nos mata; el mal ha llegado á las mujeres, y éstas están «más profundamente heridas que los hombres.

«La mujer hoy no vive por el corazon, vive por el cerebro; «casi todas anhelan ese ruido que se llama *celebridad*; nuestras «madres cifraban su gloria en el silencio en que se dejaba su «nombre, y el elojio que más deseaban era que no se hablase de «ellas ni bien ni mal: hoy las mujeres quieren ser citadas por su «belleza, por su lujo y elegancia en los periódicos de *sport* y de

«*high-life*; esto constituye su alegría y la gloria de su familia.

«Nunca las tendencias materialistas se han dibujado tan cla«ramente como en nuestros dias, y como no hay hecho aislado «en el mundo, todo se encadena y todo se deshace con una «lógica inflexible y despiadada.»

En los salones de la hermosa amiga de Dolores veíanse esas mujeres educadas en la escuela del gran lujo y por consiguiente de la falsedad y de la superficialidad, porque no hay duda que «el lujo enfría el alma y la deja como murada para todo sentimiento elevado y generoso.»

Las conversaciones de algunas de aquellas personas, demasiado libres haciendo alarde de despreocupacion, abarcan todas las cuestiones, porque el hecho principal es hablar incesantemente, para dar muestra exacta de la locuasidad y de la erudicion que las adorna; no importa que en el calor de la conversacion, revelen estar enteradas de la vergonzosa historia de Juan y de Pedro, y que relaten hechos en que la moral está excluida de ellos, eso no importa, teniendo incesantemente la palabra. sin dar lugar á que los oyentes espongan su humilde juicio.

Es necesario sostener siempre ese *brillante* papel, rol enojoso que les conquista antipatías á centenares, pero que no conocen, porque creen tener absorto de admiracion á todo el mundo.

Entre esta clase de séres existen algunos que el *yo* es el asunto primordial de sus conversaciones, dan sus ideas con gran énfasis, y asegurando á renglon seguido que lo que han espuesto es lo aceptado por toda la gente de *tono* (este es su flaco), y para esto citan á fulano, zutano ó mengano, nombres todos de los más conocidos y retumbantes.

Dan parte hasta de sus actos más insignificantes, revistiendo de un carácter de importancia todo cuanto á ellas concierne.

Estos desgraciados ignoran el mal que se hacen y no se detienen á meditar lo que hablan.

"Hay ciertos miramientos, ha dicho Madama Stael, que no enseñan ni el talento, ni el trato de las gentes, y sin faltar á la urbanidad más perfecta, no se ofende muchas veces al corazon."

Los seres á quienes señalamos como un feo defecto, existente en todas las grandes sociedades, preocúpales muy poco aquellos miramientos, tan necesarios para conquistarse el aprecio y consideraciones de los demas.

Esos miramientos serían muy serio asunto para sus pobres espíritus, acostumbrados siempre, á pueriles ocupaciones.

Y estas son las *muñecas de sociedad*, como las titula nuestra querida y espiritual amiga, Angelita Galan de Souza, la virtuosa y simpática *Angela Dolores*, la que escribe con la sencillez de su alma pura é ingénua y la inteligencia de su bello talento.

La desenvoltura, el descaro desfachatado, es á lo que aquellas llaman *mundo*; personas que demuestran esas *bellas* condiciones, son, segun su opinion, gente de sociedad, y por consiguiente de trato, dignos de ser admitidas en los centros más encumbrados.

El fausto, el lujo las fascina.

¡No refleccionan las desgraciadas, el fin de tanta pompa!

¡Tanto afan por lo que el soplo de la muerte puede hacer desaparecer en un instante, convirtiendo en polvo vil los objetos de su loca vanidad, lanzándolos al abismo de la nada y del olvido!

Las consideraciones que hemos espuesto en estas páginas estan debilmente dibujadas por nuestra tosca pluma, careciendo de vigor y colorido.

Aunque muy jóvenes nuestro caracter retraido y recojido quizá haya anticipado las ideas reflexivas propias más bien de la esperiencia y de la edad.

Pero nuestras digresiones van estendiéndose demasiado y es menester poner fin á ellas.

Volvamos al salon de Elena la amiga de Dolores.

Las visitas duraron todo el dia, porque unas salían y otras entraban.

Por la noche el salon estaba completamente lleno, y en medio de aquella concurrencia, formada por *amigos* que iban á visitar la enferma, circulaban con profusion los dulces, los delicados licores, los ricos helados, etc.

Los amigos de circunstancias, son infalibles en estos casos.

Jamás los vereis junto al lecho del enfermo verdaderamente necesitado; allí donde solo se vé á la verdadera amistad, siempre dispuesta al sacrificio, y siempre pronta á arrastrar los peligros, desafiando el contájio de las enfermedades más

terribles, por cumplimiento de los deberes que les impone su propio cariño, su sin igual desinterés...

Todas las *amigas*, que acudían á visitar á Elena se imformaban con el más minucioso intéres la clase de enfermedad que le aquejaba, dispuestas en su interior, á abandonar la casa en el acto, en caso de que esta fuera peligrosa para su propia conservacion.

He ahí los amigos que hoy se hallan á cada paso...sin embargo, ellos visitan á los enfermos, haciendo alarde de un sentimiento que no comprenden; su asistencia no será por cierto la que ha de salvar al enfermo que necesite prolija atencion.

Dolores, confundida entre las innumerables señoras y caballeros, que llenaban el gran salon, casi no se acordaba ya de la enferma, que á la verdad tampoco necesitaba de nadie, pues dormía descansadamente reclinada entre ricos almohadones.

Dolores, aunque satisfecha, más de una vez se sintió fastidiada; cansábanle aquellas contínuas conversaciones, que no tenían más objeto que la crítica sin respeto de condiciones ni de clases.

Vióse obligada varias veces á prestar su atencion á más de una de de esas mujeres que con impertinente tono, entablan conversaciones queriendo demostrar su saber y sus alcances, para lo cual con aire y frases pedantezca, hablan mucho, y no dicen nada, pues acompaña, generalmente á esta clase de caracteres, el orgullo mal fundado, y la ignorancia cubierta por superficial barniz y dorado manto.

Respecto á estos tipos de sociedad, entre los cuales figuran individuos de ambos sexos, dice en una de sus obras el distinguido educacionista Sr. Diez Mori:

«La ignorancia es hermana del orgullo. Existen ciertos entes en sociedad que inspiran compasion por el modo de proceder con sus semejantes.

«Si llegáis á presentarles cualquier trabajo confeccionado por la modestia, no encontrarán dicterios suficientes para vilipendiar la obra y el autor; aquí notarán un despropósito; allí una blasfemia artística ó literaria; ora le llamarán rapsodísta y plagiario; ora falto de sentido comun. Si alguno le replica, rechaza sus argumentos con burlas; si le hacen ver sus contradicciones, contestan con injurias y groserías.

«Miradle: su frente altiva, como dice Balmes, parece amenazar al cielo, su mirada imperiosa exige su mision y acatamiento; en sus lábios asoma el desden hácia cuanto le rodea; en toda su fisonomía vereis que reboza la complacencia en sí propio. Toma la palabra, resignaos á callar. Replicais? No escucha vuestras réplicas, y sigue su camino: ¿insistis otra vez?—el mismo desden acompañado de una mirada que exije atencion é impone silencio.

¿Conoceis ya al sér de que hablamos?

Es el orgulloso ignorante; es la ignorancia acompañada de la vanidad.

Examinad al hombre de mérito: su mirada es humilde y dulce; sus palabras, suaves y finas; si aconseja, jamás hiere nuestra susceptibilidad; si aplaude, no lo hace con exageracion; atiende las razones de todos, y sólo dá su parecer cuando se lo exigen.

La ignorancia orgullosa ó el orgulloso ignorante muere execrado de todos: la sabiduría modesta ó el sábio razonable vive siempre en los corazones de doctos é ignorantes.»

Dolores pasó el resto del dia y parte de las primeras horas de la noche en casa de Elena, sin haber visto á esta en todo aquel tiempo, pues la elegante enferma dormía siempre con la más profunda tranquilidad.

Dolores volvió á su casa á las diez de la noche; su padre la acompañaba.

—Y?—preguntó Doña Adelia, presintiendo la contestacion.

—Me he divertido mucho,—esclamó Dolores, irreflexivamente.

—Cómo! pues qué hija mía; Elena no estaba enferma?

—Sí mamá,—repuso confusa, Dolores—pero como era una fiebre ligera, y....fué mucha gente, el salon estaba lleno, las amigas...

—Yá!—dijo Doña Adelia, interrumpiendo á su hija—las amigas de esa naturaleza, van siempre donde no hacen falta, y donde pueden divertirse y pasar un rato, murmurando y criticándolo todo, á buen seguro, que si supieran que tenían que hacer algun remedio al enfermo, porque este no tenía quien se lo hiciere, ni con que hacerlo, ó que la enfermedad fuera contagiosa, no se molestarían ni á preguntar si el amigo estaba vivo ó muerto!

Dolores, oyó todo esto, sin decir esta boca es mía; no

osó chistar, pues bien comprendía que ella estaba incluida entre aquellas que solo visitaban los enfermos que nada necesitan, por hallarse rodeados de todos cuanto se puede apetecer.

Al siguiente dia, Da. Adelia se dispuso á hacer una segunda visita á la pobre enferma que había socorrido el dia anterior, visita de esas, á las cuales se refieren las *Obras de Misericordia* en que el enfermo necesita de nuestros cuidados, ya aplicando un remedio que ha devolverle la salud perdida ó calmar sus dolores físicos, ya derramándo en su alma el bálsamo del consuelo y de la esperanza.

Da. Adelia, invitó á su hija á que la acompañara en aquella segunda visita, mas la jóven, olvidándo lo ocurrido, pretestó una ocupacion, para librarse de aquel nuevo compromiso en que su madre la ponía.

Da. Adelia, clavó al cielo sus ojos, y partió sola.

CAPITULO IV.

La abnegacion de la amistad.

Próxima á la de Da. Adelia, en una humildísima casa, vivía una bella niña llamada Clara, en compañía de su anciano padre.

Eran muy pobres, buenos y honrados.

Clara contaba diez y ocho años.

Había crecido á la par de Dolores, estando siempre juntas cuando niñas, por vivir entónces una próxima á la otra aunque aquel compañerismo desapareció por parte de Dolores, cuando ambas fueron ya señoritas.

Siendo Clara muy pobre, Da. Adelia, le asignó una reguar pension, obligándose aquella, por su voluntad á coser para la casa; ocupacion que siempre había proporcionado su subsistencia y la de su anciano padre.

Da. Adelia quería en estremo á Clara, y siempre la socorría interesada por aquella niña tan bella, como buena y virtuosa.

Dolores aunque profesaba tambien á Clara algun afecto desdeñaba tratarse con ella por la pobrísima situacion de esta.

Quiso la mala suerte, que Dolores enfermára de viruelas, despues de las escenas anteriores que hemos narrado.

Da. Adelia alarmada llamó en su auxilio al más afamado médico del pueblo, el cual declaró que tendría muchodias de cama, pero que no era una viruela maligna, y que la niña salvaría despues de un prolijo tratamiento.

Desde el primer momento, Clara se instaló á la cabecera del lecho de Dolores, pues quería mucho á esta apesar de los desaires recibidos por ella.

En vano doña Adelia suplicaba á la jóven que se apartase del lecho, y se alejara pues ponía en peligro su salud y su vida.

Clara no cedía, manifestando ser su deseo de cuidar á la enferma hasta que el mal desapareciera, para lo cual no se apartaría del lecho de Dolores ni de noche ni de dia.

Doña Adelia vertió lágrimas de agradecimiento, é hizo traer á su casa al anciano padre de la jóven, para que no estuviera solo con motivo de la ausencia de Clara.

Las amigas de Dolores, al tener conocimiento que la enfermedad de esta era viruela, ninguna quiso aproximarse á la casa. Enviaron sus sirvientas á enterarse del estado de su salud, pero con la órden de no traspasar los umbrales de la casa.

Doña Adelia se felicitó en parte de lo que pasaba respecto á las amigas de su hija, considerando que esto le serviría de saludable leccion; pero cuido de ocultárselo mientras durase su enfermedad, temiendo con justa razon, que aquel desengaño le hiciera sufrir.

Dolores clamaba por la amiga más íntima que tenía; estrañando su ausencia interrogaba á Doña Adelia.

Esta evitaba el contestarle, diciéndole otras veces, que la amiga estaba algo enferma y este era el motivo de su aucensia.

Margarita, este era el nombre de la amiga; no estaba enferma, puesto que así lo aseguraba la criada que mandaba de vez en cuando, á enterarse por la salud de Dolores.

Mientras tanto la enfermedad de esta seguía su curso.

La violenta fiebre, trastornaba los sentidos de la pobre Dolores, la hacía delirar, y en medio de su desvarío, se incorporaba en el lecho, clavando su calenturienta mirada en la gentil figura de Clara que no se apartaba de la cabecera del lecho, decía.

—Quien erés tú ¿porqué cuando posas tu mano sobre mi frente, siento....algo estraño que calma mis dolores?....

Clara se aproximaba, imprimía un dulce beso en los labios de la enferma, y rodeando con su brazo el cuello de esta, le ofrecía la bebida que el médico le había prescrito.

Dolores bebía docilmente y entornando los ojos, reclinaba en la almohada su cabeza, murmurando:

—Es un ángel!...

Un sueño febril aletargaba las facultades de la enferma, y postrada en aquel estado permanecía largos intérvalos, observada siempre con cariñoso interés por Clara.

Despues del intranquilo sueño, al entreabrir los ojos, el primer rostro que apercibía junto á sí era el de Clara que le sonreía con dulzura é infinito cariño.

Dolores la contemplaba en silencio por breves instantes y luego murmuraba, al mismo tiempo que una lágrima oscilaba entre sus pestañas:

—Clara!....

Este solo nombre encerraba, en su espresion, todo un mundo de sensaciones, que quizá serían el principio de una reaccion moral, tan benéfica como poderosa.

Doña Adelia contemplaba aquellas escenas con lágrimas en los ojos...el corazon de la madre presentía el momento tan anhelado por él...de aquel lecho, Dolores levantaría sana quizá de cuerpo y alma!

Cuándo la enferma descansaba en apacible sueño, Doña Adelia suplicaba á Clara que se recojiera, que repusiera sus fuerzas por medio del sueño, pero Clara con su eterna sonrisa, tan llena de dulzura, le indicaba con un ademan el gran sillon, próximo á la cabecera del lecho de Dolores, mostrándole que allí era su puesto cerca de la enferma, y dispuesta á acudir á ella cualquier momento.

Doña Adelia estrechaba contra su seno á Clara, esclamando:

—Tú eres la verdadera amiga de mi hija!—y luego agregaba—pero por lo mismo debo velar por tí; si no reposas querida Clara, vas á enfermar, y es necesario evitar esto; yo cuidaré á Dolores, mientras tú descansas . .

—Doña Adelia, permítame permanecer en este puesto, que es el que debo de ocupar, segun me lo dicta el corazon, y mi cariño hácia Dolores, yo se lo suplico!.....

Doña Adelia no tenía más remedio que ceder.

La enfermedad de Dolores comenzó á declinar, una vez desarollada aquella, y pasada la crísis.

La enfermedad entró en el período de convalecencia, tanto ó más delicado que la misma enfermedad, siendo bastante una recaida para traer fatalmente la muerte.

Don Enrique, el padre de Dolores, lo mismo que doña Adelia y Clara estaban locos de contento viendo á la enferma, completamente fuera de peligro.

Clara, constituida desde un principio en enfermera de Dolores, redoblaba sus cariñosas atenciones y cuidados, anhelando ver completamente restablecida á su amiga.

Ella era la que hacia, por sí misma, los alimentos que debian fortalecer á Dolores; la que, con tierna solicitud, envolvía á la enferma en abrigos, para que el aire no la ofendiera; la que curaba con gran solicitud las huellas de la viruela para que esta no dejara señal alguna en el hermoso rostro de Dolores, en fin, la que no se apartaba ni un instante de su lado.

Doña Adelia veía todos aquellos esquisitos cuidados, con el corazon agradecido y satisfecho, y sin tomar mucha parte en ellos, pues quería que Dolores cobrase á Clara todo el cariño que esta merecía.

Don Enrique al contemplar aquellas escenas, decía á su hija:

—Ahora tengo dos hijas, y tú querida Dolores, una hermana y verdadera amiga que debes apreciar como tal, pues Clara no se parece á esas otras remilgadas que profanan el nombre de amigas....

—Ah! papá!—decía Dolores estrechando á Clara contra su pecho—veré desde hoy en Clara, no solo una amiga, sino tambien una hermana querida!

Clara trasportada de alegría, devolvía las caricias á su

amiga, demostrando los sentimientos que abriga respecto á esta, por medio de silenciosas lágrimas.

Nada más interesante, que las escenas que tuvieron lugar, durante la lenta convalescencia de Dolores, entre esta y su amiga Clara.

Eran dignas de oirse aquellas conversaciones tan llenas de encanto y sencillez, en las cuales llevaba siempre la palabra la hija de Doña Adelia.

Clara de carácter tímido, condescendiente y silencioso, jamás osaba contrariar á su amiga, gozando en hacer el gusto á esta en todo y por todo.

A las manifestaciones de cariño por parte de Dolores, Clara contestaba con una lágrima, con una mirada de infinita ternura, ó tan solo á veces con una frase, pero frase que llevaba en sí todo un mundo de sentimiento.

Existen séres en el mundo, que sienten con tal exceso, que al esperimentar cualquier sensacion de pena ó de alegría, no encontrando términos demasiado suficientes para espresar sus sentimientos, enmudecen; revelando todo cuanto pudieran decir, por medio de una mirada, de una sonrisa ó de una lágrima, tras la cual se trasparenta la esquisita sensibilidad de sus almas.

Clara pertenecía á esta clase de séres.

De carácter blando y generoso, cuando era ofendida por alguna de sus amigas, lejos de irritarse, se aflijía; dócil por naturaleza, jamás contrariaba la voluntad de los que la rodeaban.

Todas las bellezas morales del alma, parecían haberse dado cita para adornar á Clara.

Por esto era querida de todos cuantos la *comprendian*, pues su trato, no ofrecía para las demas personas nigun atractivo, su exesiva timidez no le permitía sostener ninguna rivalidad, su caracter triste y melancólico, abatiendo su juventud, le quitaba toda animacion, hasta el punto de preferir á todo, el retiro, la soledad, el aislamiento en donde no tuviera más compañeros que aquellos séres, queridos por su alma con la más íntima ternura.

Muy franca en sus palabras, hablaba solo aquello muy estrictamente necesario, razon por la cual el silencio era su estado más natural, pero en el seno de la amistad íntima

Clara era espansiva y más comunicativa, aunque conservaba siempre la timidez de su caracter.

Físicamente, unía la belleza espresiva, á la gracia y distinsion natural de su simpática persona. Su estatura era más mediana que la de Dolores, sus formas redondas y bien modeladas; su perfil griego, su frente elevada, su tez suave y de un blanco pálido; sus ojos razgados, adormecidos, eran de un bellísimo tinte verdoso; su mirada tranquila y dulce; sus cabellos sedosos y ondulados, eran castaño muy claro; peinaba siempre con dos trenzas sueltas sobre la espalda, de una largo tan hermoso, que llegaban casi hasta la estremidad de su vestido que rozaba el suelo.

Tal era Clara.

Dolores, se complacía en llamarla su amiga, su hermana.

El corazon de la jóven había esperimentado el sacudimiento benéfico tan anhelado por su madre.

La conducta, el ejemplo, el cariño y la adnegacion de Clara habían despertado en el alma de Dolores todos los sentimientos generosos, que embellecen el espíritu de los buenos que hasta entónces habían estado adormecidos en su pecho.

Las tituladas *amigas* de Dolores, especialmente una la que esta consideraba erróneamente, como la más verdadera, al tener conocimiento de su mejoría, y del estado convalesciente en que se hallaba, acudió á visitarla.

El desengaño recibido, revistió á Dolores de una reserva y frialdad que llamó la atencion de la supuesta amiga.

Pertenecía esta al número de esas jóvenes vanidosas, intolerantes y fátuas, que por desgracia tanto abundan hoy en dia, á causa de la educacion superficial que reciben.

Margarita había sido educada en la escuela del *gran mundo*, lo que equivale á decir que no poseía esa bella y modesta educacion que conquista tantos afectos, y cautiva tantos corazones, educacion que impone el dulce deber de complacer á nuestras amigas, de disimular sus defectos, de tolerar sus imprudencias, y de amoldarnos á sus deseos, sin herir jamás su amor propio, ni ridiculizarle ante los estraños.

Margarita era en todo, lo contrario de esto; creía que la completa educacion consistía únicamente en hablar regularmente bien, teniendo perfecto conocimiento de la pronunciacion de las palabras por la instruccion recibida, en sostener una conversacion que demostrase más ó ménos los alcanzes que

poseía, hablando de todo un poco sin olvidar de citar palabras en un frances dudoso, muchas veces ignorando el verdadero significado de ellas; con estas condiciones consideraba perfectamente educada á una persona, aunque esta dijera una grosería, recibiendo por contestacion un despreciativo silencio.

Lo que ella llamaba educacion era solo el desenfado adquirido en la escuela del gran mundo, en donde había estudiado á despreciar todo con impertinente necedad, burlándose de los escrúpulos y miramientos de la verdadera educacion.

Los que como Margarita están educados, jamás se mortifican por complacer á nadie, nunca disimulan los defectos ajenos, ni toleran la más mínima imprudencia; lejos de esto, hacen resaltar lo malo que en otro ven, burlándose con un tono de superioridad que no hay más que pedir, á la falta de sensatez.

Al notar Margarita la intimidad que mediaba entre Clara y Dolores, sonriendo con desden dijo á esta, cuando Clara hubo salido fuera del salon:

—Dices que se llama Clara esa jóven?

—Sí, Clara; hoy es más que mi amiga, mi hermana; durante mi peligrosa enfermedad no se apartó de mi lecho ni un solo instante, dándome pruebas de una abnegada amistad.

—Parece una mujer vulgar, sin educacion—dijo Margarita tratando de disimular su despecho.

—Te equivocas!—esclamó Dolores con ardor—Clara posee una alma como pocas; es una niña de gran mérito física y moralmente, y mal puedes juzgarla cuando solo has cambiado con ella tres ó cuatro palabras.

—Hay cosas que no se necesita mucho tiempo para comprenderlas; las maneras de tu *amiga* son muy vulgares, y mucho más sus palabras; la pobre no sabía como iba hablar! se conoce que no está acostumbrada á estar en sociedad!

Calificaba la timidez de la jóven, por vulgaridad y falta de educacion.

Es una verdadera desgracia, la escesiva cortedad de génio. Y hay carácteres que adolecen de este lamentable defecto.

De que le sirve á una mujer, estremadamente tímida, poseer alguna inteligencia, si en sociedad no se atreve á hablar ni lo más simple? La terrible timidez la acorta; escucha las conversaciones,

y en su mente desarrolla ideas claras y despejadas; mas al ir á espresarlas, su lengua se entorpece, y solo profiere vulgaridades.

En una niña, la timidez es bellísima, pero deja de serlo cuando es excesiva.

Existen séres vulgares que son osados hasta el estremo; muchos son tenidos como sábios, porque tienen facilidad para espresarse y poseen esa elocuencia fría y bombástica, que solo engaña á los tontos,

Ah! sin embargo, felices de ellos! si tal, felices porque tienen el mundo por suyo y desconocen ese círculo de hierro que oprime con fiera crueldad. que se llama timidez excesiva!

Conocemos una jóven á quién tratamos, que escribe para el público y que segun opinion de los inteligentes, revela buenas disposiciones para lo futuro. Pues habeis de saber, lectora mía, que esa jóven que escribe con tanta facilidad, nadie la reconocería tratándola. Es víctima de su estrema timidez, y una modestia excesiva, segun algunos, pues se admira cuando se le hace un elogio, porque ella no se reconoce con mérito alguno. Hemos oido á muchas personas, que despues de haber tratado á aquella han dudado de lo que ella escribe, atribuyéndole á su madre muger instruida y de gran educacion.

Paréceles imposible que de aquel espíritu apocado, que de aquel carácter apagado y sin brillo puedan brotar ideas que revelan alguna altura, algun entusiasmo.

Esto no es estraño; cuando la escritora Sinués de Marco empezó á escribir, todos, á una voz decían: « ¿Esa niña, es la autora de tan bellos escritos, que revelan tanta inteligencia? Imposible! ¡toda es obra de su padre!» «Esto refiere, la ilustrada escritora, al hablar de la opinion de las gentes, en tratándose de mugeres jóvenes que recien empiezan á escribir, llenas de timidez y faltas de despejo.—En cambio hay séres ignorantes, incapaces de comprender los grandes sentimiento del alma, y las elevadas concepciones del espíritu, y que sin embargo, nádie vacilaría en atribuirles lo que otros injustamente niegan, y todo porque aquellos poseen el don de la osadía, porque se estiman tanto que se creen superior á todo el mundo y adquieren por esto un aplomo admirable.

La escritora S. Márco dice: «la muger debe ser modesta, reservada, tímida en muchas ocasiones; pero la timidez estremada

le causa tambien un grave perjuicio, y oscurece muchas veces, no solo sus gracias, sino hasta sus buenas cualidades. La soberbia y el atrevimiento es muy culpable; pero tambien es digna de censura la absoluta falta de confianza en el propio mérito, que conduce á una timidez invencible. Porque las más bellas disposiciones desaparecen cuando esta se apodera de nuestro espíritu y nos arrebata la serenidad y la facultad de discernir. Es necesario vencerse á sí mismo para adquirir aplomo y serenidad de ánimo en el trato social. Pero nos hemos desviado de nuestra historieta.

Dolores, con las mejillas encendidas por la indignacion que sentía al oir hablar de su amiga, en términos desfavorables, no pudo ménos que esclamar:

—Margarita! no puedo escuchar tales palabras; Clara posée una alma bellísima; es noble, tierna y generosa, y me enorgullezco en llamarla mi amiga!

Margarita hizo un gesto de desden y replicó con aspero tono:

—Bah! tu flamante amiga no es digna de figurar en ningun salon, sino en... una cocina! Al fin no has hecho más que seguir tus inclinaciones plebeyas... la cabra siempre tira al monte!

No se podía pedir mayor *delicadeza* en el lenguaje de aquella niña que se tenía por muy educada.

Dolores no fué dueña de contenerse, nuevamente.

—Mi flamante amiga, como tu la llamas, con la vulgaridad y poca educacion que injustamente le atribuyes, nunca hubiera proferido los... delicados términos que acabas de dirigirme.

—No debes disgustarte, soy muy franca, digo siempre lo que pienso, y poco me dá lo que se pueda decir, no acostumbro á violentarme.

—No todo se puede decir Margarita, lo que tú llamas franqueza yo le llamo de otro modo...

—Cómo?—preguntó Margarita con impertinente tono.

—Grosería!

—Já! já! ¡y todo por defender á la que quizá yo tome mañana de criada! al fin igual á ella!

Dolores se puso de pié esclamando:

—Margarita, esa á quien desprecias y humillas con tus palabras, es altamente digna, pues tiene cualidades inapreciables y

moralmente se halla cien veces mas arriba que tú, perdona que te lo diga...

—Hemos concluido,—dijo Margarita sin abandonar su tono de burla —me retiro con el conocimiento de lo que aquí hay; cuando me falte criada enviaré por Clara, tu sin rival amiga!

—Ten la seguridad —dijo Dolores,—de que recibirás entónces de tu criada lecciones dignas y grandes, que te enseñarán, Margaríta, á valorar los sentimientos del alma!

Margarita iba á replicar. cuando Dolores, derramando lágrimas de dolor, se ausentó del salon dando por terminada aquella escena.

La falsa amiga se retiró de la casa, esclamando:

—Há tiempo que debíamos haber roto nuestra amistad, pero yo he sido muy indulgente; y no se por qué, porque no necesito de nadie para tener que soportar impertinencias, de gentes que en vano quieren igualarse á las personas decentes!

Margarita se areia superior en todo: y por todo: no hay que estrañarlo; alguien ha dicho: *sobre el pedestal de la ignorancia, se eleva la estatua del atrevimiento.*

Dolores sufrió mucho con la escena ocurrida entre ella y Margarita, pero había hecho propósito de no cultivar amistades de aquella naturaleza.

Sintió haber dirigido á Margarita palabras algo fuertes, aunque estaba decidida á apartarse de su trato; pero sebía que la *intolerancia con los intolerantes,* se podía disculpar en ciertos casos.

La escena ocurrida, demuestra que Dolores, abriendo sus ojos á la razon comenzaba á obra de acuerdo con la dignidad de su conciencia.

CAPITULO V.

Desengaño

Han transcurrido, lectora, tres años, en los cuales no ha pasado nada digno de mencion, siendo siempre Dolores y Clara inseparables amigas.

Mas, al cabo del tiempo mucho hay que decir.

Dolores estaba próxima á contraer matrimonio con un distinguido jóven dueño de una gran fortuna.

Alberto era su nombre.

La ceremonía debía celebrarse muy brevemente, y los preparativos demostraban la aproximacion de aquella fiesta que llenaba de regocijo á todos los que amaban á Dolores.

Clara se contaba en el número de estos, pero al mismo tiempo que sentía alegría, esperimentaba gran tristeza por la separacion de su amiga.

Dolores la abrazaba con ternura y le decía:

—Siempre serás para mí la misma amiga, y nos veremos con igual frecuencia; tú ocuparás el puesto que dejo vacío en el hogar de mis adorados padres, y yo llevaré el consuelo de que ellos verán en tí otra hija tan cariñosa como la que de ellos se aparta.

Estas palabras léjos de consolar á Clara le hacían verter mas lágrimas, parecíale que perdía para siempre á Dolores.

En cuanto á doña Adelia y D. Enrique disimulaban su pena por no afligir á su hija, pero sus corazones se sentían oprimidos al pensar en la separacion de Dolores, aunque sabian que el hombre que la había elejido por compañera, era un sér digno y noble que la amaba con intenso cariño.

Esto tambien sabía Dolores, pero natural era lo que sentía. Al dar un adios á los sitios queridos donde se había criado, en donde había visto deslizarse sus más felices dias, al abandonar aquel hogar en donde quedaba una madre querida y un padre amado, sus ojos se arrazaban de lágrimas y su corazon se oprimía fuertemente.

El solemne acto tuvo lugar al fin, y Dolores y su esposo Alberto, fueron á habitar por algun tiempo una preciosa casa próxima á la de los padres de aquella.

El nuevo estado á que habia pasado Dolores, debía de traerle muchos sufrimientos.

Pero estos, no reconocerían por causa el desamor de Al-

berto; este no dejó de profesar siempre á su esposa el más tierno cariño y la más grande estimacion.

Al cabo de tres años, no cumplidos, D. Enrique y su digna esposa, no residían ya en este mundo, sus almas descansaban en las serenas rejiones de los justos.

Clara habiendo perdido tambien á su padre, se había casado, ausentándose para Europa con su esposo.

Dolores lloró siempre la pérdida irreparable de sus padres queridos, y la ausencia de su mejor é inolvidable amiga.

No le quedaba más sosten que el digno esposó, que por dicha, Dios le habia concedido.

Alberto, que como dijimos en un principio poseía, una gran fortuna, más al cabo de algun tiempo quedó completamente arruinado.

La veleidosa suerte volvióle la espalda, y un negocio arriegsado, le arrebató todo cuanto tenía.

Aquella fortuna tan desgraciadamente perdida, era el producto de muchos años de trabajo honrado y laborioso.

Quedaron en la pobreza, pero en una pobreza que tocaba los límites de la miseria.

Alberto cayó enfermo de pesar, y la infeliz Dolores, tenía que trabajar en la costura dia y noche para atender á las imperiosas necesidades de la existencia.

En estas circunstancias desesperantes, Dolores dió á luz su primer hijo.

—Dios santo!—esclamó la infeliz madre elevando al cielo sus ojos—dadme fuerzas para velar por el hijo de mi cariño, y por mi desventurado esposo!

Al alumbramiento de Dolores se siguieron dias de terribles pruebas.

Alberto había estrechado contra su pecho á su pobre hijito, imprimiendo en su frente un beso de ternura y derramando una lágrima de desesperacion.

Dolores en cama y su esposo tambien, solo eran atendidos por una mulata vieja, llamada Feliciana, que habia sido criada en casa de Doña Adelia, y que, habiendo visto nacer á Dolores le profesaba un cariño casi maternal.

Llegó dia en que en el mísero hogar de Dolores, no hubo con qué comprar un pan...

Alberto no tuvo conocimiento de esto; una violenta fiebre tenía trastornadas sus facultades.

Dolores debilitada, se sentía desfallecer.

El desgraciado niño que en situacion tan triste había venido al mundo lloraba incesantemente debilitado por la falta de alimentos; el seno materno no podia acallar su hambre.

Dolores, al verse en aquella situacion, pensó en los que se titulaban sus amigos, que en épocas mejores frecuentaban sus salones, retirándose de ellos, poco á poco, al ver la decadencia de su fortuna; pensó así misma cuando en aquel tiempo ella ó su esposo tenían alguna lijera indisposicion, la casa se veía invadida por los *amigos*, que solícitos acudían á ofrecer sus servicios; ahora, se contemplaba ella, su esposo y su infeliz hijo, abandonados de aquellos que ántes se titulaban amigos... de la circunstancia!

Dolores tornó su vista, ó mejor dicho, volvió sus recuerdos sobre sí misma, y recordó haber sido ella lo mismo que aquellos que mentalmente recriminaba; recordó haber estado siempre dispuesta á visitar los enfermos que no ofrecieran sus enfermedades ningun peligro y que, perteneciendo á la clase rica de la sociedad nada necesita, recordó asimismo cuando se negaba á acompañar á su madre en las obras de caridad que esta ejecutaba, acudiendo solícita á la cabecera del lecho en el cual yacía una víctima del infortunio.

Todos estos pensamientos acudieron en tropel á su mente y arrancaron lágrimas de dolor y amargura á su corazon lacerado por tantos desengaños y sufrimientos.

Dolores elevó sus preces al Eterno, y depositó en él su confianza.

La escelente mulata Feliciana, viendo que no tenía su *amita*, como titulaba á Dolores, con que alimentarse, ni su esposo, ni su hijo, pidió auxilio á unos buenos vecinos, que acudieron, condolidos, prodigando á Dolores y á su esposo toda clase de cuidados.

Un buen facultativo, llamado por aquellos, visitó á los enfermos, y prescribió un régimen que los buenos vecinos se obligaron á cumplirlo en un todo.

Dolores fortalecida pudo alimentar á su hijito que cobró fuerzas y vida, y al cabo de algunos dias pudo dejar el lecho para atender á su esposo.

La gratitud de Dolores, para con los buenos vecinos no tenía límites, y entre lágrimas repetíales á cada instante, que les era deudora de la vida de su hijo, de su esposo y de la suya propia.

Ya habia mejorado algun tanto el esposo de Dolores, cuando un socorro inesperado, vino á dar vida á aquella desgraciada familia.

Uno de aquellos seres á quién Doña Adelia socorrió en otro tiempo, había enriquecido por medio de algunos negocios lucrativos, y habiendo muerto, dejaba heredera de todos sus bienes á Dolores, la hija de su bienhechora.

Dolores recojía los beneficios de las buenas obras que su madre había sembrado.

Desde aquel instante, el hogar de Dolores y Alberto tornó á la vida, y los dos jóvenes esposos, recobrando por completo la salud, pudieron vivir felices y tranquilos, viendo crecer lleno de vida, á su querido hijito.

Dolores y su esposo, desdeñando desde entónces el boato y las demostraciones vacías de la falsa amistad, formaron un círculo aparte, en donde hallaron los goces más puros de la vida.

Una mision tuvo desde aquel dia la existencia de Dolores, que imitando el ejemplo de su digna y noble madre, dedicóse á aliviar las desgracias del infortunio que yacen en el misterio de los hogares, y á *visitar los enfermos* que verdaderamente necesitáran de sus cuidados y atenciones.

Ved aquí, como los ejemplos de aquella madre ejemplar, sirvieron de luminosa ruta para guiar á su hija por la senda de la virtud y del arrepentimiento regenerador.

. . . .

Cinco años despues, Clara y su esposo estaban de vuelta al hogar con dos hermosos niños, fruto de su feliz union.

Clara fué á vivir con su amiga, y desde aquel dia la existencia de ámbas familias se deslizó tranquila y apacible, como un lago puro y cristalino en cuya superficie límpida y serena parece verse retratada la soberana imágen de Dios Omnipotente.

Fin del libro VIII.

LIBRO NOVENO

DAR DE COMER AL HAMBRINETO

DAR DE COMER AL HAMBRIENTO

¡Ay de aquel á quien no oprime la pena que á otro devora, y vé impasible al que gime, y ve llorar y no llora!
(C. Prieto)

Los grandes rios, los altos y copudos árboles, las plantás saludables y los hombres de bien, no nácen para su provecho, si no para sér útiles á su semejantes.
(Sentencia Arabe).

CAPITULO I.

Clara Porto Rico do Pinheiro

Las escenas que pasamos á narrar han tenido lugar en su mayor parte en Montevideo, coqueta capital de la República Oriental del Uruguay.

En una de las mas hermosas casas de aquella ciudad, situada en la calle *25 de Mayo*, punto céntrico del comercio, y por consiguiente, de la animacion y el bullicio, propio de las grandes ciudades, vivía, poco tiempo há, una opulenta viuda italiana en compañia de su única hija.

Llamábase aquella Clara Porto Rico do Pinheiro, frisaba en los cuarenta años, y era hermosa, aunque de una belleza fria y altanera.

Su tez blanca, muy blanca y sin el más leve color en las mejillas, parecia un rostro de alabastro; su perfil recto, era siempre alterado por una contínua constriccion de desagrado ó disgusto; sus ojos pardos, de un mirar fuerte y persistente, jamás se veían brillar con los destellos de la sensibilidad; no había duda, al contemplar aquella mirada altiva é

impasible, presentíase tras ella una alma helada, un corazon incapaz de amar, ni de abrigar en su seno sentimientos nobles y grandes.

Tal era, lectora, Doña Clara Porto Rico do Pinheiro, hija de un ilustre portugues, noble por sus títulos y noble por sus elevados sentimientos. La hija habia heredado su nombre, mas no aquellos sentimientos dignos de una alma elejida.

Nunca los ojos de Dña Clara fueron enturbiados por las lágrimas del enternecimiento; su corazon insensible ante los dolores ajenos, estremecíase en su impotencia con rugiente furia ante sus propios pesares; era de esas mujeres que jamás suplican, de alma fiera é indomable incapaces de soportar el yugo tiránico que llevan con resignacion las almas sumisas y débiles.

Una sonrisa de supremo desden vagaba constantemente por sus lábios delgados y sin color; tras aquella sonrisa, adivinábanse relámpagos de ira reconcentrada, desvastadora tempestad, próxima á arrastrar en su desencadenamiento, todo cuanto halláre á su paso, sin respeto aun aquello más sagrado . . .

Tal es, lectora, el débil bosquejo que os demuestra el temple de alma casi satánico, de la de Porto Rico do Pinheiro.

Dijimos, que vivía en compañia de su única hija; llamábase esta Clotilde, contaba á la sazon 20 primaveras, y era tambien hija de la noble y poética Italia, aunque creada en América desde la más tierna edad.

Clotilde de una hermosura sorprendente, podía decirse, sín temor de faltar á la verdad, que era de una belleza física enteramente perfecta, comparable á ninguna otra.

De estatura mediana, su figura era esbelta y elegante, su andar gracioso y distinguido, su tez lijeramente morena, fina y aterciopelada, de facciones tan perfectas, de ojos tan negros tan hermosos que hacían de ella un tipo interesante, digno de admiracion. Apesar de tantos encantos, de tantas perfecciones, Clotilde era por lo demas casi el fiel reflejo de su madre.

Desde el primer momento que era examinada por un observador inteligente, descubríase en todas sus facciones, no obstante su belleza un tinte, una muestra de imperfeccion moral, que amenguaba el efecto de la admiracion que poco

há, habia logrado despertar con sus encantos esteriores; tal era la espresion repulsiva que estos tomaban al reconocerse el hielo de aquella alma soberbia y egoista.

Sin embargo, en honor á la verdad, debemos decir, que Clotilde albergaba en su alma un resto de sensibilidad, pero era este tan pequeño, tan imperceptible, que bien pronto su madre lograría hacerlo desaparecer, si es que algun suceso imprevisto, no salvaba á la jóven de aquel peligro moral que debía precipitarla en un abismo insondable.

Madre é hija vivian en la mas admirable armonía, gracias á la identidad de sus caracteres.

Creemos haber dicho ya, Doña Clara Porto Rico do Pinheiro, era dueña de una gran fortuna, que la permitía vivir con el rango que su soberbio carácter ambicionaba.

La casa que habitaban, lujosamente amueblada, exitaba la admiracion por los riquísimos objetos que la adornaban; sin embargo al penetrar en aquel soberbio recinto, notábase que el alma de sus dueñas eran tan heladas como los témpanos de hielo que los viajeros admiran en la frias y lejanas regiones del Polo Norte.

No se veía allí ningun libro, esos amigos fieles, que nos instruyen y deleitan, cuando son escritos con la sencillez de la verdad; no se aspiraba tampoco el perfume de las flores naturales, ni se contemplaban sus variados matices, que alegran la vista y deleitan el espíritu con sus frescura y deliciosa poesía; allí no habia obras de arte trabajos de ingenio, esculturas etc, Por do quiera la vista solo contemplaba, la existencia de un lujo desenfrenado, que solo podía alhagar á los sentidos, nada que pudiera demostrar que las dueñas de aquella morada, conservaban en el interior de sus alma un resto de poesía, un sentimiento moralmente bello; nada! nada! que pudiera recrear el espíritu abatido de tanto materialismo, de tanto lujo, de tanto boato!...

La opulenta viuda y su hija, habitaban los dos pisos de la casa, primero y segundo, teniendo en el interior de aquel, una hermosa cochera, la única quizá en la ciudad que poséia troncos de un mérito tan considerable.

CAPITULO II.

—

Refinamiento de la crueldad

—

Era un dia hermosísimo.

Doña Clara Porto Rico do Pinheiro, y su hija Clotilde, acababan de salir en una berlina azul, en direccion al campo; el dia convidaba á disfrutar y madre é hija determinaron aprovechar la hermosura del tiempo.

El paseo proyectado era á un paraje distante tres leguas de la ciudad, delicioso sitio en donde se podía admirar en todo su esplendor la fértil y hermosa vegetacion de los campos, orientales.

Omitiremos los detalles de un paseo de campo, en el cual nada digno de mencion ocurrió hasta las cinco de la tarde, hora en que el tiempo empezó á variar.

Repentinamente el cielo se cubrió de espesos nubarrones, amenazando una próxima tormenta.

Clotilde y su madre, amedrentadas por aquel repentino cambio atmosférico, pusiéronse en camino, en busca del carruaje que las esperaba á bastante distancia.

Acompañaba á las dos mujeres un lacayo, que llevaba una gran cesta con los restos de una comida apenas probada, po que el tiempo no habia dado lugar para ello.

Doña Clara y su hija caminaban con paso apresurado.

Gruesas gotas de agua, comenzaron á caer, no tardando mucho en llover copiosamente.

Aquella marcha precipitada, fatigó á Doña Clara, que, falta de aliento, se detuvo á corta distancia de un mísero *rancho* que aislado se veía allí como un objeto perdido y olvidado.

Clotilde creyó apercibir hondos gemidos que salían del interior del *rancho,* al mismo tiempo que vió lanzarse fuera de este á una mujer desesperada que dando gritos de dolor, mesábase los cabellos.

Doña Clara y su hija iban á continuar su camino, cuando la desventurada mujer del rancho, habiéndolas apercibido, corrió

hácia ellas, y arrojándose á sus pies, pidió entre sollozos que no la abandonaran.

La desgraciada, con los vestidos desgarrados, el cabello en desórden, el rostro demacrado y vertiendo torrentes de lágrimas, en breves palabras refirió su dolor.

Sumida en la más afligente miseria, sin tener quien la socorriese en aquellos apartados parajes y sin poder alejarse por la enfermedad que había postrado á su hermosa hijita de cinco años, que en aquél momento acababa de perder, sentíase loca de dolor y agonizante de necesidad!

La desgraciada muger se arrastraba al hablar así, á las plantas de Doña Clara y de su hija.

La opulenta italiana echó una mirada altiva y desdeñosa sobre la infeliz, y disponiéndose á continuar su camino, esclamó con acento ágrio y destemplado:

—Buena muger, no puedo detenerme; la tormenta avanza y podría sorprenderme en este sitio; arreglaos como podais, yo no os puedo socorrer.

La infeliz que imploraba, todavía de rodillas, lanzando gemidos desgarradores, detuvo á Doña Clara por el vestido, en el momento que esta pretendía alejarse.

—Señora! tenga Vd. compasion de mí! si Vd. me deja así me daré la muerte, por que ya siento que la razon quiere abandonarme!

—Soltad!—esclamó la viuda irritada, al sentirse detenida, y empujando brutalmente á la infeliz, se desprendió de ella tratando de alejarse.

La desgraciada muger, lívida, con los ojos estraviados miró en torno suyo, y al apercibir á Clotilde á una distancia como clavada en aquel sitio corrió hácia ella esclamando:

—Señorita! señorita! tendrá Vd. compasion de mí...!

Clotilde se estremeció, y un mal estar estraño agitó todo su ser. Miró á la muger sin saber que decirle. Poco duró esta rápida escena; Doña Clara viendo que su hija no la seguía, volvió sobre sus pasos, y obligó á Clotilde á abandonar aquel paraje arrastrándola consigo.

Ambas se alejaron, seguidas del lacayo que, mudo testigo de aquella escena, llevaba al brazo la gran cest provista de ricos manjares...mientras la infeliz muger del rancho agonizante de hambre y de dolor arrastrábase por la tierra, estendiendo sus manos hácia los que se alejaban.

El lacayo, más sensible que sus patronas, se atrevió á interceder por la muger, diciendo á su señora:

—Si vd. desea, entregaré á esa infeliz algunas de las provisiones que llevo en la cesta...

—Cálla! imbécil...has creido acaso que he de repartir mi comida, con los miserables hambrientos que la soliciten?

El lacayo enmudeció temblando de miedo, pero no obstante, más generoso que su señora, procuró no ser vista de esta, y vació el contenido de la cesta cerca de la desventurada muger.

Mientras tanto Clotilde y su madre, habiendo llegado junto al carruaje que las esperaba, subieron á él dándo órden al cochero de dirigirse á la ciudad apresuradamente.

Hostigados por el látigo, los caballos emprendieron veloz carrera...mas á poco, un grito estridente, un grito horrible de dolor y de agonía, hizo detener al carruaje bruscamente, en medio de su marcha.

Doña Clara, con acento colérico quiso indagar el motivo de aquella detencion.

—Señora,—esclamó el cochero horrorizado,—hemos dado la muerte á una infeliz!

—Cómo!—esclamó Clotilde asomando su hermosa cabeza por la ventanilla del carruaje.

—Señorita,—dijo el cochero descendiendo del pescante—esta infeliz muger que yace en tierra parece que se habia herido con ánimo de suicidarse, pues se vé una pequeña daga en su mano derecha, y una herida en su pecho, apesar de esto, cuando hemos llegado aquí aun no había muerto, pero fatalmente á causa de la oscuridad las ruedas del coche han pasado sobre ella causándole la muerte....

—Dios mio!—esclamó Clotilde horrorizada—vea Vd., quizá no esté muerta...

El cochero ayudado por la luz de uno de los farolillos del carruaje examinó á la muger que yacía tendida en tierra.

Clotilde lanzó un grito y cerrando los ojos pálida como un lirio se replegó en un ángulo del carruaje.

La jóven había reconocido á la infeliz que poco ántes imploraba el ser socorrida por ellas.

Doña Clara testigo de esta escena, habíase contenido á duras penas hasta que al fin esclamó:

—Adelante cochero! no hemos de detenernos nuevamente; por esa miserable, siga Vd. que bastante tiempo hemos perdido inútilmente!

Y Doña Clara Porto Rico de Pinheiro, como si tal cosa hubiera ocurrido, se arrellanó sobre los mullidos almohadones de raso, contemplando con indiferencia la tormenta que en aquellos instantes se desencadenaba con mayor fuerza.

Clotilde...lloraba mientras tanto!

Oh! ante aquel cuadro de barbárie, el corazon de la jóven habíase estremecido, despertando al parecer de un pesado sueño; aquel drama que acababa de tener lugar había hecho crecer en su alma repentinamente la sensibilidad; en aquel instante sintió su espíritu sacudido por emocion desconocida, y parecióle que comprendía mejor lo que la rodeaba.

Clotilde lloraba, Clotilde sentía, luego estaba salvada!...

CAPITULO III.

I—

Caridad

—

Contiguo á la casa de Clotilde habitaba un jóven pintor llamado Cárlos: vivía en compañía de su anciana madre.

Era aquel un tipo simpático y de un físico tan hermoso como delicado; de cutis blanco, ojos azules pelo castaño oscuro, rizado naturalmente y de figura gallarda y elegante.

Cárlos, solo contaba para vivir con el producto de sus cuadros, verdaderas obras de ingenio y apesar de que aquellos eran de mérito indisputable los vendía siempre por un mísero precio. Nunca podía librarse de aquel estado aflictivo de pobreza en que se hallaba, lastimándole más que nada las privaciones de su madre á la cual adoraba.

Un dia, concibió el proyecto de pintar un cuadro representando la Caridad y exhibir aquella obra solicitando la proteccion del Gobierno de su patria.

Dió principio á su idea y pocos dias despues era terminado el gran cuadro representando la Caridad.

El lacayo, más sensible que sus patronas, se atrevió á interceder por la muger, diciendo á su señora:

—Si vd. desea, entregaré á esa infeliz algunas de las provisiones que llevo en la cesta...

—Cálla! imbécil...has creido acaso que he de repartir mi comida, con los miserables hambrientos que la soliciten?

El lacayo enmudeció temblando de miedo, pero no obstante, más generoso, que su señora, procuró no ser vista de esta, y vació el contenido de la cesta cerca de la desventurada muger.

Mientras tanto Clotilde y su madre, habiendo llegado junto al carruaje que las esperaba, subieron á él dándo órden al cochero de dirigirse á la ciudad apresuradamente.

Hostigados por el látigo, los caballos emprendieron veloz carrera...mas á poco, un grito estridente, un grito horrible de dolor y de agonía, hizo detener al carruaje bruscamente, en medio de su marcha.

Doña Clara, con acento colérico quiso indagar el motivo de aquella detencion.

—Señora,—esclamó el cochero horrorizado,—hemos dado la muerte á una infeliz!

—Cómo!—esclamó Clotilde asomando su hermosa cabeza por la ventanilla del carruaje:

—Señorita,—dijo el cochero descendiendo del pescante—esta infeliz muger que yace en tierra parece que se habia herido con ánimo de suicidarse, pues se vé una pequeña daga en su mano derecha, y una herida en su pecho, apesar de esto, cuando hemos llegado aquí aun no había muerto, pero fatalmente á causa de la oscuridad las ruedas del coche han pasado sobre ella causándole la muerte...

—Dios mio!—esclamó Clotilde horrorizada—vea Vd., quizá no esté muerta...

El cochero ayudado por la luz de uno de los farolillos del carruaje examinó á la muger que yacía tendida en tierra.

Clotilde lanzó un grito y cerrando los ojos pálida como un lirio se replegó en un ángulo del carruaje.

La jóven había reconocido á la infeliz que poco ántes imploraba el ser socorrida por ellas.

Doña Clara testigo de esta escena, habíase contenido á duras penas hasta que al fin esclamó:

—Adelante cochero! no hemos de detenernos nuevamente; por esa miserable, siga Vd. que bastante tiempo hemos perdido inútilmente!

Y Doña Clara Porto Rico de Pinheiro, como si tal cosa hubiera ocurrido, se arrellanó sobre los mullidos almohadones de raso, contemplando con indiferencia la tormenta que en aquellos instantes se desencadenaba con mayor fuerza.

Clotilde... lloraba mientras tanto!

Oh! ante aquel cuadro de barbárie, el corazon de la jóven habíase estremecido, despertando al parecer de un pesado sueño; aquel drama que acababa de tener lugar había hecho crecer en su alma repentinamente la sensibilidad; en aquel instante sintió su espíritu sacudido por emocion desconocida, y parecióle que comprendía mejor lo que la rodeaba.

Clotilde lloraba, Clotilde sentía, luego estaba salvada!..

CAPITULO III.

I—

Caridad

—

Contiguo á la casa de Clotilde habitaba un jóven pintor llamado Cárlos: vivía en compañía de su anciana madre.

Era aquel un tipo simpático y de un físico tan hermoso como delicado; de cutis blanco, ojos azules pelo castaño oscuro, rizado naturalmente y de figura gallarda y elegante.

Cárlos, solo contaba para vivir con el producto de sus cuadros, verdaderas obras de ingenio y apesar de que aquellos eran de mérito indisputable los vendía siempre por un mísero precio. Nunca podía librarse de aquel estado aflictivo de pobreza en que se hallaba, lastimándole más que nada las privaciones de su madre á la cual adoraba.

Un dia, concibió el proyecto de pintar un cuadro representando la Caridad y exhibir aquella obra solicitando la proteccion del Gobierno de su patria.

Dió principio á su idea y pocos dias despues era terminado el gran cuadro representando la Caridad.

La obra no dejaba nada que desear; los contornos bien trazados, la escena natural y sencilla, y los tonos suaves y bien armonizados. Al instante se comprendia que el pintor había sido inspirado por Dios, dando á sus paletas los colores de la verdad, de la sencillez y de la sensibilidad. Tras de aquel lienzo se adivinaba el alma poética y hermosa de Cárlos que había sabido imprimír á su cuadro el sello de la belleza inmortal.

No podían contemplarse aquellos razgos divinos, sin sentir el espiritu emocionado.

Cárlos envió su cuadro al Gobernador, acompañado de una sentida carta.

Era el Gobernador, un hombre digno por todos conceptos, aunque divididas entónces, las opiniones políticas, corrian respecto á él versiones poco favorables. Cárlos recto y justo en sus juicios jamás pudo condenar un Gobierno como el de su patria, que lejos de proporcionar males como aseguraban sus enemigos, el pueblo le era deudor de grandes bienes.

Mas, la ceguedad de los partidos contrarios creaban é inventaban crímenes imaginarios, haciendo fuertes cargos al gobierno de aquellos hechos que nunca habían llegado á sér.

Mal puede un Gobierno sanguinario, acostumbrado á cometer crímenes y atropellos cien veces al dia, tener dispuesto su corazon, á acallar la menor queja del infortunio, conservando la sensibilidad del alma, la generosidad del corazon, y la nobleza del sentimiento.

El Gobernador al cual Cárlos envió su cuadro, poseía las más bellas cualidades, apesar de que sus enemigos le calumniaban anhelando que el pueblo solo viera en él el leon dispuesto á devorarle.

El Gobernador recibió el cuadro, se impuso de la carta escrita por Cárlos, consideró la situacion del jóven y reconóciendo su talento, decidió protejerlo, facilitándole los medios de seguir adelante en su carrera artística.

El Gobernador, impulsado por sus generosos sentimientos, no hizo esperar su contestacion, y dos dias despues Cárlos recibía un pliego por el cual se le comunicaba que su cuadro habia sido comprado por el Gobierno en mil patacones, asegurándole á más desde aquel momento una pension que e ponía en actitud de poder continuar sus estudios.

Cárlos elevó al cielo sus ojos en accion de gracias; comprendió que su cuadro no valia tanto y que el Gobierno obraba así por impulso generoso, Ya tenía para su madre todas aquellas comodides que habia anhelado proporcionarle!

El reconocimiento del jóven artista era estremado, su gratitud inmensa, y no cesaba de bendecir al generoso protector que le había librado tan oportunamente, de la más angustiosa miseria.

—Ah!—murmurába el jóven—he ahí como puede llamarse á un Gobierno, padre de su pueblo, protegiendo la honradez y el trabajo!

Cárlos depositó toda la cantidad que acababa de recibir en pago de su cuadro, en las manos de su madre, esclamando.

—Madre mia, administralo tú, en tus manos tendrá más valor que en las mias!

—Hijo,—dijo la buena madre—de este socorro inesperado, justo es que dediquemos una parte para aliviar la desgracia de algunos infelices que como nosotros sufrirán escaceses y miserias sin que mano caritativa las alivie Seamos su providencia, que Dios nunca nos faltará!

—Benditas sean tus palabras, madre mia!—esclamó el jóven imprimiendo un ósculo de amor y respeto en la frente de su madre—divide por igual esa cantidad, y pon en obra tus pensamientos grandes y caritativos!

—No sabes tú, Cárlos, la felicidad que esperimento en ver la bondad y belleza de tu corazon! conserva siempre esas ideas, de compartir lo poco que tengas con los que nada poseen, y serás feliz, «porque el que dá á los pobres duplica su capital, y Dios llenará sus arcas.» El hará descender sobre su cabeza todas sus gracias y bendiciones!

La buena anciana salió de su casa, llevando consigo la mitad del dinero que aquel dia habian recibido, su paso era rápido; el deseo de hacer bien prestábale fuerzas y ánimo.

—Oh!—murmuraba mientras caminaba—la miseria vergonzante es la más dolorosa y la más digna de auxilio, corramos á casa de esa madre que jime de necesidad con sus dos hijitos, y luego al mísero cuarto de esa otra pobre jóven que sucumbe de miseria al lado de su padre ciego.

La generosa anciana se detuvo ante una miserable viviend-

y penetrando en ella fué á llamar á la puerta de un cuarto, situado en el segundo patio de aquella casa.

Nadie contestó, pero se dejo oir un ahogado gemido.

La anciana empujó la puerta y entró.

Un tristísimo cuadro se ofreció á su vista.

En un rincon del pequeño cuarto, tendida en el suelo se veía una mujer de regular edad, cuyo rostro estremadamente demacrado, atestiguaba un estado de estremada miseria; á su lado se veían dos niños de corta edad que lloraban pidiendo pan. . .

En aquella pobrísima habitacion solo se veía un catre, una silla y una pequeña mesa, todo en estado ruinoso.

Los niños al ver á la anciana corrieron hácia ella, esclamando:

—Mamá se muere!. . .pan. . .pan. . .

—Pobres criaturas! infeliz mujer ! esclamó la anciana acariciando á los niños y depositando como pudo en el mísero lecho el inanimado cuerpo de la madre.

Los niños no cesaban de llorar de un modo desgarrador.

—Vamos no hay que aflijirse, callad hijos mios, voy á traeros pan y otras cositas,—dijo la anciana disponiéndose á salir.

El llanto de los niños cesó como por encanto.

—Vuelvo en seguida,—repitió la anciana—cuidad de vuestra madre que yo al momento estaré de regreso.

La generosa madre de Cárlos salió y dirijiéndose á un restaurant allí cercano, compró de paso una cesta y acomodó en ella algunas provisiones, consiguiendo tambien una taza de caldo. Con la cesta en un brazo y llevando en sus manos la taza, la anciana penetró de nuevo en la mísera habitacion donde los niños esperaban. . .

La anciana depositó en el suelo la cesta, y arrodillándose para mayor comodidad, dió algunas cucharadas de caldo á los niños, y un gran trozo de queso y pan á cada uno de ellos.

Los niños gozosos, besaban las manos de la anciana, llorando de alegría.

La madre de Cárlos lloraba tambien de enternecimiento! y cuando los niños la dejaron libre de sus trasportes de alegría, se aproximó al lecho donde yacía aun sin conocimiento la infeliz madre de los pequeñuelos.

La anciana pasó su brazo bajo el cuello de aquella, é incorporándola un poco le hizo tragar alguna porcion de caldo; la pobre muger respiró y abrió los ojos. La anciana repitió la operacion, haciéndola apurar todo el contenido de la taza.

—Mis hijos!...—murmuró la infeliz, con acento desfallecido.

—Ya han comido, Mercedes—dijo la anciana.

—Oh! gracias, señora!...cuánto os debo!

—Callad!—contestó la anciana cojiendo la cesta que habia traido; aquí os dejo unas provisiones y algun dinerillo y... confianza en Dios! Me voy porque hago falta en otra parte...

Al decir aquellas palabras la anciana había depositado sobre la mesita algunas de las provisiones que tenía la cesta, y dejando tambien una cantidad de dinero salió de la humilde estancia colmada de bendiciones.

—Gracias! Dios mio, que me permites hacer estas buenas obras!— murmuró la anciana ya en la calle, caminando de nuevo con la cesta al brazo, y con paso acelerado.

Llegó á un ranchito muy pequeño, casi ruinoso, y penetró en él sin llamar.

Un nuevo cuadro de desdicha se ofreció á sus ojos.

Sentado en un banco de madera, se veía un anciano ciego, tan concluido y aniquilado que parecía un espectro; el infeliz devoraba un pedazo de pan duro y ennegrecido...

Cerca de él, apoyada contra la pared, se veía una preciosa jóven como de 19 años, que contemplaba á su padre bañada en lágrimas, y con las manos juntas en actitud de orar; en aquella niña la miseria había hecho estragos, pero apesar de su estremado enflaquecimiento, admirábase los notables razgos de una candorosa y pura belleza.

Al ruido que hizo la anciana al penetrar en el rancho, se volvió la jóven y dió un paso para salir á su encuentro, pero ya sea por la emocion y sorpresa que le causó ó ya por la debilidad estrema que parecía postrarla, no pudo sostenerse y cayó de rodillas.

La anciana se encaminó rectamente hácia el pobre ciego y quitando de sus manos el pan duro y ennegrecido, puso en ellos uno blanco y tierno.

El anciano dió un grito; empezó á devorar con ánsia aquel

manjar para él delicioso, y tendiendo una de sus manos asió las ropas de la madre de Cárlos esclamado:

—Quién!. . . quién ha sido el ángel?. . .

—La caridad!—dijo la anciana conmovida.

—Bendita sea ella!—esclamó el infeliz ciego con efusion.

La anciana sacó de su cesta otro panecillo dándoselo á la jóven, que en silencio lo devoró con ánsia. . .

La infeliz niña estaba muerta de hambre, y por no aflijir á su padre había sofocado sus gemidos, para que este no se negase á aceptar el pedazo de pan, negro y duro, que por casualidad había conseguido.

La anciana, continuando su generosa obra, entregó á la niña, fiambres y otros alimentos, diciéndole:

—Para tí y tu padre; en seguida vuelvo; veré si por ahí consigo caldo, sería muy bueno, porque es un alimento sano y nutritivo.

Salió diciendo esto, volviendo á poco con dos tazas de caldo, una para la jóven y otra para el pobre é infeliz anciano.

—Y mi María?—preguntó el ciego estendiendo sus manos.

—Aquí estoy, padre mio!—dijo la jóven acercándose al anciano.

—Oh! hija mía, ven, asi, cerca de mí; quiero sentirte, tenerte á mi lado! bendita sea la caridad María, que nos socorre tan generosamente!

—Oh! si, bendita sea, padre mio!—esclamó la jóven besando las manos de la anciana.

—Vamos, no quiero eso!—dijo la anciana derramando lágrimas, y atrayendo á María junto á su pecho.

—Oh! Señora!—esclamó el ciego—Dios haga dichosos á Vd. y á su buen hijo! ustedes que acallan nuestro hambre, se verán colmados de felicidad porque son buenos y caritativos!

—El ser bueno no es un mérito sino un deber! Dad gracias á Dios porque mientras nosotros tengamos, nada os faltará á vosotros. Yo y mi hijo tenemos hambre de hacer bien; hambre que solo se acalla con la ejecucion de obras de caridad. Hoy que, gracias á Dios contamos con recursos, podemos satisfacer nuestros deseos siguiendo los impulsos del corazon.

El anciano ciego y su jóven hija estrecharon las manos de la madre de Cárlos.

—Me vóy ya, amigos mios;—dijo la bondadosa señora disponiéndose á partir—permitid que os deje este dinero; con él podeis cambiar de habitacion por otra más abrigada que esta, y María podrá comprar ropas y una máquina de costura, que le proporcionará los medios de adquirir la subsistencia. Mi hijo les ruega que acepten este obsequio, que es del producto de su trabajo. Confiad en Dios, amigos mios y nada os faltará, pues él vela por sus criaturas y socorre y atiende con paternal amor á los que le piden con fé en el alma y resignacion y dulzura en el corazon!

La anciana abandonó el rancho, coronada de la invisible pero espléndida aureola de las bendiciones de aquellos corazones reconocidos, que habían sentido sobre sí la benéfica accion de la santa y bella caridad.

CAPITULO IV.

Dos almas que se comprenden

Cárlos y Clotilde, conocíanse de vista; la casa del jóven pintor contiguo á la de la opulenta viuda, había permitido á ambos jóvenes observarse mútuamente, pues sus respectivos balcones estaban casi unidos.

Desde el primer instante, Cárlos sintió por su bella vecina una viva simpatía, más guardó en el fondo de su alma aquel repentino sentimiento que poco á poco iba quitándole su tranquilidad y alegría habitual.

Contemplaba á Clotilde con arrobamiento, sintiendo que la simpatía que en un principio despertó aquella en su pecho íbase trasformándose en un amor vivo ó impetuoso.

Aquel potente sentimiento que se levantaba en el fondo de su pecho, inundando su corazon, le abrumaba con un peso terrible, al mismo tiempo que le hacía esperimentar goces tan dulces como desconocidas.

Cárlos, digno, pundonoroso, y de rectos principios trató de sofocar aquel naciente amor, comprendiendo desde el primer momento, que una barrera formidable lo separaba de

Clotilde. Él era pobre, ella millonaria; la union de aquellos dos seres era imposible atendiendo la dignidad y la delicadeza de Cárlos.

Clotilde indiferente, parecía no haber fijado la atencion en la impresion causada á su gallardo vecino; quizá aquella indiferencia fuera aparente, despechada por la reserva del jóven, y decimos esto, porque Clotilde más de una vez había dirijido disimuladas miradas hácia el balcon de Cárlos.

Clotilde en un principio había hecho ostentacion impertinente, de un orgullo fátuo para con su vecino, mas poco á poco aquella tiesura pedantezca fué desapareciendo; parecía que Cárlos había logrado impresionar á la altiva Clotilde que empezó á demostrar repentinamenete un modo dulce y gracioso; podría decirse que todas sus coqueterías iban rectas, como un flechazo, al corazon de Cárlos.

Ya Clotilde no desvió sus ojos con desagrado, cuando por acaso se encontraban con los de Cárlos; una simpatía muda había establecido sus hilos telegráficos de balcon á balcon.

Debemos hacer notar á nuestras lectoras que el cambio operado en el ánimo de Clotilde databa desde el dia mismo en que ocurrió aquel drama horrible é ignorado de todos, que siempre permanecia fijo en su mente.

Aquel cuadro de barbarie y de muerte había despertado los nobles sentimientos de Clotilde, aletargados hasta entónces por el ejemplo pernicioso de su madre.

Clotilde y Cárlos empezaron por saludarse, llegando muy pronto á cambiar algunas palabras entablando más tarde interesantes conversaciones.

Clotilde, impresionada sin embargo por completo, esperimentaba gran dolor al ver que Cárlos evitaba siempre aquellos momentos que ponían de manifiesto el aprecio que se profesaban.

—Oh! le soy indiferente!—esclamaba Clotilde ajena á la lucha que Cárlos sostenía en su pecho.

Llegó al fin un dia en que la jóven, dotada de un carácter vivo, turbulento, y apasionado, con ese disimulo propio de la mujer enamorada, sostuvo con Cárlos una conversacion tan hábilmente dirijida que vino á recaer precisamente en el punto deseado.

Cárlos insensiblemente dejóse arrastrar por su ardiente

amor, y declaró á la joven los sentimientos que abrigaba hácia ella.

Clotilde escuchó aquellas palabras estremecida de placer, su corazon palpitante de felicidad no pudo contener en su seno los desbordes de una pasion tan grande como tierna; su alma se ensanchó é inclinóse hácia aquella otra alma que le brindaba tan dulce alianza, y unidas así por un estrecho vínculo de amor, comunicáronse mutuamente sus perfumes castos y puros!

Sin embargo una nube de tristeza oscureció la noble frente de Cárlos.

Interrogado por Clotilde con cariño deseaba conocer el, motivo de aquella melancolia, él contestó.

—Oh! Clotilde amada, la pena que oscurece mi dicha es la imposibilidad de la realizacion de nuestros ensueños!... Ah! porque he revelado que os amaba!...

—Cómo! que dices, Cárlos?—preguntó Clotilde sobresaltada.

—Si, amada mia, nuestra union...es imposible!

—Cárlos, es ácaso que tú no me amas como dices?

—¡Clotilde!—esclamó el jóven con dolor—jamás profieran tus lábios esas palabras!...

—Entónces, quién puede, Cárlos, impedir la union de nuestros destinos?

—Yo!...

—Tú!...

—Si yo!...oh! Clotilde! porqué te conocí?...

Apoyó Cárlos su frente entre sus manos, guardándo silencio despues de aquellas palabras.

—Qué dices, Cárlos? cuáles son tus pensamientos? no soy digna acaso de tu confianza? porqué...

—Clotilde! Clotilde! mi delicadeza mi dignidad, y tu posicion.... me prohiben acercarme á ti! Yo, amiga amada vivo solo con el producto de mi trabajo...te adoro sí, Clotílde, con toda mi alma, dispuesto estoy a darte mi vida si así lo exijieras, mas he de morir con dignidad, y jamás he de humillar mi frente ante la verguenza que me proporcionaria un enlance tan desigual; la calumnia se cebaria en mi honra, tachándoseme de calculista y...

—Oh! Cárlos!—interrumpió Clotilde con entusiasmo—así quiero verte! mi corazon salta de gozo al escucharte; eres no-

ble, grande y delicado!...bien, ahora me toca hablar á mi!

Cárlos, miró á su amada con atencion, la entonacion que esta habia empleado al decir sus últimas palabras le hicieron una impresion estraña, pero dulsícima.

—Cárlos,—prosiguió Clotilde, dirijiendo al jóven una tierna mirada—¿qué dirias tú si te dijiera; carezco de fortuna, solo tengo por riqueza un corazon que te ama con pasion; soy pobre, como tú, y cifro mi única dicha en unir mi destino al tuyo, en ayudarte á trabajar, en compartir contigo una existencia tranquila, modesta, pero llena de los goces puros de un amor casto, dime Cárlos, que dirias tú?

—Ah! Clotilde esa seria la suprema felicídad para mi, pero todo esto no es mas que una ilusion...tú eres rica...

—Te engañas,—esclamó Clotilde con viveza cortando las palábras de su amante—soy pobre, oh! si, que dicha! pobre! pobre como tú!..

—Que dices? Clotilde, tu desvarias! ..seria cierta tanta ventura?

—Sí, Cárlos amado, desde este instante renuncio á mis riquezas, renuncio á mis millones, solo anhelo por única fortuna tu amor, tú eterno cariño!

—No Clotilde, te amo mucho, para consentir tan noble determinacion; no debes renunciar á una fortuna que hará quizá tú dicha, para unirte á un ser tan pobre como desgraciado, para vivir rodeada de privaciones y de amarguras!

— Cárlos...!tú no me amas! si así fuera no me habláras de esa manera! que mayor fortuna para mi que tú amor? que mayor dicha y ventura que vivir junto á tí? oh! Cárlos! comprendo tú nobleza, crees que pueda sufrir desechando mi fortuna, oh! nó, seamos los dos iguales y Dios bendicirá nuestra union!

— Clotilde querida! que buena y noble eres! es decir que renuncias á tus riquezas, á las comodidades que te rodean para compartir tú existencia con la mia? pues bien, yo trabajaré doble para así proporcionarte mayores comodidades, si tú dicha depende de mi amor, tú serás la mujer mas feliz del mundo!

Desde aquel instante la conversacion de los dos amantes fué un verdadero idilio de ternura.

Mientras tanto Doña Clara Porto Rico do Pinheiro completamente ajena á la escena que tenia lugar de balcon á balcon,

sonreía ante una idea alhagadora que de pocos dias á aquella parte no se apartaba de su mente.

Era la hora del crespúsculo vespertino, y mientras Clotilde en dulce plática gozaba con las manifestaciones amorosas del apasionado Cárlos, la orgullosa viuda do Pinheiro se preparaba á recibir en sus salones á un gran personaje de su país, que había anunciado su visita para aquella hora.

Bien pronto, oyóse la rotacion de un carruaje que paró ante la magnífica portada de la casa.

Clotilde desde el balcon, inclinóse con objeto de reconocer la visita que venía á interrumpir su amoroso coloquio.

Al descubrir al personaje que su madre esperaba con tanto anhelo, hizo un gesto de marcado disgusto.

—Cárlos, tenemos que separarnos—esclamó Clotilde dirijiéndose á su amado—ya ves, acaban de llegar visitas, si mamá no me vé en el salon vendrá á buscarme, y debemos evitar que conozca nuestro amor hasta el momento oportuno.

—Tan pronto!—dijo Cárlos con dulzura.

—Es necesario, amigo mio.

—Hasta cuando?

—Hasta mañana!

Clotilde tendió su mano al jóven, sonriendo con ternura, y Cárlos se apresuró á retener con cariño aquella mano tan querida, que bien pronto le habia de pertenecer.

Luego se separaron, aplazándose para el siguiente dia.

CAPITULO V.

—

Una madre desnaturalizada

—

Han pasado ocho dias.

Doña Clara Porto Rico do Pinheiro, y su hija Clotilde se hallaban reunidas en un pequeño saloncito: y parecia que algun asunto de grande importancia ocupa, la atencion de sus espíritus.

—Te he llamado, Clotilde,—decia en aquel momento la viuda—para comunícarte que un caballero de muy noble ca-

sa, dueño de una fortuna colosal, ha pedido tu mano, la que le ha sido concedida en el acto, pues el solitante es un hombre digno de tí.

Clotilde dejó hablar á su madre sin interrumpirla, pero luego que esta concluyó, dijo con calma y dignidad:

—Mamá, y tu sabes, si yo amo á ese hombre? tu le has concedido mi mano sin consultar mi corazon, lo mismo que si se tratára de hacer un negocio lucrativo, y no del porvenir de una hija!

—Clotilde!—esclamó la viuda, con enojo—tu deber es obedecerme!

—Mamá, siempre he acojido tus palabras y tus órdenes con el mayor respecto, pero ahora las cosas cambian de aspecto y sin olvidar la consideracion y amor que te debo, diré que se trata de mi felicidad, del porvenir de mi vida entera y que no puedo unirme á un hombre al cual no amo...ni amaré jamás!

—Reflexiona lo que dices, mi palabra está empeñada, y el casamiento se ha de verificar!

—Antes preferiré la muerte!—esclamó Clotilde con enerjía.

—Me desobedeceras?

—Mamá,...tú me exijes un imposible!

—Amas á otro?—preguntó la viuda con los ojos centellantes de ira.

Clotilde inclinó su vista y calló.

—Amas á otro? dí, responde?—repitió su madre, con creciente exaltacion.

Clotilde levantó su frente, y mirando con serenidad á la autora de sus dias, esclamó:

—Pues bien, sí!

—Su nombre! su nombre!—gritó Doña Clara, poniéndose rápidamente de pié.

—Escucha mamá,—dijo Clotilde sintiendo agolparse á sus ojos las lágrimas -amo á un hombre pobre de fortuna, pero rico de sentimientos; un hombre al cual he jurado dar mi mano, contando con tu voluntad, que esperaba no me faltaría: no necesitas saber su nombre, por ahora, puesto que no es de tu gusto, basta que sepas que él, con su pobreza, es más digno de mi, que el marido que me proponeis con todos sus poderes y riquezas!

Doña Clara, lívida de rabia, parecía que quería anonadar á Clotilde con su mirada.

Esta con la cabeza inclinada esperaba resignada el torrente de ira que iba á desbordarse sobre su indefensa cabeza.

—Hija indigna!—gritó Doña Clara ciega de furor—tú no mereces la mas lijera contemplacion! desechas las riquezas que tu madre te ofrece, para aceptar el oprobio de la miseria!...ah! oye mi última resolucion: aceptas en el acto al esposo que te designo, ó quedas desde este instante desheredada, olvidando tambien de que tienes madre en el mundo!

—Mamá! por piedad! es posible que demuestres tanta crueldad! No he sido siempre hija humilde y obediente?

—Calla! calla, miserable reptil! ¿aun te atreves á alzar la voz? ya conoces mi resolucion, ó aceptas el esposo que mi voluntad te destina, ó quedas desde este momento pobre y deshonrada!

—Deshonrada, nó! esclamó Clotilde, levantando su cabeza con fiero orgullo.

—Oh! sí; deshonrada perdida sin tener á quién volver los ojos, sin un apoyo...

—Lo tendrá en mi!—dijo una voz varonil á espaldas de Doña Clara Porto Rico do Pinheiro,

Esta se volvió rápidamente, contemplando con sorpresa y enojo, al que interrumpía sus palabras.

El que acababa de presentarse era Cárlos, que con los brazos cruzados sobre el pecho contemplaba la escena que tenía lugar en aquel aposento.

—¿Quién es Vd., para introducirse sin permiso en una casa que no es la suya?—preguntó Doña Clara, tratando de moderar su acento, descompuesto por el exceso de su furor.

—Soy, si Vd lo permite, señora, y da su conocimiento, el futuro esposo de Clotilde, y como tal vengo á ofrecerle desde ya, ese sosten que poco ha negaba Vd que pudiera encontrar...

—Vd., el futuro de mi hija? Vd., el que ella ama? un miserable pobreton! oh! y ha creido Vd. que yo, la opulenta é ilustre viuda do Pinheiro, iba á consentir semejante union? retírese Vd. en el acto de mi presencia, si no quiere que mis criados le hagan rodar por las escaleras!

—Señora—esclamó Clotilde, adelantándose—no me dá Vd. su consentimiento...

—Yo!—esclamó Doña Clara, dirigiéndose á su hija, en mirada terrible preñada de amenazas—oh! que desvergonzada! sal inmediatamente de mi casa! olvida de que para tí existo, hija indigna, miserable criatura! sal, y nunca mas vuelvas á ponerte ante mi vista; sal! quítate de aquí, porque no respondo de lo que podría hacer...

—¡Cárlos—murmuró Clotilde—mi madre me arroja de su casa!...—y la pobre jóven inclinó su cabeza y un torrente de lágrimas brotaron de sus ojos.

Cárlos se adelantó, y presentó su brazo á la jóven que apoyó en él abatida, y con vacilante paso, ámbos jóvenes salieron del salon en silencio, dejando á Doña Clara Porto Rico do Pinheiro, entregada á un paroxismo furioso.

Cárlos y Clotilde bajaron las escaleras silenciosos; el jóven condujo á su casa á su prometida, donde fué recibída con los brazos abiertos por la anciana madre de Cárlos.

Clotilde se precipitó sollozando sobre el seno de aquella otra madre que la providencia le deparaba como lenitivo de sus dolores, madre infinítamente mas noble en su pobreza, que la viuda do Pinheiro en su opulencia.

CAPITULO VI.

—

Castigo del cielo.

—

Han pasado cerca de tres años despues de los sucesos que acabamos de referir.

Nos hallamos á ocho leguas de Palmira (R. O.) en medio del campo; son las diez de la noche, y el frio intenso que se deja sentir, atestigua el rigor de la estacion ya avanzada de invierno.

El silencio es absoluto, solo interrumpido por el quejido de un ser que sufre en aquellas soledades.

A mucha distancia distínguese una débil luz, será quizá la

fogata que sirve, á algun *gaucho* habitador de aquellos parajes, para hacer su merienda, ó quizá un *rancho* en donde, al amor de la lumbre, la esposa diligente prepara á su compañero la cena que ha de restaurar sus fuerzas agotadas por el exceso del trabajo.

Pero aquella luz está léjos, muy léjos, y nadie puede oir el lamento que turba el silencio de la noche.

Las espesas nubes que ocultan á cada instante los resplandores de la luna, impiden reconocer al que, tendido junto á un árbol, exhala jemidos tan dolorosos.

Sin embargo, al débil resplandor de la luna, parece ser una mujer. así lo atestiguan sus ropas que flotan á impulso del lijero viento.

Aproximémosnos, lectora, y observemos; ya que no está en nuestra mano el auxiliar á la que sufre.

Gran Dios! qué vemos! ¿no nos engañan nuestros ojos? Doña Clara Porto Rico do Pinheiro, la opulenta viuda, la orgullosa y cruel millonaria, tendida en medio del campo, con los vestidos desgarrados, el rostro demacrado, con las huellas impresas del sufrimiento y del hambre!

Oh! qué significa este cambio? qué ha ocurrido en Doña Clara Porto Rico do Pinheiro, para que se halle abandonada en aquellas soledades, devorada por la fiebre del hambre?

Justo castigo del cielo!

La orgullosa y cruel italiana, despues de aquella terrible escena en que arrojó de su casa á Clotilde desheredándola, casó al poco tiempo con aquel mismo personaje que destinára ántes á su hija.

Era aquel hombre un jugador insigne, arruinado y cargado de deudas; al verse dueño de la cuantiosa fortuna de su mujer, empezó á derrochar sin tasa, jugando en la carpeta verde sumas considerables. Perseguido por la justicia, por una gran falsificacion descubierta sin lograr ser capturado, huyó, llevando consigo todas las riquezas de su mujer, á la cual dejaba en la calle, en la última miseria.

Como se vé, Doña Clara Porto Rico do Pinheiro, no tardó en recibir el castigo de sus maldades.

Miéntras vivió en la opulencia, no necesitaba de nadie, el dinero allanába todas las dificultades que ante su paso se interponían, mas vino la miseria y nadie escuchaba su clamores; por

do quiera que dirigía sus ojos solo veía séres que en otro tiempo ella habia humillado, negándoles hasta el mas pequeño socorro.

La orgullosa mujer que nunca suplicaba, se vió entónces en la necesidad de implorar la caridad pública de puerta en puerta.

El castigo no podia ser mas evidente.

—Oh! Dios—esclamaba elevando al cielo sus ojos—perdon! apiadaos de mi y concededme vuestro socorro! Ah! Señor, si me volvierais mí fortuna, enmendaria los daños causados por mi crueldad. . .Mientras tuve fortuna, inspirada por el espíritu del mal, que se había posesionado de mi corazon, solo abrigaba pasiones ruines, tenia hambre de placeres, de riquezas, de dominio; desconocía los nobles sentimientos del alma y solo aspiraba á gozar de lo que tenía, sin importarme de los demas, sintiendo un placer estraño siempre que hacia mal. . . oh! Señor, perdonadme! . .Si me hicierais nuevamente rica, yo os prometo perseguir el ideal de la caridad, siendo su apóstol mas ferviente!

Doña Clara imploraba en vano. Había sido indigna y mala y debia sufrir su castigo. En la tierra es donde todo se paga!

Rodando de un punto á otro, Doña Clara fué á dar cerca de Palmira; donde la acabamos de encontrar muerta de hambre y estenuada de fatiga.

Serían las diez de la noche cuando Doña Clara logró ponerse en pié, y apoyándose en un grueso palo comenzó á caminar con paso lento y fatigoso.

Al verse en aquel estado, un recuerdo vino á martirizar su alma profundamente lacerada.

Acordóse de aquella infeliz mujer que en un tiempo solicitó su proteccion, muerta de hambre y de dolor, habiéndola desechado sin socorrerla, y destrozándola luego con las ruedas de su carruaje!

Aquel recuerdo la agobió, tuvo necesidad de apoyarse nuevamente en el tronco de un árbol.

Elevó al cielo una mirada, y luego continuó su fatigosa marcha, deteniéndose á cada paso para tomar aliento; llegó ya muy tarde al humilde ranchito, del cual salía la luz de que más ántes hablamos.

Doña Clara llamó á la puerta que acababa de ser entornada. Abrióse esta, presentándose en su umbral una mulata

jóven, que invitó á entrar á Doña Clara, preguntándole con solicitud qué quería.

—Tengo hambre!—fué la única palabra que pudo articular, y cayó desvanecida junto á la puerta.

—Pobre mujer!—esclamó la mulata, corriendo hácia Doña Clara.

—¿Quién es, Rosa?—preguntó una voz desde el interior del rancho.

—Una desgraciada, madre, que dice que tiene hambre!—contestó la llamada Rosa, con acento de conmiseracion.

—Pobre infeliz! ayúdala á entrar....

—Madre, ha caido al suelo, parece que está sin sentido; quizá el hambre la ha debilitado de este modo...

Acudió junto á Rosa, otra mulata de mas edad, y entre ella y su hija depositaron en la única cama que había el inanimado cuerpo de Doña Clara.

La mulata mas vieja, llamada Teresa, corrió al *fogon* que había en el ángulo opuesto al que estaba la cama, volviendo en seguida con una taza de caldo.

Rosa pasó su brazo bajo la cabeza de Doña Clara, alzándola un poco para que Teresa le diera el caldo; no bien sintió Doña Clara los efectos del nutritivo líquido, sus ojos empezaron á abrirse y notóse en su rostro una lijera animacion.

Pero esta fué momentánea porque volvió á caer en un estado de alertargamiento bastante sério.

—Dios mio!—esclamó Rosa—como hacerla volver en sí?

—Ya verás como yo la animo,—dijo la mulata vieja,—además del hambre, esta pobre señora parece que ha pasado grandes frios...

Diciendo esto, Teresa puso al fuego que ardía en el hogar una pequeña vasija en la que preparó aceite caliente; cuando este estuvo bien lo apartó del fuego, y dió con él unas fricciones al helado cuerpo de Doña Clara, volviendo á darle mas caldo.

Esta vez Doña Clara recobró con mas precision la animacion que ántes la abandonó y pudo hacerse cargo de su estado.

Doña Clara espresó su gratitud á las dos mulatas, con una espresion tan tierna y reconocida que Teresa le dijo:

—Vamos, señora, nuestra conducta no merece elogio, es

muy justo lo que hacemos; con que así no hay que hablar.

Aquella franca palabra hizo derramar lágrimas de reconocimiento á Doña Clara, y ante tan noble comportamiento acudieron en tropel á su mente los mil episodios de su vida, recuerdos tan amargos y dolorosos que, en el estado que se hallaba, lograron impresionarle tan vivamente que volvió á perder el conocimiento, pero esta vez de una manera alarmante.

Pasó toda la noche en un estado de fiebre estraordinario siendo atendida cuidadosamente por Rosa y Teresa.

Al siguiente dia la calentura pareció ceder un tanto. En ese momento de lucidez, en que el delirio abandonó á la enferma por un breve tiempo, dirigió una mirada en torno suyo esclamando:

—Siento que la vida me abandona...oh! buenas mugeres! cuanto os agradezco vuestros cuidados!...Yo he sido una mujer muy mala, y no merezco ni estos cuidados que me dispensais en los últimos instantes de mi vida!...

----Quién piensa ahora en morirse?----dijo Teresa enjugando con la punta de su delantal las lágrimas que las palabras de Doña Clara habían arrancado á su corazon generoso---dice que ha sido mala? vá, señora, no hay que pensar en eso ahora; está Vd. arrepentida segun sus palabras, y Dios la habrá ya perdonado.

----Oh!---esclamó Doña Clara, cuya voz iba debilitándose por grados----he sido muy mala sí...me he gozado siempre en hacer mal...he negado pan al menesteroso, auxilio al desvalido, ah! y deseché á una infeliz madre que acababa de perder á su hijo y precipité su fin atropellándola con mi carruaje! Justo Dios!...mas tarde me he visto miserable como aquella desventurada muger...oid mas!...en mi ciega ambicion desheredé á mi hija, porque se negaba á aceptar la desgracia que yo queria ofrecerle por la fuerza...ah! no es esto todo, en mi crueldad repudié á mi hija, arrojándola de mi casa...lanzándola quizá en los brazos de la perdicion si no la ha guiado su buen instinto y sólidas virtudes...Dios mio!....Dios mio, perdon! perdon, por tantas maldades!...

Teresa y Rosa lloraban; aquel acento vacilante, parecíales escucharlo de lábios de un moribundo, que hacía la confesion de sus faltas.

No se equivocaban.

Doña Clara Porto Rico do Pinheiro, cayó en un desmayo mortal del cual no volvió mas!

Su alma había abandonado este mundo, léjos de su familia y amigos, entre personas estrañas, y en un humilde rancho, ignorado en medio los campos!

....

....

CAPITULO VII.

—

Clotilde

—

La hija de Doña Clara, ignoró siempre el triste fin de su madre.

Despues del dia aquel en que Doña Clara, despojada de sus sentimientos de madre, arrojó á Clotilde de su casa, un mes mas tarde, la jóven se unía al noble y virtuoso Cárlos, el que juró, al pié de los altares, hacer eternamente feliz á la digna compañera que el destino le confiaba. Realizado el matrimonio, el jóven pintor, en compañía de su anciana madre y de su jóven esposa, partió para Buenos Aires por una temporada.

Ya en esta ciudad, tuvo Clotilde noticia del estado de su madre, y de lo ocurrido mas tarde con el personage que se unió á esta. Al tener conocimiento de la miseria en que yacía Dona Clara, Clotilde envió en socorro de su madre á un pariente de Cárlos, mas este no dió con Doña Clara por haberse ausentado ya de Montevideo.

Solo el recuerdo de su madre, turvaba la dulce paz que disfrutaba la jóven esposa, en el seno del más venturoso de los hogares.

Cárlos y su anciana madre adoraban á la buena y hermosa Clotilde.

Eran tres corazones unidos por un mismo sentimiento, verdadero lazo de flores de la vida íntima!

La suerte favoreció á Cárlos, mejorando notablemente su posicion,

Clotilde y su madre política pudieron entónces ejercer la caridad como anhelaban, socorriendo á innumerables familias pobres, que gemian en la miseria.

La noble jóven siempre que hacía una buena obra era en nombre de su madre, pidiendo á Dios que estos actos de caridad borraran las faltas cometidas por aquella.

—Mi alma irá siempre en pos de la justicia, de la virtud y del divino amor! Otros padecen de hambre material y han menester de alimento para sustentar el cuerpo; mi alma tendrá hambre moral; anhelará constantemente la caridad, los bienes, para derramarlos á manos llenas sobre los infelices y los desheredados...oh! madre mía, yo borraré tus faltas, recojiendo para tí las bendiciones de la gratitud!

Tuvo Clotilde una hermosa niña y púsole el nombre de Clara, recordando á su desgraciada madre. Enseñóle á su hija á amar la memoria de su abuela y á bendecirla. Esta conducta demostraba la hermosa alma de Clotilde.

La hermosa niña creció llena de perfecciones morales y de bellezas físicas.

Cárlos idolatraba á su hija, amando cada dia más á la buena Clotilde.

La anciana madre del jóven pintor contemplaba satisfecha este cuadro de felicidad, creyendo firmemente que aquella dicha era el premio que Dios les otorgaba, porque ceñian á sus frentes la sagrada corona del deber y de la virtud, guirnalda entretejida por los ángeles con el aroma del amor y las lágrimas de la dicha!

Fin del libro IX.

LIBRO DÉCIMO

DAR DE BEBER AL SEDIENTO

DAR DE BEBER AL SEDIENTO

El que tenga sed que venga á mí. Si qnis sitis, veniat ad me! (*Jesucristo*)

Que otros beban en la copa de los placeres y acudan á las ponzoñosas, cisternas del mundo...Mi alma no tendrá paz ni felicidad sino cerca de las fuentes divinas de la justicia, de la pureza y de la virtud, rios de amor en los que apagan su sed los elejidos y los ángeles.

***

"Consolar al que está triste,
"Dar de comer al hambriento
"Dar de beber al sediento,
"Vestir al que ha menester."
Son obras santas que el hombre
Debe ejercer en el mundo
Calmando el dolor profundo
Mitigando el padecer
(CLARA LOPEZ.)

CAPITULO I.

Adela

En una pequeña aldea de España llamada Villal-villa, acostumbraban á pasar el verano en su hermoso palacio el conde Conrado Castilloreal, su hija Adela, y una sobrina de aquel llamada Inés.

El conde era un hombre ya entrado en años, de aspecto noble, aristocrático y de carácter franco y digno.

Había tenido la desgracia de perder á su esposa muchos años atrás, cuando su hija era aun muy niña, y aunque en aquel tiempo el conde podía haber aspirado á un segundo

amor, porqué era jóven todavía y poseía á más una cuantiosa fortuna, sin embargo, en el santuario de su corazon solo una imágen habia ocupado su altar, y á la muerte de aquella, el digno esposo juró sobre el sagrado sepulcro de su compañera no dar á su hija una segunda madre, que jamás podría ocupar el lugar que ella había dejado.

Fiel á su promesa, el conde habíase mantenido viudo, cifrando toda su dicha en el cariño de su adorada hija, que contaba á la sazon diez y ocho primaveras.

Era Adela un prodigio de hermosura. Alta, blanca, de cutis fino y suave como la hoja de la rosa de cabellos rubios, de ojos azules; de cándido y tierno mirar, todo en Adela era en fin dulce y atrayente haciéndola, doblemente simpática, la ingénua y tierna espresion de su bello y candoroso semblante.

Poseía Adela un corazon de oro, dispuesto siempre á prodigar el bien y á dar consuelo al caido. La generosa jóven no omitía jamás sacrificio alguno por el bien de los desgraciados que la rodeaban, por esto era querida y respetada de todos cuantos por dicha la conocían.

Imposible verla, y no amarla; dotada de un carcter dulce y complaciente, le interesaba siempre lo que se le decía, se amoldaba á todos los sentimientos, y llena de amables atenciones dejaba satisfechos y contentos á cuantos se le acercaban. Adela jamás había conocido la hipocresia y espresaba sencillamente y sin afectacion los sentimientos genuínos de su alma bella.

Sus modales llenos de gracia y atraccion cautivaban, notándose hasta en sus menores acciones ese sello de delicadeza y finura, que no se puede finjir y que revela siempre la existencia de un alma hermosa, y de un corazon tierno y abnegado.

Vivía en compañia del conde y de su hija, como dijimos al principio, una sobrina de aquel llamada Inés. Esta niña era el reverso de la medalla comparada moralmente con su prima Adela.

Inés era hermosa, muy hermosa; de cutis lijeramente moreno, ojos negros, razgados, guarnecidos de luengas pestañas; aquellos ojos eran bellísimos, pero de una espresion dura, enérjica y viva; alguien ha dicho que en los ojos se trasparenta el alma; la de Inés debia de ser

muy cruel, porque así pareca atestiguarlo la espresion de su mirada.

Huérfana de padre y madre, solo tenía en el mundo á su tio, el conde Castilloreal, y á su prima Adela, los cuales la amaban apesar de sus defectos, hijos quizá de una mala direccion.

Inés habia perdido á sus padres desde muy niña, quedando entónces al cuidado de una familia amiga que la adoptó por algunos años, hasta que el conde la recojió en su casa.

Contaba Inés la misma edad de su prima Adela.

En la tarde que comienza nuestra historia, hallábase el conde en el jardin de su casa de campo, en compañia de Adela é Inés, gozando todos de la sombra deliciosa y agradable frescura de aquel parage, perfumado con las emanaciones de las flores.

La casa del conde estaba situada algo fuera de la aldea; conocíase en la villa con el nombre de *el palacio nevado*, llamado así por la deslumbrante blancura de sus paredes esteriores, forradas de marmol blanco, de un aspecto bellísimo, situado como estaba el palacio en el centro del gran jardin.

Era tanto su encanto y poesía, que los viajeros se detenian con asombro á contemplar el hermoso *palacio nevado*.

Decíamos que el conde, su hija é Inés, disfrutaban del delicioso ambiente saturado de perfumes suavísimos, emanados de las delicadas y aromáticas plantas, que poblaban el gran jardin.

Era la caída de la tarde.

El conde, recostado en un cómodo sillon, saboreaba un cigarro habano, á su derecha, se veía á Adela, vestida con un vaporoso traje blanco ceñido á la cintura por una cinta celeste; sus rubios cabellos peinados coquetamente en dos gruesas trenzas, descansaban sobre sus hombros, descendiendo hasta tocar la tierra; algunos jacintos blancos, entrelazados con jazmines, aparecían entre las ondas de sus cabellos; tal era el sencillo atavío de la jóven condesita, en los momentos que la presentamos al lector, bordando en un pequeño bastidor un delicado pañuelo de batista.

A corta distancia de esta, Inés leía un libro cuya lectura era escuchada por el Conde y su hija.

Vestía Inés un traje de tela trasparente color de rosa, adornado sencillamente con blondas negras de seda, sus sedosos y hermosos cabellos sujetos en parte por una peineta de nácar, flotaban en gruesos y flexibles rizos sobre sus hombros; una margarita punzó dejaba ver su vistosa corola entre las ondas de aquella negra y flotante cabellera.

Largo tiempo hacía que Inés leía y el conde y Adela escuchaban, cuando de imprevisto fueron interrumpidos por un lamento de dolor, cuyo sonido parecia partir de la puerta principal de la verga de hierro que daba entrada al jardin.

Al escuchar aquel lamento, aquella queja exhalada á no dudar por algun ser que sufría, el conde se incorporó en su asiento, Inés solo dejo de leer, sin dar muestra de inquietud ni de interés, mientras que Adela, la jóven condesita alzándose vivamente de su asiento y dejando el bastidor sobre la silla que ocupaba, se dirijió rapidamente hácia el sitio de donde partía el quejido de angustia que pocos momentos ántes habíase escuchado.

Siguió el conde á su hija, quedando Inés por un momento enteramente sola, murmurando algunas palabras incoherentes, molestada al parecer por aquella interrupcion.

Movida por la curiosidad no tardó Inés en seguir al conde, atraida por las voces de su prima, y deseosa de saber lo que ocurría.

—Oh! Inés,—dijo Adela con doloroso acento, no bien vió á su prima—mira este infeliz que hemos encontrado casi desmayado junto á la verja del jardin!... se muere de hambre y de fatiga...pronto Inés, pronto, llama á los criados!

—Prima—repuso Inés con acento brusco é inhumano—reflexiona que ese hombre puede ser un malhechor que pretende introducirse en nuestra casa, á mas, no ves que es un leproso! oh! que horror!...

—Inés!—esclamó Adela, interrumpiendo á su prima con dolor—es un infeliz enfermo, hemos de abandonarlo por

eso? ah! el desgraciado ha caido vencido por el hambre y la fiebre que le devora!

—Y bien Adela, yo en tu lugar me apartaria de él con horror, ah! hasta repugnancia tendría de darle una sola gota de agua!

Adela iba á contestar á aquellas imprudentes frases, cuando apareció el conde seguido de sus criados. . .

El conde no habia podido oir el diálogo de los jóvenes, pues desde el momento que vió al desventurado enfermo, habíase ausentado al interior de la casa, para dar órden de socorrerle inmediatamente.

Ayudado de sus criados, el conde apoyo una rodilla en tierra é introdujo en la boca del infeliz enfermo algunas gotas de agua preparadas con eter y azahar, repitiendo la operacion muchas veces hasta que logró que el enfermo se animára.

El desgraciado por medio de señas demostró su gratitud.

La debilidad parecía haberle quitado el uso de la palabra solo sabían de su garganta sonidos apénas inteligibles.

Aquella escena tenía lugar junto á la puerta de entrada, de la verja que rodeaba el jardin.

A poca distancia, una niña como de diez años contemplaba aquel cuadro con estrañeza y esa curiosidad propia de las jentes de aldea.

Vestía la niña pobre pero graciosamente, un vestido de percal floreado, color flor de romero, que dejaba ver una pierna rolliza y bien formada; no llevaba calzado, y sin embargo de que parecia ser en ella una costumbre natural no podía ménos que admirarse la belleza y finura de aquellos piés de niña, espuestos al frio, á los guijarros y á las desigualdades de los caminos, que en nada le habian hecho perder su belleza; ceñía el delicado cuerpo de la niña un jubon escotado de tafetan color rosa, cerrándose en el cuello por un camisolin de lino blanco, de manga cortona, que dejaba ver todo el antebrazo de una redondez admirable; plegado á su breve cintura, llevaba un delantal de lino blanco guarnecido de puntillas de algodon.

Aquella niña era de una belleza prodijiosa; su cutiz lijeramente moreno, pero de una suavidad y limpieza notables, sus ojos eran pardos, adormecidos, y guarnecidos

se un encaje de tupidas pestañas, sus cabellos castaños, dedosos y ondulados estaban peinados en dos trenzas apretadas, que pendían hasta el borde de su vestido, llevaba puesta en la parte superior de la cabeza una dorada espiga de trigo, con la que acababa de adornar sus callos con graciosa é infantil coqueteria.

La presencia de la niña no habia sido notada por nadie, pues hallabáse oculta por la verja de hierro en la parte de afuera.

Sin embargo de que la escena ocurrida en casa del conde, tenia lugar en el interior del jardin, la niña desde su puesto presenció todo, escuchando tambien el diálogo habido entre Inés y su prima.

El infeliz enfermo había perdido el conocimiento como dijimos.

Inés contemplaba aquel cuadro con irónica sonrisa; e corazon de aquella jóven parecía cerrado á todo sentimiento tierno; su alma no parecia conmoverse ante ningun dolor ajeno, ni participar de aquellos sentimientos que ennoblecen el espíritu.

Estraño fenómeno en el alma de una mujer!

!*Ella*, siempre buena, siempre amante, siempre sumisa, cariñosa y dulce! acostumbrados nuestros ojos á verla siempre noble y generosa, delicada y abnegada, el corazon sufre, y estraña al hallar en una mujer, jóven y bella, una alma inhumana cruel y despojada de los sentimientos innatos de la sensíbibidad que embellecen el corazon de aquella.

El conde llamó á sus criados y mandó trasladar al enfermo á una habitacion de la planta baja cuya puerta daba al jardin.

Los criados levantaron entre sus brazos, cuidadosamente al enfermo, y seguidos del conde penetraron en la habitacion designada; allí le instalaron en un mullido lecho, y el médico, llamado por el conde, recetó algunos medicamentos que debian devolverle las fuerzas y la salud.

Adela se disponía á penetrar en el aposento del enfermo, donde á la sazon se hallaba su padre, cuando Inés la detuvo y llevándola aparte le dijo poniendo una mano sobre el hombre de su prima:

—Siempre, Adela, la misma! siempre con sentimientos caritativos. . . si así sigues, prima mía, esta casa será dentro de poco un asilo de. . . mendigos, y un hospital de leprosos!

— ¡Ojalá pudiera yo hacer de nuestra casa un asilo piadoso en el cual se albergáran todos los desgraciados! —dijo la condesita enjugando sus lágrimas, herida por las crueles palabras de su prima,

—No digo yo! —esclamó Inés con burlona espresion y sin echar de ver la honda impresion que sus palabras habían causado en el alma de Adela.

—Oh! prima, que tonta eres en seguir esa senda que será tu ruina, y la cual solo puede proporcionarte malos ratos. . .

— Puede Inés, esperimentarse malos ratos haciendo bien al prógimo? oh! nó,—prosiguió la noble jóvén con ardiente entonacion, yo tengo sed de hacer bien; y creo que los que derraman consuelos en los corazones afligidos, son los que disfrutan de un bienestar envidiable!

—¡Envidiable! —repuso Inés—parece que no sabes lo que dices, Adela, siendo rica, como eres, no tienes necesidad de tantas incomodidades y sufrimientos, ¿qué nece sidad tenian de haber recojido á ese hombre?

-Inés—interrumpió Adela—tú has visto en el estado en que se hallaba, casi agonizante á la puerta de nuestra casa, pedía socorro entre gemidos. . . le hubieras negado tu auxilio?

—Oh, sí! y ni aun me habría acercado á él, tenlo seguro prima; de mi mano no habría recibido ni una sola gota de agua aunque esta le hubiera de salvar, ni escucharía de mis lábios media palabra de consuelo, oh! me inspira repugnancia su aspecto desagradable! pero esta casa es como una posada, con la diferencia de que aquí solo se hospedan haraganes que nada producen. . .

—Oh! cálla por Dios, Inés, calla. . . me duele al alma el oirte hablar así! llamas haraganes á esos infelices que muchas veces se matan trabajando sin poder, ni aun así mismo, mantener sus familias? no sabes distinguir, prima mia; dices que nada producen; necesitamos acaso mas pago que la satisfaccion de hacer el bien y la gratitud de esos séres desventurados? oh! Inés, mal podría

mos recoger de los corazones las flores del amor y de la gratitud si no sembráramos en ellas las semillas del bien, de la virtud y de la santa y noble caridad!

Tu quieres recoger sin sembrar Inés y esto, no es posible! Hasta Jesucristo vertió su preciosa sangre para recoger amor!

—Prima—dijo Inés con visibles muestras de enojo, al sentirse humillada con el paralelo que su conciencia establecia entre su prima y ella—tú ves dolores imaginarios, y crees á piés juntillos todo cuanto te dicen; es mucho cuento eso de llorar por sí y por los demás!

—Que quíeres, yo sufro por todos; y como, gracias á Dios, no carezco de los medios necesarios para socorrer á los desgraciados, gozo con tenderles mi mano, guiada sólo por los sentimientos del corazon; ese infeliz que hoy ha golpeado nuestras puertas es un desgraciado, á quién la fiebre y el hambre que le devoraba no le han permitido pasar mas adelante; esta es la primera casa que hay en el camino ántes de llegar al pueblo, nada tiene de estraño lo que ha ocurrido: las fuerzas le han faltado y ha caido en mitad, quizá, de su camino.

Sonrióse Inés con marcada burla y luego se encojió de hombros.

—Díme Inéses—clamó la condesita, tomando una de las manos de su prima—háblame con franqueza; si tú te encontráras en un solitario camino, con algun infeliz enfermo y hambriento, dime Inés, poseyendo tú los medios de acallar aquellas necesidades no hallarías un gran placer en prodigarle tus cuidados partiendo tu pan con él ¡Es tan dulce la caridad, y tan bella á los ojos de Dios!

Inés lanzó una carcajada tan jovial, que Adela la miró asombrada.

—Crees tú, querida prima—dijo Inés—que sería tan tonta que diese á aquel infeliz lo que quizá necesitára yo mas tarde? oh! nó, no se lo daria: y si era un enfermo como el que hoy se ha hospedado aquí, mucho ménos, ¡que disparate! huiría con horror, desviándome de su camino...

—Oh! no lo harías, porque te infundiría compasion aquel infeliz que solo tú podrias salvar!

—Yo opino de distinto modo que tú...

—Oh! Inés, Dios quiera que jamás sufras los tormentos

de la desgracia, porque él castigaria quizá tú mal corazon..., Anhelo que Dios ilumine tú alma, y haga estremecer las fibras de tu sensibilidad adormecida...! Ah! tú no quieres acallar las necesidades del prójimo y dices que ni una gota de agua, ni media palabra de consuelo prodigarías á un enfermo desgraciado, por horror y repugnancia, entónces, Inés tampoco acallarías las necesidades del alma, mucho mas graves que las del cuerpo, porque el alma, Inés, tambien padece de hambre, de sed, y tambien enferma y sufre

Ah! felices los que hallan la gracia divina en el ejercicio de la caridad!

Adela, al decir estas palabras, apartóse de su prima con el corazon oprimido, y enjugando sus lágrimas se alejó en direccion á la casa.

Inés, mientras tanto, murmuraba:

—Puede uno ser buena sin tantos afanes, no hay necesidad de estar, como mi prima, siempre molestada por los pobres...la caridad...bah! con darles de cuando en cuando una limosna, por ejemplo, como hago yo cuando voy á misa, que llevó en mi cartera algunos cuartos para los mendigos que se sitúan á la puerta del templo...soy caritativa y de un modo mejor, pues mi accion la presencian todos los asistentes á la iglesia, y nó estas caridades hechas bajo techo y trás de paredes, que nadie las vé ni las conoce!

Mi prima dice que tiene sed de prodigar bienes...oh! que sed tan ridícula para una mujer que nada necesita de los demás!

Inés olvidaba que es mas meritoria la Caridad que se oculta que la que se ostenta; su vanidad se hallaba satisfecha con la que ella ejercia públicamente, y llamaba ridículo el anhelo de hacer bien en la oscuridad del misterio.

Oh! la caridad que se ejerce sin ostentacion y oculta á los ojos de la sociedad no pasa inapercibida, nó, la augusta mirada del Rey de los cielos, la ve bien desde lo alto y desde allá premia á los que noblemente la ejercen

No hay paralelo posible entre el premio divino y los fútiles aplausos de una sociedad que, juzgando por las apariencias, muchas veces se inclina ante lo indigno y lo falso, creyendo descender enzalsando el verdadero mérito y la

verdadera virtud, por el solo hecho de que esta vive oculta y humilde en el misterio y el silencio.

Inés, ejercia la caridad en público, donde todos pudieran verla.

Adela, dejaba sentir la benéfica influencia de ella, en mayor misterio.

Para derramar aquel don, esta se ocultaba y aquella se mostraba, y sin embargo de esto, Adela habia conquistado la justa fama de buena, de noble, generosa y caritativa, y su prima Inés, apesar de su afan en aparecer á la altura moral de aquella, solo había logrado una aversion general como premio á sus falsas acciones de caridad.

El verdadero mérito tiene un brillo potente; la falsa ostentacion de virtudes que no existen jamás recojerá la palma gloriosa que, por derecho de lo alto, pertenece á aquel por completo.

CAPITULO II.

—

Felicidad del hogar.

—

Volvamos junto á la preciosa niña, que tuvimos el placer de describir en momentos en que el conde y su hija socorrian al viajero.

Llámabase Maria del Pilar, y jamás nombre alguno parecia haber armonizado tan perfectamente con la que lo llevára.

Una vez satisfecha la curiosidad de la niña, observando la escena ocurrida en el jardin de los condes de Castilloreal, saltando como un cervatillo, atravesó toda la aldea y no paró hasta llegar á una pequeña cabaña.

A su llegada, un hermoso perro, casi de su alto, salió á recibirla, desmostrando su gozo con ladridos y caricias.

Arrodillándose la niña, atrajo junto a sí la cabeza de aquel, al mismo tiempo que le prodigaba los nombres mas cariñosos.

—Mi querido Iris—le decia—como habrás estado impaciente por mi vuelta, nó? oh! ya sabrás luego por qué he tardado; todo te lo contaré, mi perrito querido, pero si tienes juicio, se entiende, eh?

El hermoso Iris. movía sus orejas y sacudía la cabeza como queriendo dar á entender á la niña que comprendia.

—Vamos, prosiguió Maria—no vayas á enfadarte porque no he traido nada para tí, no por esto vayas á creer que no te quiero, otro dia te compraré un collar lindo, muy lindo, que venden allá abajo, tras la montaña; hoy no ha sido posible, hijo, qué quieres!

La niña hablaba abrazando á su perro y rodeándo con sus brazos el cuello de Iris, cuando de repente exhaló un penetrante grito, que atrajo á una jóven y á otra mujer, ya entrada en años, que salieron apresuradamente de la choza.

—Muchacha! qué haces?—preguntó la mujer de mas edad.

Maria se alzaba en aquel momento, pues habia permanecido en tierra de rodillas.

—Malo!...—dijo mirando llorosa y con enojo al perro.

—Vamos, que te ha hecho Iris?—preguntó la que parecia hermana de la niña por la semejanza que se notaba en sus facciones.

—Estaba acariciándole y el pícaro me ha cojido con los dientes una trenza y, *zas*!...me ha dado un tiron...

—Tus caricias, Maria—dijo la madre de la niña,—serán, como las que algunas veces acostumbras hacerle, tales como tirar con fuerza las orejas y la cola del pobre Iris...

Maria hízose la desentendida, y dirijiendo al perro una mirada de enfado esclamó:

—Ya verás, Iris, no he de comprarte el collar que te prometí ni he de llevarte mas á paseo!

Iris se aproximó á su jóven ama sacudiendo la cola, y comenzó á lamer sus manos tirándole de la falda con cariño.

Maria quiso mantenerse séria, no cediendo á sus caricias, y volvió el rostro á otro lado con ademan de cómico enfado; más Iris no se acobardó por esto, parecia estar

deseoso por desenojar á la niña,—el inteligente animal miró á su jóven ama con atencion, por breves instantes, y en ménos tiempo que el que ocupamos en decirlo Iris penetró en la cabaña tornando en seguida con una cesta, cogida por los dientes, llena de hermosas y frescas flores, que fué á colocar á los piés de Maria del Pilar.

Esta vez el grito que la niña dió fué de alegria, su enojo se disipó como por encanto, y arrodillándose de nuevo, comenzó á teger una corona con las flores de la cesta.

Hecha aquella. María obligó á Iris á que permaneciera de pié, coronando á su perro con la guirnalda que sus bellas manos habíanle tejido.

Iris, orgulloso de aquel adorno, se mantuvo tieso, sin moverse, como temeroso de que la corona perdiera su equilibrio.

La niña se apartó á una distancia para mejor así contemplar su obra; el perro coronado parecia enclavado en el suelo. no se movia; impacientada Maria por aquella inmovilidad dirijió á Iris algunas palabras de autoridad.

Nada, el coronado can permanecia quieto, como petrificado.

—Chico, te has vuelto idiota?—esclamó la niña interrogando al perro— ó eres por ventura, tan orgulloso que al verte coronado no quieres acudir á mi llamado?

El único movimiento que se notaba en Iris era un continuo pestañeo.

Cansada María de aquella escena, tomó la cesta de flores y se dispuso á penetrar en la cabaña, adonde ya se habian retirado su madre y su hermana despues de haberla dejado reconciliada con su perro

Al observar Iris el movimiento de la niña, se dispuso á seguirla con paso lento y grave; notado esto por aquella se volvió esclamando:

—Hola! con que ahora me *sigue* Vd? pues ha de saber que ya no quiero jugar!

Y al decir esto, penetró en la cabaña yendo á sentarse en una silla baja.

Iris vacila, pero cediendo á sus antiguas costumbres no recuerda que, estando coronado, otro es su lugar, y se tiende cuan largo es á los piés de su jóven ama.

La madre de la niña hacía calcetas, sentada en un pequeño banco de madera.

Nada mas agradable que aquel semblante, sereno y dulce á la par.

Llamábase Doña Marcelina, y era la madre feliz de María del Pilar y de Deolinda, esta última era la hija mayor. Contaba Deolinda diez y ocho años, y era tan bella como las dos últimas sílabas de su nombre, el cual nos recuerda el de una amiguita brasilera, rubia como un ángel y buena como un niño sin enojos. Tipo adorable, representado en una adolescente encantadora, cuya alma es tan pura como el cielo de una mañana de Octubre!

Deolinda era del mas grande parecido con su hermana María del Pilar.

Tanto doña Marcelina como su esposo Don Antonio, considerábanse dichosos con tener aquellas dos hijas tan lindas con buenas.

Deolinda, en aquellos momentos, hilaba junto á su madre.

Era cerca ya del anochecer y la hora de la cena se aproximaba.

En el hogar hervía el sabroso cocido y solo se esperaba para ponerlo á la mesa la llegada de Don Antonio, jefe venturoso de aquel hogar, que no habia regresado aun de su trabajo.

En una mesa de pino veíase estendido un mantel de tela, gruesa y ordinaria pero de una blancura que encantaba los platos, cubiertos etc—todo pobre, humildisimo, pero límpio y brillante.

María bostezaba y de cuando en cuando miraba hácia la puerta, deseando la vuelta de su padre para ponerse á la mesa.

Iris parecía dormir, pero no era así, porque la niña se inclinó y tomando entre sus manos la cabeza del perro, dijóle al oído con voz queda:

—Iris, habrá postre?...

El perro sacudió la cabeza y se dispuso á tomar otra posicion mas cómoda.

La niña obligó á Iris á escucharle de nuevo.

—Si fueran higos secos, como el otro dia ¡qué ricos eran, nó?

Iris no estaba en disposicion de dar fé, pero miró á la niña con atencion.

—María—dijo en aquel momento Doña Marcelina —por qué tardaste tanto en volver de casa de tu madrina?

—He retardado, madre, porque me detuve algun tiempo junto á la verja del jardin de nuestra bienhechora.

—Y bien?—interrogó Doña Marcelina, al notar que María no continuaba.

—La señorita Adela y el Señor Conde—dijo la niña—socorrian en aquel instante á un anciano enfermo que acababa de perder el sentido á la entrada del jardin...

—¡Bendita sea la condesita y su padre! murmuró Doña Marcelina elevando al cielo sus ojos—¡siempre ejerciendo el bien, siempre dispuestos á enjugar las lágrimas del infortunio.

—Sí, benditos sean,—repitió Deolinda con voz conmovida—á ellos debemos nuestro bienestar, sin su auxilio, qué hubiera sido de nosotros?

—Dices bien, hija mia, si no fuera por la señorita Adela y su noble padre, hoy el vuestro no tendria con qué proporcionarnos el pan cuotidiano!...Que Dios, padre celestial de los que aquí vivimos, derrame sobre ellos todas sus gracias y bendiciones!...

María del Pilar escuchaba aquellas palabras en silencio, pero con una atencion y respeto que hablaba muy en favor de la bella niña.

—¿Estaba, tambien, presente allí, la señorita Inés?—preguntó Deolinda á su hermana.

—Sí, y por cierto que oí algunas palabras que demuestran qué la Señorita Inés no es tan buena como la condesita...

—Niña, hiciste mal en escuchar lo que no te importa!

María del Pilar inclinó su frente ruborizada por aquel reproche materno.

—Y bien?—repuso Deolinda—ya que escuchaste, qué fué ello?

María del Pilar consultó á su madre con una mirada, como temerosa de una nueva amonestacion, pero al ver la serena tranquilidad del semblante de aquella, comenzó á relatar á su hermana cuanto había visto y oido.

Durante su narracion, dirigía la palabra alternativamente á su hermana y á Iris; había prometido á éste decir-

le todo cuanto le habia ocurrido, y no quería faltar á su palabra, que aunque de mujer y de niña, era firme.

—Es estraño tan mala índole en la señorita Inés,—dijo Deolinda luego que concluyó su hermana de referirle todo —yo he observado lo buena cristiana que es; no falta á ninguna fiesta religiosa, y lo que es á misa en dias de precepto jamás deja de asistir, aunque sea con una lluvia torrencial; yo imaginaba por esto, que tenia un excelente corazon, noble y generoso; núnca dí crédito á lo mal que de ella se hablaba.

—Hija mia—repuso Doña Marcelina, con dulce acento —no juzgues nunca por esos hechos á las personas, ¿qué importa que esa niña esté siempre en el templo, confiese y comulgue á menudo, si luego no cumple con los deberes de su conciencia?

Dios, el divino consejero de nuestras almas no nos ha prescrito que vayamos al templo á adorarle aunque no podamos; lo mismo podemos hacerlo, en caso de ímposibilidad, en el interior de nuestro hogar; además, aunque fuéramos todos los dias á la iglesia, de qué nos serviria si éramos malos, impuros, poco generosos, incapaces de hacer bien, sino de obrar mal? á pesar de acudir al templo á cada instante, no seríamos cristianos, ni dignos del amor divino, sino observáramos la recta ley de nuestra conciencia, en la cual Dios ha grabado las máximas mas puras y bellas!

Doña Marcelina, hablaba con un lenguaje deusual a á los de su clase, pero no era estraño, su espíritu se habia empapado en las fuentes de la virtud y del bien, habia leido mucho, y por esto su mente raciocinaba con claridad y gozábase en trasmitir á sus hijas aquellas ideas, sanas y ejemplares.

—Alcánzame Maria—prosiguió Doña, Mareelina dirijiéndose á su hija menor—de aquel estante el libro de tapas punzó; oirás ahora —repuso dirigiéndose á Deolinda—lo que al respecto dice la simpática escritora Sinues de Marcó.

Doña Marcelina tomó de las manos de su hija el libro que habia pedido, y hojeándole empezó á leer con voz clara y firme lo siguiente:

«Me honro con la amistad de un virtuosísimo sacerdote, «eminente en saber, y que derrama á torrentes la luz en la «cátedra del Espíritu Santo, al cual he oido decir, hablan-

«do con una señora amiga mia y que se hallaba en mal «estado de salud.

—«No vaya Vd. á la iglesia, pues eso le puede hacer «daño.

—«Solo voy á misa, respondió la doliente con alguna «tristeza.

—«No vaya Vd. á misa tampoco.

—«No vaya Vd. ni siquiera ese dia: el ambiente frio del «templo la empeorará.

—«Dios mio! esclamó mi amiga: ¡parecerá entónces que no soy cristiana!

—«Dios está en todas partes, y de todas partes oye, se«ñora mia: lea Vd. la misa en su casa, en su gabinete abri«gado, sentada en un sillon, y por eso Dios no escuchará «ménos sus frases, que nacen del alma.

«Mi amiga meció tristemente la cabeza, y despues de un «rato de silencio, repuso:

—«No se puede Vd. figurar, señor, lo angustiada que «tengo la conciencia: ! me gustaba tanto ir á la iglesia! «Aquel ambiente saturado de incienso, aquellas luces, la vis«ta de las flores frescas en los altares, de las cuales yo «enviaba algunas, la imájen del Redentor del mundo y de «su Madre Santísima hacían bien á mi alma aflijida, y hallaba «la tranquilidad en mi conciencia, porque sabía que al ir á la «iglesia cumplia con un deber!

—«Hija mia, respondió con dulzura el buen sacerdote, el ir «á la casa de Dios, donde tan dulce paz se respira, haría «bien, no á su conciencia, sino á su corazon: ha perdido Vd. «al esposo, al compañero de su vida que amaba, al objeto de «su único amor, y sólo ante el que es el supremo consola«dor de todos los dolores, halla paz su pecho dolorido!... «Y bien; no confundamos el deber con el egoismo, como «tantas veces hacemos: léjos de tener su conciencia intran«quilidad por no poder ir á la iglesia, resígnese á esa pri«vacion, y llévela con paciencia por el amor de ese mismo «Dios.

—«Antes me confesaba cada ocho dias! Y ahora, como «me pongo cada vez que voy temprano á la iglesia, sólo «puedo ir de mes á mes!

—«Y aun es demasiado.

—«Demasiado!

—«Sí, por cierto: ¿qué delitos, qué graves culpas puede «haber en su vida ordenada, modesta y apacible, que nece«siten exponerse tan repetidamente ante el tribunal de la «penitencia? ¿A que desprestigiar con la costumbre lo que la «práctica tiene de grande y bueno. No se puede mirar al «sacerdote como el confidente ordinario de todas las peque«ñeces de la vida; en ese caso deja de ser el médico del «alma: no se le puede mezclar en las debilidades ni en los «secretos de la familia: el sacerdote no es el amigo íntimo, ni «debe escuchar escrúpulos pueriles y mezquinos: la mision «del sacerdote es altísima y no se puede abusar de ella sin «quitarle algo de su augusto prestigio, de su delicadeza y «de su santidad.

«Cuando el buen sacerdote dejó de hablar, la pobre en«ferma del alma dejó ver una bella sonrisa, que decía cla«ro había comprendido á aquel varon ilustre, y que queda«ba consolada con su dulce y elocuente palabra.

«Resignada y tranquila ha visto agravarse su enfermedad «y desde su gabinete habla con Dios, y le ofrece sus do«lores, y la privacion de no poderle visitar en la iglesia, «de no poder orar al pié de los altares.

«Serán agradables esas oraciones al Dios todo amor y misericordia ?No debemos dudarlo.

«Me parece que son tan agradables al Padre de las mise«ricordias un acto de perdon, la dádiva de una limosna, una «lágrima dedicada al infortunio ajeno, como dos horas de «rezo.

«Me parece tambien que ninguna mujer se ha de conde«nar porque dege de oir misa algun dia, si su madre, su es«poso ó sus hijos se hallan enfermos y necesitan de sus cui«dados.

«Me parece asimismo que tan bueno, por lo menos, «como ir á confesar todas las semanas, es no murmurar, «hacer todos los favores que se puedan, llevar con resigna«cion las pruebas de la vida, que nunca le faltan ni aún al «sér más dichoso y más opulento.

«Yo no digo por esto que no sea muy necesarioel aproxi«márse con frecuencia á la mesa celestial, donde el alma «halla tan delicioso y nutritivo alimento; pero hay mu«jeres que *se creen cristianas* porque oyen misa diariamente, «porque rezan cierto número fijo de oraciones, y pasan el

«do con una señora amiga mia y que se hallaba en mal «estado de salud.

—«No vaya Vd. á la iglesia, pues eso le puede hacer «daño.

—«Solo voy á misa, respondió la doliente con alguna «tristeza.

—«No vaya Vd. á misa tampoco.

—«No vaya Vd. ni siquiera ese dia: el ambiente frio del «templo la empeorará.

—«Dios mio! esclamó mi amiga: ¡parecerá entónces que no soy cristiana!

—«Dios está en todas partes, y de todas partes oye, se«ñora mia: lea Vd. la misa en su casa, en su gabinete abri«gado, sentada en un sillon, y por eso Dios no escuchará «ménos sus frases, que nacen del alma.

«Mi amiga meció tristemente la cabeza, y despues de un «rato de silencio, repuso:

—«No se puede Vd. figurar, señor, lo angustiada que «tengo la conciencia: ! me gustaba tanto ir á la iglesia! «Aquel ambiente saturado de incienso, aquellas luces, la vis«ta de las flores frescas en los altares, de las cuales yo «enviaba algunas, la imájen del Redentor del mundo y de «su Madre Santísima hacían bien á mi alma aflijida, y hallaba «la tranquilidad en mi conciencia, porque sabía que al ir á la «iglesia cumplia con un deber!

—«Hija mia, respondió con dulzura el buen sacerdote, el ir «á la casa de Dios, donde tan dulce paz se respira, haría «bien, no á su conciencia, sino á su corazon: ha perdido Vd. «al esposo, al compañero de su vida que amaba, al objeto de «su único amor, y sólo ante el que es el supremo consola«dor de todos los dolores, halla paz su pecho dolorido!... «Y bien; no confundamos el deber con el egoismo, como «tantas veces hacemos: léjos de tener su conciencia intran«quilidad por no poder ir á la iglesia, resígnese á esa pri«vacion, y llévela con paciencia por el amor de ese mismo «Dios.

—«Antes me confesaba cada ocho dias! Y ahora, como «me pongo cada vez que voy temprano á la iglesia, sólo «puedo ir de mes á mes!

—«Y aun es demasiado.

—«Demasiado!

—«Sí, por cierto: ¿qué delitos, qué graves culpas puede «haber en su vida ordenada, modesta y apacible, que nece«siten exponerse tan repetidamente ante el tribunal de la «penitencia? ¿A que desprestigiar con la costumbre lo que la «práctica tiene de grande y bueno. No se puede mirar al «sacerdote como el confidente ordinario de todas las peque«ñeces de la vida; en ese caso deja de ser el médico del «alma: no se le puede mezclar en las debilidades ni en los «secretos de la familia: el sacerdote no es el amigo íntimo, ni «debe escuchar escrúpulos pueriles y mezquinos: la mision «del sacerdote es altísima y no se puede abusar de ella sin «quitarle algo de su augusto prestigio, de su delicadeza y «de su santidad.

«Cuando el buen sacerdote dejó de hablar, la pobre en«ferma del alma dejó ver una bella sonrisa, que decía cla«ro había comprendido á aquel varon ilustre, y que queda«ba consolada con su dulce y elocuente palabra.

«Resignada y tranquila ha visto agravarse su enfermedad «y desde su gabinete habla con Dios, y le ofrece sus do«lores, y la privacion de no poderle visitar en la iglesia, «de no poder orar al pié de los altares.

«Serán agradables esas oraciones al Dios todo amor y misericordia ?No debemos dudarlo.

«Me parece que son tan agradables al Padre de las mise«ricordias un acto de perdon, la dádiva de una limosna, una «lágrima dedicada al infortunio ajeno, como dos horas de «rezo.

«Me parece tambien que ninguna mujer se ha de conde«nar porque dege de oir misa algun dia, si su madre, su es«poso ó sus hijos se hallan enfermos y necesitan de sus cui«dados.

«Me parece asimismo que tan bueno, por lo menos, «como ir á confesar todas las semanas, es no murmurar, «hacer todos los favores que se puedan, llevar con resigna«cion las pruebas de la vida, que nunca le faltan ni aún al «sér más dichoso y más opulento.

«Yo no digo por esto que no sea muy necesarioel aproxi«márse con frecuencia á la mesa celestial, donde el alma «halla tan delicioso y nutritivo alimento; pero hay mu«jeres que *se creen cristianas* porque oyen misa diariamente, «porque rezan cierto número fijo de oraciones, y pasan el

«resto de su vida en murmurar, en penetrar las vidas aje-«nas y en buscar las faltas de todos.

«Solo pensarlo sería un sacrilegio.

«La virtud, para serlo y para hacerse amar, necesita ser «dulce, tolerante, benévola, y hay algunas mujeres cuyas de-«bilidades son la más bella apología de su corazon y aún «de su carácter.

«¡Beata!

«Horrible palabra, que encierra un mundo de amargura, de ódio y de hiel!

«Creerán esas mujeres que Jesus, el dulce, amante y her-«moso Jesus, admite todo lo que hay en ellas de malo, «que es lo que van á ofrecerle, despues de haber dado al «mundo lo poco bueno que tenian?

«Imitemos á Jesus, ¡oh mujeres cristianas! á Jesus, que «no llevaba el azote en la mano, sino la miel en los lá-«bios

«El no culpaba: aconsejaba y redimía la culpa.

«Era piadoso y benigno para todos: era el supremo consolador de cuantos se le acercaban.

«Ya que los hombres no saben imitar el divino modelo, «imitémosle las mujeres.

«La verdadera cristiana ha de ser siempre tolerante y pia-«dosa: ha de tener alumbrado su hogar con la dulce luz «del buen ejemplo y adornado con las flores de la pacien-«cia y resignacion.

«La verdadera cristiana es como la mujer fuerte de la «Escritura: atiende á todo, á todo cuida, y su benéfica in-«fluencia se deja sentir por todas partes.

«La verdadera cristiana tiene siempre muchas y variadas «ocupaciones, porque á la vez que se dedica á hacer la di-«cha y á iluminar el entendimieuto de los suyos, se ocu-«pa tambien de todas las labores de su casa y del bienes-«tar material de los que ama.

«Cuidando de la dicha de los suyos es una mujer buena cristiana.

«Una buena cristiana puede tener su casa muy bien dis-«puesta, sus hijos muy elegantes, su mesa muy bien servi-«da, y puede ser, ápesar de todo esto, muy agradable á «Dios, y aun serle agradable por lo mismo que hace todo «esto, pues es gravísima falta el rodear á nuestra santa y

«benigna religion de fealdad, de acritud y de intolerancia.

Doña Marcelina suspendio aquí su lectura, porque en aquel momento su esposo, Don Antonio, penetraba en la cabaña de vuelta de su trabajo.

Momentos despues, toda la feliz familia se sentaba á la mesa.

Maria del Pilar, inclinándose hácia Iris le dijó con voz muy queda

—¿Qué quieres, cocido ó postre?

El perro miró á la niña sacudiendo la cola y acercándose mas á ella; como diciendo:—Quiero ambas cosas.

Maria del Pilar, intérpretó aquello á su modo, y dando á su semblante una espresion que sería gravedad, dijo:

—Entiendo, solo quieres cocido; el postre no te agrada porque no éres goloso; bien, así me gusta!

La comida terminó, pero, oh dolor! no hubo postre!

Maria del Pilar entristecida por esto, miró á Iris, como queriendo hacerlo participar de aquella pena, pero el perro, como si hubiera adivinado de que él no lo habria gustado aunque hubiera habido, no dió señales de inquietud ni de pena.

Mientras tanto la corona de flores yacia bajo la mesa olvidada de todos.

Deolinda llamó aparte á la niña, y abriendo un gran armario le entregó algo que le causó inmensa alegría, pues camenzó á batir palmas, á reirse y saltar.

Iris corrió hácia su jóven ama, y sentándose sobre las patas traseras esperó su parte.

—Si, ahora quieres que te dé—murmuró María al mismo tiempo que comía con delicia una torta de leche, con huevo flor de canela—hace un momento no te afligías porque no me habian dado postre!

Pero su buen corazon, no podía permitir que ella sola gustara de tan rica torta, así pues, hizo participar de ella á su buen amigo Iris.

Doña Marcelina habia vuelto á su labor así como Deolinda; Don Antonio sentado junto á la puerta de la choza, fermaba tranquilamente en su pipa; formando un grupo aparte Maria y su perro.

¡Dulce paz de familia! Bendita tranquilidad, emanada de la mas pura y dichosa virtud!

¡Qué bienestar no disfrutaría aquel buen padre al contemplar este cuadro de apacible felicidad!

Podía gozar de esta dicha, porque poseía el gran tesoro de su conciencia, limpia como el claro cielo, había trabajado todo el dia, y á su vuelta al hogar amado Dios le permitía, como premio á sus virtudes y á su honradez acrisolada, contemplarse jefe feliz de aquella familia que tan cara era para su corazon.

El poderoso señor, en cuyas arcas se amontonan el oro y la plata, no disfruta, en medio del fausto que lo rodea, de la envidiable paz y sosiego, que el obrero en medio de su pobreza.

Aquel, al volver á su hogar sus cansados ojos solo tropiezan con rostros serviles; nada desea porque nada necesita, todo está al alcance de su mano; por do quiera lo rodea la molicie, el lujo, y el hastío, consecuencia natural de aquel estado de perezosa languidez, en que su alma agobiada por tanto materialismo, pugna por remontarse á regiones mas puras y elevadas.

Tornad los ojos al modesto obrero al volver de su trabajo, por el camino que conduce al hogar investiga con anhelo el largo sendero, deseando llegar pronto al delicioso descanso que hallá le espera; de su pecho brota un dulce suspiro al descubrir las espirales del humo que salen del hogar querido donde la esposa dilijente prepara la cena que ha de restaurar sus fuerzas; apresura el paso, y penetra por fin en el recinto amado. Desde que pone los piés en él su corazon no cesa de latir con placidez, por do quiera que dirige sus ojos ..solo vé miradas de cariño, solo escucha dulces frases y grata acojida; los hijos de su amor rodean su cuello con amoroso lazo, la mano de la esposa enjuga el sudor que brota de sus sienes, y solícita ofrece el don de su amor y de sus cuidados.

Delicioso cuadro!

El espíritu de Dios parece descender hasta allí, para contemplar aquella obra tan dulce que tuvo su orígen en él!

¡Bendito sea el santo amor de la familia!

. . . .

CAPITULO III.

—

Inés

—

Ha transcurrido un año.

Era una deliciosa tarde de verano, todo respiraba poesía y tranquilidad.

Detengámonos un momento en el campo ántes de penetrar en la hermosa morada de los condes Castilloreal.

«Los ecos que nacen ó espiran en el campo son suaves y distintos; en nada se parecen á los ecos confusos y tumultuosos de las ciudades; allí, al traves del murmurio de las aguas, de las hojas, del aleteo ténue de los pájaros y el susurrar de la brisa, el canto lejano de las golondrinas y el rumor de voces conocidas y amigas, que despiertan al mismo tiempo en nosotros los mas dulces sentimientos: *Dios, la patria, la familia,* sentimientos que responden, á la vez, á nüestras dos naturalezas, divina y humana, sumiendo el alma en un piélago de inesplicables delicias.

Los rumores que se elevan de los bosqnes, de las aguas; las armonías misteriosas que nuestros oidos escuchan con grato recogimiento, todo esto sobrecoge nuestro espíritu de santo respeto, parécele á uno que se halla en un augusto é inmenso templo, en donde cada átomo de polvo refleja la imágen del Creador supremo, y todo aquel conjunto, armónico, celestial, parece elevarse al cielo en forma de una plegaria. . .que apénas se atreven á formular nuestros lábios...»

A la puerta de entrada al jardin del palacio *nevado*, se vé un brioso caballo, blanco como la nieve, preparado para ser montado por una muger.

Por la calle de madre-selvas, situada á la derecha del jardin, aparecen Adela é Inés; esta última viste un elagente traje de amazona.

—Creo que no debes montar ese caballo, Inés—decia Adela á su prima.

—Oh! temo mucho que suceda alguna desgracia, el Moro es un caballo demasiado brioso...cuidado!

Inés acababa de montar, y el nervioso animal al sentir aquel lijero peso sobre sí, impaciente, enderezóse con fiereza, remolineando con vertiginosa rapidez.

—Baja Inés! baja!—gritó Adela con acento de espanto y sobresalto.

—Oh! nó, sería una cobardía—contestó aquella, obligando á su caballo á guardar quietud.

Conocíase que Inés sabía manejar perfectamente su caballo; sin embargo, Adela la miraba con inquietud, temiendo que el brioso animal la despidiera de la silla, en una de sus fuertes sacudidas.

—Hasta luego Adela!—dijo Inés, despidiéndose de su prima con la mano.

—Dios vele por tí!—contestó esta,—Y no tardes Inés, porque estaría intranquila temiendo suceda alguna desgracia: ¿quieres que te acompañe Antonio?

—No, gracias; no temas, daré un pequeño paseo para disfrutar de la belleza de la tarde, y volveré en seguida.

Inés partió; el Moro, satisfecho de la libertad que se le daba, emprendió una veloz carrera, y bien pronto Adela perdió de vista á su prima.

—Dios mio! haz que nada le suceda!—esclamó Adela dirigiéndose á sus habitaciones.

Volvamos á Inés.

El caballo blanco, mas que correr, volaba; en un principio, Inés no se inquietó, pero cuando quiso detenerlo y vió que sus fuerzas eran impotentes para ello, un fuerte estremecimiento de terror recorrió todo su cuerpo, é instintivamente elevó al cielo sus ojos.

La carrera del Moro fué al principio natural aunque demasiado rápida, pero Inés no tardó en notar con espanto que su caballo corría desbocado, y se precipitaba fogoso, insensible de todo punto al freno, corriendo velozmente por la llanura, de un modo vertiginoso, sin rumbo ni direccion cierta.

El sol ya se había ocultado, y los campos yacian envueltos en una semioscuridad.

El Moro continuaba su desenfrenada carrera.

Inés, fuertemente asida, imploraba la proteccion divina, transida de terror y desvanecida por aquella vertiginosa marcha.

De pronto, á no mucha distancia, los espantados ojos de la jóven descubrieron un horroroso precipicio, en cuya recta direccion se dirigía el desbocado Moro; Inés comprendió lo terrible de su situacion, los ojos de su imaginacion veían ya abierta á sus piés aquella terrible sima, donde iba á sepultarse para siempre...

Sobrecogida de espanto, imploró de nuevo el auxilio de Dios y de su divina Madre, y cerrando los ojos perdió el conocimiento. . . . . .

. . . .

. . . .

Cuando Inés volvió en sí, se encontró tendida en el campo y rodeada de una soledad espantosa.

Era ya muy entrada la noche; pero una dulce y plácida claridad revestía todos los objetos de misteriosa belleza; la luna, esa arrogante sultana de la noche, era la única compañía de la abandonada Inés.

La desventurada jóven habíase salvado milagrosamente de una muerte casi segura.

En la veloz carrera del Moro, el largo vestido de Inés habíase desgarrado en varias partes al rozarse con los añosos troncos de los árboles, en una de esas ocasiones, en el momento mas crítico, la larga cola de su vestido se enredó en el tronco de una vetusta encina, que yacía en tierra, demolida quizá por el hacha de los leñadores; aquello fué su salvacion. Inés, vacilante en su silla, perdía en aquel instante el conocimiento, y arrastrada por aquel violento arranque, cayó al suelo sin ocasionarse ningun daño, mientras que el Moro, ciego en su carrera, siguió adelante, cayendo á poco en el horrendo precipicio. . . .

Al volver en sí Inés, se estremeció y miró en torno suyo con pavoroso espanto; creía hallarse en el fondo del abismo!

Convencida de su salvacion, sus lábios modularon una plegaria en accion de gracias, y trató de arrodillarse sobre la yerba, pero fúele imposible, las fuerzas le faltaban, su cabeza ardía por una fiebre, cuya intensidad y grados aumentaban por instantes.

La noche era hermosa pero sumamente calurosa, y muy pesada su atmósfera.

La respiracion de la jóven era cada vez mas dificultosa, sus

lábios estaban secos y ardientes, un malestar absoluto embargaba sus fuerzas y su voluntad.

Sordos gemidos se escapaban de su pecho, y sus lábios solo pronunciaban estas palabras:

---Me abraso!. . . me abraso!

La fiebre le devoraba, y la atmóstera sofocante que se respiraba agravaba de un modo rápido su situacion.

Las quejas se perdían en el silencio, único compañero aterrador que la rodeaba: se hallaba sola, á algunas leguas de Villalvilla, y nadie transitaba por aquellos solitarios campos.

En vano clamaba con quejidos de dolor pidiendo auxilio; la garganta seca, la respiracion entrecortada y fatigosa le impedía hablar con claridad.

—Agua....me abraso!...murmuró la infeliz.

Para mayor tormento llegaba hasta ella distintamente el murmurio suave y cadencioso de un arroyuelo cercano.

Inés, haciendo un esfuerzo poderoso, trató de ponerse en pié, logrando conseguirlo aunque con gran trabajo. Casi arrastrándose y deteniéndose á cada paso para exhalar hondos gemidos, empezó á caminar, pudiendo de esta manera avanzar un gran trecho.

De pronto apercibió á pocos pasos, por entre el ramage de los árboles, un rayo de luz que salia del interior de una pequeña choza.

La infeliz Inés, cobrando fuerzas, llamó á voces pidiendo socorro.

Un hombre apareció á la puerta de la choza' esclamando:

----Quién llama?. . .quién pide auxilio?...

Inés solo pudo articular un gemido.

El hombre, orientado por aquel acento de dolor. se encaminó rectamenle hácia el sitio donde se hallaba la pobre jóven.

—Que teneis señorita? estais enferma? os habeis estraviado?---esclamó aquel inclinándose sobre Inés que yacia en tierra.

----Socorredme por favor!...----murmuró esta—Me llamo Inés del Alba y soy sobrina del conde...

—Cómo?—repuso el hombre de la choza cambiando su acento é inclinándose mas como para reconocer á la jóven—sois vos la Señorita Inés? Sois vos la sobrina cruel del Conde Castillorealí? Sois vos la que por una casualidad pro-

videncial os hallais aquí, á mi disposicion?... Oh! destino impenetrable! Cuando ménos lo esperaba vengo á gozar de una venganza por tanto tiempo alimentada!...

—Oh! perdon!...—esclamó Inés aterrada al reconocer á aquel hombre—tened compasion de mí... ved que estoy desamparada!...arrepentida de todos los males que he hecho!...La fiebre me devora...siento sed, una abrasadora sed que me destroza el pecho!...socorredme! socorredme! que Dios os lo recompensará!...

—No!—dijo aquel hombre cruel é insensible, gozándose con el martirio de la infeliz jóven—debeis sufrir y sufrireis!...Dios os castiga porque sois mala é inhumana para todos, y jamas haceis el bien como lo hace vuestra buenísima prima la señorita Adela!...Morireis ahí, abandonada, como abandonado quedé yo cuando por vuestra culpa fuí despedido de casa de vuestro tio!...y por vuestra culpa es tambien la vida criminal que hoy llevo, pues debido á vos me falta la proteccion del que pudo salvarme!...

Aquel hombre fiero é inhumano, al decir estas palabras abandonó á la jóven, penetrando en su choza que cerró por dentro.

Inés, de rodillas, rompió en amargo llanto, ocultando el rostro entre sus manos.

Una hora permaneció entregada á su hondo dolor.

La pobre jóven, sobrecogida de arrepentimiento, elevaba al cielo sus ojos esclamando con síncera espresion:

—Perdon!...

Y luego exhalando un gemido pidió de nuevo socorro, esclamando:

—Piedad!...piedad!...

Su voz era cada vez mas débil, y se estinguió en el espacio sin hallar ningun eco de conmiseracion.

En aquel terrible estado permaneció casi toda la noche hasta cerca de la madrugada.

En su imaginacion calenturienta se reproducian todos cuantos males habia hecho en su vida y cuantas desgracias habia ocasionado con sus crueles sentimientos. En vano trataba de apartar de su mente aquellas ideas que tanto mal le hacían, estas persistían martirizándola cruelmente.

—Dios mio!—murmuró la pobre jóven—no me degeis

morir así!... Tened compasion de mí. bastante castigada estoy ya, Señor!...

—Ah!...—prosiguió Inés recordando el hombre de la choza—ha sido el brazo designado para mi castigo! Por mi culpa, sí, fué despedido de casa del conde..,juró entónces vengarse de mí...núnca creí que este momento pudiera llegar... y, sin embargo, ha llegado!...Ese hombre ha satisfecho sus ruines deseos, sus crueles instintos...mi vista ha hecho renacer en su pecho el antiguo resentimiento...y se ha vengado!... y con qué crueldad, Dios mio!.,

Aquel hombre era verdaderamente cruel é inhumano. Guiado por sus instíntos feroces no comprendía los nobles sentimientos del alma que nos inducen siempre perdonar al caido y á olvidar sus ofensas.

La providencia, siempre justa, no dejó tampoco sin castigo á aquel mal hombre.

Seis meses mas tarde de lo ocurrido murió solo y abandonado en medio del campo, devorado por los lobos que entónces infestaban los caminos, atacando á los viajeros.

. . . .

Volvamos á Inés.

Habia conseguído alejarse un tanto, cuando le sobrevino un nuevo desmayo, aniquilada por sus padecimientos que se agravaban por momentos.

Mientras tanto, la luz del alba teñía el campo de dorados tintes; fugitivas nubes surcaban el espacio rodeando al sol de celages ténues cual espumosos encajes de oro y grana...

Las adormecidas avecillas despertaban bulliciosas, y, entonando melodiosos cantos, abandonaban sus nidos para tender el vuelo por los espacios; las flores silvestres, sobrecargadas de brillantes gotas de rocio, mecíanse blandamente al sóplo de la brisa matinal.

Pasada la quietud de la noche, la naturaleza tornaba á la vida despertando de su sueño ante los rayos del sol vivificante.

Inés seguia inmóvil...

Un viajero, ginete en un robusto caballo, apareció por entre los árboles.

Demostraba gran cansancio y mayor inquietud á medida que avanzaba hácia el precipicio....

Cruzando el sitio donde la inerte jóven yacia en tierra desmayada, el viajero exhaló un grito al descubrirla, lanzándose hácia ella con febril agitacion.

Doblando una rodilla en tierra, con su diestra consultó el corazon de Inés.

—Vive!...—esclamó con alegría—gracias Dios mio!... puedo llevar tan feliz noticia á la Señorita Adela!...Toda la noche en busca de esta pobre niña! cuanto habrá sufrido durante ella!..

El desconocido intentó hacer volver en sí á la inanimada jóven, pero sus esfuerzos fueron inútiles.

Inés no volvia á la vida.

Meditó aquel un buen instante y luego, cogiendo á la jóven en sus brazos, colocóla con gran cuidado y suavidad sobre el caballo.

En aquel mismo instante oyóse claramente esta cancion entonada por una voz dulce y varonil.

—

¿Quieres que te cante, bella señora,
Por qué te llaman la Pecadora?
Porque es tu frente
Resplandeciente
Como la aurora de la mañana,
Que entre celajes de ópalo y grana
El sol envia desde el Oriente.
Y en tus pupilas claras y hermosas
Brilla serena la luz del día,
Y tus miradas son tan sabrosas
Como la esencia de la ambrosía.
¿Cómo mirarte
Sin adorarte
Si de tus labios rojos y bellos
Brota la esencia de los jazmines
Si el oro puro de tus cabellos
Tiene el perfume de los jardines,
¿Quién ve tu rostro, flor de las flores,
Sin que á tus plantas muera de amores?
¿Quién de tu barba mira el hoyuelo
Y ve tus ojos de luz de cielo
Y no te adora?
Flor de Bethania, luz de la aurora,
¿Quién al mirarte no te desea,
Aunque te llamen la Pecadora
Las envidiosas de Galilea?
¿Quién no suspira cuando te nombra?
¿Quién no te busca tarde y mañana,

Como del sauce la fresca sombra
Busca en Egipto la carabana?
¿Quién no codicia besar tu huella?
¿Quién en tus ojos no deja el alma,
Si eres hermosa como una estrella,
Si eres esbelta como una palma?
¿Quién no te adora?
Flor de Bethania, luz de la aurora,
¿Quicn al mirarte no te desea,
Aunque te llamen la Pecadora
Las envidiosas de Galilea? (1)

Cesó la voz por un momento, dejándose oir mas cercana con este segundo canto.

—

¡«Ay del que en el alma encierra
Las cenizas de su amor!
¡Ay del que vive llevando
La muerte en el corazon!
¡Ay del que llora perdida
La ventura que soñó!
¡Ay del que su amor confia
A una mujer sin amor!
Porque para él ya no tiene
Ni rayos la luz del sol,
Ni colores la campiña,
Ni grato aroma la flor.»

Al terminar el último verso apareció por entre los árboles un jóven y hermoso cazador, que se detuvo sorprendido á la vista de la inanimada Inés y del desconocido que, junto á la jóven, había permanecido inmóvil escuchando el canto de aquel,

El jóven cazador vestía elegantemente, llavando al hombro una escopeta.

—Necesitais mi ayuda?—esclamó el jóven vivamente dirijiéndose al desconocido, viendo que este se disponía á partir despues de haber colocado sobre el caballo á la desmayada Inés.

—No, jóven, gracias!—se apresuró á contestar aquel emprendiendo la marcha, no sin ántes saludar al jóven cantor con una inclinacion de cabeza.

El cazador, cruzando sus brazos sobre el pecho, dirigió á Inés una mirada de interés y simpatía, permaneciendo inmovil, viéndola alejarse custodiada por su guardian.

(1) « El Mártir del Gólgota » — Perez Escrich

Este se llamaba Antonio, ¡y era el padre de María del Pilar.

. . . .

Al cabo de una hora, proximamente, de una marcha lenta, Antonio en compañia de la inanimada Inés, llegaban á la puerta del *palacio nevado*.

Disponíase ya aquel á anunciar su llegada, cuando se detuvo, al escuchar de nuevo el canto del cazador.

Su voz fresca y varonil se dejaba oír á corta distancia.

Antonio escuchó...

—

«Nací en la cumbre de una montaña,
Vibrando el rayo devastador
Crecí en el fondo de una cabaña,
Y hoy que soy hombre, muero de amor.
Hijo del trueno me apellidaron,
Que en noche horrible vine á nacer,
Y unos bandidos alimentaron
Á la cuitada que me dió el sér.
Mi pobre madre llora mis penas,
Y cuando quiero calmar su mal,
Dice llorando, que por mis venas
Corre un torrente de sangre real.
Mas si no sales á la ventana,
Perla de Oriente, nítida flor,
Junto á tus muros verás mañana
Rota mi lira, muerto el cantor.

El canto fué estinguiéndose hasta que cesó por completo...

Antonia parecía escuchar todavía, tal era el encanto de aquel acento dulce y varonil.

¿Quién era el jóven cazador?

Vamos á decirlo en dos palabras.

Llamábase Conrado, y poco hacía que habitaba en aquellos parajes.

Pertenecía á una digna familia, y era tan noble como hermoso.

Cazaba por placer, y debido á esto había tenido ocasion aquella mañana de conocer á Inés; la bella imágen de la jóven habia quedado grabada en su corazon.

Alejábase Conrado meditabundo, con la mente fija en el recuerdo de Inés, cuyo desmayo le entristecía sin haber por qué.

El jóven cazador parecia hallar en el canto un placer desconocido é infinitamente dulce.

Con una entonacion triste como un gemido, cantó:

«—¿Adónde vas, Dario mio?
—Edna, á la guerra me voy,
Que ya el ejército Persa
En nuestras tierras entró.
—No te vayas, no me dejes;
Te lo pido por mi amor,
Por los manes de mi madre,
En el nombre de tu Dios.
—De Gizet en las llanuras
Ya sus tierras levantó
Un ejercito estranjero
Que mancilla nuestro honor.
Nada temas, Edna mia,
Yo tornaré si me voy;
Júpiter me da su apoyo,
Minerva su proteccion.

Edna llora, Dario parte,
Y pasa un sol y otro sol,
Y Edna su llanto no enjuga,
Y Dario no torna, no.

Desde entónces la doncella
Busca en vano á su amador
Por las orillas del Nilo,
Por lo bosques de Nicot.
Triste tiene la mirada,
Triste tiene el corazon,
Triste su hermoso semblante,
Triste el eco de su voz,
Que repite ! Dario! ¡Dario!
Piensa que muriendo estoy.
¡Torna prontol ¡torna pronto!
Te lo pido por mi amor,
Por los manes de mi madre,
En el nombre de tu Dios! (1)

Calló el jóven.

Su voz perdióse en lontananza como un gemido vago, melancólico é infinitamente dulce.

Tornamos al *palacio nevado*.

Inés volvió en sí, y al recobrar el conocimiento hallóse

(1) "El Mártir del Golgota"—Perez Escrich.

tendida en su lecho; á su cabecera estaba Adela, más alla el conde, y Antonio en un ángulo opuesto del aposento.

La jóven dirigió en torno suyo una mirada de estrañeza, y profirió algunas palabras discordantes.

—Inés! querida prima,—dijo Adela, inclinando su rubia cabeza sobre la de la enferma—estás ya en salvo en nuestra casa; no me conoces?....—preguntó la condesita al notar la estraña mirada que le dirigia Inés.

—No. . .—contestó con fatiga la enferma—no te conozco.... serás un ángel acaso ?. . .si eso eres. . .bendito seas!. . .vendrás á socorrerme!. . .

—Inés! Inés!—dijo alarmada Adela—soy tu prima, soy Adela.

—Adela!. . .quién la nombra?. . .ah! es el ángel... sí, haces bien en nombrarla, ella es buena...muy buena, un ángel. . . como tú...yo soy la mala. . .

—Delira. . .—dijo el conde acercándose á su hija.

—Oh! Dios, quién sabe cuánto habra sufrido, miéntras no se le hà encontrado!—esclamó Adela enjugando sus lágrimas.

—Antonio,—repuso el conde dirijiéndose al padre de María del Pilar—pronto, un médico!

Antonio desapareció rapidamente á ejecutar la orden del Conde.

El facultativo llegó en breve; recetó algunos medicamentos y se retiró, prescribiendo el mayor reposo para la enferma.

La enfermedad siguió su curso lento y penoso, transcurriendo muchos dias.

Mas de un mes estuvo en cama Inés, luchando entre la vida y la muerte: aquella triunfó y la jóven pudo abandonar, al fin, el lecho, curada de cuerpo y alma.

El arrepentimiento de sus faltas era sincero y verdadero; y en aquella nueva faz de su existencia, la jóven se sentía tan feliz, que hallaba un placer en repetírselo á cada instante á su prima Adela.

Esta, noble y siempre buena, gozaba tanto con aquel cambio que no cesaba de dar gracias á Dios que le permitia disfrutar de tal ventura.

La feliz transformacion le Inés no era el solo acontecimiento que debía ocurrir entónces llenando de satifacion á todos; aquel se uniría á otro no ménos grato, y no ménos grande.

Conrado, que á la vista de Inés había sentido brotar en su corazon un sentimiento dulcísimo, inexplicable, buscaba siempre la ocasion de verla y de seguir sus pasos.

Donde quiera que iba Inés, allí estaba Conrado; en la iglesia, en los paseos por el campo, bajo los balcones de su casa; siempre presente, siempre demostrando con sus miradas y con su actitud todo el fuego de su alma, todo el ardor de su pecho apasionado.

Era una noche tíbia y perfumada.

Adela é Inés, en el balcon del aposento de esta última, con las manos entrelazadas y la mirada perdida en el espacio, callaban como estaxiadas por la dulce quietud de la noche y los murmullos vagos é indefinibles que partian del bosque, como suaves cadencias palpitantes de amor.

De pronto, el silencio fué interrrumpido por una voz melancólica y apasionada que á corta distancia se dejó oir.

—Escucha!—esclamó Inés emocionada.

—Es Conrado!—murmuró Adela, estrechando la manos de su prima.

El jóven cantó:

—

«Yo soy el ruiseñor del bosque umbrio,
Y á la pálida luz de las estrellas
Exhala el pecho mio
Dulcísimas querellas.
Yo soy el colorin que vió su nido
Del río santo en la feraz ribera;
Mi canto es un gemido
Mi amor una quimera!»

—Contesta!—murmuró Adela al oido de su prima.

Inés suspiró, y con voz melodiosa como el sonido de una arpa, cantó lo siguiente:

—

«Yo soy la pobre tórtola que errante
En las rocas del Líbano se anida.
¿Por qué quereis que cante
Si tengo el alma herida?...
Dejad que de su amor el pecho mío
Viva muriendo en soledad dichosa;
Sin sol y sin rocío,
No pidais perfumes á la rosa!»

Cesó el canto y ámbas jóvenes se apartaron del balcon, dejando en pos de sí, para el apasionado Conrado, un re-

cuerdo vago, dulce é indefinible como el casto beso de la despedida...

....

....

Inés fué la esposa de Conrado un mes despues.

Perdona lectora que precipitemos los sucesos tan repentinamente!

La brevedad de nuestro relato lo exije así.

Aquel amor había nacido como premio á la virtud de Inés, merecedora de él por los méritos que la adornaban.

Conrado, tipo caballeresco, lleno de nobles cualidades, supo hacer la felicidad de Inés, que desde aquel instante se consideró completamente feliz.

Tenía ya su conciencia satisfecha, y sus buenas obras borrarian sus pasados errores.

CAPITULO IV

—

La familia feliz

—

Volvamos á la venturosa morada de Antonio, padre de María del Pilar, la bella flor de aquel valle.

Junto á la choza se elevaba un frondoso tilo, como guardian de la modesta casa; sentada al pié de aquel, Maria, distraída, jugueteaba con un ramo de florecillas, mientras dormía tendido á sus plantas el indolente Iris.

La niña apoyaba sus pequeños piés sobre el cuerpo de Iris, ni mas ni ménos como si éste fuera un cómodo banquillo, sin embargo, el perro dormía sin molestarle, al parecer, la posicion de su jóven dueña.

Maria con los párpados entornados, miraba con languidez todo cuanto le rodeaba, fijando su atencion con preferencia en un enjambre de hormigas, que á pocos pasos de ella se afanaban en transportar á sus madrigueras algunos granos de trigo, y era de ver cómo se ayudaban mútuamente procurando alijerar cada una á su compañera de la pesada carga.

De cuando en cuando, María, atraida por el gorjeo de las avecillas, levantaba su cabeza para mirar hácia el corpulento tilo, en cuyo nudoso tronco construian su nido dos amantes pajarillos, amenizando su trabajo con cánticos de amor y entusiasmo; luego, cuando su atencion se cansaba, la niña tornaba su mirada á una florecita azul, que gallardamente crecía á poca distancia, y se entretenía en ver dar vueltas en torno de ella á una mariposa de vistosos colores; la florecita azul se mecía blandamente y parecía ir entreabriendo su cáliz para ofrecer á la bella mariposa un amoroso asilo. . . tentada estuvo la niña de cazar la mariposa, pero vinieron á su mente las palabras de su madre, que en otra ocasion le había dicho que era cruel é inhumano hacer mal á los inofensivos pajarillos é insectos, que ningun daño nos hacían.

María apartó su vista de la florecilla azul y de la vistosa mariposa, temerosa, quizá, de faltar al mandato materno impulsada por la tentacion.

Sus hermosos ojos vagaron distraidos, de las hormigas á las avecillas, de estas á la florecita azul y á la mariposa, yendo por último á fijarse en el arroyuelo próximo, cuyas plateadas ondas, corriendo una en pós de la otra, iban á confundirse á o léjos en una sola oleada. . .

l Vino á sacarle de sus distracciones su hermana Deolinda, que apareció á la puerta de la choza con un grueso libro en sus manos.

Ya hemos dicho la gran semejanza de ambas hermanas, inútil es que describamos, pues, á la hermosa jóven.

Llevaba un traje idéntico al de María del Pilar; vestido color flor de romero, que tocaba el suelo, pero suficientemente corto por delante para dejar ver sus preciosos piés, calzados con unos zapatitos negros y unas medias blancas con rayas rosa; una bata de lino blanco de manga corta hasta el codo, ciñendo su cuerpo un jubon escotado de tafetan color de rosa que dibujaba las formas de un busto adorable; plegado á su cintura pendía un pequeño delantal de lino blanco guarnecido de puntillas de algodon.

Deolinda, llevaba sus cabellos peinados como los de María, dos gruesas trenzas, admirablemente largas, descansaban graciosamente sobre sus hombros, completando aquel sencillo pero delicioso tocado, unas florecillas blancas que se perdían entre las ondas de sus cabellos.

Al aparecer Deolinda con el libro, María se puso de pié sin cuidarse de que para ello pasaba por encima de Iris, y dando un pequeño salto se colgó del cuello de su hermana.

Iris, miéntras tanto, resentido con la niña, porque habia saltado sobre él sin prevenirle, ó quizá porque no habia estado en disposicion de sentir sobre él el lijero peso de ella; dió un fuerte ladrido, sacudiendo despues su cola en señal de enojo.

María del Pilar se desprendió de los brazos de su hermana, y acercándose á Iris, dijo.

—Qué le pasa á Vd. *Señor?*

Iris no se dignó contestar, y mohino se alejó de la niña, yendo á echares á alguna distancia.

—Hola! enojo tenemos? pues peor para tí, no te compraré el collar que te ofrecí...

—Un año hacía que María del Pilar ofrecía todos los dias un collar á su perro, pero como este nunca llegaba, Iris parecía no encontrar ya alhagó en aquella oferta que jamás se cumplía.

—Ah! con que no te importa tener ó no el collar? mejor! pues tampoco te enseñaré á leer ni á hacer pruebas...

—Vamos, María—dijo Deolinda—deja en paz á Iris!

—Lo dejo en paz—replicó la niña acudiendo á su hermana—pero has de contarme un cuento!

—Un cuento! pues bien, sea; escucha, pero no hablo yo, sinó Mr. Teófilo Gautier en su historia íntima de sus animales?

—«*Madama, Teófilo*» era una gata de pecho blanco, de hociquito rosado y ojos azules; así llamada porque vivía con nosotros en una intimidad conyugal, durmiendo al pié de nuestra cama, soñando sobre uno de los brazos de nuestro sillon, miéntras escribíamos, bajando al jardin para acompañarnos en nuestras caminatas, asistiendo á nuestra comidas y á veces embargando, de paso, el bocado que llevábamos del plato á la boca.

Una vez, un amigo nuestro, que se ausentaba por algunos dias, nos confió su loro, para que lo cuidáramos miéntras durára su ausencia. Extrañando los lugares, el loro había trepado, con ayuda de su pico, á lo alto de su percha, y con

aire bastante azorado revolvía en torno sus ojos, parecidos á clavo de sillon, frunciendo las membranas blancas que le servían de párpados.

«Madama Teófilo no había visto un loro en su vida, y este animal, nuevo para ella, le causaba una sorpresa evidente. Tan inmóvil como un gato enbalsamado de Egipto, dentro de su enredo de cintillas, consideraba el pájaro con mirada profunda, reuniendo todas las nociones de historia natural que hubiera podido recoger en sus escursiones por los tejados, los patios y el jardin. La sombra de sus pensamientos pasaba por sus cambiantes pupilas, y pudimos leer en ellas este resúmen de su exámen:

—«Decididamente, es un pollo verde.»

«Adquirido este resultado, la gata saltó de la mesa de donde tenia establecido su observatorio y fué á acurrarse en un rincon de la pieza, de barriga en el suelo, los codos salientes, la cabeza baja, el resorte del lomo tendido, como la pantera negra del cuadro de Geróme; espiando á las gacelas que van á apagar su sed en el lago.

«El loro seguía con febril inquietud los movimientos de la gata: erizaba las plumas, hacía rechinar su cadena, levantaba una de sus patas, crispando los dedos, y afilaba el pico en la lata de su comedero. Su instínto le revelaba un enemigo meditando una mala partida.

«En cuanto á los ojos de la gata, fijos sobre el pájaro con intensidad fascinadora, decían, en un lenguaje que el loro entendía muy bien y que no tenía nada de ambiguo:

—«Aunque verde, ese pollo debe ser bueno para comer.»

«Seguíamos esta escena con interes, prontos á intervenir si se hacía necesario. Madama Teófilo se había acercado insensiblemente: su nariz rosada se estremecía, medio cerraba los ojos y sacaba y guardaba sus garras contráctiles. Pequeños escalofrios corrían por su lomo, como un fino goloso que se preparaba á atacar á un faisan trufado; ella se deleitaba con la idea de la comida suculenta que iba á engullir; ese plato exótico halágaba su sensualidad.

«De repente su lomo se redondeó como un arco que se estendiera, y un salto de un vigor elástico la hizo caer precisamente sobre la percha.

«El loro, que vió el peligro, con voz de bajo grave y profunda, como la de Mr. Prudhomme, esclamó:

—«Pobrecito el lorito!»

«Esta frase causó un indescriptible espanto á la gata, que dió un salto atrás. Una sonata de trompas, un monton de platos que se estrellara contra el suelo, un pistoletazo disparado en sus oídos, no hubiera causado al animal felino un terror mas vertigonoso. Todas sus ideas ornitológicas caían por el suelo.

—«*Lorito real, por España y Portugal!*»—continuaba el loro.

«La fisonomia de la gata espresaba claramente:

—«No es un pájaro, es un señor: habla!»

—«*Me gustan todas en general, pero el lorito me gusta mas,*» cantaba el pájaro con estallidos de voz de aturdir, porque habia comprendido que el espanto causado por su palabra era su mejor medio de defensa. La gata nos echó una mirada llena de intorrogaciones, y como nuestra repuesta no le satisfacía, fué á meterse debajo de la cama, de donde fué imposible sacarla en todo el dia.

«Aquellos que no tienen la costumbre de vivir entre los animales, y que ven en ellos, como Descartes, unas simples máquinas, creeran, sin duda, que prestamos intenciones de nuestra cosecha al volátil y al cuadrúpedo. No hemos hecho mas que traducir fielmente sus ideas en lenguage humano.

«Al dia siguiente, Mme Teófilo, algo reconfortada, ensayó nueva tentativa, que fué rechazada del mismo modo. Se lo tuvo por dicho, aceptándo al pájaro por un hombre.»

Aquí llegaba Deolinda cuando María del Pilar, que escuchaba muy atenta riendo estrepitósamente de la escena de la gata y el loro, hizo una esclamacion.

—Madre!—esclamó corriendo al encuentro de Da. Marcelina.

Por el sendero que conducía á la casa se aproximaba la buena madre de María y de Deolinda, trayendo una cesta colgada al brazo.

—Que me traes?—dijo María del Pilar.

—Ya lo sabrás—repuso Da. Marcelina tomando asiento, fatigada del camino.

—La señorita Adela, su padre y la señorita Inés?—preguntó Deolinda sentándose junto á su madre.

—Buenos todos, hija mía; la condesita me he encargado que desea verte.

—Mañana iré, madre mía, ¿no es verdad?

—Y yo también!—dijo prontamente María del Pilar.

—Tú? y á qué, acaso te nesecitan á tí?

La niña con la puntita de los dedos levantó la servilleta que cubria la cesta.

—Oh! bollitos, tortas, huevos, queso y...

—Sal de ahí! -dijo Doña Marcelina interrumpiendo á la niña en su investigacion; luego dándole una torta, esclamó:

—Tóma, eres peor que un mosquito...goloso!

Maria del Pilar se sentó á los piés de su madre, empezando á comer la torta tranquilamente: Iris dormía.

—¡Qué dolor he esperimentado, Deolinda al encontrarme con Luis!

—Dónde madre?

—Cerca del *palacio nevado*; daba pena verlo; ¡quién diría que la horrible y degradante pasion del juego conduce á los hombres á tan lastimoso estado!...pobres madres! pobres esposas! y pobres hijos!...

—Y antes tan pulcro que era, tan bueno y honrado!

—Sí, pero el juego le ha perdido...y se halla espuesto á todo; porque el juego es la puerta por donde se penetra al teatro de todos los crímenes....

—Dios lo ilumine...desgraciado!

—Oh! querida Deolinda, dá gracias á Dios porque á tiempo pudiste, hija, apartarte de ese hombre...oh! y en todo a nuestro ángel salvador es la condesita; si por ella no hubiera sido, tú ahora, mi pobre Deolinda, serías la esposa desgraciada de ese infeliz!...

—Quizá, madre, yo hubiera podido desviarlo de tan estraviada senda...

—No lo creas, Dolinda, ese árbol está torcido desde muy tierno, para que la fuerza de tú amor hubiera logrado enderezarlo!

—Si es así, Dios habrá velado por mi dicha.

—No lo dudes, hija mía. El te ha apartado de tan fatal camino, bendícelo como yo al darle gracias infinitas porque no te ha separado de mi lado para sufrir, como habrías sufrido á la par de ese hombre desgraciado: ¡ah! el juego, pasion afrentosa! ruina de tantas familias honradas ....!

Doña Marcelina guardó silencio despues de estas palabras,

como reflexionando sobre las fatales consecuencias de esa ruin pasion que se llama *juego*.

Deolinda, silenciosa tambien, parecía embargada por iguales ideas.

Doña Marcelina, salió de aquel mutismo momentáneo, y dejando á un lado la cesta en que la prolija y generosa mano de la condesita habia acumulado algunas golosinas hechas por ella, así como otras cosas que comprendía harían falta á la familia; tomó de manos de su hija Deolinda el libro que esta tenía.

—Precisamente en estas páginas señálase el orígen del juego y los males que trae consigo, escucha y verás que para el jugador no existe nada sagrado fuera del tapete verde. . .oh, Dios!. . .y ese vicio tiene un orígen tan remoto que, desde muchos siglos acá, viene esa pasion devastadora aprisionando víctimas, que son el bochornoso instrumento que ceba y aniquila tantas existencias!

Doña Marcelina hojeó el libro que tenía en sus manos, y empezó á leer, con voz reposada, y espresiva lo siguiente:

El Gólgotha (1)

«Era el año 33 del nacimiento de Jesus.

«Y érase el dia en que iba á cumplirse la mas grande de «las profecías:

«Una turba numerosa, desenfrenada, soez, una turba que «profería voces de muerte, se dirigía, desde el pretorio de «Jerusalen al lugar de las ejecuciones, llamado el Calvario, «ó sitio de las calaveras, monte escarpado, fuera de las puertas «de la ciudad.

«El sol brillaba en todo su esplendor en un cielo no empa- «ñado por la más ligera nube.

«La turba de los judios se apresuraba para llegar á la «cima de la montaña, donde era contenida por una doble «hilera de soldados romanos.

«A la hora de tercia una estraña comitiva desfilaba delante «de la ciudadela llamada Antonia.

«Marchaba al frente de alla, un oficial á caballo, cuya «vista estaba echada á perder hasta el punto de que dirigía

(1) Manuel Angelon.

«su corcel poco ménos que maquinalmente. Se llamaba «Longinos.

«En seguida otros cuatro ginetes se abrían paso con harta «dificultad entre el gentío, que se esponía á ser atropellado por «los caballos á trueque de satisfacer su curiosidad.

«En pos de los ginetes, un pregonero iba leyendo en alta «voz la sentencia de un hombre; lectura que repetía al volver «de cada esquina, preludiándola con un toque agudo, prolon«gado, lúgubre, de su trompeta.

«Luego venían muchos soldados custodiando á dos reos «de muerte, Dimas y Gestas, dos ladrones condenados á mo«rir en cruz.

«Detrás de los dos bandidos y de los sayones de su cus«todia, y precedidos por un gallardo jóven que en sus manos «conducía un letrero escrito sobre tabla de madera blanca, «que en habla samaritana, griega y latina, decía:

Jesus Nazareno, Rey de los Judíos,

«marchaban otra porcion de soldados, más sanguinarios, mas «feroces aun que sus compañeros. En medio de ellos cami«naba la Víctima expiatoria, regando el camino de su breve «vida con sangre, que, al caer, borraba las huellas de los pe«cados del mundo.

«En torno de Jesus la gritería era mucho más notable, la «muchedumbre mas compacta, el desenfreno mas visible. El «hijo de Dios sucumbía á menudo bajo el peso de la des«mesurada cruz que habían cargado sobre sus hombros, y «cada vez que le presentaban de nuevo el altar de aquel in«comprensible, sublime, divino holocausto, besaba con amor el «mal pulido leño y levantaba al cielo su mirada á traves del «velo de sangre que la oscurecía.

«Durante el camino hasta el Calvario, camino que recorría «despacio... muy despacio... Jesus no encontró compasion «en hombre alguno: únicamente unas buenas mugeres le mi«raron con semblante triste y derramando llanto.

«Al cabo de mucho tiempo, y despues de haber caido «cinco veces durante el camino, llegó el Redentor á la cum«bre del Calvario.

«El sitio de las ejecuciones estaba preparado de antemano «para recibir las tres cruces.

«Los judios rodearon á su víctima, y dejando de ser sol-
«dados empezaron á ser verdugos.

«Primero libertaron á Jesus del pesado instrumento de su «muerte, y en seguida empezaron á desnudarle.

«La primera vestidura de que le despojaron fué su manto, «hecho girones enteramente por tantas manos infames como «se posaron sobre la resignada víctima.

«Tras el manto le fué quitado el blanco ropaje que Herodes «le había hecho vestir en señal de befa.

«Luego le despojaron de su túnica de un color rojo os- «curo; túnica sin costura, tejida, segun la tradicion, por la «Madre del Redentor; túnica que había empezado á vestir desde «sus primeros años y que se conservaba siempre nueva, «siempre sin mancha; túnica que había ensanchado maravillo- «samente su tamaño á medida que se habían desarrollado las «formas del que la vestía; túnica milagrosa, en fin, como «todos los objetos que se referían al Hombre de los mila- «gros.

«Ultimamente le arrancaron el vestido interior, de lino «blanco, y tan cruelmente se verificó esta operacion, que al «tirar del vestido pegado á la piel, ensangrentada, esta se «fué con el vestido.

«Jesús apareció á los ojos de la muchedumbre feroz y es- «túpida de sus asesinos, envuelto simplemente en el cendal de «la inocencia, en la aureola de su divinidad.

«Y poco despues se tendió sobre la cruz como pudiera ha- «cerlo en un lecho de nubes.

«Sonaron algunos martillazos, crugieron algunos huesos, «corrió nuevamente alguna sangre, y el cuerpo de la amorosa «Víctima fué enarbolado en el infame cadalso.

«Entónces redoblaron los insultos de los soldados, las «amenazas de los sacerdotes, las imprecaciones de los fari- «seos, formando un conjunto infernal con las trompetas del «templo que anunciaban al pueblo de Jerusalen el inhumano «sacrificio.

«De pronto, como si un poder sobrenatural hubiera puesto «un freno á las insolentes turbas, enmudecieron las trompetas, «las imprecaciones, las amenazas y los insultos, sucediéndoles «un silencio extraño, absoluto, cual si el mundo hubiera in- «terrumpido sus funciones para que no se perdiera una sola «letra de las palabras que iban á ser pronunciadas por unos

«lábios cárdenos, amargados últimamente con hiel y vi-
«nagre.

«Aquel repentino silencio tenía algo de pavoroso: los per-
«petradores del mas grande de los crímenes temieron oir su
«sentencia por boca de Jesus. Agitó este sus lábios, y todos
«se dispusieron para escuchar palabras de esterminio y de
«venganza. El silencio fué interrumpido por una voz dulce
«y suave.

«Y aquella voz de un hombre que, segun espresion de su
«propio juez, había perdido su forma humana á fuerza de
«golpes y martirios, pronunció simplemente estas palabras,
«acompañándolas con una mirada de compasion lanza-
«da á sus verdugos:

«*¡Perdonadles, Padre mio, porque no saben lo que se hacen!*...»

«Prosiguieron los martirios, crueles como no los han in-
«ventado nunca mayores la especie humana.

«Miéntras esto pasaba en la cima del Gólgotha, tenía lugár
«una escena muy distinta en uno de los recodos de la mon-
«taña.

«Cuatro soldados,—cuatro sayones,—se habían apartado
«del lugar de la muerte, llevándose consigo los despojos de la
«Víctima expiatoria. La misteriosa túnica sin costuras llamó
«su atencion.

«Cuatro miradas codiciosas se fijaron en aquella prenda,
«hácia la cual se tendieron á un mismo tiempo cuatro manos.

«La vestidura estuvo á punto de ser desgarrada, porque
«ninguno quería renunciar á la presa.

«Por un momento estuvieron los sayones á punto de venir
«á las manos.

«—¡Será del mas fuerte!—exclamaron á un tiempo, des-
«nudando los aceros y disponiéndose á empezar una lucha
«sangrienta.

«Pero el ménos espadachin de los cuatro metió su mano
«dentro de una especie de zurron de cuero, y despues de ha-
«ber revuelto su contenido, dijo:

«—Será del mas afortunado.

«Y al mismo tiempo arrojó tres dados encima de la dis-
«putada vestidura.

«Los ojos de los cuatro sayones lanzaron un mismo rayo
«de alegría: el demonio del juego había triunfado del demo-
«nio de la sangre.

«Acto continuo se empeñó la partida.

«De repente palideció el sol de una manera extraña, y una «sombra densa pareció descender del Calvario, envolviendo á «Jerusalen y al valle en que la ciudad se asentaba.

«Los sayones de nada se apercibieron: tan preocupados «les tenía la pasion del juego.

«A los pocos momentos la tierra experimentó una ligera «sacudida, cual si la montaña diera síntomas de desplomarse. «Las gentes que en número inmenso poblaban el Calvario, «se apercibieron de aquella terrible oscilacion, y empezaron «á huir despavoridas.

«Solamente los jugadores permanecieron impasibles: para «ellos no existía otra impresion que la de los dados al rodar «sobre la preciosa túnica, ni mas ni ménos que sobre un infame «tapete verde.

«Uno de los muchos hombres que descendían de la mon«taña se detuvo junto á los sayones, y contemplando la ves«timenta, la reconoció por ser de Jesus.

«Aquel hombre era Simon de Cirene, el que había com«partido con el Señor el peso de la cruz sagrada.

«Simon había podido contemplar de cerca á Jesus, y ha«bía compadecido á su Madre.

«—Oid, dijo á los soldados con rústica ternura: en la cima «del monte y al pié de la cruz del Nazareno, hay una mu«jer cuyo dolor se comunica á las mismas piedras. Esta mujer «es la madre del inofensivo jóven que en estos momentos «exhala su último suspiro. ¿Comprendeis el dolor de María?

«Tres de los sayones miraron á Simon con aire estúpido: «el cuarto dijo:

—«Y bien... ¿qué?...

—«María, prosiguió el cirineo, no conserva objeto alguno «de la admirable pasion de su hijo; pues bien, en nombre «del mas puro y noble de los sentimientos, os pido para «María la túnica de Jesus...

«Los cuatro sayones contemplaron á Simon con extrañeza, «y unánimes soltaron una carcajada.

«En el mismo instante rugió el huracan, cual si el infierno «hiciera éco á aquella risa impía.

—«¡Os lo pido en nombre de vuestras madres, los que las «tubiéreis! dijo el de Cirene.

«Los dados rodaron otra vez sobre la túnica.

—«¡Os lo suplico en nombre de vuestras esposas!
—«¿A qué viene hablarnos de nuestras esposas? murmuró «indiferente uno de los soldados.
«Simon hizo un esfuerzo para dar á sus palabras toda la «espresion de ternura de que se sentía capaz, y para mayor «ablandar aquellas empedernidas almas, se postró de rodillas, «esclamando:
—«¡Os lo imploro por la vida de vuestros hijos!!!...
—«¿Qué nos importan nuestros hijos, ni su vida tampoco? «contestó entre blasfemias un sayon que jugaba con des«gracia.
«En aquel mismo punto, el sol se escondió entre nubes «y portentosamente brillaron en el cielo la luna y las es«trellas.
«El mundo estaba redimido, y el Hijo de Dios había es«pirado...
«Simon Cirene comprendió la significacion de aquel des«órden de la naturaleza, y se levantó del suelo con altiva «dignidad.
—«¡Anatema! ¡Anatema! dijo, sobre vosotros los hombres «sin corazon, los hombres dominados por el vicio, los hom«bres degradados por el juego...En vuestra desenfrenada «codicia no respetasteis ni aun los despojos de vuestra Víc«tima, y mientras el Justo moría bendiciéndoos, negásteis un «fácil consuelo á su aflijida madre. Insensibles á las adverten«cias de la misma naturaleza, habeis cerrado los oidos del «corazon al que os conjuraba en nombre de vuestras madres, «de vuestras esposas, hasta de vuestros hijos...
«Los sayones empezaron á temblar, como si el cirineo «repitiese palabras dictadas á su oido por la voz de la tem«pestad. Al mismo tiempo se repitieron las oscilaciones del «Calvario, y se dejó oir á lo léjos un ruido inusitado, ex«traño, que salía del interior de la ciudad, donde las gentes «huian despavoridas, repitiéndose unas á otras, con terror, «que el velo del templo se había rasgado maravillosamente «por sí solo.
«En medio de esta confusion de los elementos, prosiguió «Simon diciendo:
—«Os hallais entregados al vicio más horrible que puede «apoderarse del corazon humano, y en vuestra ceguedad ha«beis cometido la mas impía de las profanaciones. Pues bien,

«en castigo de ese crímen abominable pasareis vosotros, los «jugadores endurecidos, por los siglos de los siglos, con el sello «de la reprobacion impreso en vuestra frente. Las gentes «honradas transitarán por vuestro lado, volviendo con repug- «nancia la cabeza, y os perseguirá de continuo con sus mal- «diciones el número siempre creciente de vuestras víctimas. «Fieras por la dureza de vuestros sentimientos, sereis causa «de la muerte de vuestros padres, de la deshonra de «vuestras esposas, de la desgracia de vuestros hijos. Y «para mayor castigo, cuantos conversáren con vosotros se «contaminarán con vuestro aliento; cuantos se apoyáren en vo- «sotros, sucumbirán; cuantos tuvieren fé en vosotros, mo- «rirán de cuerpo y de alma. Azote de vuestras familias, en «todos los tiempos sereis plaga de la sociedad, que un día os «arrojará de su seno por mano del verdugo; y despues de sér «los mas despreciados entre los despreciados de la tierra, «vuestra mano se deshará como polvo á fuerza de golpear «inútilmente las doradas puertas del palacio de los justos; «porque el destino del jugador se halla escrito en los calci- «nados muros del infierno. ¡Anatema sobre vosotros!... sobre «vosotros!... Anatema! ¡Anatema!!!...

«Los cuatro sayones permanecieron un momento mudos y «temblorosos. Los dados cayeron de las manos de uno de «ellos, y por un movimiento comun todos miraron el punto «del jugador.

—«¡Diez y ocho!... esclamó el afortunado. Y alzó del suelo «la vestidura, ínterin sus compañeros desahogaban el coraje «blasfemando.

«En aquel mismo instante tuvo lugar el cataclismo del «mundo.

«El Calvario quedó desierto en un momento.

«En su cumbre se veian tres cruces con tres cadáveres, y «tres vivientes.

«María, madre de Jesus, María Magdalena, y el jóven «apóstol que el día anterior se había quedado dormido en el «seno de su Maestro.

«Los sayones de la túnica huyeron despavoridos.

«El Cirineo descendió lentamente del monte, pronunciando «siempre la terrible palabra:

—«¡Anatema!... ¡Anatema!!... ¡Anatema!!!...»

. . . .

Doña Marcelina suspendió aquí su lectura, y por largo rato ella y sus hijas guardaron un silencio absoluto.

Aquellas líneas que acababa de leer, les habían impresionado, cosa que siempre sucedía cuando fijaban en ellas sus ojos. Sus almas sensibles y bellas sentíanse oprimidas de dolor al recordar en esas páginas el suplicio atroz del mas justo de los hombres...

El sol se ocultaba ya tras la montaña; ninguna nube enturbiaba la limpidez del claro cielo, permitiendo admirarse en toda su inmensidad el bello y despejado horizonte teñido de dorados tintes.

A lo léjos percibíase el balido de la oveja, y el canto de los pastores que conducian los rebaños, las campanas de la pequeña capilla de la aldea lanzaban al espacio sus melancólicos sones, acabando de trazar aquel sencillo y delicioso cuadro de bellezas naturales, el ambiente suave y perfumado que se aspiraba.

Los alegres ladridos de Iris, anunciaban la aproximacion de alguna persona amiga.

Por el sendero que conducía á la choza, apareció Don Antonio trayendo en sus manos un objeto envuelto entre papeles.

María del Pilar y su perro se adelantaron á recibirlo.

—Hola!—dijo el feliz padre—qué quiere mi pequeña?

La niña en vez de contestar, se ponía de puntillas para ver mejor lo que su padre traía, pero su curiosidad se estrellaba en el papel que cubría el objeto deseado.

Don Antonio, imprimió dos ósculos de cariño en la frente de sus hijos, y seguido de todos penetró en el interior de la cabaña.

Allí tomó asiento; María del Pilar á su lado rodeaba el cuello de su padre con su brazo izquierdo, miéntras que con la otra mano libre acariciaba la cabeza de Iris.

Doña Marcelina y Deolinda disponían la mesa, pues ya era la hora de la cena.

Don Antonio, empezó por desenvolver el paquete con suma calma, hechando ojeadas disimuladas á María del Pilar, que impaciente se movía de un lado á otro, inclinándose sobre el misterioso envoltorio...

Don Antonio sonreía, y parecía gozarse en prolongar la curiosidad que su hija manifestaba.

—Has de saber—dijo mirando á la niña—que este es un regalo que te hace la Señorita Adela, para que tú á la vez quedes bien con alguien...

Al decir estas palabras, el paquete quedó descubierto, y algo agradable vió la niña cuando dió un grito de alegría.

Era un hermoso collar de bronce para Iris, en el cual se leía, primorosamente grabado, el nombre del perro.

María del Pilar, riente, gozosa, se aproximó á Iris con el collar, y sujetándolo al cuello de este, esclamó:

—Ya ves como no te engañaba; te ofrecí un collar y ya lo tienes...

—No—repuso Don Antonio—no es tu ama, Iris, quien te lo dá, sinó ..

Maria del Pilar corrió hácia su padre, y poniendo su pequeña mano sobre la boca de aquel le dijo al oido:

—No le digas eso, entónces se enfadará y ya no me amará!...

Don Antonio besó con cariño aquellas manos que sentía sobre sus labios, y llamando á Iris le dijo:

—Ya vés si es buena tu dueña, ha gastado sus ahorros ...de palabras, en comprarte un collar!

Iris se aproximó al grupo que formaban padre é hija, pero con una gravedad que hizo reir á María del Pilar.

—No te creía tan erguido! Valiente tiesura! Cuando yo me puse el collar que me regaló la Señorita Adela, no..

—Saltaste tanto,—repuso su padre interrumpiéndola—que rompiste el broche que cerraba los hilos del coral; —quieres que te imite Iris?

—No, no quiero que rompa el collar; quiero enseñarle que no sea tan orgulloso!

Doña Marcelina y Deolinda que presenciaban aquella escena sonriendo, pusieron fin á ella, diciendo que la cena estaba preparada.

CAPITULO V.

Virtud y Caridad

A la mañana siguiente, penetraba Deolinda, en el *Palacio Nevado*, acudiendo al llamado de Adela.

La linda Condesita esperaba ya, y al apercibir á Deolinda dió muestras de la mayor satisfaccion.

La escena que tuvo lugar entre ámbas, fué interesante pues Deolinda, al cabo de una hora, se despidió de Adela derramando lágrimas de alegría y de reconocimiento.

Sigamos á Deolinda á su casa para enterarnos de lo ocurrido entre ella y la noble condesita.

Doña Marcelina, Maria del Pilar y su padre esperaban la vuelta de Deolinda con curiosidad.

No tardó esta en llegar, y la espresion de su semblante dió á entender á toda la familia de que algo interesante traía la jóven.

Todos esperaron á que Deolinda hablara, pero esta, embargada por la mas viva emocion, no profirió ni una palabra. Entregó á su padre un papel en un silencio tan elocuente como las mas espresivas frases.

Don Antonio recorrió con la vista aquel papel, y exhalando una esclamacion de alegría y reconocimiento cayó de rodillas diciendo con voz ahogada por la emocion.

—¡Bendita sea nuestra noble protectora! ¡gracias Dios mío por tantas bondades!...

Doña Marcelina recorrió con la vista el interesante papel que tanta impresion habia causado, y al leerlo elevó al cielo sus ojos, derramando dulces y silenciosas lágrimas...

Deolinda tambien lloraba, y Maria del Pilar, sensible como tortolilla inocente, aunque agena á lo que ocurría, sentía su lindo rostro inundado en llanto, pero llanto de alegría que ella misma no se esplicaba, que brotaba de sus ojos como el cristalino rocio que cae del cielo sobre el cáliz de las flores puras!

El papel que Deolinda había entregado á su padre, era

un documento en toda regla, por el cual, la generosa Adela, donaba á Don Antonio una casita situada próxima al *Palacio-Nevado*, y dos leguas de campo, para que trabajara para sí, y labrase un porvenir para sus hijas.

Se comprenderá la gratitud y regocijo de aquella familia!

Aquel día fué de fiesta en el hogar de D. Antonio.

Aquella felicidad era obra de Adela, de la virtuosa Adela, que muchas veces había sido el ángel tutelar de que Dios se servía para premiar la virtud y la honradez.

—Oh! Dios, cómo pagar tantos beneficios, tanta dicha? —decía Don Antonio.

—Con nuestras bendiciones, con nuestra gratitud, rogando siempre por la felicidad de nuestros protectores.

Doña Marcelina, al decir estas palabras, sentíase abrasada por el fuego de la gratitud, que tan justamente había despertado en ellos la noble y generosa accion de Adela.

—Ya no tendrás, Antonio—dijo Doña Marcelina—que trabajar sin descanso; hoy, gracias á *ella*, podrás disfrutar de mas solaz, y sembrar para que tus hijas recojan!

—Sí,—repuso D. Antonio con firmeza—trabaje para ellas y Dios bendecirá nuestro hogar!

María del Pilar, escuchaba todo aquello absorta, sin atreverse á hablar.

Doña Marcelina fijó en ella sus miradas, y atrayendo junto á sí su cabeza, dijo:

—Graba, María, en tu alma estas escenas del bien y de la virtud; y nunca olvides, hija querida, el nombre de tus favorecedores; ruega por ellos, y complácete en bendecirlos; sé buena, María, é imita el buen corazon de la condesita; si algun día tienes fortuna, no olvides cual fué el cimiento de la tuya, y derrama á manos llenas las bondades de tu corazon; no olvides asimismo, Maria, el castigo que tuvo la Señorita Inés por haber sido mala. Recuerda la escena del jardin, cuando la noble condesita recogió aquel leproso, en su propia casa; la Sta. Inés, con repugnancia, dijo á su generosa prima:—En tu lugar me apartaria de ese hombre con horror! De mí no esperaría ni una gota de agua... aunque esta hubiera de salvarlo!

¡Recuerda siempre, que el arrepentimiento ha devuelto á su alma la dicha perdida, y que trata de borrar con sus bellas

acciones, aquellas palabras que vertió con tanta crueldad. Ahora disfruta una felicidad que nunca sintió y que hoy bien merece. . . nunca olvides esto, hija mía, porque te servirá de saludable ejemplo, para que obres y pienses guiada siempre por los nobles impulsos del alma!

. . . .

CAPITULO VI

—

Dones del cielo

—

Don Antonio y su familia, instalados en su nueva mansion, vivieron felices y contentos, teniendo aquel y su esposa la dicha de casar mas adelante, á sus dos hijas con hombres dignos de ellas por sus virtudes y honradez.

En los nuevos hogares, bendecidos por la mano de Dios, resplandecía la mas completa calma y la mas dulce felicidad.

Adela casó tambien, y el Todopoderoso premió su bondadoso corazon y bella alma, deparándole la dicha mas positiva en este mundo: un hogar embellecido por el amor casto, y dorado por los rayos inmortales de la virtud del alma.

Adela vivió siempre rodeada de séres amantes y colmada de bendiciones—Su padre la acompañaba, y contemplaba alborozado aquella alma virginal bañada en las fuentes inagotables de todos los bienes y que apagaba en ellas su sed de justicia, de pureza y de amor.

Inés era tambien completamente feliz con el amor del noble esposo que Dios le habia destinado y con el afecto y consideracion de todos.

Completamente redimida, trasformada en otro ángel de caridad y dulzura, imitó en todo á su noble prima, y como esta, fué feliz, porque fué buena; Dios abrió á tiempo los ojos de su alma y trasformóla en un ser bello, noble y delicado.

Ya no negaba su auxilio á los necesitados; y á igual de

Adela buscaba siempre con ahinco las almas sedientas de luz y de verdad, para guiarlas por la senda de la justicia.

Su mision fué sublime, y con justicia distinguiéronla con el nombre de *ángel providencial.*

La mano de Dios habia ungido su alma con celestes perfumes, con esencias divinas!

Era feliz, ejercía la verdadera caridad, y en premio de sus nobles desvelos, recogía á manos llenas ardientes bendiciones y dulces lágrimas de gratitud.

Perlas de inestimable valor que orlaban su frente ennoblecida por la caridad!

Fin del libro X

LIBRO UNDÉCIMO

REDIMIR AL CAUTIVO

REDIMIR AL CAUTIVO

¿Qué corazon será aquél
Que no lata impresionado
Al mirar un desgraciado
Gemir en una prision?
¿Quién será aquel que no tienda
Cariñoso y compasivo
Una limosna al cautivo
Que demanda compasion?...

[*Clara Lopez*]

CAPITULO I.

Lazos de afecto.

A gran distancia de B. en un ameno paraje, se alzaba hace algunos años una hermosa casa de campo, conocida con el poético nombre de *Las Rosas*, debiendo esto á los innumerables rosales que poblaban sus extensos jardines.

Los dueños de aquella agradable morada, poseedores de una regular fortuna, residían en el campo por placer, y casi podía decirse que se habían establecido en él definitivamente, pues ya hacía algunos años que no abandonaban su hermosa mansion veraniega.

Don Fernando, su esposa Doña Elvira y María Josefa, hija de estos, eran tres seres dignos y estimables. El primero, que contaba cuarenta años ya cumplidos, era un hombre jóven todavía, altamente simpático, de modales finos y aspecto reposado. Su esposa no tenía mas de treinta años, y unía á un bello conjunto, un interior lleno de virtudes.

María Josefa, hija única de estos dos buenos esposos, frisaba en los diez y ocho años.

Esta hermosa niña era el encanto de la casa y la dicha de sus padres.

Como el ave canora que alegra con sus cantos y bulliciosos gorjeos la dorada jaula de su cautiverio, así ella endulzaba con sus caricias y alhagos la existencia de sus padres amados.

Rúbia, de facciones finas, llenas de gracia, y de hermosos ojos azules, María Josefa ofrecía un conjunto admirable.

Nada mas bello que aquella casta y gentil figura.

La hermosa niña tenía reunidas en aquel paraje de su residencia todas las afecciones mas caras de su corazon.

A distancia de una legua escasa, en otra casa de campo, habitaba una apreciada familia, amiga íntima de los propietarios de *Las Rosas.*

Don Belisario del Alba, su esposa Doña Angelina y sus dos hijos Blanca y Arturo, formaban el total de los miem bros de esta familia.

Don Belisario y su esposa eran ya de respetable edad, contando los jóvenes Arturo y Blanca, veinte años esta y tres mas su hermano.

Blanca era verdaderamente hermosa.

Mediana talla, formas suaves y redondas, tez ligeramente morena y ojos negros; en fin, un conjunto perfecto de simpáticas bellezas.

Arturo, tan hermoso como su hermana, unía á sus atractivos físicos una gracia varonil que interesaba á primera vista.

Era de gallarda figura, de tez pálida y ojos garzos; su rostro adornado de fina y corta patilla prestaba á su fisonomia un nuevo razgo de belleza.

Descritos aunque á la lijera, nuestros personajes, repetiremos nuevamente que una íntima amistad unía á las dos familias.

En las tardes bellas y apacibles, Blanca y María Josefa en dulce plática, recorrian los alrededores, disfrutando del espléndido panorama que la naturaleza les brindaba, engalanada con los encantos de la primavera.

Antes de continuar nuestro relato, debemos hacer constar que la amistad entre las dos familias amigas, tomaba otro carácter mas íntimo entre María Josefa y Arturo.

Un amor puro y tranquilo, como los albores de una ma-

ñana, agitaba sus alas perfumadas sobre las juveniles cabezas de aquellos dos séres tan venturosos como dignos de ser felices.

Eran dos almas que se habian comprendido y que debian unirse.

CAPITULO II

Un dia feliz

El quince de Febrero fué dia de fiesta para ámbas familia.

Celebrábase el cumpleaños de María Josefa, y Arturo, aprovechando esta feliz circunstancia habia pedido su mano á los padres de la jóven.

De conformidad con ámbas familias, las bodas quedaron acordadas para de allí un mes despues.

Con este motivo, y siendo el último año de soltera de María Josefa, la familia de esta se disponia á celebrar una pequeña fiesta, cuyo programa se reducia á una comida de familia y á un paseo á caballo, por el campo.

Dispuestas así las cosas, la cabalgata fué formada por María Josefa, heroina de la fiesta, por Blanca y Arturo, y por los padres de estos y de aquella.

El dia amaneció hermosísimo y los jóvenes, alegres y contentos con el paseo proyectado, esperaban disfrutar de la manera mas agradable los encantos que ofrecia la espléndida belleza del tiempo.

Los padres contemplaban con íntima complacencia la alegría bulliciosa de sus hijos y sus sonrientes proyectos.

El alma vírgen y candorosa de María Josefa, flotaba en un mundo aparte, mundo lleno de encantos inefables, que su imaginacion soñadora revestia de dorados tintes.

De Arturo ¿qué diremos?

Cuando dos séres se comunican sus sentimientos con el perfume de sus almas, las impresiones que esperimentan son tan grandes y tan íntimas, que no existe lenguaje humano que pueda interpretar los latidos del corazon, describiendo las emociones del espíritu.

La comitiva, compuesta de las dos familias, emprendió la marcha en medio de la alegría general.

A retaguardia de los jóvenes, iban sus padres hablando de los incidentes ocurridos en la semana transcurrida, y del próximo enlace de la bella María Josefa.

Blanca, siempre festiva, había tenido, sin embargo, aquel dia momentos de seriedad. Arturo y María Josefa no dejaron de notar su distraccion estrañándoles tanta preocupacion.

Tan pronto iba á la par de sus amigos, como se alejaba de ellos, pareciendo querer reconocer el terreno que atravesaban.

—Este debe ser el camino...—murmuró Blanca, sin que nadie la oyera.

Cruzaban en aquel momento una pintoresca llanura, esmaltada de mil florecillas de vistosos colores.

A corta distancia se distinguía una bella casa de campo, situada sobre una elevacion de terreno que dominaba la llanura

—Quien vivirá allí?—preguntó María Josefa.

—El *solitario*—esclamó Blanco.

—El solitario!—murmuraron María Josefa y Arturo—y ¿quién es ese personaje?

—Poco se de él;—repuso Blanca—vive en compañía de su hijo, un niño de quince á diez y seis años.

—Tú lo conoces?

—Una sola vez lo he visto por casualidad, cruzaba por nuestra casa,

—Es jóven?

—Tendrá treinta y cinco años; es aleman, segun dicen, aunque habla con perfeccion nuestro idioma.

—Es buen mozo?

—Y mucho! figuraos, es de hermosa presencia, tiene un rostro espresivo, su tez es pálida, sus ojos entre verdosos y azules, y sus cabellos de un color castaño claro muy hermoso...

—Creo hermana mía,—repuso Arturo—que te has fijado mucho en el hermoso aleman.

—Bah! quién no se fija con agrado en un buen mozo?

—Pero, es casado?

—No, viudo.

—Tambien sabes eso!

—Nada tiene de estraño; su vida retirada despierta la curiosidad, y casi todos los habitantes de estos parajes saben lo mismo que yo;—particular es que tú lo ignores.

—Yo tambien algo he oido hablar de ese hombre,—dijo Maria Josefa.

—Ya lo ves!

—Pues señor,—esclamó Arturo—ya tengo curiosidad tambien de conocer á ese misterioso personaje.

—Creo que no tiene nada de misterioso, pues no se oculta de la gente; vive sí retirado, y por esto, el nombre con que lo distinguen.

—Podiamos aproximarnos á la casa, con cualquier pretesto.

—Nada mas fácil Arturo, pero no ahora, sino al regreso...

—Convenido!

Pocos momentos despues todos echaban de menos á Blanca.

Buscáronla sín hallarla y la inquietud se pintó en todos los semblantes.

¿A donde había ido la jóven?

¿Por qué se había apartado de su familia tan repentinamente, aprovechando el momento en que nadie la veía?

La madre de Blanca, intranquila y llena de temores, así como todos, determinaron no moverse de aquél sitio, esperando que Blanca reapareciera de un momento á otro.

Mientras tanto, Arturo recorría los alrededores llamando á Blanca sin que nadie le contestára.

Média hora trascurrida así, prolongándose la incertidumbre é intranquilidad de todos, cuando Blanca apareció sujetando su caballo al aproximarse á su familia y á sus ámigos.

—Blanca, ¿de donde vienes?—preguntaron todos á una voz miéntras la jóven acariciaba á su caballo, que respiraba con fuerza fatigado al parecer por una larga carréra.

—Permitidme,—contestó Blanca sonriendo—que no satisfaga vuestras preguntas en el acto; saldreis de vuestra curiosidad si todos teneis la bondad de seguirme!

Y sin esperar respuesta, Blanca impulsó su caballo emprendiendo de nuevo la marcha.

Todos la siguieron sin saber que pensar de tan estraño suceso.

María Josefa y Arturo pusieron sus caballos á la par del de Blanca.

—Se podrá saber lo que ocurre, señorita?—preguntó Arturo á su hermana.

-No señor, no se puede saber!

—Secretos tenemos?—De seguro que mi hermanita en su corta escursion ha encontrado, como en las escenas novelescas, algun trovador disfrazado de pastor!

—El solitario, cuando ménos!—esclamó á su vez María Josefa.

—No acertais;—repuso Blanca impasible—¿creis que necesitaria de vuestra compañía, si hubiera hallado un trovador disfrazado? que tontera! la escena entónces dejaria de ser novelesca.

—Tienes razon;—no hemos acertado; entónces habrás descubierto alguna mina.

—Justo, un filon de oro!

—Deveras Blanca?, entónces, hija, seremos inmensamente ricos?

—Riquísimos,...es un tesoro, que vale mucho.

—Claro, como que es oro!

—Y que no se gasta.

—Eso si que nó; el oro se gasta y tambien se acaba.

—No sabes lo que dices—repuso Blanca con maliciosa espresion,—el oro de que yo hablo no se pareço al que tú imaginas.

—Cómo! pues de qué hablas?

—El filon de que yo habló está en nuestro propio corazon, nosotros tendremos que dar, pero tambien recibiremos algo que vale mas que el oro: las bendiciones de la gratitud!

—Qué dices?—preguntaron á la vez con gran sorpresa María Josefa y Arturo.

—Nada, he dicho demasiado, señores curiosos,—respondió Blanca—y es inutil que me pregunteis mas.

Arturo y María Josefa callaron, pero despertóse en ellos el mas vivo deseo de conocer el secreto de Blanca.

Esta habia puesto su caballo al galope y todos imitaron su ejemplo.

Ya habian avanzado mucho camino, cuando Blanca hizo alto.

—Hemos llegado?—preguntaron todos con interes.

—Sí, seguid por aquí.

Blanca penetró en un estrecho sendero, seguida de todos que no sabian ya que pensar.

Detuviéronse ante un grupo de árboles, é imitando la accion de Blanca, desmontaron, al mismo tiempo que entre la arboleda oíase el ladrido de un perro.

—Jente tenemos—dijo Arturo por lo bajo, dirigiéndose á las jóvenes—donde hay perro hay amo, luego el trovador existe!—concluyó el jóven aquella argumentacion lógica, con una sonrisa burlona dedicada á su hermana Blanca.

Al descender una pequeña prominencia de terreno, pudieron nuestros amigos contemplar un curioso cuadro.

A corta distancia veíase una pequeña choza de mísero aspecto, construida bajo un árbol corpulento.

A la llegada de nuestros amigos una anciana se adelantó á recibirlos, ofreciéndoles como asiento un grueso tronco de árbol, único asiento de que disponia la infeliz.

A la puerta de la choza, una niña como de ocho años, mecía en sus faldas á un pequeñuelo de año y medio apenas.

Blanca se había adelantado, y tomando en sus brazos al niño, que no opuso resistencia, sentóse en el tronco del árbol invitando á los suyos á que hicieran lo mismo.

—He aquí mi secreto; esclamó Blanca dirigiéndose á todos—ayer por la noche, en nuestra casa, oí referir á uno de los peones del establecimiento lo siguiente: que habiéndose internado en el monte había llegado á un paraje solitario casi nunca transitado, en donde tuvo un encuentro, que impresionó vivamente su rudo corazon.

Movida por un interes y curiosidad bien natural, escuché la relacion de aquel hasta el fin, y entónces pude saber, que existía en este paraje una familia desgraciada, abandonada de todo auxilio, y en un estado miserable, desde la última invasion de los indios, los cuales habian incendiado parte de su pobre choez, haciendo cautivas al mismo tiempo á las madres de las infelices criaturas que aquí veis, ó á la hermana mayor de estos.

Esta buena anciana, madre de la de estos niños, habia logrado escapar con sus nietos, ocultos por los malezales.

Sumidos en la consternacion y en la mas espantosa miseria, han pasado momentos verdaderamente angustiosos, llorando

incesantemente á los queridos seres arrancados violentamente de su lado.

Hoy de mañana determiné cerciorarme de la verdad de aquel relato que escuché de labios de uno de nuestros peones; por esto me aparté de vosotros deseando daros una sorpresa; hablé con esta anciana y ella tuvo la bondad de referirme todos sus dolores; despues de estó volví en vuestra busca, y he aquí terminada mi narracion y revelado mi secreto.

Al terminar estas palabras, Blanca se aproximó á su hermano, y presentándole el tierno niño que llevaba en brazos esclamó:

—Arturo, este es mi trovador!

El jóven estrechó á su hermana contra su pecho, y depositando un beso en su frente, le dijo con voz conmovida:

—Dios te bendiga!

—Todavía no,—repuso la jóven riendo—mi trovador es muy pequeño aun; tendrás que esperar para echarnos la bendicion!

Los padres de los jóvenes se habían aproximado á la pobre anciana, y escuchaban de los lábios de esta la relacion de sus desgracias.

María Josefa acariciaba á la nieta de la anciana, haciéndole mil preguntas.

La niña dijo llamarse Jacinta.

—Bello nombre!—esclamó Blanca—pero, Jacinta de qué?

—Jacinta, nada más,—respondió la niña con timidez.

—Lindo apellido!—dijo Blanca posando su mano sobre la cabeza de aquella—entónces, tu abuelita se llamará: abuelita *nada mas*?

—Blanca!—murmuró Doña Elvira.

—Déja mamá; dá gusto oirla hablar!

—Abuelita,—repuso la niña—se llama Rosario Campos.

----Ah! entonces tú te llamarás, Jacinta Campito, eh?

----Sí señora----respondió Jacinta sonriendo.

Don Fernando, Don Belisario y sus esposas, impresionados y verdaderamente condolidos, por las desventuras de la anciana Rosario, prometíanle todos sus esfuerzos para salvarle de aquella aflictiva situacion.

----¡Ah, señores!----murmuró la anciana----nunca alcanzaríamos á retribuiros vuestros servicios!

----No piense Vd. en ello----repuso D. Belisario,----mi amigo

Arenas y yo prometemos rescatar de los indios á su hija y á su nieta...

—Gracias!...gracias!...— y el rostro de la anciana se bañó en lágrimas de gratitud.

—Dice Vd. que hace dos meses que se llevaron sus hijas?

—Sí, señor, dos meses!

—Tendríais la bondad de decirnos sus nombres?

—Oh, sí! mi hija se llama Margarita de Lances, y mi nieta Enriqueta.

—Confie Vd., señora, en la bondad de Dios, que sabrá devolver á Vd. los amados seres que tanto llora.

Todos se dispusieron á retirarse, no sin prometer ántes á la anciana volver pronto y enviar aquella misma tarde un criado que les llevára provisiones, ropas y otros recursos.

Blanca entregó su *trovador* á la abuelita, ofreciéndole llevarle un sombrero con pluma, un espadin y un laud, para que ensayara las dulces trovas que debia cantarle en su próxima visita.

La anciana Rosario sonreía á traves de sus lágrimas, al escuchar á Blanca, agradeciendo, en nombre de su nieto las atenciones de la jóven...

Retiráronse nuestros amigos, seguidos de las bendiciones de la pobre vieja, que no cesaba de manifestar su gratitud.

CAPITULO III

—

El solitario.

—

De regreso, bien pronto se hallaron los paseantes próximos á la casa de campo del *solitario*.

Los padres de los jóvenes, conociendo los deseos de estos, de acercarse á aquella casa que llamaba su atencion, determinaron seguir su camino, dejando á Blanca, á María Josefa y á Arturo que salieran de su curiosidad.

—Hay un sendero—esclamó Blanca—si no me equivoco, que cruza por medio del jardin situado ante la casa; como

ese camino no es propiedad particular podemos atravesarlo

—Ese camino, está próximo á la casa?

—Tan cerca que cruzaremos delante de sus puertas, como que la casa está rodeada por el jardin.

—En marcha, pues, conoceremos al hermoso aleman, sí por casualidad se deja ver.

Los jóvenes empezaron á subir una elevada cuesta, sobre la cual se destacaba la casa de campo del solitario.

Habían moderado el paso de sus caballos y avanzaban lentamente.

La casa era sencilla y de un aspecto alegre; sin embargo, los jóvenes notaron con extrañeza que el jardin ofrecía un cuadro de devastacion.

Una mano de ñina parecía haberse ocupado en arrancar las plantas, pisoteando las flores que ántes se erguían hermosas y llenas de vida.

El silencio en la casa era completo, diríase que estaba deshabitada, mas no era así.

Junto á la verja del jardin se veía un hombre, que, recostado contra ella, y apoyada su frente entre sus dos manos, parecía sumido en graves y triste reflexiones.

Arturo se inclinó hácia Blanca, murmurando.

—Pediré agua para vosotras; es el único medio de conocerlo, porque debe ser el...

Y alzando la voz esclamó:

—Perdonad, ¿sois de la casa?

El hombre que reflexionaba alzó la frente sorprendido, y mirando á nuestros amigos esclamó:

—Que se os ofrece?

—Dios mio! observa,—murmuró Blanca al oído de María Josefa—en su rostro se ven las huellas del llanto!

Arturo había echado pié á tierra, y apróximándose al solitario, esclamó sorprendido:

—Mis ojos me engañan, ó es que tengo la dicha de encontrar á mi amigo Leon Alder...

—Sí, Arturo, es tu amigo Leon!

Los dos jóvenes se abrazaron estrechamente á la sorprendida vista de Blanca y María Josefa.

Arturo presentó el jóven á sus compañeras, diciéndoles:

—Quién había de decirme que en el que todos llaman el *solitario*, había de encontrar á un amigo?

Leon, pues ya sabemos su nombre, sonrió tristemente, esclamando:

—Sí, en estas comarcas me llaman el solitario, porque huyo de la compañía de las gentes!

—Y por qué eso, amigo mío? tú, ántes tan alegre y espansivo, qué es lo que ahora te sucede?

—Arturo,—esclamó Blanca—tus preguntas son por demas indiscretas...

—No señorita—repuso Leon con dulzura—Arturo tiene derecho á conocer mis dolores, nos hemos querido siempre, hemos sido condiscípulos, y hubo un tiempo en que éramos inseparables...

—Sí, es la verdad, pero despues de tu casamiento no nos volvimos á ver, te ausentaste del país...

—Sí, viagé algun tiempo, y en ese trayecto perdí á mi esposa, al año de casado; para consuelo de aquella sentida pérdida quedóme entónces un hijo de pocos días, el que hoy cuenta quince años.

Leon se interrumpió, y una sombra de dolor oscureció su frente.

Blanca no había exagerado al hacer el retrató del jóven aleman.

Era verdaderamente hermoso; de una belleza varonil perfectamente acentuada. Sin embargo, entre sus cabellos de un castaño claro, se veían algunas hebras de plata, y por su frente hermosa y despejada surcaba una línea formada por el dolor. Sus ojos, de un bellísimo tinte verdoso, tenían la espresion del sentimiento, traducido en la mirada.

Hablaba con calma, y en la inflexion de su voz presentíase la existencia de una alma enferma y amargada.

—La existencia de vuestro hijo será vuestro mas dulce consuelo—murmuró Blanca.

—Ah! así debía ser!...

—Cómo? acaso...

—Mi hijo, señorita, es la causa constante de mi amargura!

—Que decís?

—¿Por qué no os he de hablar con confianza? mi alma necesita un desahogo, sereis vosotros mis confidentes!.

—Hablad!—murmuraron los jóvenes, rodeando á Leon con interes y cariño.

—Gracias! vuestro interes me reanima. Tengo un hijo, sí, un hijo que adoro con el alma y por el que daría hasta la última gota de mi sangre, pero ah! este mismo cariño es mi desgracia, porque me hace débil y me quita las fuerzas para corregirle.

Su carácter es indómito y su alma helada; es una tierna planta torcida, sin remedio!

—Oh! no os desanimeis así,—esclamó Blanca juntando sus manos en actitud suplicante—vuestro hijo es jóven todavía y sus defectos serán plantas sin raíz, fácil de arrancarlas...

—Todo cuanto he hecho con este objeto ha sido sin resultado!—respondió Leon con desaliento—para daros una idea de sus sentimientos bastará que os refiera sus últimos hechos.

Guillermo,—así se llama mi hijo,—es apasionado por la caza, su espíritu de destruccion se amolda perfectamente á esta clase de diversion; todos los dias sale al campo con la escopeta al hombro, volviendo con el morral repleto de caza.

Como recuerdo de mi esposa conservaba un hermoso ruiseñor, que era mi delicia en los momentos de soledad; con su canto alegraba nuestro hogar, y sus primeros acentos se oian desde que el sol comenzaba á dorar las altas copas de los árboles, hasta que enviaba á la tierra sus últimos y vacilantes reflejos. Su cuidado era para mí un consuelo, y amaba á mi ruiseñor como se puede amar á un amigo, compañero de nuestras penas y alegrias. Pues bien; mi desgraciado hijo decretó una mañana la muerte del ruiseñor; la pobre avecilla sirvió de blanco á los tiros de su escopeta! De un solo golpe cortó su vida alegre y bulliciosa...

A mis reproches, Guillermo contestó:

—Querido padre, no lamenteis la muerte del ruiseñor, os he librado de un estorbo; los pájaros para qué sirven?

—Dios mio! que dureza de corazon!—murmuró María Josefa.

—Fácil es suavizar un corazon tierno; es un niño!—esclamó Blanca á su vez.

—Ah! por desgracia un niño, con sentimientos malos, viciosos!—repuso Leon pasando la mano por su frente.

—Hace pocos días—prosiguió—el jóven Guillermo me ofreció un nuevo disgusto. Echó de casa á Marcela,

nuestra anciana servidora, porque la infeliz era enferma y no le servía tan presto como él deseaba. Ah! Marcela lloró hasta sentirse mala, y sus lamentos y sus quejas no bastaron para ablandar el corazon de mi hijo...

—Pero tú,—esclamó Arturo—¿por qué no haces valer tu autoridad de padre?

—Arturo, bien veo que mi cariño perjudica á Guillermo; no tengo fuerza para corregirlo, es tan engañador! Cuando he llegado á reprenderlo con energía, se ha quejado que no le amo y clama por su madre, diciendo que yo le rechazo! Ah! bien sabe el resultado de estas escenas; concluyo por perdonarlo y él me colma entónces de caricias...

—Creo que las faltas de vuestro hijo, son mas bien motivadas por vuestra estremada condescendencia.

—Sí,—repuso Arturo—á tu gran cariño puedes unir una energía conveniente; puedes corregirlo sin herir su amor propio, sin ultrajarlo y sin agriar su carácter; para esto solo basta que emplees dulzura y no rigor, esto último lo echaría todo á perder, y corrigiéndole como amigo más que como padre ganarás un ciento por ciento en el corazon de tu hijo: que él se acostumbre á verte siempre justo é inalterable en cuanto á tu carácter, y á mostrar una bondad dulce y tranquila que no descienda, sin embargo, á una lamentable debilidad. Tu ejemplo concluirá por redimir á tu hijo.

—Ayer—prosiguió Leon,—el primer cuadro que se ofreció á mi vista por la mañana, fué el jardin devastado, destrozadas las plantas, arrancadas de su sitio y esparcidas por todos lados. Mi hijo se rió de mi consternacion; esclamando:

—Las flores para qué sirven? ya no tendreis el trabajo de regarlas y de cuidarlas? No os he proporcionado un placer?

—Guillermo—esclamé—hasta cuándo te gozarás en mortificarme?

—Padre mío, son tan feas las plantas! ocupan tanto lugar! oh! desde hoy les haré eterna guerra!

—Y si yo te mando que no lo hagas?

—Sí tú me mandas...no lo haré...

—Eso os contestó?—esclamó Blanca interrumpiendo á Leon.

—Sí, siempre contesta así, pero luego hace su voluntad.

—Pero nó os responde con altanería—repuso Blanca —y esto me hace pensar que su alma es fácil de redimir y de rescatarla de las redes del mal, cuyo gérmen parece existir y empezar á desarrollarse.

—Sí,—agregó Arturo—un buen ejemplo y una mano firme y suave puede salvarlo, pero tú, Leon, no podrás hacer esto porque el inmenso amor que profesas á Guillermo será la perdicion de este!

—Oh! no digas eso!

—Escuchad,—esclamó Blanca aproximándose á Leon—¿hácia qué lado va vuestro hijo á cazar todos los dias?

—Hácia el paraje denominado las *Rocas*.

—Las *Rocas*?, cerca de casa es; pues bien, yo voy á interponerme en el camino de vuestro Guillermo, y con auxilio de Dios, quizá mi corazon de mujer pueda operar un cambio alagüeño en el alma de vuestro hijo...

—Qué decís!—esclamó Leon cogiendo las manos de la jóven y estrechándolas con espresion—sereis tan buena que os convirtais en salvadora de mi Guillermo? oh! Blanca... perdonad que ya os llame así, os deberé entónces más que la vida!

—Si Leon,—repuso Blanca aceptando aquel lenguaje familiar y cariñoso—tengo la seguridad de conseguir mucho de mis pocos esfuerzos; Guillermo os ama, esto es lo principal, luego, si su corazon es capaz de amar, fácilmente se podrá operar en él un cambio de sentimientos que haga su ventura y tambien la vuestra.

—Escuchad...—murmuró Leon, llevando el índice á los lábios en señal de silencio—mi hijo se aproxima...

Una voz fresca y juvenil se dejaba oir á alguna distancia entonando la siguiente estrofa:

—

«Tierna como la endecha de un amante
Bella como la luz de la alborada
Pura como los tiernos pichoncitos
Como la luna pálida
Ténue como una lágrima
Así la dicha es y huye veloz
Cual despues de besarnos una ráfaga».... (1)

Cesó el canto, y Leon sacudiendo la cabeza murmuró:

(1) Adela Castell.

—Canta como máquina... ah! no siente lo que dice!

—Estais equivocado, su acento es sentimental y parece revelar alguna emocion.

—Es un niño!

—Callad, voy á contestarle!

Blanca, respondiendo á la estrofa cantada por Guillermo, entonó con dulcísima voz:

«Grande como la inmensidad de los espacios
Oscura cual la caverna solitaria
Triste como el nidito sin la madre
Como una lápida
Sin flores, ni plegaria
Así, perenne, eterna, aterradora
Es la sombra fatal de la desgracia!» (1)

Por el opuesto sendero apareció Guillermo con su escopeta al hombro, dirigiendo hácia la casa curiosas miradas.

—Disimulad,—murmuró Blanca rápidamente al oido de los tres jóvenes—que él no sospeche lo que hablábamos.

Guillermo se aproximaba rápidamente.

A poca distancia se detuvo, apoyándose en su escopeta como fatigado.

Nada mas hermoso que aquel niño de quince años, tan desarrollado que representaba diez y ocho bien cumplidos.

Su rostro era altivo y risueño, su tez pálida y sus ojos negros é inquietos; sus cabellos, casi negros tambien, eran ondulados, llevándolos echados hácia atrás con graciosa negligencia; su nariz era fina y delicada, y su boca, de un tamaño regular, ostentaba la frescura risueña de la juventud, una sonrisa casi burlona jugueteaba de continuo en sus lábios. Su estatura desarrollada, la gentileza de su bella figura y lo dulce y reposado de sus movimientos hacían de él un adorable adolescente, un jovencito de físico tan encantador como uno de esos delicados tipos de la Edad Media, época caballeresca de hermosos y apasionados donceles.

Vestía Guillermo un precioso traje oscuro, de forma elegante y lujosa.

Blanca, Arturo y María Josefa contemplaron al jóven con marcado interes y creciente sorpresa.

(1) Adela Castell.

—Guillermo, acercaos—esclamó Leon, dirigiéndose á su hijo.

El jóven se adelantó saludando á los presentes con desembarazo y soltura, al mismo tiempo que rodeaba con sus brazos el cuello de su padre, imprimiendo un cariñoso beso en cada una de sus mejillas.

Leon dirigió á sus amigos una mirada de inteligencia.

—Querido Guillermo—esclamó dirigiéndose á su hijo—tengo el gusto de presentarte á estos buenos amigos, vecinos nuestros.

El jóven se inclinó de nuevo, estrechando con franca espresion las manos que aquellos le tendían.

—Sí,—esclamó Blanca—somos vuestros vecinos, y reclamo tambien de vos el título de amigo.

—Nuestros vecinos y amigos?—repuso el jóven con gravedad—ignoraba tanta dicha!

—Ah!—murmuró Blanca—sois galante?

—No tal, digo la verdad; ¿no es cierto padre mio?

—Sí, Guillermo, tienes razon, es una dicha la de tener buenos amigos!

—Ah! vuestro hijo tendrá tantos!—esclamó Blanca.

—Perdonad. . . ¿cómo os llamais?

—Blanca.

—Pues bien, Blanca, no tengo mas amigo que mi padre,

—Entónces, Guillermo, yo tambien quiero ser vuestra amiga, pero íntima, como hermana!

Guillermo sonrió, y aproximándose á Blanca imprimió rápidamente un beso en la frente de la jóven, esclamando:

—Acepto!

Blanca, sorprendida de aquella manifestacion, se sonrojó, consultando con la mirada á Leon.

Este respondió con otra mirada tan dulcemente espresiva, que la jóven doblemente confusa inclinó la vista al suelo.

—Blanca,—murmuró Leon aproximándose á esta, y hablando como para que nadie le excuchara excepto ella—mi vida será vuestra, porque me devolvereis la perdida calma!

—Dios mío!—repuso la jóven en el mismo tono—mis esfuerzos quizá sean vanos!

—No, el primer paso está dado; lo que acaba de hacer Guillermo no es natural, lo habeis conquistado al momento, vuestra dulce influencia ya se ha sentido!

Leon contempló á Blanca con arrobamiento, sin acertar á espresar lo que sentía en su pecho en aquel instante.

Blanca conmovida desvió la mirada sin saber espłicarse tampoco lo que sentía.

Nuestros jóvenes se despidieron de Leon y de Guillermo, prometiéndose verse muy á menudo.

Leon y Guillermo permanecieron sobre una elevada roca hasta ver desaparecer á sus amigos, que se despedían desde léjos agitando sus pañuelos.

Blanca caminaba á la par de María Josefa y de Arturo, guardando silencio, miéntras que estos comentaban lo ocurrido, haciendo mil congeturas sobre Guillermo, pareciéndoles extraño que bajo un físico tan seductor se ocultara la dureza de un mal corazon.

—Ese hermoso niño, bien dirijido será una gran cosa—dijo María Josefa.

—Sí, tiene en su mirada un fuego misterioso; al lado de su padre ofrece un gran contraste: este es dulce y tierno como el corazon de un niño, y aqnel es fuerte y enérgico como un hombre avezado á las luchas de la vida: uno es la tarde apacible, y el otro la noche tempestuosa.

Blanca callaba; su mirada vagaba sin objeto, reflejándose en ella la chispa de un deseo sin forma, el anhelo de una alma sin amores...

CAPITULO IV.

Léjos del hogar

Era una noche lóbrega.

Una densa oscuridad envolvía los objetos, hasta el punto de no distinguirlos á dos pasos de distancia.

Las sombras, que parecen aliadas naturales del crímen, son el sudario imponente de la tierra, en las noches tenebrosas, en que la tempestad rasga con estrépito ese manto fatídico, precursor de grandes males y de grandes desastres, precipitando

ardiente y abrasador el rayo matador que la divina cólera descarga sobre la tierra estremecida.

La noche á que nos referimos, era lóbrega é imponente.

Por intervalos oíase el eco de lejanos truenos, que como monstruos gigantescos parecían preparar sus fuerzas para lanzarse sobre sus víctimas.

Cárdenos relámpagos rasgaban el negro manto de los cielos.

Un frio y penetrante viento sud-oeste soplaba con fuerza, haciendo gemir las ramas de los árboles.

La luz vivísima de los relámpagos iluminaba de vez en cuando el silencioso campamento de una tribu de indios.

Una profunda quietud reinaba en las tolderías.

Diseminados aquí y allá, multitud de indios de todas edades y sexos, dormían sin cuidarse de la intemperie; veíanse toldos improvisados, que algunos indios, mas previsores, formaban para resguardarse de las lluvias y fuertes heladas, miéntras otros soportaban las inclemencias del tiempo sin preocuparse al parecer de ellas; solo las mujeres cuidaban de sus hijos, cubriéndoles con sus cuerpos cuando la lluvia caía sobre ellos.

Bajo uno de aquellos techos improvisados fingían dormir dos infelices cautivas.

—Mamá,—dijo una de estas, con tan bajo acento como el murmullo de la mas leve brisa—mamá, duermes?...

—No hija mía!—contestó en el mismo tono la madre.

—Ah! tengo frio y miedo, madre mía!—murmuró la primera con voz temblorosa.

—Ven Enriqueta, ven hija mía, acércate á mí—repuso la madre de Enripueta, con espresion de dolor y de infinita ternura.

—Oh! que noche!...qué harán á estas horas abuelita, Jacinta y el niño?

—Pobre madre mía! desgraciados hijos de mi alma!—murmuró la desventurada madre, entre ahogados sollozos.

—Ah!—continuó la niña—y mañana adonde nos llevarán?

—Dios mio!—esclamó la madre—hasta hoy hemos tenido el consuelo, en medio de nuestra desgracia, de estar juntas, pero mañana...

—Virgen santa!—esclamó la jóven estrechándose contra su

madre—yo me moriré, mamita de mi corazon, si me separan de tí!...

Los sollozos le impidieron hablar.

—Confiemos en Dios, hija querida,—murmuró la madre bañada en lágrimas — elevemos al Todopoderoso nuestras oraciones en demanda de proteccion!

—Sí, sí, recemos mucho, madre mía, con todo el fervor de nuestra alma, y seremos oidas...ah! quién sabe si despues de tanto sufrir, al volver á nuestro hogar ya no existen la abuelita y mis queridos hermanitos!

—Oh! Dios no lo permita!.. esperemos que algunos de esos buenos y generosos seres, que por felicidad exísten en el mundo, rompan las duras cadenas de la esclavitud que con tanto rigor pesan sobre nosotros!

—Dios te oiga, madre mía.

En aquel instante las nubes que cubrían el espacio, y se deshicieron en torrentes de agua, empezando á caer esta, acompañada de abundante granizo.

La situacion de las infelices cautivas no podía ser mas terrible.

Despues de largo intérvalo, la lluvia empezó á calmar.

La madre de Enriqueta se incorporó, é inclinándose sobre su hija, dijo con voz queda:

—La noche puede favorecer nuestra fuga...

—Ay! mamá...y si nos ven?...

—Es necesario aventurarse, hija mía... mañana quién sabe lo que será de nosotras!

La niña temblando, murmuró:

—Vírgen santa!

—Dos meses de cautiverio, separada de mis hijitos, de mi madre, y viendo sufrir á mi Enriqueta.. oh! valor, Dios mio! intentemos la fuga, vos velarais por nosotras!

Las dos cautivas deslizáronse fuera del sitio que les servía de abrigo, y casi arrastrándose caminaron algun trecho, deteniéndose para cobrar aliento y fuerza, volviendo á emprender de nuevo la marcha.

De repente se oyó un grito estridente, salvaje, particular, que detuvo á las cautivas, heladas de espanto, sin atreverse á avanzar ni á retroceder.

A la luz de un vivísimo relámpago, los indios de guardia habían visto deslizarse dos sombras, cual dos fantasmas, que

se alejaban con misteriosa precaucion; creyeron fuera una ilusion de sus sentidos, más un segundo relámpago les mostró la verdad de lo que ocurría.

Despues del grito de alarma, un indio dando, un formidable salto cayó de pié junto, á las aterradas é infelices cautivas.

Todo el campamento se puso en movimiento, averiguando con ansiedad la causa de tanto sobresalto.

Conocido el motivo, los indios descargaron su furor sobre las desventuradas cautivas, que estréchamente abrazadas exhalaban gemidos de dolor.

Dieron principio á sus crueldades, separando á Enriqueta de los brazos de su madre, y atando á ámbas, con fuertes ligaduras, á dos gruesos troncos de árbol, sujetáronlas al rudo castigo del látigo, azotando sus cuerpos enfermos y delicados.

—¡No castigueis á mi hija!—esclamó la madre entre gemidos—todos los golpes que ella tenga que recibir, dádmelos á mí!...

—No!—gritó Enriqueta delirante—á ella no, respetadla, salvajes! yo soy jóven y fuerte, castigadme á mi sola!.

Léjos de enternecerles aquellos clamores, los indios redoblaban su furor y descargaban sus látigos sobre las espaldas de las cautivas, acompañando los golpes con horribles sarcasmos y buslas sangrientas.

Enriqueta y su madre cayeron al fin por tierra, desmayadas de dolor.

Los salvajes suspendieron entónces su villana tarea, entregando las cautivas á las indias, para que estas se encargaran de curar sus heridas.

Este cuidado tenía su objeto: esperaban sacar de ellas un partido ventajoso, negociando sus vidas.

El día empezó á aclarar.

Enriqueta y su madre gracias á los cuidados de las indias, sentíanse aliviadas, aunque el dolor de sus heridas les impedían tenerse en pié.

Las tolderías se hallaban situadas al pié de una barranca, y en lo mas elevado de esta, había sentado su tienda el Cacique de aquella tribu.

De aquel paraje descendió un salvaje de aspecto repugnante, de músculos fuertes como el hierro, de miembros elásticos como el tigre, de rostro feroz, tez cobriza, frente

angosta, nariz ancha y dilatada, lábios gruesos y dientes grandes y amarillos; sus ojos de color indefinible, inyectados de sangre, parecían sedientos de crímines, y sus cabellos, largos hasta los hombros, ásperos, lácios y sin brillo.

Aquel hombre, si tal podia llamársele, era el servidor inmediato del Jefe de la tribu, terror de las comarcas y soberano de los desiertos.

El servidor del Cacique contempló á las cautivas con ceño adusto, y descargando un fuerte golpe con su ruda diestra sobre la delicada espalda de Enriqueta, esclamó en su dialecto:

—Maldita perra cristiana! ¿quiéres revelarte contra nuestra autoridad, negándote á trabajar? ya lo harás á viva fuerza, tu madre por un lado y tú por otro!

Enriqueta, espantada, trémula de terror ante el aspecto del salvaje, se cubrió el rostro con ámbas manos.

La madre, al verque maltrataban á su hija, lanzó un grito de dolor, é interponiéndose entre esta y el salvaje, quiso evitar el brutal tratamiento.

Vano é inutil esfuerzo!

El salvaje rechazó brutalmente á la infeliz madre, que cayó al sueloinfiriéndose una ancha herida en la cabeza, al chocar contra las piedras.

—A trabajar, haragana!—gritó el indio —nó has de intentar fugar, por que ántes morirás á mis manos!

La abundante sangre que brotaba de la herida y el aturdimiento de la caída, impedian dar un paso á la infeliz madre de Enriqueta

Esta se le aproximó vivamente; y rasgando su vestido formó una venda, ciñendo con ella la cabeza de su querida madre, miéntras inprimia un cariñoso beso en sus mejillas, ocultando las lágrimas que la ahogaban. La pobre niña con sus caricias parecía querer compensar á su madre de los malos tratamientos que recibía.

El salvaje cogió de un brazo á Enriqueta para separarla de su madre, y otro índio hizo lo mismo con esta.

—Ahora—esclamó el primero con un hórrible gesto, —nunca os vereis mas; la muchacha me pertenece, me la ha dado el Cácique, es mía y yo sabré guardarla léjos de todos!

Al decir estas terribles frases, el repugnante salvaje inten-

tó abrazar á Enriqueta, ciñendo el talle de la niña con sus nervudos brazos.

Madre é hija dieron un grito de horror, desesperadas: y haciendo un esfuerzo estraordinario, sobrenatural, se desasieron del indio, corriendo á unirse por un fuertísimo abrazo.

Entónces se trabó una lucha desesperada, el salvaje, rabioso por su presa, y las infelices mujeres, defendiéndose y dando gritos, clamaban pidiendo la proteccion divina.

Sus fuerzas se iban debilitando no pudiendo ya sostenerse. El miserable salvaje, triunfante y con el rostro iluminado por una sonrisa infernal, cogió á Enriqueta en sus brazos dispuesto á huir con ella.

La madre de la niña furiosa como una leona herida, corrió en auxilio de la hija de su alma; y ya iban á penetrar en el interior de las selvas cuando se dejó oir un penetrante silvido, apareciendo en lo alto de la barranca cuatro salvajes armados.

---El Cacique llama á los cautivos!---esclamaron estos, estendiendo sus manos hácia los actores de la anterior escena.

El servidor del Cacique lanzó un rujido, y las cautivas exhalaron una exclamacion de gozo.

Libre Enriqueta de las garras del bandido, corrió á donde estaba su madre, amparándose de ella como de un escudo salvador.

Los indios enviados por el Cacique tuvieron que prestar su ayuda á las cautivas, que, debilitadas, faltábanles las fuerzas para subir la empinada cuesta que conducía á la tienda del Jefe de la tribu.

Al penetrar en esta, las dos mujeres exhalaron un grito de alegría.

Próximo al Cacique se veía un venerable sacerdote, cuyo sagrado hábito llenó de dulce consuelo el amargado corazon de las cautivas.

—Padre!—murmuraron estas.

—Silencio!...—esclamó el Casique con autoridad----no sois vosotras las primeras que debeis hablar!

Y revistiéndose de suma gravedad, agregó con pausada voz

----Este padre viene á rescataros, y...

----Señor!...señor...----esclamaron las cautivas precipitándose á los pies del sarcedote---y con una esplosion de gratitud,

difícil de contener, bañaron las manos del anciano con las lágrimas que vertían.

----¿No he dicho que silencio?---gritó el Cacique dando un fuerte golpe en la tierra--hablareis cuando yo os lo ordene!

Las cantivas enmudecieron temblando.

El digno ministro de Dios contempló con lástima el miserable estado de las pobres cautivas, enflaquecidas por los sufrimientos y llenas de contusiones por los golpes.

Bueno,---esclamó el indio moviendo la cabeza---podeis hablar ya; ¿qué teneis que decir, cautivas?

--Oh! mucho, que nuestra gratitud para este noble sacerdote no reconoce limites!

----Nada teneis que agradecerme,---repuso el buen anciano con dulce acento---yo solo soy un simple representante que cumple con verdadero placer la mision que me han encomendado de rescataros...

-- Oh! no importa. gracias, señor, una y mil veces!

---Decidme.. .por Dios!-:-esclamó la madre de Enriqueta con mortal ansiedad---mis hijos .,mi madre....

La infeliz se detuvo con temor.

----Todos viven, y esperan el feliz y ansiado momento de estrecharos en un solo abrazo...

Un doble grito de alegría conmovió el corazon del sacerdote mas de lo que estaba; las cautivas reían y lloraban al mismo tiempo esclamando:

----Mis hijos!...mis hijitos del alma! mi madre querida!...

----Mis hermanitos!---decía Enriqueta---Jacinta! el nene querido! abuelita mía! ah!...viven...viven!

El anciano sacerdote lloraba como un niño.

Aquella escena era capaz de conmover el corazon mas indiferente, el pecho mas empedernido.

----Silencio, que voy á hablar!---esclamó el Cacique impasible ---no debeis alegraros tan pronto, pues no estoy del todo conforme con lo que el padre me ofrece.

Las cautivas dirigieron al sacerdote una ansiosa mirada.

----Descuidad!---murmuró este con acento tranquilo----todo se arreglará.

Y volviéndose al Cacique, esclamó:

---¿Os parece poco aun lo que me habeis pedido por la madre? Diez y ocho caballos, veinticinco mantas, tres barricas de azucar, cuatros arrobas de tabaco y un barril de

aguardiente; por la niña, cincuenta mulas, cincuenta cuchillos con cabos de plata, tres pipas de vino y una de aguardiente, sesenta lanzas y otras tantas mantas?

---Dios mio! ---murmuraron las cautivas

---- Sí, es poco; la muchacha merece mas ---- el indio al decir esto sonrió con salvaje espresion.

Enriqueta se estremeció, y estrechándose contra su madre dirigió el sacerdote una mirada suplicante bañada en lágrimas.

—Confianza! ---- esclamó este respondiendo á aquella mirada.

----! Que mas exigís! ---- preguntó el sacerdote dirigiéndose al Cacique.

—Quiero dinero; cinco mil pesos por la madre y diez mil por la muchacha.

El digno sacerdote contuvo su indignacion ante la desenfrenada avaricia de aquel salvaje.

—Dentro de ocho dias volveré, trayéndoos lo que pedis, pero exijo la condicion de que durante mi ausencia hagais respetar á las cautivas como cosa sagrada; no han de recibir ningun mal y han de ser miéntras tanto bien tratadas.

—Puedes ir sin cuidado cristiano; las haré colocar cerca de mi tienda para que sean respetadas, pero ten entendido que si no estás de regreso al campamento ántes que espire el octavo sol, la muchacha será entregada á quién ya la quiere como dueño: oh! y este no dejará perder un minuto despues de espirado el plazo; está ansioso de su propiedad!

Enriqueta, estremecida, ocultó su frente en el seno de su madre, vertiendo un torrente de lágrimas.

—Confianza en Dios, hija mia!—murmuró el anciano sacerdote, estrechando las manos de las pobres cautivas—*El* me traerá ántes de ocho dias, miéntras tanto orad, y pedid consuelo y resignacion al que todo lo puede!

El digno sacerdote se dispuso á partir, dando ántes á Enriqueta y á su madre dos abrigadas mantas que les servirían para prevenirse del intenso frio.

La madre de Enriqueta, rogó al anciano que fuera portador de todos sus cariños para los amados seres que lloraban su ausencia.

—Ah! decidles que lloro por ellos, que los amo, que los tengo en el corazon y que agonizo sin ellos!

Y estrechando las manos del sacerdote agregó, con infinita ternura:

—A nuestros bienhechores decidles que suya es nuestra vida, como vuestra tambien lo es!. . . solo con lágrimas, señor, podemos espresar lo que sentimos!. . .

CAPITULO V.

Guillermo

Ocho dias habían trascurrido desde la última vez que se conocieron Blanca y Guillermo, y ya la jóven y el niño se amaban con el cariño de hermanos.

Guillermo, salía á cazar todos los dias, reuniéndose á Blanca, cuyo paseo cotidiano era al paraje denominado con el nombre de las *Rocas*, pintoresco sitio en el que se alzaba un pequeño cerro, circundado de frondosos árboles y hermosos arbustos de aromática fragancia.

Blanca esperaba el momento de obrar sobre el corazon de Guillermo; necesitaba imperar en este con el dulce sentimiento del cariño, lleno de fe.

Había prometido al padre del jóven hacer vibrar las cuerdas sentimentales de aquella alma niña, extraviada en sus primeros pasos.

Iba á dar cumplimiento á su promesa, con esa satisfaccion que se esperimenta cuando se trabaja en bien de los que se aman. Guillermo le interesaba; mirábalo como á un hermano querido, cuyos pasos le sigue ansiosa de correr en su ayuda cuando el peligro le rodea.

La ocasion era preciosa para operar un cambio en el ánimo de aquel hermoso niño, cuyos sentimientos se resistían á adquirir la noble forma de la belleza moral, que enaltece el espíritu elevándole á regiones puras y serenas.

Era una hermosa mañana, serena y despejada.

Guillermo acababa de reunirse á Blanca, que le esperaba ya sentada al pié de un árbol.

—¡Qué bella mañana, Guillermo!

—Sí, hoy me preparo á llenar de caza mi morral.

—Tanta pasion teneis por la caza?

—Mucha; no podeis imaginaros lo que gozo...pero, qué teneis? parece que mis palabras os han causado disgusto... hablad Blanca!

—No es nada Guillermo...es que me causa tanta pena el ver matar á las infelices avecillas!

—Bah! no penseis en eso, querida Blanca, alegrad vuestro semblante, me place veros siempre risueña; mirad, voy á probaros como se goza con la certera puntería de mi escopeta...

Y diciendo esto, Guillermo se apartó de Blanca, y con la rapidez del rayo apuntó á un pintado pajarillo que se mecía en una rama cercana. La avecilla vaciló, y dando vueltas sobre sí misma, vino á caer sin vida á los piés de Blanca.

La jóven dió un grito, cubriéndose el rostro con ámbas manos.

Guillermo corrió hácia ella, y dejando á un lado su humeante escopeta, se arrodilló á los piés de Blanca, cogiendo sus manos y separándoselas del rostro.

—Blanca...llorais!

—Si!...lloro porque me ha herido vuestra crueldad... pobre avecilla! ¿qué mal os había hecho?

—Oh! ninguno, pero los pajarillos no sienten como nosotros...

—Os engañais! ellos como nosotros tienen seres que aman... mirad! mirad, si no os digo la verdad!

Blanca señalaba hácia el árbol de donde había caido la avecilla, otra, casi igual á esta, revoleteaba en torno del árbol dando pequeños gritos, al parecer de dolor. Iba y venía inquieta, agitando sus alas pero sin alejarse de aquel sitio. Sus débiles gritos eran tan tristes, que parecían decir: «devolvedme mi hija, que era mi única alegría!»

Blanca se había puesto de pié y se disponía á emprender el camino de su casa; su rostro estaba aun humedecido por las lágrimas, y su semblante sério y entristecido impresionó á Guillermo.

—Blanca,—murmuró el jóven—os vais?

—Sí!

—Pero...noto en vuestro rostro señales de profundo disgusto...ah! y llorais!...no lloreis Blanca, que me haceis

mal...hermana mía...la promesa que voy á haceros enjugará vuestras lágrima!

—Una promesa!

—Sí Blanca, vos me dominais, haceis de mí lo que quereis!...vuestra pena me hace daño, enjugad ese llanto...no cazaré más!

—Guillermo! qué decís?

—Digo Blanca, que ya no cazaré más, os lo juro!

—Y hareis eso por mí? me amareis tanto como para hacer ese sacrificio?

—Oh! sí, este y todos los que me exijais, me desconozco, Blanca, pero vos habeis operado ese milagro en mi.

—Dios mio! Guillermo vos sois muy bueno, ah! no me engañaba!

—No lo atribuyais á mi, sino á vuestra dulce influencia; mirad, mi padre...

—Vuestro padre...decid!

—Mi padre, Blanca, me habla contínuamente de vos con todo el entusiasmo de su corazon, dice que sois un ángel, un sér á quien hay que adorar de rodillas...

—Oh! no digais eso!

—Sí, debo decirlo, porque es la verdad, no hay mujer que os iguale...ah! si yo tuviera, una madre como vos!

—Guillermo!

—Quién sabe!...—murmuró el jóven enviando á Blanca una mirada de tierno cariño.

Blanca, turbada, sentía una agitacion estraña mezcla de placer y de dolor.

—Adios Guillermo, ya es hora que vuelva á casa.

—Hasta mañana Blanca...¿nada me decís para mi padre?

—Ah! sí...llevadle mi recuerdo...

—Siempre le acompaña!—murmuró el jóven imprimiendo un tierno beso en la diestra de su dulce amiga.

Los dos jóvenes se separaron, volviendo la cabeza á cada instante y saludándose con la mano.

Guillermo llevaba ya en sí el gérmen del bien, del cual se formaria la semilla fecundante que ofrecería más tarde los frutos más hermosos.

Blanca acariciaba una idea, y pensando en Guillermo murmuraba:

—Pobre niño! seré su guia, y Dios me ayudará...

Llegó la mañana siguiente y los dos jóvenes volvieron á reunirse.

Guillermo estaba solo...sin su escopeta!

Blanca le dirigió una mirada llena de ternura y estrechando sus manos le dijo:

—Veo que sabeis cumplir! gracias!...

—Oh! sí,..basta que á vos os lo hubiera ofrecido!

—Gracias Guillermo, no sabeis cuanta satisfaccion me proporcionais...

¡ Callad, no me deis las gracias, ordenad, que yo debo obedecer...

—No, Guillermo, nunca os ordenaré, pero siempre os suplicaré que seais bueno!

—Venid Blanca; apoyaos en mis brazos, recorramos los alrededores, disfrutando de tan bella y serena mañana.

—Vamos!

Los dos jóvenes se pusieron en camino, entretenidos en grata conversacion.

Emprendieron la marcha á lo alto del cerro, con ánimo de descender por el lado opuesto.

El paraje era pintoresco y lleno de atractivos.

Entre el ramaje de los arbustos, percibíase el canto de los pajarillos y el aleteo de sus castas alas; mas allá escuchábase el murmurio de las aguas de un lago, que corría con lentitud haciendo susurrar sus ondas de cristal y de espuma en todo; la frescura de la primavera, el vigor de la vida y el sentimiento del amor, encarnado hasta en el mas imperceptible detalle.....

—Oh! Guillermo. mirad que hermosas flores!—esclamó Blanca. deteniendo su paso, é indicando dos hermosas azucenas, que, aisladas, crecian al borde del barranco que se elevaba á la izquierda del cerro.

—Flores...—murmuró Guillermo con indiferencia,—se encuentran á cada paso, son la alfombra de la campiña.

—Deliciosa alfombra! flores, música y amor...tres notas sublimes que al vibrar conmueven el mundo entero!

—Tanto os gustan, Blanca?

—Cómo! preguntais si me gusta lo que á toda alma sen-

sible conmueve y electriza? por ventura no esperimentais igual sensacion..?

Guillermo inclinó su frente avergonzado, pero volvió á levantarla con espresion risueña.

—Teneis razon Blanca, pero hasta hoy yo no había comprendido esa belleza que acabais de revelarme.

—Pues qué, ¿nada decia á vuestro corazon la suavidad de las flores y sus dulces encantos?

—Nada! mirábalas como un estorbo...como un objeto inútil...

Blanca volvió el rostro con el semblante entristecido.

Guillermo comprendió al momento el efecto que causaban sus palabras, y rápido como el pensamiento, trepó á las rocas, deseoso de borrar el disgusto de Blanca, ofreciéndole las dos hermosas azucenas que tanto habían cautivado su atencion.

—Dios mio, Guillermo!—esclamó Blanca tendiendo sus manos hácia él—tened cuidado, vais á caer...el ascenso á esas rocas es dificultoso!

—No temais...ya las tengo!

Guillermo, de un salto se halló de nuevo cerca de su amiga.

—Tomad,—dijo presentándole las dos flores—son tan bellas y puras como vos!

—Gracias! pero una ha de ser vuestra.

—Sea, la acepto con gratitud, pero á una condicion...

—Cual?

—Que no me guardareis rencor por lo que hemos hablado...

—Respecto á vuestra aversion por las flores?

—Oh! ya no la tengo desde que os he oido!

—Querido Guillermo! cuanto os agradezco que me hableis así! Yo amo las flores como á unas amigas dulces y leales, me parece que cuando les prodigo mis cuidados y mis caricias me comprenden y me agradecen, regalándome sus perfumes más delicados...Cuando veo que alguien destroza una flor, arrojándola lejos de sí, me entristece, y me parece que quien tal cosa hace no tiene corazon ni puede ser bueno.

Guillermo inclinó su frente confundido.

—Prosigamos, querido amigo—esclamó la jóven alegremente, apoyando su brazo en el de Guillermo, deseosa de borrar la impresion de tristeza que se retrataba en el rostro de este.

Blanca y Guillermo caminaban en silencio; aquella jugando con su azucena, y este aspirando el perfume de la suya con verdadera satisfacion.

—Es estraño,—pensaba el jóven—hasta hoy no había notado el encanto de las flores, con razon mi padre me consideró tan cruel cuando destruí el jardin.

—Ya es mio!—pensaba á su vez Blanca—su corazon era una planta hermosa cubierta por los zarzales, mi mano destruirá estas dejando libre aquella, que empezará á retoñar con la fuerza de la vida; ah! Leon, no sabes cuanto placer hallo en esta obra!

Los dos jóvenes habian descendido del cerro, y caminaron por un largo sendero, sombreados de elevados árboles, que proyectaban una frescura deliciosa.

—Estais algo fatigada, querida Blanca, buscaremos por aquí alguna choza cuyos habitantes puedan ofreceros descanso.

—Como querais; descansaremos y volveremos en seguida á casa.

Adelantaron un poco, mas no tardando en descubrir una pobre vivienda que atestiguaba bastante escasez de habitantes.

Una anciana salió á recibirlos, pero al ver á Guillermo, dió un paso atrás y cubriéndose el rostro con su delantal prorrumpió en ahogados sollozos.

—Qué teneis, buena mujer?—esclamó Blanca aproximándose á ella.

—Marcela....por qué llorais?—preguntó á su vez Guillermo.

—Cómo! conoceis vos á esta anciana?

—Sí Blanca, ha sido nuestra servidora....

—Guillermo, ¿estais siempre incomodado conmigo?—esclamó la anciana sin cesar de llorar—ah! creed que siempre os he querido con toda el alma, y que esta pobre vieja nunca pensó en desobedeceros!

—Marcela!

—Oh! permitid que os vuelva á servir como ántes! Desde que me arrojasteis de vuestra casa me parece ver la muerte más proxima; ah! yo que os he visto crecer y que os he cuidado desde niño, desfallezco al pensar que moriré abandonada...

—Señora, yo os brindo mi casa! murmuró Blanca, desviando sus ojos de Guillermo que la miraba con ansiedad.

—Oh! no,—esclamó el jóven precipitadamente, y cojiendo las manos de la anciana murmuró con viva espresion:

—Marcela, vuelve á casa. . . yo te lo suplico. . . y perdóname lo que te haya hecho sufrir!

—Cómo, ¡me permitis que vuelva á vuestra casa y me pedís perdon? oh Dios! debo estar soñando!

—No Marcela, no soñais, el Guillermo de ántes no es el de ahora, ya tendreis ocasion de conocerlo!

La anciana, loca de alegría, besaba las manos del jóven y prorrumpia en esclamaciones de gozo.

Guillermo se aproximó á ella y le dijo en voz baja señalando á Blanca que enjugaba sus lágrimas en aquel momento:

—A ella debeis todo, es un ángel que Dios ha puesto á mi lado para salvarme!

—Señorita!—murmuró la pobre vieja dirijiendo á Blanca una mirada llena de espresivo cariño.

—Blanca!—esclamó Guillermo á su vez—reconoceis vuestra obra?

—Mi obra?—repuso la jóven estrechando la manos de aquel—no digais eso, la accion que acabais de hacer ha nacido de lo íntimo de vuestro corazon. . .

—Sí por vos no hubiera sido nada bueno podía haber brotado de mí!

—Ah! señorita,—esclamó la anciana juntando sus manos—cuán reconocído os estará Don Leon!

—Sí, Marcela, mi padre conoce ya la dulce influencia de Blanca..

Despues de aquella escena, la anciana se preparó á seguir á los jóvenes que emprendieron la marcha de regreso á sus casas.

Transcurrieron algunos dias, sin que Guillermo volviera al sitio donde acostumbraba á reunirse con Blanca todos los dias.

Alarmada la jóven por tan inesplicable ausencia, se disponia á averiguar la causa, cuando recibió un billete de Leon en que le suplicaba fuera á su casa, pues estando enfermo Guillermo clamaba este por verla:

Arturo acompañó á Blanca á casa de sus amigos.

Guillermo, así que vió á aquella le tendió los brazos, y estrechándola dulcemente murmuró á su oido.

—Cuánto os estraño! ah¡ qué no diera por veros siempre á mi lado!

—Mi buen Guillermo!—respondió la jóven conmovida—recuperad vuestra preciosa salud y volveremos á nuestros paseos.

Mientras Arturo conversaba con Guillermo, Leon condujo á Blanca á la habitacion contigua, donde se veía un ancho balcon que caía al jardin.

¡ Mirad?—esclamó el jóven señalando al jardin.

—Dios mio—murmuró Blanca—es obra esa de Guillermo?

El jardin, ántes devastado y destruido, ofrecia ahora un cuadro de sonriente vida.

Esas pequeñas calles bien delineadas formaban mil figuras; en las que resaltaban delicadas plantas, cargadas unas de vistosas flores y otras vestidas de verdes retoños; en el centro del jardin se elevaba una hermosa planta de azucena que descollaba entre todas.

Blanca, juntó las manos, y derramando dulces lágrimas elevó sus ojos al cielo como en accion de gracias.

—Ah! Blanca,—murmuró Leon, oprimiendo la diestra de la jóven—me habeis devuelto la vida que faltaba á mi corazon!

—No Leon, vuestro hijo era ya bueno, mis esfuerzos han sido débiles...

—No, prosigais; Guillermo y yo os debemos nuestra dicha...

Blanca bajo su mirada turbada.

—No sabeis todo—repuso el jóven,—mirad hácia este otro lado, ¿qué veis?

—Dios mio! un ruiseñor.

—Sí, mi hijo ha querido resarcir todos los males ocasionados por sus errores. Su corazon late hoy á impulsos de los más nobles sentimientos, y todo debido á vos, sola... Blanca...cuánto os debo!

—Leon, si algo he hecho por vos y por vuestro hijo, sobradamente recompensada estoy con vuestro afecto...

—Ah! todo mi cariño, todo mi amor, Blanca, sería poco...

—Leon!!...

—Blanca!...

Las manos de los dos jóvenes se hallaron unidas sin ellos saber como, y una mirada infinita, tan dulce como una ar-

monía, dejó ver sus deseos á traves de secretas lágrimas...

Blanca, inclinó la frente como la flor besada por la brisa, y quiso retirar su mano de entre las de Leon.

Ya era tarde...

Los lazos del amor son rápidos para anudar los destinos.

----Blanca. . .perdonadme!---murmuró Leon sin ocultar su emocion---os amo con toda el alma! si me abandonais moriré de dolor!

---Morir! oh, no! no digais èso Leon!

----Sin vos. ya todo me parece triste y sombrío; sois el sol de mi vida, la esencia de mi alma!

----Oh!

----Dejad que os diga todo lo que siento, dejad que de rodillas os repita una y mil veces que os adoro!

----Leon! Leon! alzad, alzad por Dios!

----No, así me vereis hasta que escuche de vuestros lábios lo que mi corazon anhela. . .no me negueis vuestras miradas Blanca; ah! no me negueis vuestras palabras! . . .decidme una sola, una siquiera! . . .

----Leon. . . .¿qué quereis que os diga, que mi emocion no os haya revelado?

---Blanca! mi Blanca adorada, podria esperar. . .

---Leon. . .hace mucho que mi corazon os pertenece!

— Ah!

Leon cubrióse el rostro con las manos de Blanca, bañándolas en lágrimas.

En aquel instante se presentó Guillermo.

Al sorprender aquel cuadro lanzó un grito de alegría; y precipitándose al cuello de Blanca, la estrechó contra su corazon, cubrió su rostro de apasionados besos y murmuró:

—Ah! sereis mi madre, mi madre adorada!

—Y tendremos dos bodas!—esclamó Arturo, presentándose en el aposento.

—Que dicha, Arturo!— repuso Leon abrazando á su amigo—Blanca me ama, corresponde á mi cariño. . .

—Bah!—replicó Arturo—eso ya lo sabía, á mí no se me escapan ciertas cosas!

—Ya ves,—prosiguió el jóven, dirijiéndose á su hermana—el *solitario* quiere estar acompañado! Yo hago votos porque todos los solitarios. . .anhelen estar acompañados; el hom-

bre, lo mismo que la mujer, han nacido para vivir unidos, porque sí y porque. . .he dicho:

Guillermo aplaudió, esclamando:

—Magnífico discurso!

—Ya te enseñaré á pronunciarlos, querido sobrino!

Blanca y Leon nada oían, absorbidos en su dicha.

Dos almas que se aman y se comprenden; tienen ¡tanto que decirse!

CAPITULO VI.

—

Vuelta al hogar

—

Fiel á la promesa hecha á los indios, el digno sacerdote, encargado del rescate de las cautivas, estaba de regreso al campamento ántes del plazo fijado.

Le acompañaron diez peones, que conducían en varios carros todo lo pedido por los indios, faltando los caballos y las mulas, que llegaron la tarde de aquel mismo día.

Para reunir los quince mil pesos, D. Belisario, careciendo de recursos, apresuró la venta de su casa de campo, idea que abrigaba desde mucho tiempo atras. A instancias de Arenas, la familia del Alba fué á vivir con la de aquel, miéntras llegaba la hora de partir para la ciudad, adonde debían ir todos despues del casamiento de Arturo con María Josefa.

Arenas y del Alba habían hecho, pues, todos los esfuerzos posibles para reunir cuanto la avaricia de los indios deseaba.

Despues de terminado el arreglo, y de cumplida la promesa, los indios entregaron las cautivas al sacerdote, que en compañia de este, y montados en mulas, emprendieron la marcha de regreso al hogar.

La anciana Rosario, prevenida con anticipacion, esperaba ansiosa, elevando al cielo sus plegarias de gratitud.

Con el niño en brazos y Jacinta á su lado, la anciana, á la puerta de su choza, dirigia al campo afanosas miradas.

Bien pronto sus ojos distinguieron al sacerdote, acompañado de Enriqueta y de su madre.

La pobre anciana lanzó un grito de loca alegría y quiso correr al encuentro de sus hijas, pero sus piernas flaquearon y tuvo que apoyarse contra un árbol para no caer.

Margarita, la madre de Enriqueta, fué la primera en llegar, recibiendo en sus brazos á su anciana madre, que riendo y llorando se precipitó al cuello de su hija sin acertar á pronunciar una palabra.

—Madre mía!—esclamó Margarita, oprimiendo contra su pecho á la pobre anciana.

—¡Adorados hijos de mi alma!—esclamó ébria de alegria, confundiendo con un solo abrazo á Jacinta y al niño.

Enriqueta, estrechaba á sus hermanitas riendo y llorando á la vez, sin poder convencerse si aquello era una bella realidad ó un engañoso sueño.

Jacinta, suspendida al cuello de su madre, no quería separarse de ella, dando gritos de alegría ahogados por las lágrimas.

Aquello era un delirio; estrechamente unidos formaban todos un grupo conmovedor, sin acertar á deshacer aquel dulsísimo lazo, de amor tan grande y de alegría tan sincera.

El sacerdote, íntimamente conmovido, lloraba enternecido contemplando aquel cuadro.

Penetraron todos en el interior del rancho, llevando la feliz madre su pequeñuelo en brazos, y á su lado á Jacinta, que rodeaba su cintura miéntras ella acariciaba sus cabellos.

El sacerdote permaneció algunos momento mas, retirándose despues para dar cuenta de su cometido á las familias Arenas y del Alba.

Estas se trasladaron aquella misma tarde á la choza, deseando presenciar por unos instantes la felicidad de sus habitadores.

La anciana Rosario, Margarita, Enriqueta y hasta Jacinta no sabian como espresar toda la gratitud que llenaba sus corazones; daban las gracias con lágrimas en los ojos, bendiciendo á sus bienhechores con la espresion mas íntima.

La bella obra de las familias Arenas y del Alba aun no estaba terminada: para que aquella fuera completa deseaban llevarse consigo á las dueñas de la humilde choza. Así se lo manifestaron á estas, diciéndoles que desde aquel día se encargaban de su suerte.

Desde el día siguiente, Margarita y su familia quedaron instaladas en la casa de Arenas, cuya espaciosa comodidad permitía dar albergue á todos.

La mas grata de las felicidades sonreía en la morada de Arenas. En breve llegaría el momento en que ese dicha enviaría sus mas dulces rayos sobre las dos amigas Blanca y María Josefa

CAPITULO VII.

—

Rayos de oro y reflejos de luna.

—

La luna enviaba sus rayos de plata, bañando con suave claridad la naturaleza, entregada al reposo de la noche.

Blanca y María Josefa, asomadas á un balcon del piso bajo de la casa, contemplaban silenciosas la belleza de aquella noche perfumada por las flores primaverales.

Continuando una conversacion, al parecer interrumpida, María Josefa esclamó:

—Luego, le amas?

—Ah, sí! no puedes imaginar la inpresion que esperimento cuando él fija sus ojos en los míos... es una impresion tan dulce, tan grande, que imposible me sería espresártela!

—En verdad que es hermoso el jóven aleman!

—Ah! tan hermoso como el sueño de los poetas que han nacido bajo su mismo cielo! tiene su mirada la dulzura de una súplica y el fuego de un sentimiento comprimido, Leon no necesita hablar para revelar lo que su corazon siente, su amor se trasparenta en su mirada!

—Y Guillermo te adora tanto como su padre.

—Noble niño!

—Hoy, gracias á tí, es una adorable criatura; su corazon, prisionero en las redes del mal, ha sido por tí libertado, has redimido su alma brindándole el cariño de la tuya!

—Pobre Guillermo! él era ya bueno, pocos esfuerzos se necesitaban para conquistarle; bastaba ofrecer á su vista ejemplos tiernos para conmoverle y desviarle del extraviado camino que se empeñaba en seguir.

—Escucha, Blanca...parece que alguien se acerca.

—Será Leon!

—El debe ser...escuchemos, parece que canta..

—Sí, ahora se percibe...

Las dos amigas guardaron silencio.

A alguna distancia se dejó oir la apasionada voz de Leon, que se aproximaba cantando;

Algo, como vagas ideas que fluctúan
En medio el claro oscuro de un paisaje
Que tiene claridades de alborada
Y brisa melancólica de tarde:
Algo sublime,
Algo inefable
Es lo que siente el alma que palpita
Al recuerdo de otra alma palpitante (1).

Blanca, llevó una mano al corazon como respondiéndo á aquellos acentos de amor.

Leon apareció en aquel momento, aproximándose á la casa.

Las jóvenes desaparecieron del balcon, acudiendo á recibírle seguidas de Arturo.

—Blanca, mí dulce amiga!—esclamó el jóven estrechando las manos de aquella—al fin vá á fijarse el dia de mi ventura!

—Y el de la mía!—repuso Arturo—habrá bodas dobles.

Los cuatro jóvenes penetraron en la casa.

Los padres de Blanca y de María Josefa esperaban en el salon.

Leon, emocionado, formuló su peticion, pintando con frases apasionadas su adoracion por Blanca.

Da. Angélica, contempló á su hija con amor, esclamando:

—Nuestra respuesta, Leon, está en los ojos de Blanca!

—Y en los míos!—dijo Guillermo, precipitándose en el salon, falto de aliento y rodeando con sus brazos el cuello de Blanca.

—Padre mío, perdonadme!—esclamó Guillermo dirigiéndose á Leon—si he venido sin vuestro consentimiento ha sido porque no podía estar sin ver á Blanca!

(1) Adela Castell.

—Guillermo!—murmuró Blanca con infinita ternura—tu cariño me conmueve!

—Ah! no es verdad que vos tambien me amais como si fuera vuestro hijo?

—Ah! si Guillermo, te amo y pronto seré para tí la madre mas cariñosa...

—Ah! que felicidad! padre mío, cuantas gracias os doy, y á vosotros tambien!

Y el jóven, con delirante alegría, abrazaba á todos corriendo por el salon como un loco.

—Blanca! cuanto os agradezco el cariño que profesais á mi hijo!—esclamó Leon fijando en su amada una mirada de adoracion.

—Ah! Leon! vuestro hijo es un ángel...

—Sí,—murmuró Leon—un ángel que ha unido nuestras almas y nuestros destinos!

La dicha nunca debe de retardarse.

Así lo creían nuestros amigos que apresuraron el día de las bodas.

Blanca fué á vivir á la casa de su esposo.

María Josefa permaneció en la suya.

Al penetrar Blanca en la morada de Leon, la anciana Marcela, enjugando sus lágrimas, esclamó:

—Con vos señora, entra la dicha en esta casa!

—Ah! Marcela, hay una dicha sin nombre que llena el alma entera, y esa es la que yo esperimento al penetrar en esta casa!

—Yo sé que felicidad es esa!—esclamó Guillermo con ardiente espresion.

—Dí, cual es?

—La dicha de vivir con los que se aman!

—Me has comprendido! sin tí, Guillermo, y sin Leon, no podría vivir!

—Ah! mi Blanca querida!—murmuró Leon abrazando estrechamente á su esposa—bendigamos la casualidad que nos quiso reunir!

—Bendigamos, Leon, la bondad infinita de Dios, autor de nuestra dicha!

—Señor!—esclamó Guillermo arrodillándose y elevando al cielo sus hermosos ojos—bendice tú obra; y tú, madre mía,

que desde lo alto contemplas la felicidad de tu hijo y la de tu esposo, ruega al Altísimo porque nuestra ventura sea siempre tan bella como pura y grande es el alma del hermoso ángel que hoy ocupa tu lugar!

Fin del libro XI.

LIBRO DUODÉCIMO

VESTIR AL DESNUDO

VESTIR AL DESNUDO

Ser buena es una ganga,
para ser feliz, ser buena.

Luis Eguilaz.

Unos reparten sus propios bienes y se hacen ricos, y otros roban los agenos y nunca salen de pobres.

***

CAPITULO I.

Reminiscencia

La presente historieta me fué referida por mi querido padre cuando yo solo contaba siete años.

Recuerdo perfectamente, cuando á la caida de la tarde, despues de haber dado el paseo cuotidiano por la bella campaña de mi pequeño pueblo natal, mi padre regresaba al hogar, miéntras que yo le seguía cantando bajito, asida á su mano y cortando las florecillas que poblaban el camino con las cuales formaba un pequeño ramillete que luego presentaba muy ufana á mi querida madre que nos esperaba todas las tardes á la puerta del jardin de nuestra casa, recibiendo en cambio de mi obsequio un dulce y tiernísimo beso!

Yo ansiaba con anhelo aquella hora, porque sabía que de vuelta de nuestro paseo, al llegar á nuestra morada, mi padre sentábame á su lado y miéntras mis pequeños hermanos se entregaban á los juegos propios de su edad yo escuchaba con religioso respeto y profunda atencion las palábras que brotaban de los lábios del autor de mis dias.

Apesar de mi corta edad, mi carácter silencioso, melancólico y reservado, me hacía amar, más que á los infantiles juegos á que se entregaban mis hermanitos, las historietas que mis padres referían con el anheloso deseo de distraer nuestros espíritu y de ofrecer á nuestra alma juvenil ejemplos dignos y elevados, que poco á poco iban inculcando en nuestro corazon el sentimiento de lo noble, grande y bello.

El deber de los buenos padres, es no perder nunca la ocasion de ofrecer á sus hijos ejemplos dignos de imitarse, cumpliendo así la sagrada mision que Dios les ha impuesto: dirigir con tierna y abnegada solicitud las infantiles almas, los juveniles corazones por la senda de la virtud y de la honradez.

Este deber noble, grande y digno, vese á veces hasta en los séres que por sus extravíos no merecen el sacro nombre de padres.

El mundo ofrece muchos ejemplos: cuéntanos S. Catalina, en una de sus bellas obras, la sublime abnegacion de un célebre bandido, famoso por su hechos feroces, pero que transformado cuando se hallaba al lado de sus hijos se afanaba en encaminarlos por las bellas sendas del deber, siendo su mayor tormento el imajinar que algun dia sus hijos pudieran igualarle.

Aquel hombre, despojado de todos los más bellos sentimientos, cuya ferocidad no conocía límites, conservaba en su alma, como una hermosa flor nacida en inculto y agreste terreno, la sagrada prenda de su amor paterno.

Mas, me desvío por completo de mi narracion.

Decía, pues, que el paraje elejido por mi padre para referir las historietas que habían de preparar nuestro espiritu para el bien, era á la entrada de nuestra poética casita, bajo un frondoso enparrado, del cual pendían dos jaulas que aprisionaban dos preciosos pajarillos, los que cantaban alegremente desde el rayar el día hasta que las sombras de la noche hacían entregar al reposo á los felices habitantes de aquel hogar.

Multitud de plantas, unas delicadas, otras vulgares, pero todas bellas y olorosas, cuidadosamente atendidas por mi adorada madre, embalsamaban el aire que todos respirába-

mos con delicia, disfrutando del encanto de aquellas tardes de apacible calma.

Imagínome, al volver mis recuerdos hácia aquella época, no muy lejana, hallarme aun bajo el fresco y hermoso emparrado, escuchando las suaves y tiernas palabras de mis padres; más allá creo apercibir las risas infantiles de mis hermanitos, que juegan con turbulenta alegría, y cerca del grupo, formado por mí y el autor de mi existencia, paréceme contemplar la dulce mirada de mi madre, qué en aquellos momentos deja de enderezar un rosal, inclinado por el fuerte viento, para dirigirnos una amante y tierna sonrisa.

Perdonad, lectora amiga, estas divagaciones, vos tambien quizá tengais la dicha de vivir aún en compañía de vuestros padres, y si sois buena hija comprendereis las espansiones de mi alma.

Empezaré la historieta prometida sin más digresiones. Lo que entónces se me relató para alimentar mi espíritu y dirijir mi corazon, trasmítolo yo hoy á vosotras, amadas lectoras, ofreciéndoos á mi vez los ejemplos de un proceder ejemplar, que lleva por lema el más bello de los sentimientos que pueden adornar una alma perfecta.

CAPITULO II

—

¡Caridad!

—

Há tiempo una corta familia habitaba un casita de muy humilde aspecto, situada en uno de los más apartados barrios de una ciudad que determinaremos con el nombre de Valle Florido.

Doña Flora Gonzalez de Rodriguez, honrada, viuda y su hija María, preciosa jóven de diez y siete primaveras, eran las habitadoras de la modesta vivienda.

Desde la muerte del esposo de Doña Flora, está y su hija habían quedado en la pobreza. Miéntras el esposo vivió

nada faltó en aquella casa, aunque solo contaban con lo estrictamente necesario para una existencia modesta y humilde,—mas sobrevino la muerte cruel y arrebató del tranquilo hogar al padre tierno, al esposo amoroso.

Desde aquel instante la miseria disputaba su presa, en donde ántes solo había felicidad y sonrisas de dicha.

María, de organizacion delicada y naturaleza débil, cambió notablemente, y un mes despues de la muerte de su padre estaba enteramente desconocida.

El dolor y las privaciones habían enflaquecido su cuerpo y sin embargo todavía era bella, muy bella.

A los diez y siete años, época florida de la vida, los estragos que ocasionan los dolores morales no logran, hacer desaparecer la juventud; solo consiguen, sí, marchitar la hermosura del cuerpo, pero á tan temprana edad, la esencia de los colores sonrosados, del brillo de los ojos, de la suavidad de los contornos, no es eterna; no bien la calma ha tornado á los corazones intranquilos, vuelven las gracias de la juventud á ostentar sus hechizos seductores, á semejanza de la hermosa planta que al tornar la primavera se viste de verde follaje y de encantadas flores, ofreciéndosenos más bella que nunca.

La vida, languidecida por un dolor, tórnase vigorosa para proseguir la marcha interrumpida, así como la descompuesta máquina retocada por un hábil mecánico.

El consuelo y la conformidad de la resignacion, bálsamos divinos que cicatrizan las heridas del alma, devolvieron á María y á su madre la vida que iba faltandoles, y con ella la necesidad imperiosa de trabajar para subsistir.

Siendo la educacion de María no muy vasta, el único recurso con que contaba para ganar el pan cuotidiano para ella y su madre era la costura; dedicáronse á este trabajo cosiendo para algunas familias bien acomodadas.

La madre de María, de edad ya algo avanzada, contaba sesenta años, y poco podía ayudar á su hija, conservando por esto, en su interior, una profunda pena, al verla trabajar día y noche.

Sin embargo, el Domingo, dia de precepto, madre é hija descansaban, tomando nuevas fuerzas para el resto de la semana, complaciéndose en santificar ese día, desti-

nado al reposo de los que ganan el pan con el trabajo honrado.

María en vez de preferir la distraccion del paseo en esos dias, despues de ataviarse modestamente con su humilde vestidito blanco de linó, tomaba un libro é iba á sentarse junto á su madre.

—Pero hija mía—solía decirle Doña Flora—por qué no sales un momento á respirar el aire libre? yo te acompañaré; la distraccion, hija mia, es tambien parte de la vida.

—No mamá—contestaba María,—prefiero mucho más estar junto á tí, haciéndote compañía, leyendo ese hermoso libro de Perez Escrich, titulado *El Martir del Gólgota.*

María decía la verdad.

Gozaba mas leyendo un buen libro que luciendo sus gracias, ya en un paseo, ya tras los cristales de un balcon.

Creemos haber dicho que la víuda y su hija vivían muy escasamente, no teniendo más entrada que la que producían las costuras de María.

Con el producto de las últimas, Doña Flora había hecho á su hija, para la nueva estacion, un vestido de lanilla color pizarra, de ínfimo precio.

Este vestido era el único!

Las dos pobres mujeres, por sus escasos recursos no podían proporcionarse más que un traje en cada estacion, y esto muchas veces con grandes fatigas.

María había cobrado gran cariño á su vestido pizarra, confeccionado por su madre con el producto de su honrada labor.

De esta manera, deslizábanse los tristes y monótonos dias de aquellos dos nobles seres, hasta que tuvo lugar una escena digna de narrarla, pues ofrece un ejemplo tan bello como grande.

Era una noche fría del mes de Junio.

María y su madre cosían en silencio á la débil luz de una vela de sebo; la habitacion en que se hallaban era el dormitorio de ámbas.

Componíase el humilde ajuar de aquel aposento, de dos camas de fierro, cuidadosamente arregladas, algunas

sillas, un pequeño armario, un lavatorio y una mesa de regular tamaño, cubierta con una carpeta de hule bastante usado, color caramelo; algunos cuadros adornaban las paredes, retratos de familia y trabajos de punto de marca, hechos por María cuando estaba en la escuela.

Próximo á Doña Flora y su hija ardía un alegre fuego que trasmitía á la habitacion agradable calor; al amor de la lumbre calentábase el agua para el café.

Escuchemos lectora, si os place, la conversacion de Doña Flora y de María.

—¡Qué frio!—esclamó María al cabo de un gran rato de silencio, en que solo se oían las ebulliciones del agua que empezaba á hervir, y ese débil ruidito que produce la aguja cuando se desliza con rapidez junto al dedal.

—Tienes frio?—preguntó Doña Flora á su hija con tierna solicitud, al mismo tiempo que le dirigía una cariñosa mirada á traves de sus anteojos.

La buena madre, al decir estas palabras, quitóse del cuello un pequeño pañuelo de lana, queriendo abrigar con él á su hija.

—Oh, no mamá!—esclamó María, rechazándolo suavemente y obligándo con cariño á su madre á que se cubriese con él—ya sabes que tengo en el armario un merino negro, y á más mi vestidito pizarra es muy abrigado, gracias á la prevision de la más adorable de las madres...

Un golpe dado á las puertas del aposento cortó las palabras de la jóven.

María interrogó á su madre con una mirada.

—Vendrán por las costuras y aún no estan concluidas!—Doña Flora se dirigió á la puerta entreabriéndola.

—Quién?...—preguntó poniendo su mano sobre los ojos á guisa de pantalla para distinguir á la persona que llamaba.

María se había aproximado y contemplaba con sorpresa y lástima á una mujer que apoyada contra la puerta temblaba de frio.

—Por amor de Dios! por caridad! me muero de frio—esclamó aquella mujer, concluyendo sus frases con un ahogado gemido.

—Entre Vd! entre Vd!—esclamó María precipitadamente.

La mujer penetró en la habitacion y Doña Flora cerró la puerta, contemplando luego con dolor el cuadro que tenía ante su vista.

La mujer que acababa de implorar la caridad de las dos habitantes de la modesta casita, era alta, delgada, de facciones dulces y simpáticas; tendría lo ménos cuarenta años.

El traje que la cubría inspiraba la mayor lástima. Consistía en un vestido de percal muy usado, en estado miserable; desgarrado en algunas partes dejaba al descubierto sus carnes flacas y amarillentas, ofreciendo un cuadro de espantosa miseria.

María contempló con los ojos arrasados en lágrimas á aquella infeliz, pero fué breve su contemplacion.

Miéntras la mujer se acercaba al fuego y se calentaba, dando muestras de un placer inmenso, dirigióse al armario que se veía en un ángulo de la habitacion, sacó de él una camisa de lienzo, una enagua y un pañuelo de seda.

Llamó en seguida á la mujer, y por si misma quitóle los andrajos que la cubrían, sustituyéndolos con las ropas sustraidas del armario.

Una vez puestas aquellas prendas, María quitóse el vestido que ella llevaba, el color pizarra, el *único*, y vistió con él á la infeliz mujer... Al notar esta la accion de María, cayó de rodillas á los piés de aquel ángel de caridad.

Doña Flora contemplaba aquella escena en silencio, pero llorando de contento y de dolor—gozaba al ver el corazon de su hija siempre hermoso y abnegado, dispuesta á obrar bien, pero consideraba qué María, con aquel acto espontáneo de verdadera caridad, quedaba sin tener con que cubrirse!

No poseía María mas que aquel vestido; al dárselo á aquella mujer quedaba en enaguas y con una bata de dormir por único abrigo!

La mujer lloraba de gratitud y de enternecimiento, queriendo devolver á la caritativa niña su vestido, pero María se negaba redondamente, asegurándole que ella poseía otros.

Ante estas palabras, la mujer cedió al fin, sin imaginar que su bienhechora quedaba conforme la veía...

María entregó á la mujer el pañuelo de seda de que ántes hablábamos, para que con él cubriese su cabeza para mayor abrigo; en seguida puso á calentar al fuego un poco de leche, y luego se la sirvió con un gran trozo de pan tierno y manteca fresca.

Aquellos cuidados, dictados por la mas noble caridad, iban acompañados de dulces frases de consuelo que la jóven prodigaba á la infeliz mujer, siendo recibidos por esta con un respeto y reconocimiento tan profundo que conmovía.

Una vez que la mujer concluyó de tomar los alimentos ofrecidos por María, esta y su madre sentáronse á coser apresuradamente, para recuperar el tiempo robado al trabajo y brindado á la caridad.

La mujer contemplaba con enternecimiento á su bienhechora, derramando silenciosas lágrimas y extrañando, en medio de su turbacion, el que María no se hubiera vestido haciendo un frío tan intenso como el que se sentía.

María pareció adivinar aquel pensamiento, porque dijo con viveza.

—La habitacion está bastante abrigada por el alegre fuego, y como no tardaremos en recojernos no me vestiré...así, en enaguas, parecerá que estoy de baile...vestida de blanco!

María dijo estas últimas palabras en son de broma y sonriendo dulcemente.

Sin embargo, Doña Flora advirtió que María se estremecía por intervalos.

Era natural que sintiera los efectos del intenso frío que hacía.

—Ya que no quieres vestirte, María, á lo ménos cúbrete con algo, pues podrías enfermar—y al decir esto Doña Flora, hechó sobre los hómbros de su hija una manta de algodon que servía para cubrir su cama.

María dejó hacer á su madre sin decir palabra.

Al cabo de media hora de trabajo, María y Doña Flora concluyeron las costuras—una vez quitados los hilvanes fueron cuidadosamente dobladas y guardadas en el armario.

Miéntras tanto, la mujer, que había guardado un tímido silencio, no cesando de contemplar como extasiada el dul-

císimo rostro de María, temerosa de importunar con su presencia á aquellos dos buenos séres que tan generosos se habían mostrado para con ella, se dispuso á retirarse, significando ántes á María y á su madre la gratitud inmensa de que se hallaba poseida por los beneficios recibidos.

María quiso oponerse á que la pobre mujer partiera aquella noche, diciéndole que podría hacerlo á la mañana siguiente.

Doña Flora insistió á la par de su hija.

La mujer demostró que por nada del mundo abusaría de la generosidad de sus bienhechoras, que tenía donde pasar la noche en casa de una mujer pobre, que solo podía ofrecerle techo por ser casi tan pobre como ella.

Inutil fué que María y su madre insistieran en su generosa oferta; la mujer, a la cual llamaremos Luciana, se negó á permanecer mas allí. Fácilmente comprendía que en aquellos corazones sobraba la voluntad de obrar bien, pero que faltaban los recursos para realizar ese bien hasta donde ellas lo anhelaban.

Doña Flora, viendo que Luciana se disponía á partir, dióle algun dinero para que se comprara alimentos.

María instó á la mujer para que volviera al siguiente día, prometiéndole procurarle costuras para que por medio del trabajo honrado pudiera subsistir con decencia.

Luciana, conmovida y vertiendo nuevas lágrimas, dió las gracias con efusion, abandonando la habitacion de Doña Flora y María, despues de haberles llenado de bendiciones.

CAPITULO III

La satisfaccion del bien

—Hija mía, como quedas!...—esclamó Doña Flora así que se vieron solas, estrechando á María contra su pecho.

—Oh! mamá, que habíamos de hacer?—esa infeliz sin abrigo, espuesta á los rigores de la estacion, sin un hogar que le ofreciera su suave calor!

—Pero no te aflijas,—prosiguió diciendo la generosa María—trataremos de arreglarnos del mejor modo posible: ah! quiera Dios que jamas nos veamos como esa infeliz mujer! Y hay desnudeces peores que la de esa infeliz; la desnudez del alma es cien veces mas horrible, porque cuando esta pierde el divino ropaje de la virtud y de la castidad no vuelve á recuperar mas las galas que la adornaban y embellecían!

—Dios mio—esclamó la madre—comprendo bien, mi María adorada, el grandioso mérito de tu accion, pero.. hija mía, no tienes otro vestido! y cómo nos veremos para hacerlo? son tan escasos nuestros recursos que solo Dios puede remediar en esto!

María había quedado pensativa como si tratara de buscar en su imaginacion el medio de salvar aquella dificultad.

De pronto dióse una palmada en la frente y dijo con alegre entonacíon.

—Ya tengo vestido!

—Qué dices? -preguntó Doña Flora—á no ser, hija mía, que aludas al de linó blanco...

—No!—repuso María riendo con alegría y abrazando á su madre—el de linó es para las grandes recepciones! á que no adivinas como puedo confeccionar un vestido?

—No acierto—murmuró Doña Flora, sonriendo al ver el buen humor de su hija.

—Pues mira!—y al decirle esto, María arrancó de su cama la colcha que la cubría; era de percal morado de bonito dibujo, y de ella salía perfectamente un vestido, hasta con volado, pues la colcha lo tenía ya, mas la tela solo alcanzaba para la pollera, faltaba la bata.

—Pero, ¿y la bata?—esclamó Doña Flora.

—Olvidas mamá que tengo en el armario tres varas de merino negro?

Doña Flora sonrió y elevó al cielo una mirada de inmensa gratitud.

María tendría vestido!

Madre é hija pusiéronse á cortar y arreglar la pollera de percal y la bata de merino.

Ambas prendas debían estar para el siguiente día, y como no tenian mucha obra pronto se concluirían.

Doña Flora se encargó de la pollera y María de la bata.

Eran las nueve de la noche, á las once y media quedó listo el *nuevo* traje de María.

La bata, confeccionada como por una hábil modista, dibujaba perfectamente el gentil talle de María.

La pollera quedó coquetona con el primoroso volado que tanta gracia le daba.

Ni la mas altiva reina, al suspender sobre sus hombros el régio manto recamado de oro, sintió mas orgullo, mayor satisfaccion que María al ataviarse con aquel humilde y pobre vestido.

María, al contemplar este, batió las palmas alegremente, cantando con lijera entonacion:

Por andar á la moda
María Cornejo,
Se hizo un vestido nuevo
De un manto viejo!

—Por andar á la moda, no?—esclamó Doña Flora.

—No importa mamá; soy la María del verso, pues me he hecho un vestido *nuevo* de una colcha *vieja*!

Doña Flora contempló con cariño y orgullo á aquella hija tan noble, que Dios le había concedido para su felicidad.

Despues de una corta y agradable conversacion miéntras tomaban el café, madre é hija se recojieron satisfechas y felices.

Decidme lectora, qué dicha no esperimentaría María, en medio de su pobreza, con la hermosa accion de aquella noche?

¡Qué sueño tan dulce y tranquilo entornaría sus párpados! su corazon latiría sosegadamente; y al despertar, el recuerdo de la pasada noche, en que ella hizo las veces del ángel de la caridad, acudiría á su mente como una ráfaga perfumada, regocijando su alma y dilatando su espíritu.

Y la madre?

Qué me direis de ella, de su contento y satisfaccion?

Oh! debe ser muy dulce para una madre el tener hijos tan buenos y nobles como María!

El sueño de Doña Flora fué aquella noche dulce y apacible; durante él hubiera podido verse la inefable sonrisa que vagaba por sus lábios;—quizá en aquellos instantes soñaba con su María y creía verla en un trono resplandeciente de luces divinas, rodeada de ángeles, los que se disputaban el placer de colocar sobre las puras sienes de su hija una corona de rosas blancas!

Amaneció el día siguiente, bello y sonriente para Doña Flora y su digna hija.

A las seis ámbas estaban en pié. Miéntras María, ataviada con su vestido de percal y bata de merino negro, arreglaba la casita cantando alegremente, como el pajarillo que revoletea contento al vislumbrar los primeros resplandores de la aurora.—

Doña Flora preparaba el desayuno, al mismo tiempo que lo necesario para ponerse á trabajar con su hija, así que esta terminara de asear la casita.

Luciana, la mujer de la noche anterior, acudió á casa de Doña Flora, fiel á su promesa.

María la recibió afectuosa y alegremente, y Doña Flora se preparó para acompañarla á casa de la señora que siempre tenía costuras en abundancia.

Miéntras Doña Flora se vestía, Maria seguía el arreglo de la habitacion sin dejar de conversar cariñosamente con Luciana.

Esta, que miraba ir y venir á la linda María, siguiéndola con una mirada en la que se retrataba toda la gratitud de su alma, fijó de pronto su vista en el vestido de María, y rápidamente dirijió sus ojos hácia la cama de la jóven....

Comprendió en el acto, al ver la cama ya hecha, pero sin colcha, que esta estaba en el vestido que veía á María.

Recordó haber visto la noche anterior en la cama de la jóven la colcha transformada ahora en vestido.

Luciana cerró los ojos...lo había comprendido todo!

María seguía afanada en sus quehaceres, pero al notar

el silencio de Luciana, sin mirarla, por estar vuelta de espaldas, le dijo:

—En qué pensais, Luciana?

—En nada...rezaba!--contestó esta con la voz ahogada.

María se volvió, y acercándose á Luciana estrechó sus manos esclamando:

—Confianza en Dios, Luciana!

Luciana fijó de nuevo sus ojos en el vestido de la jóven sin murmurar palabra.

María sorprendió aquella mirada, y sintió encendérsele el rostro.

Luciana clavó sus ojos en los de María, y tomando las manos de esta las cubrió de besos, esclamando con los ojos arrasados en lágrimas:

—Sois una santa!

La presencia de la madre de María cortó aquella escena.

María, emocionada todavía, continuó sus tareas, miéntras que su madre y Luciana salían con el objeto de buscar costuras.

La señora á cuya casa acudieron conocía ya á Doña Flora y á su hija, profesándoles verdadero afecto no tuvo ningun inconveniente en atender á la recomendada de María.

Desde aquel día Luciana, gracias á la proteccion de la jóven, pudo trabajar, y con el producto de su trabajo vivió feliz y tranquila.

La buena Luciana no guardó silencio sobre la buena accion de María.

Habló de ella á cuantos se le acercaban, y sus bendiciones de alabanzas no reconocían límites.

Debido á esto, la generosa obra de María tuvo la recompensa merecida.

CAPITULO IV.

El desconocido.

Mas de un mes habria transcurrido despues de las escenas que hemos narrado en el capitulo anterior.

Era el 24 de Junió, fiesta de San Juan, día por lo general nublado y lluvioso.

Parece que este día el cielo se dispusiera siempre á negarnos sus encantos; el azul del firmamento desaparece tras las espesas y plomizas nubes; el sol se oculta y permanece así escondido, hasta que pasa el día de San Juan.

Parece siempre que la tristeza de la naturaleza en ciertos dias armonizara con la de nuestros espíritus. La bella y fresca primavera es la alegria de la vida; el invierno, con sus dias opacos y sin sol, la melancolía del corazon, la tristeza del alma!

Ah! muchas veces hemos sentido lágrimas en nuestros ojos al buscar y hallar la similitud de los dias tristes de invierno con los dias amargos de la existencia!

Perdonad, lectora querida...que nos háyamos desviado un instante de nuestra historieta, para hablaros de lo que no os interesa, de nuestros sentimientos, pero parécenos que un fuerte vínculo de simpatía nos une, lectora amiga, y este pensamiento me hace creer que no hallareis á mal que dedique algunas líneas para hablaros con la confianza y espansion del cariño.

Mas de unos ojos amigos nos leeran...

Las confidencias de nuestra alma, que en el transcurso de esta obra estampemos, tendran, no lo dudamos, el mas noble de los asilos: ellas serán acojidas en mas de un corazon!

Mas...continuemos!

Decía que era el día de San Juan.

Amaneció como siempre, triste y nublado.

María, alegre y satisfecha, trabajaba junto á su madre; era de imperiosa necesidad concluir las costuras aquel mismo día.

El semblante de la jóven estaba iluminado de placer: su conciencia satisfecha parecía entonar himnos de alabanza.

Pero debemos lectora, ántes de proseguir, presentaros ótro personaje.

María amaba á un jóven estudiante de Medicina, el cual pertenecía á una familia distinguida.

Llamábase Luis, contaba veínte años, y era poseedor de un carácter tan poco sério y veleidoso, como las veletas de viento que en lo alto de las torres jiran sin cesar de Norte á Sur y de Este á Oeste.

Contábase en el número de ciertos hombres, cuyo único oficio era...no hacer nada, dedicando su tiempo á edificar castillos cuyos cimientos tenían la solidez de un... merengue! base tan dulce como frágil!

María, solo conocía la faz mas bella de Luis, la que este quería mostrarle, finjiendo poseer lo que no tenía.

La moral de Luis era bien dudosa.

Doña Flora veía con disgusto aquellos amores; ella hubiera ambicionado para su hija un hombre digno que hiciera su dicha y no un jóven sin porvenir por su poco juicio, y sin ningun valor moral por su carácter tan débil como poco recto.

Una esperanza abrigaba Doña Flora: María decía amar á Luis, pero la buena madre creía haber notado, con alegría, que su hija iba poco á poco perdiendo el cariño que profesaba á aquel.

Quizá iba comprendiendo lo indigno que era de ella aquel á quién había amado con tanta fé.

La virtuosa jóven, tan digna, tan noble y generosa, merecía la mas bella de las suertes.

Sin embargo, ella luchaba consigo misma, sin poder lograr arrancar aquel amor de su pecho.

Pero Doña Flora veía lo principal; que María iba en camino de vencer en la lucha.

Así las cosas hasta entónces, cambiaron de improviso, y sucedió en aquel hogar algo extraordinario, parecido á un sueño, siendo, sin embargo, la mas hermosa realidad.

La tarde de aquel día de San Juan, María y su buena madre se vieron precisadas á entregar las costuras concluidas.

Serían las seis, ya casi la oracion, por ser la estacion de invierno.

María esperaba á su madre en la puerta de la calle.

En ese mismo instante cruzó ante ella un caballero ya de alguna edad. Representaba unos cinçuenta y cinco años, próximamente, y era de hermosa figura, mediana estatura, de distinguido y simpático rostro, de cútis blanco pálido, perfil griego, frente espaciosa, ojos garzos y pelo cano. Su barba, corta y aristocrática, era casi enteramente blanca. Vestía de negro; un leviton de forma elegante dibujaba perfectamente su majestuosa talla, llevaba sombrero *chambergo* y completaban su atavío unos guantes de cabritilla de color pizarra oscuro.

El conjunto de aquel hombre era hermoso y elegante; imponía desde el primer instante; su edad y su porte inspiraban respeto; la bondad y belleza de su rostro despertaban simpatías.

María le vió venir y contemplólo con atencion.

Aun no había fijado él su atencion en la jóven, pero bien pronto la vió; pasó junto á ella mirándola con insistencia; María inclinó su vista turbada.

Doña Ana se reunió á su hija, dirigiéndose ámbas á entregar las costuras.

Atravesaron la calle caminando apresuradamente por la acera opuesta á la casa que habitaban.

Al finalizar la cuadra, María notó con estrañeza, apostado en la esquina al Señor que acababa de pasar por su casa; no las había visto y tenía los ojos fijos en la morada de María.

Al atravesar Doña Flora y su hija la bocacalle, el desconocido volvió la vista, y entónces pudo verlas, mostrando al pronto una sorpresa que trató de disimular.

Cambió de posicion, y cruzando la calle apresuradamente pasó ante María y su madre, é inclinándose hizo á ámbas un saludo respetuoso, desapareciendo luego á lo largo de la calle.

—Quién es ese señor?—preguntó sorprendida Doña Flora.

—Lo ignoro, mamá,—contestó María—hace un momento le ví pasar por casa, cuando te esperaba á la puerta.

Doña Flora nada dijo, pero su frente se contrajo y dirigió una rápida ojeada en torno suyo como temerosa de volver á encontrar al desconocido.

Despues de entregar las costuras volvieron á su casa sin haber hallado en el camino nada que les llamara la atencion.

Sin embargo, Doña Flora quedó intranquila, preocupándole, sin saber por qué, la escena ocurrida aquella noche .

CAPITULO V.

Escenas de la vida.

Amaneció el siguiente día.

En las primeras horas de la mañana, Doña Flora y María fueron visitadas por una amiga.

Llamábase esta Josefa, y entre otras buenas cualidades, tenia la de ser chismosa en grado superlativo.

Era una de esas tantas que se titulan amigas, tan *generosas*, que no pierden la ocasion de amargar los goces de las almas buenas y sencillas bajo el pretesto del interes que por ellas dicen tomarse.

Su conversacion empezó por mil zalamerias, prodigadas á Doña Flora y su hija, queriendo introducirlas en el corazon como vulgarmente se dice.

Doña Flora, mujer de experiencia y conocedora algun tanto del corazon humano, púsose alerta.

María, sencilla é inocente, escuchaba reconocida las alabanzas de Josefa, sin que su ingénua alma alcanzara á comprender si podría haber falsedad tras aquellas caricias de Judas.

Por fin la *amiga* exclamó:

—Ah! hijita, el mundo está perdido; ya nada valen los méritos de la virtud y de la honradez!

—¿Qué importa que para el mundo no valgan si Dios, justicia de buenos y malos, premia desde *allá*?—dijo Doña Flora viendo venir ya lo que presentía.

—Oh!—prosiguió diciendo la oficiosa *amiga*—Dios es

Dios. . . pero grato nos sería tambien que la sociedad reconociera nuestras virtudes acá en la tierra; pero no, desengañate querida, hoy solo impera el dinero, el oro, las riquezas.

—¿No ves tú—continuó la malvada Josefa—como á pesar de tener tú una hija de tan bellas prendas, el pícaro de Luis prefiere la opulenta heredera de Arcallena?

—Josefa!—esclamó Doña Flora, indignada y dolorida al notar la palidez espantosa de María.

La *amiga*, aparentando distraccion, prosiguió:

—Es una infamia lo que pasa! ese Luis no tiene dignidad; estando comprometido con María, hace público alarde de sus amores con la heredera de Arcallena! Y no hay duda que con ella se casará; la de Arcallena está ciega por él. . .anoche, en el teatro se veía á Luis á su lado, en el mismo palco de ella....y todos hablaban de su próximo enlace. . . .qué infamia hija, qué infamia!

—La infame eres tú!—esclamó Doña Flora, corriendo á socorrer á su hija próxima á desmayarse!

—Flora!—esclamó la *amiga* como ofendida y contemplando el cuadro que su odiosa charlataneria había formado.

—Josefa, sal de esta casa en el momento...has inferido una honda herida en el corazon de mi hija!

Doña Flora señaló la puerta con enérjico ademan á la chismosa Josefa.

María, con la cabeza apoyada en el seno de su madre, lloraba con silencioso dolor.

Josefa lanzó á las dos mujeres una penetrante mirada y se encaminó á la puerta esclamando:

—Haga Vd, caridad! ni agradecen que se les abran los ojos!

Y desapareció de la habitacion llevando lo que había ido á buscar, el goce del mal.

Doña Flora estrechó á su hija contra su pecho esclamando:

—Valor, María! piensa en tu madre!...

María abrazó á su madre, desahogando su dolor en el seno de la afligida señora.

Desgraciadamente, la odiosa charla de Josefa, en su mayor parte, no carecía de verdad, aunque la mala lengua de

esta, con dañina intencion, había cargado de colores el cuadro.

Sin embargo, en honor á la sinceridad, diremos que Luis amaba realmente á María, y que todavía no había pensado en casarse con la de Arcallena, aunque no desechaba esta idea á pesar de su compromiso con la noble María.

En la tarde de aquel día, Luis fué á visitar á nuestras amigas ignorando lo ocurrido.

Inquietóse el jóven al observar las recientes huellas de llanto en el rostro de María y el aspecto severo de Doña Flora.

No tardó en saber lo que ocurría, y ante las lágrimas silenciosas de María y las severas palabras de Doña Flora, el jóven solo acertó á disculparse torpemente.

Su conciencia reprobaba su conducta.

El resultado de aquella escena pareció quedar aplazado.

Luis se resistía á abandonar el cariño de María.

María amaba al jóven con todo la fe de su alma, y ¿qué mujer encuentra defectos cuando ama con todo el entusiasmo de su vírgen corazon?

«El amor es tan generoso y condescendiente cuando es esclavo, como exijente cuando es absoluto dueño de la voluntad que adora.

Por lo general, los amantes se componen de víctima y verdugo, pero, ¡ay! á los diez y nueve años, cualquiera de los dos papeles que se represente son gratos al corazon, al entendimiento y al espíritu!»

En cuanto á Doña Flora...era madre!

CAPITULO VI.

Suceso inesperado

Ha transcurrido una semana mas.

Durante estos días, María ha visto pasar por su casa, todas las tardes, al simpático caballero de la barba blanca,

que al verla salúdala siempre con profundo respeto y marcado afecto.

Al noveno día, estando Doña Flora y su hija entregadas á su labor, cosiendo afanosamente, llamaron de pronto á la puerta con la mayor suavidad.

María se adelantó á abrir, creyendo fuera alguna de las personas para las cuales cosían.

Pero quedó como clavada en el sitio donde estaba al reconocer á la persona que llamaba.

Era el desconocido, el simpático caballero que pasaba todas las tardes por casa de María...

—Señor—murmuró María turbada, y con la faz levemente encendida,—será una equivocacion quizá, aquí...

—Señorita—interrumpió el desconocido con perfecta urbanidad—no vive en esta casa Doña Flora Gonzalez de Rodriguez?

—Sí, señor, aquí vive—contestó María cada vez mas sorprendida.

—Suplico á Vd., señorita, se sirva tener la bondad de entregar á su señora madre esta tarjeta y rogarla me permita una entrevista.

—Perdonad!—agregó el desconocido, entregando á la jóven una tarjeta é inclinándose nuevamente con esquisita finura.

María, absorta, recibió la tarjeta con trémula mano.

Esta escena tenía lugar fuera de las habitaciones.

Doña Flora leyó en la tarjeta que su hija le entregó el nombre de *Rodolfo Montes de Olivares.*

Doña Flora hizo una esclamacion: aquel nombre era muy conocido; pertenecía á un gran personaje poseedor de una inmensa fortuna, y de una fama no ménos grande por sus elevadas prendas morales.

—Dios mío! que querrá este señor?

Doña Flora, turbada, inquieta, sin saber que pensar, hizo pasar adelante al caballero de Olivares.

Al verle hizo un movimiento de sorpresa; reconoció en él al que todas las tardes encontraban al salir para entregar las costuras, al misterioso caballero que tan respetuosamente las saludaba.

Olivares saludó con respeto y distincion á Doña Flora, inclinándose nuevamente ante María, que permanecía de

pié apoyando una de sus manos en la mesa de costura.

El de Olivares tomó la palabra en éstos términos:

—Señora, Vd. estrañará, como es natural, mi presencia en esta casa, pero se dignará disculpar esta libertad una vez enterada del objeto de mi visita.

Doña Flora, sin acertar á responder, hizo una señal deaprobacion, demostrando estar dispuesta á escuchar.

—Señora,—continuó aquel,—soy viudo, no tengo hijos, y cuento con una considerable fortuna; amo á vuestra hija la señorita María; y me consideraría muy honrado y feliz si ella se dignara aceptarme como esposo, aunque tan solo me amara como padre y amigo; mi edad y mi nombre, señora, son una garantía.—Este solo es el objeto de mi visita, por lo tanto permitidme que me retire; os dejo, señora, en libertad de reflexionar sobre la peticion que acabo de haceros: dentro de dos dias volveré, con vuestro permiso, para escuchar vuestra determinacion. . .quiera Dios que ella llene mis vivos deseos!

Y al decir esto, sin dar tiempo á que Doña Flora pudiera objetar algo, saludóla con respetuosa cortesía, despidiéndose de María con distinguida espresion de aprecio.

Pasaron algunos instantes, despues de la desaparicion de Olivares, sin que madre é hija acertasen á decir una palabra.

—Dios mio! es esto un sueño?—esclamó por fin Doña Flora.

—Ya ves que no, mamá—contestó María,—en verdad que estoy aturdida!

—Hija mía. . .qué piensas hacer¿ qué determinarás?

—Mamá, lo que tú ordenes. . .

—Oh! no, adorada María, no será tu madre la que violente las inclinaciones de tu corazon!

Maria guardó silencio; no hay duda que en el fondo de su pecho tenía lugar en aquel momento una tremenda lucha.

—No violentaré tus inclinaciones, María mía—esclamó Doña Flora,—pero como madre es mi deber hacerte conocer los dos caminos que se ofrecen á tu vista: amas á un jóven, hija mía, que, doloroso me es decirlo, no puede ofrecerte ninguna felicidad. . .la vida que lleva hace dudoso su porvenir; este será erizado de espinas, y tú, mi

María, sufrirías acerbos dolores...en caso de que llegara el día en que te unieras á él, aunque mi corazon presiente lo contrario...oh! perdona hija mia, que te muestre la verdad desnuda, pero Maria, yo temo que el día ménos esperado Dios me llame á su seno teniendo que dejar en la horfandad, en el abandono y la miseria á mi hija idolatrada!

La providencia nos envía ahora una tabla salvadora, un sosten vigoroso; tu union con ese caballero, María, haría tu dicha; á seres como este se les ama fácilmente; conozco las cualidades de Olivares, y sin tratarlo lo he admirado siempre en vida de tu padre, que solia nombrarlo con profundo respeto y estimacion. Ahora, en medio de nuestra pobreza y humildad, el honor que se nos dispensa es obra de Dios, no cabe duda. ¿Qué méritos tenemos para tan alta distincion?...Dos caminos se te ofrecen, María amada, elije: sea cual fuere, no me opondré; á tí, ante todo, no quiero violentarte en lo mas mínimo, mi mision está cumplida al aconsejarte lo que me dicta el corazon y la experiencia; tú decidirás, hija mia!

María había escuchado las palabras de su madre con profundo respeto y recogimiento; silenciosas lágrimas rodaban por sus tersas mejillas conforme iba hablando la autora de sus días.

Al concluir esta, la jóven parecía haber tomado ya su resolucion.

—Madre querida—esclamó,—he escuchado con profunda atencion tus palabras, para mí sagradas, y ellas han penetrado hasta mi corazon: ciega estaría, si ofreciéndoseme dos caminos optase por el malo desdeñando el bueno... seré la esposa de Olivares!...

—Oh! María!—interrumpió Doña Clara con enternecimiento,—tú te sacrificas...María! Maria! mira lo que haces, reflexiona bien lo que dices!

—Sí, mamá; he reflexionado, estoy dispuesta á ser la esposa de Olivares...Luis me engaña...lo comprendo!... Primero está mi madre adorada que todas las cosas del mundo!

—¡Gracias, mi María querida! gracias! pero yo me moriría de pena si viera que tu resolucion era el resultado de un sacrificio que ahogaba los sentimientos de tu corazon...

María cortó las palabras de su madre dándole un beso en la boca.

—Seré la esposa de Olivares, sin esfuerzo, todo lo contrario, con placer y llena de gratitud hácia Dios por su infinita bondad!...

Madre é hija permanecieron estrechamente abrazadas por largo rato.

No tardaron en serenarse algun tanto sus espíritus, descendiendo la calma á sus corazones agitados y á sus imajinaciones exaltadas.

Doña Flora y María pasaron la mayor parte del día en hablar sobre el inesperado suceso que había ido á poner en revolucion á aquel pacífico hogar.

CAPITULO VII.

Recompensa á la virtud

Dos días despues, Olivares escuchó de los lábios de Doña Flora el anhelado consentimiento, unido á las demostraciones de la mas grande y digna de las gratitudes.

Olivares sabía quien era María.

Conocía sus nobles prendas; hasta él había llegado loque Luciana se complacía en repetir por todas partes, ésta es la bella accion de María, aquel rasgo de noble generosidad que atestiguaba sentimientos de ángel.

Este fué el orígen de la admiracion, amor y respeto que Olivares sintió por María.

El conocimiento de su virtud acrisolada, la ternura de su corazon, unido á su cándida y pura belleza, decidieron inmediatamente el porvenir de la generosa María.

De comun acuerdo, convinieron Doña Flora y Olivares, en que no habiendo necesidad alguna de retardar las bodas, estas tendrian lugar de allí á quince dias.

A partir de aquel momento, la modesta casita de Doña

Flora Gonzalez de Rodriguez se transformó como por encanto.

Multitud de criados de ámbos sexos iban y venian, colocando alfombras, y cortinados: muebles riquísimos sustituian á los humildísimos que ántes alhajaban la modesta vivienda.

Olivares quería que la ceremonia matrimonial se hiciera en la misma casita, testigo de tantos sufrimientos y de tantas virtudes.

María, la pobre niña que pocos dias ántes habíase despojado del único vestido que poseía para hacer una hermosa obra de santa caridad, veía ahora ante su vista cantidad de cajas conteniendo riquísimos trajes, con que las principales modistas, por encargo de Olivares, se apresuraban á engalanar á la futura esposa del opulento señor.

Trajes, alhajas, encajes, y tapados, tan variados en sus formas, gustos y valores, que estasiaban la vista del mas exijente en materia de lujo y buen tono.

No cabía duda; la justicia de Dios resplandecia en lo acaecido.

El premio era grande y hermoso.

Doña Flora así lo pensaba al contemplar todo lo que la rodeaba, y al ver á su María aturdida, pero sonriente por el bienestar de su madre, no podía ménos que esclamar:

—Gracias, Dios mio! tu clemencia es infinita, premiando á la que vistió al desnudo con sus propias ropas! Gracias! gracias, por el sosten que dais á mi hija, para que despues de tanto sufrir pueda tranquila, apoyada en el brazo amigo que le deparais, atravesar con seguro paso el camino escabroso de la vida!

. . . .

Llegó al fin el día señalado.

Olivares condujo orgulloso, al pié del altar, á la noble y bella esposa que su corazon había elegido.

Ante una selecta concurrencia, compuesta de lo mas encumbrado, aquellos dos destinos quedaron unidos por el fuerte é indestructible lazo del himeneo.

Olivares, al reunir en torno suyo la distinguida concurrencia que le acompañó en la ceremonia de su casamiento, sentíase lleno de satisfaccion en mostrar á la

admiracion y respeto de aquellos la dulce compañera que desde aquel instante compartiria su existencia.

María, ataviada con un sencillo pero riquísimo vestido de raso blanco, adornado de azahares, estaba hermosísima, atrayendo las miradas de todos.

Concluida la ceremonia, Olivares presentó el brazo á su esposa, María apoyóse en él blandamente, dirigiendo á aquel una intensa mirada de estimacion y gratitud.

Olivares recogió en su corazon aquella mirada velada por las lágrimas, y estrechando las manos de la jóven murmuró:

—María, hija mía, todos los instantes de mi vida serán pocos para destinarlos á haceros feliz!

María sintió un placer inefable, creyó escuchar la voz de su padre que le aseguraba la intensidad de su amor, y sonriendo á su esposo murmuró:

—Gracias! gracias!....

Las lágrimas que llenaban los ojos de María cayeron sobre la diestra de Olivares como la mas elocuente muestra de lo que pasaba en el alma de María.

¡Bendita la frente pura que domina por la virtud y triunfa con la modestía! . . .

Olivares condujo á su esposa hasta el seno de su madre que la esperaba con los brazos abiertos...

Ambas mugeres quedaron unidas por un estrecho abrazo.

Todos sintieron sus ojos humedecidos por las lágrimas, al presenciar aquella tiernísima escena.

Poco á poco la serenidad volvió á los corazones conmovidos.

La fiesta continuó hasta la madrugada, hora en que la concurrencia abandonó la casa de los recien casados, deseándoles de corazon la mas sonriente de las felicidades.

Esta tenía que descender sobre el nuevo hogar, porque María era un ángel, así lo decían todos y así lo pensaba Olivares, el feliz esposo, que veía en aquella niña la amiga querida que había de embellecer las horas de su existencia.

No se engañaba el noble Olivares.

Las esposas como María lo comparten todo con el

hombre á quién han jurado fidelidad y obediencia al pié de los altares: el llanto y la alegría, la felicidad y la pobreza, la vida y la muerte.

CAPITULO VIII.

—

Cielo sin nubes

—

Han trascurrido tres años.

María es madre de dos hermosos niños.

Olivares, cariñoso y fino, hombre educado y de esquisítos sentimientos, se hizo amar bien pronto de su esposa.

Sus atenciones, y su estremado cariño, impresionaron en un principio á María, concluyendo al fin por amar sínceramente á tan digno compañero, á tan escelente amigo, con ese afecto tanto mas profundo cuanto que esta basado en la mútua estimacion.

María había desechado ya de su memoria el recuerdo de Luis, ahora solo amaba á su esposo, al padre de sus tiernos hijitos.

Doña Flora parecía haber rejuvenecido con la felicidad de su hija. Pasaba las horas haciendo caricias á sus nietecitos, los cuales pagaban su cariño con esas mil monadas que son el encanto de la primera edad.

Mamá *Fora* era el nombre con que distinguian á su abuela los dos pequeñuelos de Maria.

Olivares y su esposa, solían contemplar el tierno cuadro que ofrecía la abuela y los nietos, y una sonrisa de suprema dicha iluminaba sus semblantes, inundando de lágrimas sus mejillas: era el rocío del alma que aparecía en sus ojos trasformadas en perlas líquidas.

Doña Flora, la feliz madre y abuela, al contemplar á su vez la felicidad de los dos esposos, en los que á pesar de la diferencia de edad, sus almas se habían comprendido, no podía ménos que esclamar:

—Dios mío! no cesaré de daros gracias eternamente!

núnca podré olvidar el orígen de nuestra actual felicidad; el premio que habeis dado á mi virtuosa María, llena nuestras almas de gratitud. Pocos dias hacían, que la hija de mi alma había hecho la noble accion de *vestir al desnudo*; tú la viste, Dios mio, con qué santo placer entregaba su único vestido! éramos pobres y sin mas esperanza que la que en vos, Señor, teníamos depositada; la recompensa de su accion no se hizo esperar y ella fué grande y hermosa, como que venía de vuestra divina bondad!—Mi María tuvo, no uno sino centenares de vestidos, pudiendo, desde ese momento, vestir no solo al desnudo de cuerpo sinó tambien al que despojado del sagrado ropaje de la virtud, tiene el alma desnuda de bellezas y de bienes.

Como ella ambicionaba pudo acallar todas las necesidades, siendo, en fin, *la madre de los desgraciados.*

Fin del libro XII

LIBRO DÉCIMOTERCIO

DAR POSADA AL PEREGRINO

DAR PUSADA AL PEREGRINO

El viajero, cualquiera que sea la condicion en que camine, es un mendigo menesteroso, y su situacion, un termómetro en que se conoce el grado de caridad en el corazon humano....

Juana Manuela Gorriti

Hay una justicia superior à la del hombre; la justicia de Dios.

***

Goza de los beneficios que te conceda la Providencia, he aquí la sabiduria: haz gozar de ellos à los demas; he aquí la virtud

[*Sentencia Arabe*)

CAPITULO I.

El viajero.

Era una noche fría y lluviosa.

Un viento helado y persistente azotaba las ramas de los árboles, desgajándolas en sus mas violentas ráfagas; de cuando en cuando un deslumbrante relámpago iluminaba el espacio seguido de formidables truenos que hacían estremecer la tierra.

Ningun viajero parecía haberse atrevido á cruzar los campos de Torens, con un tiempo tan malo é incómodo.

Sin embargo, alguien viajaba por aquellos parages solitarios en esa noche terrible, y no á caballo sino á pié y recibiendo sobre sí toda la lluvia que caía cada vez mas fuerte.

Singular ocurrencia!

¿Qué motivo tan poderoso podría impulsar al audaz viajero para atravesar unos campos casi anegados por la torrentosa y continua lluvia? Qué imperiosa necesidad le obligaba á abandonar su hogar, emprendiendo á pié una marcha penosísima, en una noche tan fría y lluviosa, en la que nadie parecía haberse atrevido á acometer tan temeraria empresa?

El extraño viajero seguía su marcha luchando contra los elementos y el helado viento que azotaba su frente y la copiosa agua que hacía ya casi intransitables los caminos.

Examinemos, lectora, á la luz de los relámpagos al intrépido viajero que de una manera tan estraña viene á llamar nuestra atencion.

Es un hombre jóven, como de veinte y dos años, viste con sencillez y cúbrelo casi por completo un grueso capote que apénas deja ver sus botas enlodadas; un sombrero de paja de anchas alas completan el traje del viajero.

A pesar de estos atavios, que parecen demostrar que aquel hombre perteneciera á la clase baja, cambian las ideas de curso al contemplar su gallarda y gentil figura, su aire distinguido y un sello de notable superioridad que se advierte en todo su sér; su rostro es de una gran belleza varonil, su cútis blanco y suave, su frente espaciosa y de un corte perfecto, sus ojos negros, tiernos y espresivos, demuestran, al mismo tiempo, la energía de una alma bien templada, sus cabellos negros son sedosos y naturalmente rizados; completan aquel hermoso y simpático rostro, una nariz recta del mas puro dibujo y una bella boca, siempre sonriente, sombreada por un elegante y aristocrático bozo.

Sus manos, blancas, pequeñas y tan bien formadas como podrían ser las de una niña; sus piés, aprisionados por las gruesas botas que lo preservaban en algo de la humedad del camino, eran dignos de aquellas manos, y parecían pertenecer ámbas cosas á un dueño de noble y delicada cuna.

No hay duda, aquella marcha precipitada y aquel traje particular podian tomarse como un disfraz que ocultara un gran misterio...

El jóven viajero parecía ser un caballero distinguido, quizá pertenecía á una familia pudiente, pues á favor de los relámpagos un curioso observador hubiera podido admirar dos sortijas de hermosos brillantes, que despedían rayos de

luz, haciendo un precioso efecto sobre las blancas manos del viajero, aunque haciendo resaltar extraño contraste con sus humildes vestidos,

El jóven, de cuando en cuando detenía su paso, y permanecía inmóvil esperando la luz de un nuevo relámpago que le permitiese investigar el estado de los campos, y, quizá, vislumbrar algun refugio para guarecerse de la lluvia que empezaba á caer con mayor fuerza

---Qué noche!---murmuró, deteniendo nuevamente el paso, luego prosiguió, diciendo en voz apénas perceptible:

----Ha pocos momentos creí distinguir una luz á lo léjos, pero ya no la veo, quizá haya sido una ilusion de mi mente...oh! si encontrara un albergue cualquiera, aunque fuera por esta noche!...hace dos que no descanso, camino, camino, y nunca llego...y ya se han concluido las pocas provisiones que traía, desde anoche que carezco de alimento ..vamos, valor y adelante! no se por qué me parece que encontraré donde pasar la noche; quizá la luz que hace poco ví me infunde esta esperanza.

Calló el jóven y continuó con mas ardor su marcha; y así caminó por espacio de un cuarto de hora: de pronto se detuvo.

---Oh! allí está la luz, á la claridad de los relámpagos he podido distinguir un grande edificio...será un establecimiento de campo...pediré posada por esta noche...mas...y si me descubren?.....si son enemigos? Aunque así fuere, la hospitalidad es un deber y mis compatriotas siempre saben cumplirlo con placer.

Al concluir estas palabras, el jóven apresuró el paso, deseoso de llegar á la casa que á favor de los relampagos babía descubierto á poca distancia.

Por las palabras del viajero parece comprenderse que huye y teme ser descubierto; quizá cuestiones políticas le hayan impulsado á hacer aquel viaje contra su voluntad, ó bien, que desterrado por esas mismas causas se dirigiera á algun punto hasta el cual no llegasen las invasoras corrientes de una política que en aquella época tenía los espíritus intranquilos y ajitados, esperando de un momento á otro una catástrofe de Estado que á esas horas tal vez ya hubiera estallado.

El jóven viajero llegó á la entrada de la magnífica casa; propiedad de un opulento caballero.

Llamábase este Ricardo Vilar, su esposa, Cármen, y Luis, su único hijo: era esta toda la familia, á excepcion de los empleados del establecimiento y los criados de ámbos sexos que estaban al inmediato servicio de la familia de Vilar.

La presencia del jóven viajero fué notada por un hombre que en aquellos momentos salía del establecimiento con una gran bolsa al hombro.

----Qué se le ofrece?---preguntó el hombre con aspereza, mirando al jóven con atencion.

---Sois vos de la casa?---preguntó el viajero, á su vez, sín responder á su interlocutor.

----Soy peon del establecimiento, pero...

----Pues bien,---dijo el óven, interrumpiéndole--- anda y dí á tus señores que un viajero solicita albergue por esta noche.

El peon miró al jóven, admirado del tono casí imperativo con que le hablaba, y luego, sonriendo con burla, esclamó:

-----Pues no es poco el tono que se dá!---- y volviéndose hácia adentro, gritó llamando á un criado:

—Santiago, ven á ver que se le ofrece á este, yo tengo que ir al corral y no puedo atender á este Señor que á horas tan intempestivas viene á molestar la gente.

Estas palabras fueron dichas con insolente altanería, y exasperado al jóven dió un paso hácia el atrevido peon; mas este ya había desaparecido, acercándose en su lugar el llamado Santiago, tipo gallego, que dirigió al jóven una mirada investigadora esperando que este le hablase.

La oscuridad no permitía al gallego distinguir bien el rostro del desconocido, pero lo juzgó en el acto por su traje humilde.

—Hacedme el favor,—esclamó el viajero, suavizando algun tanto su voz—de pedir permiso á los dueños de esta casa para que me permitan pasar la noche en ella; estoy empapado por la lluvia y sin comer desde anoche; decidles que soy un pobre viajero fatigado por el largo camino que acabo de recorrer.

El gallego escuchó sin decir palabra y permaneció algunos momento sin moverse del sitio en que estaba; por último giró sobre sus talones y desapareció, diciendo ántes al jóven esta lacónica frase.

—*Vuelvu*:

Santiago penetró en el interior de la casa y se dirigió á una de las habitaciones por cuya puerta se escapaban algunos rayos de luz.

Llamó con los nudillos de la mano, y una voz de mujer preguntó:

—Quién llama?

—Santiaju Señora!—respondió el gallego.

—Entra!

El gallego penetró en el aposento donde estaba su señora.

Aquella habitacion era una verdadera maravilla por el lujo que en ella se admiraba.

Reclinada en un sofá de damasco de seda celeste se veía á Cármen, la dueña de aquella hermosa propiedad; á su lado, leyendo un libro, su hijo Luis, á corta distancia el Señor Vilar se ocupaba en hacer operaciones aritméticas.

—Qué quieres, Santiago?—preguntó Cármen con disgusto al verse interrumpida por el gallego.

—Señora, afora hay un viajeru, que dice que está muy fatigau, empapau por la agua, y dice que desde anoche que nu come porque viene de muy léjus, y pide á la señora ó al señor pusada para esta noche.

---Un viajero!--- exclamó la señora con interes---y... dime Santiago, qué aspecto tiene? ¿es algun caballero? denota ser alguna persona distinguida?

---Cá!...nun Señora, es un pobre diablu, viene vestidu con un capote y un gran sombreru de paja...

---Santiago!--- esclamó Cármen con enojo---has creido por ventura que nuestra casa es posada? anda, pronto, y dí á ese infortunado que se retire, que tu Señora no dá albergue á los mendigos.

Santiago se inclinó y salió precipitadamente, al parecer temeroso del enojo de su señora.

Cármen, podías dejar pasar la noche á ese infeliz con los peones del estableciento---estas palabras fueron pronunciadas por el Señor Vilar.

—Eso es!—repuso Cármen, irritada al ver la disposicion de su esposo—si yo consintiera, Ricardo, en dar posada á todos los que la imploran estaríamos de continuo alimentando haraganes!

—Dices bien—contestó su esposo, vencido por las palabras de Cármen.

—Pero mamá—dijo Luis—en una noche buena, cualquiera puede pasarla á campo raso, pero en una como esta, tan fria y lluviosa!....

—Luis, no nos dejemos guiar por alardes de caridad que á nada conducen; admitiría con gusto, prodigándole tóda clase de cuidados y atenciones si fuera un caballero, un sujeto distinguido, pero un pobreton que quizá no tenga ni qué comer!

—Es verdad, mamá—contestó Luis, que por lo visto tenía sentimientos tan poco caritativos como su madre—en esa parte tienes razon, deben de hacerse distinciones; no se recibe lo mismo á un pobre que á un rico; estos merecen nuestro agasajo y aquellos deben buscar á sus iguales; nada nos había de producir el molestarnos por ellos!

Miéntras tanto, Santiago había trasmitido al jóven viajero la órden terminante de su ama.

Permaneció este en silencio por algunos instantes, luego, con altivo acento, preguntó al gallego:

—Díme, ¿cómo se llaman tus amos?

El gallego, algo amedrentado por el tono del jóven, no se hizo esperar la contestacion.

—El patron se llama, Don Ricardu Vilar; Doña Cármen, su muger, Don Luis, su hiju...

—Gracias; ya que tus patrones son tan poco caritativos no podrias tú darme algo para mitigar el hambre que me devora?

El gallego reflexionó un momento, y luego, dirigiendo una mirada en torno suyo, contestó al jóven.

—Espere Vd. un momentitu!—y desapareció por breves instantes, volviendo en seguida con un pan, un gran pedazo de queso fresco y dos manzanas.

El viajero recibió todo aquello sin decir una palabra, y cuando el gallego se disponía á retirarse, entónces lo llamó y le dijo:

—Oye con atencion lo que voy á decirte: tú acabas de hacer una buena accion, te has mostrado complaciente con quien no conoces; tu comportamiento, buen hombre, ha labrado tu felicidad; ten presente estas palabras...por ahora nada mas te digo, sé donde vives y que te llamas Santiago, eso me basta. En cuanto á tus crueles amos...Dios perdone sus malos sentimientos!...Toma,—continuó el jóven quitándose una de las

magníficas sortijas que adornaban sus manos,—consérvalo como un recuerdo mío; adios!

Dichas estas palabras, el jóven desapareció en la oscuridad de la noche, dejando al honrado gallego mudo de admiracion y como clavado en el sitio en que estaba.

Santiago, contemplaba absorto la régia alhaja que tenía en sus manos, la cual, á los fulgores de los relámpagos, despedia deslumbrantes rayos de luz que ofuscaban su vista.

Pasado su estupor, corrió ágilmente hácia el aposento de su ama y llamó, no ya como ántes sino precipitadamente.

—¿Quién es?—volvió á preguntar la voz de Cármen.

—Yo, Santiaju!—contestó el gallego en alta voz.

—Otra vez!—esclamó colérica se ama.

La puerta se abrió y el gallego se precipitó en el interior del aposento,

—Santiago, qué es esto? te has vuelto loco?—preguntó el Señor Vilar al contemplar el azorado rostro de su criado.

—Nun señor, es que ese peregrinu... ese viajeru... que pedía posada...

—Y bien, qué?—preguntó Cármen, interrumpiendo al gallego—no se ha ido todavía ese majadero? Dile que este no es hotel.

—Oh! sí, se fué, mas ántes de irse me dijo un discurso...

—Hola! un discurso?

—Oiga la señora, voy á decirla punto por punto todu cuanto me diju ese caballeiru...

—No seas bergante, no llames caballero á cualquier infeliz...

—Oh! nu puede ser infeliz—esclamó el gallego—los infelices no hablan de un modo tan bonitu, ni dan rejalos comu este!

Al decir aquellas palabras, el gallego enseñó la riquísima sortija, que á la luz de las bujías despidió un torrente de luces purísimas y resplandecientes.

Cármen, su esposo y Luis, quedaron mudos de sorpresa.

El gallego los contemplaba triunfante.

—Quién te ha dado esa alhaja?—preguntó Cármen con voz temblorosa.

—Toma! el peregrinu, el señor viajero!...

—No puede ser! te burlas, Santiago, de tus señores.

No decías que el viajero era un pobre diablo?

—Oh! en el traje sí, mais no en sus palabras ni en su clase; ya vé la señora la surtija que me ha dadu, y creyu que tiene mas, pues vi brillar en su manu, que por ciertu es muy blanca, muchas luces así como estas.

—Oh! Dios! quién será?—esclamó Cármen con exaltado acento.

—Algun gran personaje, por la riqueza de las alhajas—esclamó el señor Vilar.

—Y le hemos negado la hospitalidad que pedía!—volvió á esclamar Cármen—pero no nos imaginábamos que fuese una persona así, este pícaro gallego es el que tiene la culpa!

—Yo!....yo nun señora, hé dichu lo que he vistu, nada mas!

—Y qué dijo cuando de parte nuestra le negaste la hospitalidad que pedía?

—Primeru se quedó calladu, luegu me preguntó como se llamaban mis señores...

—Y lo dijiste!

—Por qué nó? se lu dije; entónces él me pidiú por caridad alguna cosa para cumer, porque tenía hambre; yu lu hice esperar y le llevé un pan, un pedazu de quesu y dus manzanas; entónces me diú las gracias y me diju que ya sabía comu me llamaba y dunde vivía que eso era bastante, y que él me haria feliz, luego...me dijo algo féu para lus amos...

—Qué te dijo?—preguntó Cármen, que desde la entrada del gallego al aposento había perdido su habitual sangre fría y tranquilidad.

—Me diju...que...que...

—Vamos, habla!

—Buenu! me diju que...Dius lus perdonase á todos ustedes, porque nu habían sabidu hacer una caridad, y...

—Bien...retírate, Santiago!—Cármen no podía ya contener la multitud de suposiciones que se agolpaban á su mente; y al oir á su criado referir aquellas palabras del viajero no quiso que Santiago notara en su rostro el efecto que ellas le causaban.

El gallego no se hizo repetir la órden; ansiaba aquel momento para contemplar á solas la magnífica alhaja que impensadamente había adquirido por medio de una buena obra.

CAPITULO II.

Mário

Veamos miéntras tanto que había sido del viajero.

Al emprender de nuevo su marcha, dirigió á la casa de Vilar una intensa mirada, é inclinando su cabeza sobre el pecho murmuró algunas palabras ininteligibles.

La lluvia continuaba, aunque con ménos fuerza, sin embargo de que el frio era cada vez mas intenso.

Despues de haber caminado un gran rato, el jóven viajero se detuvo bajo un árbol corpulento, y guarecido en algo por su espeso follaje pudo librarse de la menuda lluvia, fortaleciendo su estómago gracias á la generosidad del buen Santiago.

Concluida aquella singular comida, el viajero volvió á ponerse en marcha con mas aliento, aunque transido de frío por el helado y penetrante viento, que en nada había cedido en su fuerza.

Caminó por espacio de media hora, undiéndose á cada instante en los fangales que la lluvia había formado; esta fatigosa marcha iba ya postrando las fuerzas del animoso jóven; de cuando en cuando se detenía para tomar aliento, elevaba una mirada al encapotado firmamento y luego emprendía el camino con mas fuerza y energía.

Había adelantado ya mucho cuando se detuvo repentinamente, y quedó inmóvil como escuchando un rumor lejano.

Razon tenía el viajero para detenerse.

Confundidos con los rumores de la lluvia y del viento acababan de llegar á sus oidos los meláncolicos acordes de una guitarra, pulsada al parecer por una mano maestra.

El jóven viajero, guiado por aquellos tristes preludios, se encaminó hácia el lugar de donde partían todo lo precipitadamente que el estado del campo le permitió.

Bien pronto llegó ante una pequeña choza, humilde albergue, sin duda, del solitario cantor de aquellos parajes.

El jóven se detuvo y escuchó...

La guitarra, esa fiel intérprete de los sentimientos del solitario hijo del campo, dejaba oir en el interior de la choza su música tierna y sentimental; el invisible músico entonaba en aquellos momentos, acompañado de la guitarra, una lastimera y dulce cancion, en que parecía espresar, con seductora sencillez, las penas que aflijían su corazon.

Aquel acento tristísimo, impregnado de una intensa melancolía, arrancaba lágrimas á los ojos y suspiros al corazon!

No se necesitaba penetrar en el interior de aquella humilde morada, para comprender que los dolores de la vida habian llegado hasta aquel solitario paraje, turbando la paz y felicidad que ántes se disfrutaba como un bien del cielo.

Antes de seguir adelante, haremos conocer de nuestras lectoras á los moradores del humilde rancho.

Solo dos séres partían el abrigo de aquel mísero techo, y eran estos madre é hijo.

La madre era yá muy anciana: su cuerpo encorvado, mas por los dolores morales que por el peso de los años, le daban un aspecto tan estraño, que despertaba en los séres que la comtemplaban una mezcla de lástima y de dolor.

Su hijo era jóven, de una belleza verdaderamente sorprendente; había nacido en aquellos campos y llamábase Mário.

Era alto, ni grueso ni delgado, y de bella figura; su tez algo morena era suave y fina, su perfil recto y su frente despejada, sus ojos pardos eran hermosos. pero de una mirada tan intensamente triste y melancólica que demostraban claramente que aquella alma había apurado el cáliz de la amargura hasta las heces. Sus lábios, algo gruesos, al entreabrirse á impulso de una leve y triste sonrisa, dejaban entrever el nacarado esmalte de una doble fila de hermosos dientes; un naciente bigote sombreaba su boca, y, por último, sus cabellos eran castaños y lijeramente ondeados.

Mário solo contaba veintiun años, y ya las penas de la vida habían lacerado su ardiente y juvenil corazon.

Hacia algunos años que habia perdido á su padre.

A la muerte de este quedaron de familia solo tres séres; Mário, su madre y una niña de quince años, hija mimada de esta y hermana amorosa de aquel.

Mário y Manuela, este era el nombre de la niña, se amaban tiernamente; siempre unidos y cariñosos jamas habian te-

nido el menor disgusto; Manuela era la confidente de Mário, y este lo era á su vez de su querida hermana.

Mas la muerte cruel arrebató tambien sin piedad de aquel hogar á aquella tierna y bella flor; Manuela abandonó el mundo seis meses despues de su padre, dejando á su anciana madre y á Mário locos de dolor por aquel nuevo golpe.

Aquellas pérdidas de séres tan queridos, eran otras tantas heridas para aquellos dos corazones lacerados por tan repetidos y dolorosos golpes.

Mário, fuertemente afectado por la pérdida de su padre, al sentir la separacion eterna de su idolatrada hermana inclinó su frente y derramó un torrente de lágrimas. El, que nunca habia llorado, pues al perder á su padre supo contener las lágrimas, reconcentrando su hondísima pena en un mudo dolor, él, que era enérgico y fuerte para sobrellevar todos los dolores de la vida, á la muerte de Manuela, sin embargo, la desesperacion se desbordó, por decirlo así, en su pecho, y lloró la pérdida irreparable de aquel ángel adorado, de aquella hermana tan querida, á quién su corazon guardó un eterno recuerdo.

Tres años habían pasado desde aquellos dolorosos golpes, y el dulce bálsamo del consuelo había derramado en el alma de la madre de Manuela y de Mário una melancólica conformidad.

A pesar de todo, el recuerdo de la pérdida de aquella hermana, tan justamente querida, no permitía á Mário disfrutar de completa ventura.

Aquella alma jóven necesitaba otra alma para confiarle sus ensueños, para conversar con ella en el lenguaje del sentimiento.

Este momento había llegado; y el corazon de Mário, vírgen hasta entónces de la accion del amor, había despertado súbito de su letargo; y sus penas fueron endulzadas, aunque no borradas, por los tiernos afectos de la mas pura é intensa pasion.

Mário amó; el objeto de este afecto correspondido era una preciosa niña de diez y seis primaveras, nacida tambien en aquellos campos, tan bella, física y moralmente, que Mário vió en ella una amiga para su alma que la providencia le deparaba para mitigar sus hondos pesares.

Desde aquel instante de suprema dicha, una nueva exis-

tencia se ofreció á los ojos del jóven enamorado. En medio de la soledad de los campos, entregado al cultivo de aquel casto y tierno amor, cuidando de su anciana madre y recordando todos los dias á su amada hermana y al padre que el destino le había arrebatado, su vida parecía deslizarse mas tranquila que lo que hasta allí había sido.

Más ¡oh dolor! existen séres en el mundo que parecen predestinados á sufrir una cadena no interrumpida de penas; cadena que gravita sin descanzo sobre los doloridos hombros de los desdichados que la arrastran, jimiendo opresos por el peso terrible de sus hierros, sin vislumbrar en el oscuro horizonte de sus existencias, un solo claro que les deje entrever la nitidez del puro azul de un cielo sin nubes!

La amada de Mário estaba herida de muerte por una enfermedad incurable, para la cual la ciencia del hombre es impotente.

Sus bellos y negros ojos ardían con el calor de la fiebre y parecía que toda la fuerza de la vida habíase reconcentrado en ellos; en su lindo rostro se dibujaban dos chapas de color de rosa; un dolor lento, y á veces agudo, mortificaba de continuo su delicado pecho y pulmones, y una tos seca, corta y fatígosa anunciaban la existencia ya avanzada de la *tisis*.

Mário vió con espanto los rápidos progresos de la temible enfermedad; un rayo de sombría desesperacion cruzó por su frente, y dos lágrimas candentes, amarguísimas, surcaron por su rostro, pálido como la muerte!

. . . .

Tres meses despues, Mário perdió la amada de su corazon, aquella que era toda su ventura, su única felicidad en la tierra!

Su dolor fué mudo, terrible, reconcentrado; anuncio de una gran tempestad moral.

La madre de Mário, conocedora del ardiente amor de su hijo, contemplábalo aterrada esperando el desenlace de aquel drama fatal.

Mário cayó gravemente enfermo.

Pero no murió, aun no era llegada su últíma hora!

Quizá le estaban aun reservadas otras rudas y terribles pruebas; así lo creía él, pero Dios no desampara á los que en él confian; Mário reconocía su poder.

Por espacio de un mes, luchó entre la vida y la muerte; pero su naturaleza, fuerte y vigorosa, triunfó de aquella batalla y pudo levantarse del lecho aunque completamente trasformado.

Su carácter comunicativo y afable, tornóse silencioso, melancólico y huraño; parecía que todo había dejado de existir para él, á excepcion de su madre; su corazon esperimentaba un tristísimo vacío, imposible de llenar; su alma abatida solo hallaba consuelo con el recuerdo de los que fueron, y sus ojos, de continuo fijos en lo alto, parecían buscar y esperar la calma que solo Dios podía hacer descender sobre su espíritu dolorido.

La existencia de Mário estaba fielmente retratada en los versos de una melancólica y sensible poetisa que dice:

Mi vida triste, siempre ha corrido
Sin que alegría pueda encontrar:
Ay! que en el mundo lo que he perdido
Solo en la tumba, lo puedo hallar!

No conozco á la autora de estos versos, solo se que despues de perder á su padre ha sufrido los vaivenes de una dolorosa existencia, y á quen la fortuna, despues de volverle la espalda, dejóla proseguir su camino por la senda de la vida, erizada en esos casos de las espinas del desengaño y de las decepciones que proporcionan los séres vulgares y ruines, para quienes el oro y los pomposos aparatos de la vanidad son los únicos atractivos de sus erradas existencias.

Aquellos versos, revestidos de tan hondo dolor, han oprimido siempre nuestro corazon...¡hay tanta amargura y desaliento en tan cortas líneas!

Mário, solo creía poder hallar en la tumba la felicidad perdida.

Desde aquellas horas de dolor sin término, el jóven hizo de la guitarra su mejor confidente y amiga.

Confiábala sus secretos anhelos, sus amargas tristezas, sus melancólicos pensamientos.

Qué tristes eran sus cantos! al escucharlos, las lágrimas brotaban silenciosas de los ojos de sus oyentes!

La guitarra, pulsada por su nerviosa mano, gemia de dolor; sus cuerdas vibraban tristemente y como al compas de aquel corazon dolorido.

Ahora que ya conocen mis lectoras, á los simpáticos habitadores del humilde rancho, volvamos hácia el viajero que se había detenido á escuchar el canto de Mário acompañado de los armoniosos y tristes acordes de la guitarra.

CAPITULO III.

Lazo de simpatía

El jóven viajero escuchó hasta el fin la cancion, y luego, adelantándose, llamó con suavídad á la puerta del rancho.

—Quién va?—preguntó la varonil voz de Mário.

—Un viajero que solicita de vuestra caridad posada para esta noche...

La puerta fué abierta en el acto por la madre de Mário.

—Entrad,—dijo—os daremos el albergue que solicitaiscon el mayor gusto.

El viagero dió las gracias, y penetró en el rancho, mas detúvose con sorpresa admirando el bello y delícado rostro de Mário.

—Mi hijo—esclamó la anciana indicando al jóven.

Mário se inclinó con sencillez, y el desconocido presentó al jóven su blanca y aristocrática mano, la cual fué estrechada con cordialidad y franqueza.

Bastóle á Mário una rápida ojeada para admirar á su vez el bello y simpático rostro del desconocido.

—Sientese Vd. Señor—dijo el jóven ofreciendo al viajero un pequeño banco de madera rústica.

El desconocido, al oirse llamars *Señor*, y de una manera tan respetuosa, se estremeció, y dirigió una mirada recelosa en torno suyo.

—Qué noche!—esclamó Mário—está Vd., empapado, y á de sentir intenso frío: con la ropa humedecida le hará mal si se seca en el cuerpo, quiere Vd. mudársela?

—Gracias!—esclamó el desconocido—acepto el ofrecimiento, estoy verdaderamente empapado, y el frio que siento es cada vez mas intenso.

—Pase Vd. Señor—esclamó la madre de Mário—y disponga de estas humildes ropas, las únicas que en nuestra pobreza podemos proporcionarle.

Al decir aquellas palabras, la anciana invitaba al viajero á pasar tras una cortina que dividía la pieza en dos; el desconocido dió las gracias, y despues de quitarse las ropas húmedas, vistió las que la anciana le ofrecía; una camisa, aunque ordinaria, de una gran blancura, un pantalon, blanco tambien, un chiripá imitacion vicuña, un saco de paño color pasa y unas botas de cuero de cabra.

Una vez vestido, el viajero salió tras la cortina llevando en sus manos las ropas mojadas.

El desconocido, con la cabeza descubierta, demostraba toda su belleza varonil; sus cabellos negros y rizados, aquel rostro de tan perfecta hermosura, y ese aire de distincion y elegancia que hacía mas gallarda su figura, causaron á la anciana madre de Mário un movimiento de asombro.

—Parece ser un gran Señor!—pensó la anciana en su interior, al mismo tiempo que tomaba de manos del desconocido el grueso capote, destilando agua, y un pantalon de paño, ademas de otras prendas entre las cuales se veia una camisa riquísima, que hacía juego, por su calidad y finura, con la demas ropa blanca, pero no con la exterior, pues esta mas parecía ser un disfraz por lo tosca y ordinaria.

La anciana puso á secar, cerca del fuego que ardia en el hogar, la ropa del viajero, y en seguida empezó á preparar una cena; mujer previsora, comprendió la necesidad que el viajero tendría de ella.

Disponiendo lo necesario la anciana decía para sí:

Sea gran personaje, humilde viajero ó infeliz mendigo, en nuestra casa hallará generosa é igual hospitalidad; hagamos bien sin mirar á quien; la caridad no tiene límites ni clases, y los mandatos de Dios serán siempre obedecidos por mí y por mi hijo, siguiendo así los impulsos de nuestro corazon.

Miéntras tanto, Mário y el viajero habían emprendido una interesante conversacion.

Aquel había recibido de su padre una delicada educacion, y siendo este un hombre instruido y de una inteligencia especial, había sabido dirigir á su hijo, anhelando sacarlo del reducido círculo de la ignorancia á que se ven sujetos los habitantes del campo,

Mário, prudente y dotado de un tacto esquisito, nada preguntó ni manifestó curiosidad de saber de donde venía ni adonde iba el viajero; al admitirlo en su rancho no sabía quién era, ni tampoco necesitaba saberlo para brindarle una hospitalidad que jamas su alma noble y generoso corazon habría podido negar.

Comprendió que algun motivo muy poderoso había impulsado al desconocido á emprender aquel viaje en una noche semejante.

El jóven viajero, dotado de una imaginacion poética y brillante, de un talento admirable y de una instruccion profunda y vastísima, entabló con Mário una conversacion animàda é interasantísima.

La palabra del viajero era tan persuasiva, tan fácil y dulce en el decir, tan sensible y enérjico en sus demostraciones, que había conquistado en pocos momentos las simpatías de Mário.

Este le escuchaba embebecido, y hasta su anciana madre habíase acercado á oir la conversacion, cada vez mas animada y llena de atractivos.

El viajero, en pocos momentos conoció el carácter de Mário, y se propuso animar, revivificar aquel corazon, aquella alma entristecida, y si posible fuera devolverle la perdida calma.

—És una alma que peregrina por el mundo—se dijo pensando en Mário,— huérfana de afectos y enferma de dolor; yo la adoptaré como hermana, le brindaré mi cariño y le prodigaré mis consuelos.

El viajero tomó la guitarra, que á su entrada había sido colocada sobre un banco, y comenzó á templarla.

Mário lo miró en silencio.

El desconocido preludió primero un triste acompañamiento, luego entonó una cancion, que, cosa estraña! era la historia de Mário.

Este, á los primeros acentos de aquel canto, sepultó su rostro entre las manos...

La voz del viajero, dulce y tierna, impregnada de una suave melancolía, penetró al corazon de Mário, y el jóven sintió estremecerse todo su ser á impulso de un sacudimiento que le hizo esperimentar un agudo dolor.

Las adoradas imágenes y los recuerdos que siempre le acompañaban, representáronse con mas fuerza que nunca...

el canto del viajero fué interrumpido por un ahogado sollozo!

Mário lloraba!...

Mário sentía que su corazon no podía soportar los sentimientos que le ahogaban: oprimióse su corazon, pero las lágrimas inundaron su rostro, saltando cual la corriente de lava ardiente que de su seno arroja el volcan no pudiendo ya contenerla.

Las lágrimas de Mário brotaban de un corazon ardoroso y enfermo de tanto sufrir, y al aparecer en los ojos habían ya torturado aquella alma entristecida; ántes de derramarlas sentía como si una mano férrea quisiera ahogarlo, mas luego su pecho respiró con mas libertad.

Al ver el efecto que su cancion había hecho, el viajero dejó la guitarra á un lado, y levantándose se aproximó á Mário; apartando de su rostro las manos en que este ocultaba su semblante le tendió los brazos conmovido y Mário se precipitó en ellos, quedando ámbos jóvenes unidos por un tierno abrazo...

La madre de Mário contemplaba aquella escena llorando tambien; tenía su rostro oculto en el delantal, empapado en lágrimas.

¡Pobre madre!...

El viajero y Mário deshicieron suavemente aquel tierno lazo de dolor que habían formado, y quedaron conmovidos y silenciosos.

Aquella escena y la simpatía que desde un principio brotó instantánea en los corazones de ámbos jóvenes, eran el preludio de una amistad tierna y cariñosa, que dentro de poco había de unir aquellas dos almas igualmente templadas.

Mário fué el primero en romper el silencio.

Dirigió al viajero una espresiva mirada, y esclamó,

—Qué cobardía! me he dejado vencer por el dolor que domina mi corazon!...

—Mário,—repuso el desconocido—no debeis avergonzaros, el espíritu del hombre, á pesar de su grandeza, suele doblegarse al peso de un agudo dolor!

—Oh! el mío ha sufrido tanto!...

—Y no abriga una esperanza de futura felicidad?

—Oh! no...—esclamó Mário con exaltacion—nunca volverá á mi pecho la felicidad perdida...mi dicha está *allá*, don-

de moran los adorados séres que mi corazon hecha siempre de ménos!...

—Y vuestra madre, Mário?

—Oh! mi madre!...pobre madre mía. solo por ella vivo!...

Esta conversacion era sostenida en voz sumamente baja; la madre de Mário solo percibía un murmullo ininteligible que nada podía revelarle.

Mário y el viajero comunicábanse sus sentimientos cada vez con la mas dulce intimidad.

Aquel, con esa franqueza y sencillez propia de los habitantes del campo, confiaba al desconocido todas sus penas y amargos dolores.

El viajero escuchaba con interes, interrumpiendo á veces á Mário con una esclamacion, en la cual se retrataba ya una dulce y simpática conmiseracion, ya un sincero pesar.

La anciana madre de Mário estendió sobre la mesa un blanco mantel, colocando un cubierto, un pan de centeno y una jarra de barro llena de agua. Pocos momentos despues un apetitoso asado y una humeante taza de caldo convidaban á sentarse á la mesa.

Mário invitó al viajero á que aceptase aquella humilde cena al mismo tiempo que su madre pedíale perdonase la pobreza de aquella comida.

El desconocido, con acento conmovido, manifestó su agradecimiento á aquellos dignos séres.

La anciana, siempre diligente, comenzó á preparar, miéntras el viajero comia, el humilde lecho que había de servirle para descansar.

Aquella noche se pasó sin otra novedad digna de mencion, salvo las continuas atenciones de que era objeto el viajero por parte de Mário y su buena madre.

A la mañana siguiente, el dia amaneció hermosísimo, la naturaleza sonriente ofrecía á la vista un panorama seductor.

Sin embargo, los campos, á causa de la lluvia, se hallaban intransitables.

El viajero se dispuso á abandonar la casa de Mário, pero este quiso oponerse rogando al desconocido permaneciera unos días mas en su rancho hasta que los caminos se pusieran en buen estado.

—Gracias, Mário!—contestó el viajero con efusion—agradezco vuestro generoso ofrecimiento, pero motivos altamen-

te poderosos me impiden hacer uso de él, permaneciendo mas dias en vuestra grata compañia; debo partir en el acto, sea cual fuese el estado de los caminos . .

—Sea!—murmuró Mário con triste acento,—sintiendo no volver á ver mas al desconocido, por el cual sentía ya la mas viva simpatía y el mas profundo aprecio, pero ya que no podeis permanecer mas tiempo en mi rancho admitid, al ménos, un caballo que os facilitará el medio de atravesar estos campos; á pié sería imposible transitarlos.

El desconocido permaneció algunos instantes en silencio, luego, estrechando con calor la mano de Mário, esclamó:

—Bien, acepto, mas no necesitareis ese caballo? yo tardaría en devolvéroslo!

—Tengo otro, podeis conservarlo; os lo ofrezco como un recuerdo mío. . .

—Gracias! amigo mío,—esclamó el viajero con acento espresivo—no quiero tampoco abandonar vuestro hogar sin ántes dejaros tambien un recuerdo.

Al decir esto, el jóven se quitó de una de sus manos otra sortija de brillantes, y ofreciéndosela le dijo:

—Conservadla como recuerdo de un buen amigo!

—Gracias, no puedo aceptarla; esa sortija es de un gran valor, dadme cualquiera otra cosa, como ser un boton de vuestro capote. . .

—Oh!—esclamó el viajero—si no quereis esta sortija aceptad esta otra, es muy sencilla, no tiene casi ningun merito. . .y al decir esto, el jóven colocó en la mano de Mário un anillo negro en cuyo centro se veia una pequeña perla.

—Para mí lo tendrá!—esclamó Mário aceptando la hermosa sortija negra de manos del desconocido—basta que os haya pertenecido!

—Bien, ahora, Mário, no os digo *adios*, sino hasta la vista, porque volveré. . .sí, volveré, y quizá para vivir en estos sitios y ser vuestro amigo. . .

—Que decis!—esclamó Mário con alegría.

—Sí! pero ántes de separárnos debemos jurarnos una amistad. . .

—Eterna !—interrumpió Mário con calor.

—Oh! sí. eterna!

En los cortos momentos que nos hemos tratado nuestros corazones se han comprendido, y la dulce simpatía del alma nos

ha unido para seguir bajo su plácida sombra por el camino de una existencia que ha sido para ámbas una cadena de continuos sufrimientos!

—Solo una pena esperimento, amigo mio,—dijo Mário, haciendo uso ya de aquel grato y dulce título—y es no conocer el nombre del amigo que Dios me ha deparado en medio de mis dolores.

El viajero sonrió con tristeza, luego en voz baja murmuró.

—Mi nombre es... Cárlos de la Estrella, mas si tú, Mário amigo, llegas á pronunciarlo ante otros... ah! quizá decretes mi muerte...

—Que decis—esclamó Mário, imitando la dulce intimidad del lenguaje de su amigo.

—Sí, Mário; la política que en estos momentos perturba la tranquilidad de nuestro pais es el motivo que me impulsa á huir...estoy gravemente comprometido y mi cabeza puesta á precio por los enemigos de mi partido, habiéndome abandonado el mío cobardemente en los momentos de mas peligro...En tus manos, pues, está mi vida...

—Ah! Cárlos—esclamó Mário estrechando al jóven contra su pecho—si posible fuera dar mi vida por la tuya no vacilaría ni un segundo!

Un tierno abrazo de despedida puso fin á esta interesante escena.

Cárlos se despidió de la anciana madre de Mário y montó en el caballo que su amigo había hecho acercar, ya ensillado y pronto para la marcha.

—Hasta la vista, Mário, no transcurrirá mucho tiempo sin enviarte noticias mías si no puedo llegar ántes hasta aquí...

—Dios te acompañe, Cárlos!—exclamó Mário con voz conmovida—no olvides que en medio de estas soledades existe un corazon que guarda para tí un afecto profundo y que queda esperando tu pronta vuelta!

Dulces é inesplicables misterios de la simpatía; aquellos dos jóvenes recien se conocían y ya parecía unirlos una estrecha amistad!

Cárlos, fuertemente impresionado, tambien, con el cariño que Mário le demostraba, se apresuró á alejarse, y para ocultar su emocion agitó su mano en señal de despedida y partió al galope.

CAPITULO IV.

Dos años despues

Han transcurrido dos años despues de las escenas que acabamos de narrar.

La perturbadora política, que había llevado el dolor á los tranquilos hogares y sembrado la desolacion por do quiera, tuvo, fin felizmente, al cabo de aquellos dos años.

La tranquilidad y el sociego habían tornado á los corazones, y al restablecerse la paz, los hogares abandonados ofrecían bellos cuadros de felicidad y de alegría.

Era una bellísima mañana de primavera.

Mário, á la puerta de su rancho, investigaba el campo con la mirada, miéntras que su madre, se ocupaba en el interior en preparar el desayuno.

El jóven esperaba todos los dias á su amigo Cárlos, pues desde su partida no había tenido de él la mas leve noticia.

Mas de una vez se escapaban de su pecho hondos suspiros, preguntándose á sí mismo si el destino le tendría deparada la pérdida de aquella naciente amistad, que tan dulcemente había comovido su alma; ni por un solo instante dudó de Cárlos ni de sus protestas de sincera amistad; imaginaba que los sucesos ocurridos, á consecuencia de la guerra en que se había hallado envuelto el pais, habían estorbado á Cárlos de la Estrella el enviar noticias suyas como lo había prometido.

Por esto todos los dias, Mário, á la puerta de su rancho esploraba el campo con una mirada, esperando ver aparecer de un momento á otro á su amigo Cárlos, pues restablecida ya la paz nada impediría al jóven llegar hasta allí.

CAPITNLO V.

Del cielo Justicia! Cárlos de la Estrella.

Antes de pasar mas adelante referiremos un hecho ocurrido en la estancia de D. Ricardo Vilar, considerado como un castigo del cielo y que merece capítulo aparte.

La familia de Vilar era aborrecida por todos los que habían tenido ocasion de acercarse á ella.

Gentes envanecidas por la fortuna, que desde su cuna les había sonreido, solo abrigaban en sus pechos sentimientos ruines; jamas la caridad había sido comprendida por sus almas, ejerciéndola solo con aquellos que mas tarde podían recompensarles fastuosamente.

Nunca habían enjugado las lágrimas del infortunio ni hecho una buena obra.

Entre los muchos enemigos que la familia de Vilar tenía, contábanse varios peones que habían pertenecido á su establecimiento de campo, los que habían sido despedidos sin causa justificable que acreditase tal conducta.

Creándose enemistades de todo género, la familia de Vilar había sido mas de una vez sordamente amenazada; estas amenazas no habían llegado á cumplirse hasta entónces, pero este instante llegó al fin.

Una madrugada, despues de los sucesos que hemos narrado en las páginas anteriores, los habitantes de la *estancia* despertaron sobresaltados á las voces desaforadas de los criados que gritaban: *fuego*! *fuego*!

Efectivamente, un voraz incendio envolvía casi en su totalidad el edificio.

La familia de Vilar tuvo que abandonar la casa precipitadamente para verse libre de las llamas.

Fuera ya de la casa, Santiago, el honrado gallego. aproximándose á sus amos, les comunicó que la hacienda toda había sido robada, quizá por la misma misteriosa mano que había incendiado el edificio.

La consternacion de la familia de Vilar fué inmensa,

Todos los documentos que acreditaban sus riquezas, todo el dinero que en la casa guardaban, había sido devorado por el fuego!

Nada pudo salvarse de las llamas; el gran edificio quedó reducido á un monton de ruinas, víctima del voraz elemento!

La orgullosa y despótica familia de Vilar quedaba sumida en la miseria, en esa miseria á la cual profesaba tanto horror y tanto desden!

D. Ricardo Vilar, agobiado por tan tremendo golpe, abandonado por todos sus criados é inmediatos servidores, sin atinar por el momento á donde dirigirse, se encaminó con Da. Cármen, su esposa, y su hijo Luis, á los ranchos mas inmediatos en demanda de una hospitalidad que le permitiera al siguiente día dirigirse al pueblo mas cercano.

Pero ah! la Divina Providencia había dispuesto que aquella noche había de pasar los momentos mas terribles como justo castigo á sus maldades.

Los hogares hospitalarios de los habitantes del campo, siempre abiertos para los viajeros, cerrábanse á la vista de la familia de Vilar; por doquiera que esta dirigia sus ojos solo veían semblantes adustos; ni una sola cara amiga, ni un rostro compasivo!

Doña Carmen lloraba, esclamando:

—Castigo del cielo! siempre fuimos crueles y tratamos á todos con rigor...ahora, ah! ahora todos nos devuelven aquellos desprecios!...Solo los que siembran bienes pueden recojer flores!...

Su conciencia la acusaba; recordó la escena ocurrida con el viajero, al cual negó hospitalidad por creerle pobre y desamparado.

Esta escena había sido repetida infinitas veces y siempre con seres que verdaderamente necesitaban del socorro de las buenas almas. Nunca Cármen había estendido su mano para hacer la mas pequeña limosna, ni había permitido que la hicieran ninguno de los suyos...

La familia de Vilar, rechazada de todas partes, se vió en la precision de caminar todo el resto de la noche y parte del día hasta llegar al pueblo de...el mas cercano en aquellos parajes.

Miéntras tanto, Santiago el gallego, tomando distinta direc-

cion de la de sus amos, llegó al rancho de Mário, y refiriéndo al jóven lo ocurrido en casa de Vilar, le suplicó le permitiera permanecer algunos días en su rancho miéntras esperaba la llegada de un rico señór que iba á tomarlo á su servicio.

Mário accedió gustoso.

Desde ese instante, Santiago, así como Mário, solía dirigir al campo miradas angustiosas.

Volvamos á la bella mañana de primavera en que Mário contemplaba el campo con atencion, doce dias despues del incendio de la estancia de Vilar.

Mário había apartado ya sus ojos del campo cuando creyó percibir el lejano galope de un caballo; púsose de pié rápidamente volviendo á mirar anheloso en todas direcciones.

A lo léjos distinguió un ginete que rápidamente se aproximaba en aquella direccion, agitando su pañuelo en señal de saludo.

Santiago el gallego había distinguido tambien al ginete y no apartaba la vista de él.

Mário, con la velocidad del pensamiento, guiado por un presentimiento de su corazon, corrió hácia su caballo, que se hallaba atado á un árbol, y sin cuidarse de ensillarlo partió en él á la carrera en direccion hácia el ginete que se aproximaba.

Aquella escena fué tan rápida que el gallego quedó con la boca abierta de admiracion y asombro, pero luego, á falta de caballo, emprendió á su vez una veloz carrera á pié.

El caballo de Mário bien pronto salvó la distancia que lo separaba del viajero que se aproximaba, y Santiago, que se había detenido casi con la lengua fuera de su lugar, por la gran carrera dada, pudo contemplar, á bastante distancia todavía, una interesante escena que le llenó de curiosidad.

El viajero que se aproximaba, al ver acercarse á Mário apresuró la marcha de su caballo, salvando en pocos momentos la distancia que los separaba.

Los caballos se juntaron, y Mário y el ginete quedaron unidos por un estrecho abrazo.

Era Cárlos!

Mário, desprendiéndose de los brazos de su amigo, volvió el caballo para seguir el camino á la par de Cárlos.

Y así, al paso, entregados á una íntima conversacion, los dos jóvenes fueron avanzando lentamente.

Miéntras tanto, el gallego, habiendo renunciado á imitar

la carrera del caballo de Mário, volvíase esperando tranquilamente á los jóvenes que no tardaron en llegar.

Mário se adelantó para prevenir á su madre de la grata vuelta del jóven amigo Cárlos, y dirigiéndose al gallego, que lo contemplaba con curiosidad, le dijo:

—Hola! mi buen Santiago! qué haces por aquí?

—Pur vida de mi madre!—esclamó Santiago poniéndose rápidamente de pié y aproximándose á Cárlos—si parece ser el mismu Señor de lus brillantes!

—Y no te engañas!—contestó Cárlos riendo de los aspavientos del gallego.

—Oh! señur, cuantu me alejru el ver á usté...

La madre de Mário apareció en aquel instante y Cárlos se apresuró á estrechar las manos de la anciana, saludándola con cariño.

Todos tomaron asiento á la puerta del rancho.

—Ya me tienes de vuelta, querido Mário,—dijo Cárlos dando á su amigo una cariñosa palmada en el hombro.

—No sabes tú lo que deseaba este instante!—contestó Mário, estrechando la diestra de Cárlos.

—Dime, y qué dirías si yo te asegurara que ya no nos separaremos mas?

—Es posible eso?...

—Sí!—contestó Cárlos sonriendo—he comprado estos campos, en los cuales pienso fundar un gran establecimiento; los trabajos empezarán mañana mismo, y tú, Mário, lo mismo que tu anciana madre formareis desde hoy parte de mi familia, que por cierto es bien corta. Solo tengo una hermana de 18 años; tú vivirás en mi compañía así como tu madre; nuestro bravo Santiago será el mayordomo de la *Estancia de la Caridad*, pues así será denominada.

Inútil sería deciros, amadas lectoras, los sentimientos que agitaron aquellos corazones ante la agradable perspectiva que Cárlos les presentaba.

Desde la presencia de Cárlos, un rayo de júbilo brillaba en las pupilas, siempre entristecidas, del noble Mário.

Poseedor Cárlos de una alma grande y de ideas rectas y elevadas, desdeñó la vida de la ciudad, llena de falsedad é hipocresía, para vivir en las soledades de aquellos campos en compañía de su hermana y de aquel digno amigo que la

providencia le había deparado, el cual, por su educacion y elevadas prendas morales, era digno de llamarse su amigo y hermano y de considerarlo como tal.

CAPITULO VI.

El premio de la virtud y el castigo del mal

Poco tiempo despues de la vuelta de Cárlos, habitaba con su hermana Margarita, Mário y la madre de este, en la hermosa estancia denominada la *Caridad.*

Un nuevo sér animaba aquella mansion de dicha; era este una preciosa jóven llamada Sara, y á quien Cárlos apellidaba con el amoroso nombre de esposa!

Sí, lectoras, Cárlos había contraido matrimonio con Sara, condiscípula de Margarita, su linda hermana, así nada faltaba á su dicha, pues para completar esta había notado con alegría una tierna inteligencia entre su hermana y Mário, su mejor amigo,

Poco tiempo despues aquella felicidad les sonreía por completo; Mário y Margarita se unieron por los fuertes lazos del matrimonio, con gran contento de Cárlos.

El lector comprenderá el ciego amor que aquella había despertado en el pecho de Mário, con solo estas palabras:

Margarita, era una fiel imágen de aquella á quien Mário había llorado tanto tiempo; al verla por primera vez creyó tener ante su vista la imágen de aquel ángel que tan poco había vivido en el mundo; Margarita fué adorada por Mário, que resucitó desde aquel instante entrando á una nueva existencia.

Cárlos había conseguido su objeto: el alma de Mário ya no peregrinaba en el mundo sin afectos ni morada, había hallado su ideal y el afecto de que carecía.

El gallego Santiago, en un viaje que hizo al pueblo de vió sumidos en la mayor miseria á sus antíguos patrones.

Al volver á la estancia de la *Caridad*, y al contemplar la

dicha que allí se disfrutaba, el honrado gallego esclamó:

—¡Benditu sea Dios y la Vírgen de mi pueblu! bien se cunoce que estus patrones nunca se han negadu á hacer bien á los pobres, siendu por el contrario su pruvidencia, pur eso disfrutan de felicidad, más aquellus de afora, se ven agora así purque nunca quisierun hacer bien ni *dar pusada al peregrinu*!

Fin del libro XIII

LIBRO DÉCIMOCUARTO

ENTERRAR A LOS MUERTOS

ENTERRAR A LOS MUERTOS

—

El pájaro que atraviesa el aire no deja mas que un sonido; el hombre de bien, aunque tambien desaparece, deja su fama y sobrevive en el cielo.

[*Sentencia Arabe.*]

El que ama á Dios hará el bien, y el que busca la justicia la encontrará.

***

—

CAPITULO I.

—

Nostalgía.

—

Hace muchos años vivían en B***pequeña villa de la provincia de Madrid, dos familias americanas, las cuales se hallaban ligadas por los estrechos y dulces lazos de la amistad mas perfecta.

Empezaremos la discripcion de ámbas familias por la primera que fué á habitar en aquella villa.

Componíase de un señor de alguna edad, llamado D. Justiciano Tesié, de carácter noble y de sentimientos dignos; su esposa, Doña Angela, señora de regular edad, tan simpática por su físico como por su corazon sensible y bondadoso.

Estos dos esposos tenían un hijo llamado como su padre, y una niña que llevaba el bonito nombre de Zulema; contaba aquel veinte y dos años, su hermana diez y ocho, y ámbos eran de un físico tan bello como de una alma igualmente hermosa.

Zulema era hermosa, y su belleza estaba revestida de una

gracia tan seductora que todos cuantos la veían quedaban prendados de ella.

Justiniano poseía un rostro hermoso y varonil, de tez lijeramente morena, de ojos negros espresivos, en los cuales ardía el fuego del sentimiento.

Los dos hermanos se adoraban; nada resolvían sin someterlo ántes uno al juicio del otro; una dulce union, una armonía nunca interrumpida, mediaba entre aquellos dos seres, á quienes una misma madre había alimentado en su seno y sembrado en sus almas sencillas y juveniles las fructificadoras semillas de la virtud y de la honradez.

La existencia de esta familia se deslizaba tranquila, sin que la mas lijera nube de dolor enturbiara el límpido horizonte de aquel hogar venturoso.

Mas aquella vida tenía mucho de monótona; ninguna circunstancia extraordinaria turbaba su apacible calma. Mas de una vez Justiniano había sorprendido á su hermana sumida en un melancólico silencio.

—¿Qué sientes, Zulema amada?—preguntábale su hermano con cariño.

—Siento, Justiniano, un algo que no acierto á esplicarlo; parece que mi alma ansía un objeto desconocido, y se me figura que ese algo es una amiga...

—Zulema,—dijo Justiniano con tristeza—no tienes en mí un amigo afectuoso? acaso no depositas en tu hermano todas tus impresiones?...

—Oh! Justiniano, hermano querido!—esclamó Zulema interrumpiéndole—yo anhelaría, aquí, léjos de nuestro pais, encontrar una amiga que endulzara mis horas de melancolía; tú, Justiniano, á pesar de lo que acabas de decir, tienes tambien momentos de gran tristeza...soy para tí, á mas de hermana, la amiga en quien depositas tus pesares, y...sin embargo, nada me has dicho!

—Perdóname Zulema; no te he comunicado el motivo de esas tristezas temeroso de aumentar las tuyas...

—Oh! sí, he sufrido desde el momento que comprendí el motivo de ellas!...tú, Justiniano,—echas de ménos nuestra patria querida!..

Un profundo silencio siguió á estas palabras.

Los dos hermanos, fuertemente abrazados con los corazones

agitados y derramando abundantes lágrimas, permanecieron algunos instantes.

Los recuerdos de la lejana patria hacíanles sufrir los efectos de una profunda y grave nostalgia.

Poco á poco sus espíritus se fueron serenando.

Zulema, trató de borrar de su rostro las huellas del llanto; no quería que sus padres notaran aquel hondo pesar; sabía lo que estos podrían sufrir atendiendo á que su voluntad no los había conducido hasta allí, sino las circunstancias, á veces fatales é ineludibles de la vida.

Sin embargo, Dios, siempre atento y dispuesto á derramar sus consuelos en las almas angustiadas, hizo variar la melancólica existencia de aquellos séres por un suceso tan imprevisto como venturoso.

CAPITULO II.

—

Amistad y simpatía.

—

La casualidad quiso que otra familia americana llegara á aquel pueblo, y fuera á habitar precisamente junto á la casa de Tasié.

El cielo respondía á las quejas de los hermanos Justiniano y Zulema.

La nueva familia se componía de un matrimonio y una hija única, llamada Nélida.

Don Diego Casal contaba cuarenta y cinco años, y su esposa Adelina cuarenta y dos.

Nélida tendría la misma edad de Zulema, era de su misma estatura, algo mas delgada; sus cabellos eran rubios, con el delicioso matiz del castaño, y á los rayos del sol despedían reflejos dorados. Nélida no era bella pero tenía espresion simpática en sus facciones, que sin ser hermosas atraían por su gracia y por un tinte de bondad y ternura que hacían de ella una criatura interesante.

Desde el primer momento, Nélida y Zulema simpatizaron vivamente; una dulce intimidad unió sus almas, y la amistad

mas tierna y noble logró hacer de ellas mas que dos amigas dos hermanas.

Aquella amistad, nacida de la mas viva simpatía y de la mas profunda estimacion, debía ser eterna, como lo es toda afeccion que reconoce por orígen aquellos sentimientos tan íntimos que con dulces cadenas avasallan para siempre nuestras almas.

Las almas que por su sensibilidad y ternura esperimentan estos sentimientos en toda su inmensa grandiosidad, jamas podrán llamarse desgraciadas.

Esto lo decimos con la conviccion en el corazon.

Nuestra alma, mecida de continuo por los alhagos y perfumes de la amistad pura, intensa y cariñosa, encuentra en ella el mas dulce de los afectos.

Oh! lectora, la amistad ha hecho esperimentar á nuestro corazon las mas tiernas impresiones; no estrañeis, pues, que le dediquemos siempre las mas entusiastas frases.

Y existen, sin embargo, séres que dudan de la existencia de la amistad!

Una escritora, tan inteligente como discreta, dice, en una de sus notables obras, lamentando aquel escepticismo.

«Con tanto asombro como pena hemos oido á algunas mujeres quejarse de que no existe la amistad, y de que han sufrido ya muchas decepciones, lo que dicho por bocas jóvenes y sonrosadas me ha parecido increible ó por lo ménos muy dudoso; creo mas bien que estas mujeres comprenden mal la amistad y la exijen mas de lo que pueda dar, queriendo que se eleve á la categoría del mas sublime heroismo.

«Y es, por cierto, un error bien lamentable que, así en amistad como en amor, queramos siempre recibir y no dar; deseamos abnegacion constante y no damos, en cambio, tolerancia ni prudencia.

«Si para conceder nuestra amistad esperamos encontrar una persona perfecta, jamas tendremos amigos. Ningun mortal está exento de defectos; solo se debe, pues, procurar que los séres á quienes amemos tengan los ménos posibles, y que sean de tal naturaleza que podamos soportarlos sin menoscabo de nuestra dignidad.

«Una señora me dió, no hace muchos dias, al oirme hablar así, la siguiente lógica contestacion.

—«No hay necesidad de soportar las faltas ajenas por amistad solamente; amigos que hagan padecer no son convenientes, y mejor se está uno solo en su casa que sufriendo las impertinencias de los demas.

—«Mas ¿qué nos queda, repuse, si despreciamos las simpatías del alma, si desairamos las bellas prendas que posee una persona, solo porque se le reconoce algun defecto?

—«Nos queda el estar tranquilos y el pasar la vida con las menores penas posibles.

—Ah, señora! esclamé; nos queda solo el egoismo, y el egoismo no ha hecho jamas la dicha de nadie; no se queje Vd. de que no hay amistad en la tierra, puesto que nada quiere hacer por ella!»

. . . .

. . . .

La tristeza de Zulema desapareció con la amistad de Nélida; el alma de aquella ansiaba, en medio de su soledad, una dulce compañera con quien compartir sus penas y alegrías; Nélida había venido á llenar aquel vacío moral.

Así como la simpatía engendra en los corazones la amistad mas pura y sincera, así tambien brota de ella, como de la flor el perfume, el amor verdadero que ennoblece el espíritu.

Donde en un principio hubo simpatía y verdadera estimacion, el amor no puede ser un capricho pasajero sino una afeccion firme, profunda.

El divino Creador puso la simpatía en las almas para que se buscaran eternamente!

Nélida halló en aquel punto de su camino, en aquella época, quizá la mas feliz de su vida, una amiga, que era un verdadero tesoro y un apasionado amante, que la ofrecía un corazon henchido de amor purísimo y de ternura infinita.

Justiniano amó á Nélida con ese cariño noble y grande que levanta el espíritu hasta Dios; y en el interior de su pecho se propuso hacer la felicidad de aquella niña toda pureza y virtud.

Nélida feliz, Nélida amada de aquel modo, sentíase renacer á una nueva existencia llena de placeres íntimos.

Zulema, radiante de júbilo, veía con alegría aquel amor que unía tan dulcemente al hermano querido con la amiga amada.

Así las cosas, la dicha era casi completa en aquellos dos hogares, y decimos casi, porque la ausencia de la patria entristecía sus corazones.

CAPITULO III.

Un suceso imprevisto.

Era una tarde apacible del mes de Abril.

Nélida y Zulema, dulcemente apoyadas la una en el brazo de la otra, caminaban, sin rumbo fijo, en direccion al campo, entretenidas en una íntima é interesante conversacion.

Era la caída de la tarde, hora tan bella como triste para las imaginaciones poéticas, porque parece convidar á las meditaciones del pensamiento y á las espansiones del espíritu.

El sol había ocultado ya su radiante y luminosa faz; los pajarillos, entonando gozos armoniosos, cruzaban en todas direcciones en busca de sus nidos y llevando en sus piquitos el grano alimenticio para sus hijuelos y las sedosas plumitas que habían de servir para mullir sus aéreos lechos; la brisa mecía blandamente el tallo de las flores silvestres, que despedían de sus corolas suaves aromas que saturaban la atmósfera de fragancias delicadas; el arómatico y simbólico sándalo, el trévol y el oloroso tomillo, con sus flores blánquecinas, seduciendo el espirítu que contemplaba sus bellezas, aquí y allá, veíanse vagando entre las flores mil mariposas de vistosos colores, que inconstantes y lijeras, ora libaban la miel de una vistosa rosa, ora se posaban en el alabastrino cáliz de una azucena; los picaflores, dignos compañeros de la inconstancia de las volátiles mariposas, seguían su ejemplo, robando á las flores las purísimas esencias que estas escondían en sus senos de oro y espuma...

Decidnos, lectora, ¿no encontrais gran parecido entre las mariposas y mujeres coquetas? y los picaflores, ¿no os hacen recordar á los hombres veleidosos?

La similitud es casi perfecta.

Así como la mariposa suele manchar sus bellas y leves alas, infestándose al contacto de flores pestilentes, ó muriendo quemadas al acercarse con temeraria osadía al fuego destructor, así la mujer coqueta pierde su hermosura, dignidad y recato, dejándose llevar de sus sentimientos de *mariposa.*

Ved al picaflor, ya aspirando el perfume de la alba azucena, como la esencia de la entreabierta rosa ó el aroma del arrogante lirio, vaga de flor en flor, gozoso al disfrutar del aquel banquete de divinas esencias; mas vedlo, llega pronto ante una flor desconocida, de peregrina belleza, y seducido por su hermosura bebe el veneno mortal que la engañosa flor oculta con traicion en su nevado seno. El inconstante picaflor, que poco ántes gozaba de sus triunfos, cae junto al tallo de ~~la~~ flor como herido por el rayo; el veneno que ha livado ha tronchado su existencia en un solo instante.

Como la mariposa á la mujer coqueta, el hombre veleidoso se asemeja al inconstante picaflor. Como este, vaga sin rumbo, marchitando esperanzas y aspirando con delicia el delicado perfume del casto y puro amor de la vírgen, para mas tarde alejarse de él en busca de nuevas impresiones.

Hastiado, vúela hácia otra flor, y así prosigue su carrera hasta recibir el premio de su veleidad. Llega cerca de una mujer que le encadena, y el hombre inconstante detiene allí su paso, uniendo su destino á aquella que ha logrado avasallar su corazon. Mas ¡oh desengaño! el alma que ha elejido para compañera de la suya, es una alma helada que no tiene flores sino espinas, no tiene miel sino acibar, y desde ese instante empieza á sentir en su corazon las punzadas de aquellas espinas, y en sus lábios la amargura de aquella hiel.

Pero, prosigamos nuestro relato interrumpido.

Zulema y Nélida deteníanse á cada instante para contemplar embebecidas la belleza y poesía de aquella tarde deliciosa.

—Recuerdas, Zulema mía, la primera vez que nos vimos? Era una tarde tan bella como esta, y tanto ahora como entónces, se me figura que la naturaleza, participando de nuestra ventura, nos ofrece sus encantos para que juntas, amiga querida, disfrutáramos de ellos!

—Oh! sí, Nélida amada, recuerdo aquel feliz instante en que nuestros corazones se unieron por una amistad tan dulce

como eterna; ese momento jamás lo olvidaré, pues el me ha proporcionado la compañera, la amiga que yo tanto anhelaba!

—Dificulto que haya dos amigas que se amen tanto como nosotras...

—Que se amen mas no las habrá de seguro; mi amistad, Nélida, es tan pura como intensa!

—Mi cariño—esclamó Nélida—tambien ha llegado al límite hasta donde un corazon puede sentir!

—Y siempre nos querremos así, no es verdad Nélida?

—Siempre! siempre!—repuso Nélida, imprimiendo un tierno beso en las mejillas de Zulema, caricia que fué retribuida con igual efusion por la hermana de Justiniano.

—Qué lindo paraje!—murmuró Nélida, contemplando con delicia la florida campiña.

—Muy bello, amiga mía, propio para ser habitado por dos seres enamorados.

Y Zulema, dando á su amiga una palmadita en el hombro, esclamó:

—Si quieres, aquí formaremos el hogar que ha de recibir en su seno á tí y á *él!*...

—Nó!—repuso Nélida, sonriendo y encendida como una rosa—aquí no lo quiero!

—Y dónde?—preguntó Zulema, pasando su brazo al rededor del cuello de Nélida.

—Allá, en nuestra querida América!

—Ah! qué dicha si así fuera!—esclamó Zulema exhalando un hondo suspiro.

—Y lo será, Zulema, no perdamos la esperanza...

—Entónces nada nos faltaría; ser felices con todos los nuestros, en el seno mismo de la patria, en aquel bendecido suelo que nos vió nacer!...oh, qué dicha!

Zulema y Nélida, durante esta conversacion, habíanse internado en un sendero lleno de recodos, y al llegar á un claro en el cual finalizaba el camino, retrocedieron dando un grito de espanto.

A corta distancia yacía sin vida un hombre en tierra.

Nélida y Zulema, fuertemente asidas de la mano, no acertaban á dar un paso; deseaban huir de aquel sitio, pero el miedo parecía haberlas clavado allí.

Estaban á bastante distancia del pueblo y solas, al parecer, en aquellos parajes tan desiertos.

Con los ojos fijos en el cadáver que tenían á pocos pasos parecían haberse convertido en estátuas de piedra; tal era su inmovilidad.

Por fin, Zulema, mas animosa que su compañera, inclinándose, dijo con voz temblorosa al oido de Nélida:

—Retrocedamos!...

—Y si nos sigue?—preguntó Nélida con terror, indicando con la mirada al hombre que yacía en tierra.

—Pero si está muerto!—repuso Zulema.

En otra ocasion, la hermana de Justiniano, hubiérase reído de la ocurrencia que el terror había hecho decir á su amiga, pero entónces el miedo habíale quitado los deseos de celebrar ningun chiste.

Conocíase que el hombre que veían tendido en medio del campo había muerto dos ó tres dias ántes; en su rostro notábanse señales de descomposicion que así lo atestiguaban.

Aquel suceso, por la hora en que ocurría, infundía mayor pavor á las dos amigas.

Zulema tiró del vestido de Nélida hácia atras para inducirla á retroceder, pero no estando advertida esta, al sentir que tiraban su vestido por detras dió un penetrante grito de espanto, volviéndo rápidamente la cabeza.

—Por Dios! Nélida, no te asustes!—murmuró Zulema—soy yo, ven!

Y al decir esto, tomó de la mano á su amiga y se dispusieron á abandonar aquel paraje, pero sin volver la espalda, como si el muerto pudiera volver de su eterno sueño!

El grito de Nélida pareció ser oido por alguien, porque nó tardó en escucharse, á corta distancia, un débil rumor producido, al parecer, por una persona que se acercaba.

Las miedosas jóvenes, al advertir que alguien se aproximaba, su primer impulso fué huir, pero el terror volvió á echar raíces á sus plantas, no pudiendo moverse del sitio en que estaban.

Por entre los árboles apareció una mujer de edad, de aspecto bondadoso y vestida pobremente.

A su vista, las dos *valerosas* amigas recuperaron la tranquilidad perdida, é iban á llamar á la mujer cuando esta se dirigió hácia ellas estendiendo las manos como para impedir que se alejáran.

Llegó hasta ellas y quedóse mirando alternativamente á ámbas jóvenes.

Zulema fué la primera en hablar.

—Buena mujer—dijo,—¿está muerto ese pobre hombre?

—Ay! sí, señorita—repuso la mujer, enjugando ¡con el delantal dos lágrimas que corrieron por sus rugosas mejillas —Es el tío Guillermo, que ha muerto de necesidad, dejando solo, abandonado á su infeliz hijo!

—Desgraciado!—murmuró Nélida—¿Y cómo es que se halla tirado en medio del campo?

—Oh!—esclamó la buena mujer, aproximándose mas á las jóvenes y bajando la voz—¿Veis aquella choza que se descubre entre los árboles?

—Sí, sí,—respondieron las jóvenes, viendo la choza que hasta entónces no habían notado, embargadas por el miedo que las sobrecojió.

—Pues bien—continuó la mujer, siempre en voz baja como temiendo ser oida por otros—esa choza, como estos campos, pertenecen al rico Señor de Montero.... aunque hay quien asegura que no de un modo legal...El tío Guillermo, á pesar de su pobreza, pagaba un tanto por el alquiler de la mísera choza...Pero llegó el día en que á causa de la enfermedad que le postraba y de la miseria que por esta misma causa había aumentado, no pudo satisfacer el exiguo alquiler de su choza...Por varias veces el Señor de Montero amenazó al tío Guillermo diciéndole que abandonara la choza, que no quería darle vivienda grátis...que quería edificar estos campos, y, en fin, que si no le obedecía lo arrojaría por la fuerza...El pobre tio Guillermo, aunque hubiera querido obedecer aquellas órdenes, la enfermedad que lo postraba no le permitía hacerlo.—Hace dos días, sin embargo, el Señor de Montero se dispuso á realizar sus amenazas ..Acompañado de un criado se presentó en la choza del pobre viejo, en momentos que este hacía pocos momentos que acababa de espirar...

—Infeliz!—murmuraron las jóvenes, que escuchaban el relato de la mujer.

—El Señor de Montero—continuó esta—léjos de condolerse de aquel cuadro y del dolor del pobre huérfano, que lloraba junto al cadáver de su padre, ordenó al criado que le acompañaba

que echara fuera el cuerpo del tio Guillermo, arrojando tambien de la choza al pobre niño!...

—Qué horror!...—esclamaron Nélida y Zulema, juntando las manos; parece inverosímil!

—El criado obedeció, y el tio Guillermo y su infeliz hijo fueron abandonados en medio del campo!...No hay duda que el Señor de Montero no necesitaba mucho la choza, ha obrado así por maldad y por otras razones...oh! bien le conocen en el pueblo!...

—Y el infeliz niño?—preguntó Zulema fuertemente conmovida como su amiga Nélida.

—Oh! el niño, que se llama Horacio, á pesar de su corta edad posee una gran fortaleza de ánimo y mucha enerjía. Ayer, por una casualidad, acerté á cruzar estos parajes en busca de leña, y entónces fué que me enteré de lo ocurrido. Horacio había pasado la noche velando junto al cadáver de su padre, y á pesar del frio y de mis ruegos no quiso abandonar á este, hasta que una alma caritativa no diera sepultura al cuerpo de su padre...Había estado en el pueblo implorando la caridad de algunos, pero el pobre niño no había sido escuchado; aun mas, de muchas partes lo despidieron sin querer escuchar ni atender sus súplicas...oh! existen gentes tan malas...

—Desgraciado niño!—esclamaron las jóvenes—¿y donde está?

—Muy cerca, tras aquellos álamos.

—¿Y no han visto al Señor Cura del pueblo?

—Ah! por desgracia se halla ausente desde hace tres dias; mañana regresará, pero miéntras tanto no se puede esperar. Yo y mi marido hemos prometido á Horacio dar sepultura á su padre, y el pobre niño está mas consolado.

—Infeliz criatura!...¿Y permanece de noche junto al cuerpo de su padre, sin tener miedo?

—Sí, señoritas; él dice que no debe tenerle porque es su padre y que este le enseñó á ser fuerte y á no tener miedo. No quiere volver al pueblo, en donde ha sido mal recibido... y el pobre niño se lamenta de no ser grande para poder dar sepultura al cuerpo de su padre!

—Excelente hijo!...

En aquel momento apareció por el lado opuesto el des-

venturado huérfano. Fué aproximándose hasta llegar junto á Zulema y Nélida.

—Querido niño!—murmuró Zulema abrazando á Horacio.

Nélida estrechó al niño tambien, conmovida.

—¿Quieres venir con nosotras?—preguntó Zulema acariciando al huérfano.

—No, señora. . .—murmuró Horacio—tengo que cuidar el cuerpo de mi padre. . .pueden devorarlo las aves dañinas!

Horacio era rubio, de ojos celestes y preciosas facciones: contaría de ocho á nueve años.

Al contestar aquellas palabras á las jóvenes lo hizo con voz dulce, dirijiendo al cuerpo de su padre una mirada de intenso cariño, miéntras su hermoso rostro se inundaba de lágrimas. . .

—Querido Horacio,—dijo Zulema enjugando las lágrimas del huérfano—no llores mas; ven con nosotras, te llevaremos á casa y en ella nada te faltará. Mañana se dará sepultura á tu querido padre. . .

—De veras, señorita?. . .—esclamó el niño juntando las manos y fijando sus hermosos ojos en el rostro de Zulema.

—Sí—dijeron las dos jóvenes á la vez—te lo prometemos!

Horacio vaciló, esclamando por último:

—No me puedo apartar de él. . .lo destrozarían las aves carnívoras!

—Id tranquilo, querido niño!—esclamó la buena mujer que presenciaba aquella escena—yo cuidaré de vuestro padre!

Oh. . . !—vos, murmuró el niño entre admirado y agradecido.

—Buena mujer, no tendreis que molestaros,—esclamó Zulema—en cuanto lleguemos á nuestras casas referiremos lo ocurrido á nuestros padres y ellos enviarán mas tarde por el cuerpo del anciano.

—Vamos pues!—repuso Nélida.

El niño se dirigió hácia donde yacia su padre, y depositando en su frente un ósculo de tierna y dolorosa despedida, cubrió todo su cuerpo con una gruesa manta, que había allí destinada con objeto de librarlo de las aves carnívoras. Una vez hecho esto se arrodilló por breves instantes y oró; terminada su oracion, y sollozando fué á reunirse con las dos amigas, que contemplaban aquella tocante escena con el corazon oprimido y la faz bañada en lágrimas.

Zulema y Nélida se alejaron de aquel sitio llevando ámbas de la mano al pobre huerfanito, no sin ántes haber dirigido á la buena mujer las mas cariñosas palabras de afecto y gratitud por las atenciones prodigadas al desgraciado niño.

Habían caminado ya un largo trecho, cuando las jóvenes percibieron el galope de un caballo, distinguiendo bien pronto á Justiniano que venía en busca suya.

—Qué es esto, Señoritas!—esclamó el jóven, deteniendo su caballo y dirigiendo una mirada de sorpresa al pequeño Horacio.

—Oh! ya lo sabrás en casa; no nos detengamos porque es casi de noche...

—Nuestros padres están aflijidos por vuestra tardanza—esclamó Justiniano—temen que os haya ocurrido alguna desgracia, y me han enviado en busca de estos dos tesoros perdidos...

—Perdidos, no!—esclamó Zulema—no es verdad Nélida?

—Efectivamente que no, pero casi nos hemos muerto de miedo!

—Nunca más las dejaré salir sin mi compañía!...

—Gracias!—dijo Zulema con intencion—para qué vas á incomodarte...

—Tú sabes que sería para mi un placer.

—Ya!—repuso Zulema sonriendo, y dirigiendo á su hermano una maliciosa mirada.

—Y qué es lo que os ha ocasionado tanto miedo?

—Qué curiosidad!—murmuró Nélida, sonriendo y consultando á Zulema con una mirada si debía ó no referir lo ocurrido.

—Mira, Justiniano,—esclamó Zulema—así que lleguemos á casa sabrás todo.

—Sea!

El jóven, llevando el caballo de la brida, caminaba á la par de las dos amigas. De cuando en cuando dirigía una curiosa mirada al niño, que caminaba entre las dos jóvenes en el mayor silencio.

Llegaron por fin al pueblo, á la casa de Zulema, donde estaban los padres de Nélida, presos todos de la mayor ansiedad.

Quedaron profundamente sorprendidos al ver aparecer á las jóvenes acompañadas de un niño...

Pocos momentos despues todos estaban enterados de lo ocurrido; determinaron en el acto, de comun acuerdo, entre el Señor Tasié, Don Diego Casal y Justiniano enviar unos criados en busca del cadáver que debía ser depositado en la Iglesia hasta el siguiente dia, en que se harían las diligencias necesarias para dar sepultura al padre del huerfanito.

Adelina, la madre de Nélida, se encargó desde aquel instante del porvenir del pobre niño, adoptando como hijo al desdichado que la suerte había dejado abandonado.

Al día siguiente, un humilde convoy fúnebre conducía al cementerio de B.*** los restos del tio Guillermo, muerto tres días ántes y sepultado gracias á la caridad.

Las campanas de la iglesia tocaban á muerto, y sus melancólicos tañidos atraían al templo á multitud de vecinos del pueblo, que acudían á hacer gala, algunos, de sentimientos que quizá no albergaban en sus pechos.

El digno párroco de B*** sabedor de lo ocurrido durante su ausencia, se propuso afear la conducta de sus feligreses, y esperó á que estos acudieran al templo atraidos por el funerario llamamiento; entónces dirijió á los devotos, con digna y reposada voz, un breve sermon, el cual tuvo por base la caridad.

Los feligreses, al escuchar las severas palabras del sacerdote, se avergonzaron de su cruel proceder y falta de caridad para con el inocente que pocos dias ántes había implorado en vano á los humanitarios sentimientos que debe albergar toda alma buena y todo corazon recto y noble.

Los que se sentían mas culpables salieron del templo con las frentes inclinadas, por el remordimiento que las palabras del digno Párroco habían despertado en sus almas.

CAPITULO IV.

Vuelta á la Patria.—Horacio.

Diez años despues de ocurridas aquellas escenas, las familias Tasié y Casal habían regresado á la patria amada.

Vivían en Montevideo.

Nélida era la esposa de Justiniano, padre ya de tres hermosos niños, flores del jardin conyugal que perfumaban la existencia de los felices esposos.

La bella Zulema era tambien dichosa, unida á un jóven de mérito y del cual era sinceramente amada.

Nada faltaba á su felicidad, viviendo bajo el mismo techo que su querida hermana y amiga.

La amistad de las dos jóvenes en nada había variado; vivían siempre felices unidas por los dobles lazos de la amistad y de la familia.

Completaban aquel bello cuadro de felicidad doméstica, la única positiva en este mundo, la presencia de los padres de las dos jóvenes amigas. Todos formaban un solo hogar, en donde parecía que Dios había derramado sus gracias y bendiciones.

Y Horacio, el huerfanito?

Creeriais acaso que habíamos de olvidarlo sin hacerle figurar en aquel cuadro de sonriente dicha?

No!

Aun tenemos que seguir ocupándonos de él.

Poco tendremos que decir ya de las dos estimables familias, que desde un principio han sido las protagonistas de nuestra historieta.

Nuestra atencion será toda para Horacio.

El huérfano contaba diez y ocho años; era un bello adolescente, dotado de un talento admirable y de un corazon de oro, que se hallaba poseido de un reconocimiento profundo hácia sus bienhechores: estos amaban á Horacio cada día mas, y gozaban en proporcionarle todos aquellos conocimientos que, al mismo tiempo que ilustran, aseguran el porvenir de un modo sólido y brillante.

Horacio hacía rápidos progresos, y sus maestros mismos quedaban asombrados de aquella clara y profunda inteligencia.

Siete años despues, Horacio terminaba su carrera rindiendo un brillantísimo exámen de Derecho.

Sus protectores estaban orgullosos, y Horacio sentíase feliz al ver aquella satisfaccion que recompensaba los desvelos y cuidados de su familia adoptiva, que no había omitido sacrificio alguno por asegurar el porvenir del jóven y simpático huérfano.

Dos años despues de haber empezado á ejercer su carrera con brillante éxito, Horacio resolvió, en conformidad con su familia adoptiva, hacer un viaje al suelo natal, con objeto de trasladar los restos queridos de su padre al suelo americano, cuna de su felicidad.

Partió Horacio, debiendo hallarse de vuelta dos meses despues, tan pronto como hubiera llenado sus deseos.

Don Diego Casal, su esposa Adelina, así como toda la familia de Tasié, sentían la separacion del jóven aunque aplaudían su idea, ansiando que el tiempo transcurriera mas veloz que nunca.

Sigamos, lectora, si te place, al simpático huérfano, y con la imaginacion recorramos los mismos parajes que él.

CAPITULO V.

Amor filial—La mano de Dios.

A la vista del pueblo en que habían transcurrido sus primeros años, multitud de recuerdos acudieron en tropel á la mente de Horacio. Recuerdos que, aunque velados y confusos por pertenecer á la edad de su infancia, iban, sin embargo, esclareciéndose á medida que sus ojos descubrían objetos que le eran muy conocidos en aquella época.

No bien arribó Horacio á su pueblo cuando se encaminó directamente al cementerio. Buen hijo, alma noble y tierna, su primera visita fué para su padre.

Penetró en el sagrado recinto profundamente emocionado; guiado por las instrucciones que había recibido de su familia adoptiva, dirijióse por una calle de corpulentos árboles, al fin de la cual encontró lo que buscaba. En una sepultura con lápida de marmol leíase este nombre: *Guillermo Navarro.*

Horacio cayó de rodillas, y lágrimas ardientes rodaron por sus mejillas miéntras sus lábios murmuraban una oracion!

Largo tiempo permaneció el jóven en aquella actitud.

Dirigiendo una amorosa mirada á la tumba de su padre, Horacio abandonó el cementerio, no sin ántes haber depositado un beso respetuoso sobre el helado marmol que cubría restos tan queridos como venerados.

Una vez fuera de la triste mansion, encaminóse hácía el paraje donde ántes habian habitado él y su padre una humilde choza.

En el trayecto, las gentes del pueblo le miraban con curiosidad mal disimulada, Nadie imaginaba en aquel gallardo y elegante jóven al hijo del *tio Guillermo*, nombre con el que, como se sabe, había sido siempre designado el padre de Horacio.

Llegó el jóven adonde creía hallar aun la choza bajo cuyo techo corrieron sus primeros años, mas en lugar de esta se elevaba ahora un hermoso edificio habitado á la sazon por unos condes poderosos.

Horacio contempló con tristeza aquellos parajes memorables, y su corazon se oprimió.

Recordaba la muerte de su padre, la crueldad del rico Señor de Montero y el dulce amparo y proteccion dispensados por los que hoy consideraba como suyos. Este último recuerdo agitó su corazon.

El agradecimiento hizo ensanchar su alma angustiada, y esclamó con voz conmovida.

—Dicen que las oraciones de los huérfanos dan bienes... oh! si es así, que Dios derrame todas sus bendiciones sobre los que ampararon al abandonado niño!...

Horacio se alejó precipitadamente de aquel paraje, que le traia tan tristes recuerdos del ser amado á quien siempre su corazon lloraba.

Sus padres adoptivos siempre le habían hecho presente aquellas escenas, contribuyendo á que la memoria de su padre permaneciera viva en su corazon.

A pesar del transcurso de los años, Horacio mantenía el recuerdo del autor de sus días con todo el amor y respeto de su alma noble.

La prueba mas elocuente de ello era la accion que ejecutó cruzando los mares en busca de aquellas reliquias tan queridas.

Ensimismado Horacio en sus pensamientos caminaba sin

rumbo fijo, ora subiendo una elevada cuesta, ora atravesando una campiña tapizada de flores silvestres.

Detúvose el jóven bruscamente, escuchando con la mirada el sitio de donde parecieron haber partido aquellos lamentos.

A corta distancia descubrió entónces una mísera cabaña, y observando que parecía existir allí algun sér que sufria, penetró en ella resueltamente.

La cabaña desmantelada no tenía muebles y estaba habitada por un anciano enfermo, el cual descansaba sobre un monton de paja, teniendo por único abrigo una manta hecha girones, que en nada podía librarlo del intenso frío.

Ante este cuadro, Horacio sintió el pecho oprimido.

Pensó en su padre, y dió un paso hácia el anciano...

A la presencia del jóven, el enfermo pareció reanimarse y fijando sus ojos en las nobles facciones de Horacio, que espresaban el dolor inspirado por aquel triste estado, el anciano estendió los brazos esclamando:

—Jóven extranjero...tened piedad de este pobre viejo!

—Confiad en mí, desgraciado anciano! El cielo parece haberme guiado hasta aquí para haceros el bien que deseais. ...Oh! al veros, la memoria de mi padre se me ofrece mas viva que nunca!...Era así como vos, de vuestra misma edad!...

El anciano se había incorporado y apoyándose sobre su brazo contempló con viva y profunda atencion el semblante de Horacio.

—Decidme,—esclamó al cabo de un instante de silencio y vacilacion—sois de aquí?...

—Sí, mas perdí á mi padre cuando apénas contaba ocho años...Poco despues fuí adoptado como hijo por una noble familia americana, partiendo en su compañia. Desde entónces recien ahora me ha sido posible volver á ver el suelo que me vió nacer...

—Y os venis del todo?—preguntó el anciano interrumpiendo al jóven.

—No! me trae un objeto sagrado...Vengo en busca de los restos de mi querido padre. .

—Y...cómo era su nombre?—volvió á preguntar el anciano, con voz insegura,

—Guillermo Navarro...

—¡Justo castigo...del cielo!...—el anciano dió un grito ahogado, cayendo pesadamente sobre el monton de paja que le servía de lecho.

Horacio, atónito, quedó asombrado de la impresion que el nombre de su padre había producido en aquel misterioso anciano.

Sin embargo, nada mas natural que la consternacion de este en presencia del hijo del tío Guillermo....

Horacio se hallaba ante el hombre que en otro tiempo fué el rico y poderoso Señor de Montero...

¿Cómo había descendido á aquel estado el Señor de Montero?

Vamos á decirlo.

De alma pequeña y mezquina, y de corazon duro é inhumano, Montero jamás había estendido su mano para hacer una obra noble y bella.

Los pobres del pueblo no le debían ni la mas pequeña limosna. pero en cambio habían recibido malos tratamientos siempre que á él habían acudido.

Esta conducta había creado á Montero infinitas enemistades; concluyendo bien pronto por no haber en el pueblo una sola persona que le estimase.

Todos lo aborrecían.

La crueldad de Montero se estendía hasta para su propia familia.

Tenía dos hijos, fiel retrato del padre por sus sentimientos extraviados y perversos, dispuestos siempre para el mal de sus semejantes.

De repente empezó á susurrarse por lo bajo, y de un modo obstinado, algo muy grave para la tranquilidad de Don Dário de Montero.

Decíase que por una denuncia elevada á la Justicia se acusaba al rico Señor de Montero por usurpacion de bienes que nunca le habían pertenecido legalmente.

Y murmurábase que estos eran de propiedad del tio Guillermo, muerto hacía algun tiempo.

Los rumores llegaron al Sr. de Montero, que, aterrado por primera vez, corrió á su escritorio, y abriendo un cofrecillo dejó escapar un grito ronco de ira y de despecho, esclamando:

Miserables!...me han robado!...

En aquel cofrecillo guardaba Montero las pruebas de su infamia.

El autor de la denuncia era un antiguo servidor de la casa.

Llamado Montero ante la justicia se vió confundido por las acusaciones y pruebas que le presentaban. Hallándose culpable, fué puesto preso y rescatados todos los bienes que legalmente pertenecían al tío Guillermo

Este, había sido, en su juventud, secretario de Montero, y un día que fué llamado desde una provincia, por asuntos de interes particular, no pudiendo ir él fué en su lugar Montero, sabiendo de antemano el objeto de aquel llamado.

Recibió Montero, á nombre del tío Guillermo, una cuantiosa fortuna que le dejaba un pariente de este, en dinero y títulos de propiedad que nunca habían de llegar á manos del padre de Horacio.

Vuelto de su viaje, Montero inventó una historia que, por desgracia, fué creída en todas sus partes por el tío Guillermo, que quedó ignorando siempre que era dueño de una inmensa fortuna...

La providencia, que nunca deja oculta las maldades de los hombres, que tarde ó temprano se descubren, vino, al cabo de los años, á levantar el velo que ocultaba tantos misterios.

Cumplida su condena, Montero fué puesto en libertad, pobre, viejo y enfermo...

Ocurren en este mundo hechos tan extraordinarios que parecen inverosímiles, por el carácter que revisten y lo inesperado de su accion. Casualidades de novela que suelen suceder en la vida real.

Al cabo de tantos años, Horacio se hallaba ante Montero, ante aquel hombre tan funesto y que tanta parte había tenido en su existencia. Le encontraba pobre, enfermo y abandonado hasta de sus propios hijos!. . .

Montero había perdido el conocimiento al reconocer al jóven.

Los recuerdos de sus maldades se habían agolpado á su memoria, y tembló ante la presencia de Horacio.

El niño era ahora hombre y podía vengar todos los agravios recbidos.

Horacio era bueno y noble, y la idea de la venganza jamas se habia cobijado en su pecho, ántes bien su corazon

hallábase siempre dispuesto á perdonar y á olvidar las ofensas recibidas.

El jóven, en un principio, no supo á que atribuir e desmayo del solitario anciano; y aun no había salido de su admiracion y asombro cuando, al hacerle aspirar un frasquito de esencia con objeto de que volviera en sí, sus ojos se fijaron en una cajita de metal ennegrecido que se veía cerca del enfermo, y en cuyas tapas estaba grabado el nombre de *Dário de Montero.*

Entónces Horacio se esplicó todo, pero ningun asomo de rencor ni de venganza enturbió la pureza de sus pensamientos. Esperimentó una viva conmiseracion por aquel desgraciado, cuyo mal corazon y peores sentimientos le habían arrastrado á aquel estado.

No tardó Montero en volver en sí, y dirigió al jóven una recelosa mirada.

Horacio lo contempló en silencio, y luego esclamó:

—Cómo os hallais?

—Mal...siento que mi última hora se aproxima...oh! quiero aprovechar estos momentos, que son preciosos...para pediros...perdon!...

—Perdon, á mí?—dijo el jóven con voz insegura.

—Sí, á vos...yo soy...

—Sé quien sois...—interrumpió el jóven—he olvidado lo pasado...haced vos lo mismo, los recuerdos os dañarían..

—Oh! sois muy noble, jóven!...Pero vuestra bondad no podrá borrar jamás mis maldades...

—No estais arrepentido?...Pues basta eso...

—Sí, estoy arrepentido, pero para morir en paz necesito de vuestro perdon...

—Vos no morireis Señor, pero ya que para vuestra tranquilidad es necesario mi perdon, sabed que ya hace mucho que os perdoné....

—Gracias!....gracias!....—esclamó débilmente Montero, cada vez con voz mas queda—oh! muero sin ver....mis hijos... Dios les perdone....así como á mí. ..Yo usurpé....á vuestro padre....su fortuna....cuando era jóven....debo morir... soy un infame....vuestra fortuna ha sido el cimiento de la mía!....piedad!....

—Desechad esas ideas que os fatigan, vivid para ser

feliz, para penetrar en una nueva existencia iluminada por la luz del arrepentimiento!

—Jóven, mi carrera en el mundo...ha concluido, el arrepentimiento...es tardío....

—Oh! nó, el arrepentimiento nunca llega tarde, si dejais el mundo llevareis ese consuelo, que endulzará los últimos instantes de vuestra vida!

—Decís bien....vuestras palabras me....alientan....y me consuelan....ah! quisiera un confesor....

Montero se detuvo, un exceso de tos seca y cavernosa cortó sus palabras; luego le sobrevino un desmayo mortal del cual núnca había de volver.

Horacio comprendió que todo había concluido. Dobló una rodilla en tierra y oró por aquella alma desgraciada.

Dirigiendo una última mirada al cadáver de Montero, el jóven salió de la choza cerrando su única puerta.

Con rápido paso, y triste semblante, Horacio abandonó aquel sitio dirigiéndose al pueblo.

A la mañana siguiente Horacio hizo dar sepultura al cuerpo de Don Dário de Montero, y en su nombre repartió limosnas á los pobres del pueblo.

¡Misteriosos designios del destino!

Horacio, al cabo de los años, daba sepultura á aquel que la había negado á su padre, arrojando su cuerpo al campo despues de haber disfrutado una fortuna que no le pertenecía!

Avisadas las autoridades locales de la presencia del hijo del tío Guillermo en el pueblo, hicieron comparecer al jóven para ponerlo en posesion de las propiedades y riquezas secuestradas á Montero.

Horacio no quiso guardar para sí nada de aquella fortuna. Hizo donaciones á los pobres á la memoria de su querido padre, repartiendo innumerables limosnas, destinadas gran parte a la Iglesia del pueblo. Quería dejar á todos un recuerdo grato.

Desgraciadas familias, que yacían en la miseria, fueron levantadas por la caridad de Horacio, que aseguró sus existencias con un feliz porvenir.

¡Cuántas bendiciones descendieron sobre el noble huérfano! El había sido protejido y feliz y quería tambien á su vez proporcionar igual felicidad!...

Horacio, pensando en Montero, se decía:

—He cumplido con un deber grato para el alma. Ah! mi padre habrá bendecido mi conducta! Gracias, Dios mío, que me habeis permitido desempeñar tan noble mision!

Quién lo diría? al cabo de largos años vengo á dar sepultura al que la negó á mi padre... justo Dios! había de negársela yo tambien? oh! no, deber tan sagrado debe ser cumplido hasta con los mas crueles enemigos; la muerte lo borra todo, todo lo olvida. Enterrar á los muertos no significa darles solo sepultura; estas frases encierran mucho mas, ante la fosa de la muerte los ódios desaparecen, y al sepultar al que tanto nos ofendió tambien debemos sepultar nuestros rencores, reservando solo del que fué el recuerdo tranquilo de su memoria, que siempre debe ser respetada.

Este deber obliga hasta los enemigos en el campo de batalla; cada cuerpo que rueda sobre la ensangrentada tierra reclama el socorro del vencedor; la victoria es mengua cuando no le acompaña la nobleza! El enemigo que auxilia al enemigo es su mas brillante accion de combate!

La muerte lo borra todo, arrastrando consigo todas las miserias del mundo!

. . . .

Horacio hizo depositar en una preciosa urna de ébano los restos de su padre.

Poseedor de tan amadas reliquias, no pensó sino en volver al seno de los queridos séres que allá en América ansiaban su vuelta.

Hízose á la vela con rumbo al deseado punto, anheloso de hallarse bajo el amoroso techo de los que consideraba como sus segundos padres.

Llegó, por fin, sin tropiezo alguno.

Las dos familias, que siempre formaban una sola, recibieron al jóven huérfano dando muestras de la mas viva alegría, abrumándole con preguntas, cuidados y atenciones.

Horacio contemplaba conmovido aquel cuadro sencillo y tierno, en el que no tenía cabida la mentira ni la hipocresía.

Al sentirse amado de aquel modo, considerábase enteramente feliz, proponiéndose en el interior de su pecho compensar con creces á aquellos séres tan queridos.

Pocos dias despues, como un tributo de gratitud, Horacio

tomó carta de ciudadanía oriental, llenando de gozo los corazones de sus padres adoptivos.

El jóven huérfano nada tenía que lo ligara á la tierra que le vió nacer, á no ser el cariño que siempre le guardó.

Todo cuanto amaba estaba en el suelo que desde aquel momento era suyo, en aquel que le había proporcionado una familia, y que mas tarde había de darle un hogar venturoso, embellecido y animado por la compañera de su destino.

Dos años más tarde Horacio se unía con los lazos indisolubles del himeneo á una preciosa niña, hija de Nélida y Justiniano.

Ztulema era su nombre; Nélida habia querido que su primera hija tuviera el nombre de su mejor amiga.

Con aquel enlace, Horacio sintióse doblemente feliz. Se había unido á Zulema idolatrándola y con la satisfaccion de que aquella niña pertenecía á la familia que el cielo le había deparado en su horfandad.

. . . .

Obrando siempre con rectitud y nobleza sin que la conciencia nos acuse de haber procedido mal, la dicha nos sonreirá, y por mas que suframos nunca seremos del todo desgraciados.

Fin del libro XIV y de la NOVELA

INDICE

LIBRO TERCERO

Correjir al que yerra

LIBRO CUARTO

Perdonar las injurias

LIBRO QNINTO

Consolar el triste

LIBRO SEXTO

Sufrir con paciencia las adversidades y flaquezas de nuestros prójimos

LIBRO SÉPTIMO

Rogar á Dios por los vivos y los muertos

LIBRO OCTAVO

Visitar los enfermos

LIBRO NOVENO

Dar de comer al hambriento

LIBRO DÉCIMO

Dar de beber al sediento

LIBRO UNDÉCIMO

Redimir al cautivo

LIBRO DUODÉCIMO

Vestir al desnudo

LIBRO DÉCIMOTERCIO

Dar posada al peregrino

LIBRO DÉCIMOCUARTO

Enterrar á los muertos

LAS OBRAS DE MISERICORDIA

POR

LOLA LARROSA

Nómina de los suscritores con que cuenta esta obra hasta el momento de entrar á la prensa.

Ejemplares.

Exmo. Sr. Ministro del Interior Dr. D. Bernardo de Irigoyen .		20
« « « de Guerra y marina Dr. D. Bengamin Victorica.		20
Exmo. Sr. Presidente de la República Oriental del Uruguay. .		200
La Legacion Brasileña por encargo de S. M. el Emperador D. Pedro II........		2
Exmo Sr. Gobernador de la Provincia de San Luis		10
Señora	Andrea Machado de Puente.	1
«	Angela Galan de Souza.	1
Sta.	Angela Piazza.	1
Señor	A. Turdera.	1
«	Alberto C. Dessein.	1
«	Alejandro V. Murguiondo.	1
«	Alejandro Albarracin.	1
«	Andres E. Gomez.	1
«	Andres Borzone.	1
Sta.	Andrea Puig y Nattino.	1
»	Ana Bandeira.	1
Señor	Alejo N. Reboredo.	1
«	Adolfo Massot.	1
«	Atilio S. Barilari.	1
Doctor	Adolfo Decoud.	1
Señor	Antonio A. Romero.	1
«	Bernabé Cos.	1
«	Bernardo Folkenan.	1
Señora	Carolina F. de Horta.	1
Sta.	Carolina Ricardo.	1
Mis	C.	1
Señora	Carolina B. de Borzone.	1
Doctor	Clodomiro Cordero.	1
Sta.	Clorinda Badaraco.	1
Señor	Cesáreo Wessell.	1
Doctor	Cirilo M. Gramajo.	1
Coronel	Ceíerino Ramirez.	1
Sta.	Clara Sagastume y Gonzalez.	1
«	Clara Morales.	1

		Ejemplares.
Señor	Casimiro Villamayor.	1
«	Cárlos A. Mansilla.	1
«	Cayetano de Urquiza.	1
«	Cárlos L. de Máson.	1
Coronel	Cárlos Maria Blanco.	1
Doctor	Cándido Gonzalez.	1
Señor	Cárlos Beccar.	1
«	Cárlos Diaz	1
«	Cárlos dos Santos.	1
Doctor	Diógenes J. de Urquiza.	1
Sta.	Deolinda Martins.	1
Señor	Dámaso Salvatierra.	1
Señora	Delfina Esquivel de Lugones.	1
«	Delfina Ruiz de Pizarro.	1
Doctor	Evaristo Pineda.	1
Señor	Dalmiro Magan.	1
«	Eladio P. Canedo.	1
«	Emilio Victorica.	1
Doctor	Emiliano Garcia.	1
«	Ezequiel M. Pereyra.	1
Sta.	Emilia Esquivel.	1
Señor	Emilio Córdoba.	1
«	Emiliano Garcia.	1
Sta.	Elisa Garcia y Aagon.	1
«	Elvira Gonzalez.	1
Señor	Ernesto Bullrich.	1
«	Enrique Victorica.	1
«	Eduardo Rodriguez.	1
«	Eduardo Gonzalez.	1
Doctor	Eustaquio Thomé.	1
Sta.	Elena Mistler.	1
Señor	Felipe Zamorano.	1
Señora	Flora R. de Ruda	1
Doctor	Florencio Garrigos.	1
Señor	Francisco E. Amadeo.	1
Sta.	Faustina Gonzalez.	1
Señor	Félix San Martin.	1
«	Gabriel Reboredo.	1
«	Gregorio Soler.	1
«	Gerónimo Rivara.	1
Señora	Hilaria R. de Quijano.	1
Señor	H. Baizan.	1
Sta.	Hortensia Legar.	1
Señor	Hortensio Aguirre.	1
«	Isidro Quiroga.	1
Coronel	Ignacio Fotheringhan.	1
Cura V.	Isidoro Garcia de la Vega.	1
Sta.	Jesus Mendez y Alcain.	1

		Ejemplares.
Señor	Julio Victorica	1
«	Julio Wulff	1
«	Julio Hietce	1
«	José I. Martins	1
Señora	Josefa C. de Reyes	1
T. C^nel.	José Natalio Romero	1
Señor	José R. Muiñoz	1
«	José Cortés Fúnes	1
Doctor	José J. Araujo	1
S. Mi^tro	José de Escudero	1
Señor	José Guesalaga	1
Doctor	José Llorens Alió	1
Señor	José M. Aubin	1
T. C^nel.	José G. Maymo	1
Señor	Juan Anchorena	1
Doctor	Juan Angel Golfarini	1
Señor	Juan Cruz Ocampo	1
«	Juan Picasso	1
Doctor	Juan J. Loreyra	1
Señor	Juan Gonzalez	1
Señora	Juana C. de Saborido	1
Doctor	Justo José Caraballo	1
Señor	Jorge Ocampo	1
Stas	Lola y Cora Carve	10
«	Lorenza Fynn	1
«	Leonarda de Paredes	1
Señor	Lorenzo Justiniano Doyhenard	1
Señora	Leonor A. de Gándara	1
Doctor	Luis V. Varela	1
Señor	Luis J. Roji	1
«	L. Jacobsen	12
Sta.	Luisa Donarnari	1
»	María Luisa Fuentes	1
«	María Horta	1
«	Matilde Romero	1
«	Mirta Malnisten	1
Señora	Melitona N. de Estevez	1
Señor	Mário Biggi	1
Doctor	Mário Cornero	1
«	Macario Torres	1
Señor	Martin Sauze	1
Señora	Mercedes Ocampo de Argerich	1
Señor	Manuel Lacasa	1
Sta.	Mercedes Lopez	1
Señor	Mariano Saracho	1
Señora	Mercedes S. de Gollan	1
Señor	Manuel E. Rovira	1
Señora	Manuela S. de Tarragona	2

		Ejemplares.
Señor	Manuel Garcia Mansilla	1
Sta.	Manuela Silveira	1
Doctor	Manuel Biedma	1
Sta.	Manuela Piaggio	1
Señor	Nicolas Anchorena	1
Doctor	Obligado	1
«	Onésimo Leguizamon	1
Sta.	Olegaria Cardassy	1
Señora	Petrona N. de Bértora	1
Doctor	Pedro Goyena	1
Señor	Pedro M. Rivera	1
«	Pedro Cedrés	1
Doctor	Rafael Valiente Noailles	1
Señor	Ramon Texidor	1
«	Rufino Degreef	1
Señora	Rosa B. de Selazco	1
Señor	Roque Repetto	1
«	Raimundo de Peñafort	1
Coronel	Simon de Santa Cruz	1
T. Cnel.	Sebastian Pereira	10
Sta.	Sara Urioste	1
Señor	Sandalio Lopez	1
«	Setembrino E. Pereda	10
«	Severo Viñas	1
Sta.	Theudolinda Martins	1
Señor	Tadeo Moyano	1
«	Trinidad S. Osuna	1
Señora	Victoria Pueyrredon de Lynch	1
Señor	Ventura dos Santos	1

1882